



*El drama de 1793.
Escenas revolucionarias*

Alexandre Dumas



Lectulandia

Hubiéramos podido titular esta obra *Luis XVI y la Revolución*; porque, en efecto, partiendo de la época en que principiamos nuestro relato, esto es, del 6 de octubre de 1789, Luis XVI y la Revolución se encuentran ya frente a frente.

Lectulandia

Alexandre Dumas

El drama de 1793

Escenas revolucionarias

ePub r1.0

Titivillus 30.01.2018

Título original: *Le drame de quatre-vingt-treize*, 1850-1851

Alexandre Dumas, 1851

Traducción: J. P. S.

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

SUMARIO.—El rey vuelve a París.—Escarapela nacional.—La nación.—El león y el perro.—La Asamblea sigue los pasos del rey.—El palacio arzobispal.—Guerra declarada a las palabras.—Abandono de Versalles.—Madlle. de Montansier.—Mirabeau.—La ley marcial.—El panadero François.—Sus defensores.—Su muerte.—Su mujer.—Su hijo.—Se pide, discute y decreta la ley marcial.—Fleur d'Epine.—Socorros a la viuda del panadero.—Texto de la ley marcial.—Loustalot y Marat.—Mirabeau.—Lafayette.—Destierro del duque de Orleans.—El siervo del monte Jura.—Su recibimiento en la Asamblea.—Visitas hechas a las cárceles civiles y eclesiásticas.—Los votos.—Los judíos.—Los cómicos.—Los protestantes.—Rabaud-Saint-Etienne.—Errores de la Asamblea.—Electores.—Elegibles.—Ciudadanos *activos* y *pasivos*.—Robespierre y Gregorio.—Prieur de la Marne.—Camillo Desmoulins.—Las caricaturas.—Los bienes del clero.—El obispo de Autun.—Vacaciones de los parlamentos.—Esquelas funerales de convite.—El picadero.—Los caballos.—El cartel de teatro.—Los actores.—Los Bayos.—Los Negros.—Los Imparciales.



ubiéramos podido titular esta obra *Luis XVI y la Revolución*; porque, en efecto, partiendo de la época en que principiamos nuestro relato, esto es, del 6 de octubre de 1789, Luis XVI y la Revolución se encuentran ya frente a frente.

La vuelta del rey a París, *reconquistado*, como dijo Bailly, por su pueblo, completado una manera lógica la insurrección que tuvo origen en la Bastilla y obligó al monarca a que dejase momentáneamente su palacio

de Versalles para ir a reconocer en el Hôtel-de-Ville la escarapela tricolor como escarapela nacional.

Nótese el valor que van tomando las palabras: no se llamó escarapela de la Francia, sino de la nación, a la tricolor: comenzaba, pues, a existir en Francia alguna cosa más avanzada que ella misma, y cuya existencia, aunque viniese de atrás, no se conocía; alguna cosa que apuntaba, que salía apenas de la tierra, arrancando universal aplauso: la nación.

En el seno de esta agrandaba sus dimensiones un poder, ignorado antes y próximo a ser primero rival y luego señor de la monarquía: la Asamblea Nacional.

Por eso, no bien dejó el rey a Versalles, cuando le siguió el cuerpo legislativo: poder creciente, que no debía volver a desasirse del otro poder, ya débil y moribundo. Protegióle mientras fue Asamblea Nacional; luchó con él, cuando se llamó Asamblea Legislativa; ahogóle entre sus brazos en cuanto pasó a ser Convención.

Mientras el trono residió en Versalles con los Broglie, los Bezenval y los Lámesc, había una trinchera entre él y el pueblo, y este era su esclavo; pero el pueblo rompió sus cadenas, apoderándose de Versalles, como lo había hecho de la Bastilla y como le veremos pronto apoderarse de las Tullerías, reduciéndose el trono a representar el papel de un simple mandatario suyo.

¿Recuerda el lector haber visto en el jardín Botánico aquel león fiero y poderoso encerrado en la misma jaula con un pobre perrillo que temblaba al sentirse acariciar por sus enormes garras, no siéndole posible creer en la clemencia de su terrible compañero? Pues bien: tal era la imagen del pueblo y el trono.

A ejemplo del león, quedó complacido el pueblo desde que le entregaron a su rey, principiando por jugar con él, acariciándole, y aullando de placer por los halagos que a su vez recibía.

Instalado Luis XVI en las Tullerías, se agolpó al jardín una multitud, no de curiosos sino de leales súbditos que querían verle; porque, a excepción de Camilo Desmoulins, ya republicano, y de Marat, cuya transformación se estaba verificando, todos a la sazón eran aún realistas.

Ya hablaremos pronto de Marat; carácter poderoso, que durante sus cuatro años de dominación demagógica no quiso ligarse con ningún hombre ni con ningún principio, respondiendo a Camilo Desmoulins y a Fréron, que le propusieron refundir *El Amigo del Pueblo* en *La Tribuna de los Patriotas*.

—El águila vive siempre sola, diferenciándose así del pavo que camina en bandadas.

Sin embargo, su turno no ha llegado todavía: hablemos por ahora de la Asamblea Nacional.

Tan luego como el rey hubo partido de Versalles, la Asamblea decidió seguirle y envió una diputación de su seno a fin de que eligiese el local provisional de sus sesiones, hasta hallarse preparado para su recibimiento el picadero de las Tullerías. Escogiose al efecto la sala del palacio arzobispal.

Entretanto la Asamblea declaró la guerra a las palabras, cambiando por un decreto el título de *Rey de Francia y de Navarra* en el de *Rey de los Franceses*, y proscribiendo las fórmulas del absolutismo, a las que sustituyó esta: *Luis, por la gracia de Dios y por la ley constitucional del Estado*, etc.

El 19 se instaló en la sala del palacio arzobispal, porque le urgía acercarse a su rey, o más bien velar por la seguridad del preso que le estaba encomendado. Con la marcha de la Corte empezó la agonía del *favorito sin méritos* llamado Versalles; pues como Versalles recibía de ella la savia de su existencia, abandonándole el trono, se sintió poco a poco ir muriendo. El planeta se llevó tras sí sus satélites; alejaronse los cortesanos; las familias ricas se retiraron; y hasta Mlle. de Montansier, directora del teatro, se declaró, imitando a la Asamblea, inseparable de la Real Persona, y de consiguiente acompañó a S. M. a París.

Tenemos, pues, en París a los dos poderosos: el rey y la Asamblea; aquel en su

palacio y esta en el arzobispado; cada uno con su correspondiente guardia.

Vamos a consignar en este lugar los sucesos que pasaron entre el 19 de octubre, día en que la Asamblea ocupó el palacio arzobispal, y el 9 de noviembre, que fue cuando se instaló en el picadero.

La vuelta *del panadero, de la panadera, del chico de la tahona*, y de los sesenta carros de harina que los seguían, no bastaron, como era natural, para saciar el hambre, y por lo mismo continuaron formándose grupos a las puertas de los abastecedores de pan, que fue imposible dispersar, por hallarse consagrado el derecho de reunión en la *declaración de los derechos del hombre*.

El 14 de octubre propuso Mirabeau, próximo a alistarse en el partido de la Corte, la ley marcial; pero, como esta ley era un atentado contra el espíritu de la Revolución, la Asamblea no quiso decretarla. Sin embargo, la Corte necesitaba que se adoptase. ¿Quién promovió, pues, el acontecimiento a que debió el ser promulgada? Decídalo el lector: nosotros nos contentaremos con someter a su consideración este antiguo axioma de jurisprudencia: «El crimen ha de imputarse a aquel a quien interesa».

Sea como quiera, referiremos lo que pasó.

El 21 de octubre, por la mañana, un panadero, llamado Dionisio François, de edad de 28 años, con 15 meses de casado, y que tenía su habitación en la calle del *Marché-Palu*, correspondiente al distrito de Nuestra-Señora, había vendido ya seis hornadas de pan y preparaba la séptima, cuando una mujer que no había alcanzado porción alguna en las anteriores, pidió se le permitiese visitar la tienda para ver si había pan escondido.

François, no teniendo porque temer, la invitó a que entrase y registrara cuanto quisiese. Desgraciadamente halló en un armario tres panes duros, cada uno de cuatro libras, que los criados habían reservado para sí; y sin encomendarse a Dios ni al diablo, tomó uno, salió a la calle y amotinó al pueblo, gritando que el panadero había ocultado parte de la hornada.

No fue menester más. El pueblo, furioso con la noticia, atropelló la guardia puesta por la policía a la puerta de François, como a la de los otros panaderos; y encontró, además de los tres panes duros, diez docenas de panecillos tiernos, reservados para los individuos de la Asamblea Nacional, que como celebraban sus sesiones en el palacio arzobispal, distaban poco de la calle del *Marché-Palu*.

Ver los panecillos y exclamar uno de los amotinados «a la horca el panadero» fue obra de un instante. El desgraciado François comprendió el peligro a que estaba expuesto, y solicitó que se le condujese a su distrito; pero ni siquiera le oyeron, sino que quisieron llevarle directamente a la Grève: fue preciso que acudiesen los oficiales del distrito, y entonces se le condujo a la Junta de policía.

François era muy apreciado en su barrio; razón por la cual sus vecinos le acompañaron y dijeron que desde el principio de la revolución tenía dadas grandes pruebas de celo patriótico, suministrando al pueblo más de diez hornadas diarias de pan; que cuando a sus compañeros les faltaba harina, él les proveía de ella; que el día

antes había cedido tres sacos a los señores Patrigeon y Merrelier; y por último, que para servir con más prontitud al público, además de su horno, había alquilado el de un pastelero, y allí hacía secar su leña. De donde deducían, que en vez de castigo merecía recompensa aquel excelente servidor del Estado.

No obstante, los amotinados seguían pidiendo su cabeza; como que tres ciudadanos, que señalaremos aquí, por lo grato que es escribir los nombres de tres personas honradas, tuvieron que interponerse para salvarle: llamábanse, MM. Garran de Coulon, Guillot de Blancheville y Dameune.

Era tal la furia, que aunque repitieron en voz alta las declaraciones que habían oído, el tumulto crecía cada vez más; hasta que lograron por fin arrancar al panadero de las manos de los guardias nacionales, degollándole en dos segundos y clavando su cabeza en la punta de una pica.

Nada era más fácil que impedir a aquellos hombres cometer tal crimen, o una vez cometido, prender al asesino que llevaba la cabeza de François, y a los miserables que formaban su escolta. No se verificó sin embargo; porque París necesitaba horrorizarse, para recibir la ley marcial como un beneficio. Se dejó a los asesinos en plena libertad de divertirse, renovando las sangrientas jocosidades de la vuelta de Versalles.

Acertó a pasar por allí un panadero, y en cuanto le vieron, le quitaron el gorro y adornaron con él la cabeza del desgraciado François.

La mujer de este, embarazada de tres meses, oyó que su marido había sido llevado al Hôtel-de-Ville, y acudió en su auxilio. Al pasar por el puente de Nuestra-Señora, tropezó con unos amigos que trataron de detenerla; pero ella insistía, y entre tanto apareció un gentío inmenso, exhalando aullidos, como si fuesen lobos, a la extremidad del puente. Su estandarte era una cabeza ensangrentada, que la infeliz reconoció, cayendo en tierra desvanecida: el hijo que llevaba en las entrañas murió en el acto.

Inmediatamente envió el Ayuntamiento una diputación a la Asamblea para que se votase sin pérdida de tiempo la ley marcial.

Foucault quería que fuese aquel mismo día; Barnave le apoyó con su elocuencia, y Mirabeau, que la había propuesto, volvió a la carga y demostró la urgencia de semejante ley.

Rechazola Buzot; y Robespierre pronunció en contra de su adopción una de sus más lógicas improvisaciones. Mientras discutían, llegó una nueva comisión del Ayuntamiento, más exigente que la primera; lo que influyó para que la ley se decretase en seguida, sancionándola el rey por la noche y promulgándose al otro día por la mañana.

Su primera aplicación fue contra los asesinos del infeliz panadero. A dos se les ahorcó en la Grève, y a otro, que había sido enganchador de dragones, llamado Fleur d'Epine, se le degradó y condujo al Châtelet para ser allí juzgado. Él fue quien cortó la cabeza al desgraciado François.

Este acontecimiento sirvió de tema durante ocho días a las conversaciones de la Corte y de la ciudad. No hubo quien no se interesase por la viuda del pobre panadero. Los reyes le regalaron seis billetes de a mil francos; y el Ayuntamiento le envió una comisión participándole que tanto ella, como el hijo que le quedaba, estaban bajo su salvaguardia y que serían atendidas todas sus necesidades.

Véase a continuación el texto de la ley marcial.

Cuando peligre la tranquilidad pública, los municipales declararán que se va a apelar a la fuerza militar para restablecer el orden.

Esta declaración se hará enarbolando en las calles una bandera roja; desde cuyo momento se considerará como criminal cualquier grupo, intimándose su dispersión con la siguiente fórmula, repetida por tres veces: «¡Va a mandarse hacer fuego: que los ciudadanos honrados se retiren!».

Si a la tercera intimación no se hubiere dispersado el grupo, se hará uso de las armas, sin que nadie sea responsable de los resultados.

Terminado el fuego, se prenderá a todos los que formaban el grupo, castigándose con la muerte a cuantos hubieren cometido alguna violencia.

No hubo más que dos periodistas que protestasen contra esta ley: Loustalot en las *Revoluciones de París* y Marat en *El amigo del pueblo*.

Al mismo tiempo que decretaba la ley marcial, remitía la Asamblea los crímenes de lesa-nación al Tribunal Real del Châtelet: no tardaremos mucho en ver como desempeñaba este su cometido.

Buzot y Robespierre que preveían cuál había de ser la conducta del Châtelet, pidieron que se crease un Tribunal Supremo de la Nación; pero Mirabeau, cuyo realismo iba en aumento cada día, llegó hasta decir que todas aquellas medidas eran insuficientes, y que lo que se necesitaba era *devolver su fuerza al Poder ejecutivo*.

Si se fija la atención en los quince días por que hemos pasado, se verá cuanto camino había andado el rey desde el 6 al 21 de octubre. Sin embargo, la conquista era puramente facticia; pues siempre que un pueblo retrocede, es para tomar vuelo y lanzarse con más vigor al combate.

El miedo que inspiró el 6 de octubre había convertido en realistas ardientes a los realistas moderados. Ciento cincuenta diputados sacaron sus pasaportes. Lally y Monnier se salvaron por medio de la fuga; y Lafayette, furioso al pensar que había sido demasiado realista para con los unos, y no lo bastante respecto de los otros, le echaba la culpa de todo a Marat. Hubo un momento en que estuvo a pique de dar oídos a una proposición de Mirabeau.

Habíase este quedado sin su protector, pues el duque de Orleans marchó a Londres en clase de *embajador*; mejor diremos, como desterrado. Mirabeau se declaró entonces a favor de la Corte, y escribió a Lafayette: «¿Queréis que derribemos a Necker y que gobernemos los dos la Francia?». Desgraciadamente para Luis XVI, Lafayette despreciaba a Mirabeau, y no quiso aceptar. ¡Quién sabe lo que hubieran podido conseguir el genio y la popularidad, obrando de consuno!

Dijimos que la muerte del panadero François había tenido el privilegio de ocupar la atención de París por espacio de ocho días; pero, nos engañamos. Un aldeano,

procedente del Jura, distrajo los ánimos, haciéndoles olvidar tan sangriento suceso.

Era un siervo del monte Jura, de edad de 120 años. Había nacido en 1668, y sus hijos le llevaban a dar gracias a la Asamblea por el decreto expedido el 4 de agosto, aboliendo las manos-muertas.

Aquel anciano era probablemente el decano de la humanidad, y venía en nombre de esta.

La Asamblea se levantó al verle, e hizo que se sentase y cubriese. Contaba medio siglo de servidumbre bajo el reinado de Luis XIV, otro medio siglo bajo el de Luis XV y 20 años bajo el de Luis XVI: en realidad era todavía siervo, pues la condición de tal no quedó abolida de hecho hasta marzo de 1790.

Dos meses después de haberse presentado a la Asamblea murió aquel pobre viejo; de consiguiente, exhaló el alma en la atmósfera de servidumbre en que había vivido. No obstante, antes de cerrar los ojos, vio la luz y tocó con su mano helada el ropaje de la libertad. Llamábase Juan Jacob.

El 23 de octubre se tributaron la ancianidad y la Asamblea este recíproco homenaje.

M. de Castellane, representante de la nación, pidió que, en atención a hallarse ya destruida la Bastilla, fuesen visitadas las treinta y cinco cárceles de París, y sobre todo los calabozos eclesiásticos.

El 25 escribió una religiosa a la Asamblea, promoviendo la discusión acerca de los votos; lo que hizo estremecerse casi de miedo al Cuerpo de los representantes, como si se hubiese tocado algún mármol sagrado, algún arca santa. En consecuencia, suspendió la profesión de votos; pero no se atrevió a decretar su quebrantamiento; semejante a Hércules cuando era niño, ensayábase en ahogar serpientes, sin conocer aún que tenía fuerzas suficientes para ahogar leones.

En seguida acudieron con sus reclamaciones los judíos, los cómicos y los protestantes. A los primeros se les abofeteaba todavía anualmente en Tolosa; y siempre que se ahorcaba a uno de ellos, se ejecutaba lo propio con dos perros, colocado uno a su derecha y otro a su izquierda. Los judíos preguntaban a la Asamblea si eran o no hombres.

Los cómicos, excomulgados, privados del goce de los derechos civiles y enterrados sin ninguna ceremonia religiosa, preguntaban, en nombre de Shakespeare y de Molière, si eran o no ciudadanos. La Asamblea no se atrevió a contestarles.

Por lo que respecta a los protestantes, les devolvió la capacidad de obtener empleos civiles, alzando un destierro que duraba hacía más de un siglo. De este modo entró en Francia Rabaud-Saint-Etienne, hijo del anciano doctor de las Cevenas, de aquel mártir de la fe, que pasó 50 años de proscripción vagando en los bosques, sin más techo que la piedra de las cavernas o las hojas de los árboles.

Habiendo sido elegido representante de la nación, y luego presidente de la Asamblea, escribió a su padre, ya octogenario: «Padre mío, el presidente de la Asamblea Nacional se postra a vuestros pies».

Todo iba, pues, recobrando su sitio: borrábase poco a poco las injusticias y el alba del siglo XIX comenzaba a teñir de blanco el horizonte.

Sin embargo, de vez en cuando la Asamblea, caminando a tientas a la débil luz del crepúsculo, tropezaba y caía en algún grave error. Por ejemplo, fijó condiciones para ser elector y elegible, decretando que solo pudiesen votar en las asambleas primarias y de cantón los mayores de 25 años, que contasen por lo menos un año de residencia, pagasen una contribución directa equivalente al valor de tres días de trabajo, no fuesen de la clase de sirvientes y se hallasen inscritos en las listas de la guardia nacional. A estos se les llamó *ciudadanos activos*: los que carecían de tales cualidades eran conocidos con el nombre de *ciudadanos pasivos*.

Y no paró aquí; sino que estableció para ser elegible condiciones distintas de las marcadas para ser elector. Los individuos de las Juntas electorales y de las administraciones de departamento y de distrito, debían pagar una contribución directa, igual al valor de diez días de trabajo: los de la Asamblea Nacional, un marco de plata, y ser además propietarios territoriales. Aun esto tenía algo de reacción.

Robespierre y Gregoire sostuvieron la causa del pueblo.

«Los hombres y no la propiedad, dijo el primero, son el objeto de la representación nacional: atendamos a las cualidades de la persona y no a su mayor o menor riqueza: en esta parte el único, el verdadero título que hay que consultar es la confianza del pueblo».

«¡Sustituid la confianza al marco de plata!» exclamó Prieur de la Marne.



MIRABEAU.

Camilo Desmoulins, observando que el clero había apoyado la ley, les asestó las siguientes frases:

«Miserables sacerdotes, bonzos, pícaros y estúpidos ¿no veis que según esos principios vuestro Dios no era elegible; y que, de consiguiente, habéis colocado a Jesucristo entre la canalla?».

El marco de plata, además de ser atacado en la tribuna y en los periódicos, lo fue por medio de caricaturas y canciones. Se le representó bajo la figura de un futuro diputado, con un marco de plata en vez de cabeza, y los dos versos de Boileau, que van a continuación, por divisa:

Et souvent tel y vient qui sait pour tout secret
Cinq et quatre font neuf, ôtez deux, reste sept.

(De este modo acuden muchos
cuya ciencia solamente
es saber que cinco y cuatro
forman el número nueve,
y que si dos se rebajan,
por precisión quedan siete).

Debajo de otra caricatura, titulada *La Romana aristocrática*, se leía:

Le marc d'argent preside en France:
Esprit, talents! dons superflus,
Au diable vertus sans finance,
Beaucoup d'appelès, peu d'élus.
(¡Al diablo los talentos!
Marcos de plata
presiden los destinos
hoy día en Francia.
¡Vivan los tontos!
Muchos son los llamados,
se elijen pocos).

Como si quisiese recobrar su popularidad, decretó la Asamblea el 3 de noviembre, que los bienes del clero *se entregasen a la nación*. Lo curioso en este asunto fue haber planteado la cuestión desde el 10 de octubre el obispo de Autun, cuando, como dice Michelet, se aventuró a caminar por aquel terreno resbaladizo y a quebrar el hielo con sus pies que cojeaban, estableciendo que el clero no era un propietario de la misma clase que los demás. ¡Cosa notable! el decreto que despojaba a la iglesia de sus bienes, se dictó en el palacio arzobispal.

El mismo día decidió la Asamblea, que mientras se arreglase definitivamente la

organización del poder judicial, permanecieran los parlamentos en vacaciones. Esto equivalía a suspenderlos.

—¡Los hemos enterrado vivos! —dijo Lameth, al salir de la sesión.

Dos caricaturas fueron la consecuencia de ambos decretos: una figuraba el entierro del muy alto, poderoso y magnífico señor Clero, que había muerto en la sala de la Asamblea Nacional, el día de difuntos de 1789.

Su cuerpo, decía la esquila de convite, será trasladado en caja nacional al real tesoro, por MM. de Mirabeau, Thouret, Chapelier y Alejandro de Lameth.

Passará por delante de la Bolsa y de la Caja de descuento, que le echarán agua bendita.

Los abates Sieyès y Maury irán de plañideras. El abate de Montesquiou pronunciará la oración fúnebre. Las actrices de la opera, enlutadas, a fuer de viudas, cantarán un *De profundis*, en fabordon.

El duelo se dirigirá a casa de M. Necker, donde se invita a los acreedores del Estado para que concurran.

La caricatura relativa a los diputados, los figuraba huyendo en todas direcciones, mientras que el viento, soplando con violencia, se llevaba sus pelucas.

—Sopla un viento capaz de descornar a los bueyes, decía uno que pasaba por allí.

El 9 de noviembre, tomaron los representantes posesión de la sala del Picadero; y a la mañana siguiente se leía en todas las esquinas de París:

LOS CABALLOS EN EL PICADERO.

El Petulante	Mirabeau.
El Espantadizo	Clermont-Tonnerre.
La Astuta	El Abate Montesquiou.
La Encabritada	El Abate Maury.
La Perezosa	Boisgelin.
La Terrible	El Duque del Châtelet.
El Inconstante	El Conde d'Entraigues.
El Repropio	La Luzerne.
El Cuco	El Duque de Coigny.
El Intrépido	El abate Gregoire.
El Alegre	El caballero de Bouffiers.
El Rinoceronte	Moreau de Saint-Méry.
La Sonámbula	Cazalès.
El Inapreciable	Alejandro Lameth.
El Fulminante	Thouret.
El Dichoso	Bailly.
El Indócil	Target.
El Bueno	Rabaud-Saint-Etienne.
El Intratable	D'Esprémenil.

El Seguro	Malouet.
El Vacilante	D'Aiguillon.
El Hermoso	El príncipe de Poix.
El Soberbio	M. de Montesquiou.
El Admirable	Barnave.

Al otro día un periódico anunció la sesión en los siguientes términos.

Los grandes actores de la sala del picadero representarán hoy *El rey despojado*, antigua comedia, que se repite a instancia de algunos amantes de la literatura, terminando el espectáculo con la pieza titulada *El Delincuente honrado*, en dos actos y en prosa, cuyo principal papel desempeñará Mirabeau, encargándose del de su confidente el admirable Barnave, joven que promete.

Una vez designados personalmente los representantes, se les colocó por categorías: a los de la izquierda se les llamó, *bayos*, a los de la derecha, *negros*; y a los del centro, *imparciales*.

CAPÍTULO II

SUMARIO.—El tribunal del Châtelet.—Origen de este nombre.—Edicto de Luis IX.—El Châtelet convenido en tribunal supremo.—La apelación al Parlamento.—Los tres acusados.—Perdón de Augeard y de Bezenval.—La cuarteta de Camilo Desmoulins.—El marqués de Favras.—Su retrato.—Acusación contra él.—Sus acusadores.—*Monsieur*, hermano del rey.—Su conducta.—La circular Barreaux.—*Monsieur* en el Hôtel-de-Ville.—Su triunfo.—Favras ame sus jueces.—Su aspecto.—La sentencia.—La hora de la ejecución.—Alegría en París.—La propina.—Preparativos del suplicio.—Nuestra Señora.—Testamento.—Verdugo, cumple con tu deber.—Bis.—El entierro.—Una frase de la Memoria de Favras.—Igualdad en el patíbulo.

Hemos dicho que el Châtelet había sido creado tribunal de lesa-nación: no bien obtuvo su diploma de juez, cuando puso manos a la obra.

Antes de referir su manera de conducirse en calidad de tal, digamos unas cuantas palabras acerca de su origen.

Felipe Augusto era, como nadie ignora, muy amigo de emprender obras de arquitectura. Él edificó a Nuestra Señora, o poco menos; fundó los hospitales de la Trinidad, de Santa Catalina y de San Nicolás-del-Louvre; y empedró las calles de París, cuya hediondez no le permitía estar asomado a la ventana.

En el momento de marchar a la cruzada, deseoso de que los vecinos no perdiesen un tiempo que él iba a emplear tan bien, les ordenó que circuyesen la ciudad con una muralla sólida y guarnecida de torreoncillos y de puertas: fue la tercera que rodeó a París.

Fácil es comprender que los ingenieros no tomarían la medida justa de la capital; pues, la rapidez con que había engrosado, debió advertirles de que llegaría día en que hiciese estallar su tercer ceñidor, como había acontecido con los dos anteriores.

Diose, por lo tanto, largura al nuevo ceñidor, y dentro de él se encerraron, como precaución para lo porvenir, multitud de pobres lugarcillos destinados a formar con el tiempo parte de aquel gran todo. No obstante su miseria, tenían aquellos lugarcillos, como Luis IX, su justicia señorial; porque conviene se sepa, que cuando Luis IX decidía cualquier disputa debajo de la célebre encina, que ha pasado ya a la clase de proverbio, lo hacía como señor y no como rey.

Todas aquellas justicias señoriales, contradictorias casi siempre y ocupando el mismo recinto, acabaron por chocar unas con otras, hasta el punto de introducir gran confusión en la capital; resultando de ahí la intervención de Luis IX en el asunto y su edicto, por el cual se dispuso que todas las causas sentenciadas en las pequeñas justicias señoriales, se llevasen por vía de apelación a su Châtelet de París.

Este quedó así erigido en tribunal supremo, hasta la época en que tocó al Parlamento, que había pasado a la vida sedentaria, su turno de conocer de las causas sentenciadas en el Châtelet.

Llegó entre tanto el día 2 de noviembre de 1789, y con él la resolución de la

Asamblea suspendiendo el Parlamento; y entonces el Châtelet no solo recobró su antigua importancia, sino que adquirió otra nueva, a saber, la de conocer del crimen de lesa-nación.

Tres eran los hombres acusados a la sazón de semejante delito: el arrendatario general Augeard, el barón de Bezenval y el marques de Favras. El Châtelet, como se ve, quería estrenarse aristocráticamente.

Inculpábase al primero haber suministrado a la Corte los fondos con que la camarilla de la reina pagaba a las tropas reunidas en el campo de Marte: como persona poco conocida, el populacho no le tenía rencor, y los jueces fueron indulgentes con él: su destino le reservaba para ser más adelante, con los demás arrendatarios generales, víctima de la guillotina.

Siguióle Bezenval. Respecto de él no acontecía lo que respecto de Augeard. Era conocido como coronel general de los Suizos, y había mandado el campo de Marte en julio de 1789; de donde resultaba que el pueblo, acordándose de los desastres de aquel día, sentía cierto placer en desquitarse.

No bien se presentó Bezenval a los ojos de la multitud, cuando esta se puso a gritar:

—¡Ahorcarle!, ¡ahorcarle!

El tribunal reclamó un momento de silencio, y aprovechándolo, dijo uno de los presentes:

—¡Pido que se le corte en tres pedazos, y que se envíe uno a cada cantón!

Pero, no obstante que en el modo de pensar del pueblo Bezenval era culpado, y a pesar de las vociferaciones de los concurrentes, se le perdonó. Acto que sacó de quicio a Camilo Desmoulins, el cual, indignado, asestó a los jueces la siguiente cuarteta:

Magistrats qui lavez Augeard,
Qui lavez Bezenval, qui laverez la peste,
Vous êtes le papier brouillard:
Vous enlevez la tache, et la tache vous reste.

(Pues laváis culpas tan graves
como las que a Augeard condenan,
y con Bezenval lo mismo
os portáis... ¡por vida vuestra!
que sois cual papel de estraza,
que al limpiar sucio se queda).

Tales fueron las tristes circunstancias en que se dio principio al proceso de Favras. Natural era que después de dos perdones impopulares se dictase una sentencia de muerte.

El marques de Favras era un hombre de cuarenta a cincuenta años, verdadero tipo

del antiguo noble, que reunía en su persona la elegancia y la dignidad. Había servido en los Mosqueteros, y después de la campaña de 1761 ascendió al puesto de ayudante mayor en el regimiento de Belzunce y luego al de teniente de los suizos que formaban la guardia del hermano del rey. En 1775 renunció este empleo para dirigirse a Viena, donde hizo reconocer a su esposa por hija legítima del príncipe de Anhalt-Schaunembourg.

En 1787 volvió a París, habiendo antes tomado parte en la insurrección de Holanda; y a fines de 89 se le acusó de haber conspirado contra la revolución, queriendo introducir en la capital durante la noche gente armada, para deshacerse de los tres jefes principales de la administración, atacar la guardia del rey, apoderarse del sello del Estado y llevarse a Luis XVI y a su familia a Perona. Sus acusadores eran tres miserables enganchadores, llamados Morel, Turcati y Marquies.

Estos decían que el marqués había propuesto a la Corte formar en las fronteras un ejército de 150,000 hombres, con objeto de destruir la nueva Constitución (que aún no existía) y aseguraban como positivo lo del proyecto de llevarse de París a la familia real, que había de verificarse entrando el marqués en la capital a la cabeza de 1,200 jinetes, con otros tantos soldados de a pie en las ancas de los caballos, bien armados y resueltos a todo, y asesinando al general Lafayette y al corregidor Bailly. En Perona los aguardaba un ejército de 120,000 hombres. Decíase que esta conspiración se había tramado entre *Monsieur* y su antiguo teniente.

Monsieur respondió, que hacía 15 años no veía al marqués de Favras, con quien había vuelto a tropezar para tratar de un asunto absolutamente extraño a la política, como lo era un préstamo que quería contraer. Sin embargo, esta negación no impidió que la mañana siguiente al día en que se arrestó al marqués con su esposa, corriese por París la circular que va a continuación:

El marqués de Favras ha sido preso con su señora esposa, por haber formado el plan de sublevar a 30,000 hombres, los cuales debían asesinar a M. de Lafayette y al corregidor M. de Bailly, interceptando en seguida los víveres. *Monsieur*, hermano del rey, estaba al frente de la conspiración.

FIRMADO: BARREAUX.

Es probable no existiese semejante Barreaux: pero ¿cómo demostrarlo? De manera que la acusación contra *Monsieur* adquirió en veinte y cuatro horas una importancia tan grande, que este juzgó conveniente ir al Hôtel-de-Ville, y rechazar allí toda participación en los proyectos del marqués de Favras, poco más o menos como lo había ya hecho delante de sus amigos.

La humildad de *Monsieur* desarmó al pueblo; y su negación fue acogida con frenéticos aplausos: la multitud se contentaba con que se le entregase la nobleza, sin reclamar aún a los príncipes de la sangre.

Monsieur, sano y salvo del peligro que acababa de correr, quiso mostrarse generoso, solicitando el perdón *de los que le habían ofendido*; pero, así como habían sido unánimes los aplausos, lo fueron los gritos de *¡nada de perdón!*, *¡nada de*

perdón!

Monsieur se vio conducir en triunfo al Luxemburgo; lo que significaba que Favras iba a ser condenado a muerte.

Interrumpido por un instante el proceso, emprendiose de nuevo su sustanciación con una actividad sin igual, y el 19 de febrero de 1790 compareció el desgraciado marqués ante sus jueces.

M. de Favras leyó, desde que puso el pie en la sala, así en el aspecto del tribunal como en el rostro de los circunstantes, que estaba sentenciado de antemano; y sin embargo, manifestó una serenidad incomparable. Respondió con precisión y cortesía a las preguntas que se le dirigieron, instando por que se le carease con sus acusadores: derecho que le correspondía y que le fue negado constantemente, como también el oír a los testigos en pro, después de haber oído a los que depusieron en contra. Una sonrisa lució en los labios del acusado al ver la negativa del tribunal.

—Creía que iba a ser juzgado por el Châtelet de París —dijo—, y me equivocaba; pues, a lo que parece, la inquisición de España es quien me juzga.

La sola acusación que se produjo contra él fue una carta de un tal M. de Foucault, preguntándole donde estaban sus tropas y porque lado debían entrar en París; manifestábale además, su deseo de formar parte de la expedición.

Con una sesión bastó para dar cima al negocio; de suerte que, introducido Favras en la sala del tribunal a las nueve de la mañana, pudo oír su sentencia el día siguiente, a las diez. Fue condenado a retractarse públicamente delante de la iglesia de Nuestra-Señora y a ser ahorcado en la plaza de Grève.

El marqués oyó con la mayor tranquilidad esta sentencia, si bien contenía para un noble una palabra terrible: *¡ahorcado!*

—Os compadezco —dijo—, de tener que condenar a un hombre, sin más pruebas que esas.

Como le anunciase entonces el relator que no le quedaban más consuelos que los religiosos, respondió:

—Os engañáis: me quedan los que encuentro en mi conciencia.

Breve era, por lo demás, el espacio que debía mediar entre la sentencia y su ejecución; pues tratándose de que el Châtelet recobrase su perdida popularidad, lo mismo le importaba a Favras, una vez de sentenciado, morir más pronto o más tarde. El pueblo, por su parte, no estaba de humor de dejar pasar el día sin que se ajusticiase al reo; pues sabía cuanto es posible hacer en una noche.

Se anunció, de consiguiente, que la ejecución se verificaría aquella misma tarde; y la noticia cundió esparciendo por las calles de París la alegría de un triunfo.

Había personas apostadas en las calles para pedir propina a los que pasaban.

—¿Y cuál es el motivo? —preguntaban estos.

—La ejecución de M. de Favras —respondían los suplicantes.

A las tres de la tarde hallábase ya preparada la horca, y el carro aguardaba al reo a la puerta del Châtelet. Subió a él Favras en camisa y desnudo de pies y cabeza. En la

mano llevaba una vela de cera amarilla y al cuello la cuerda con que iba a ser ahorcado. El verdugo tenía una de las puntas.

Cuando llegó a Nuestra-Señora, bajó del carro y se puso de rodillas. En el mismo momento se abrió de par en par la puerta de la iglesia, y apareció el fondo del altar mayor, alumbrado por muchos cirios. Preparábase el escribano del Châtelet a leer la sentencia; pero Favras se la quitó de la mano y la leyó en alta voz. Después dijo:

—Próximo a comparecer ante Dios, perdono a los que contra su conciencia me han acusado, suponiendo en mí intenciones criminales. Amante de mi rey, moriré fiel a mis sentimientos, sin que esto quiera decir que he tenido nunca medios ni voluntad de conspirar contra el actual orden de cosas. Sé que el pueblo pide a gritos mi muerte; y ya que necesita una víctima, mejor es que su elección haya recaído en mí que en otro, al par que inocente débil, a quien la vista de un patíbulo no merecido sepultase en la desesperación. Declaro que voy a espiar crímenes que no he cometido.

En seguida, inclinando su frente ante el altar que se percibía a lo lejos, volvió a subir con pie firme al carro.

Una vez en la plaza del Hôtel-de-Ville, se acostumbraba conducir al reo a una habitación, para que hiciese allí, amonestado por el instrumento del suplicio que veía cercano, sus últimas declaraciones. No era, sin embargo, el marqués de Favras de esos hombres a quienes el miedo excita a revelar los arcanos de su corazón. Su declaración (que pudiéramos llamar su testamento) recibida por Juan Nicolás Quatremère, consejero del rey en el Châtelet de París e impresa algunos días después, es un modelo de dignidad.

La serenidad de Favras llegó hasta el punto de tomar la pluma de manos del escribano y corregir tres faltas de ortografía cometidas por este al extender lo que él le dictaba.

Al aparecer de nuevo en las gradas del Hôtel-de-Ville, aplaudió el pueblo, como lo había verificado a su salida del Châtelet y delante de Nuestra-Señora; pero esta alegría popular ni irritó ni afligió al sentenciado: su porte era el de un hombre completamente tranquilo.

Entre tanto sobrevino la noche, y se distribuyeron lamparillas en la plaza de Grève, poniéndolas hasta sobre la horca, cuyo perfil de fuego se dibujaba en medio de las tinieblas.

Favras caminó con paso firme hacia la escalera: al llegar a ella, gritole uno:

—Ea, salta marqués.

El reo permaneció tan insensible a la burla, como lo había sido al insulto. Al pie de la horca elevó su voz diciendo:

—¡Ciudadanos! muero inocente; rogad a Dios por mí.

Detúvose en el segundo escalón, y con la misma firmeza que la primera vez repitió:

—¡Ciudadanos! auxiliadme con vuestras oraciones; ¡muero inocente!

Cuando acabó de subir, pronunció por tercera vez la misma frase, y en seguida

dijo al verdugo:

—Cumple con tu deber.

No bien hubo articulado estas palabras, cuando su cadáver principió a bambolear de un lado a otro. El pueblo gritó: ¡*Bis!* dando así a entender que su odio contra la aristocracia no se saciaba con que se ahorcase una sola vez a un aristócrata inocente.

El cadáver se entregó a los hermanos del difunto, los señores Mahi, barón de Connere y Mahi de Chitenay; pero costó mucho contener al pueblo, que quería arrastrarlo por las calles, como había hecho con los de Flesselles y Launay. Diéronse prisa, pues, a enterrarlo en la iglesia de San Juan, situada en la misma plaza de Grève, mientras que la guardia nacional custodiaba la puerta.

Ha llegado hasta nosotros una frase de la Memoria de Favras, que es una terrible acusación contra *Monsieur*.

«Una mano invisible, no me queda duda, se une a mis acusadores para perseguirme. ¡Qué importa! Mis ojos siguen por todas partes al que me han designado como mi principal acusador. No espero que su conciencia le remuerda; pero hay un Dios vengador que se encargará de defenderme; porque nunca, nunca han permanecido impunes crímenes como los suyos».

La marquesa de Favras estuvo encerrada en las cárceles de la Abadía hasta que se *ahorcó* a su marido: ningún cargo, empero, resultaba contra ella.

Hemos subrayado la palabra *se ahorcó*, porque era efectivamente una gran novedad la ejecución de un noble en la horca: aplicábase así, a la letra, el decreto de la Asamblea Nacional del 21 de Enero de 1790, que proclamó la igualdad en el suplicio. Los curiosos incidentes de aquella sesión merecen que les consagremos algunas líneas.

CAPÍTULO III

SUMARIO.—Sesión de 21 de enero de 1790.—Dupont y Robespierre.—El doctor Guillotin.—Su máquina. —Risas de la Asamblea.—La canción.—Baturrillo.—Historia de la guillotina.—Su antigüedad.—El mariscal Montmorency.—Decreto del 5 de junio de 1791.—Penas.—Triunfo de Guillotin.—Despójase al rey del derecho de indultar.—Mañana del 17 de abril de 1792.—Pinel, Cabanis.—Maese Guidon.—Sansón.—M. de París.—El doctor Luis.—El ciudadano Giraut.—Los tres cadáveres.—El mal éxito arranca aplausos.—Primer guillotinado.—Luis XVI corrige los defectos de la máquina.

DISCUSIÓN ACERCA DE LA PENA DE MUERTE.—EL DOCTOR GUILLOTIN.—LA GUILLOTINA.
—SESIÓN DEL 21 DE ENERO DE 1790.

«Después de hacer mención de los regalos patrióticos y de leer las comunicaciones remitidas, entre las cuales mereció particular atención la de los patriotas de la ciudad de Grenoble, se dio cuenta del asunto de guías o despachos: la Asamblea declaró no haber lugar a deliberar.

»En seguida se leyó por segunda vez la moción de M. Guillotin acerca de las penas, y fueron aprobados los artículos siguientes:

»Los delitos del mismo género tendrán todos igual castigo, cualesquiera que sean la clase y la posición de los culpados.

»Siendo, como son, personales los delitos y crímenes, en nada deshonran a la familia del delincuente el suplicio ni las condenas infamantes que a este se impongan. El honor de sus allegados queda puro de toda mancha, y ellos aptos de consiguiente para desempeñar toda especie de profesiones, empleos y dignidades.

»En ningún caso se podrán confiscar los bienes del reo.

»El cuerpo del ajusticiado se entregará a su familia, si lo pidiere; y de todos modos, se le dará sepultura como a los demás ciudadanos, sin hacer mención en los registros públicos del género de muerte que hubiere sufrido».

(REVOLUCIÓN DE PRUD'HOMME.—SESIÓN DEL LUNES 21 DE ENERO).

¿No es una coincidencia notable, haberse proclamado esta igualdad en el suplicio el lunes 21 de enero, cabalmente el mismo día en que tres años después, aquel rey que firmó el decreto debía someterse y doblar ante él su cabeza? ¿No es también curioso ver levantarse a hablar contra la pena de muerte a Robespierre y Duport? Apoyaron su dictamen en las dos razones siguientes:

1.^a La sociedad carece de derecho para matar a ninguno de sus individuos, sea cual fuere su delito.

2.^a La pena de muerte no es la más dura de todas.

Cuando se trató del modo de aplicar esta pena, salió a relucir de nuevo el nombre

del doctor Guillotin, con motivo de su célebre máquina.

¡Nombre fatal el suyo para la monarquía!

Guillotín propuso que se adoptase el Juego de Pelota como local para reunirse la Asamblea; y allí fue donde se pronunció el juramento que hirió de muerte al trono.

Guillotín propuso que se sustituyese a la horca su máquina; y la cuchilla de esta derribó la cabeza de Luis XVI.

Sin embargo, Guillotin, hábil práctico, ¡era uno de los médicos de la Corte!

Hacía mucho tiempo que trabajaba en su máquina, con la idea de que se pudiese quitar al hombre la vida *sin dolor*. Al cabo se convenció de que había logrado su objeto. Llevaba en sus bolsillos provisión de guillotinas de todos tamaños, y se entretenía decapitando figurillas en casa de sus amigos.

Su celo se convirtió en entusiasmo.

—Con mi máquina —exclamó— en la sesión del 1.º de diciembre, haré saltar cualquier cabeza en un abrir y cerrar de ojos, y el individuo solo sentirá un leve frío en el cuello.

Como era natural, semejante aserto encontró gran número de incrédulos. La Asamblea se rio del Doctor.

¡Cuántos de los que entonces se rieron, debían probar a su vez el efecto de la máquina de Guillotin y sentir aquel frío leve que este les ponderaba!

Pues que la Asamblea, grave areópago, se había reído de la moción del célebre doctor, adoptándola sin embargo (merece notarse esta circunstancia) ¿cómo extrañar que los chistosos pusiesen en coplas al inventor y su obra?

Había a la sazón en París dos periódicos que hacían coplas sobre cuanto sucedía: el *Diario Nuevo* y los *Actos, de los Apóstoles*; y no era regular que la guillotina se quedase a oscuras en este punto.

Leíase la siguiente copla en los *Actos de los Apóstoles*.

(Traducción libre).

El médico Guillotin
imaginó una mañana
que ahorcar no era una muerte
ni patriótica ni humana.
Un suplicio de otro género,
menos cruel, necesitaba,
sin soga, palo o verdugo,
que a sí propio se bastara.
En vano lo atribuyeron
todos a envidia villana
del ayudante de Hipócrates,
del Doctor de las gargantas;
él fijo en su gran proyecto,

no se detuvo por nada,
con la gente del oficio
lo consultó sin tardanza,
y Barnave y Chapelier
y hasta el verdugo (no es chanza)
aprobaron de su invento
las menores circunstancias.
De este modo Guillotin
hizo la famosa máquina,
que del nombre del artífice
fue *Guillotina* nombrada.

En el *Diario Nuevo* se leía el baturrillo que va a continuación:

1.^a

El distinguido Doctor
Guillotín,
a quien del hombre el amor
ocupa sin fin;
se adelanta veloz, de repente,
y alzando la frente
allí expone en bombástica prosa
poca cosa:
Seis o cinco ya tontos, ya insanos,
batiendo las manos
le aplauden, y él sale
confiado,
pagado
de lo mucho que cree que vale.

2.^a

Si habéis votado, Señores,
en vuestra ciencia inmortal,
para todas las flaquezas
leyes de pura igualdad,
por poco que se me escuche
convenceré al más tenaz,
que es muy duro ser ahorcado

como es muy cruel ahorcar.

3.^a

Cuando un hombre a otro asesina
en el calor del momento,
y es el matador honrado,
y quizá no lo es el muerto,
¿qué hemos de hacer? —Escuchadme:
yo a la sordina he compuesto
una máquina sublime
que os sacará del aprieto:
ella derriba cabezas,
Señores, que es un contento,
y solo causa una leve
comezón en el pescuezo.

4.^a

Antes de uno pensarlo
recibe el golpe;
ni lo ve, pues los ojos



LAFAYETTE.

no ven entonces:
¡Dichosa muerte!
Morir sin sufrimientos
es una suerte.

Hay escondido
allí un resorte,
que desprendido
hace caer,
er, er,
hace saltar,
tar, tar,
hace caer,
hace saltar,
hace volar
la cabeza del mísero reo,
lo que es menos feo.

Desgracia fue, por lo visto, para el pobre marqués de Favras, el que tan filantrópica máquina, adoptada por la Asamblea, no estuviese ya en uso cuando le llevaron al patíbulo.

Digamos algo sobre el origen de la guillotina, que, como todos los nuevos

descubrimientos, hubo de vencer bastantes dificultades antes de triunfar de sus enemigos. La célebre máquina no fue precisamente invención de M. Guillotin; tanto que si la historia de la edad media hubiese estado tan presente en la memoria de los críticos de 1790 como en la de los de 1850, sin duda le acusaran de plagiarlo.

¡Qué remedio! Por rica que sea una imaginación, necesita tomar algo de las que la han precedido, y más tratándose de invenciones mortíferas, tan prodigadas por el talento humano en todas épocas, desde que el mundo es mundo.

Tropiézase con alguna cosa parecida a la guillotina en Escocia, en Alemania y sobre todo en Italia, donde la *mannaja* se pierde en la noche de los siglos.

El mismo mariscal de Montmorency, ilustre rebelde, a quien reconocieron los enemigos por haber muerto a un hombre en la séptima fila, después de destruir las seis primeras, fue decapitado en Tolosa mediante una máquina que, si creemos a Puysegur, se parecía mucho a la del doctor Guillotin.

«En aquel país, dice el historiador, se sirven de una azuela colocada entre dos trozos de madera, que baja de lo alto y separa la cabeza del cuerpo».

La máquina de M. Guillotin no se adoptó hasta el 3 de junio de 1791, esto es, diez y ocho días antes de la fuga del rey. Véase el texto del decreto:

ART. I.

Las penas aplicables a los acusados que el jurado declare culpados, son:

La de muerte.

La de cadena.

La de encierro en casas de corrección.

La de arresto.

La de deportación.

La de degradación cívica.

La de argolla.

ART. II.

La pena de muerte consistirá en la simple privación de la vida, sin que sea permitido emplear ninguna clase de tormento.

ART. III.

A los condenados a muerte se les cortará la cabeza.

Desde que la Asamblea dictó este último artículo, fue indudable el triunfo de la máquina del doctor Guillotin.

El día 4 se privó al rey del derecho de indultar.

Pero, una vez votada la pena de muerte, estando ya resuelto que al reo se le cortase la cabeza, y que esto se ejecutaría con el auxilio del invento del doctor Guillotin, faltaba probar la máquina; pues, por mucha confianza que tuviese el filántropo médico en la benignidad del nuevo suplicio, érale imposible experimentarla en su persona.

Después de mucho pensar, imaginó el siguiente medio para conocer el efecto de la máquina.

Preciso es que nuestros lectores, si les place asistir al espectáculo, entren con nosotros en uno de los patios de Bicêtre. Era el 17 de abril de 1792. Habían dado las siete de la mañana; y al través de la llovizna que caía, como al través de un crespón, se veía a cinco o seis carpinteros, bajo la dirección de un maestro, ocupados en disponer un artefacto de extraña y desconocida figura.

Reducíase a una plataforma de madera, encima de la cual se alzaban dos postes de diez a doce pies de altura, que tenían una muesca, por la que resbalaba, en cuanto se abría un resorte, cayendo con toda la fuerza de su peso multiplicado por la de otro cuerpo extraño, una especie de machete en forma de media luna.

Entre los dos postes había una pequeña abertura, suficiente para dar entrada a una cabeza, y cuyas hojas, al cerrarse, rodeaban el pescuezo, a modo de collar. Completaba el aparato una báscula, dispuesta de manera que se levantase de improviso y horizontalmente hasta el nivel de la ventanilla.

Percibíanse en los enrejados de las cuatro paredes que formaban aquel patio, algunas fisonomías pálidas e inquietas, cuyos ojos como que querían calar hasta el fondo el misterio de tan extraordinaria armazón. Eran los presos que se habían despertado con los martillazos, y esperaban que algo de imprevisto iba a pasar en aquel local.

Algunas personas, no obstante seguir lloviendo, acudían de la parte de afuera para ver la curiosa máquina: entre otras, el doctor Felipe Pinel y el célebre Cabanis, en cuyos brazos acababa de expirar Mirabeau hacía quince días.

Pedíanse, como era natural, explicaciones al maestro carpintero, que se llamaba Guidon, el cual las daba con sumo agrado y complacencia: ante todo, es preciso ser justos.

Maese Guidon ¡ahí no es nada! estaba prendado de la máquina, y la llamaba riéndose su señorita, en atención a que aún se conservaba virgen: ¡cómo, pues, no había de esmerarse en explicar sus virtudes!

En un ángulo del patio se distinguía otro grupo de cuatro personas, vestidas muy sencillamente y sin polvos en los cabellos: el jefe representaba cincuenta a cincuenta y cinco años; su estatura era elevada, su sonrisa benévola, su fisonomía ingenua. Llamábase Carlos Luis Sanson: había nacido el 15 de febrero de 1738 y ejercía desde el año de 1718, bajo la dirección de su padre, las funciones de verdugo de París. Los tres que le acompañaban eran su hijo y sus dos ayudantes.

La presencia de M. de París, nombre que entonces se aplicaba al verdugo del

departamento del Sena, aumentaba la terrible elocuencia de la máquina, que por lo tanto no necesitaba de más revelación.

A las ocho aparecieron dos hombres en el enrejado, que se abrió ante ellos. Uno era el doctor Luis, médico de la real cámara, pálido y aquejado de la enfermedad que debía privarle pronto de la vida; y el otro José Ignacio Guillotin, inventor del aparato descrito.

Ambos se acercaron, Luis con lentitud y Guillotin con la vivacidad que le caracterizaba. En el rostro del último se pintó la alegría que sentía al ver el modo como maese Guidon había puesto en ejecución su pensamiento. Preguntóle cuanto costaría.

—A fe de hombre —respondió Guidon (pues tal era su juramento de costumbre) — no puedo darlo terminado por menos de cinco mil y quinientos francos.

—¡Ola!, ¡ola! —dijo Guillotin, algo sobrecogido con semejante cifra—, muy caro me parece eso.

—¡Ya se ve! —contestó Guidon—, ¿es acaso este un trabajo como los demás?

—¿Pues cuál es la diferencia? —preguntó Guillotin.

—Que hay obreros que no gustan de ocuparse en tales cosas, a fe de hombre.

—¡Bah! —dijo uno de los presentes, acercándose al doctor Luis—, hay quien haga la misma máquina por seiscientos francos; así me lo han ofrecido.

Una rebaja de cuatro mil novecientos francos no era de despreciar. El interlocutor se llamaba Giraut, arquitecto de París: entre él y maese Guidon se suscitó una acalorada disputa, interrumpida por el ruido que hizo al entrar en el patio un pequeño carruaje tirado a la mano.

—¡Ah!, ¡por fin...! —exclamó el doctor Guillotin con júbilo.

El carruaje contenía tres sacos, y estos tres cadáveres, enviados por la Dirección de los hospicios.

El verdugo, su hijo y los dos mozos cogieron uno de los cadáveres y le tendieron sobre la báscula. En seguida se hizo jugar el resorte, el machete bajó con la rapidez del rayo, y la cabeza del cadáver rodó por el suelo. Guillotin exhaló un grito de alegría.

En cuanto a la guillotina, cuadrábale ya perfectamente el nombre de señora, pues acababa de perder su virginidad. Se oyeron algunos aplausos, y el Doctor correspondió con un saludo.

La segunda prueba tuvo igual resultado; pero no así la tercera, sea que resbalase mal el machete o que cayese en falso; es lo cierto, que a la cabeza le faltó una cuarta parte por cortar, y fue preciso hacer uso del cuchillo.

Este pequeño accidente, atribuido a una causa ajena a la máquina y a su inventor, no perjudicó ni a la primera ni al segundo. Cabanis, encantado con el éxito de la obra, informó favorablemente acerca de ella y escribió al general Lafayette, excitándole a que tomase las medidas necesarias a fin de que los curiosos no perjudicasen a la obra.

Por su parte el Capitán de la gendarmería nacional, que no había podido

presenciar el ensayo cuya relación acabamos de hacer, escribió preguntando si no sería dable, vista la impaciencia del pueblo, disponer una ejecución de muerte para el siguiente lunes.

El memorial del digno funcionario fue atendido como lo merecía; y el 25 de abril de 1792 rodó por la plaza de Grève la cabeza de Santiago Nicolás Pelletier, reo de robo y de asesinato.

Hemos querido anotar aquí el nombre del primer guillotinado, pues esperamos vivir lo suficiente para apuntar en esta misma historia el nombre del último.

Concluiremos el capítulo, refiriendo como se mejoró la famosa máquina hasta hallarse en el estado de perfección que hoy la distingue.

Luis XVI oyó hablar del ensayo hecho en el patio de Bicêtre, y así mismo del disgusto de Guillotin, cuando el machete se detuvo la tercera vez, sin acabar de cortar el cuello. El rey era buen mecánico y sobre todo excelente cerrajero; dejándose, pues, llevar de su gusto al arte, en cuanto se encontró a solas con el doctor Luis, exigió de este que le explicase el mecanismo de la máquina. El doctor tomó una pluma, y dibujó como mejor pudo el instrumento. El rey lo examinó atentamente; y al llegar al machete dijo:

—Aquí está el defecto: en vez de tener el tajo la figura de una media luna, debiera tener la de un triángulo y hallarse cortado al través, como una sierra.

Y uniendo el ejemplo a la demostración, cogió el monarca una pluma y trazó aquel instrumento de la manera que él lo entendía.

Nueve meses después rodaba la cabeza del desgraciado Luis XVI bajo el triángulo, cuya invención se le debía.

CAPÍTULO IV

SUMARIO.—Ojeada a lo pasado.—Muerte de José II.—Leopoldo II le sucede.—*El libro rojo*.—Rumores populares.—Los cortesanos tratan de ocultar sus riquezas.—La Asamblea insiste.—Cede el rey. —Restricciones.—MM. Necker, de Montmorin y los comisarios.—Forma de aquel libro.—Total de las cantidades anotadas en él, desde que subió al trono Luis XVI.—Las deudas del conde de Artois.—Los bienes del clero.—La emigración.—Mirabeau el Joven.—*La estrella de la mañana*.—Vuelta del duque de Orleans.—Bailly.—La confederación general.—La reina.—Temores de Mirabeau.—Discusión acerca de la iniciativa de la guerra.—La deserción.—*La gran conspiración*.—Barnave.

Nos hemos dejado arrastrar por la terrible máquina del doctor Guillotin, haciendo con ella una excursión en lo futuro. Cubrámoslo ahora de un velo, y volvamos al 19 de Febrero, esto es, a la fecha de la ejecución del pobre Favras.

El 20 murió el emperador José II, hermano de María Antonieta, al cual sucedió Leopoldo II.

El 5 de marzo siguiente pidió la Asamblea que se le comunicase el *Libro rojo*; por donde se ve que comenzaba ya a mezclarse en los asuntos del rey.

Hemos expuesto en otro lugar la deplorable situación rentística de la Francia, a consecuencia de los gastos hechos con la Châteauroux, Pompadour, Dubarry, el Parque del Ciervo, ambas Polignac, MM. de Coigny, M. Vaudreuil, etc. Actualmente nadie duda de esto, pues el Libro rojo ha sido publicado, y allí lo hemos visto nosotros, como podrán haberlo visto también los demás; pero entonces, cuando las miradas de los profanos no se habían atrevido aún a examinar los documentos oficiales de donde provenía el terrible déficit, nadie lo sabía de positivo.

Susurrábase solo que los ministros llevaban veinte años de explotar la Francia, como si se tratase de una mina inagotable, y que los favoritos, convencidos de que tantas prodigalidades no podían durar más tiempo, o por temor de que algún ministro honrado les obligase a devolver el oro que habían percibido, querían ponerse a cubierto de toda restitución.

Y así era en efecto: unos convertían sus pensiones en capitales pagaderos por el real tesoro; otros las hacían recibir como dinero al contado en los muchos empréstitos que a la sazón se negociaban. Había, por último, quienes llevaban su impudencia hasta ofrecerse a pagar cantidades determinadas por tales empréstitos, cobrando el interés de lo prometido, sin haber pagado ni un sueldo. Ignorábase donde buscar los vestigios de semejantes robos, cuando al fin se averiguó que existía un registro particular en que estaban consignadas todas aquellas impurezas y que se llamaba el Libro rojo.

Al principio fueron inútiles las instancias de la Asamblea para que este se pusiese a su disposición; pero, como no cejó, sino que al contrario instó con mayor fuerza desde que halló una voluntad que resistía a la suya, el rey acabó por condescender,

bajo la condición de que no se trataría de averiguar los gastos del anterior reinado. A fuer de religioso nieto, oponíase a que se levantase la mortaja que cubría las úlceras de Luis XV.

El registro se comunicó por primera vez a los comisarios el 15 de marzo, después de medio día, en casa de M. Necker y en presencia de M. de Montmorin. Pero, solo se examinaron, según lo pactado, los gastos de Luis XVI: la parte relativa a Luis XV se selló.

El libro constaba de ciento veinte y dos hojas, y estaba encuadernado en tafilete rojo; para su formación se había empleado papel holandés, de la fábrica de D. y C. Blaw. Acercándolo a la luz se podía leer en él, no obstante las palabras escritas en ambas caras, la divisa «*Pro patria et libertate*».

Las diez primeras hojas contenían los gastos relativos al reinado de Luis XV, selladas, como acabamos de decir; las treinta y dos siguientes pertenecían al de Luis XVI: lo demás del libro, estaba aún en blanco.

El primer artículo, cuya fecha era del 19 de mayo de 1774, hacía mención de 200,000 francos, distribuidos entre los pobres, con motivo de la muerte del anterior monarca.

El último artículo, fechado el 16 de agosto de 1789, contenía la suma de 7,500 francos, cuarta parte de la pensión de madama de Ossun.

Para resumir; el total de las cantidades que resultaban del Libro rojo, y que nada tenían que ver con las pensiones del soberano ni de los príncipes, que pagaba el Real Tesoro, subía, desde el 10 de mayo de 1774 hasta el 16 de agosto de 1789, a la enorme cifra de 227.985,517 francos.

En esta suma figuraban las deudas de *Monsieur* y del conde de Artois, pagadas dos veces por el rey: ascendían a 28.364,211 francos.

Al propio tiempo que se abría este abismo, poníanse en venta los bienes del clero, tasados en 400.000,000 de francos: la ciudad de París compró por valor de 200.000,000. El importe de estos bienes se destinaba a servir de hipoteca para la circulación del papel moneda creado por la Asamblea Nacional.

Los diputados, anteviendo sin duda las nieblas que iban a oscurecer lo porvenir, continuaban emigrando; lo mismo hacían los nobles. Hemos mencionado la fuga de Lally y de Mounier; uniéronse luego Mirabeau el Joven, cuya prisa fue tal que se llevó las corbatas del regimiento de su mando; por lo cual le llamaron Riquetti-Corbata.

Estas deserciones indignaron al periódico titulado: *La Estrella de la Mañana*.

No hay día en que algún individuo de la Asamblea, sea bajo pretexto de enfermedad, o alegando negocios, deje de pedir permiso para marcharse. Si las mujeres se portasen así, se las trataría de inconsecuentes. Una mujer se deshonor faltando en lo más mínimo al juramento conyugal, al cabo de diez meses y aún más de prestado ¡y hay diputados de la nación, legisladores franceses que no se avergüenzan de haber olvidado el famoso juramento del Juego de pelota!

Es verdad que si los diputados se marchaban por un lado, el duque de Orleans volvía

por otro. El día que se presentó en la Asamblea propuso Bailly un plan de confederación general, que se aprobó con entusiastas aplausos.

¿Sería para oponerse al retorno de este príncipe, enemigo suyo, para lo que la desdeñosa María Antonieta daría un paso hacia el hombre a quien despreciaba y aborrecía con tal extremo; hacia Mirabeau?

¡Pobre reina! Ella conoció que el pueblo la quería menos cada día; supo, además, que en la Asamblea, al tratarse de la felicitación de año nuevo, se había discutido si se la llamaría Majestad, reina, o meramente *Madama*; comprendió que el examen del Libro rojo había roto las últimas ligaduras de los corazones que aún le eran adictos; y en el colmo de la desesperación fijó en Mirabeau su dolorosa mirada.

Este, no obstante sus simpatías hacia el trono, pues en el fondo de su corazón era aristócrata, no se decidió tan fácilmente; porque pagándole tan bien el príncipe de Orleans, preciso era que en caso de venderse al rey, asegurase ventajas mucho mayores: por otra parte, a un hombre como Mirabeau no podía ocultársele la reflexión de que la Corte, al mismo tiempo que le proponía un pacto, entregaba a la Asamblea el Libro rojo. ¿Quién le respondía de que el libro blanco o negro, donde se extendiese su convenio con el trono, no se pondría también un día a disposición de tres comisarios? En lugar de venderse al rey, hubiera preferido Mirabeau entregarse a la reina.

Su popularidad iba decayendo; y para recobrar el influjo que antes ejercía en la Asamblea, necesitaba lanzar aquellos rayos en que era tan certero.

Agitábase en París la cuestión de la guerra. La Francia había tendido una mano a la Bélgica, o más bien esta a aquella, con lo que la Inglaterra se alarmó, y el inglés Burke, discípulo de los Jesuitas de Saint-Omer, asestó en las cámaras inglesas una terrible filípica contra la Revolución. La antigua Albion abandonó la Bélgica a Leopoldo, y trató de buscar un motivo de rompimiento con la España.

Luis XVI manifestó a la Asamblea que había mandado armar catorce navíos.

¿A quién debía pertenecer en adelante la iniciativa de la guerra? se preguntaban los diputados unos a otros. ¿Al rey, o a la Asamblea?

La discusión duró cuatro días; al cabo de este tiempo pronunció Mirabeau un discurso, en que sostuvo las pretensiones de la Corte contra los patriotas. Su deserción, tal fue el nombre que se le dio, excitó un horrible huracán en contra suya. Dos hombres le aguardaron al salir; el uno le mostró una cuerda y el otro dos pistolas; pero él se encogió de hombros y continuó su camino.

A la mañana siguiente, cuando se dirigía a la Asamblea, oyó gritar por todas partes:

—¡Descubrimiento de la gran traición del conde de Mirabeau!

Barnave, el abogado de los abogados, subió a la tribuna, y le atacó cuerpo a cuerpo; pero sin duda pareció largo su discurso al célebre tribuno, pues salió y se dirigió a las Tullerías a hacer la corte a madama de Staël.

Cuando volvió, sintiéndose inspirado como siempre por el peligro, estuvo

sublime.

—¡Oh! —exclamó—, ¡bien sabía yo cuán poco distaba el Capitolio de la roca Tarpeya!

Hallábase cabalmente al borde de esta roca, y con empujarle apenas, debía caer precipitado; pero, después de su magnífico discurso, nadie osó tocarle y el coloso quedó en pie.

Una vez sacrificada de este modo su popularidad por servir a la Corte, consintió la reina en verle.

María Antonieta estaba en Saint-Cloud, donde se la observaba menos que en las Tullerías. Luis y ella se aventuraban de tiempo en tiempo a ir en carruaje hasta la distancia de tres o cuatro leguas del palacio. Es probable que aquello fuese como un ensayo de la fuga de Varennes.

Se deja ver desde luego que la reina no podía recibir a Mirabeau en el palacio; hízole avisar que le aguardaría en el punto más alto del parque reservado, en el kiosco que corona el jardín de Armida. Mirabeau se dirigió a caballo al punto de la cita: era a fines de mayo. El tribuno estaba ya padeciendo el mal que debía causar su muerte, esto es, el desafecto popular; y como por aquel corazón habían pasado tantas tempestades amorosas y agitado aquel ardiente cerebro tantos huracanes políticos, no es de extrañar que el coloso se sintiese al fin agobiado bajo el peso de ambas tormentas.

En cuanto a la reina, aunque todavía hermosa, activa y fuerte en lo exterior, tenía el corazón despedazado; en sus mejillas se percibía la huella del nocturno llanto; y su enfermedad era más terrible, por lo mismo que no debía morir de ella. Para colmo de padecimientos, la esperaba el mayor de todos: mostrarse afable y risueña con Mirabeau. Figurábase que iba a encontrarse frente a frente, no con un león, pues no quería honrar al diputado por Marsella hasta el punto de compararle al rey de los animales, sino con una cosa parecida a un oso, a un jabalí o a un álano. ¡Cuál fue su sorpresa hallando en su lugar a un noble de distinguidos y corteses modales! Érale difícil comprender tanta energía asociada a tal delicadeza.

Una hora permanecieron juntos, sin que nadie, a excepción de Dios, haya sabido lo que pasó en aquella entrevista. Dios, ante quien se discuten la vida y la muerte de los reinos, fue el único testigo de aquella conversación sombría: lo que supo madama Campan de la boca misma de María Antonieta, necesariamente hubo de ser poquísimo y de lo más insignificante. En lo que no cabe duda es en que a nada condujo. Hablaban ambos en distinto idioma, y así llegó el momento de separarse sin salvar ni el uno ni la otra el círculo que de antemano se habían trazado. Lo que se dijo, y esto porque la reina lo contó, fue que Mirabeau, al retirarse, dirigió a su augusta interlocutora, como reina y como mujer, las siguientes palabras:

—Señora, cuando vuestra excelsa madre honraba a uno de sus súbditos llamándole a su presencia, nunca le despedía sin darle a besar su mano.

La reina presentó entonces a Mirabeau su mano fría y blanca, como el marfil, y el

tribuno la besó.

No fue menester más para sacar de quicio aquella fogosa cabeza, aquel poético corazón. Figurose haber recibido un señalado favor por parte de aquella mujer, que, a haber sabido doblar la rodilla, debió caer a sus pies implorando su gracia. Levantó, pues, la frente, y dijo con la confianza que le inspiraba su fuerza:

—¡Basta, señora. La monarquía está salvada!

¡Ay! ¡Cuán grande era su error! La monarquía caminaba ya por tan rápida pendiente, que ni él mismo, a pesar de ser un gigante, podía detener su curso.

Además, aquella mujer que le había recibido, cediendo a las vivas instancias de Lameth, y que acababa de darle a besar su mano, escribió a Alemania, a M. Flaslauden, no bien entró en el palacio de Saint-Cloud, con la misma mano en que los labios del diputado se habían impreso, las siguientes líneas:

Aunque veáis que me sirvo de Mirabeau, sabed que mis relaciones con él no tienen nada de serias.

Decretose, como hemos dicho antes, la confederación, fijándose para solemnizarla el 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla. El punto de la ceremonia debía ser el Campo de Marte.

Anacarsis Clootz, aquel barón prusiano que más adelante se adjudicó el título de orador de la especie humana, presentó el 19 de junio la solicitud de que los patriotas de todas las naciones pudiesen asistir a aquella solemnidad. Accediose, como era de esperar; y Alejandro Lameth exclamó con tal motivo:

—¡Ciudadanos! Pues que vais a recibir diputados de la Alsacia y del Franco-Condado ¿permitiréis que vean en nuestras plazas las imágenes que representan a sus antecesores, aherrojados a los pies de nuestros reyes? Pido que esos símbolos de la servidumbre sean arrancados de donde están, y que las inscripciones de la vanidad que los acompañan, se borren inmediatamente.

No necesitamos decir que la moción fue adoptada; y como el ejemplo es contagioso, el marqués de Lambel no quiso quedarse a la zaga de su amigo Lameth.

—Hoy —dijo—, se abre la sepultura donde va a hundirse la vanidad: pido, pues, la supresión de todos los títulos de duques, condes, vizcondes y marqueses.

Barnave y Lafayette le apoyaron; Noailles y Lepelletier hablaron en el mismo sentido; y el duque de Montmorency, advirtiéndole que no se había hecho mención de los escudos de armas, sacrificó las que ornaban el suyo, que eran *de oro con cruz de gules, cantonada de diez y seis aguilillas de color azul*.

La Asamblea, agitada por el entusiasmo, decretó la abolición de la nobleza hereditaria en Francia, y los títulos de monseñor y de excelencia. Al mismo tiempo se prohibió a los ciudadanos tomar otros nombres que los de familia. De manera que ya no existían condes de Mirabeau ni marqueses de Lafayette, sino simplemente M. Riquetti y M. Mottier. Entonces fue cuando Camilo Desmoulins, colocando al rey en la categoría común, le llamó M. Capet.

Lo que hay de más extraño en esto es que solo el hijo de un zapatero, el abate

Maury, defendió la causa de aquella nobleza que de tal suerte se despojaba de todos sus honores.

La Asamblea, como se ve, abolía el derecho de transmitir, ya fuese la vergüenza ya los títulos honoríficos, de padres a hijos.

Entretanto seguía su curso el movimiento federativo, como que nada había penetrado más hondo en las entrañas de la Francia que aquel llamamiento de París a las provincias. Los Jacobinos (entiéndase que hablamos de los primeros, los cuales se diferenciaban no poco de los segundos, como lo haremos ver cuando tratemos de los clubs) decían que la Confederación iba a *monarquizar* la Francia.

Los realistas observaban que era una grande imprudencia el llevar aquellas masas de hombres a París; pues se corría peligro de provocar el robo, el asesinato, el incendio.

Ambos tenían una venda en los ojos, que no les permitía ver ni lo presente ni lo porvenir.

Otros esperaban que la afluencia de gente no sería tan grande como se decía, pues la época estaba próxima y ciertos departamentos distaban mucho de la Capital. ¡Cómo habían de venir a pie aquellos infelices desde tan lejos!

¡Ilusos, que contaban sin el entusiasmo; sin el entusiasmo, que lo mismo que la fe, traslada hasta las montañas! Véase sino lo que sucedió: los gastos se cargaron a las localidades; se hicieron repartimientos; los ricos pagaron por los pobres; se dispuso de cuanto se poseía, como pan, dinero, vestidos; las puertas se abrieron todas de par en par; la hospitalidad convirtió las casas del tránsito en otras tantas hospederías gratuitas; ¡la Francia formaba una sola familia! Ninguna de las cruzadas del undécimo o del duodécimo siglo ofreció semejante espectáculo, ni aun cuando la princesa Comneno exclamaba: «¿Acaso el Occidente se arranca de su base para precipitarse sobre el Oriente?».

Al amor del hermoso sol del estío caminaban los hombres con sus niños en brazos, los jóvenes sirviendo de báculo a los ancianos, todos cantando su parte en un coro inmenso, con el cual divertían las fatigas del viaje:

El pueblo repite en su júbilo,
la cosa marchará,
¡marchará, marchará, marchará!

Los principios siguiendo evangélicos
la cosa marchará:
¡marchará, marchará, marchará!
¡El que está arriba, bajará!
¡El que está abajo, subirá!

Ya empezaban a estrellarse contra las murallas de París las primeras oleadas de tan inmenso mar, cuando se advirtió que el sitio para recibir a los confederados no se

hallaba dispuesto todavía.

Mil doscientos obreros se dedicaron a un trabajo, que exigía más de tres años para darse concluido y que sin embargo tenía que terminarse el 14 de julio; es decir, dentro de siete días, pues que se comenzó el 7 del mismo mes.

Parecía de todo punto imposible; pero, París, grande artífice de milagros, dijo, quiero que esto se haga, y se hizo.

En los siete días señalados se preparó el Campo de Marte, cual hoy se encuentra, con su terreno nivelado y las escarpas que lo guarnecen. Toda la población de París puso manos a la obra, desde los niños hasta los viejos, desde el cómico hasta el sacerdote, desde la ramera hasta la madre de familia: excepto algunos aristócratas mohínos, todas las clases de la sociedad se fundieron en un inmenso amor de la patria, en una comunión santa de sentimientos.

La fiesta de la confederación que, según unos, debía *monarquizar* las provincias, y turbar el sosiego de París, según otros, lo que hizo fue *nacionalizar* la Francia. No hubo quien dejase de comprender el valor de su individuo adhiriéndole al gran todo; y los más tímidos entendimientos se convencieron de que en el hombre lo esencial es querer; pues habiendo voluntad no hay embarazos capaces de resistir el empuje.

En aquella ceremonia hubo aún más que esto: no fue solo la protesta de un pueblo contra la tiranía, sino la de todos los pueblos. Cada uno estaba allí representado por un proscrito, y las manos de Lafayette, el héroe del día, fueron besadas por los labios de sus conciudadanos y por los de los refugiados austriacos, prusianos e ingleses; aconteciendo esto en los momentos mismos en que los soberanos que los habían proscrito soñaban declarar la guerra a la Francia.

Leopoldo, por su parte, daba a aquel sueño los visos de la realidad, celebrando un congreso en Reichenbach, comunicándose directamente con el rey de Prusia, y obrando de concierto con Inglaterra y Holanda.

En lo interior, como hemos visto, la Corte estaba ocupada en corromper a Mirabeau, a Sieyès, y con ellos a las personas que formaban el club de 1789; como que, después de leído el Libro rojo, obtuvo el rey una lista civil de 25.000,000 y la reina una viudedad de cuatro.

Llegó, empero, el gran día. Toda la Francia había contestado al llamamiento.

Hacía quince días que el tiempo se mostraba contrario; torrentes de lluvia inundaban a los trabajadores, que no dejaban por eso de seguir trabajando. El 14 de julio estaba el cielo tan encapotado como el 13: las ráfagas de viento y los torrentes de lluvia se sucedían, como si quisiese Dios conocer hasta donde llegaría la paciencia, o mejor dicho, la terquedad del pueblo.

—¡Qué cielo tan aristocrático! —decían, y riéndose de la ocurrencia todo lo arrostraban, sin importarles nada la lluvia.

Petion, desanimado, solía exclamar:

—Llueve: no habrá nada.

Pero ¿es calculable lo que los franceses son capaces de hacer con la risa en los

labios?

Ciento setenta mil hombres tuvieron donde sentarse en los cerros del Campo de Marte; 150,000 permanecieron en pie; 50,000 maniobraron en el campo mismo, y 200,000 miraban desde los anfiteatros de Chaillot y de Passy.

Los confederados se habían ido reuniendo en la Bastilla; el agua seguía cayendo a torrentes; todos estaban empapados; muchos se morían de hambre. Hubo gritos de «¡Pan! ¡Vino!» y en el momento se abrieron las puertas, entrando mujeres con cestas llenas de provisiones. De las ventanas bajaron botellas y jamones, valiéndose de cuerdas. Para todos hubo que comer y que beber.

Pusiéronse al fin en marcha, con dirección al Campo de Marte. En medio del terreno recientemente nivelado se alzó el altar de la patria. Delante de la Escuela militar estaban construidas las gradas para sentarse el rey y la Asamblea.

El pueblo llegó naturalmente antes que el monarca; y como continuaba lloviendo, fue preciso combatir con tan desorganizadora lluvia, lo que se logró por medio de danzas y canciones. Una inmensa farándula principió, a la cual iban agregándose nuevos anillos, a proporción que llegaban los confederados. Cada anillo era un departamento y una provincia cada círculo.

De improviso callaron todos y las danzas se interrumpieron: el rey y la reina acababan de llegar. Ocupó el primero las gradas de que acabamos de hacer mención, juntamente con la Asamblea; la segunda se sentó en una tribuna, donde la acompañaron algunos cortesanos que alimentaban todavía esperanzas.

Lafayette, en su caballo blanco, se adelantó hasta los pies del trono, echó pie a tierra y recibió órdenes del rey.

Talleirand, con su sonrisa equívoca, cojeando, verdadero representante de una fiesta en la cual por parte del pueblo todo era alegría y lealtad y por parte de la Corte todo tristeza y fingimiento, subió al altar, rodeado de doscientos sacerdotes, con cíngulos tricolores y albas blancas.

El tiempo, sin embargo, parecía no querer aplacarse; nunca se había visto caer agua con tanta violencia. Más de 100,000 mujeres, vestidas de blanco, estaban hechas una sopa; sus sombreros, sus plumas, sus cabellos, todo había perdido su primera forma, y no obstante, ni una se retiró. Preferían estar menos lindas con tal de presenciar aquel espectáculo.

Además, había paraguas: desde las casas del Campo de Marte no se distinguía más que una cúpula de seda de todos colores, que desaparecía en los pequeños intervalos que cesaba de llover.

Mil y doscientos músicos tocaban, sin que nadie los oyese; pero, cuando retumbó el cañón, todos callaron. Era la señal de que iba a principiar el servicio Divino. La misa empezó y terminó en medio del silencio no interrumpido de medio millón de almas.



CAMILO DESMOULINS.

Lafayette era el primero que debía jurar. Subió, pues, las gradas del altar, con la espada en la mano; y apoyando la punta en el tabernáculo, dijo en voz alta:

«Juramos eterna fidelidad a la nación, a la ley y al rey.

»Juramos sostener con todas nuestras fuerzas la Constitución decretada por la Asamblea y aceptada por el rey.

»Juramos proteger, con arreglo a las leyes, la seguridad de las personas y propiedades, la circulación de los granos y demás subsistencias en lo interior del reino y la cobranza de las contribuciones públicas, bajo cualesquiera formas que existan.

»Juramos permanecer unidos a todos los franceses, por los indisolubles lazos de la fraternidad».

Al pronunciar estas últimas palabras, agitose la bandera tricolor sobre el altar, estallaron las salvas de la artillería, y los gritos de *¡Viva el rey! ¡Viva la Nación!* resonaron: esta era la señal de la confederación.

El presidente de la Asamblea Nacional se levantó entonces:

«Juro, dijo, guardar fidelidad a la nación, a la ley y al rey, y sostener con todas mis fuerzas la Constitución decretada por la Asamblea y aceptada por el rey».

El estallido del cañón y las aclamaciones de la multitud acogieron el segundo juramento lo mismo que el primero: cuantos veteranos había entre los confederados, tiraron de sus espadas y se abalanzaron a repetir el juramento, extendiendo aquellas hacia el altar de la patria.

Tocábale su turno al rey. Debía jurar desde su puesto y no sobre el altar; brecha que se le abría, por si le acomodaba con el tiempo faltar a lo jurado. Una voz secreta le gritaba:

—Jurad con voz bastante alta, señor, para que todos os oigan.

—Señor, las nubes se han entreabierto, un rayo de sol ha penetrado por ellas; cuidad, que Dios os mira y os escucha: caro os costará faltar a vuestro juramento, donde quiera que lo hayáis prestado; porque el altar de Dios está en todas partes.

Luis XVI extendió la mano y dijo:

«Yo, rey de los franceses, juro emplear todo el poder que me ha conferido la ley constitucional del Estado en sostener la Constitución decretada por la Asamblea Nacional y aceptada por mí y en hacer ejecutar las leyes».

Todos se inclinaron, a manera de un vasto campo de espigas que el viento dobla: los oídos escuchaban, los corazones latían. Cuando la voz cesó, dejose oír una inmensa aclamación, agitóse nuevamente la bandera tricolor, retumbó el cañón, los tambores batieron marcha, de todas las bocas salieron gritos, blandiéronse las espadas, las gorras de los granaderos se levantaron en las puntas de las bayonetas, buscáronse y estrecháronse las manos. En el medio millón de hombres allí reunidos, no había uno que no estuviese pronto a morir por el rey que acababa de jurar la Constitución.

¿Hallaríase este dispuesto también a morir por su pueblo?

Al ver tal espectáculo una luz extraña pasó por los hermosos ojos de la reina.

—Ved allí la mágica —exclamó el conde de Virieu, diputado de la nobleza del Delfinado, señalándola con el dedo.

Un solo monumento ha quedado de aquella grande época de la revolución: ¡el campo de Marte! Recuerdo gigantesco de lo que son capaces de hacer, cuando obran de consuno, los brazos y el corazón de todo un pueblo.

CAPÍTULO V

SUMARIO.—Fuga de Necker.—M. de Montmorin.—Nuevo ministerio.—Asuntos de Nancy.—El estado mayor y los soldados.—El aumento de sueldo.—M. de Bouillé.—Reclamaciones de los soldados.—Los vecinos.—Las disputas.—Los encuentros.—El maestro de esgrima.—*Judas*.—Emigración.—Leopoldo II.—El tránsito.—Fermentación.—Los regimientos del Rey, de Maestre de Campo y de Châteauevieux.—El descuento.—Los suizos.—El azote.—La diputación.—Rebelión.—La Asamblea.—El decreto.—M. de Noue.—Pommier.—Los dos suizos.—La reparación.—La despedida.—Los oficiales prisioneros.—Decreto de la Asamblea.—Lafayette.—Temores de los soldados.—El viaje.—El arresto.—Bailly.—MM. de Malsaigne y Cerisier.—Rumores.—Acontecimientos.—M. de Bouillé.—El joven Desilles.—La derrota.—El suplicio.—Conducta de la Asamblea y del rey.—Loustalot.—Marcha de Necker.

Pasemos por alto los acontecimientos secundarios, entre los cuales, aunque parezca extraño, señalaremos el retiro, o mejor dicho, la fuga de M. de Necker.

Cuando este hombre célebre salió del ministerio en 1789, produjo una revolución; el pueblo entero pidió con grandes gritos que se le encargase por segunda vez de la dirección de los negocios. Y sin embargo, ahora, gastado, aniquilado, perdido en medio de los sucesos extraordinarios que iban sucediéndose diariamente, se recibió su dimisión con frialdad por parte de la Asamblea, indiferentemente por el público y con alegría por los patriotas y la Corte. En él no se veía ya al hombre político, sino al banquero, al especulador, al bolsista.

Del ministerio que presidía, solo quedó M. de Montmorin.

M. de Luzerne fue reemplazado por Fleuriau; Duport du Tertre sucedió a M. Champion de Cède; Duportail a M. de Latour du Pin y Delanare a M. de Saint-Priest.

Hagamos una pausa, para relatar los asuntos de Nancy y las turbulencias del Mediodía, que no dejaron de ser importantes.

Hemos dicho, no sabemos dónde, que los oficiales del ejército absorbían 44.000,000 de francos, y solo 42 la masa del mismo: como se ve, el reparto era equitativo, si los hay. Notando la Asamblea, en febrero, semejante injusticia, pero tímida aún, se contentó con aumentar la paga de los soldados: llegó el mes de mayo, y todavía estos no habían percibido nada del aumento, porque, según el dicho de los oficiales, se había invertido en mejorar el pan. Sin embargo, la tropa comió este y no notó tal mejora.

Los soldados dijeron que aquello era un robo: lo observaban hacía tiempo; pero entonces reclamaron por primera vez en alta voz. Como nadie se cuidó de sus reclamaciones (así nos lo cuenta M. de Bouillé, juez imparcial en esta materia, cuyo nombre hemos escrito ya una o dos veces, y que va a adquirir luego fatal celebridad) formaron juntas, eligiendo diputados de entre ellos para hacer presente ante sus superiores, sin traspasar los límites de la moderación, la injusticia que con ellos se estaba cometiendo por los oficiales. *Como sus pretensiones eran justas*, se les

atendió.

Nancy fue el principal teatro de aquel proceso. Los vecinos, naturalmente enemigos de los oficiales, que atormentaban su amor propio con sus flotantes plumas, que los aturdíán con el ruido de las espuelas y les galanteaban a sus esposas e hijas, se declararon en favor de los soldados.

Los oficiales no pudieron consentir que se les disputasen unos privilegios imperecederos, según su modo de ver, y trataron de habérselas con los vecinos, no perdonando ocasión de insultarlos y hasta de darles golpes. Los soldados salieron a la defensa de sus amigos, y como los oficiales no podían desenvainar las espadas contra ellos, buscaron en la ciudad y en sus alrededores maestros de esgrima que los hiciesen entrar en razón.

En Metz, por ejemplo, hallaron uno a quien disfrazaban, ya de paisano, ya de guardia nacional, y que trababa disputas, cuya consecuencia era salir muertos o heridos tres o cuatro soldados. Y no había medio de evitarlo; porque el que llevaba uniforme y no pedía satisfacción de cualquier insulto que recibiese, era el blanco de las burlas de sus camaradas, lo que se consideraba peor que morir.

Afortunadamente los soldados descubrieron a tiempo el lazo, y cogiendo al espadachín, le obligaron a cantar de plano. Dueños eran de matarle, y las represalias no hubieran podido tacharse de injustas; pero se contentaron con atarle las manos atrás, y pasearle por la ciudad con un gorro de papel, donde se leía el nombre de *Judas*. Hecho esto, le condujeron fuera de las puertas y le dejaron libre, diciéndole que se fuese con la buena de Dios en busca de la horca que mejor le acomodase. Los oficiales del complot emigraron, yendo a alistarse en las tropas que Austria dirigía contra el Bravante.

Mientras tanto, acudió el emperador Leopoldo con la solicitud de que se le permitiese el tránsito de un ejército austriaco, que debía someter los Países-Bajos.

Había un antecedente: Carlos V dirigió igual petición a Francisco I y este accedió gustoso. ¿Por qué no había de acceder también Luis XVI a la pretensión de Leopoldo? Es verdad que Carlos pidió pasar solo; pero Luis XVI no se hizo cargo de esta diferencia, o se hizo demasiado cargo de ella, y la orden para que pasase el ejército fue expedida.

Figúrense nuestros lectores el escándalo que esto produciría en los departamentos del Este y del Norte. ¿Volverían a salir los austriacos de Mézières o de Givet, desde que se vieran dentro de su recinto? ¿No era el caso a propósito para decirle al oído al rey la fábula del buen Lafontaine, titulada *La perra de caza y su compañera*?

Luis XVI se fingió sordo; pero felizmente la Asamblea estaba dotada de un oído muy fino, y se opuso al tránsito del ejército de Leopoldo, en el mismo momento en que la población de las Ardenas ponía en pie de guerra 30,000 hombres para marchar contra los austriacos, si estos, con cualquier pretexto, pisaban el territorio francés.

Razón tenía la población de las Ardenas en encargarse de rechazar al enemigo; pues el ejército, a causa de la división introducida entre los soldados y sus jefes, se

hallaba en una completa desorganización. En Nancy menudeaban los duelos: 1,500 soldados hubieran peleado con otros 1,500, a no ser la elocuencia fraternal de uno de ellos que logró que todos aquellos sables volviesen a sus vainas.

Para acabar con el ejército se puso en planta otro medio; figurándose que Leopoldo iba a entrar en Francia, se prodigaron las licencias, dándolas a cuantos las pedían: muchas de ellas consistían en cartuchos amarillos, esto es, en notas infamatorias.

Había en Nancy tres regimientos: el del Rey, y los dos llamados Maestre de Campo y Châteaueux; este último suizo. El primero pidió cuentas a sus oficiales, que las rindieron, pagando a cada soldado 13 francos y 4 sueldos.

Hízosele con esto agua la boca a Châteaueux, cuyas cuentas eran un *imbroglio* completo, y creyéndose francés, se figuró, no obstante ser hijo de una república, que debía imitar a los hijos de una monarquía. En consecuencia, comisionó a dos soldados de su seno, para que indagasen del regimiento del Rey qué trazas se había dado en el negocio de arreglo de cuentas. Los dos comisionados, después de desempeñar su encargo, transmitieron a sus camaradas las noticias que lograron adquirir; pero, averiguado el caso por los oficiales de Châteaueux, mandaron salir de las filas a aquellos dos infelices y darles azotes.

Los oficiales franceses, convidados a la fiesta, aplaudieron; pero no así los soldados, pues estos comprendieron que acababan de recibir la pena de azotes en las espaldas de los dos suizos. Existía, además, entre Châteaueux y los dos regimientos franceses un motivo de simpatía: Châteaueux ocupaba el Campo de Marte, cuando los parisienses se dirigieron el 14 de julio del año anterior a tomar los fusiles almacenados en el cuartel de los inválidos; y habiéndosele intimado disparar contra el pueblo, desobedeció. ¡Qué hubiera acontecido en el caso contrario! Añádase a esto que Châteaueux estaba reclutado, no en los cantones alemanes, sino en la Suiza francesa, en Vaud, en Lausanne, en Ginebra. Resultaba, pues, que dos franceses acababan de ser azotados en público.

La indignación general no tuvo límites: se insultó a los oficiales que decretaron tal castigo y se silbó a los soldados que lo consintieron.

Maestre de Campo y el Rey enviaron una diputación al cuartel de Châteaueux. Los soldados, cediendo a sus excitaciones, se sublevaron; las puertas de la cárcel fueron violentadas, sacados de los calabozos ambos suizos y paseados en triunfo por la ciudad. A uno se le acogió en las filas del regimiento del Rey y al otro en las de Maestre de Campo: la insubordinación continuó aumentándose; para que rebose aquella cólera faltaba tan solo un soplo aplicado a la llama que la hacía hervir.

Convencida la Asamblea de la justicia con que se quejaban los soldados, pero no ignorando cuál era la penuria del Tesoro, formó el 6 de agosto un reglamento provisional, en el cual trató de conciliar lo que se debía a aquellos, pues que por el mero hecho de ser soldados no perdían su cualidad de hombres y de ciudadanos, con la disciplina militar y la seguridad del Estado. Dispuso la conservación del antiguo

régimen hasta que se promulgase el nuevo, ofreciendo ocuparse en el arreglo de este con suma actividad; prohibió las juntas de los soldados, como incompatibles con la subordinación; introdujo una manera de rendir las cuentas, a propósito para tranquilizar a los soldados relativamente a sus derechos; sometió los cartuchos amarillos, es decir, las licencias infamatorias, a un reglamento que no dejaba nada al capricho ni a la arbitrariedad; y por último, quitó a todas las que habían sido distribuidas desde 1.º de marzo de 1789, el carácter degradante que imprimían a los que las llevaban consigo.

Los oficiales decidieron leer este decreto el 12 a ambos regimientos, *en sus respectivos cuarteles*; pero el del Rey, no obstante la orden del día, se puso sobre las armas, abrió las puertas de su cuartel y se dirigió, tambor batiente, a la plaza real, donde se le reunieron los otros dos regimientos a los diez minutos.

Los dos suizos marchaban, cada uno en las filas del regimiento que, según dijimos, le había dado asilo.

¿Qué fue lo que motivó aquella nueva infracción de las órdenes de los oficiales? Una carta de M. de Noue, comandante de la plaza, escrita a M. de Balivière, coronel del regimiento del Rey, que cayó en manos de los soldados, y en la cual decía aquel que la Asamblea estaba tomando medidas a fin de reprimir *los latrocinios de las tropas*.

Los soldados pedían una reparación de tal ultraje. El comandante, comprendiendo que se trataba de su cabeza, se refugió en el Ayuntamiento, y se puso bajo su salvaguardia; pero los soldados declararon que le respetarían, y que lo que exigían de él era que les explicase su carta.

Entonces bajó, acompañado de los administradores del departamento y de los concejales. Un soldado, llamado Pommier, salió de las filas, y leyó en voz alta la carta de M. de Noue. Este dijo que había servido como teniente en el regimiento del Rey, que estaba convencido de su ejemplar conducta, y que por lo tanto no podía suponérsele capaz de llamar a sus individuos *ladrones*; que, al contrario, los había considerado y consideraría siempre como militares *sin tacha*.

Por desgracia, con esta explicación acontecía lo que con todas las que se dan cuando uno de los adversarios afloja: no satisfacen ni al que las da ni al que las recibe. Así sucedió entonces. Los dos suizos fueron paseados en triunfo por las calles de Nancy; el teniente coronel de Châteauevieux tuvo que entregar a cada uno de ellos seis luises, importe de la diferencia que se les debía, y ciento como indemnización de los golpes recibidos: incorporóseles después en el regimiento del Rey, en Maestre de Campo y en la Guardia Nacional, y marcharon provistos de sus licencias absolutas, expedidas por estos tres cuerpos.

Aquella misma noche se arrestó a los oficiales en el cuartel, custodiándolos sus soldados, y a la mañana siguiente se les obligó a entregar provisionalmente la cantidad de 27,000 francos, prestados bajo su fianza, por M. de Vaubecourt. Animados con esto los de Maestre de Campo, pidieron dinero, se apoderaron del

habilitado, pusieron una guardia a la caja y tuvieron presos a los oficiales hasta el 15; esto es, hasta que consintieron en pagar la suma de 24,000 francos, que les adelantó el Ayuntamiento.

Entretanto seguía el regimiento del Rey reclamando el arreglo de cuentas. Asustado su comandante, pidió un piquete de gendarmes para que custodiasen la caja; lo que equivalía a suponer que los soldados eran ladrones. Entonces estos, rompiendo el freno a toda consideración, declararon que la desconfianza de los oficiales provenía de que intentaban pasarse con las cajas al enemigo; razón por la cual tanto las vigilaban; pero, que con la perteneciente a ellos no acontecería así. En consecuencia, 200 soldados fueron a apoderarse de la caja en cuestión, y hallándola casi vacía, instruyeron sumaria justificativa del hecho: después la sellaron y trasladaron a la casa del mayor, quien se negó a admitirla; en vista de esto se depositó en el cuartel.

El asunto iba poniéndose bastante feo: en lo exterior, el enemigo, en lo interior, la indisciplina; dos calamidades, a cual más terrible. Enviose un correo a la Asamblea Nacional, y esta expidió el 16 de agosto un decreto, cuya sustancia transcribimos.

Siendo la violación a mano armada de los decretos de la Asamblea, sancionados por el rey, un crimen de lesa-nación, los que han promovido la rebelión de la tropa que guarnece a Nancy serán perseguidos y castigados como reos de este crimen; lo que se verificará a petición fiscal y ante los tribunales establecidos para tales casos por la ley.

En consecuencia, todos los que habiendo tomado parte en la rebelión, bajo cualquier concepto, no declaren a sus jefes respectivos, dentro de las veinte y cuatro horas siguientes a la publicación del presente decreto, que reconocen sus errores y se arrepienten de ellos, serán perseguidos y castigados como fautores y cómplices de un delito de lesa-nación.

Lafayette fue quien hizo que la Asamblea adoptase esta violenta medida: en el exmarqués había mucho más de la naturaleza del oficial que de la del soldado. Mirabeau opinó por la disolución del ejército y, su reorganización.

A los pobres diablos que se habían dejado arrastrar a aquella tumultuosa demostración, traspasando los límites que se propusieron al principio, no se les escondió la apurada situación en que se veían colocados. La población misma, tan decidida en favor suyo mientras que los habían visto ceder a un movimiento generoso hacia sus camaradas, se aterró considerando su último exceso, cuando la caja fue arrebatada de las manos del habilitado; y tan elocuente pareció el silencio del público al pasar la escolta que iba al lado de aquella, que a la mañana siguiente la caja estaba otra vez en casa del habilitado, intacta, según confesión de los mismos oficiales.

Por su parte los suizos de Châteauevieux dieron pruebas de su arrepentimiento, presentándose a sus jefes, pidiéndoles perdón, sometiéndose a la disciplina militar y jurando de nuevo fidelidad al rey, a la ley y a la patria. En seguida eligieron una comisión de ocho individuos, que marcharon a París, con el beneplácito de los oficiales: para el viaje se les entregaron 3,000 francos.

Entretanto los amotinados nada sabían del decreto de la Asamblea. La admisión de los comisionados corría más peligros que los que ellos se figuraban; pues

Lafayette, valiéndose de su amigo, el diputado Emery, había conseguido excitar la cólera de la Asamblea.

Luego que el ministro de la Guerra supo que habían llegado a París emisarios de los regimientos sublevados, pidió a Bailly la orden de arrestarlos. Bailly cedió, como de costumbre, y en cuanto aquellos traspasaron la barrera, se les prendió.

Este arresto metió mucha bulla. La Guardia Nacional de París intercedió a favor de los regimientos; extendió un acta de arrepentimiento y sumisión, en que se imploraba la indulgencia de la Asamblea; habían de firmarla los amotinados y para ello fue a Nancy, el 21, M. Pécheloche, ayudante mayor de la Guardia parisiense, seguido de dos de los emisarios presos a su entrada en la capital.

Esperábase con calma a que M. Pécheloche volviese, creyendo todos que aquel paso restablecería el equilibrio perdido; pero no sucedió así. El 24 llegó a Nancy un general llamado M. de Malsaigne, valiente hasta la temeridad, violento hasta la locura; hombre de acción y no de cabeza.

Llegar y dirigirse al cuartel de los suizos fue un punto: allí trabajó con sus comisionados, concedió algunos artículos de sus reclamaciones y disputó acerca de otros. No había medio de entenderse: se convino en que M. de Malsaigne extendería por sí su Memoria y M. Cérissier redactaría la de los soldados, retirándose más enemigos que antes.

Al día siguiente era tal la fermentación de Châteauevieux que se invitó a M. de Malsaigne para que celebrase su sesión en el Ayuntamiento: había peligro y grande; pero, mayoría de razón para arrostrarlo M. de Malsaigne.

En efecto, se fue derecho al cuartel, y al oír que aún no estaba extendida la Memoria, se enfureció y dijo a los soldados que no eran dignos de vestir el uniforme ni de comer el pan que el rey les daba.

Con esto el cuartel se convirtió en una Babilonia: sintiose insultado todo el regimiento; y al ir M. de Malsaigne a tomar la puerta, le cerraron el paso cuatro soldados con bayoneta calada. Tiró aquel de la espada e hirió a dos; pero el acero se le rompió entre las manos. Entonces, sin acobardarse, cogió la espada del preboste, abriose con ella paso y salió a la calle.

Sesenta hombres se precipitaron tras él. M. de Malsaigne, siempre con la espada desnuda y con pasos medidos, llegó a casa de M. de None, en cuya escalera M. Pécheloche y algunos oficiales del regimiento del Rey detuvieron a los que le iban a los alcances.

La Guardia Nacional acudió en defensa de M. de Malsaigne y le escoltó hasta dejarle en el Ayuntamiento. Por su parte el regimiento comisionó a un hombre por cada compañía; estos expusieron sus reclamaciones, que fueron rechazadas.

La exasperación se encrudeció, y fue preciso poner una guardia a M. de Malsaigne, por temor de que le arrebatasen durante la noche: la mitad se componía de paisanos y la otra mitad de soldados del regimiento del Rey.

Al día siguiente dio orden M. de Malsaigne a los suizos de que marchasen a

Sarrelouis; pero ellos se negaron. Extendiose acta de esto, y M. Desmostes, ayudante de campo de Lafayette, envió varios correos a los guardias nacionales de Nancy, con un despacho firmado por el general, en que este les invitaba a prestar auxilio a la autoridad.

El 27 no se hizo más que negociar inútilmente. La fermentación continuaba aumentándose. Malsaigne renovó la orden de marchar a Sarrelouis.

Esparciose entre tanto la noticia de que se estaba armando a los nacionales de los alrededores para caer sobre la ciudad y susurrose que Malsaigne conspiraba con los enemigos de la nación, razón por la cual quería alejar a Châteauevieux, facilitando así la entrada de los austriacos. El Ayuntamiento tuvo que fijar un bando prohibiendo los grupos. Unos cuantos soldados de Châteauevieux y del Rey subieron a dos coches, y arrancando sus cortinas encarnadas las tremolaron por fuera de las puertecillas.

El 28 por la mañana fueron el teniente coronel y el mayor de Châteauevieux a ejecutar la orden de marcha dada por M. de Malsaigne.

—Pagadnos —respondieron los soldados—, y os seguiremos hasta el fin del mundo.

A medio día, un cabo de la Guardia Nacional se aproximó a M. de Malsaigne y le dijo en voz baja:

—General, esto va poniéndose feo; se trata de prenderos, y el regimiento del Rey toma ya o va a tomar pronto las armas.

Este aviso no hizo mella en M. de Malsaigne; pero el cabo volvió a poco, instando de un modo más positivo. M. de Malsaigne, so pretexto de dar un paseo, salió con cuatro jinetes, dejó tres a alguna distancia, y acompañado de uno solo, llamado Canone, se dirigió a Luneville.

En cuanto circuló la noticia en Nancy, se oyó más alto que nunca el grito de traición, proclamándose que M. de Malsaigne era un agente del Austria: inmediatamente cien jinetes de Maestre de Campo montaron a caballo y se lanzaron en su persecución.

Vino a coronar la fiesta el número 327 de los Anales patrióticos, donde se anunciaba que el Gobierno había enviado agentes, provistos de despachos, a los departamentos, para corromper las municipalidades, disolver el ejército y entregar el reino a los salteadores de los bosques de Sarrebruck y de los matorrales de Tréveris. No quedaba duda: M. de Malsaigne era uno de aquellos emisarios.

Encamináronse a casa de M. de Noue, donde se había alojado y que sin duda estaba de acuerdo con él; le prendieron, a costa de algunos muertos y heridos, y despojándole de su uniforme, cubriéronle con un capotón de lienzo y le encerraron en un calabozo.

Un nuevo motivo de agravio se agregó a los ya alegados. Dos jinetes del Rey arrestaron a las puertas de Nuestra-Señora a uno de la compañía encargada de prender malhechores, que traía tres cartas de M. Mueis, preboste general, una para M. de Bouillé, y las otras dos para el preboste general de Toul y el de Pont-à-Mousson.

Llevadas estas cartas al Ayuntamiento, se abrieron allí. Contenían órdenes dadas a la tal compañía de conducir fuera del reino a los soldados de Châteauevieux. Las cartas hicieron el efecto del aceite sobre la llama: ¿quién había de dudar ya de la traición de Malsaigne, de que huyó en cuánto se vio descubierto, y de que la contrarrevolución se venía encima a pasos de gigante?

En medio del tumulto entraron dos jinetes de Maestre de Campo, cubiertos de polvo y sangre. Volvían solos. M. de Malsaigne los había hecho acuchillar por los carabineros de Luneville. Los demás habían sido heridos o quedaban prisioneros.

En menos de diez minutos tres mil hombres se pusieron sobre las armas, y a las once de la noche estaban acampando a una legua de Luneville, en las alturas de Fleirval. Al amanecer del siguiente día debían entrar en la ciudad, no saliendo hasta que se les entregase a M. de Malsaigne.

Pasose la noche en negociaciones, acordándose por la mañana: 1.º Que M. de Malsaigne se dirigiría a Nancy en el momento que lo exigiese la municipalidad. 2.º Que iría escoltado por doce carabineros y doce fusileros, escogidos en cada uno de los tres regimientos de Nancy. 3.º Que el ejército de Nancy retrocedería a sus cuarteles a las tres horas de marchar el general, no atentándose a su persona ni a su libertad hasta que la Asamblea Nacional resolviese sobre los agravios de ambas partes.

M. de Malsaigne se puso en camino. Al llegar al primer puente, un oficial de carabineros, cuya compañía se había quedado algo atrás, le preguntó:

—General ¿volvéis voluntariamente a Nancy?

—Sí —respondió M. de Malsaigne, con un tono de voz que equivalía a decir *no*.

El oficial se dirigió a su compañía. A poca distancia de allí, se separó un carabinero de las filas, y pasó cerca de M. de Malsaigne.

—Ya es tiempo —le dijo, con voz apenas perceptible.

—No me pierdas de vista —contestó el general.

Dados unos cuantos pasos más, a la vuelta de un camino, hizo M. de Malsaigne una señal a M. de Beaurepaire, empuñó su sable, bajó la cabeza hasta casi tocar el pescuezo del caballo, le introdujo las espuelas en los ijares, y se lanzó al través del campo, como una exhalación.

M. de Beaurepaire destacó cuatro carabineros que le escoltasen, y con el resto de su gente se quedó a proteger la retirada del general. Una descarga terrible fue la consecuencia de todo este movimiento: veinte carabineros cayeron muertos o heridos y el mismo M. de Malsaigne recibió un balazo en su casaca de piel de búfalo, no deteniéndose hasta pasar el río, entrar otra vez en Luneville y colocarse en medio de los carabineros, que se vieron así amenazados del mayor peligro. Los jefes dividieron el regimiento, y dejaron cincuenta hombres de guardia con M. de Malsaigne en el castillo.

Los rumores acerca de la traición del general circularon allí mismo, se propagaron, crecieron; veinte carabineros le rodearon, y custodiado por cuatro

centinelas, le metieron en un coche. Este tomó el camino de Nancy, seguido de un destacamento de carabineros que le acompañó, no ya como general, sino como preso.

Los tres regimientos recibieron a los carabineros con aclamaciones. M. de Malsaigne fue conducido, primero al cuartel, y luego a la conserjería. M. de Bouillé, en cuanto supo todas estas turbulencias, desapareció.

Era este el hombre de la Corte: tenía dos hijos, el conde y el vizconde de Bouillé: una palabra del rey hubiera bastado para que los tres se dejasen matar, pues el trono era su única religión. Más adelante los encontraremos en Varennes.

Lafayette había dicho a Bouillé que era preciso *dar el golpe*; y él se estaba disponiendo para hacerlo.

Reunió 3,000 hombres de infantería y 1,400 jinetes, todos o casi todos alemanes; además, como hemos antes indicado, el ayudante de campo de Lafayette invitó a los nacionales a sostener la autoridad.

Bouillé partió de Metz el 28; el 29 estaba en Toul, y el 31 cerca de Nancy.

Tres diputaciones de la ciudad salieron en diferentes horas a tratar con él. Componíanse de soldados y de guardias nacionales, que habían obligado a algunos individuos del ayuntamiento a que los acompañasen; todos, sin embargo, temblaban ante aquel ejército, que traía consigo los rayos de la cólera del monarca, y así los concejales pasaron al campamento de Bouillé y se pusieron bajo su protección.

Las condiciones del marqués fueron: que los regimientos saldrían de Nancy, que pondrían en libertad a Malsaigne y que cada uno entregaría a cuatro de los suyos para ser juzgados por la Asamblea.

Duro, muy duro era pretender que soldados franceses *entregasen* a sus camaradas; y no obstante, Maestre-de-Campo y el Rey aceptaron. No así Châteaueux, ni tampoco algunos valientes, de esos que se sacrifican por una mala causa, creyendo deber sustentarla en el mero hecho de haberla abrazado. Entre estos últimos se contaban muchos nacionales de las afueras de Nancy.

Era tal la extremidad en que se había colocado a los suizos, que no pudieron menos de defenderse. Con un poco de misericordia por parte de Bouillé todo se hubiera arreglado; pero prefirió la observancia estricta de la disciplina, conducta más militar, si se quiere, pero de seguro menos cristiana.

Como siempre se ofrecen dudas acerca del partido que rompió el fuego, Bouillé dijo que había sido Châteaueux, y Châteaueux que Bouillé. ¿Es creíble que los suizos, hallándose en situación tan grave, tratasen de comprometerse más provocando la pelea?

Lo que hay de cierto es que su intento de disparar un cañón dio lugar al hecho heroico de un joven oficial bretón que se precipitó sobre la pieza, abrazándose con ella, mientras avanzaban los soldados de Bouillé, y no la soltó hasta caer acribillado a bayonetazos. Su nombre es patrimonio de la historia: llamábase Desilles.

El combate se prolongó, por la certeza que tenía Châteaueux del castigo que era consiguiente a su insurrección; impelíale el valor de la desesperación, y le ayudaban

algo por parte de la ciudad, haciendo disparos desde las ventanas. En medio de todo esto era de ver el furor de los dos regimientos franceses, que querían salir, derribar las puertas de los cuarteles y acudir en socorro de sus camaradas. Los oficiales lograron esta vez contenerlos.

Todo terminó al anoecer: Châteauevieux había perdido cien hombres y los demás quedaron prisioneros. Contra veinte y dos se dictó sentencia de muerte, que se ejecutó, pereciendo veinte y uno en la horca y el último en la rueda: ¡ya se vé! como que convenía variar un poco el espectáculo. Cincuenta fueron condenados a presidio y se les envió a Brest: de modo que atravesaron la Francia, estuvieron en París, y quizá pisaron el Campo de Marte, donde se habían negado a disparar contra el pueblo.

La Asamblea dio un voto de gracias a M. de Bouillé, nombrándole comandante del ejército del Norte; y Luis XVI *experimentó singular satisfacción*, según lo dijo él mismo, *al saber el desenlace doloroso, pero necesario, de aquel asunto*.

Los patriotas se disgustaron con la decisión de la Asamblea, y la carta en que el rey se expresaba según queda manifestado, produjo mal efecto en el pueblo.

—Hoy el cuerpo legislativo —dijo Loustalot—, da a Bouillé un voto de gracias, y la Corte le confía el mando del ejército destinado a proteger las fronteras del ¡oh Constitución!, ¿qué va a ser de vosotras en manos de vuestro más cruel enemigo?

Comentando luego las palabras del rey que *experimentaba singular satisfacción* con el desenlace doloroso *pero necesario* del asunto, añadía:

—¡Oh! no se expresaba así Augusto. Este, al oír la relación que se le hizo de la sangre derramada, golpeó su cabeza contra las paredes, exclamando: «¡Varo, vuélveme mis legiones!».

Quince días después se leía en las Revoluciones de Prud'homme, cuyo principal redactor era Loustalot, lo siguiente:



LUIS XVI.

—M. Loustalot, nuestro amigo y uno de nuestros más apreciables colaboradores, acaba de espirar: a la edad de veinte y ocho años ha sido arrebatado a las letras y a su patria, excitando el sentimiento de cuantos profesan un amor franco y sincero a la libertad.

Pero ¿qué tiene que ver la muerte de Loustalot con los sucesos de Nancy? preguntará alguno.

Las palabras que van a continuación, pronunciadas al borde de su sepultura, nos lo dirán:

—Sombra cara a todos los corazones patriotas, pues que dejas este valle de miserias para dirigirte al seno del Eterno, di a nuestros hermanos de los regimientos del Rey y de Châteauevieux, que hay en el mundo amigos que lamentan su triste suerte, y que han jurado vengarlos.

Loustalot había muerto con el corazón despedazado; pues los sucesos de Nancy acababan de desvirtuar las dos fuerzas, hijas de la revolución, que, como tales, parecían deber servirle de fundamento; a saber: la Guardia Nacional y las municipalidades.

La Guardia Nacional había marchado a las órdenes de Bouillé, y el ayuntamiento de Nancy se había puesto bajo su amparo: el rey, con esto, dudó del poder de la revolución, siguiéndose de aquí las consecuencias que veremos en el próximo capítulo.

Por ahora dejemos consignado el hecho de que no bien se tuvieron noticias de lo

acaecido en Nancy, cuando más de 40,000 ciudadanos acudieron a las Tullerías, pidiendo unánimes el cambio de ministerio.

Desde aquella época data la costumbre de hacer los ministros oídos de mercader, cuando se lanzan tales gritos; pero, como Necker estaba cansado de una larga administración sin resultados satisfactorios, y le entristecía además el ver por el suelo en menos de diez y ocho meses su popularidad, se marchó de París el 4 de setiembre, sin rendir cuentas, aunque dejando para responder por él dos millones que había prestado al Tesoro, y su casa, con todos sus muebles y alhajas, que valían otro millón.

¿Quieren saber nuestros lectores cuanto había descendido la popularidad de M. de Necker, un año después de la toma de la Bastilla? Vamos a mostrárselo.

Hasta Arcis-sur-Aube llegó sin tropiezo. Una vez allí, trató de descansar en la casa de postas, mientras que se mudaban los caballos; pero, de improviso, unos cuantos hombres armados entraron en su aposento, pidiéndole el pasaporte. Tres tenía en lugar de uno, y a mayor abundamiento una esquila particular del rey: manifestó todo al Ayuntamiento y al Directorio, que encontrando los papeles en regla, no le pusieron óbices de ninguna especie. Pero el pueblo no opinó del mismo modo; y como su voluntad era soberana, M. de Necker y su séquito tuvieron que trasladarse, atravesando una hilera de soldados, a una posada que se les designó.

Comprendiendo M. de Necker que estaba preso, rogó que se le permitiese escribir a la Asamblea Nacional; a lo que se accedió, con tal de que ninguno de los suyos fuese portador de la carta, sino dos vecinos de la ciudad. Así se verificó.

La Asamblea contestó que M. de Necker era dueño de marcharse a donde quisiese; no obstante, le detuvieron nuevamente en Vesoul. Aquí tomaron las cosas un aspecto más grave; pues el pueblo cercó el carruaje, cortó los tirantes de los caballos y prorrumpió en terribles amenazas: trabajo le costó desembarazarse de aquella gente y continuar su viaje.

Así se extinguió aquel astro; así se eclipsó aquel destino. Abriole Ginebra sus brazos en los que se refugió más pobre de lo que había salido de ellos, dejando a la Francia una cosa de más valor que sus dos millones, que su habitación, que sus muebles y alhajas; su hija, madama de Staël, uno de los ingenios más insignes de nuestra época.

CAPÍTULO VI

SUMARIO.—El rey.—Carta al rey de España.—Proyecto de fuga.—Cuestión religiosa.—M. Veto.—El obispo de Clermont.—El papa.—El conde de Fersen.—Tratados con las demás potencias.—La Asamblea.—Aceptación del rey.—El juramento en sesión pública.—Negativas.—Los sacerdotes.—Su influjo.—El corregidor Leperdit.—Fuga de las tías del rey.—M. de Narbonne.—La *Crónica de París*.—Carta del rey.—Disensión en la Asamblea.—Moret.—Carta de Montmorin.—Arnay-le-Duc.—M. de Menou.—Mirabeau.—Proyecto de ley sobre la emigración.

Volvamos a Luis XVI. En octubre salió por fin de su habitual irresolución y dio dos pasos decisivos: el primero fue escribir al rey de España, enviándole una protesta contra cuanto se le obligase a sancionar; el segundo, meditar un proyecto de fuga que le propuso nuevamente el obispo de Pamiers. Se autorizó a M. de Breteuil para proponer este asunto a las potencias extranjeras, las cuales debían entenderse con M. de Bouillé; pues, como el marqués acababa de ensayarse con feliz éxito en Nancy, merecía la confianza de la Corte.

Lo principal que atormentaba entonces a Luis XVI y que le atormentó siempre, motivando su fuga el 21 de junio y su destronamiento el 10 de agosto, fue, no la cuestión política, sino la religiosa.

Luis XVI juró la Constitución, y no quiso ratificar el decreto expedido contra los sacerdotes no juramentados; esto fue causa de que se dejase de llamarle Señor, para llamarle M. Veto.

El rey había consultado en julio al obispo de Clermont a fin de saber si podía, sin comprometer su alma, sancionar la ley del clero; y a fines de agosto envió un emisario a Roma con igual consulta; pero, como el papa temía que se reuniese su condado de Aviñon a la Francia, privándole tal anexión, a la par que de una buena renta, de una posición ventajosa en medio de la Provenza, se contentó con responder ambiguamente y reprobar con acritud los actos de la Asamblea Nacional.

Para quien solo pedía explicaciones vagas, era sobrada respuesta la del papa.

Por entonces llegó de Estokolmo un sueco, llamado el conde de Fersen: hombre de treinta y ocho a cuarenta años, de hermosa presencia, modales finos y valor a toda prueba. Era dado a aventuras, y hasta se decía que en su primer viaje había llevado un recuerdo de María Antonieta, no ajeno a su retorno. Como propio para el caso, se le encargó de la negociación relativa a la fuga, en unión de M. de Breteuil.

La España y la Inglaterra, con la perspectiva de los acontecimientos que se elaboraban en el rico venero de París, olvidaron las causas de sus diferencias y celebraron un tratado de paz el 27 de octubre: otro tanto hizo el Austria con la Turquía y la Suecia con la Suiza, al primer aviso que recibieron de París.

Gracias a la Francia, la Europa entera se pacificó, preparándose a marchar contra la revolución. Los reyes comprendieron que las guerras de monarca a monarca habían

ya caducado; y que iba a abrirse el palenque donde pelearían en adelante los tronos y los pueblos.

Si los reyes hubiesen tenido el talento de rodear a la Francia con una especie de cordón sanitario, abandonándola a sus divisiones, a su guerra de las calles, a sus matanzas, tal vez entonces, encerrada, como el escorpión, en un círculo de fuego, se matase a sí misma. Poro, cometieron la imprudencia de atacarla: abriose así una salida al vapor que hervía dentro y que se extendió por el mundo, convirtiéndose en un huracán de veinte años: a la luz de sus relámpagos pudieron leer los pueblos en las banderas francesas la palabra: *Libertad!* Reunión de letras luminosas, lábaro de las naciones; donde estas leyeron como Constantino: *Hoc signo vinces!* (con esta insignia vencerás).

Desgraciadamente las cosas no estaban aún arregladas a gusto de la Corte, cuando la Asamblea, sabiendo que el rey había pedido al papa una autorización, todavía no concedida, puso en conocimiento de Luis XVI que no se le exigía la sanción, sino simplemente la aceptación de los decretos de 14 de julio y 27 de noviembre, por los que se obligaba a los sacerdotes a jurar la Constitución.

El 16 de diciembre envió el rey la aceptación que se le pedía. Una hora después, habiendo encontrado a M. de Fersen, le dijo:

—¡Ah! más quisiera ser rey de Metz. Por fortuna, esto acabará pronto.

Es digno de observarse de paso, que el juramento que la Asamblea exigía a los sacerdotes no lo querían los hombres más avanzados de la revolución. Ni Robespierre ni Marat se habían decidido por él: véase como se expresaba Camilo Desmoulins en la materia:

—Si se aferran a su púlpito, no nos expongamos a romperles sus vestiduras de lino por querer arrancarlos de él: basta con el ayuno para librarnos de tales clerizontes.

Lo único que exigía era que se negase la paga a los sacerdotes pertinaces en no jurar la Constitución.

La Asamblea cometió una gran torpeza al disponer que los individuos de la Cámara, pertenecientes al clero, prestasen juramento en sesión pública. Muchos hubieran consentido en hacerlo privadamente, y la prueba es que cincuenta y ocho lo verificaron en la tribuna; pero, con la obligación que se les imponía, ofrecían a los eclesiásticos una ocasión de representar el papel de mártires, demasiado buena para desperdiciarla.

Ni un solo obispo, si exceptuamos el de Autun, prestó juramento: excepción que no es de extrañar, sabiendo que el obispo de Autun se llamaba Talleirand.

La votación nominal principió por el de Agen. Este pidió la palabra.

—Nada de palabra —exclamó la izquierda—. ¿Juráis, sí o no?

—Habéis dicho —respondió el obispo de Agen—, que los que se nieguen a jurar perderán su destino. Lo único que siento es perder vuestra estimación; pero, aun así, no puedo menos de rogaros que aceptéis el sentimiento que me cuesta verme en el

imprescindible caso de no jurar.

—Queréis —dijo el abate Fournes levantándose—, volvemos a la sencillez de los primeros cristianos; pues bien, consiento en ello y me vanaglorio de seguir a mi pastor, como Lorenzo siguió al suyo.

—¿Cómo pretendéis —exclamó el obispo de Poitiers, de edad de setenta años—, que vaya yo a deslustrar mi vejez con un juramento que mi conciencia reprueba? No quiero, no, jurar.

Oyendo los murmullos que excitaban sus palabras, añadió:

—Cargaré con la suerte que me aguarda, por vía de penitencia.

—Sin embargo, decía el obispo de Narbona en tiempo del imperio, lo que hicimos la mayor parte de nosotros en aquella sesión, fue efecto de pura hidalguía sin que entrase para nada, a *Dios gracias*, la religión.

Desde entonces comenzó la larga guerra, ya subterránea, ya pública, que el clero declaró a la revolución, conmoviendo por tres veces el Este y el Mediodía de la Francia.

Se comprendió entonces el lugar que ocupaba el sacerdote en las familias; pues atrajo a su partido a las esposas e hijas, es decir, a esa porción débil de la especie humana que depende de él como un feudo de su señor, produciendo un divorcio mucho más terrible que el del cuerpo, a saber, el divorcio del alma, separando al esposo de la esposa y a la hija de su padre. Les hicieron creer que una revolución que renegaba del catolicismo no era cristiana, a pesar de haber realizado la palabra de Cristo, creando la propiedad y devolviendo la libertad y la tierra al siervo, despojado de ambas por el señor.

Lo más terrible era que de una y otra parte se lidiaba con fe.

—Entrégame tus armas —dijo un republicano a un realista de la Vendée, herido de muerte.

—Vuélveme mi Dios —respondió el moribundo.

Al lado de este cuadro, que nos representa al aldeano muriendo por su Dios, véase otro donde aparece el soldado sucumbiendo por la revolución.

Un realista dio un sablazo en el corazón a un republicano:

—Plantadme ahí el árbol de la libertad —dijo el patriota.

El lector decidirá cual de estas dos respuestas es más hermosa.

Quizá exceda a ambas la de Leperdit, corregidor republicano de Rennes.

Reinaba el hambre en la ciudad y se trató de apedrearle: en efecto, multitud de piedras cayeron sobre él, alcanzándole una en la frente. Cogiola del suelo y mostrándola ensangrentada a sus enemigos, dijo:

—No puedo cambiar en pan las piedras; pero, si mi sangre os ha de alimentar, tomadla: hasta su última gota os pertenece.

¡Y se dirá que una revolución, capaz de inspirar tales palabras, no era cristiana! ¡Oh sacerdotes! ¡Sacerdotes! ¡Cuánta distancia hay a veces desde el altar hasta Dios!

Uno de los primeros resultados que tuvieron los decretos acerca del juramento de

la Constitución, fue la fuga de las tías del rey. Estas infelices, desde las jornadas del 5 y 6 de octubre, que motivaron la traslación de Luis XVI de Versalles a París, vivían en su palacio de Bellevue, donde probaban a ver si se olvidaban de ellas. Pero, a fines de febrero del año de 1791 se esparció la noticia de que iban a marchar a Roma.

En cualquiera otra circunstancia nadie hubiera parado mientes en la partida de aquellas tres pobres mujeres; porque ¿había acaso ley que impidiese viajar a las tías de Luis XVI? Mas, en la situación en que se encontraba la Francia, todos se alarmaron, despertándose los temores de que la puerta no quedaría bien cerrada y que por ella se iría también el rey.

Los que tal recelaban no iban descaminados; pues, en efecto, según estaba acordado, Luis XVI debía marcharse con sus tías: desgracia suya fue que se corriese la voz de la partida de estas. Una vez divulgado el secreto, el rey trató de detenerlas; pero ellas le declararon que no podían vivir más tiempo en un país donde se hallaba proscrita la religión de sus padres, y que estaban decididas a ir a buscar junto al soberano pontífice consuelos para sus almas e indulgencia para la nación.

El rey disputó el terreno palmo a palmo; pero tuvo al fin que ceder, y se decidió que partirían el 19 de febrero de 1791.

Deseábase que no dejaran la Francia, pues las había popularizado la guerra de maledicencia y hasta de calumnia que habían hecho a María Antonieta; por lo tanto, muchas diputaciones de mujeres del pueblo se dirigieron a los palacios de Bellevue y de Choisy suplicándoles que no abandonasen al rey, su sobrino.

Asustadas con tales muestras de afecto popular, respondieron de un modo vago que no pensaban en semejante viaje; pero, su manera de negar corroboró la creencia de que pensaban marcharse.

Por la tarde del 19 de febrero se sirvió la cena a las nueve, como de costumbre, y se dio orden al caballero de Narbonne, guapo joven, educado junto a madama Adelaida, para que llevase los carruajes de Meudon a Saint-Cloud.

El haberlos hecho conducir a Meudon, fue con objeto de que los preparativos de la partida no despertasen sospechas en la gente del palacio de Bellevue.

Se mandó avisar a M. de Narbonne para que estuviese pronto a las nueve y media, pues las señoras lo estarían dentro de media hora; pero, aunque le buscaron, no pudieron hallarle. La gravedad del asunto crecía con la consideración de que probablemente las tías del rey habían sido engañadas; agregándose que M. de * * *, el cual acababa de llegar a toda prisa de París, dijo que una cuadrilla de hombres y mujeres había salido de la capital con dirección a Bellevue, a fin de oponerse por la fuerza, si menester era, a la marcha proyectada.

Terrible fue la inquietud de aquellas infelices: despacharon correos y más correos a Meudon, con encargo de que si no encontraban a M. de Narbonne, trajesen a lo menos los carruajes: orden inútil; pues M. de Narbonne, con el interés que le inspiraba la fuga, había tomado sus precauciones, prohibiendo que se moviesen aquellos sin su conocimiento.

Entre tanto el tiempo corría velozmente; madama Adelaida envió a una de sus mujeres a la azotea del palacio, desde donde se descubría todo el camino de París; y al cabo de un instante bajó temblando de pies a cabeza, porque, según se explicaba, había oído un gran ruido a cosa de una legua y visto muchas luces. Entonces no quedó ya la menor duda de que era verdadera la noticia dada por M. de * * *.

En aquella pequeña corte de ancianas, no había una sola voluntad que caminase directamente a su objeto: todo se convertía en miedos y en idas y venidas, sin tomar ninguna determinación. Oyose de improviso el galope de un caballo: acudieron los de dentro a la gradería exterior, y vieron caer el animal bañado en sangre. El jinete, desembarazándose de los estribos, se adelantó, y entonces conocieron en él a M. de Virieu, representante de la nobleza del Delfinado, el mismo que durante la fiesta de la confederación sorprendió en los ojos de la reina un vislumbre extraño, que le reveló en parte los misterios de aquella alma profunda.

Noticioso del peligro que corrían las tías de Luis XVI, partió con la velocidad del rayo. Por el camino tropezó con la cuadrilla, que trató de detenerle; pero él espoleó a su brioso caballo, y el noble animal, no obstante sentirse herido de un terrible sablazo, en el pecho, continuó a escape, sin caer, hasta que hubo tocado el primer escalón de la gradería.

El resplandor que se veía desde las ventanas deshacía cualquiera duda en cuanto al relato de M. de Virieu. Dentro de poco apareció toda la cuadrilla, desplegándose de un modo fantástico en medio de la noche y en la montaña de Bellevue; oíanse sus gritos y cantares, estos más horribles quizá que aquellos: no había tiempo que perder; era preciso huir, caminar a pie a Meudon, ir a buscar los carruajes, pues que estos no llegaban. ¡Tremendo fue para aquellas desgraciadas el momento en que pasaron los umbrales de su hermosa posesión, en medio de una fría y lluviosa noche de febrero, para dar el primer paso en la senda del destierro!

Sin embargo, no era cosa de titubear, pues la vanguardia de los arrabales tocaba ya a la verja de Sèvres; y mientras que el conserje parlamentaba con ella para ver de ganar tiempo, las tías del rey, atravesando el parque a pie, llegaron a la verja de Meudon, que por una extraña fatalidad, encontraron cerrada, ausente el conserje y extraviadas las llaves. Creyéronse entonces perdidas sin remedio; pero se ocurrió a uno de los que las acompañaban enviar a llamar al cerrajero del palacio, el cual acudió con su herramienta y abrió el enverjado. A la mitad del camino de Meudon tropezaron con los tan anhelados coches, que acudían en su busca: subieron y echaron a escape.

Las tías de Luis quisieron llevarse consigo a madama Isabel; mas esta no consintió en abandonar a su hermano: ¡la recompensa fue convertirla, de santa que era, en mártir!

Ya se deja colegir el ruido que armaría en París la multitud que fue inútilmente a Bellevue, cuando anunció la marcha de aquellas infelices mujeres: al principio creció la inquietud, por creerse que la reina les había encargado llevarse al Delfín. Hasta se

aseguró que *Monsieur* y *Madame* no tardarían en seguirlas. Por lo mismo, a las seis de la tarde, un inmenso gentío se dirigió al Luxemburgo, que era donde habitaba *Monsieur*, y pidió que se le dejaran ver, igualmente que a *Madame*. Asomose *Monsieur* solo y aseguró que ningunos deseos tenía de marcharse y dejar a sus conciudadanos; añadiendo el juramento de que jamás se separaría de la persona del rey. Esto equivalía a decir: estad tranquilos; que si el rey se va irá en su compañía.

El pueblo creyó en la sinceridad de aquel juramento y aplaudió frenéticamente; *Monsieur*, en recompensa, regaló a la sección del Luxemburgo una hermosa bandera tricolor.

El día en que *Monsieur*, fiel a su juramento, huyó con Luis XVI, dirigiéndose a Bruselas, mientras este lo hacía a Montmedy, los patriotas convirtieron la bandera en taco, y cargaron con ella un cañón.

La *Crónica de París*, periódico del partido constitucional, publicó el siguiente artículo, con motivo de la fuga de las tías del rey:

Dos princesas, que llevaban una vida sedentaria por razón de su edad y por gusto propio, se sienten atacadas de repente de la manía de viajar: *cosa rara; pero, sin embargo, posible.*

Se dice que van a Roma, solo por tener el placer de besar la sandalia del papa: *es chusco, pero de muy buen ejemplo.*

Interpónense entre ellas y Roma treinta y dos secciones, y cuantos ciudadanos honrados hay en París: *simpleza.*

Las señoras, sobre todo madama Adelaida, quieren hacer uso de los derechos del hombre: *cosa muy natural.*

No se marchan (ellas a lo menos así lo aseguran) con sentimientos contrarios a la Revolución: *en lo posible cabe, pero difícil es creerlo.*

Llevan en pos de sí las lindas viajeras ochenta personas, cuyos gastos sufragan: *esto es hermoso.*

Pero, también se llevan consigo doce millones: *esto es feo.*

Necesitan mudar de aires: *es moda.*

Pero, sus acreedores andan azorados con la noticia: *también esto es moda.*

Se abrasan en deseos de viajar: apetitos de doncella son un fuego devorador: *moda también.*

Hay ansia por detenerlas: *achagues de la maldita moda.*

Las princesas sostienen que son libres de ir a donde mejor les acomode: *tienen razón, pues ya han salido de tutela.*

Hablose tanto del asunto, ya en tono amenazador, ya con visos de burla, que el rey creyó de su deber prevenir a la Asamblea, por medio de la siguiente carta:

Informado de que la Asamblea ha sometido al examen de la comisión de Constitución, una cuestión suscitada con motivo del viaje proyectado por mis tías, he creído conveniente poner en su noticia que, según acabo de saber, ayer por la noche, a eso de las diez, se marcharon. Persuadido de que estaban en el pleno goce de su libertad, así como de que cada cual es dueño de ir a donde guste, no me ha parecido deber ni poder impedir su viaje, aunque me encuentro sumamente afectado con su separación.

Luis.

Esta carta fue el parte oficial de una noticia de que todos tenían ya conocimiento. Promoviose una gran discusión en la Asamblea, y en lo más acalorado de ella se recibió del Ayuntamiento de Moret la sumaria siguiente:

El 20 de febrero de 1791 se presentaron en Moret unos coches con tal tren y escolta, que los concejales, habiendo oído hablar del viaje de las tías del rey y de las inquietudes que había excitado en París, sospecharon que eran ellas, y detuvieron los carruajes hasta que exhibiesen los pasaportes. Traían dos: uno para ir a Roma, expedido por el rey y refrendado por Montmorin, y otro que precisamente no era pasaporte, sino una declaración del Ayuntamiento de París, reconociendo no asistirle derecho para oponerse a que los *ciudadanos* se paseasen por la parte del reino que más les acomodase.

Los concejales de Moret, creyendo ver en ambos documentos algunas contradicciones, resolvieron consultar el caso con la Asamblea Nacional, suspendiendo entre tanto la marcha de las indicadas señoras; pero de repente acudieron los cazadores del regimiento de Lorena, y haciendo uso de la violencia, las pusieron en libertad de continuar su viaje.

La lectura de este relato causó una verdadera explosión, especialmente contra M. de Montmorin, ministro de negocios extranjeros, cuya adhesión al rey era sobrado conocida. Rewbell principió el ataque, extrañando que el ministro hubiese osado refrendar aquel pasaporte, cuando sabía que con motivo de los rumores que corrían acerca del viaje de las tías de Luis XVI, se había reclamado un nuevo decreto, cuyo proyecto se ocupaba en redactar la comisión de Constitución.

Sea desprecio o prudencia, M. de Montmorin no creyó conveniente justificarse sino escribiendo al presidente de la Asamblea esta carta:

Acabo de saber que con motivo de la lectura de la sumaria llegada de Moret, algunos individuos de la Asamblea se han sorprendido de que yo refrendase el pasaporte expedido por el rey a sus augustas tías. Si este hecho merece explicación, ruego a la Asamblea considere que la opinión del rey y de sus ministros en el particular es notoria. Ese pasaporte equivaldría a un permiso de salir del reino, solo en el caso de que estuviese prohibido atravesar las fronteras; pero, como no sucede así, mientras que una ley no disponga lo contrario, cualquier pasaporte será mirado simplemente como una certificación de las circunstancias de la persona que de él se sirva.

Era, pues, imposible negarlo a las expresadas señoras; y de consiguiente, preciso fue prevenir los embarazos que pudieran contrariar su viaje, entre los cuales se supuso desde luego sería uno su detención por algún Ayuntamiento.

Aunque existen leyes antiguas contra las emigraciones, han caído en desuso, y además están derogadas por los principios de libertad proclamados por la Asamblea. Negar el pasaporte de que se trata, considerándolo un verdadero permiso, hubiera sido no solo adelantarse a la ley prohibitiva, sino hacerla: concederlo, cuando ningún derecho de más otorgaba y podía evitar disgustos, no debe mirarse sino como un acto de prudencia.

Esta ha sido la razón porque refrendé el insinuado pasaporte: os suplico, señor Presidente, que lo digáis así a la Asamblea. Pronto estoy a dar cuantas explicaciones se me pidan sobre mi conducta, contando, como cuento, ahora y siempre con la justicia del Cuerpo Legislativo.

M. de Montmorin tenía razón: por mucho que se alegara contra la marcha de las tías del rey, no era posible decir que hubiese ley que se opusiera a ella. Sobre todo ¿qué se remediaba con discutir acerca de un hecho consumado? Íbase enfriando el asunto, cuando se supo que se las había vuelto a detener en Arnay-le-Duc: esto acaloró de nuevo los ánimos. Hubo quien propuso que se hiciese un cargo al Ayuntamiento de Arnay-le-Duc por haber detenido a las expresadas señoras, sin apoyarse en ley ninguna.

—Os engañáis —dijo una voz desconocida—, al afirmar que no existe ley contraria a esa fuga: yo sostengo que sí.

—¿Cuál? —exclamaron muchos.

—La salvación del pueblo —contestó la misma voz.

No sabemos hasta cuando hubiera durado la disputa, sin el general Menou, que empleó contra ella un arma, tan cortante como la espada de Alejandro; el arma del ridículo.

—La Europa se asombrará —dijo—, cuando sepa que la Asamblea ha pasado cuatro horas completas (se equivocaba: eran dos días) deliberando acerca de la marcha de dos señoras que prefieren oír la misa en Roma, a oírla en París.

Estas palabras dieron al traste con la cuestión. Mirabeau, sostenedor del derecho que asistía a las tías de Luis XVI para irse donde quisiesen, hizo adoptar el decreto, concebido como sigue:

La Asamblea Nacional, visto que no existe ninguna ley del reino que se oponga al viaje de las tías del rey, declara no haber lugar a deliberar, y pasa el asunto al poder ejecutivo, para que este resuelva.

Déjase colegir cual sería la resolución del poder ejecutivo. La Asamblea se limitó a encargar a la Comisión de Constitución que le presentase el proyecto de una ley de emigraciones.

CAPÍTULO VII

SUMARIO.—Los caballeros del puñal.—El 28 de febrero.—Vincennes.—Los 1,500 patriotas.—Se bate generala.—Lafayette.—El hombre del puñal.—El alcaide de Vincennes.—La caballería.—El pueblo.—Los presos.—El arrabal de San Antonio.—Triunfo de Lafayette.—Su desgracia.—M. de Villequier.—Los Seiscientos.—M. de Gouvion.—El rey.—Los conjurados.—Mirabeau en la tribuna.—Los seis billetes.—La marcha del rey.—Mirabeau en la Asamblea.—Augusto.—*Piaudite cives*.—Mirabeau piensa en morir.

Dos acontecimientos de suma importancia señalaron el 28 de febrero: la conspiración de los Caballeros del puñal, en las Tullerías; y la discusión de la ley de emigraciones, en la Asamblea Nacional. Como esta discusión debía atraer naturalmente gran parte del interés público, le pareció oportuno a Luis XVI aquel día para fugarse.

Era menester introducir cinco o seis conjurados en palacio, y llamar la atención de Lafayette hacia otro punto. Eligiose al efecto la torre de Vincennes, prisión de Estado, rival de la Bastilla, presentándola al pueblo del arrabal como un resto del despotismo, que no era acreedor a permanecer en pie, una vez de arrasada aquella. En virtud de la excitación, trasladáronse el 28 de febrero a Vincennes de mil y doscientos a mil y quinientos hombres, y subiendo a la plataforma, principiaron a demoler la torre. A las dos de la tarde, cuando ya los parapetos estaban destruidos, se les ocurrió batir generala. Los patios contenían unas tres o cuatro mil personas, y la Guardia Nacional del distrito, además de contar con poca fuerza, no había recibido órdenes de ninguna especie. En cuanto Lafayette tuvo noticia de lo que pasaba, acudió con destacamentos de caballería e infantería. Revelábase en su semblante la inquietud, y solo una circunstancia de aquella gravedad podía haberle hecho abandonar las Tullerías, pues por la mañana había sido detenido, al salir de la habitación del rey, un individuo, a quien se le encontró un puñal. Conducido ante la Comisión de los Fuldenses e interrogado por el corregidor, contestó, que la dificultad de los tiempos obligaba hasta al hombre más inofensivo a rechazar la fuerza con la fuerza, y que ese y no otro había sido el motivo de que se proveyese de aquella arma. Personas conocidas y dependientes del palacio le reclamaron, decretándose por lo tanto su soltura. Era un caballero de la orden de San Luis, llamado M. Decourt Latombelle.

Este acontecimiento despertó temores: la guardia que debía ser relevada no quiso retirarse de las Tullerías, y obtuvo de M. de Lafayette permiso para quedarse con la entrante. Mientras tanto recibió el General la noticia de lo que pasaba en Vincennes. Parte de sus tropas llegó antes que él, y se formó en batalla; pero, muchos de los nacionales se opusieron a romper el fuego, porque, en su sentir, los que demolían la torre tenían para ello igual derecho que los que habían demolido la Bastilla, y creían absurdo no permitir a la sazón lo que anteriormente había arrancado aplausos. Con la llegada de Lafayette los argumentadores se cosieron las bocas y aquellos que se

habían salido de las filas volvieron a su lugar; mas el General necesitaba una orden del alcaide, el cual opinó que el pueblo tenía derecho de destruir la torre. En consecuencia, Lafayette se aproximó al funcionario público y le dijo:

—Caballero, como comandante de la Guardia Nacional he venido a recibir vuestras órdenes, las cuales obedeceré; pero, os advierto, que si os falta firmeza y no hacéis respetar la ley, os denunciaré mañana a la Asamblea.

La intimación era decisiva; así el alcaide mandó que cesase la demolición y fuesen presos los autores de ella. Inmediatamente dio orden el General a la caballería de que entrase, sable en mano, en los patios de Vincennes. El pueblo gritó: *¡que se envainen los sables!* Hiciéronlo algunos jinetes, pero otros cargaron sobre la multitud, y esta se dispersó en breves minutos. Sesenta de los culpados cayeron en manos de la Guardia Nacional, y los demás huyeron, acogiéndose al barrio de San Antonio, cuya sublevación intentaron, so pretexto de libertar a los presos. Sin embargo, como el motín era cosa *arreglada* de antemano, y por consiguiente no tenía raíces profundas en la población, solo puso en movimiento a la gente que se necesitaba para advertir a Lafayette de que era peligroso atravesar el arrabal con los susodichos presos; medio seguro de que el general resolviese andarlo en toda su longitud. Con tal objeto colocó aquellos en el centro de una columna, y al frente puso una vanguardia con artillería.

El tránsito se verificó como él lo había previsto, esto es, sin mayor resistencia. Dos hombres que se separaron de la columna fueron los únicos heridos; el primero de un pistoletazo, el segundo de tres pedradas.



ROBESPIERRE.

Sin alterar el orden en que marchaban llegaron al Hôtel-de-Ville, y en seguida a la Conserjería, donde hicieron entrega de los presos. Lafayette, cuyo triunfo excitaba las silvas de los unos y los aplausos de los otros (suerte común a todas las popularidades que bambolean) estaba lejos de figurarse que había sido juguete de un ataque simulado, cuando encontró a su vuelta en fermentación las Tullerías.

A eso de las tres se había llenado el palacio de personas desconocidas que entraron, sin que lo supiese la Guardia Nacional, por una puerta que les había abierto M. de Villequier, primer gentil-hombre de cámara. Eran seiscientos, según se decía, y estaban todos armados de bastones de estoque y de puñales. M. de Gouvion, ayudante del General, subió a la habitación del rey y le manifestó lo que pasaba; Luis XVI fingió que nada sabía, y como preguntase qué querían, contestole M. Villequier, que la nobleza, inquieta con el acontecimiento de Vincennes, se había dirigido, sin perder tiempo, a las Tullerías, para defenderle en caso de necesidad. El rey desaprobó el *indiscreto celo* de sus nobles, declarando además que se creía completamente seguro en medio de la Guardia Nacional; con lo que complacida esta, principió apoderándose de todas las salidas, y en seguida ejecutó el desarme de los seiscientos. Cuando estaba ocupada en este trabajo llegó Lafayette, quien reconoció entre los conjurados a MM. de Argoust, de Espremesnil, de Sauvigny, de Fonteille, de Labourdonnaye, de Lillers, de Fauget y de Douville: no necesitó más para convencerse del origen de semejante hecho. Ninguno se resistió: todos depusieron las armas y se retiraron en libertad.

Preciso era, sin embargo, un escarmiento; y como Lafayette no podía atacar de frente al rey, hízolo a M. de Villequier, dirigiéndose a él y diciéndole con aquel aire que le acompañó hasta sus últimos años:

—Es muy extraño, caballero, que después de convenir con M. de Gouvion en que no permitiríais entrar en palacio más que las personas de la servidumbre, hayáis llenado los aposentos de hombres armados, que nada tenían que ver con la Guardia Nacional. Si son buenos ciudadanos han debido vestir el uniforme y alistarse en nuestras filas; si no lo son, no sufriré que pisen en adelante estos lugares. Soy responsable para con la nación de la seguridad del rey, y no le juzgaré seguro mientras le vea rodeado por semejante clase de personas.

—General —respondió balbuciente M. de Villequier—, creedme; son personas dignas de toda confianza.

—Si a vos os la merecen —repuso Lafayette—, no a mí. ¿Para qué andarnos en rodeos? Resueltamente os digo, que si algo por el estilo os vuelve a suceder en adelante, declaro a la Asamblea que no respondo de la persona del monarca.

—Pero —replicó M. de Villequier—, siendo responsable el primer gentil-hombre de...

—Nada hace eso al caso, le interrumpió Lafayette, pues de cualquier acontecimiento que tenga relación con el rey, a mí echará la culpa la nación y no a vos, en atención a que ni siquiera sabe que existís. De todos modos, y concediendo que la responsabilidad pese únicamente sobre los oficiales de lo interior de palacio,

será menester despediros, a vos y a los demás aristócratas colocando en lugar vuestro a los amigos de la libertad.

Al día siguiente publicó el General la orden del día que va a continuación.

El comandante general cree deber prevenir a las tropas de su mando que tiene órdenes del rey para que las habitaciones de palacio no vuelvan a llenarse de hombres por el estilo de los que en el día de ayer, sea guiados de un sincero celo, como sin duda lo harían algunos, sea movidos de miras sospechosas, como lo ejecutaría el mayor número, se atrevieron a colocarse entre la Guardia Nacional y el monarca. El comandante general, con arreglo a las indicadas órdenes, ha intimado a los jefes de la servidumbre que tomen sus medidas para que no se repitan tales escenas. El rey, que ha jurado la Constitución, debe y quiere estar rodeado de los soldados de la libertad. Se suplica a las personas que posean las armas de que fueron ayer despojados los individuos que se introdujeron subrepticamente en palacio, que las entreguen al síndico del Ayuntamiento.

Aquella conspiración dio mucho que hablar; más de lo que merecía. Se la denominó *de los caballeros del puñal*, porque, según se aseguró, los conjurados llevaban todos puñales de una misma figura. Prud'homme, en su libro *de las Revoluciones*, nos ha transmitido un dibujo del arma, con una inscripción colocada al rededor.

Ocupábase la Asamblea en discutir la ley de los emigrados, cuando oyó tocar a llamada; pero, acontecía esto con tanta frecuencia, que la discusión continuó sin que los diputados se alterasen en lo más mínimo. Mirabeau, como se ha dicho anteriormente, había pedido de antemano la palabra en contra de aquella ley, defendiendo como defendió la marcha de las tías del rey, y tanto sus amigos como sus enemigos le excitaban a subir aquel día a la tribuna; los unos deseosos de que conquistase más coronas, y los otros de que se hundiese más en el abismo abierto ante él. En menos de media hora recibió seis esquelas, intimándole que declarase de una vez cuales eran sus principios, pues se susurraba que estaba por la marcha de Luis XVI y hasta que tenía formado el plan de que volviese a entrar en París a la cabeza de un ejército francés, debido a las diligencias de M. de Bouillé, anulándose en seguida la Constitución de 1791, y otorgando el rey otra, cuyas bases fuesen la convocación de nuevos Estados Generales y el nombramiento de Mirabeau para primer ministro. Hasta había quien citaba las siguientes palabras como pronunciadas por el diputado de Marsella.

—Que partan: yo quedo en París para abrirles el camino, si cumplen su juramento.

—¿Y si faltan a él? —le preguntó uno de sus amigos.

—Entonces...

Conociendo Mirabeau que había llegado el momento de decidirse, subió a la tribuna y leyó una página de una carta escrita por él al rey de Prusia ocho años antes, sobre la libertad de emigrar. En seguida pidió que la Asamblea pasase a la orden del día, sin permitir la lectura del proyecto de ley.

«La Asamblea de Atenas, dijo, se negó a oír el proyecto que Arístides había juzgado diciendo “que era útil, pero a la par que útil injusto”. Vuestro estremecimiento me demuestra que sois tan buenos jueces como Arístides.

»La barbarie del proyecto prueba lo impracticable de una ley sobre la emigración... (Murmullos.) Oídmme, os lo ruego. Concedo que hay circunstancias en que las medidas de policía son indispensables, aunque contravengan a las leyes; la necesidad autoriza semejante delito; pero entre una medida de policía y una ley, la diferencia es inmensa.

»Niego que el proyecto admita, ni siquiera el que se delibere acerca de él. Declaro que me creeré libre de todo juramento de fidelidad respecto de los que llevaren su osadía hasta nombrar una comisión dictatorial. (Aplausos.) La popularidad de que he disfrutado... (Murmullos en la izquierda.) La popularidad de que he tenido el honor de disfrutar, como otros, no es un débil arbusto; quiero introducir sus raíces muy adentro en la tierra, apoyándolas en la imperturbable base de la razón y la libertad. (Aplausos.) Si decretáis una ley contra los que emigran, juro no obedecerla jamás».

Pero Mirabeau, como lo hemos indicado anteriormente, perseguido hacía algún tiempo por las injurias, amenazas y provocaciones de sus enemigos, y que al colocar entonces su mano en el pecho, en lugar de hallar allí su conciencia, tropezaba con un bolsillo lleno de oro, era ya un ídolo hecho pedazos. De forma que cuando dijo a su hermana que él propio se había condenado a muerte y que de seguro le matarían, no le inducía a expresarse así un vano temor. Sus amigos conocían que la vida del coloso peligraba; y por eso, siempre que salía de París con dirección al campo, o que andaba por la calle en las altas horas de la noche, su sobrino le seguía provisto de armas.

Creiose dos o tres veces envenenado su café, por el sabor que dijo le encontraba; y hasta recibió una carta en que le amenazaban con asesinarle. Respecto del veneno, la verdad no se ha descubierto aún: más adelante expondremos las razones que existen en pro y en contra.

Nuestro dictamen es que a Mirabeau quien le mató fue Mirabeau; fueron los pesares.

Quiso, como Eneas, salvar a un tiempo sus dioses, que eran la monarquía y la libertad; empresa imposible, pues la monarquía en tales momentos era una carga demasiado pesada, que acabó por ahogarle. Una vez convencido de la imposibilidad de llenar su misión, comprendió que el único recurso y el mejor que le quedaba, era morir. Porque, no solo importa a la gloria de un hombre político vivir, sino morir dignamente y a tiempo. El actor de más mérito, si no deja la escena en el momento oportuno, es irremisiblemente silbado: verdad que sentía Augusto, uno de los hombres más eminentes en la política, y por lo mismo uno de los más insignes actores que han existido, cuando preguntó, tendido ya en su lecho de agonía, si había representado bien su papel en la comedia del mundo; contestando a la respuesta afirmativa de los que se hallaban presentes: «Entonces aplaudid y gritad: ¡Bravo! *Plaudite, Cives*».

Augusto no pudo retirarse a mejor tiempo de la escena, razón por la cual todavía se le aplaude. Es raro que un hombre de imaginación, o simplemente de talento, muera mal; pues su muerte es el asunto que más le ocupa mientras vive.

Creyéndose Mirabeau envenenado, y brindándosele la época como inmejorable para morir, tenía andada ya la mitad del camino: un poco de veneno, y la obra iba a quedar completa. El asunto valía la pena de examinarlo seriamente.

CAPÍTULO VIII

SUMARIO.—El 15 de marzo.—El ciego que quiere servir de guía al mundo.—Mirabeau y Cabanis.—La multitud.—M. Frochot.—Pitt.—Lamarck.—Theis.—El rayo de sol.—Última conversación.—Las ocho y media de la noche.—Palabras de Robespierre.—Marnais.—*A los grandes hombres la patria reconocida*.—Mirabeau juzgado por sus contemporáneos.

Mirabeau tenía dos pasiones, las mujeres y las flores. En medio de ellas pasó el 15 de marzo una noche de desorden; una de esas noches propias de jóvenes, y vedadas a los hombres de su edad, que quebrantan la salud más robusta y aumentan las dolencias. Mirabeau había adquirido desde 1788 una terrible enfermedad denominada por él un cólera-morbo, a causa de la cual se le habían extraído en el espacio de dos días veinte y dos tazas de sangre.

—Esta enfermedad, dice él mismo, fue para mí el tránsito del verano al otoño.

En 1789, al verificarse la apertura de la Asamblea, padecía una ictericia, que desapareció dentro de poco, aunque en seguida le atacaron varias otras indisposiciones, descuidadas todas. Se le vio a menudo ocupar su asiento llevando una venda en los ojos, pues le aquejaban tenaces oftalmías. «Ahí tenéis un ciego que quiere servir de guía al mundo» se decían por lo bajo sus enemigos.

Además, sus entrañas se habían debilitado, y experimentaba en ellas dolores sordos; sus piernas se infartaban de repente; sus brazos y pecho estaban atacados de reumatismo, y en todas las partes de su cuerpo se había desarrollado una sensibilidad, o más bien una irritación excesiva: sus músculos, dice Cabanis, eran los de un Hércules y sus nervios los de una mujer.

Otro síntoma raro se presentaba en él: sus cabellos, que cuando disfrutaba de buena salud aparecían rizados, casi crespos, se le ponían lacios en el momento que se sentía afectado de aquella enfermedad, cesando todas sus ondulaciones desde la raíz hasta la punta. Cabanis, siempre que iba a verle, en vez de preguntar al ayuda de cámara como seguía Mirabeau, le preguntaba por sus cabellos.

Había tenido constantemente el presentimiento de vivir poco. «Ya he andado la mitad de mi carrera» escribía a Sofía desde Vincennes.

Al par que su cuerpo iba decayendo, su alma adquiría aquel tinte melancólico que se nota en las personas fuertes cuando sienten crecer su debilidad, y pedía epitafios a todos sus amigos.

—Ved la muerte abrazando a la primavera —dijo un día al dar un abrazo a la tercera hija de madama Saillant.

El 27 de marzo, hallándose en su casa de Argenteuil, se sintió atacado de cólicos, sudores fríos, ansias, aumentándose sus padecimientos por la falta de socorros médicos.

El 28 entró en la Asamblea llevando la muerte impresa en el rostro: todos descubrieron en sus facciones esa marca de la garra del tigre que indica de antemano la proximidad del no ser.

Se trataba de minas, y sobre esta materia, que había defendido ya el 21 de marzo, habló, o más bien cargó cinco veces. La última carga decidió la victoria, pero el vencedor quedó muerto en el campo. Al salir de la Asamblea, encontró en el terrado de los Fuldenses a un médico joven, amigo de Cabanis, que se llamaba Lachère; el cual se acercó a Mirabeau, y viendo el estrago que una noche de dolor y un día de lucha habían causado en su rostro, le dijo:

—Os estáis matando.

—Querido —contestó Mirabeau—, mi vida es matarme cada día un poco; además, me era imposible dejar de defender una causa, en que se interesan la justicia y la amistad.

Efectivamente, su amigo, el conde de Lamarck, que había servido de mediador entre Mirabeau y el trono, estaba interesado en las minas de Anzin.

La multitud rodeó a Mirabeau, como sucedía siempre que se presentaba en público: los unos le entregaban memoriales, los otros le pedían, algunos minutos de audiencia.

—Arrancadme de aquí —dijo a Lachère—, y si no tenéis ningún compromiso, venid a pasar el día conmigo en Argenteuil.

Mirabeau permaneció en Argenteuil lo que quedaba del domingo, y hallándose peor el lunes por la mañana, se volvió a París. Un baño que tomó, al llegar a su palacio de la Chaussée-d'Antin, que acababa de comprar a Talma, proporcionó algún alivio a su fatigada máquina; entonces le fue preciso salir inmediatamente, y se dirigió al teatro italiano a fin de pasar la noche.

Habiéndose aumentado su mal estar, bajó a la calle, apoyado en el brazo de Lachère; pero su cochero, que tenía orden de ir a buscarle a las diez, no estaba allí, de modo que se vio obligado a arrastrarse a pie hasta su casa.

Deteníase a cada paso, y su respiración era corta, jadeante. Temiéndose una sofocación, se avisó a Cabanis, que acudió al momento, y halló al enfermo próximo a ahogarse, con la cara hinchada por la estancación de la sangre en los pulmones. Mirabeau, conociendo perfectamente su estado, dijo a Cabanis:

—Amigo mío, daos prisa; me sería imposible vivir muchas horas en esta ansiedad.

Merced a remedios enérgicos, experimentó una sensible mejoría; pero, en la mañana del 30 los síntomas volvieron a presentarse con mayor violencia, y le condujeron al sepulcro, sin más que algunas tendencias de breve duración hacia el recobro de la salud.

El 29 de marzo se había sabido en París que Mirabeau estaba enfermo; el 30 se supo que la enfermedad era mortal; el 3 de abril se esparció la noticia de su fallecimiento.

Desde que se dijo que Mirabeau corría un peligro real, la multitud se agolpó a su casa. Cada vez que se abría la puerta todos preguntaban por él: tres boletines se distribuían diariamente, participando el estado de su salud, los cuales eran leídos primero en alta voz a la puerta de Mirabeau, y luego se copiaban con lápiz y cundían por todo París.

El tribuno, desde el lecho de agonía donde el dolor le tenía postrado, se sonreía al ver aquellas demostraciones; pues habiendo creído en la pérdida de su popularidad, por lo mismo que estaba convencido de que merecía perderla, el conservarla, después de haberse ligado con la Corte, era un verdadero triunfo.

Cabanis se fatigaba en buscar combinaciones médicas, y Mirabeau le contemplaba con los ojos del que estudia la impotencia del genio ante la muerte.

—Eres un gran médico —le dijo—; pero te aventaja el autor del viento que todo lo derriba, del agua que penetra y fecundiza todas las cosas, y del fuego que las vivifica y descompone.

Sus amigos estaban alrededor de su lecho; y rogó a M. Frochot que le levantase la cabeza.

—Quisiera dejártela en herencia —le dijo mientras le prestaba aquel servicio.

Los asuntos públicos le perseguían sin cesar, y así como Carlomagno lloraba, anteviendo la irrupción de los normandos, Mirabeau gemía, adivinando los proyectos de la Inglaterra.

—Pitt —decía—, es el ministro de los preparativos; gobierna más bien con las amenazas que con las obras. ¡Oh! si yo hubiese vivido, creo que le habría dado que sentir.

En la tarde del 1.º de abril pensó en hacer testamento.

—Mis deudas son muchas —dijo—; tantas que no conozco ni la mitad. Sin embargo —añadió—, tengo algunas obligaciones imperiosas para mi conciencia o caras a mi corazón.

M. Frochot, a quien Mirabeau decía estas palabras, las comunicaba, pasados diez minutos, al conde de Lamarck, que había llegado a la sazón.

—Si sus bienes no bastan para cubrir esas obligaciones —contestó el conde—, decidle que gire contra mí. Todos los legados que quiera imponerme, serán cumplidos con exactitud.

Cuando amaneció el día 2 de abril, mandó Mirabeau abrir la ventana, y oyendo a Cabanis hacer sobre ello algunas observaciones, le dijo:

—Amigo mío, hoy deberé morir: y cuando se ve la muerte próxima, no queda otro recurso que perfumarse, coronarse de flores y rodearse de música, para sumergirse alegremente en ese sueño de que no se vuelve a despertar.

Pronunciadas estas palabras, llamó a su ayuda de cámara, que acababa de salir de una enfermedad bastante grave.

—Mi pobre Theis —le preguntó Mirabeau—, ¿cómo va de salud?

—¡Ah, señor! —respondió el ayuda de cámara—, ojalá os encontraseis en igual

estado que yo.

—Por mi parte, Theis —replicó el enfermo, después de un instante de reflexión—, no deseaba, a la verdad, que te sintieses como me siento. Vamos, querido, aféitame.

En aquel momento un rayo de sol naciente se reflejó en su almohada, y Mirabeau dijo al celeste huésped:

—Si no eres el mismo Dios, serás por lo menos su primo hermano.

Entonces empezó su última conversación con Lamarck y Cabanis, dividiéndola en tres puntos principales; la cual duró cerca de tres cuartos de hora. El primer punto versó sobre negocios particulares; el segundo sobre asuntos de personas que le eran caras; y el tercero sobre los negocios públicos.

Un hombre que no adulaba a Mirabeau, y que representaba al partido popular en su más democrática expresión, ha confesado que aquella última conversación fue un prodigio de serenidad, de sencillez y de grandeza.

—Cada palabra que se desprendía de sus expirantes labios, dice, descubría un alma ajena a las dolencias mortales de su cuerpo. Parecía que aquel hombre extraordinario asistía a su disolución y que no era sino el testigo de su muerte.

Prud'homme confiesa también una cosa, que tiene mucho peso dicha por él: «Refiérese que un paje de la corte fue a informarse de la salud de Mirabeau; y solo debía temerse ya que el rey se dirigiera en persona a visitarle; pues en tal caso, habría vuelto a adquirir popularidad para más de un año».

Pero el rey se guardó bien de hacerlo, y si alguno hubiese ido a darle semejante consejo, probablemente le hubiera recibido mal.

Poco después Mirabeau perdió el uso de la palabra, y no respondía más que por señas; no obstante, su conocimiento permanecía intacto. Agradecía con los ojos y los labios los cuidados que se le prodigaban; y cuando sus amigos inclinaban el rostro hacia él, se empeñaba en abrazarlos.

Durante este tiempo su agonía era tranquila; pero a eso de las ocho se le renovaron los dolores. Entonces indicó por señas que deseaba escribir. Trajéronle tinta y papel, y escribió: *Dormir*.

¿Qué quería significar con esta palabra?, ¿interrogaba a la eternidad, como Hamlet? o, más bien, ¿quería recordar a Cabanis la promesa que le había hecho de darle opio si sus padecimientos eran demasiado terribles?

Tal debió ser su intención, pues viendo que aparentaban no comprenderle, continuó:

—Mientras ha podido creerse que el opio fijaría los humores, se ha obrado bien no dándomelo; pero cuando ya no hay recurso sino en un fenómeno desconocido, ¿por qué no tentar ese fenómeno? ¿Es propio de corazones sensibles dejar morir a un amigo en el tormento, quizá por espacio de muchos días?

En efecto, sus dolores se aumentaron hasta el punto de obligar a Cabanis a responderle: «Serán cumplidos vuestros deseos».

Inmediatamente recetó un calmante de jarabe de diacodio en agua destilada, a la cual, M. Petit, que acababa de entrar, sustituyó agua simple.

Se envió a la botica, y solo había que aguardar tres minutos. Pero, como el tiempo no se mide por su duración, sino por la violencia de los dolores, los de Mirabeau eran tan atroces, que le hicieron recobrar la palabra y exclamar:

—Me engañan, me engañan.

—No —respondió el conde de Lamarck—, no os engañan; pronto llegará la medicina; la he visto recetar yo mismo.

—¡Ah!, ¡los médicos, los médicos! —replicó el enfermo.

Y después, dirigiendo la vista a Cabanis prosiguió:

—¿No sois mi médico y mi amigo? ¿No me habéis ofrecido alejar de mí los dolores de semejante muerte? ¿Queréis que lleve al sepulcro el sentimiento de haber depositado en vos mi confianza?

Estas fueron sus últimas palabras; volviéndose en seguida, por el impulso de un movimiento convulsivo, hacia el lado derecho, levantó los ojos al cielo y espiró.

Ha cesado ya de padecer, dijo M. Petit, que de pie y pensativo consideraba aquella lucha terrible entre la naturaleza y la nada. El péndulo dio entonces las ocho y media de la noche. Era la misma hora en que el día antes, al despertarle el ruido del cañón, había exclamado: «¡Son los funerales de Aquiles!».

Estas palabras fueron repetidas a Robespierre, y cuando supo la muerte de Mirabeau, dijo con aquella sonrisa de... Robespierre.

—Bueno; pues que Aquiles ha muerto, Troya no será tomada.

En cuanto Mirabeau espiró, se borraron en él las huellas del padecimiento, y su rostro tomó un aspecto de sosiego y de tranquilidad admirables. *Seque probat moriens*, ha dicho Lucano.

Sin embargo, Mirabeau estaba lejos de ser un justo.

Durante la agonía del célebre orador, Cabanis había recibido la siguiente carta.

CABALLERO:

He leído en los periódicos que la transfusión de la sangre había sido practicada en Inglaterra con feliz éxito en las enfermedades graves; si para salvar a M. de Mirabeau los médicos juzgasen útil ensayarla, ofrezco parte de mi sangre, y lo hago con todo mi corazón, que está tan puro como aquella.

MARNAIS.

Calle nueva de San Eustaquio, núm, 52.

La noche en que murió Mirabeau el pueblo hizo cerrar los teatros, y no permitió que continuase un baile que se daba en la casa inmediata a la del famoso tribuno.

Al día siguiente se discutió acerca del sitio donde debía depositarse su cadáver, proponiendo los unas la iglesia de Santa Genoveva y los otros el Campo de Marte, con el altar de la patria por monumento. Eligiose al cabo la primera, y se decidió que en adelante se la llamaría el Panteon, que Mirabeau sería el primero que se enterrase allí, y que en su frontis se esculpiría esta inscripción:

«A los grandes hombres la patria reconocida».

Es extraño, a la verdad, el modo de juzgar que tienen los contemporáneos. En 1781 hubo, como ya lo hemos dicho, una disputa entre el padre y el tío de Mirabeau. Este, en aquella época, se hallaba abrumado de deudas, condenado a muerte, ejecutado en efigie y qué se yo que más. Había abandonado a su mujer y robado la de otro. Ni el padre ni el tío querían cuentas con él; ambos le rechazaban.

—Ese hombre, decía su padre, no vale nada, absolutamente nada; hay en él gusto, charlatanismo, aire de lacayo, acción, audacia y algunas veces dignidad; es un mete-bulla, un niño con sus puntas de loro, un aborto de la naturaleza, que no conoce lo posible ni lo imposible, la comodidad ni el mal estar, el placer ni el dolor, la actividad ni el reposo, y que abandona todo aquello en que encuentra resistencia; pero de él podría hacerse una excelente herramienta cogiéndole por el mango de la vanidad.

Esta era la opinión del padre, y según se deja ver no la cubría ningún disfraz.

—Es un carácter semejante a un erizo de largas puas y poco cuerpo; lidiar con él es lidiar con lo imposible: es un espíritu turbulento, orgulloso, dominante, insubordinado; un temperamento malo y vicioso; preciso será enviarle a las Colonias para que allí haga de modo que le rompan la cabeza.

Esta era la opinión del tío, no mejor por cierto que la del padre: oigamos ahora a las personas extrañas.

Nueve años después que el padre y el tío de Mirabeau habían escrito lo que antecede, Rivarol le trataba de charlatán monstruoso, Mably de bribón, Lapoule de extravagante, Guillermy de malvado, de asesino, Target de hombre muerto; Dupont le suponía ya enterrado, Pelletier decía que era un orador más silbado que aplaudido, Champcenez que tenía viruelas en el alma, Lambesc que debía condenársele a presidio, Marat que merecía la horca.

No obstante, el 2 de abril murió, y el 3 se creó el Panteon para depositar sus cenizas.

CAPÍTULO IX

SUMARIO.—Luis XVI trata de huir.—Decreto sobre el juramento de los eclesiásticos.—Los caballos blancos.—El retrato de Carlos I.—El rey se considera en clase de preso.—Dos partidos quieren la evasión del rey.—Decídese Luis XVI a partir.—Opinión de la Semiramis al Norte.—El rey se compromete a acompañar la procesión.—600,000 libras a Mirabeau.—Lamarck y Bouillé.—Mirabeau y Lafayette.—Los tiros de caballos.—La berlina de viaje.—Un millón en asignados a Mr. de Bouillé.—Fijase la partida para el 19 de junio.—Mr. de Choiseul recibe órdenes del rey.—Retárdase la marcha veinte y cuatro horas.—Fatales consecuencias de este atraso.

«Llevo conmigo el luto de la monarquía» dijo Mirabeau al morir, y era así en efecto; pues desde entonces comprendió Luis XVI que acababa de descender al sepulcro su último apoyo, y la Asamblea conoció que quedaba vacía y que le era preciso reorganizarse. Por lo tanto, Luis XVI pensó en huir y la Asamblea en disolverse.

Además, el horizonte monárquico se iba oscureciendo de día en día. El emperador Leopoldo, por su declaración de París con fecha 18 de abril, se había quitado la máscara, manifestando el proyecto de intentar, de acuerdo con las demás potencias, una contrarrevolución en Francia.

El 3 de junio se publicó el decreto antes citado, que adoptaba como suplicio la guillotina; el 5 del mismo mes, el que despojaba al rey de la más preciosa de sus prerrogativas, la de perdonar; el 11, el que ordenaba al príncipe de Condé entrar en Francia, so pena de declararle fuera de la ley y de ver confiscados todos sus bienes; y el 19 Robespierre fue elegido acusador público del tribunal criminal de París, y Petion y Buzot vicepresidentes del mismo.

Otro fenómeno se presentaba no menos aterrador para aquella Corte tan profundamente religiosa; la impiedad brotaba por todas las grietas de la sociedad, como la yerba al través del piso que desune. De consiguiente, la ley sobre el juramento de los eclesiásticos fue aprobada; como también la que disponía la reunión al Imperio francés de la ciudad de Aviñon, con todo su territorio y dependencias, y el decreto mandando que los restos mortales de Voltaire, sacados furtivamente de París, donde se les había negado sepultura, entrasen de nuevo con solemne triunfo para ser depositados en el Panteon.

Hubo más aún, y fue la oferta que la reina hizo de sus caballos blancos para que tirasen del carro fúnebre del dios del ateísmo. Añádase a esto aquel malhadado retrato de Carlos I, que después de haber estado tres años en el gabinete de madama Dubarry, había sido regalado por esta a Luis XV, a fin de que tuviese siempre a la vista la imagen de un rey decapitado por su parlamento; cosa que naturalmente debía inspirar a Luis XVI poquísima simpatía hacia la Asamblea Nacional.

Aquel espléndido retrato, aquel maravilloso lienzo de Wandyk, en que el pintor con la presciencia del genio había colocado al rey, solo, aislado, junto al mar, como si

tratase ya de huir; aquella imagen de melancólica mirada siguió a Luis XVI a París, entre otros muebles de Versalles, y cada vez que el infeliz monarca pasaba ante ella, tenía que enjugarse con el pañuelo la frente cubierta de sudor, ocurriéndosele de nuevo la idea, con tanta frecuencia emitida y rechazada, de dejar la Francia.

El acontecimiento que tuvo lugar el 18 de abril produjo en su ánimo grande impresión. Queriendo ir a Saint-Cloud, el pueblo rodeó el coche y se lo impidió: aquel buen pueblo no abrigaba sino una idea, que el tiempo justificó; la de que el rey deseaba huir.

Luis XVI se consideró desde entonces como preso en su palacio. Por otra parte, recibía del extranjero noticias que no eran ciertamente más consoladoras que las de lo interior de Francia; entre otras la de que los emigrados trataban de si debían o no declararle depuesto y nombrar un regente.

Dos partidos querían la fuga del rey. El realista, para que pudiese aprovecharse de los ofrecimientos que le hacían la Prusia y el Austria, y entrar de nuevo en Francia a la cabeza de 200,000 extranjeros; el republicano, para expulsar del país la dinastía reinante y abolir el trono. Era, pues, creíble que tuviese el mejor resultado un proyecto tan simpático para Luis XVI, favorecido abiertamente por los realistas y en secreto por los republicanos.

El rey hubiera podido irse solo y a caballo; de este modo su evasión era fácil, y no le habría faltado sin duda una escolta respetable que le condujese a la frontera; pero la reina, aprovechándose de la turbación de su esposo el día 6 de octubre, al verificarse los acontecimientos de Versalles, le hizo jurar que no partiría solo, sino con ella y con sus hijos, pues de este modo se salvarían o perecerían todos juntos: su exigencia llegó hasta obtener del rey que en el momento de la marcha no se separaría de él ni un instante. Luis decidió, pues, huir acompañado de su esposa, de su hermana y de sus dos hijos.



MARAT.

Hallábase casi seguro de que le ayudarían los monarcas extranjeros. Con el que menos contaba, aunque parezca extraño, era con su cuñado Leopoldo, especie de Jano de dos caras, una risueña y otra dispuesta a asestar el golpe. Además, la casa de Sajonia, de la cual procedía su madre, aborrecía a la de Austria; y él mismo había acusado públicamente a M. de Choiseul, el grande amigo de María Teresa, de haber envenenado a su padre, no haciendo en esto más que confirmar el rumor público.

Sin embargo, la Prusia había prometido 100,000 hombres desde 1789; Catalina II, la gran Catalina, la Semiramis del Norte, como la llamaba Voltaire, escribió a María Antonieta: «Los reyes deben continuar su marcha, sin cuidarse de los gritos de la multitud, como sigue su curso la luna, indiferente a los ladridos de los perros». Gustavo III, ese régulo de la Suecia que llevó al trono de Gustavo Adolfo los vicios del último Valois, ofrecía a la reina esperarla en Aix, donde se detendría bajo pretexto de tomar las aguas, y tenderle la mano, como también a su esposo, desde el otro lado de la frontera; por último M. de Fersen, a quien unía el más tierno interés con la reina, no cesaba de excitarla a huir, encontrándose ella demasiado dispuesta a hacerlo.

En tales momentos fue cuando la reina ofreció sus caballos para que tirasen del carro fúnebre de Voltaire, y el rey notificó a los monarcas extranjeros su adhesión a la Revolución francesa. Habíase comprometido también a acompañar la procesión del Corpus; y no obstante, la fuga estaba resuelta, y debía verificarse antes de aquella solemnidad.

Desde el mes de febrero de 1791 había escrito el rey a M. de Bouillé diciéndole que necesitaba hacerle algunas proposiciones, de acuerdo con M. de Mirabeau, y por medio del conde de Lamarck. «Aunque estas personas sean poco dignas de

estimación, añadía el rey, y aunque me haya costado muy caro Mirabeau, creo que puede serme útil: oídle; pero sin franquearos demasiado con él».

Efectivamente, para el económico Luis XVI, que tanto regañaba cuando la reina daba sus millones a madama de Polignac, Mirabeau era muy caro; porque, en fin, a los ojos del rey no se trataba ya de un noble, sino de un simple abogado a quien acababa de entregar 600,000 francos, comprometiéndose a pagarle además 50,000 todos los meses.

¡Pobre Mirabeau!, ¡esta renta había durado cerca de un año, y no obstante, a su muerte, aún existía desarreglo en sus negocios!

El conde de Lamarck pasó a Metz y se abocó con M. de Bouillé, el cual, a consecuencia de aquella entrevista, escribió al rey lo que sigue: «Pagad suntuosamente la defección de Mirabeau, pues es un bribón, hábil, capaz de reparar por codicia el mal que ha hecho por venganza; pero no os fieis de Lafayette, entusiasta quimérico, embriagado con el aura popular, quizá capaz de ser un jefe de partido, pero no el apoyo de una monarquía».

Vese por lo que antecede que M. de Bouillé no trataba mejor a Lafayette que a Mirabeau, sin embargo de que aquel era su primo.

Después de la muerte de Mirabeau, el rey escribió a fines de abril a M. de Bouillé, anunciándole su decisión de partir sin demora con toda su familia en un solo carruaje que se estaba construyendo secretamente; ordenábale, pues, que estableciese tiros de caballos desde Châlons a Montmedy.

Para llegar a Montmedy, se podían elegir dos caminos: el de Reims y el de Varennes. El rey se decidió por el último, temiendo le conociesen en Reims, donde había sido consagrado.

Inútiles fueron cuantas objeciones opuso el marqués de Bouillé a esta decisión. La primera y más sólida era la falta de tiros de caballos en algunos puntos de aquel tránsito, siendo fácil que despertasen la curiosidad los que se estableciesen; la segunda, que las tropas no frecuentaban dicho camino, y que los destacamentos que habrían de situarse en él llamarían la atención. Esta última objeción era quizá más grave aún que la primera, porque si los destacamentos eran numerosos excitarían la vigilancia de las municipalidades, y si débiles serían insuficientes para proteger al rey.

M. de Bouillé le invitó también a desistir de la idea de aquella berlina mandada hacer expresamente para toda la augusta familia, adoptando en su lugar dos diligencias inglesas, muy en uso entonces; y conociendo sobre todo la debilidad e irresolución del rey, insistió en que tuviese a su lado un hombre de cabeza y de corazón, que le aconsejase y guiase en los peligros imprevistos que podrían sobrevenir en semejante viaje, designando al efecto al marqués de Agoult, mayor de las guardias francesas.

Además, podía recomendarse al emperador Leopoldo que hiciese al otro lado de la frontera y en el camino de Montmedy un movimiento de tropas austriacas, a fin de

dar un pretexto al movimiento de las tropas en lo interior.

Pero, de todos estos consejos solo fue aceptado el que concernía a M. de Agoult; y se envió a M. de Bouillé un millón de asignados para atender a la compra secreta de raciones y forrajes, y a los gastos que ocasionase la movilización de tropas.

M. de Bouillé envió el 10 de junio a un oficial, en cuya inteligencia y valor tenía la mayor confianza, con el encargo de reconocer el camino que va de Châlons a Montmedy, hacer anotaciones de todo, y extender un informe minucioso sobre el resultado de su explotación. Este oficial, llamado M. Goguelas, desempeñó su comisión, se presentó al rey y le entregó el informe.

Entre tanto, el marqués de Bouillé, por su parte, tomaba las precauciones necesarias. Tenía bajo sus órdenes todas las tropas de la Lorena, de la Alsacia, de la Champaña y del Franco-Condado, cubriendo la frontera de Francia, desde el Sambro hasta el Mosa. Noventa batallones y ciento cuatro escuadrones obedecían sus mandatos; pero, entre todas estas tropas era preciso escoger. M. de Bouillé alejó de sí los regimientos franceses, es decir, los regimientos patriotas, y no conservó a su lado sino los batallones extranjeros, en los cuales confiaba, aunque no fuese más que por el odio que engendró el 14 de julio.

El día convenido todo se puso en movimiento. Un tren de diez y seis piezas de artillería se dirigió a Montmedy; el regimiento Royal-Allemand tomó el camino de Stenay; un escuadrón de húsares estaba en Dun, y otro en Varennes. Dos escuadrones de dragones se hallarían en Clermont el día que el rey pasase por allí, y M. de Damas, que los mandaba, tenía orden de llevar un destacamento a Sainte-Menehould; además, cincuenta húsares de los de Varennes debían trasladarse a Pont-Sommeville entre Châlons y Sainte-Menehould.

Así, después de atravesar a Châlons, el rey encontraría de parada en parada destacamentos, cuyos jefes recibirían sus órdenes, si quería darse a conocer, o se replegarían secretamente detrás de su coche, cerrando el paso, si prefería permanecer incógnito aun para con ellos.

Con fecha 27 de mayo había escrito el rey a M. de Bouillé, fijando su partida para el 19 del mes de junio siguiente.

Debía salir de París en un carruaje de alquiler y tomar en Bondy, donde se hallaba el primer tiro de caballos, su berlina. Un guardia de corps, destinado a servirle de correo, le esperaba en Bondy, y si el rey no había llegado a las dos de la madrugada, sería señal de que le habían detenido al salir de las Tullerías, o en la barrera. En tal caso el guardia partiría solo y a escape hasta Pont-Sommeville, para anunciar a M. de Bouillé que se había errado el golpe, a fin de que este dispusiese lo necesario a su seguridad y a la de los oficiales comprometidos.

Conforme a estas instrucciones, arregló M. de Bouillé su plan. Envío inmediatamente a M. de Choiseul a París a aguardar las órdenes del rey, y con encargo de salir doce horas antes que él.

La gente de M. de Choiseul estaría con sus caballos desde el 18 en Varennes, y el

19, perfectamente descansados, tirarían del coche del rey; el cual sabría de un modo positivo en que paraje del pueblo se hallaban estos caballos, para que el cambio se verificase con rapidez y sin ningún tropiezo.

A su vuelta M. de Choiseul, que como ya se ha dicho, debía anticiparse doce horas a la salida de Luis XVI, tomaría el mando de los húsares apostados en Pont-Sommevielle, esperaría allí a los fugitivos, y los escoltaría hasta Sainte-Menehould. Una vez allí, cerraría el paso, sin dejar transitar a nadie por el camino de París a Verdun y de París a Varennes, hasta que no hubiesen transcurrido veinte y cuatro horas, es decir, cuando ya el rey se hallase en salvo.

M. de Choiseul recibió órdenes firmadas por el rey, que le autorizaban para hacer uso de la fuerza en caso de que la seguridad y conservación de la familia real lo exigiesen. También recibió 600 luisas para distribuirlos entre la tropa.

M. de Bouillé, por su parte, salió de Metz hacia Montmedy, bajo pretexto de una visita de inspección.

El 15, estando en Longwy, llegó a sus manos una carta de Luis; carta fatal, que debía echarlo todo a perder. El rey le decía que la marcha se retardaría veinte y cuatro horas, porque era preciso ocultarla a una camarista de la reina, demócrata fanática, cuyo servicio no concluía hasta el mismo día 19; cosa que no se había podido prever.

Además, el rey no llevaba ya consigo al marques de Agoult, porque madama de Tourzel, aya de sus hijos, había reclamado los privilegios de su cargo, y quería acompañarlos. Observábase, pues, la etiqueta en la fuga de una reina, que tanto se había burlado de ella. Cuando Dios ciega a los reyes ¡cuán espesas son las tinieblas en que los sepulta!

Hemos dicho *carta fatal*; y en efecto lo era, porque había necesidad de dar nuevas órdenes; y la detención de los tiros y de las tropas, durante tres días bastaba, y aun sobraba para despertar la vigilancia en todas partes. Pero, el mal no tenía remedio. Enviáronse órdenes aclaratorias a los comandantes de los destacamentos, y el mismo M. de Bouillé se adelantó el 20 hasta Stenay, donde se hallaba el regimiento Royal-Allemand, con el cual sabía que podía contar.

El 21 reunió a los generales y les dijo:

—Señores, el rey pasará esta noche junto a las puertas de Stenay y llegará mañana temprano a Montmedy.

En seguida dio orden al general Klingling para que formase un campamento de doce batallones y veinte y cuatro escuadrones cerca de las murallas de Montmedy; el cual protegería el alojamiento del rey, dispuesto en un castillo situado a su espalda.

Los caballos de Royal-Allemand permanecerían toda la noche ensillados; al amanecer subirían a ellos los jinetes, y por la tarde un destacamento de cuarenta iría a situarse entre Stenay y Dun, para aguardar allí al rey y escoltarle hasta Stenay.

Por la noche M. de Bouillé salió de Stenay y se adelantó hasta las puertas de Dun, donde se ocultó, pues hubiera sido peligroso entrar en el pueblo.

Allí, protegido por el más profundo silencio y la más densa oscuridad, aguardó

toda la noche la llegada del correo que debía siempre preceder al rey dos horas.

Noche larga y angustiada, como ninguna, pues jamás se había trabado lucha semejante entre un pueblo y un monarca.

¡El correo no pasó!... ¿Qué había sucedido? Vamos a verlo.

CAPÍTULO X

SUMARIO.—Disposición de los puestos en las Tullerías.—Disimulo del rey y de la reina.—Medios de salir del palacio.—La habitación de M. de Villequier.—M. de Fersen.—M. Dumonstier.—Su entrevista con el rey.—MM. de Maldent y Valori.—Dificultades de obtener los pasaportes.—Madama de Korff.—El rey pasa por M. de Coigny.—El centinela.—Los dos cocheros.—Contratiempos desagradables.—La reina se extravía.—La calle de la Echelle.—Reunión.—Se atraviesa la barrera.—M. de Fersen toma el camino de Flandes.

Salir de París, valiéndose para ello de la fuerza, era un proyecto absurdo, en el cual no debía pensarse ni un momento; pues desde que el rey había sido conducido de Versalles a las Tullerías, en medio de quince mil bayonetas y veinte piezas de artillería, Luis XVI y su familia se hallaban realmente presos, y miraban a Lafayette, que la Asamblea les había dado por protector, como su carcelero: en Versalles, el 6 de octubre les había hecho conocer la clase de protección que de él podían aguardar.

Las disposiciones tomadas por el protector de la familia real, eran estas: seiscientos guardias nacionales, sacados de las secciones de París, entraban de guardia en el palacio todos los días: dos guardias a caballo se mantenían constantemente delante de la puerta principal: todos los puestos exteriores se cubrían por los suizos y los nacionales, cuyos cuerpos de guardia se hallaban colocados en el puente postizo; las puertas del jardín estaban custodiadas por centinelas, y guarnecían el terrado que da al río soldados escalonados de cien en cien pasos.

En lo interior, las guardias y centinelas eran innumerables. Habíalas hasta en las avenidas que conducían al gabinete del rey y de la reina, y en un pequeño corredor, formado en los techos, y con el cual comunicaban las escaleras secretas consagradas al servicio de la familia real. Los oficiales de la Guardia Nacional habían reemplazado a los guardias de corps, y ni el rey ni la reina podían salir sin ir acompañados de varios de ellos.

Además de esta vigilancia, había otra aún más terrible, si cabe, la de los sirvientes, que eran en su mayor parte espías. La reina particularmente estaba convencida de que entre todas las personas que la rodeaban no debía contar más que con sus primeras camaristas, y con uno o dos lacayos. En cuanto al rey, solo podía fiarse de sus cuatro ayudas de cámara más antiguos; pero como había sido educado en la escuela de M. de Lavauguyon, sabía disimular perfectamente cuando era preciso; y esta vez disimuló demasiado, pues el exceso de precaución que le indujo a escribir a los príncipes extranjeros, diciéndoles que la Constitución *formaba toda su felicidad*, excitó sospechas.

La reina le daba el ejemplo. María Antonieta salió a pasearse con el Delfín por los baluartes exteriores el día 19; el 20 dijo a M. de Montmorin, ministro de negocios extranjeros:

—¿Habéis visto a madama Isabel? Me tiene muy disgustada. Acabo de salir de su cuarto, y ha sido inútil cuanto he trabajado para que se decidiese a ir con nosotros en la procesión del Corpus. Debiera, no obstante, hacer por su hermano el sacrificio de sus preocupaciones.

Aquel mismo día preguntó en tono de broma a un comandante de la Guardia Nacional, si aún se hablaba en París de la fuga del rey.

—No, señora —respondió el comandante—; todos están ya bien convencidos de su adhesión a la Constitución y de su amor al pueblo.

—Tienen razón —replicó la reina, y pasó adelante sonriéndose.

María Antonieta se había encargado de disponer todo lo concerniente a la marcha de París y a la llegada a Châlons: diremos los medios con que esperaba conseguir su objeto.

A fuerza de buscar por donde salir del palacio con el menor riesgo posible, le ocurrió que una de sus camaristas, llamada madama de Rochereuil, ocupaba un cuarto, en el cual había una puerta que comunicaba con la habitación de M. de Villequier, situada en el piso de la calle; esta habitación tenía dos salidas, una que daba al patio de los príncipes y otra al patio real. Estaba desocupada, pues M. de Villequier, primer gentil-hombre de cámara, obligado a cesar en sus funciones, como todos los grandes oficiales de palacio, había emigrado.

El cuarto de madama de Rochereuil se hallaba inmediato al de madama Royale; el rey y la reina pasaron a verlo el 11 de junio, y bajo protesta de agrandar la habitación de su hija, hicieron que madama de Rochereuil se trasladase a otra habitación. Además, para alejar toda sospecha, la reina dispuso que su primera camarista cambiase también de cuarto, designándole el piso bajo, en la habitación de madama de Chimay, dama de honor.

Como el cuarto de M. de Villequier estaba vacío hacía ya cosa de tres meses, fácil le fue a María Antonieta proporcionarse las llaves. M. Renard, inspector de obras públicas, las entregó al rey el 13 de junio.

Una vez dueños de aquella habitación, no se ofrecía ya gran dificultad para salir del palacio, máxime cuando, a pesar de tantas centinelas, no habían situado ninguna en la puerta de aquel cuarto; y también porque las que se hallaban en los patios, estaban acostumbradas a ver salir mucha gente al mismo tiempo, así que concluía el servicio de palacio, lo cual sucedía a las once dadas.

Para organizar la parte concerniente a coches y caballos, necesitaba la reina un hombre de toda su confianza, y eligió a M. de Fersen, cuyo afecto hacia ella rayaba en idolatría. Este se encargó de buscar, cerca de la barrera de San Martín, un coche de seis asientos para ir hasta Claye, segunda parada en el camino de Châlons; además, disfrazado de cochero, debía salir del palacio con los fugitivos y conducir por sí mismo el coche hasta la indicada barrera.

Con respecto a la fecha de la salida, ya sabemos el retardo que hubo.

El día 17, un desconocido se acercó a M. Dumoustier, ex guardia de corps, que se

paseaba en el jardín de las Tullerías, y le invitó a que le siguiese, diciéndole que el rey tenía algunas órdenes que comunicarle.

Introducido Dumoustier en el dormitorio del monarca, este le saludó por su nombre y le mandó que dijese a sus antiguos compañeros de servicio, MM. Maldent y Valori, que se hiciesen arreglar, igualmente que él, tres vestidos de postillón con chupas amarillas; ordenándole, al mismo tiempo, que en la noche del 19 se pasease por el muelle del Puente Real, donde una persona que se daría a reconocer le llevaría sus últimas instrucciones.

Con efecto, en la noche indicada una persona se presentó a Dumoustier y le dijo, que tanto él como sus compañeros se hallasen en el patio de palacio a las 9 de la noche del siguiente día, donde se les impondría de lo que tenían que hacer.

Solo faltaban ya los pasaportes, negocio que no era fácil de arreglar, pues la reina no quería descubrirse a M. de Montmorin, ministro de negocios extranjeros; pero M. de Fersen se encargó también de vencer esta dificultad. La baronesa de Korff estaba próxima a dejar a París con sus dos hijos, varón y hembra, un ayuda de cámara y dos doncellas. Tenía extendido y firmado ya su pasaporte, debiendo partir aquella misma noche; pero M. de Fersen lo tomó de sus manos y lo entregó a la reina. La baronesa, para proporcionarse otro, fingió que el primero había sido arrojado al fuego por descuido, con varios papeles destinados a perecer de este modo; y como ninguna sospecha existía respecto de ella, se le expidió el que solicitaba, por intercesión de M. de Simolin, embajador de Rusia en París.

El mismo día de la salida, M. Dumoustier presentó al rey y a la reina sus dos compañeros, a fin de que, llegado el caso, pudiesen ser reconocidos por SS. MM.; pero en aquella presentación, que duró cinco minutos, se echó de ver que ninguno de los tres guardias de corps conocía bien las calles de París, porque ni habían nacido allí, ni llevaban mucho tiempo de residencia en la capital; mas, como era ya demasiado tarde para buscar otros, fue preciso prescindir de semejante inconveniente.

A las nueve, M. Dumoustier y sus dos amigos estaban en su puesto. En seguida fueron conducidos a la habitación del rey y encerrados en un pequeño gabinete.

Ninguna alteración se hizo en el servicio de palacio: diéronse para el día siguiente las órdenes de costumbre; el rey y la reina cenaron como siempre, y se retiraron a eso de las diez y media a acostarse.

A las once se dirigieron al cuarto de madama Royale, y allí se les reunió madama de Tourzel con el Delfín. El rey, que debía pasar por ayuda de cámara de madama de Korff, se puso un vestido pardo y una peluca que le disfrazaba bastante bien. Las demás personas llevaban trajes sumamente sencillos.

Durante algunos días habían hecho salir todas las noches a M. de Coigny por la puerta del patio que estaba cerca de la habitación de M. de Villequier, con el mismo vestido y peluca que debía llevar Luis XVI, y como ambos tenían igual estatura, era probable que aquella noche el rey pasase por M. de Coigny.

Madama Isabel fue la primera que salió, en unión de madama Royale; a veinte

pasos de distancia la seguía madama de Tourzel con el Delfín, a quien acompañaba uno de los guardias de corps.

Un centinela de los que custodiaban los patios atravesaba el camino por donde debían pasar las princesas, y al verlas acercarse se detuvo.

—¡Ah!, ¡tía mía —dijo madama Royale—, estamos perdidas!, ¡ese hombre va a reconocernos!

Pero no por eso dejaron de seguir andando; pues en aquel caso lo peligroso hubiera sido vacilar.

El centinela volvió de pronto la espalda y las princesas pasaron. ¿Sabía acaso quiénes eran las ilustres fugitivas, cuya evasión no trató de impedir? Así, por lo menos, lo creyeron las princesas, y mientras huían enviaron mil bendiciones a aquel amigo desconocido.

Cinco minutos después, tanto ellas como madama de Tourzel y el Delfín llegaron a la esquina de la calle de la Estrella, donde estaba aguardando M. de Fersen con un coche que había alquilado en un barrio distante, como también el vestido de cochero que llevaba puesto.

La metamorfosis era tan completa, que en el momento en que acababa de hacer entrar en el carruaje a madama Royale, madama Isabel, madama de Tourzel y S. A. el Delfín, un coche vacío pasó, y viendo su conductor a un compañero parado, se detuvo y entabló conversación con él sobre asuntos políticos. M. de Fersen, persona de mucha agudeza, sostuvo perfectamente el diálogo, y en seguida, como si el carruaje estuviese destinado a una cita, tocó a su camarada con el codo y le despidió, dándole un polvo de tabaco en una caja de cartón.

—¡Bueno!, ¡bueno!, ¡bueno! —exclamó el cochero recién llegado—, ya comprendo... —y seguidamente se marchó.

No bien se había alejado, cuando apareció el rey con el segundo guardia de corps.

No faltaba más que la reina. El tercer guardia había quedado en su compañía, encargado de darle el brazo y guiarla. Pero, en el momento de salir, vieron venir a M. de Lafayette con hachones y una escolta: dejaba el palacio para retirarse a su casa, y atravesaba el Carrousel con objeto de llegar al Puente Real. Felizmente la reina llevaba un sombrero que le cubría toda la cara; y como la noche era de las más oscuras, se arrimó bien a la pared y Lafayette pasó sin notar nada.

Continuaron inmediatamente su marcha; pero el guía de la reina era de los tres el que menos conocía a París, y a María Antonieta le sucedía lo propio; así, tomaron a la derecha, debiendo ser a la izquierda. Atravesaron, pues, el postigo del Louvre; pasaron el Puente Real; anduvieron errantes algún tiempo en la calle del Bac y en los malecones; por último, a pesar del peligro que había en pedir señas, les fue preciso decidirse a hacerlo, y se dirigieron con tal fin al centinela del Puente. Este se las dio, y tuvieron que retroceder, y seguir la orilla de los patios de las Tullerías, para llegar a la calle de la Echelle, en medio de cuya oscuridad distinguieron el coche. Acercáronse a él, y M. de Fersen, que conoció al momento a la reina, más con los

ojos del alma que con los del cuerpo, corrió hacia ella y la hizo subir y colocarse junto al rey, donde se sentó temblando aun a causa del peligro en que se había visto. Al montar pisó al Delfín, que tuvo el suficiente valor para no gritar.

Encontrábase ya reunida la ilustre caravana, sin otro accidente que el tiempo perdido; pero esta pérdida era más que un accidente; era una desgracia, porque en aquella situación cada minuto valía por un día.

Entre tanto, madama de Neuville y madama de Brunier habían llegado al coche que estaba colocado al fin del Puente Real, y se dirigían a Claye, donde debían esperar a la reina.

Por lo que hace al coche de la calle de la Echelle, estaba ya completamente lleno. En lo interior iban el rey, la reina, las dos princesas, el Delfín y su aya: en el pescante M. de Fersen y M. Demoustier: detrás MM. de Valori y de Maldent.

M. de Fersen había comprado el vestido, pero no la ciencia topográfica del cochero. No se atrevió a aventurarse en las calles que le hubieran conducido por el camino más corto a la barrera de San Martín, pues temía perderse con una noche semejante, en medio de aquellas callejuelas extraviadas, que raras veces había recorrido de día. Bajó por la calle de San Honorato, dio la vuelta por los antiguos baluartes, y llegó felizmente al punto de la cita, donde se hallaba la berlina de viaje.

Ejecutose la traslación sin demora, en el orden ya expresado, con la sola diferencia de que un verdadero cochero reemplazó a M. de Fersen. Cinco minutos después los fugitivos habían atravesado la barrera; y el coche de alquiler quedó en la calle con su tiro, sin nadie que lo guardase o lo condujese a casa de su amo.

A la primera parada uno de los guardias debía partir de correo, según queda dicho antes.

M. de Fersen había dispuesto todas sus cosas para marcharse a Bruselas por otro camino, así que volviese a su casa; pero, como entonces era ya de día, quiso saber, antes de su marcha, si se había columbrado algo sobre la fuga del rey. Dirigióse, pues, a las Casas Consistoriales, desde allí al Corregimiento, donde vivía Bailly, y en seguida al palacio de M. de Lafayette. En todas partes reinaba la mayor tranquilidad; en consecuencia, montó en su coche y se encaminó a Flandes.

CAPÍTULO XI

SUMARIO.—Sospechas de Fréron.—Los coches de alquiler.—Terror del ministro.—Las cartas del rey.—Precauciones y fallas.—Un tren roto.—Paseo a pie.—Pont-Sommevielle.—El atraso de veinte y cuatro horas.—Sus consecuencias.—Sainte-Menehould.—Recelos de las poblaciones del tránsito.—Quieren tocar a rebato.—La diligencia.—M. de Goguelas y sus húsares.

En efecto, se había pasado la noche con la mayor tranquilidad. Camilo Desmoulins dijo en su diario, que saliendo a las once del Club de los jacobinos con Danton, Fréron y otros patriotas, y no encontrando en todo el camino más que una sola patrulla, París le pareció tan abandonado, que no pudo menos de hacer esta observación a sus compañeros. Fréron tenía en su bolsillo una carta en que le avisaban que el rey trataba de marcharse aquella misma noche. Determinó observar el palacio, y vio a Lafayette retirarse de él a las once. Ya se acordarán nuestros lectores de que era precisamente el momento en que la reina salía, y en que tuvo que arrimarse a la pared para que pasase el coche del comandante de la Guardia Nacional.

Sin embargo, ciertos indicios graves habían excitado algunos temores. Aquella camarista, de quien la reina desconfiaba, había advertido en la familia real esa preocupación que es siempre compañera de las grandes empresas, por mucha firmeza de que esté dotado el corazón que las ejecuta. Era querida de M. de Gouvion, ayudante de campo de Lafayette, y le manifestó sus presentimientos. M. de Gouvion, seguro de que se podía tener confianza en la perspicacia y en el patriotismo de aquella mujer, previno al corregidor de París y a su general para que estuviesen con cuidado; pero como las denuncias se habían hecho ya tan frecuentes, ninguna atención les mereció esta.

No fue este solo el aviso que recibieron las autoridades: Burebi, peluquero de la calle de Borbon, se dirigió a casa de Hucher, panadero y zapador del batallón de los Teatinos, para anunciarle que, según acababan de decirle, el rey trataba de marcharse aquella misma noche. Hucher no fue tan incrédulo como Lafayette y Bailly; despertó a todos los vecinos, y reunidos en número de treinta, se trasladaron a casa de M. de Lafayette, le dijeron que el rey se disponía a partir, y le intimaron que tomase inmediatamente medidas a fin de impedirlo. Pero M. de Lafayette se echó a reír, y les contestó que se volviesen tranquilos a sus casas. Pidiéronle entonces la contraseña para no ser detenidos en el tránsito, y Lafayette se la dio; mas, apenas la tuvieron, se dirigieron a las Tullerías, donde solo encontraron un gran número de cocheros que bebían en los puestos ambulantes que por aquella época había cerca del portillo del Carrousel. Recorrieron los patios hasta la puerta del Picadero, ocupado por la Asamblea, y nada notaron que corroborase sus recelos; pero, a su vuelta, les sorprendió el ver que no había ya ni un carruaje en la plaza^[1]. Sin embargo, esta

circunstancia no despertó en ellos nuevas sospechas, y se retiraron persuadidos de que se les había engañado.

Ya hemos visto que a las 7 de la mañana, cuando M. de Fersen pasó al Hôtel-de-Ville, y a las casas de Bailly y de Lafayette, aún se ignoraba la fuga.

El primero que se impuso del acontecimiento, aunque no sabemos cómo, fue M. Andres, empleado en la Asamblea Nacional, y que hacía algún tiempo pertenecía al rey, quien, por mano de M. de Montmorin, le pagaba una pensión de 1,000 escudos mensuales. Este corrió a casa del ministro y le anunció la noticia, dejándole aterrado, pues Luis XVI, a pesar de que tenía, o de que aparentaba tener en él la mayor confianza, no le había permitido ni siquiera vislumbrar aquel proyecto. Pero, aún estaba allí M. Andres, cuando le trajeron una carta del rey, en la que Luis le participaba sencillamente la marcha y le decía que esperase sus órdenes.

El primer movimiento del ministro, que amaba sinceramente al rey, fue de alegre satisfacción.

—¡Ah —exclamó—, al fin se ha salvado de los peligros que le amenazaban!

Además de esta carta, el rey había dejado otra para los demás ministros, en la cual les ordenaba que no firmasen ni expidiesen nada sin nuevas órdenes suyas. A esta segunda carta acompañaba una declaración de los motivos de su partida, escrita toda de su puño.

Ambas cartas y la declaración habían sido remitidas cerradas a M. de Laporte, intendente de la lista civil, con orden de enviar las primeras a sus respectivas direcciones, en la mañana del 21, y de hacer leer la declaración en la Asamblea. Esta declaración llevaba la fecha de la víspera.

Monsieur había salido la misma noche para Flandes con el duque de Avaray, cumpliendo de este modo su juramento de no separarse del monarca, pues que se iba con él.

Todas las precauciones tomadas por el rey y su esposa se limitaron a quemar los papeles de más compromiso; y lo único que se llevaron fue una suma de 600,000 francos en asignados, y otra de 100,000 en oro.

Veamos cuales fueron las faltas.

Primera. La reina había exigido que toda la familia huyese junta y en un mismo coche; de este modo la evasión era casi imposible.

Segunda. Había hecho, con tres meses de anticipación, un ajuar completo para sus hijos, como si fuera de Francia no pudiese encontrar todo lo necesario a este fin.

Tercera. También había mandado hacer una suntuosa cómoda de viaje, toda de plata sobre-dorada.

Cuarta. Un coche nuevo, cuya vaca se llenó de cofres, canastas y cajas de cartón.

Quinta. Un coche de comitiva para conducir a las camaristas de la reina, como si esta no pudiera pasarse sin ellas por dos días.

Sexta. Tres lacayos debían galopar detrás o delante del coche, con chupas amarillas, que era casi la librea del príncipe de Condé, contra el cual la Asamblea

acababa de dar un decreto.

Séptima. El rey, cuyo rostro se veía en todas partes, hasta en los escudos de seis francos; el rey, disfrazado de lacayo, que debía llamarse M. Durand, y viajar con su ama, la baronesa de Korff, había dado orden de depositar en el cajón del coche el vestido encarnado que llevaba en Cherbourg.

Octava. En fin, en una ocasión en que se necesitaba de un hombre decidido, madama de Tourzel no podía ceder su puesto, porque, como aya de los hijos del rey, tenía derecho de estar cerca del Delfín.

Quien hubiera debido ocupar el asiento de madama de Tourzel, era M. de Agoult, hombre de cabeza y de corazón, recomendado por M. de Bouillé; él hubiera dirigido aquella disparatada expedición, que de otro modo caminaba a la ventura: pero estaba de por medio la etiqueta; madama de Tourzel reclamaba *su derecho*, y era indispensable atender a tan justa reclamación.

Sin embargo, el viaje empezó perfectamente. Un guardia, llamado Maldent, iba al estribo, M. Dumoustier se colocó en el pescante, y M. de Valori corría delante, dando un escudo de gages a los postillones.

En Montmirail se rompió un tiro; había que componerlo, y en ello se perdió media hora. Al subir una cuesta, quiso el rey apearse y andar un poco a pie: todos se apearon, hasta el aya, y así se perdió otra media hora.

¡Cuán caro debían pagar aquel paseo, el rey, su esposa y su hermanal! ¡Cuán caro debía también pagarlo aquel hermoso e inocente niño que madama de Tourzel llevaba dormido entre sus brazos!

—Francisco, todo va bien —dijo la reina a M. de Valori, al llegar a Châlons—; ya nos hubieran detenido si Dios lo tuviera así dispuesto.

Efectivamente, todo había ido bien hasta allí; no había habido necesidad de detenerse para comer, porque llevaban en el coche provisiones; en ninguna parte les habían pedido el pasaporte; nadie había presentado dificultades para facilitarles caballos. Pero, en Châlons, donde todo marchaba tan bien, según decía la reina, iba a despertarse la primera sospecha. Un hombre del pueblo, que por casualidad se hallaba en la casa de postas a la llegada del rey, creyó reconocerle y corrió a casa del corregidor. Este, que felizmente era poco republicano, aparentó no dudar de la fuga del rey ni de la verdad del relato; pero asustó de tal modo a aquel hombre ponderándole las malas consecuencias que podrían seguirse de detenerle, que convinieron en que lo mejor sería estarse quietos y cerrar los ojos.

A cosa de media legua de Châlons, un desconocido, tal vez aquel mismo corregidor, detuvo el coche, entró la cabeza por la portezuela del lado en que iba madama de Tourzel y dijo: «Vuestras medidas están mal tomadas, seréis detenidos». En seguida hizo una señal y el coche continuó su marcha.

Hasta allí, como queda dicho, todas las disposiciones habían sido sometidas a la prudencia de la reina; desde Châlons el plan de viaje pertenecía exclusivamente a M. de Bouillé.

En Pont-Sommevielle debían encontrar la primera escolta y a MM. de Choiseul y de Goguelas; aquel, el hombre de la confianza de la reina, y este, el comisionado de M. de Bouillé.

El rey llegó a Pont-Sommevielle a eso de las 6 de la tarde; pero no vio la escolta ni se distinguía el menor vestigio de ella en todo lo que alcanzaba la vista a derecha e izquierda del camino real.

—¡Ah! —dijo la reina a madama Isabel—, aquel hombre tenía razón; ¡estamos perdidos!

Desde este momento los pormenores adquieren mucha importancia, porque cada uno de ellos es un capítulo de una grande y terrible historia.

Digamos, pues, porque había faltado aquella primera escolta.

Instruido M. de Goguelas por M. de Bouillé del retardo de 24 horas que había tenido que sufrir la evasión del rey, para dejar que cumpliera su servicio aquella camarista sospechosa, y también (el rey se ha encargado de decírnoslo) para poder cobrar su trimestre de la lista civil, pues no le parecía bastante la suma de 700,000 francos con que ya contaba, salió de Stenay el 17 y fue a hacerse cargo de los cuarenta húsares mandados por M. Boudet, pues quería estar el 21 en Pont-Sommevielle, donde debía unírseles M. de Choiseul, para esperar juntos a la familia real.

El 20 llegó con sus cuarenta húsares a Sainte-Menehould; pero se le había olvidado prevenir a la Municipalidad de su paso por el pueblo; de modo que la llegada inesperada del destacamento empezó a excitar cierta fermentación en los vecinos, y en tal estado se marchó, siendo las 5 de la mañana, con dirección a Pont-Sommevielle, donde se le unió al cabo de una hora M. de Choiseul.

Todo se había calculado por minutos, y así la llegada del rey debía verificarse a cosa de las tres de la tarde: sin embargo, había pasado ya con mucho esta hora y la familia real no parecía, como tampoco el correo, cuya consigna era preceder a esta siempre.

Naturalmente nacieron de aquí varias suposiciones, y la más probable era que la salida del rey se hubiese retardado de nuevo, y que aunque lo hubiese comunicado a M. de Bouillé, este no habría tenido tiempo de participarlo a todos.

A las seis nada de correo; se habían perdido ya cinco horas, y el rey no podía llegar sino a las ocho. Lo menos era aguardar; pero se iban formando corrillos, principiaban a concebirse sospechas, acompañadas de amenazas, y esto sí que era terrible.

Decíase ya en alta voz que el tesoro que los húsares debían escoltar venía a ser un pretexto; y desgraciadamente no era Pont-Sommevielle el único pueblo que estaba alarmado. Châlons, situado más abajo de Pont-Sommevielle y por donde el rey había pasado con tanta felicidad, a pesar de conocersele, acababa de enviar parte de su Guardia Nacional para imponerse de las causas de la ida de los cuarenta húsares a Pont-Sommevielle; y Sainte-Menehould, que está situada más arriba, igualmente

recelosa, había hecho otro tanto.

La llegada sucesiva de estos comisionados aumentaba la agitación; cada cual comentaba las cosas a su manera, y las voces de *traición* eran generales. Hablábese de tocar a rebato en los campos, y MM. de Choiseul y de Goguelas se estremecieron al oír el tañido lejano de algunas campanas que daban la señal de alarma.

En fin, cerca de las ocho de la noche, cuando los corrillos iban siendo más numerosos, cuando la oscuridad iba a hacerlos más temibles, de en medio de la multitud que cercaba a la caballería, salió una voz que dijo: «Si esperáis un tesoro, esta mañana ha pasado una diligencia que podía muy bien conducirlo; pues iba tan pesada que conmovía el suelo».

Esta ocurrencia proporcionaba una excelente réplica a M. de Choiseul, el cual no la desaprovechó:

—¿Estáis seguro de lo que decís, amigo mío? —preguntó.

—¡Vaya si lo estoy! la he visto, tan cierto como os estoy viendo ahora.

M. de Choiseul cruzó una mirada con M. de Goguelas.

—Sí, sí —dijeron muchas voces, también la hemos visto nosotros.

En las reuniones de mucha gente hay siempre diez, veinte, cien personas que han visto lo que otra ha visto, y hasta lo que no ha visto.

—Entonces —exclamó M. de Choiseul—; ¿por qué no lo habíais dicho? de ese modo nos hubierais ahorrado cuatro horas de espera.

Y dirigiéndose en seguida a M. de Goguelas, continuó:

—No hay duda: la diligencia se nos ha adelantado, y en atención a que el dinero que debíamos escoltar ha pasado, nada tenemos ya que hacer aquí.

Estas palabras produjeron un efecto mágico: aplacáronse los ánimos, cesó el toque de rebato, dispersáronse los grupos, y MM. de Choiseul y de Goguelas pudieron salir de Pont-Sommevielle con sus húsares.

CAPÍTULO XII

SUMARIO.—No encuentra el rey la escolta.—Equivocaciones de M. de Valori.—Los dragones.—Asoma el rey la cabeza por la portezuela del coche.—Fatales consecuencias de este acto.—Drouet.—Su convicción.—Sigue al rey.—M. de Damas en Clermont.—La hora de la retreta.—Los dragones se niegan a marchar.—Solo tres siguen a M. de Damas.—Caminos de Verdun y de Varennes.—Un postillón.—M. de Rodwel, comandante de los húsares.—No hay tiro de caballos en Varennes.—Sausse.—Se toca a llamada y a rebato.—Billaud-Varennes.—Obstrucción del puente.

Media hora después llegó el coche del rey, y los fugitivos buscaron inútilmente con la vista la escolta.

Entre tanto MM. de Choiseul y de Goguelas se fueron alejando poco a poco, con la esperanza de ser alcanzados por el correo; pero, no viéndole llegar ni oyendo ruido alguno, se fijaron cada vez más en la idea de que la salida del rey se había vuelto a retardar; y últimamente pusieron al trote los caballos, dejaron a un lado a Sainte-Menehould, tanto por saber que estaba bien custodiada, cuanto por el mal efecto que su presencia había producido allí el día antes, y llegaron a Varennes siguiendo el camino más corto, esto es, los bosques del Clermontois.

De tal modo se habían tranquilizado los ánimos en Pont-Sommevielle con la marcha del destacamento, que el rey mudó de tiro y salió sin el menor obstáculo para Sainte-Menehould; pero allí M. de Valori, que hacía de correo, y que, en vez de preceder dos horas al coche, no se había anticipado nunca más de diez minutos, M. de Valori, que conocía aún menos a Sainte-Menehould que a París, equivocó el camino, pasó por delante de la parada sin conocerla, retrocedió, trató de inquirir donde se hallaba, y con sus preguntas atrajo la atención de los vecinos.

El carácter de estos era revolucionario en sumo grado. Un destacamento de dragones, mandado por M. Dandoins, había remplazado a los húsares de M. de Goguelas, y dado nuevo pábulo a la exaltación republicana de aquellos habitantes. A pesar de lo avanzado de la hora, no perdían de vista a la tropa ni a su jefe, y algunos grupos amenazadores se habían situado en la plaza, donde estaban acampados los dragones, y en las calles adyacentes. M. Dandoins, al ver tales síntomas, mandó apear a sus soldados y empezó a pasearse, conversando con algunos de ellos.

De repente se oyó el ruido de un carruaje, y apareció el coche en que iba el rey y su familia.

Los fugitivos, reparando en la escolta, sintieron ensancharse sus corazones. M. Dandoins llevó instintivamente la mano a su casco, y los dragones, viendo saludar a su capitán, hicieron lo propio. El pueblo, observando aquellas señales de respeto, comenzó a recelar; lo que fue causa de que el coche llegase a la parada seguido de gran número de curiosos; además, mientras se mudaban los caballos, cometió el rey la imprudencia de asomar la cabeza tres o cuatro veces por la portezuela.

Entre los que rodeaban el coche había uno de esos hombres que no llaman la atención durante una época, y que la historia saca de repente de en medio de la muchedumbre, para convertirlos en personajes terribles, cuyos nombres quedan grabados para siempre en las láminas de bronce de las revoluciones.

Este hombre era Juan Bautista Drouet, hijo del maestro de postas, ardiente patriota, que en el año anterior había visto a Luis XVI en el Campo de Marte el día de la confederación. Temiendo ahora equivocarse, aunque estaba seguro de haber reconocido al rey, sacó un asignado del bolsillo, comparó el retrato con el original, y acabó de convencerse.

El rey observó toda aquella escena: vio la atención de que era objeto, y tocó con la rodilla a su esposa, la cual, preocupada del mismo pensamiento, levantó los ojos al cielo.

Drouet no se atrevió a alarmar la población, pues consideró que, hallándose los dragones a cien pasos y armados, la lucha pudiera ser fatal para él y para todos aquellos de entre sus amigos que intentasen detener al rey; y también porque el coche iba a marchar antes de que hubiese tiempo de tomar ninguna determinación. Eran las ocho y media.

Lo dejó, pues, partir. En seguida montó a caballo y desapareció al galope tras el carruaje.

Pero este llevaba alas; porque, según hemos visto, desde Pont-Sommevielle el miedo se había apoderado de los fugitivos; así Drouet no consiguió llegar a Clermont sino en el momento de marchar el coche. En Clermont había pasado lo siguiente:

M. de Damas, que mandaba el destacamento, había recibido orden de M. de Bouillé de montar a caballo una hora después del tránsito del rey, y de dirigirse a Montmedy, atravesando por Varennes.

Leonardo, ayuda de cámara que la reina había dado a M. de Choiseul, y que este despachó en su impaciencia, a las cuatro y media, desde Pont-Sommevielle, impuso a M. Damas del inconcebible retardo que se notaba en la marcha del rey, lo cual ponía en grave peligro a los dos jefes y a sus soldados. También él, por su parte, veía con inquietud acercarse la hora de la retreta, pues comprendía que, pasada esta, le sería imposible mantener a su tropa sobre las armas y ensillados los caballos, a causa de las malas disposiciones que se iban manifestando a su alrededor. En aquellos momentos vio llegar el coche, se lanzó a la portezuela, contó a los fugitivos lo que pasaba y pidió órdenes al rey.

—Dejadnos marchar sin demostración de ninguna especie —dijo Luis XVI—, y seguidnos con vuestros dragones.

El coche mudó de tiro y partió rápidamente.

M. de Damas corrió al momento adonde estaban sus soldados, y les mandó montar y formar en batalla.

La orden fue ejecutada; pero, a pesar de la rapidez del movimiento, y de que la distancia a que se hallaba ya el coche quitaba a aquella orden toda apariencia de

relación con él, la gente, viendo los preparativos de marcha, empezó a murmurar. M. de Damas comprendió que no había un instante que perder, y mandó desenvainar; pero los dragones, en vez de obedecer, hicieron un movimiento como para introducir el sable en la vaina, y permanecieron firmes. Drouet llegó a la sazón y excitó una alarma general; se presentaron los municipales, e intimaron al comandante que hiciese retirar a su gente al cuartel, pues que la hora de la retreta había pasado.

M. de Damas, viéndose abandonado de los suyos, arrió las espuelas a su caballo, gritando:

—¡El que ame mi persona que me siga!

Solo tres hombres respondieron a aquel llamamiento, lanzándose con él al camino por donde el coche acababa de partir.

Mientras tanto Drouet, que había jurado detener al rey, cambió de caballo y se lanzó también por el mismo camino; pero había sido observado y le seguían.

Un Cuartel-Maestre del Royal-Dragon adivinó que aquel hombre quería la pérdida del rey, a quien él había prestado juramento de fidelidad; y así como Drouet había formado propósito de perderle, él lo formó de salvarle.

A cierta distancia de Clermont el camino se divide en dos; uno que conduce a Verdun y otro a Varennes. El itinerario, como ya se ha dicho, había sido trazado por el rey, que temía ir a Reims, donde se le había consagrado y donde se quejó de que la corona le lastimaba. En consecuencia, dio la orden de tomar el camino de Varennes.

Un cuarto de hora después llegó Drouet al mismo sitio; detúvose indeciso un momento en el ángulo de los dos caminos, y creyendo que el rey se había dirigido a Verdun, siguió el propio sendero. Luis XVI estaba en salvo.

Sí, pero los misterios de Dios son infinitos. Un grano de arena iba a encontrarse bajo la rueda de aquel coche y a hacerle volcar. Drouet tropezó con un postillón que volvía de Verdun y le gritó:

—¿Has visto pasar una berlina tirada por seis caballos, y precedida de un correo?

—No —respondió el postillón.

—A Varennes, murmuró Drouet, a Varennes, pues.

Hizo saltar el foso a su caballo, y pasó de un camino a otro, cruzando por en medio de las tierras.

El Cuartel-Maestre no le había perdido de vista. Drouet volvió el rostro varias veces y reparó en aquel hombre que le seguía al través de los campos, después de haberle seguido por el camino. No cabía duda de que se dirigía contra él; para evitarlo, torció Drouet a la izquierda y se metió en el bosque. Ya no era posible alcanzarle, y mucho menos un hombre que no conocía el país. Además, Drouet quería entrar en Varennes antes que la berlina, lo cual hubiera sido imposible no separándose del camino principal.

El rey debía encontrar en Varennes un tiro preparado, y una escolta de sesenta húsares a caballo y sobre las armas.

El tiro, que pertenecía a M. de Choiseul, había llegado el 20, y los húsares el 21,

siempre bajo pretexto del convoy que debían custodiar.

La Municipalidad, cuyas sospechas se habían despertado a la llegada del tiro, se confirmó más en ellas cuando vio entrar a los húsares. Estos fueron acuartelados inmediatamente en el antiguo convento de franciscanos, y su comandante M. de Rodwel, joven de 18 años, fue alojado en casa de un vecino que habitaba en aquella parte de la ciudad.

El tiro, que debía colocarse en una especie de granja, a la entrada de Varennes, hacia el lado de Clermont, se situó, por un error extraño, por uno de esos errores que marcan con su sello pueril, sino fuese fatal, los grandes acontecimientos, al otro lado del puente, esto es, al extremo opuesto a aquel en que el rey esperaba encontrarlo.

Desde el 21 por la mañana, M. de Bouillé había enviado a su hijo segundo y a M. de Raigecourt, cuyos uniformes se parecían a los del regimiento de Lauzun, con instrucciones positivas para hacer colocar el tiro en el punto convenido con el rey.

Los dos jóvenes llegaron a Varennes, donde fueron testigos de la fermentación que allí reinaba, y consideraron prudente no ejecutar ningún movimiento hasta la llegada del correo; pues como este había de preceder dos horas al rey, tenían tiempo sobrado para hacer dar un rodeo de medio cuarto de legua al tiro.

En cuanto a M. de Rodwel, como su edad de diez y ocho años no les inspiraba mucha confianza, no creyeron deber descubrirle el secreto, contentándose con ordenarle que tuviese pronta su gente para marchar al primer aviso; pero M. de Rodwel, que solo vio en este mandato una orden cualquiera, tampoco le dio grande importancia.

Sin duda los hombres son iguales ante Dios, pues que los destinos de los reyes penden de tan poca cosa.

La familia real llegó a eso de las once. Como Luis XVI era un excelente ingeniero, había trazado por sí el camino, pueblo por pueblo, aldea por aldea, y conoció perfectamente la casa designada. Hizo detener el coche y pidió los caballos; pero el amo de la casa, que no los había visto, no pudo informarle de su paradero.

Entonces dijo al postillón que continuase y entrase por la parte alta de la población. Eran ya las once de la noche. Apeose con su esposa, esperando encontrar a quien dirigirse; y como no pasase nadie, la reina se decidió a llamar a algunas puertas y preguntar por el tiro; pero no le dieron ninguna respuesta satisfactoria.

Esto era natural. Aquella parte del pueblo no era el camino que debía seguir el rey; y de consiguiente, si la suerte le tenía preparado algún servidor o amigo, había de ser en la parte baja, que es el camino que conduce de París a la frontera.



DROUET.

Mientras que el rey perdía un tiempo tan precioso, Drouet llegó al pueblo, entrando por la parte baja, y respiró al saber que ningún coche había pasado. Aprovechó los instantes, pues la actividad de los hombres de destrucción es terrible, y corrió a casa del síndico, que se llamaba Sausse, y que era ardiente partidario de la revolución. Allí se decidió el arresto del rey, con lo que el pueblo de Varennes tendría su parte en las fatales celebridades de la historia.

El síndico expidió al momento sus órdenes: la Guardia Nacional se reuniría y cercaría el convento de franciscanos, donde estaban acuartelados los sesenta húsares; saldrían correos en todas direcciones, para que se tocase a llamada y a rebato; dos mensajeros se adelantarían hasta Verdun y Sedan.

Entretanto Drouet había encontrado un amigo tan activo como él: llamábase entonces Billaud, y más adelante tomó el apellido de Varennes.

Ambos, ayudados de algunos hombres de su confianza, se pusieron a barrear el puente, bastándoles para ello dos o tres grandes carruajes. En seguida, armados de fusiles y pistolas, y con el corazón palpitante, se ocultaron debajo de una bóveda por donde tenía que pasar el rey.

Habíase ejecutado todo esto en medio de un silencio tan profundo y con tanto misterio, que ni los oficiales, ni los húsares, en una palabra, ninguna de las personas enviadas por M. de Bouillé supo lo más mínimo.

CAPÍTULO XIII

SUMARIO.—Temores de la reina.—Los pasaportes.—Descanso en casa del síndico.—La droguería.—Llamada y rebato.—Interrogatorio.—Soy el rey.—M. de Goguelas.—¡Viva la nación!—El pistoletazo.—Atrevida proposición para evadirse.—Reflexiones de la reina.—Indecisión.—Correo de la Asamblea.—Goguelas y Drouet.—Penosa situación del rey.—Orgullo de la reina.—La marea sube.—M. Deslons.—El rey se presenta al pueblo.—La madre de M. Sausse.—Los cabellos blancos.—Lo que pasa en París.

Apenas hacía diez minutos que Drouet y los suyos estaban emboscados, cuando empezó a sentirse el ruido del coche. Ninguno de aquellos cinco o seis hombres dijo una palabra. El carruaje, que continuaba acercándose, llegó por fin a la bóveda y quedó atascado. Entonces se levantaron.

Esta inesperada detención de los caballos asustó a la reina, y sacando la cabeza por la portezuela, preguntó porqué se paraba el coche.

—Es preciso revisar los pasaportes —dijo Drouet.

—¿En dónde? —volvió a preguntar la reina.

—En la Municipalidad. Hay muchos malos franceses que abandonan su patria en estos momentos, y es indispensable saber si los pasaportes que lleváis están en regla.

Drouet no dijo más nada, pero era lo suficiente para infundir temor a los viajeros, que además de aquella intimación, de suyo tan brutal, veían dos fusiles preparados a las puertas del coche.

Hubo un momento de vacilación por parte de los fugitivos; y entonces Drouet alargó, según dice Weber, la mano hacia el rey.

—¡Vamos! —dijo este, esperando que todo aquello sería efecto de la casualidad, y no de que le hubiesen reconocido.

Condújose a los viajeros a casa de Sausse, el cual, por de pronto, confirmó al rey en sus esperanzas, fingiendo tomar a cada uno de los fugitivos por lo que aparentaban ser, y opinando que los pasaportes estaban en regla. Les dijo únicamente que en Varennes no había parador de diligencias, y que así los caballos que traían de Clermont no podían seguir, sin descansar antes media hora, en atención a lo cual les suplicaba que entrasen en su casa, pues aunque no disfrutarían de mucha comodidad, a lo menos estarían mejor que en el coche.

Ya no era posible retroceder. De consiguiente, toda la familia real se apeó y entró en casa del síndico.

La sala de este se hallaba situada de modo que con la puerta abierta, como se dejó, podía verse cuanto pasaba en la calle, así como desde la calle se veía todo lo que pasaba en la sala, que venía a ser una droguería.

M. Sausse salió entonces de su casa, recomendando los viajeros a su mujer, y diciendo que iba a dar prisa a los caballos; pero en realidad iba a saber si la Guardia

Nacional estaba ya reunida en suficiente número.

Durante su ausencia, se oyó el primer redoble de los tambores y el toque de rebato, dos cosas que produjeron en la población el mismo efecto que un reguero de pólvora. Todo el mundo se despertó con semejante ruido; los vecinos salieron de sus casas y acudieron al llamamiento.

Seguro ya el síndico de ser auxiliado, volvió a su habitación, y dirigiéndose al rey, le dijo:

—El Cabildo está deliberando en este momento acerca de si debe o no permitirnos continuar vuestro viaje; porque, con razón o sin ella, se corre que nuestro rey y su augusta familia son las personas a quienes tenemos el honor de poseer dentro de nuestros muros.

—Os equivocáis, amigo mío —respondió el rey—; esta señora es la baronesa de Korff, como lo habéis visto en el pasaporte; estos dos niños sus hijos; estas señoras pertenecen a su comitiva.

—¿Y vos, caballero, quién sois, pues?

El rey titubeó, por repugnarle sin duda decir que era un criado. La mentira hubiera sido doblemente baja.

—Ahora bien, en cuanto a mí —dijo el síndico con tono chocarrero—, creo que vos sois el que os equivocáis; y estoy cierto de que esta señora es la reina, estos dos niños monseñor el Delfín y madama Royale, esta otra señora vuestra hermana, y vos el rey.

Entonces la reina, aquella altiva austriaca, a cuyo orgullo semejante interrogatorio se hacía insoportable, exclamó adelantándose:

—¡Pues bien! si reconocéis a este caballero por vuestro monarca, habladle con el respeto que le debéis.

El rey, esforzándose cuanto pudo, sostuvo que era el criado de madama de Korff y que se llamaba Duran; pero el síndico meneó la cabeza.

—¡Basta!, ¡basta! —gritó la reina, no siéndole posible soportar más tiempo aquella escena.

El orgullo del rey se despertó al oír a su esposa, e irguiendo la frente, dijo:

—Sí, soy el rey, y aquí tenéis a la reina y a mis hijos. Esperamos que nos tratareis con las consideraciones que los franceses han mostrado siempre hacia sus monarcas.

A estas palabras, sin embargo del raro contraste que con ellas formaba el vestido pardo y la peluca, muchos de los presentes se echaron a llorar.

Entre tanto, el destacamento de Pont-Sommevielle, aquellos cuarenta húsares al mando de MM. de Choiseul y de Goguelas, habían llegado a Varennes, donde encontraron a M. de Damas con sus dos o tres dragones. Allí supieron que acababa de ser detenido un coche, y que los viajeros que contenía habían sido conducidos a casa del síndico del Comun.

Tomaron las señas de la casa; pero estaba custodiada ya por más de trescientos hombres armados, cuyo número se iba aumentando sin cesar. M. Damas formó los

húsares al otro lado de la calle y entró en la casa con MM. de Choiseul y de Goguelas.

Un instante después, mientras que MM. Choiseul y Damas estaban con el rey, M. de Goguelas salió y dijo en alta voz, de modo que lo oyesen los húsares y el pueblo:

—Señores, el rey y la reina son las personas detenidas.

Los húsares acogieron la noticia con frialdad; pero el pueblo la recibió con voces, que se asemejaban mucho a gritos de cólera.

No por eso abandonó M. de Goguelas su intento de hacer despejar la calle.

—¡Húsares! —gritó—, ¡desenvainad!

Pero los húsares no se movieron.

—¡Húsares! —volvió a gritar—, nada de partidos a medias: ¿estáis por el rey o por la nación?

—¡Viva la nación! —respondieron los húsares—; estamos y estaremos siempre por ella.

—¡Pues bien! sea así. ¡Viva la nación! —dijo M. de Goguelas, esperando ganar tiempo y recibir entre tanto algún refuerzo.

Mas el pueblo no se dejó engañar; acercose amenazante, y Goguelas, viendo venir el nublado, corrió a refugiarse en la casa, cuyos umbrales no logró atravesar sino después de haber sido herido de un pistoletazo.

Durante este tiempo habían hecho subir a la familia real al primer piso, y cuando M. de Goguelas entró, el Delfín estaba durmiendo, los guardias de corps sentados, como igualmente las camaristas, el aya, madama Royale y madama Isabel, y el rey y la reina de pie, hablando con M. Sausse. En una mesa había pan y vino. De tiempo en tiempo se abría la puerta, y algunas miradas, ora enternecidas, ora centellantes, penetraban en aquel cuarto.

—¡Y bien! —dijo el rey a Goguelas—, ¿cuándo marchamos?

M. de Goguelas, por respuesta, mostró todo un lado del uniforme cubierto de sangre.

—¿Osarían emplear la fuerza para retenernos? —preguntó el rey, dirigiéndose a M. Sausse.

Este iba probablemente a contestar que sí, cuando se abrió la puerta y entraron los concejales, reunidos en cuerpo, y acompañados de los oficiales de la Guardia Nacional.

Dirigiéronse hacia el rey con el sombrero en la mano, y algunos se postraron de rodillas a la mitad del camino.

—¡Señor! —exclamaron—. ¡Señor!, ¡en nombre de Dios, no nos abandonéis, no dejéis la Francia!

—No tengo tal intención, caballeros —contestó el rey—. No me ausento del reino; los ultrajes que se me hacen diariamente me obligan a dejar a París; pero no voy más que hasta Montmedy. Venid conmigo, si queréis; y disponed que se me apronte el carruaje.

Los concejales salieron en compañía de M. Sausse y de los oficiales de la Guardia Nacional: la familia real, los tres guardias y los tres oficiales se quedaron solos.

Era aquel uno de esos momentos supremos que deciden de la vida de los reyes y del destino de los imperios. Los oficiales, en cuanto vieron cerrada la puerta, se acercaron al rey:

—Señor —dijo M. de Goguelas—, son las dos de la madrugada; la multitud que rodea la habitación está mal armada y peor organizada. Si queréis, tomaré diez caballos a mis húsares; montaremos en ellos; vos llevareis al Delfín y la reina a madama Royale: el puente está barredo, lo sé, pero conozco un paraje del río que es vadeable. Esa gente, por descarriada que esté, no se atreverá a disparar contra vos; a nosotros quizá nos maten; pero, una vez pasado el río, vuestra salvación es segura.

El rey no respondió; los medios de esta clase no estaban en su naturaleza.

Los oficiales insistieron, y los guardias se habían puesto en pie; conocíase que un solo pensamiento, el del sacrificio, animaba aquellos seis cuerpos, llenaba aquellas seis almas.

—¡La reina!, ¡la reina! —murmuró el rey.

En efecto, semejante empresa debía asustar sobre todo a la reina; y esta, la mujer resuelta por excelencia, no tuvo bastante resolución.

—No quiero cargar con esa responsabilidad —dijo— al rey, que es quien se ha decidido a dar este paso, le corresponde mandar; mi deber será seguirle: de todos modos, M. de Bouillé no tardará en llegar.

—¿Podéis asegurarme —dijo el rey—, que en el alboroto que se arme no perecerá la reina, mi hermana, ni mis hijos? Discurramos fríamente: la Municipalidad no se niega a dejarme partir: lo más que sucederá es que se nos obligue a esperar hasta el día. Pero, de aquí al día es probable que M. de Bouillé sepa la situación en que nos encontramos, pues se halla en Stenay, que dista solo ocho leguas: cuatro horas bastan para ir y venir; Bouillé llegará temprano, y entonces, sin peligro ni violencia, partiremos.

Los oficiales no se atrevieron a insistir.

Entre tanto los húsares fraternizaban con el pueblo, bebiendo juntos y en un mismo vaso.

Eran ya cerca de las tres: en aquel momento volvieron a entrar los municipales.

—El pueblo —dijeron—, se opone absolutamente a que el rey siga su camino, y por la tanto se ha decidido enviar un correo a la Asamblea Nacional, para ver que determina.

Tal fue la sentencia, del pleito entre el pueblo y el trono, dada en una pequeña ciudad de provincia y en una miserable droguería. Las instrucciones de la Asamblea Nacional debían anteponerse a las órdenes del rey.

M. de Goguelas no había perdido aún toda esperanza: quizá aquel pueblo, en cuyo nombre se hablaba, no sería tan exigente; quizá aquellos húsares habrían cedido a mejores sentimientos. ¿Qué les importaba a ellos la nación? ¿No eran alemanes?

Salió, pues, solo: ¡aquel joven tenía un corazón de bronce!

Drouet, al verle, se acercó a él y le dijo:

—Queréis sacar de aquí al rey; pero, os juro, que no le llevareis sino muerto.

Dos corazones del mismo temple militaban en dos partidos opuestos.

Goguelas, sin responder, montó a caballo y se aproximó al coche que estaba en medio de un destacamento de la Guardia Nacional, mandado por un mayor.

—No os acerquéis —dijo el mayor a Goguelas—, o sois muerto.

Goguelas arrimó las espuelas al caballo y se adelantó hacia el coche. Disparáronle varios tiros; dos nuevas heridas acompañaron a la primera; pero, aunque leves, una bala le alcanzó en la clavícula, obligándole a soltar las riendas y perder el equilibrio. Cayó, pues, y creyéndole muerto le dejaron. Goguelas se levantó en seguida, dirigió la última mirada a sus húsares, los cuales torcieron la vista, y volvió al cuarto del rey, sin decir una palabra de la tentativa que acababa de hacer.

Desconsolador era el espectáculo que ofrecía aquella habitación: el rey oía hablar a los municipales, y la reina, sentada en un banco, olvidando su orgullo y altivez, rogaba a la mujer del síndico.

—Sois madre, le decía, sois mujer; no veáis ya en mí la reina, ved solo la mujer, ¡la madre! Pensad en lo que debo sufrir en este instante por mis hijos, por mi marido.

Y aquella a quien dirigía su súplica, le respondía con ese egoísmo brutal que por la primera vez se ensañaba en una reina.

—Quisiera poderos ser útil; pero, ¡qué diablo!, si vos os cuidáis del rey, yo pienso en M. Sausse; cada una se interesa por su marido.

En efecto ¡qué terrible responsabilidad iba a pesar sobre el síndico de Varennes, si dejaba marchar al rey! Aun cuando lo hubiese deseado, ya era tarde; ya no dependía de él; durante todo aquel tiempo había subido la marea, y el pueblo, rugiendo sordamente, se estrellaba contra las murallas, a manera de un océano cargado de tempestades.

Luis XVI parecía haber perdido el seso. M. Deslons, que mandaba el primer puesto más allá de Varennes, acudió al toque de rebato, se informó de lo que pasaba, y habiendo conseguido penetrar hasta el rey, le dijo que M. de Bouillé, a quien se había comunicado aviso de todo, debía llegar de un momento a otro; pero Luis nada oía. El oficial repitió tres veces la misma frase, y no obteniendo, respuesta alguna, exclamó:

—Señor ¿no oís lo que os digo? Estoy suplicando a V. M. me dé órdenes para M. de Bouillé.

El rey sacudió la cabeza, como el que despierta de un sueño, miró a M. Deslons y contestó:

—No tengo ya órdenes que dar: estoy preso. Decid a M. de Bouillé que haga por mí lo que pueda.

Entre tanto el día iba aclarando; oíanse en la calle gritos de: ¡a París!, ¡a París! y el rey tuvo que dejarse ver para apaciguar a la multitud, lo que verificó acercándose a

la ventana, maquinalmente, como un autómeta, sin que se le ocurriese una idea, sin pronunciar una palabra.

Grande fue la sorpresa de aquella multitud, cuando se convenció de que un rey podía ser un hombre corpulento, pálido, gordo, mudo, de ojos sin brillo, con una mala peluca y un vestido pardo.

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamaron todos, apartando la vista.

La piedad se apoderó entonces de la muchedumbre, las lágrimas brotaron de los ojos, y se oyeron gritos de: *¡Viva el rey!*

Sí, aún estaba allí el rey... Pero ¿qué se había hecho del trono?

Sausse tenía una madre anciana, mujer de 80 años, que había nacido bajo el reinado de Luis XVI, y conservaba la fe monárquica. Entró en el cuarto, y al ver a los dos niños durmiendo juntos en la cama de la familia, que nunca se hubiera creído destinada a tan triste honor, se postró de rodillas y rogó a la reina, entre sollozos, que le permitiese besar la mano de aquellos *dos inocentes*.

Eran, en efecto, dos inocentes, que debían sufrir, la una en la vida y el otro en la muerte, la pena de los culpados.

La anciana besó las manos de aquellos niños, los bendijo, y salió deshecha en lágrimas, no pudiendo soportar más tiempo semejante espectáculo.

La reina no durmió, y al amanecer se quedó madama Isabel admirada viendo que la mitad de sus hermosos cabellos rubios había encanecido. La otra mitad debía encanecer en la Conserjería, durante una noche no menos cruel y terrible.

Un correo, procedente de París, galopaba entre tanto por el camino de Varennes, de donde solo distaba ya dos leguas.

¿A qué venía?, ¿quién le enviaba?

Demos una ojeada a lo que había pasado en París.

* * *

Una de las cosas que oprimen el corazón al pensar en la fuga de Luis XVI, es la completa indiferencia de la familia real respecto de todas aquellas personas que dejaba atrás y a las cuales su marcha comprometía altamente. ¿Cumplía proceder así a un rey, a quien se ha dado y da aún por algunos el título de *bueno*?

No nos referimos a Lafayette: Luis le consideraba su enemigo, su perseguidor, su carcelero; y engañarle era jugar limpio. Sin embargo, Lafayette, viéndose acosado de avisos secretos, pidió al rey una explicación franca. Era republicano por ideología y monárquico de corazón: así, si el rey le hubiera confesado todo, creemos que en vez de oponerse a su partida, más bien hubiera coadyuvado a ella. Pero nada se le dijo, y tanto los contemporáneos como la historia han cometido una grave falta al suponer que Lafayette era cómplice en aquella fuga. La reina le aborrecía demasiado para hacerle partícipe del plan. Además, Luis XVI se expresó con tal naturalidad, que aquel día Lafayette salió del todo satisfecho.

Tampoco nos referimos a Bailly, que había sido prevenido por la querida de M. de Gouvion, y que en vez de creer en aquella denuncia, tuvo la singular cortesía de enviarla a la reina. Concedemos también que esta engañase a Bailly, el cual era uno de sus enemigos, por el estilo de Lafayette.

Pero M. de Montmorin, que para responder a las acusaciones de los periódicos y a los temores de la Asamblea, había escrito a esta el 1.º de junio, que aseguraba *bajo su responsabilidad, con su cabeza y por su honor*, que el rey jamás había pensado en dejar la Francia; M. de Montmorin, a lo menos, merecía que Luis hubiese contado con él. Por otra parte ¿cómo pudo este encargarse al desgraciado Laporte, su amigo personal, que llevase a la Asamblea su protesta? Laporte obedeció, leyéndola con acento tranquilo y admirable grandeza de alma: pero esto prueba tan solo que Laporte era valiente, y no que Luis XVI tuviese un corazón sensible.



PRISION DE LA FAMILIA REAL EN VARNES.

CAPÍTULO XIV

SUMARIO.—M. de Montmorin sabe la fuga del rey.—La noticia cunde por París.—*El rey se ha ido*.—Soy una chica honrada.—Santerre.—El asignado de 10 francos.—Palabras de Fréron.—Tres cañonazos.—M. Romení.—La fuga convertida en raptó.—La Asamblea.—Alocución al pueblo.—400,000 guardias nacionales.—Las verdades políticas.—El ayudante de campo detenido y puesto en libertad luego.

Hemos nombrado anteriormente las personas que supieron primero en París la partida del rey.

Desde el 21 por la mañana M. Andres había dado aviso de ella a M. de Montmorin, el cual vio llegar al mismo tiempo a Laporte, intendente de la lista civil, portador de una carta para él y de la protesta. A eso de las nueve supo la noticia Lafayette y todo París.

A las siete entraron las personas de la servidumbre en las habitaciones del rey y de la reina, y las encontraron vacías, e intactas las camas. A sus gritos acudió la guardia del palacio, y en menos de una hora semejante nueva, como una nube tempestuosa, se extendió por París.

Los vecinos, al encontrarse, desde el Carrousel hasta las barreras, solo se dirigían estas siniestras palabras: «¿No sabéis? El rey se ha ido».

Lafayette, que tenía a su cargo la guardia del palacio, fue el blanco de las imprecaciones. Los menos malévolos le acusaban de estupidez, y el mayor número de traición. Dirigióse el pueblo a las Tullerías y forzó las puertas de las habitaciones, sin que las guardias, trastornadas como estaban por el acontecimiento, opusiesen la menor resistencia.

El pueblo, como después lo hemos visto dos veces, se vengó de las personas vivas en los objetos inanimados. Descolgaron un retrato del rey, y lo pusieron de venta a la puerta del palacio. Una frutera se subió a la cama de la reina y vendió allí cerezas. Quisieron adornar a una joven con un gorro de María Antonieta, y ella pisándolo exclamó:

—Soy una chica honrada. Entraron en seguida en las habitaciones del Delfín, y las respetaron, como después fueron respetadas las del duque de Orleans.

Una cosa semejante pasaba en todo París.

Aquellos hombres que no suben a la superficie de la sociedad sino en los días tempestuosos y terribles, volvieron a aparecer con la pica y el gorro de lana, que fue después el gorro encarnado. Santerre, el famoso cervecero del arrabal de San Antonio, de quien no se había oído hablar desde los alborotos de julio, alistó por sí solo dos mil picas. Arrancaban de las tiendas de los mercaderes los retratos del rey y los despedazaban. En la Grève rompían su busto. El club de los Franciscanos pedía que el nombre de rey fuese abolido para siempre, y que se proclamase la república:

fijábanse carteles en las paredes de las Tullerías, prometiendo un asignado de diez francos a los que trajesen unos animales inmundos que se habían escapado de la cuadra durante la noche. Fréron hacía vender en los grupos su hoja suelta, en que decía:

Se ha ido al fin ese rey imbécil, ese rey perjuro; se ha ido esa reina malvada, que reúne la lascivia de Mesalina a la sed de sangre de los Médicis.

El pueblo repetía estas palabras; y se respiraban con el aire átomos de cólera, de odio, de desprecio.

A las diez, tres cañonazos anunciaron de una manera oficial la fuga del rey. Lafayette comprendió que la causa del trono estaba perdida para siempre en Francia, si se dejaba a Luis XVI toda la responsabilidad de aquel hecho, y determinó sostener que el rey no había huido, sino que había sido arrebatado por los enemigos del bien público; en estos términos debía presentarse el acontecimiento a la Asamblea, y entre tanto se aparentaría salir en persecución del rey.

Llamó, pues, a M. de Romeuf, su ayuda de campo, y le dijo:

—Probablemente, el rey ha tomado el camino de Valenciennes. Corred tras él, pues aunque ya es demasiado tarde para alcanzarle, conviene aparentar que hacemos algo.

La orden que llevaba M. Romeuf, estaba concebida en estos términos:

M. Romeuf, mi ayudante de campo, está autorizado para anunciar en todos los puntos de su dirección, que los enemigos de la patria se han llevado al rey, y para ordenar a todos los amantes del bien público que se interpongan a su paso. La responsabilidad de este aviso recaerá toda sobre mí.

Lafayette había tomado estas medidas en presencia del inseparable Bailly y del vizconde Alejandro de Beauharnais. Dirigióse en seguida a la Asamblea, y esta quedó enterada oficialmente de que los enemigos del bien público se habían apoderado del rey.

Mientras tanto Lafayette, conociendo que iba a perder la poca popularidad que le quedaba, en vez de tratar de huir del peligro, lo arrojó de frente: arrojose en medio de aquel pueblo enfurecido, y sin cuidarse de sus gritos, de sus amenazas, de sus imprecaciones, llegó ileso a la Asamblea.

La mejor prudencia en Francia consiste en tener valor.

Allí le esperaba otra borrasca: al verle, un diputado se levantó y le acusó; pero Barnave, enemigo personal de Lafayette, interrumpió al orador, y dijo:

—El objeto que debe ocuparnos, es asegurar la confianza del pueblo a quien esta confianza corresponde. Necesitamos una fuerza central, un solo brazo que obre, pues que no tenemos sino una cabeza que piense. M. de Lafayette ha mostrado, desde el principio de la revolución, los designios y la conducta de un buen ciudadano. Conviene que conserve su crédito: necesitase fuerza en París, pero también tranquilidad. Esta fuerza, añadió dirigiéndose a Lafayette, a vos toca dirigirla.

Lafayette conservó, pues, su grado de comandante de la Guardia Nacional, y la Asamblea reasumió todos los poderes, se arrogó la dictadura y se declaró en sesión permanente.

En aquel momento recibió, por conducto de Laporte, la carta que el rey había dejado para ella. Tomóla el presidente de manos del mensajero, y la leyó en alta voz, en medio del silencio más profundo. En seguida se acordó su impresión, y se contestó a aquella carta con la alocución que copiamos:

La Asamblea Nacional a los franceses:

Un grande atentado acaba de cometerse; la Asamblea tocaba al fin de sus trabajos, la Constitución estaba terminada, las borrascas de la revolución iban a cesar; pero los enemigos del bien público han querido, con un solo crimen, inmolar la nación entera a su venganza. El rey y su familia han sido arrebatados en la noche del 20 al 21 del corriente.

Vuestros representantes triunfarán de este obstáculo: ellos conocen la extensión de los deberes que les han sido impuestos. La libertad pública será conservada; y los conspiradores, los esclavos, verán hasta donde llega la intrepidez de los fundadores de la libertad francesa. Nos comprometemos solemnemente para con la nación, a vengar la ley o perecer.

La Francia quiere ser libre, y lo será: búscase el modo de hacer retroceder a la revolución, pero la revolución no retrocederá. Franceses, tal es vuestra voluntad: ¡será cumplida!

Lo primero que había que tratar era de aplicar la ley a la posición momentánea en que se encuentra el reino. El rey, según la Constitución, sanciona u opone su veto a las determinaciones del cuerpo legislativo; es además jefe del poder ejecutivo, y como tal hace ejecutar la ley por medio de ministros responsables.

Si el primer funcionario público abandona su puesto o es llevado a otra parte contra su voluntad, los representantes de la nación, revestidos de todos los poderes necesarios a la conservación del Estado y a la actividad del gobierno, tienen el derecho, de hacer sus veces, declarando que la imposición del sello del Estado y la firma del ministro de Justicia revisten los decretos del carácter y de la autoridad de la ley: la Asamblea Nacional constituyente, obrando así, ejerce un derecho incontestable.

Con respecto al segundo punto, no fue menos fácil hallar una solución. En efecto, necesitando toda orden del rey el refrendo de los ministros responsables, ha bastado ordenar a estos que provisionalmente despachen sin la firma del rey.

Adoptadas tales disposiciones, los peligros de la crisis actual quedan desvanecidos en lo interior del reino. Contra los ataques procedentes de lo exterior, se acaba de dar al ejército un refuerzo de 400,000 guardias nacionales.

La Francia tiene, pues, tanto en lo interior como en lo exterior, motivos de completa seguridad, si los ánimos no se dejan arrastrar del aturdimiento, si se guarda la moderación indispensable. La Asamblea Nacional sigue en el ejercicio de sus funciones; los poderes establecidos por la Constitución desempeñan su cometido; el patriotismo de los ciudadanos de París, y la Guardia Nacional, cuyo celo excede a todo elogio, velan por vuestros representantes.

¿A qué temer las consecuencias de un escrito arrancado, antes de [...] ese seducido rey, que no creeremos inexcusable sino en el último [...] penas se conciben la ignorancia y las pretensiones de las per[...] [*] han dictado. Más adelante será objeto de una detenida discusión, si vuestro interés lo exige; pero está en nuestro deber dar aquí una idea de su contenido.

La Asamblea Nacional ha hecho una declaración solemne de las verdades políticas; ha vuelto a encontrar, o más bien, ha restaurado los derechos del género humano: ahora bien, ese escrito presenta de nuevo las teorías de la servidumbre.

Franceses, en él se recuerda la jornada del 23 de junio, en la cual el jefe del poder ejecutivo, el primer funcionario público, osó dictar su voluntad absoluta a vuestros mandatarios, encargados de reconstituir el reino.

Háblase sin temor en él de aquel ejército que amenazaba a la Asamblea Nacional en el mes de junio, atribuyéndose el mérito de haberlo alejado de las deliberaciones de vuestros representantes.

La Asamblea Nacional ha lamentado los acontecimientos del 6 de octubre: decretó la persecución de los culpados, y porque es difícil hallar a algunos bandidos en medio de la insurrección de todo un pueblo, se le echa en cara el dejarlos impunes, guardándose bien de mencionar los ultrajes que provocaron aquellos desórdenes. La nación era más justa y generosa; pues no reprendía al rey las violencias ejercidas bajo su

reinado y el de sus predecesores.

También en él se recuerda la Confederación de 14 de julio del año último; ¿y qué es lo que de ella han tenido presente los autores de semejante escrito? Que el primer funcionario público no estaba colocado sino a la cabeza de los representantes de la nación, en medio de los diputados, de los guardias nacionales y de las tropas de línea del reino. Allí pronunció un juramento solemne, que no se mienta para nada y que fue prestado libremente, pues él mismo dice que *los momentos más dulces de su residencia en París fueron los que pasó durante la Confederación*, añadiendo que *se detiene con complacencia a considerar las pruebas de adhesión y de amor que le tienen dadas todos los guardias nacionales del reino*. Si el rey no declarase algún día haber sido arrastrado y seducido por facciosos, su perjurio se patentizaría a los ojos del mundo entero.

Inútil es mencionar muchas otras acusaciones, tan mal fundadas como las precedentes. Según ellas, se diría que los pueblos han sido hechos para los reyes, y que el único deber de estos es la clemencia; que una gran nación debe regenerarse sin ninguna agitación, sin turbar ni un instante los placeres de los reyes y de su Corte. Algunos desórdenes han acompañado a la revolución; pero ¿cumple al antiguo despotismo quejarse de los males que ha provocado? ¿Es extraño que el pueblo se haya excedido alguna vez al querer destruir el círculo de corrupción formado en el trascurso de los siglos por los crímenes del poder absoluto?

Se nos han dirigido de todos los puntos del reino felicitaciones; y se dice que es todo obra de los facciosos: en tal caso hay en Francia veinte y cuatro millones de facciosos.

Era preciso reconstituir todos los poderes, por hallarse todos corrompidos; porque una deuda espantosa, acumulada por la impericia y los desórdenes del gobierno, iba a precipitar a la nación en un abismo. Acúsasenos de no haber sometido la Constitución al veto del rey. Pero la dignidad real no está establecida sino para el pueblo; y si las grandes naciones están obligadas a sostenerla, es porque en ella colocan la salvaguardia de su felicidad. La Constitución les deja su prerrogativa y su verdadero carácter. Vuestros representantes serían criminales si hubiesen sacrificado veinte y cuatro millones de ciudadanos al interés de un solo hombre.

El trabajo de los pueblos alimenta el tesoro público, y este es un depósito sagrado: el primer síntoma de la esclavitud es no ver en las contribuciones públicas más que una obligación para con el despotismo. La Francia debía ser en esta parte más severa que las demás naciones. Se ha arreglado la inversión de las contribuciones conforme a la estricta justicia; el lujo, los gastos del rey han sido atendidos por una condescendencia de la Asamblea Nacional. Él mismo ha fijado la cantidad, y ahora se pretende que cerca de treinta millones concedidos a la lista civil es una suma bastante módica.

El decreto sobre la paz y la guerra impide que el rey y sus ministros sacrifiquen a los pueblos, sin otra razón que el antojo o los cálculos de la Corte; y parece que se le ataca por eso mismo. El territorio de la Francia, el tesoro del Estado y la industria de los ciudadanos han sido víctimas sucesivamente de tratados desastrosos. El cuerpo legislativo conoce mejor que nadie los intereses de la nación, y sin embargo se nos censura que le hayamos reservado la revisión y confirmación de los tratados. Pues qué ¿la experiencia de los errores del gobierno no cuenta una fecha bastante larga?

En tiempo del antiguo régimen, se hallaban abandonados al capricho de los ministros el ascenso y la disciplina de los soldados y de los oficiales de mar y tierra. La Asamblea Nacional, ocupada en labrar su dicha, les ha devuelto unos derechos que les pertenecen. La autoridad real no podrá en adelante disponer más que de la tercera y cuarta parte de los empleos, y no se considera satisfecha.

Atácase vuestro orden judicial, sin pensar que el rey de un gran pueblo no debe mezclarse en la administración de justicia, sino para hacer ejecutar las sentencias.



BARNAVE.

Se echa de menos el derecho de perdonar y de conmutar las penas, y sin embargo, todo el mundo sabe como se ha ejercido ese derecho y a que personas dispensan los monarcas semejantes favores.

Sentir el no poder ordenar todas las partes de la administración, es querer que reviva el despotismo ministerial: al pueblo se le ha dejado la elección de sus administradores, los cuales depende de la autoridad del monarca en todo lo que no concierne al reparto de los impuestos; y el rey, bajo la responsabilidad de sus ministros, puede anular los actos irregulares de aquellos y suspenderlos de sus funciones.

Una vez distribuidos los poderes, al cuerpo legislativo, como uno de ellos, no le será lícito salir de los límites que le están asignados. La imperiosa necesidad ha hecho algunas veces que la Asamblea Nacional se mezclase, a falta de los ministros, en la administración; pero el gobierno no es quien debe censurarla por ello, pues no inspiraba ya confianza; y mientras que todos los franceses dirigían la vista hacia el cuerpo legislativo, como centro de acción, la Asamblea solo se ocupaba en dictar las disposiciones necesarias al sostenimiento de la libertad.

La facción que en seguida de la marcha del rey ha trazado la larga lista de acusaciones, a que será tan fácil responder, se ha quitado la máscara que la ocultaba. Se censura la complicación del nuevo régimen, y por una contradicción sensible, se critica también la duración bienal de las funciones de los electores. Echase en cara a las sociedades de los amigos de la Constitución ese amor ardiente a la libertad que tanto ha contribuido al desarrollo de la revolución, y que puede ser todavía muy útil, si en las actuales circunstancias es dirigido por un patriotismo a la par prudente e ilustrado.

Inútil parece hablar de la indicación relativa al culto católico. La Asamblea no ha hecho en esta parte, bien lo sabéis, más que usar de los derechos que corresponden a la potestad civil. Ha restablecido la pureza de los primeros siglos del cristianismo, y seguramente no son los intereses de la iglesia los que han dictado esa censura.

Franceses, la ausencia del rey no embarazará la actividad del gobierno: un solo peligro os amenaza. Debéis precaveros contra la suspensión de los trabajos de la industria y del pago de las contribuciones públicas, contra la desmedida agitación que trastornaría el Estado por un exceso de patriotismo, o que, a instigación de nuestros adversarios, empezaría por la anarquía y acabaría por la guerra civil.

Tal es el único peligro que impulsa a la Asamblea Nacional a dirigirse a todos los buenos ciudadanos; tal es el verdadero infortunio que conviene evitar. Vuestros representantes os exhortan, en nombre de la patria, en nombre de la libertad, a no perderlo de vista.

El grande, casi el solo interés que debe ocuparnos hasta que la Asamblea Nacional adopte una medida definitiva, es el sostenimiento del orden. Lamentaremos las desgracias de nuestro rey, recurriremos a la severidad de las leyes contra los que le han inducido a dejar su puesto; pero el Estado no se conmoverá, la actividad de la administración y de la justicia no experimentará ningún retardo. Que los sediciosos que apetece la sangre de sus conciudadanos vean mantenerse el orden en medio de la tormenta. La capital puede

servir de modelo al resto de la Francia: la marcha del rey no ha producido en París agitación; y con indecible ira de nuestros enemigos, se goza de una tranquilidad completa.

Se cometen con las grandes naciones atentados que solo la generosidad puede hacer olvidar. El pueblo francés, noble en la esclavitud, ha mostrado las virtudes y el heroísmo de la libertad. Sepan, pues, los enemigos de la Constitución, que para avasallar de nuevo la Francia sería preciso anonadar la nación. El despotismo acometerá, si tal es su placer, semejante empresa; pero, o será vencido, o tras su horrible triunfo no hallará más que ruinas.

Firmado, ALEJANDRO BEAUHARNAIS, presidente;
MAURIET, REGNIER, LECARLIER, FRICAUD, GRENOT,
MERLE, *secretarios.*

Apenas acababa de adoptarse por unanimidad esta alocución, cuando se anunció que un ayudante de campo de Lafayette, que conducía pliegos de su general, había sido detenido por el pueblo y conducido a la Asamblea.

El ayudante, por su parte, pedía entrar y que se le oyese. Abriéronse ante él las puertas, y se presentó el joven Romeuf, el cual traía consigo las pruebas de la inocencia de Lafayette, pues que a la primera noticia de la marcha del rey había firmado la orden de prenderle donde quiera que se le encontrase.

La multitud no le había dejado salir de París, y obligándole a apearse, le había conducido, o más bien arrastrado, primero a la sección de los Fuldenses, y en seguida a la Asamblea Nacional.

El oficial expuso su comisión, y mostró la orden de Lafayette, que fue leída en medio de unánimes aplausos. Devolviósele sin demora, entregándole también un duplicado de la alocución que se acababa de votar, e invitándole a que marchase al instante, pero por diferente camino; pues se decía que durante la noche había pasado por Meaux un coche tirado de seis caballos. Este indicio, aunque débil, bastaba al terrible instinto del pueblo; de consiguiente, Romeuf tomó el camino de Meaux.

CAPÍTULO XV

SUMARIO.—Llegada de Romeuf a Varennes.—Su recibimiento.—El decreto de la Asamblea.—La reina.—Se espera a M. de Bouillé.—Prisión de MM. de Choiseul y de Damas.—Disposiciones militares de M. de Bouillé.—Royal-Allemand.—Ocho leguas a galope.—M. Deslons.—La guarnición de Verdun.—Bouillé llora de rabia.—Emigra el 22 de junio.—Veinte sueldos de renta.—Palabras de Robespierre.—Comisión de Latour-Maubourg, Petion y Barnave.—Salida de Varennes.—Asesinato de M. Duval.—Entre Dormans y Epernay.

Este era aquel jinete que corría por el camino de Varennes, mientras que Luis XVI saludaba asustado al pueblo, desde la ventana de la casa del síndico Sausse.

No bien la había el rey cerrado, cuando se oyó un gran ruido en la calle, y abriéndose en seguida la puerta, se presentó un oficial de la Guardia Nacional de París. Su semblante manifestaba el exceso del cansancio y la exaltación de la fiebre; sus cabellos estaban sin empolvar ni rizar, y su vestido, medio abierto, dejaba ver el pecho.

—¡Señor!, ¡señor! —exclamó—, ¡nuestras mujeres... nuestros hijos... van a ser asesinados! ¡Se están degollando en París! ¡No, señor, no pasareis de aquí: el interés del Estado!... ¡nuestras mujeres!, ¡nuestros hijos!...

Y la respiración le faltó: como el griego de Maraton, iba a ahogarse; solo que no era anunciando una victoria.

La reina le tomó de la mano, y mostrándole a madama Royale y al Delfín, que dormían juntos en la cama de M. Sausse, le dijo:

—Por ventura ¿no soy madre también? ¿No debo también temblar por mis hijos?

—¿Qué sucede?, ¿qué queréis? —preguntó el rey.

—Señor, soy portador de un decreto de la Asamblea.

—¿Dónde está?

—Vedle —contestó el ayudante de campo de Lafayette, cerrando la puerta.

Entonces (dice M. de Choiseul en su relato de la fuga de Luis XVI), vimos a M. de Romeuf apoyado en la ventana del cuarto, en el mayor desconcierto, con el semblante inundado de lágrimas, y mostrando en la mano un papel.

Acercose con los ojos bajos, y la reina le reconoció.

—¡Cómo! ¡Sois vos! —le dijo—. ¡Oh! nunca lo hubiera creído.

El rey se adelantó, y arrancándole el decreto de la mano, lo leyó.

—Ya no hay trono en Francia —dijo, y alargó el papel a la reina.

Esta lo recorrió con la vista; en seguida el rey, tomándolo de nuevo, lo volvió a leer, y lo dejó caer sobre la cama de sus hijos; pero la reina lo arrojó al suelo de un revés de su mano pálida y trémula, diciendo:

—No quiero que mancille el lecho de mis hijos.

Los municipales y el pueblo exhalaban un grito, al presenciar aquel acto de

desdén, y M. de Choiseul se dio prisa a recoger el decreto y ponerlo en la mesa.

—¡Oh! —dijo la reina—, ese es otro de los favores que tenemos que agradecer a vuestro general.

—Lejos de ser obra suya, Señora —respondió Romeuf—, poco ha faltado para que fuese víctima de vuestra marcha. El furor popular le ha constituido responsable de esta fuga, pues todos saben que si bien ama con pasión la libertad nacional, está lejos de ser enemigo del rey y de su familia.

—Lo es, sí, lo es —exclamó la reina—; no piensa más que en sus Estados Unidos y en su república americana. ¡Pues bien! ya verá lo que es una república francesa.

Advirtiendo entonces el dolor que sus palabras producían en el pobre joven, añadió:

—Os recomiendo para cuando hayamos marchado, a MM. de Choiseul, Damas y Goguelas.

En efecto, la partida debía verificarse sin tardanza. M. de Romeuf, al llegar, había visto el coche con el tiro puesto, y por segunda vez se había invitado a los presos a bajar.

Fue preciso decidirse. El rey se aprovechaba de cualquier obstáculo, contando los minutos. ¿Qué hacía M. de Bouillé? Sin duda estaría ya en marcha; y cada instante ganado era para Luis XVI una esperanza más de verse libre.

Al tiempo de bajar, una de las camaristas fingió desazonarse, y la reina declaró que nadie en el mundo la obligaría a partir sin ella.

—Que se quede si gusta —dijo un hombre del pueblo—, yo me llevo al Delfín.

La reina, al oírle, se adelantó, y tomando al niño en sus brazos, acabó de bajar. Subieron en seguida al coche, y los tres guardias de corps iban en el pescante, pero no atados, como se ha dicho, pues hubiera sido inútil: cuatro mil hombres escoltaban a los presos a su salida de Varennes.

En medio de la confusión, se pudo conseguir que huyese M. de Goguelas pero MM. de Choiseul y de Damas fueron conducidos con Romeuf a las cárceles del pueblo.

Mientras que el rey sudaba su agonía, como Cristo; mientras que la reina pasaba de la súplica a la cólera, y madama Isabel recibía todos aquellos padecimientos como emanados de Dios, esto es, con la resignación de una santa; mientras que los niños dormían en la cama del síndico y eran bendecidos por una pobre anciana ¿qué hacía M. de Bouillé, esperado con tanta impaciencia toda una larga noche por el nieto de aquel rey que decía: *casi se me ha hecho aguardar?* Hallábase en Dun, donde había pasado la noche, sumido en una inquietud mortal. A ese de las tres de la mañana dejó su puesto y se dirigió a Stenay, centro de sus cuarteles, desde donde podía circular órdenes a todos los puntos de la circunferencia. Entre las cuatro y las cinco vio llegar sucesivamente a su hijo, a M. de Regecourt y a M. de Rodwel, aquel joven comandante de los húsares de Varennes que había logrado escaparse; y entonces supo todo.

Inmediatamente mandó al regimiento Royal-Allemand que fuese a reunirse con él, a M. Klingling que marchase con dos escuadrones sobre Stenay para contener la población y enviase un batallón de Nassau a Dun, encargado de guardar el paso del Meuse, al regimiento de Castilla que con la mayor prontitud se dirigiese a Montmedy, y por último, a los destacamentos que estaban en Monzon y en Dun que avanzasen contra Varennes y atacasen desde el momento de llegar.

Tomadas estas disposiciones, esperó al Royal-Allemand, que llegó al cabo de una hora. M. de Bouillé, saliendo a recibir al regimiento, gritó:

—¡Soldados! el rey ha sido detenido por los patriotas; cuento con vosotros para sacarle de entre sus manos.

Un grito de *¡Viva el rey!* contestó a esta breve alocución. En seguida M. de Bouillé distribuyó trescientos o cuatrocientos luses que llevaba, y partieron a galope.

Con aquel regimiento se podía contar. Corrió ocho leguas, atravesando de día poblaciones armadas y amenazadoras. En el camino encontró a un húsar que venía de Varennes.

—¿Dónde está el rey? —preguntaron todos.

—Se marcha.

—¡Qué decís!... ¡Se marcha!

—Se le llevan...

—¿A dónde?

—A París.

—¡Adelante! Y todo el regimiento pasó como un torbellino.

Ya se acordarán los lectores de M. Deslons, que había conseguido penetrar hasta el cuarto del rey, a quien halló tan abatido. Después, conforme a la promesa de M. de Sigismont, comandante de la Guardia Nacional, pudo reunirse con su regimiento sin que nadie le molestase; y en el momento mismo en que el marques de Bouillé marchaba contra Varennes, Deslons se ocupaba en intentar el último esfuerzo, haciendo entrar en el pueblo a un brigadier con orden a los húsares, que permaneciesen fieles, de atacar por dentro mientras él lo verificaba por fuera; pero, no habiendo logrado el brigadier penetrar hasta M. de Boudet, a quien iba dirigida la orden, nada de esto tuvo efecto.

Dieron las ocho; hora en que salía el rey y su familia de Varennes, acompañados de una numerosa escolta, y en que el conde Luis de Bouillé, hijo primogénito del marques, se reunía con M. Deslons.

No había momento que perder; era preciso jugar el todo por el todo. Vadearon, pues, el río, y los húsares, creyéndose ya libres de aquel obstáculo, lanzaron sus caballos a escape; pero, a los cien pasos encontraron un canal profundo, imposible de salvar. Fueles preciso retroceder, e ir a reunirse a M. de Bouillé, que, al frente del regimiento procedente de Monzon, peleaba en un bosque cercano con la Guardia Nacional: esta, al ver llegar un refuerzo a sus contrarios, emprendió la retirada.

—¡A Varennes!, ¡a Varennes! —gritó M. de Bouillé a los recién venidos.

—Hace una hora que el rey ha salido de allí —respondieron estos.

—No importa; atravesemos por Varennes, pues que no hay otro paso: es preciso alcanzar al rey a todo trance.

Reuniéronse al Royal-Allemand, mandado por M. Hoffelize, y se dio orden de marchar contra Varennes.

—Pero Varennes —dijo M. Deslons—, está llena de barricadas, y el puente roto por dos partes.

—Nuestros caballos, añadieron los dragones, están rendidos; ya no los podemos sostener sino con las rodillas y la brida.

—Apeémonos entonces —dijo M. de Bouillé—, y tomemos a pie las barricadas.

Los dragones echaron pie a tierra; pero en aquel momento se anunció que iba a serles interceptado el paso por la guarnición de Verdun, que se adelantaba con artillería.

Este fue el último golpe. El marques de Bouillé, llorando de rabia, envainó su espada. Había esperado escribir en el libro de la historia: *El marques de Bouillé ha libertado a su rey*; y la mano de la fatalidad escribía: *El marques de Bouillé no ha podido salvar a su rey*. Y esto sin contar las acusaciones de incapacidad o las sospechas de traición que se agitan siempre en el ensangrentado cieno de las conspiraciones malogradas.

Había que escoger entre huir o caer en manos del enemigo; y este enemigo era toda la Francia. ¡Terrible lógica de las guerras civiles!

El marques condujo su regimiento a Stenay, y viendo que la Municipalidad trataba de prenderle, salió del pueblo, teniendo que atravesar la frontera sable en mano, pues ya había llegado hasta allí la orden de su arresto.

Con el marques de Bouillé desaparecía de Francia la última esperanza de Luis XVI.

Esto acontecía el 22 de junio, y a las 9 de la noche del propio día un ruido, semejante al estampido del trueno, resonó en la Asamblea. Formábalo la reunión o más bien el choque de estas tres palabras: *Ha sido preso*.

Hasta entonces solo había soplado el huracán; ¡estas tres palabras eran el rayo!

¿Qué iba a hacerse con el rey? ¿Qué iba a hacerse, sobre todo, con aquella reina, *que bebía la sangre como una Médicis y se prostituía como una Mesalina*, según había dicho Fréron?

¿Qué lista civil se asignaría a un hombre, cuya marcha había constituido a favor de cada ciudadano una renta de veinte sueldos, según dijo Lafayette al pueblo para librarse de sus manos? En efecto, había veinte y cinco millones de franceses, y el rey tenía justamente veinte y cinco millones de lista civil.

El primer sentimiento que experimentó la Asamblea fue sin duda el deseo de salvar el trono; aún se creía en él. En la víspera de aquel día fue cuando Robespierre, hallándose en casa de Petion, preguntó a Brissot, el cual le había dicho que iba a escribir en un nuevo periódico titulado: *El Republicano*. «¿Qué es República?».

A continuación insertamos el decreto de la Asamblea.

La Asamblea Nacional, oída la lectura de las cartas y demás documentos que le han dirigido las Municipalidades de Varennes, Sainte-Menehould y Châlons, decreta que se tomen las medidas más activas y enérgicas para proteger al rey, al heredero presuntivo de la corona, y a las demás personas de la familia real que les acompañan, y asegurar su retorno a París.

Ordena que para la ejecución de estas disposiciones, MM. Latour-Maubourg, Petion y Barnave se trasladen a Varennes y demás puntos que estimen necesarios, con el título y carácter de comisionados de la Asamblea Nacional.

Les confiere poder para disponer de los guardias nacionales y de la tropa de línea, para dar órdenes a las cuerpos administrativos y municipales, y a todos los empleados militares y civiles; y en general, para hacer y mandar todo cuanto incumba al desempeño de su comisión.

Les recomienda especialmente, que cuiden de que se guarde, cual corresponde, el respeto debido a la dignidad real.

Decreta, además, que acompañe a los comisionados M. Dumas, ayudante general del ejército, como encargado de hacer ejecutar las órdenes de los mismos.

Después de este decreto, se dictó el siguiente:

1.º Tan luego como llegue el rey al palacio de las Tullerías, se le dará provisionalmente una guardia, que, bajo las órdenes del comandante general de la Guardia Nacional de París, vele por su seguridad y responda de su persona.

2.º Se dará, también provisionalmente, al heredero presuntivo de la corona, una guardia particular, bajo las órdenes del mismo comandante general, y se le nombrará un ayo por la Asamblea.

3.º Todos los que han acompañado a la familia real serán presos e interrogados. Se recibirá declaración al rey y a la reina, procediendo en todo con suma diligencia, a fin de que la Asamblea adopte las resoluciones que estime necesarias.

4.º Se dará provisionalmente una guardia a la reina.

5.º Hasta que otra cosa se disponga, la orden expedida el 21 del corriente, facultando al ministro de Justicia para estampar el sello del Estado en los decretos de la Asamblea, sin necesidad de la sanción o de la aceptación del rey, continuará ejecutándose en todas sus partes.

6.º Los ministros y comisionados del rey para entender en lo relativo a la Tesorería Nacional, a la caja de lo extraordinario, y a la dirección de liquidación, quedan también autorizados provisionalmente a fin de que continúen ejerciendo, cada uno en su ramo y bajo su responsabilidad, las funciones del poder ejecutivo.

El presente decreto se publicará inmediatamente, al son de trompeta, en todos los barrios de la capital, conforme a las órdenes del ministro de lo Interior, transmitidas al directorio del departamento de París.

Al salir la familia real de Varennes la custodiaban, según ya se ha dicho, tres o cuatro mil guardias nacionales, cuyo número llegó luego hasta diez mil; y como estos iban a pie, el coche terna que andar muy despacio. El viaje duró seis días, que fueron otros tantos de agonía empleados para llegar a ese otro Gólgota, llamado las Tullerías.

Durante la primera jornada, mientras aun alimentaban esperanzas ¡cosa extraña! los ilustres fugitivos parecían abrumados por la vergüenza, las amenazas y el calor: al través del polvo que levantaba a su alrededor aquella multitud armada, se les hubiera tomado más bien por reos, llevados al patíbulo, que por soberanos a quienes se conducía a su palacio; pero el segundo día, cuando se encontraron frente a frente con la desgracia, sin ninguna esperanza de salvación, el alma de la reina, un instante abatida, recobró su fuerza, y la comunicó, como de costumbre, a todas las personas que la rodeaban. Por lo demás, un solo incidente, aunque terrible, turbó la tranquilidad de los viajeros.

Más allá de Sainte-Menehould, un noble, de edad avanzada, que poseía una hacienda cerca del pueblo, M. Duval, conde de Dampierre, llegó con mucho trabajo hasta el coche; allí se descubrió, y derramando lágrimas pidió permiso a la reina para besarle la mano. Ella no se atrevía a alargársela, porque sabía que su mano daba la muerte: hízolo al fin; pero antes de que él la tocara, fue arrebatado, asesinado, despedazado y arrojado, como una masa informe, bajo las ruedas del coche, que faltó poco para pasarle por encima.

Entre Dormans y Epernay encontraron los fugitivos a los comisionados de la Asamblea, Barnave, Petion y Latour-Maubourg, que representaban los tres matices de la opinión pública.

Latour-Maubourg, era republicano del temple de Lafayette; Petion, republicano sincero, quería la república con todas sus consecuencias, y Barnave que, como Mirabeau, había sentido algunos ímpetus realistas, no necesitaba quizá más que de esta coyuntura para que la lástima que le inspiraba la reina se convirtiese en adhesión.

Detúvose el coche, y en medio del camino y de la multitud que devoraba con los ojos a aquellos tres hombres, cuyos nombres habían adquirido ya celebridad, leyó Petion a la familia real el decreto de la Asamblea, que les mandaba velar por la seguridad del rey, y cuidar de que se guardase el respeto debido al trono, representado en su persona.

Concluida la lectura, Barnave y Petion subieron al coche en que iba el rey, teniendo que dejar su puesto madama de Tourzel, que con M. de Latour-Maubourg pasó al carruaje de la servidumbre.

La reina había querido oponerse a este arreglo, porque prefería tener a su lado a M. de Latour-Maubourg, a quien ya conocía un poco; pero este, acercándosele al oído, le dijo:

—Señora, cuando admití la triste comisión que me acerca a V. M., fue con la esperanza de ser útil al rey. V. M. puede, pues, contar conmigo como con el más fiel de sus súbditos; pero no acontece lo propio respecto de Barnave, que es un individuo muy importante de la Asamblea, y ejerce en ella grande influencia. El ir en el coche del rey lisonjeará su vanidad, lo cual es importante, como también que a la reina se le proporcione ocasión de conocerle más particularmente. Así, suplico a V. M. tenga a bien le ceda mi puesto, y que yo ocupe uno en el coche de la servidumbre con madama de Tourzel.

La reina dio las gracias a M. de Latour-Maubourg con una sonrisa. Iba a volver a ser mujer: seducir a Barnave era además una distracción; si bien se necesitaban circunstancias como aquella para que María Antonieta se tomase la molestia de seducir a un simple abogado de Grenoble.

Barnave, que era delgado, se colocó entre el rey y la reina, y Petion entre madama Royale y madama Isabel. El Delfín iba alternativamente en el regazo de su madre, de su tía o de su hermana.

CAPÍTULO XVI

SUMARIO.—Barnave.—El velo.—Profesión de fe.—Petion.—Sus modales ordinarios.—El eclesiástico.—Movimiento de Barnave.—El velo levantado.—Descanso.—El hombro de Petion.—El delfín con Petion.—Los botones del vestido.—La divisa.—Llegada a Meaux.—Palacio de Bossuet.—Las dos conferencias.—La reina y Barnave.—El rey y Petion.—Los guardias de Corps.—La oferta no aceptada.—El 25 de junio.—¡Qué abismo en cinco días!—Los carteles.—Entrada por los Campos Elíseos.—Los fusiles a la funerals.—Pregunta y respuesta.—Una voz de la multitud.—Palabras de M. Guillermy.—Peligro de los guardias de Corps.—Las camaristas de la reina.—La hermana de madama Campan.—El insultador público.—El 11 de julio, apoteosis de Voltaire.

Un ligero incidente se opuso a la resolución da la reina con respecto a Barnave.

Al ir este a tomar asiento, fijó la vista en los tres guardias de corps, miró en seguida a la reina, y una leve o irónica sonrisa movió apenas sus labios. Hablase dicho que uno de aquellos guardias era M. de Fersen, el cual pasaba entonces por el amante de María Antonieta; así, aquella sonrisa le traspasó el corazón, se bajó el velo y manifestó estar decidida a no pronunciar una palabra.

Pero Barnave era hermoso, joven, cortés, de maneras francas, y sentía un profundo respeto hacia el infortunio que tenía ante sus ojos; de consiguiente, no podía menos de borrar pronto aquella primera y mala impresión; tanto más cuanto que, a excepción de la sonrisa mencionada, ninguna falta hubo que achacarle. El rey no tardó en dirigirle la palabra, versando la conversación sobre los acontecimientos políticos: Luis hizo su profesión de fe como rey; Barnave como patriota, y Petion como republicano.

Petion era todo lo contrario de Barnave; aunque naturalmente bondadoso y no desprovisto de cierta sensibilidad afectada, muy de moda en aquella época, se creyó obligado a recurrir, en la circunstancia en que se hallaba, a la parte de dureza que había en su carácter.

A todas las preguntas que le hacía el rey, respondía: *Estoy por la República*; y mientras que Barnave, con una urbanidad exquisita, con una delicadeza admirable, contestaba al rey acerca de las cuestiones más acaloradas del momento, Petion decía a madama Isabel algunas chanzas triviales que la virgen aparentaba no comprender, o algún chiste antireligioso que la santa rechazaba.

Tuvo sed, y advirtiendo que junto a madama Isabel había un vaso y una botella con agua, tomó el vaso, y sin excusarse ni pedir permiso alguno, lo alargó a madama Isabel para que le echase de beber.

La casualidad debía ofrecer a los dos comisionados una ocasión en que resaltase la diferencia que existía entre ambos. Un eclesiástico se acercó al coche, como había hecho antes M. Duval, para presentar a los reyes el homenaje de su respeto, y lo mismo que aquel, iba a pagar con el martirio su adhesión al trono, pues ya se

levantaban las culatas y salían a relucir los cuchillos, cuando Barnave, lanzándose a la portezuela, gritó:

—¡Franceses!, ¡nación de héroes!, ¿vais a convertirlos en un pueblo de asesinos?

El movimiento de Barnave había sido tan rápido, tan vehemente, tan apasionado, que madama Isabel le contuvo por el faldón de la casaca, y la reina prorrumpió en un grito de terror.

Petion no hizo un solo movimiento, no pronunció una sola palabra. Desde entonces María Antonieta, como mujer y como reina, concedió en su estimación a cada uno de ellos la parte que merecía. Levantose, pues, el velo, sin que necesitemos añadir que no le indujo a obrar así Petion.

Antes de llegar los comisionados, el rey y su familia habían comido siempre solos. La primera vez que se detuvieron, después de habérseles reunido aquellos, no se alteró en nada el servicio, disponiéndose todo en el mismo orden seguido hasta entonces; pero el rey y la reina creyeron deber invitar a los comisionados a comer con ellos. Petion aceptó, sin imaginar que se le hacía un favor; pero Latour-Maubourg, y Barnave sobre todo, se resistieron largo tiempo. Este último quería permanecer en pie y servir al rey; más una mirada de la reina le obligó a decidirse, y hasta la conclusión del viaje los tres comisionados siguieron sentándose a la mesa con la familia real.

La reina, como hemos dicho antes, además de la necesidad que creía tener de Barnave, había mudado de opinión respecto de él; si bien es justo decir que el diputado hacía todo lo posible a fin de agradar a María Antonieta: heredero de Mirabeau en la tribuna, a lo menos así lo creía, ambicionaba ocupar en la confianza de la reina el lugar que había ocupado el célebre orador. ¡Pobre joven! ignoraba que aquel lugar le había sido concedido entre el temor y el desprecio.

Continuaban acercándose a París; el calor era insoportable, como acontece en junio, y al par que abrasaba la frente, encendía los ánimos; el sol hacía centellear el camino, reflejándose en las picas y las bayonetas. Madama Isabel, cediendo a la fatiga, al calor, a dos noches pasadas en claro, a tres días de continuo llanto, se durmió, y al dormirse dejó caer la cabeza en el hombro de Petion.

Sin duda por eso dice este, en la relación inédita que ha dejado del viaje a Varennes, que madama Isabel se había enamorado de su persona, o que por lo menos, según la frase de moda en el lenguaje de la época, *había cedido a la naturaleza*.

Aquello le alentó, aunque no era hombre que necesitaba de estímulo. El Delfín, que empezaba desde entonces su aprendizaje de preso, y que debía pasar de las manos de Petion a las de Simon, andaba de un lado a otro del coche. Una vez se detuvo junto a Petion; el cual principió por acariciarle paternalmente y acabó tirándole de las orejas y del pelo.

La reina arrancó al niño de sus manos le sentó en las rodillas de Barnave. Este llevaba el uniforme de representante, cuyos botones tenían escrita una divisa, que el niño, después de muchas dificultades, consiguió leer; decía así: *Vivir libre o morir*.

La reina miró a Barnave con los ojos arrasados de lágrimas. ¡Pobre reina, o más

bien, pobre mujer! quizá había sido más hermosa, pero de seguro jamás se había mostrado más digna ni más tierna. El corazón de Barnave sintió una viva opresión.

Habían pasado la primera noche en Châlons, la segunda en Dormans, y Barnave, que comprendía el suplicio que debía ser para la reina aquella marcha tan lenta, en medio del calor, del polvo, de las amenazas, de la curiosidad, decidió con sus dos colegas que en adelante no hubiese más que una escolta de caballería, dando por pretexto la necesidad de ir más ligeros, pues podrían ser perseguidos; pero, en realidad, no era sino porque querían abreviar el camino y de consiguiente el calor.

Al tercer día llegaron a Meaux, y la familia real se apeó en el palacio episcopal, que es al mismo tiempo el palacio de Bossuet. Poco más de un siglo hacía que aquella voz elocuente había exclamado: *¡Madama está muriendo! ¡Madama ha muerto!*

La muerte de *Madama* era un grande acontecimiento en el reinado de Luis XIV; si hubiese muerto en la época a que hemos llegado, nadie la echara de ver.

Aquel palacio era sombrío, digno resto de tiempos más antiguos, grande como lo pasado, sencillo, con su escalera de ladrillo y su jardín rodeado de muros ya viejos. Todavía se enseña hoy el gabinete de aquel grande hombre; y en el jardín se ve aún la severa calle de acebos que a él conducía.

Allí se verificaron dos conferencias: madama Campan refiere la que pasó entre la reina y Barnave; y Valori la que tuvieron el rey y Petion. Ni Barnave ni Petion hablan una palabra de esto; por el contrario lo niegan: razón más para creer en su certeza.

—Petion, dice Barnave, me recomendó dijese que nunca nos separamos durante el camino.

Si Petion y Barnave no se hubiesen separado, Barnave lo habría dicho sin necesidad de tal recomendación. Creamos, pues, a madama Campan y no a Barnave, a M. de Valori y no a Petion.

A la reina le pareció aquel palacio tan hermoso, tan triste, tan conforme, en fin, con el estado de su corazón, que tomando del brazo a Barnave, hizo que este se lo enseñase. ¿Estaría representando con él un papel de comedia, como con Mirabeau? no lo creo.

Detuviéronse en la habitación de Bossuet.

—¡Ah! Señora —dijo Barnave—, ya que la casualidad me concede el honor de poder hablaros a solas un instante, permitidme que haga llegar por primera vez la verdad a vuestros oídos.

La reina no respondió, pero se puso a escuchar, y esto equivalía a una respuesta.

—¡Qué mal defendida ha sido vuestra causa! —continuó Barnave—, ¡qué ignorancia del espíritu de la época, de la índole del pueblo francés! Muchas veces he estado a punto de ir a ofreceros mis servicios.

—¿Y qué medios me hubierais propuesto?

—Uno solo, señora; haceros amar del pueblo.

—¡Ah!, ¿cómo había de adquirir ese amor, cuando todo conspiraba para privarme de él?

—Señora —respondió Barnave—, si yo, desconocido, oscuro, he alcanzado la popularidad ¿cuánto más fácil os hubiera sido a vos obtenerla, si hubieseis hecho o hicieseis aún el menor esfuerzo a fin de conservarla o de adquirirla nuevamente?



BAILLY.

El anuncio de que estaba pronta la cena interrumpió la conversación. Después de cenar, tocó su vez al rey y a Petion.

Este habló aparte al rey y le propuso que los tres guardias de corps huyesen disfrazados de guardias nacionales. Antes Barnave les había dicho que se trasladasen a uno de los coches de la servidumbre y se mudasen de vestido; pero los guardias experimentaban cierto orgullo en permanecer, en aquel puesto y conservar su traje, por lo mismo que los exponía a la cólera del pueblo.

Volvamos a la propuesta de Petion. Era, como se ve, digna de un buen ciudadano, y sobre todo de un corazón recto, e indicaba a la par amor al pueblo y misericordia del prójimo. ¿Quién podía calcular lo que sucedería al entrar en París?

El rey desechó la oferta, no porque le hubiese ocurrido la loca idea de que se trataba de alejar a los guardias para hacerlos asesinar, sino porque no quería deber nada a Petion.

* * *

Llegó el 25 de junio en que debía volver a entrar el rey en París, después de una

ausencia de cinco días. ¡Cinco días!, ¡qué abismo se había abierto en tan corto plazo!

Un considerable destacamento del ejército de París, mandado por Mathieu Dumas, aguardaba al rey fuera de la población con objeto de conducirlo a la capital, y evitar cualquier desgracia que pudiera sobrevenir a los fugitivos. También se habían fijado en todas las paredes carteles concebidos en estos términos:

—*El que aplauda al rey llevará una paliza y el que le insulte será ahorcado.*

La entrada pudo, y aun debió hacerse por la calle de Saint-Martin; pero era necesario dar una satisfacción al pueblo; de consiguiente, la comitiva mudó de dirección y entró por los Campos Elíseos. Quizá se decidió así, por inspirar menos temor aquel ancho paseo de árboles que las calles llenas de obstáculos que hubiera sido preciso atravesar siguiendo la de Saint-Martin, los baluartes y la calle de Richelieu. Además, la de Saint-Martin había adquirido celebridad desde el terrible asesinato de Berthier.

Todos habían conservado sus asientos: el rey y la reina ocupaban los ángulos, y les era fácil ocultarse a todas las miradas.

M. Mathieu Dumas, comandante de la escolta, tomó cuantas precauciones le sugirió su celo para disminuir el peligro. Los granaderos custodiaban el coche y cubrían con sus gorras las portezuelas; dos de ellos estaban colocados, según ya se ha dicho, a derecha e izquierda de los guardias de corps; y por último una línea de soldados a caballo rodeaba el todo de la comitiva, formando un segundo círculo.

El calor era excesivo, y la pesada berlina andaba lenta y lúgubre, como un carro mortuario. La escolta levantaba una nube de polvo, con lo que la respiración se hacía muy dificultosa. La reina dijo varias veces que se estaba ahogando, y el rey pidió y bebió vino. El sol, reflejado por millares de bayonetas, deslumbraba y abrasaba al mismo tiempo. La multitud cubría el suelo, los árboles, los techos: hallábase en todas partes, siguiendo a la comitiva con sus inflamados ojos; rugiendo sordamente como el mar antes de la tormenta; y peor que aquel sordo ruido, era el ver que nadie se destocaba, y contemplar la doble hilera de la Guardia Nacional que se extendía desde la barrera de la Estrella hasta las Tullerías, con las armas a la funerala, cual se acostumbra en un día de duelo.

Luis XVI observó que habían vendado los ojos a la estatua de la plaza de Luis XV, y preguntó que significaba aquello.

—La ceguedad de la monarquía —respondió Petion.

A pesar de la escolta y de su comandante, a pesar de los carteles que prohibían insultar al rey bajo pena de horca, el pueblo rompió dos o tres veces, durante el tránsito, aquella hilera de granaderos, débil e impotente protección contra ese elemento que no conoce diques, y que se llama la multitud. Siempre que esto sucedía, veía la reina presentarse en la portezuela del coche hombres de aspecto horrible: una vez fue tal su miedo que bajó los cristales.

—¿Por qué bajar los cristales? —gritaron diez frenéticos.

—Ved, señores —dijo la reina—, a mis pobres hijos en que estado se hallan. —Y

después de enjugar el sudor que les bañaba las mejillas, añadió—: ¡Nos vamos a ahogar!

—¡Bah! —respondió una voz—; eso no es nada; ya te ahogaremos de otro modo; no tengas cuidado.

Algunos episodios, en medio de tan terrible espectáculo, venían a consolar a la humanidad, colocando la religión a la altura del infortunio. M. Guillermy, individuo de la Asamblea, se mantuvo descubierto, no obstante los carteles, mientras pasaba el rey: quisieron obligarle a que se pusiese el sombrero, pero arrojándolo lejos de sí, exclamó: ¡Qué se atrevan a traérmelo!

Lafayette, con su estado mayor y a caballo, salió a recibir a la familia real, y se puso a la cabeza de la comitiva. La reina le gritó:

—M. de Lafayette, ante todo salvad a los guardias de corps.

Aquel grito no era inútil, pues el peligro crecía por momentos. El coche se paró en las gradas del gran terrado, y la reina recomendó entonces a Barnave los tres guardias, como lo había hecho a Lafayette. Este, por su parte, pensaba tan solo en proteger con su guardia el corto pero terrible paso que mediaba entre las tres gradas por donde se subía al terrado y la puerta del palacio.

La reina exigió que el rey y sus hijos saliesen primero; verificándose esto sin que nadie los molestase, pues la ira popular únicamente quería cebarse en los tres guardias de corps.

La reina, que iba a bajar en seguida, retrocedió al encontrarse en la portezuela a sus enemigos personales MM. de Noailles y de Aiguillon, aquel mismo Aiguillon del 5 y 6 de octubre. Hallábanse allí con buen fin, sin embargo, y comprendiendo que la menor vacilación iba a perderla, la cogieron de la mano o más bien la arrebataron de aquel sitio.

* * *

La reina creyó durante algunos segundos que iban a entregarla al pueblo o a encerrarla en alguna prisión. Pero, se engañaba; pues en pocos instantes se encontró al pie de la escalera principal de las Tullerías. Allí la esperaba otra angustia; angustia de madre, mucho más terrible que la de reina. Había desaparecido el Delfín. ¿Qué sería de él? ¿Se habría ahogado en medio del tumulto y del polvo? Se pusieron a buscarle, y al fin le hallaron durmiendo en su cama.

Habiéndoles llegado su turno a los guardias, Barnave quiso ser fiel a su promesa; y al efecto mandó a los nacionales cruzar las bayonetas por encima de las cabezas de aquellos infelices, que sin esto hubieran sido indudablemente destrozados.

Al entrar la reina en las Tullerías, la aguardaba un consuelo inesperado. Los centinelas habían negado la entrada en el palacio a cinco o seis camaristas. Una de ellas, hermana de madama Campan, pidió que se la oyese:

—Desde que tenía quince años —dijo—, estoy al servicio de la reina, que me ha

dotado y casado; la he servido mientras era poderosa y rica; ¿cómo queréis que la abandone ahora en la desgracia?

—Tiene razón —gritaron las verduleras—, es su ama y no debe abandonarla.

Se violentaron las puertas, las camaristas entraron en el palacio y pudieron recibir a la reina a su llegada.

Las vidas del rey y de la familia real quedaron aseguradas por el momento, lo cual fue un milagro, pues existía un odio terrible contra ellos. Véase sino el párrafo siguiente de un periódico de la época.

Algunos buenos patriotas, en quienes la adhesión al trono no ha apagado el sentimiento de la compasión, han mostrado cierta inquietud por el estado físico y moral de Luis XVI y de su familia, después de un viaje tan desgraciado como el de Sainte-Menehould.

Les rogamos que se tranquilicen: el rey, al entrar en su cuarto el sábado por la tarde, se halló tan bien como si volviera de una cacería agitada e infructuosa: devoró un pollo, como tiene de costumbre, y al día siguiente, acabada la comida, *jugó con su hijo*.

En cuanto a la esposa, *tomó un baño al llegar*; y en seguida *pidió calzado*, diciendo *que el de su viaje estaba roto*; se condujo perfectamente con los oficiales encargados de su guardia particular, y halló *ridículo e indecente verse obligada a dejar abierta la puerta de su sala de baño y la de su alcoba*^[2].

¡Ahí no es nada!, ¡un monstruo que comete la infamia *de jugar con su hijo*; una sibarita que *toma un baño al llegar*, después de cinco días de carruaje y tres noches de posada; una pródiga *que pide calzado porque el de su viaje estaba roto*; una Mesalina, en fin, que se conduce bien con los oficiales encargados de su guardia particular, y que encuentra *indecente y ridículo verse obligada a dejar abierta la puerta de su sala, de baño y la de su alcoba*!

La antigüedad tenía también sus insultadores públicos; pero los tomaba de entre los esclavos, no ocurriéndole que hombres libres consintiesen en desempeñar tan infame oficio.

Del 27 al 28 de junio la Asamblea expidió un decreto licenciando a los guardias de corps; otro, señalando al rey una guardia, que bajo las órdenes del comandante general de la Guardia Nacional parisiense, velase por su seguridad y respondiese de su persona; otro, dando una guardia particular a la reina; otro, mandando instruir sumaria sobre el acontecimiento del 21 de junio; al efecto nombró tres comisionados de su seno que recibiesen las declaraciones al rey y a la reina: MM. Tronchet, Andres y Duport; otro, para que continuasen suspendidas todas las atribuciones legislativas y ejecutivas del rey; últimamente, otro autorizando a los ministros para que siguiesen ejerciendo, cada uno en su respectivo ramo y bajo su responsabilidad, las funciones del poder ejecutivo.

El 14 de julio, día de la inhumación de la monarquía, tuvo lugar la apoteosis de Voltaire.

CAPÍTULO XVII

SUMARIO.—Barnave y Mirabeau.—Tristes presentimientos de la reina.—La Degollación de los Inocentes.—El retrato.—El trueno.—Las velas de cera.—El guardia nacional.—La princesa de Lamballe.—La sortija de pelo.—Las luchas.—No más monarquía.—El veto de Brissot.—La petición.—La Asamblea impopular.—Los Jacobinos.—Suspensión del poder ejecutivo.—17 de julio.—Los peluqueros.—Leonardo.—Debajo del altar de la patria.—Los dos tunos.—El barril de agua.—Terribles consecuencias de una broma.—Dupont.—El Campo de Marte.—Verrières, el Enano.—Fournier, el Americano.—Muerte del ayudante de campo.—Disparan contra Lafayette.—Robert.—Toma de las barricadas.—Los municipales Jacobo, Renaud y Hardi, en el Campo de la Confederación.

El extracto del diario de Prud'homme, que hemos insertado, nos ha hecho ver cual se hallaba el espíritu democrático en Francia. Hasta la reina se sintió herida en la cabeza y en el alma, y llegó a dudar un instante; si bien es verdad que Barnave entró por algo en ello. Aunque hija de Césares y esposa de un Borbon, era ante todo mujer: esto fue precisamente lo que la perdió; pero será también lo que la disculpe.

La primera vez que vio a madama Campan se apresuró a decirle:

—Perdono a Barnave; un sentimiento de amor propio, que no me atrevo a condenar, le ha hecho aplaudir cuanto pudiera facilitar el camino de la gloria y los honores a la clase en que ha nacido: si recobrásemos nuestra autoridad, no habría perdón para los nobles que se han echado en brazos de la revolución; pero el de Barnave está escrito de antemano en nuestra alma.

De donde resulta que Barnave había conseguido un feliz éxito; pues sino era tan estimado como Mirabeau por la Asamblea, poseía el aprecio de la reina en mayor grado que aquel; y una cosa compensaba la otra. Entre ambos había la diferencia, honrosa para Barnave, de que Mirabeau se había vendido, mientras que él se había entregado. Por esto el primero no vio más que una vez a la reina, al paso que Barnave podía verla a menudo, según lo convenido; faltando solo que se presentasen ocasiones a propósito.

Los presentimientos de un destino fatal que comenzaron con el nacimiento de María Antonieta, que la siguieron a Francia, que acababan de asustarla en las Tullerías y que debían acompañarla hasta el patíbulo, motivaron quizá la viva impresión que experimentó la altiva hija de María Teresa, basta el punto de disculpar a Barnave porque un sentimiento *que no se atrevía a condenar*, le hubiese inducido a aplaudir cuanto facilitaba el camino de los honores. Tales presentimientos, a haber sido feliz, no le llamaran la atención, o los hubiera despreciado; pero sumida en la desgracia, la colmaban de espanto.

Recordaba que había nacido el 2 de noviembre de 1755, día del terremoto de Lisboa; que la tapicería del aposento donde primero se detuvo, al pisar el suelo de Francia, representaba la degollación de los inocentes; que madama Lebrun le había

retratado en la misma posición que tenía Enriqueta de Inglaterra, mujer de Carlos I; que al poner el pie en el primer escalón de la gradería del patio de mármol de Versalles, la había hecho estremecer un trueno tal que M. de Richelieu, que iba a su lado, sacudió la cabeza, diciendo: *mal presagio*; en fin, que algunos días antes de la fuga del 21 de junio, estando al tocador, alumbrado este por cuatro velas de cera, se apagaron tres, una después de otra, por sí solas; entonces dijo en alta voz como para tranquilizarse:

—No me da cuidado de lo que acaba de suceder a esas tres velas; pero si la cuarta se apagase también, desgraciada de mil y también esta última se apagó.

Juzgábase muy desgraciada en aquel palacio de las Tullerías, donde la Guardia Nacional, asustada de su responsabilidad, no la perdía de vista; donde tenía que dejar abierta su sala de baño y su alcoba; donde, habiendo cerrado una vez las cortinas de su lecho, un guardia nacional las abrió, por temor sin duda de que se escapase por entre la cama y la pared; donde, en fin, habiendo ido el rey a visitarla una noche a la una de la madrugada y queriendo cerrar la puerta del cuarto, el centinela la abrió tres veces consecutivas, diciéndole:

—Cerradla cuantas veces queráis, que yo me encargo de abrirla otras tantas.

Era, ciertamente, muy desgraciada; pero, podía serlo más todavía.

Tuvo en aquellas circunstancias la suerte de recobrar una amiga, la princesa de Lamballe, con quien tan mal se había portado. La pobre saboyana necesitaba tanto amar a alguien, ya que no había podido amar a su marido, que todo se lo perdonó; y al ver blancos sus hermosos cabellos, antes tan rubios, prorrumpió en llanto. La reina se cortó un rizo, lo mandó poner en un anillo, y se lo regaló con esta cifra: *Encanecida por la desgracia*.

Hubo para ella un instante de esperanza, notando las disposiciones monárquicas de la Asamblea; pero, consistió en que no sometía sus cálculos, o más bien sus creencias a la inevitable lógica de los sucesos, a la marcha fatal de las cosas.

La primera lucha se había verificado entre la Asamblea y la Corte; quedando vencedora la Asamblea; la segunda entre los constitucionales y los aristócratas, siendo estos los vencidos. Iba a empezar la tercera entre los constitucionales y los republicanos; y estos Hércules, aun en la cuna, formulaban en sus primeros vagidos el terrible principio ¡NO MÁS MONARQUÍA! que era poco más o menos lo que había dicho Petion en el coche del rey.

Los tres comisionados que la Asamblea había nombrado para interrogar a Luis XVI, se empañaron inútilmente en demostrar que no había lugar ni a la formación de causa ni a declarar su destitución; pues, aunque la Asamblea adoptó el dictamen, le negó su sanción el club de los Jacobinos.

Brissot, autor de *El patriota francés*, redactó una exposición, a nombre del pueblo, declinando la competencia de la Asamblea, y apelando a la soberanía nacional; pues Luis XVI se debía considerar destituido, en el mero hecho de haber intentado fugarse: pedía por lo mismo su reemplazo.

Anuncióse que el día 17 de julio se depositaría esta petición en el Campo de Marte, sobre el altar de la patria, para que cada cual la firmase o no, según fuese su voluntad.

En todo esto no había nada que no fuese lógico, y aun si se quiere legal; pero ¿qué le importaba de ello a la Asamblea? Es propio de esta clase de corporaciones creer que están siempre como acabadas de nombrar, no marchar con los acontecimientos, considerándose sin embargo a su altura, y pretender que representan al pueblo, aun cuando no se cuiden de seguirlo en sus transformaciones.

La Asamblea había perdido su popularidad; conocíalo hacía días; pero era ya demasiado tarde para pensar en tomar otro rumbo, y además creía que el emprendido por ella era excelente. El asunto del Campo, de Marte iba, sin embargo, a darle que hacer.

Algunos Jacobinos, considerando que la proposición de *no reconocer en adelante a Luis XVI ni a ningún otro rey*, no pasaría sin excitar tormentas, quisieron poner la legalidad de su parte, y se trasladaron de consiguiente a la Municipalidad, llevándose de paso a Camilo Desmoulins, como persona autorizada. Solo estaba allí el síndico primero: ellos pretendieron hacerle creer que les había prometido que se firmaría la petición, pero el síndico sostuvo lo contrario.

Convencida la Asamblea de que al menor descuido suyo los republicanos, lejos de abstenerse de obrar, llevarían a cabo su intento, decretó a las nueve de la noche del día 16, que *la suspensión* del poder ejecutivo duraría *hasta que* el rey aceptase la Constitución que debía serle presentada. De este modo el monarca subsistía como tal: lo demás era pura cuestión cronológica. Ahora bien, todos aquellos que después de publicado este decreto, presentasen a la firma una petición para *no reconocer a Luis XVI ni a ningún otro rey*, se reputarían facciosos y perturbadores de la tranquilidad pública; y para que nadie alegase ignorancia, se mandó fijar a las ocho en punto de la mañana del día siguiente a son de trompeta.

Una chanza obscena, pero sin mezcla quizá de ningún antecedente siniestro, convirtió aquel día en uno de los que ensangrentaron la revolución; aunque, a la verdad, según todas las probabilidades, lo hubiera ensangrentado también sin ella.

Entremos en sus pormenores; por miserables que nos parezcan, los acontecimientos de que fueron causa se encargarán de engrandecerlos.

El gremio de peluqueros fue uno de los que más se perjudicaron con la revolución. En tiempo de las Pompadour, las Dubarry y aún de María Antonieta, formaban un poder, y tenían de consiguiente su aristocracia, sus privilegios. Llevaban espada, aunque muchas veces se reducía a un simulacro, pues, o la hoja era de palo o no había hoja ninguna, sino solo el puño adherido a la vaina. Leonardo, peluquero de la reina, había adquirido una verdadera importancia: a él fue a quien María Antonieta confió sus diamantes, cuando emprendió la fuga a Varennes, y cual otro Saint Simon o M. de Bezenval, Leonardo nos ha dejado sus Memorias. Hacía ya tiempo que los negocios iban de mal en peor para el precitado gremio: todo propendía a

simplificarse; y Taima acababa de darle el último golpe con la creación del papel de Tito, que había dado su nombre a una moda. Así pues, los más furibundos enemigos del nuevo régimen, esto es, del régimen revolucionario, eran los peluqueros.

Además, su frecuente roce con la alta aristocracia, la necesidad de tener entre sus manos horas enteras las cabezas de las más lindas damas de la corte, las conversaciones que trababan con ellos los petimetres acerca de sus felices aventuras, debidas en mucha parte al peinado, todo contribuía a su relajación.

El sábado por la noche un peluquero, seguro de no tener en que ocuparse al siguiente día, resolvió colocarse bajo el altar de la patria; pues, como Olimpia de Gouges principiaba ya a proclamar los derechos del bello sexo, era de creer que muchas lindas patriotas viniesen con sus hermanos, esposos o amantes, a firmar la petición, y nuestro observador, agujereando las tablas por medio de una barrena, conseguiría pasar el tiempo agradablemente. No era egoísta que digamos, y así comunicó su plan, invitándole para que le acompañase, a un viejo, amigo suyo, cuyas opiniones y costumbres le eran conocidas. Consintió este; pero, a fuer de hombre precavido, calculó que no bastaba el regalo de los ojos, y propuso llevar consigo dos botellas de vino y un barril de agua: el peluquero aceptó. Marcharon ambos antes de amanecer; levantaron una tabla, introdujéronse debajo del altar, volvieron a ajustar aquella, y comenzaron su trabajo.

Desde que despuntó la aurora, pareció cobrar vida el Campo de Marte con la afluencia de vendedoras de pastelillos y limonadas, que acudían en la inteligencia de que el patriotismo excitaría el hambre y la sed de los signatarios. Una de ellas, cansada de pasearse por el terraplén, subió al altar para ver de cerca el cuadro que representaba el triunfo de Voltaire; y de improviso sintió penetrar un instrumento en la suela de su zapato. Gritó, llamó en su ayuda, aseguró que había malhechores debajo del altar: un aprendiz corrió a buscar la guardia del Gros-Caillou, que no se movió de su sitio, y a falta de soldados, vino rodeado de obreros, provistos de sus herramientas. Inmediatamente se practicó una abertura, y los dos tunos, que aparentaban dormir, cayeron en el garlito. Sacóseles de su escondite; y a pesar de lo profundo de su sueño, les fue preciso despertar, explicar su presencia en aquel sitio, y justificar sus intenciones. Confesaron de plano; pero su declaración hizo ruborizarse a las damas del Gros-Caillou: las más de ellas eran lavanderas, acostumbradas a manejar la pala. En aquel momento, un aficionado que se deslizó a su turno debajo del altar para ver como se estaba allí, tropezó con el barril de agua y se puso a gritar que era de pólvora, y que aquellos miserables tenían encargo de prenderle fuego para acabar con los patriotas. El peluquero y el anciano gritaron a su vez con todas sus fuerzas, que el barril contenía agua y no pólvora; y aunque era muy sencillo cerciorarse, desfondándolo a la vista de todos, creyose más breve matar a aquellos dos infelices, cortarles las cabezas y pasearlas en triunfo, clavadas en la punta de una pica.

Sucedía todo esto justamente cuando se estaba proclamando con gran ceremonial

el decreto de la Asamblea, por el cual se conservaba al rey al frente del poder ejecutivo; y como a la Asamblea le interesaba dar un golpe de Estado que hiriese a los Jacobinos, luego que supo el asesinato del peluquero y su amigo, procuró aprovecharse de la ocasión.

—Señores —dijo el presidente—, acaban de asegurarnos que dos buenos ciudadanos han perecido en el Campo de Marte por querer sostener, ante una cuadrilla de amotinados, la necesidad de mantener la ley.

El presidente, que planteaba de este modo la cuestión, era Duport, uno de los primitivos Jacobinos, a quien habían dejado tan atrás Robespierre, Brissot y Santerre. Regnault de Saint-Jean d'Angely, corroboró la noticia dada por el presidente, y añadió algunos pormenores.

—Dos guardias nacionales —dijo—, fueron los que reclamaron la ejecución de la ley. Pido que se decrete la ley marcial: preciso es que la Asamblea declare culpados de lesa nación a los que inciten al pueblo a resistir, sea per escritos individuales o colectivos.

En el acto la Asamblea, conmovida hondamente con aquella noticia, que tan disfrazada se ofrecía a su consideración, decretó que el presidente Duport y el corregidor Bailly se asegurasen de la verdad de los hechos, para tomar, si resultaban tales como habían sido referidos, medidas rigurosas que cortasen el mal. Robespierre, que asistía a la sesión, corrió a advertir a los Jacobinos de lo que contra ellos se tramaba. En el club encontró, a lo más, treinta personas, y Santerre fue enviado con orden de que se retirase la petición.

A horas de medio día principió a acudir gente al Campo de Marte; madama Roland llegó a la sazón: gruesos destacamentos de tropas con artillería circulaban por la plaza, a causa de los asesinatos que dejamos referidos; pero, como los recién llegados no tenían nada que ver con los asesinos del Gros-Caillou, poca mella les hacían las tropas ni sus cañones. Estos y aquellas se marcharon al fin, conociendo su inutilidad; y quedaron alrededor del altar de la patria unas doscientas o trescientas personas, entre ellas Robert y su esposa, madama de Keralio, de quien hablaremos cuando pasemos revista a las mujeres de la Revolución; Brune, futuro general y entonces obrero tipógrafo; Hebert, Chaumette, Weber, ayuda de cámara de la reina, a quien enviaría indudablemente María Antonieta para que le diese cuenta de lo que pasara, pues respecto de ella la cuestión era de vida o muerte; y vagando acá y allá esa especie de hombres terribles, desconocidos, de siniestra faz, que solo se muestran a la luz en días de revolución, revelándose al mundo sus nombres de improviso, cuando la voz de la matanza retumba en el espacio. En aquel círculo se distinguía Verrières, enano a quien no se había vuelto a ver desde el 6 de octubre, sin duda porque se había sumergido en las entrañas de la tierra, saliendo de ella la víspera del 17 de julio y atravesando a caballo por en medio de París, como una visión fantástica; y Fournier, apellidado el Americano, no porque hubiese nacido allende los mares, pues era de Auvernia, sino porque había sido capataz de negros en Santo Domingo, y

sucesivamente mercader y tratante en vinos: arruinado en la época que describimos, todo se le iba en redactar peticiones que la Asamblea le devolvía; y en su irritación enfermiza y hambrienta, mataba para desahogarse.

Por orden de la Asamblea, transmitida a Lafayette, llegaron al Campo de Marte las primeras tropas: guiábalas uno de sus ayudantes, no se sabe cual. ¡Eran tantos los que le rodeaban bajo este título!... Un tiro, que partió de la explanada, hirió al ayudante. Un cuarto de hora después llegó Lafayette, atravesó el Gros-Caillou al frente de dos o tres mil hombres, encontró a los susodichos bribones ocupados en levantar una barricada, cargó sobre ellos y demolió el fruto de su trabajo: Fournier le disparó un tiro, a boca de jarro, por entre las ruedas de una carreta; pero el fusil erró fuego. En el momento prendieron al asesino, y Lafayette le soltó: si le hubiera mandado fusilar sin demora, habría prestado un gran servicio a la humanidad.

Dirigiose en seguida al altar de la patria. Un comisionado de los Jacobinos acababa de anunciar a los patriotas, que la petición leída la víspera no podía firmarse, por haber dictado ya la Asamblea su fallo acerca del rey, declarándole inocente e inviolable; que, en consecuencia de este decreto, la sociedad iba a ocuparse en redactar otra, que presentaría en breve a la firma. Robert propuso que la nueva petición se redactase sin pérdida de tiempo, para suscribirla inmediatamente en el altar de la patria. Acordose así por aclamación. En el momento de demoler Lafayette la barricada, se estaba efectuando dicha redacción, concluyéndose al llegar el general al altar de la patria. Principiaron a recogerse firmas, sin alterar la tranquilidad en lo más mínimo, y la petición se depositó, una vez de suscrita, en los archivos del departamento del Sena.

Prud'homme la insertó en su relato de los acontecimientos de aquel día. Michelet cree que la escribió Robert, cuyo nombre aparece al pie, y que fue dictada por su esposa.

El fusil de Fournier, aunque erró fuego en el Campo de Marte, resonó en la Asamblea. El presidente comunicó al Hôtel-de-Ville la noticia de que se estaban degollando en el Campo de la Confederación; y en su consecuencia decidió el corregidor enviar allí tres municipales, con una numerosa escolta de Guardia Nacional, para que dispersasen los grupos: llamábanse MM. Jacques, Renaud y Hardi. A las dos de la tarde llegaron.

CAPÍTULO XVIII

SUMARIO.—Alocución de los municipales.—Doce comisionados.—El caballero de San Luis.—Bailly.—La bandera roja.—*¡Al Campo de Marte!*—Es firmada la petición.—Pirámide viva.—El tambor.—Doce mil caballeros de San Luis.—El tiro de fusil.—El regimiento de dragones.—La tercera descarga.—Los artilleros.—Inmenso duelo.—M. Provaut.—Firmeza de la reina.—Pusilanimidad de los Jacobinos.—Madama Roland.—Robespierre.

Colocados los signatarios de la petición sobre el altar de la patria, vieron desde allí adelantarse mucha gente y enviaron una diputación a recibirla. Los tres municipales caminaron en línea recta hacia el altar; pero, en lugar de una multitud amotinada, encontraron ciudadanos pacíficos que acudían con sus esposas e hijos, pertenecientes los más a las clases acomodadas, y que suscribían, sin meter bulla, no al pie de la misma petición, sino en hojas volantes: de estas se han salvado unas cincuenta, todas llenas de firmas.

Los municipales quisieron conocer la petición; leyóseles y dijeron en seguida:

—Señores, hemos sentido un verdadero placer al cerciorarnos de vuestras excelentes disposiciones: se nos había hablado de alborotos en este sitio; pero, la petición es de tal género que nosotros la firmaríamos, a no impedirnoslo el carácter oficial de que estamos revestidos: vamos a dar cuenta de este sorprendente espectáculo; de la tranquilidad que en el Campo de Marte reina; y lejos de oponernos a que llevéis a cabo vuestro intento, en caso de ataque os ayudaremos con la fuerza pública. Si dudáis, pronto estamos a quedar en rehenes entre vosotros, mientras se acaban de recoger las firmas.

¿Cómo desconfiar de semejantes hombres? Por lo tanto, no solo fueron tratados en clase de hermanos, sino que se les encargó una negociación. Se había arrestado a dos ciudadanos, por una pendencia suscitada entre ellos y el ayudante de Lafayette; su inocencia fue alegada ante los municipales; cien personas salieron responsables de ellos: era preciso ponerlos en libertad.

—Nombrad una diputación —dijeron los municipales—, que nos acompañe al Hôtel-de-Ville, y allí se os hará justicia.

Eligiéronse doce comisionados. Los municipales, al irse, ofrecieron que las tropas se retirarían, y en efecto, por segunda vez se vio libre de ellas el Campo de Marte. La Asamblea iba sabiendo estos acontecimientos a medida que pasaban; y como no le convenía el giro que tomaban los negocios, pues al fin y al cabo ostentaría la petición unas cincuenta mil firmas, resultando que el espíritu del cuerpo Legislativo se hallaba en desacuerdo con el espíritu del pueblo, enviaba mensaje tras de mensaje a Bailly. Se quería a toda costa que los signatarios del Campo de Marte apareciesen como facciosos, y sobre todo, que no hubiese petición.

Al llegar los municipales, seguidos de los doce comisionados, vieron que el Hôtel-de-Ville estaba cercado de bayonetas, y entraron, suplicando a los últimos que aguardasen un instante: no volvieron a parecer. A la sazón salía el Cuerpo municipal. Uno de los comisionados, condecorado con la cruz de San Luis, que llevaba esta pendiente de una cinta tricolor y no roja, se dirigió a Bailly y le expuso el objeto de su embajada.

Bailly estaba pálido: hombre dotado de un verdadero sentimiento de lo justo y lo injusto, conocía que se le arrastraba a cometer una mala acción; pero, se mantuvo firme en su puesto.

—Señores —dijo—, habéis ofrecido que se pondría en libertad a los prisioneros: perfectamente; mas yo no tengo que ver con tales promesas: iré y pacificaré el Campo de la Confederación.

—¡Pacificarle! —respondió el comisionado—; en el Campo de Marte reina más tranquilidad que aquí, de seguro.

Un municipal le interrumpió, preguntándole a que orden pertenecía la cruz que llevaba al cuello.

—A la de San Luis —contestó—; la cinta es tricolor: me han condecorado con la cruz, y yo, a mi vez, he condecorado a esta con la cinta nacional. Si dudáis del derecho que me asiste para llevarla, acompañadme al Ministerio y os convenceréis de que la he ganado bien.

—En efecto —dijo Bailly—, conozco al señor: es un ciudadano honrado, y por eso le suplico, como también a sus compañeros, que se retiren.

Entre tanto, penetró hasta donde estaba Bailly el capitán de la tropa del centro del batallón Buena-Nueva.

—Señor corregidor —exclamó—, no creáis nada de cuanto os digan acerca de la supuesta tranquilidad del Campo de Marte: el Campo de Marte está cuajado de pícaros.



DANTON.

—Ya lo veis —dijo el corregidor a los delegados; y torciéndose a los que le acompañaban, añadió—: ¡marchemos!

Los comisionados distinguieron entonces en una de las ventanas del Ayuntamiento la bandera roja, por donde coligieron que la ley marcial había sido promulgada. A la sazón llegó de la Asamblea el último mensaje, que se esparció con la rapidez del rayo por todos los grupos, y era referente a la reunión de 50,000 bandidos en el Campo de Marte, con objeto de marchar contra el cuerpo Legislativo. Inmediatamente cuantos guardias asalariados, esto es, cuantos hombres de Bailly y de Lafayette había en la plaza de Grève, saludaron la bandera roja con frenéticas aclamaciones, gritando: «¡Al Campo de Marte! ¡Al Campo de Marte!».

No era Bailly, pobre astrónomo y pacífico estadista, quien conducía a aquella multitud armada; al revés, esta le conducía a él, como cuando se tomó la Bastilla, día en que fue nombrado corregidor: entonces, mientras Hulin, el mismo que en la ocasión presente mandaba la guardia asalariada, le guiaba hacia Nuestra Señora, decía Bailly con sombrío presentimiento:

—¿No parezco un preso a quien llevan al patíbulo?

La semejanza era esta vez todavía más sorprendente; porque, en realidad, caminaba al suplicio el 17 de julio.

—El día de ayer, le decía un periódico de la época, os administrará un veneno lento hasta que rindáis el espíritu.

Mientras que volvían los comisionados, seguía firmándose la petición en el Campo de Marte; a medida que la claridad del sol iba disminuyéndose, los signatarios se daban más prisa: no eran ya trescientos ni mil; eran veinte mil las personas que estaban allí paseando y que firmaban a porfía: alrededor se formaban danzas y se

entonaban canciones.

Ni oyentes ni espectadores faltaban a los cantantes y bailarines. Los cuatro ángulos del altar de la patria presentaban cuatro gigantescos macizos unidos entre sí por medio de escaleras de una anchura tal, que hubiera podido subir por cada una de ellas un batallón. Cubríalas un sin número de curiosos, para quienes en cada peldaño había de cuarenta a cincuenta asientos: de forma que, a lo lejos, se asemejaba a una montaña animada, a una pirámide viva, a una pacífica torre de Babel.

Oyose de improviso el toque del tambor. La Guardia Nacional del arrabal de San Antonio y del Marais, desembocando por el Gros-Caillou, fue a alinearse en frente de las alturas de Chaillot, teniendo a retaguardia el edificio de la Escuela militar. Reforzábala un batallón de la guardia asalariada, porque, en sentir de Bailly y de Lafayette, no merecía entera confianza: casi al mismo tiempo entró toda la guardia a sueldo, y marchó en derechura a colocarse en el centro, a doscientos pasos del altar de la patria. Notábase que en este último cuerpo había más oficiales que soldados, y que casi todos eran o nobles o caballeros de San Luis. «Hay 12,000 caballeros de San Luis en París» decía un periódico. «Se ha aumentado su número hasta 30,000 hace dos años», añadía otro. Por aquello de «quien cuenta aumenta» debemos desconfiar de la veracidad de ambos, y cortar por la mitad, como hacía M. de Longueville con los amantes de su mujer.

El tercer cuerpo llegó por el puente de madera, situado donde hoy está el de Jena: venía acompañando a Bailly y enarbolaba la bandera roja. Adelantose el corregidor para hacer las intimaciones de ordenanza; pero, apenas empezó a hablar, cuando una granizada de piedras, que salió de un grupo de pilluelos, se encargó de interrumpirle, a la par que un tiro de fusil, de cuyas resultas cayó herido un soldado del regimiento de Dragones, a diez pasos de Bailly. Sin duda lo disparó Fournier, nuestro americano de la Auvernia: esta vez su arma no erró fuego. La Guardia Nacional respondió con una descarga de pólvora seca: nadie se movió de su sitio. Particularmente los que estaban sentados en las gradas del altar de la patria mostraron una indiferencia absoluta y aguardaron; pero, la caballería no tardó en invadir la llanura; un regimiento de Dragones... (¡tan grande era su amor al rey!) se abalanzó a galope y sable en mano. La multitud se arremolinó, semejante a un torbellino de polvo; y como donde quiera había tropas, no sabiendo que dirección tomar, fue a refugiarse junto al altar de la patria, considerándolo un asilo más sagrado que el altar de los dioses mitológicos, o ¡tanto como el de Dios en la edad media! Tres días antes se había celebrado en él el sacrificio de la misa. Oyose otra descarga, de igual género que la anterior, y en seguida la tercera, hecha por la guardia asalariada. Esta vez un espantoso grito, lanzado por 10,000 bocas, atronó los aires, y el grupo del altar de la patria pareció tomar el vuelo, como una bandada de pájaros, quedando solo de treinta a cuarenta cadáveres tendidos en la plaza, y veinte y cinco o treinta personas arrastrándose, levantándose, volviendo a caer, según las fuerzas para huir que dejó a cada una de ellas la mayor o menor gravedad de sus heridas.

No hay nada más contagioso que el ruido, el fuego y el humo; tanto, que los artilleros, viendo lo acaecido, aproximaron maquinalmente la mecha a sus cañones para ametrallar la multitud. Lafayette no logró contenerlos sino colocándose delante con su caballo. Por de contado que la mayor parte de los fugitivos no habían visto ni la Municipalidad ni la bandera roja: fue aquello algo parecido en lo inesperado, desastroso y terrible, a la famosa jornada del 23 de febrero, a que hemos todos asistido, si bien las resultas han sido diferentes; pues esta última, en lugar de afirmar al partido monárquico, acabó con él. ¡La monarquía de julio resbaló en la sangre del baluarte de los Capuchinos!

¿De quién salió, en 91, la orden de tirar con bala? Nadie lo ha sabido: no la pronunciaron ni Lafayette ni Bailly, los únicos que tenían derecho para ello, aquel en clase de Comandante general, y este como Corregidor.

El duelo fue inmenso: durante tres días, una verdadera mortaja envolvió a París. Un guardia nacional del batallón de San Nicolás, M. Provaut, se saltó la tapa de los sesos, dejando escritas las siguientes palabras: «¡He jurado morir libre: la libertad está perdida: muero, pues!».

La descarga resonó en todos los corazones, y más amenazadora que en ninguna otra parte en las Tullerías y en el club de los Jacobinos. La reina estuvo a pique de desmayarse, pues conoció que el golpe provenía de sus partidarios, quienes hacía tiempo que la empujaban al precipicio; sin embargo, conservó intacta su dignidad. Menos firmes los Jacobinos, rechazaron los impresos falsos o falsificados que se les habían atribuido, y declararon nuevamente ser fieles a la Constitución y obedecer los decretos de la Asamblea.

No les faltaban motivos de temer: una hora después de la descarga, al pasar la guardia asalariada por la calle de San Honorato, se detuvo delante de los Jacobinos, exhalando gritos amenazadores:

—¡Si se nos expide una orden, decían, destruiremos esta cueva a cañonazos!

Desde dentro se oía todo: excitose la alarma, y uno de los individuos, despavorido, trató de salvarse trepando por la tribuna de las mujeres; pero, habiendo encontrado allí a madama Roland, se ruborizó de su cobardía, y volvió a bajar a la sala. Las amenazas de los soldados no tuvieron consecuencias: cerráronse las rejas para que no pudiesen entrar, sin estorbar por eso a los socios que se retirasen: Robespierre, que se hallaba en el club, salió como los demás: designábasele ya como jefe de los Jacobinos, y por lo mismo corría mayor peligro que sus compañeros.

CAPÍTULO XIX

SUMARIO.—¡Viva Robespierre!—Un mal amigo.—El carpintero Duplais.—Royou y Suleau.—No se saca provecho del golpe de Estado.—Los Jacobinos.—Robespierre en la tribuna.—Insinuaciones de su discurso.—Barnave.—La reina.—Fin de la Constituyente.—La constitución es aceptada el 13.—El rey en la Asamblea.—Escenas domésticas.—Salas provisionales.—Artículos de la constitución.—El juramento.—La Asamblea legislativa.—Resultado de los trabajos de la Constituyente.

En vez de dirigirse Robespierre hacia el Marais, que era donde habitaba, fue derecho al arrabal de San Honorato, a casa de Petion, sin duda con objeto de pedirle asilo.

—¡Viva Robespierre! —exclamaron los grupos de gente, reconociéndole: explosión de entusiasmo que disgustó en extremo al tribuno, pues en aquella ocasión se hubiera contentado con una popularidad menos chillona.

—Si es absolutamente preciso un rey para la Francia, ¿por qué no habría de serlo él, lo mismo que otro cualquiera? Así gritó uno de aquellos hombres, y con dos o tres amigos por el estilo, de seguro no hubiera llegado Robespierre a la puerta de San Honorato. Felizmente estaba abierta la tienda de un carpintero, ardiente patriota; el cual resolvió exponerse a todo por salvarle; le cogió, pues, por el brazo y le metió en su casa.

—Madama Duplay —dijo a su esposa—, te le confío, cuídale: yo me quedo en la puerta, y te respondo de que, mientras aliente, ninguno pasará.

En efecto, nadie pasó. Por su parte madama Duplay, que profesaba hacia Robespierre una especie de fanatismo, le condujo al patio interior y allí le retuvo, en calidad de preso. Tal fue el origen de la amistad que reinó desde entonces entre el tribuno y la familia Duplay.

El miedo de los Jacobinos procedió de que creían a sus enemigos más osados de lo que en realidad eran: no sabiendo estos como lavar la sangre que inútilmente habían derramado, anduvieron a caza de conspiraciones, y no hallándolas, las inventaron y abandonaron sucesivamente. Ocurrióseles proponer la clausura de los clubs, y no se atrevieron a llevar a efecto tal medida, contentándose con votar un decreto por el cual se imponía la pena de tres años de presidio a los que hubiesen provocado *formalmente* el asesinato, y la de cárcel a los que en sus escritos o de otro cualquier modo hubiesen excitado a la desobediencia de las leyes.

En lugar de autorizar a la comisión de investigaciones para que instruyese la sumaria, sometiose este asunto a los tribunales: estos admitieron la acusación fiscal contra dos periodistas, Royou, redactor de *El amigo del Rey*, y Suleau que escribía *Los actos de los Apóstoles*: hasta el 20 de julio no se trató de buscar a Fréron; el 4 de agosto se despojó a Marat de su imprenta, y el 9 se expidieron órdenes de arresto contra Santerre, Danton, Legendre, Brune y Montmor. «El 18 (dice madama

Roland) Robert y su esposa, amanuense el primero y autora la segunda de la malhadada petición, atravesaban por todo París para acompañarme a la mesa: el esposo venía vestido de azul celeste, y adornaban a la mujer grandes plumas».

En aquella ocasión sucedió lo que en otras análogas, cuando falta valor para aprovecharse de un golpe de Estado que no se ha vacilado en dar, a saber; que los Jacobinos, tras un momento de temor, comenzaron a reponerse y alzaron por fin la cabeza: abatidos un instante en París, en las provincias su popularidad había cobrado extraordinarias dimensiones.

Cuatrocientas sociedades eran las existentes en julio: de estas, trescientas se correspondían a un tiempo con los Fuldenses y los Jacobinos, y ciento solo con los últimos. Ahora bien; de julio a setiembre se crearon seiscientas sociedades más, de las cuales ni siquiera una entabló correspondencia con los Fuldenses. En honor de la verdad diremos, que la sociedad de los Jacobinos de París, no habiendo podido ser destruida completamente por Lameth y Duport, se reconstituyó bajo la influencia de Robespierre, a la sazón en las albores de su popularidad.

Encerrado este en casa del carpintero Duplay, frente a la Asunción, velaba a un tiempo, como un centinela, sobre la Asamblea, los Fuldenses y los Jacobinos.

Entretanto llegó el 1.º de setiembre, y con él la conclusión de la Asamblea, por estar ya revisada la ley fundamental: Robespierre aguardaba impaciente la sesión, seguro de que el triunfo sería del que diese el postrer golpe. Hacía tiempo que balanceaba su honda, como David, y de antemano tenía escogida la piedra y el blanco. Un mismo golpe debía amenazar a Barnave, Duport y Lameth.

Llegado el momento oportuno y la hora, subió a la tribuna:

—Hemos llegado —dijo—, al fin de nuestra larga y penosa carrera; solo nos resta darle estabilidad y duración. ¿Quién ha hablado de someter la Constitución a que la acepte o no el rey? El destino de la ley fundamental nada tiene que ver con el veto de Luis XVI. No dudo que este la aceptará con transporte: un imperio por patrimonio, las atribuciones todas del poder ejecutivo, cuarenta millones para sus placeres personales; tales son las cosas que le ofrecemos. No aguardemos a que se aleje de la capital, rodeado de funestos consejeros; ofrezcámoselas en París; digámosle: Aquí tenéis el más poderoso trono del Universo: ¿lo aceptáis? Esas reuniones sospechosas, ese plan de desguarnecer las fronteras, las amenazas de vuestros enemigos exteriores y las intrigas de los que abundan en lo interior, os advierten de establecer pronto un orden de cosas que tranquilice y comunique fuerza a los ciudadanos. Si se comenzase a deliberar al tiempo de prestar el juramento, si se atacase por tercera vez la Constitución ¿qué recurso nos quedaría? Volver a empuñar las armas, o a arrastrar las cadenas. —(*Aplausos en las tribunas: agitación y murmullos en la izquierda*)—. Señor Presidente —continuó Robespierre—, os suplico digáis a M. Duport que se abstenga de insultarme. —Duport no chistaba; pero preciso era lanzarle aquella piedra, que pasó silbando cerca de su frente. El tribuno prosiguió, con los ojos clavados en Duport—: No presumo hallar en esta Asamblea un hombre bastante

cobarde para transigir con la Corte sobre un artículo de la Constitución, ni tan pérfido que excite a aquella a hacer nuevas proposiciones de cambios inmorales... (Al llegar aquí, todos los ojos seguían la dirección de los de Robespierre)... tan enemigo de la patria, que desacredite la Constitución por mirarla como una barrera puesta a su codicia... (*Aplausos frenéticos*)... tan imprudente que confiese que solo ha buscado en la Revolución su engrandecimiento. No —añadió, mirando alternativamente a Barnave y a Lameth, como había hecho antes con Duport—; hemos venido aquí para constituir la nación y no para elevar a algunos individuos, ni favorecer la coalición de los intrigantes con la Corte, asegurándoles el premio de su complacencia y de su traición.

Cada palabra de este discurso era una gota de plomo derretido que caía sobre la cabeza del triunvirato; especialmente sobre Barnave.

¡Infeliz! Quería salvar a la reina a todo trance, y con todas las veras de su corazón. Veíala de noche, de vez en cuando y por poco tiempo. La camarista en quien depositaba su confianza María Antonieta le esperaba con la mano en el pestillo de una puerta a medio abrir. Entraba por los entresuelos. Reflexionó un día la reina que Barnave no se creería quizá en la obligación de guardar un secreto de que era partícipe una camarista, y despidió a esta, yendo ella misma, la reina de Francia, la orgullosa hija de Leopoldo, a esperar a Barnave... a Barnave, próximo a rivalizar con ella en impotencia... a Barnave, cuyo resto de popularidad debía destruir Robespierre en la última sesión de la Asamblea.

La Constituyente murió como todos los cuerpos legislativos, esto es, luchando miserablemente con su fin. Todos deseaban su clausura, y a pesar del instintivo horror que cualquier cosa animada tiene al no ser, hay fundamento para creer que a ella le aguijaba igual deseo. El sentimiento íntimo de que, si bien despolarizada a los ojos de los contemporáneos, la posteridad haría justicia a sus tres mil leyes (trabajo inmenso e incesante que forma su más sublime elogio) la indemnizaba del dolor que le causaba la muerte.

Su obra estaba completa. Debía ceder el puesto a la Asamblea Legislativa, madre de la Convención; porque, para luchar con la gran conspiración de los reyes y de los sacerdotes, era menester que se conjurasen los deicidas y regicidas; esto es, los Jacobinos.

La Constitución fue presentada al rey el 3 de setiembre y aceptada el 13, no sin gran resistencia por su parte.

—Pereced, si es preciso, antes de conformaros —escribía Burke a la reina.

—Aceptad —escribían Leopoldo y el príncipe de Kaunitz.

—Aceptad —decían Barnave y los Constitucionales.

El rey vaciló mucho tiempo.

—No veo —decía—, en esta Constitución, suficientes medios de acción y de unidad.

Instábanle para que se decidiese.

—Pues que las opiniones —contestó—, se hallan divididas en el particular, consiento en que la experiencia justifique de parte de quien estaba la razón.

Singular manera de aceptar.

Aparentaron no haberle oído, y la Asamblea se dio por satisfecha.

El rey cesó de ser considerado como preso, para convertirse en el primer magistrado de la nación. Propuso una amnistía general, que los representantes aceptaron; y al día siguiente fue a la Asamblea, condecorado tan solo con la cruz de San Luis, pues las demás órdenes estaban abolidas. Colocose al lado del presidente y dijo:

—Vengo a repetir en este sitio, de un modo solemne, el juramento que he prestado a la ley fundamental. Juro ser fiel a la nación y a la ley, y emplear el poder que se me confía en conservar la Constitución y hacer ejecutar los decretos. ¡Plegue al cielo que esta grande y memorable época sea la del restablecimiento de la paz, prenda de felicidad para el pueblo y de prosperidad para la monarquía!

Al concluir de hablar, los aplausos resonaron por todas partes, así en la sala como en las tribunas. Leíase el mismo pensamiento en todas las fisonomías.

—¡Si terminase aquí la revolución! —expresaban aquellos rostros.

Pero no: la revolución estaba aun en sus principios. La reina había asistido a la sesión desde una tribuna particular, y al volver a palacio notó madama Campan su silencio absoluto y su aire profundamente triste. El rey fue a verla, tan pálido y trastornado de semblante que María Antonieta, contemplándole así, no pudo contener un grito. Luis XVI se arrojó en un sillón, y aplicando el pañuelo a los ojos, dijo:

—¡Estamos perdidos! ¡Y habéis presenciado semejante humillación, Señora! ¡Venísteis a Francia para ver el cetro pisoteado!...

La reina se arrodilló ante él, y le estrechó en sus brazos, ahogada por los sollozos.

Mientras esto pasaba en lo interior de las Tullerías, el pueblo iba gritando por las calles: *¡Viva el rey! ¡Viva la Constitución!* Dos poderes, de los cuales el uno tenía por necesidad que aniquilar al otro. Seguros de ello los realistas, cantaban en voz alta:

Luis se ha unido por fuerza
con la Constitución,
y a romper va el divorcio
tan resistida unión.

Merece notarse la circunstancia de no haber nunca habitado la Asamblea Nacional sino en sitios provisionales: en Versalles pasó sucesivamente de San Luis a la sala del Bolsillo-Secreto (*Menus-Plaisirs*) y al Juego de pelota; en París, del palacio Arzobispal al Picadero.

La Constitución, su principal trabajo, cuenta 208 artículos: considérase en ella el reino como indivisible; el territorio se divide en departamentos; se establece el gobierno monárquico representativo; se crean asambleas primarias, compuestas de

todos los ciudadanos de edad de 25 años; el que pague cincuenta y cuatro francos de contribución, está en aptitud de ser diputado; la parte esencial del poder legislativo reside en una sola Cámara permanente, compuesta de 745 representantes, elegidos por el término de dos años; el rey es la parte accesoria de este poder, mediante la sanción que otorga a los decretos o del de dos años conque los rechaza; la Asamblea debe reunirse siempre el 1.º de mayo; el rey carece del derecho de disolverla, así como también del de proponer leyes; puede sí presentar observaciones; la monarquía es hereditaria; la persona del rey sagrada e inviolable; en el mero hecho de faltar al juramento prestado a la Constitución, de ponerse a la cabeza del ejército contra la Francia o de salir del reino sin consentimiento del Cuerpo legislativo, se entiende que abdica; la abdicación le reduce a la clase común de los ciudadanos, y puede ser acusado y juzgado, como cualquiera de ellos, por todos los actos posteriores a aquella; los encargados de la administración de justicia son elegidos por el pueblo; el cuerpo Legislativo fija cada año las contribuciones públicas que deben satisfacerse; por último, los fondos de la lista civil no se concederán sino, después que el monarca haya prestado, ante la Asamblea, el juramento que todo rey de los franceses habrá de prestar en lo sucesivo al subir al trono.

El 30 de septiembre de 1791 compareció Luis XVI a jurar: el mismo día la Constituyente, consumada ya su obra, cedió el puesto a la Legislativa.

De los trabajos de la Constituyente resultó: 1.º La desorganización completa de la monarquía: 2.º La organización del poder popular: 3.º La destrucción de todos los privilegios de la nobleza y de los sacerdotes: 4.º El giro de 1.200,000,000 de asignados: 5.º La hipoteca de los bienes nacionales: 6.º La libertad de cultos: 7.º La abolición de los votos monásticos: 8.º La destrucción de las cartas-órdenes del rey 9.º La igualdad de las cargas públicas: 10.º La supresión de las aduanas interiores: 11.º La abolición de los diezmos y de los derechos feudales: 12.º y último; la institución de la Guardia Nacional.

CAPÍTULO XX

SUMARIO. Las coplas.—Brissot de Varville.—*Brisotear* los guantes.—La caja de tabaco.—Ni Señor ni Majestad.—La Gironda.—Su origen.—Sus fieles.—Aspecto de la Asamblea.—Juan Jacobo y Mirabeau.—El trono convertido en sillón.—Baja de los fondos públicos.—La Fayette y Bailly son reemplazados.—Santerre y Petion.—Palabras del rey.—Complicase su situación.—Caricatura: *yo sanciono*.—Carta de Mr. de Bouillé.—Risas que excita.—Preparativos de guerra.—Palabras de la Gironda.—El siervo recobra su dignidad de hombre.—Principio del año de 1792.—Revista de los reyes de Europa.—Jorge III y Leopoldo II.—La Prusia y la Rusia.—Retrato de Catalina.—La Suecia y Gustavo III.—El don Quijote del despotismo.—La España y Carlos III.—El círculo de hierro.

La Asamblea, al retirarse, enriqueció el diccionario francés con una comparación: «Raciocináis como un cuerpo legislativo al cesar en sus funciones», se decía a las personas que no se quería llamar imbéciles.

Un mes bastó para la elección de la segunda Asamblea, que se instaló el 1.º de octubre: el mismo día circuló por París la siguiente copla:

Nuestros diputados
cubiertos de lodo,
desde las dos piernas
hasta los dos codos,
parecen los pillos
que andan por los corros,
con los pies desnudos
y el vestido roto.

Uno de los que se presentaron con más escándalo en una Asamblea que contaba entre sus individuos al exmarqués Condorcet y al excapuchino Chabot, fue Brissot de Varville, hombro de mala reputación; tanto que *brisotear* había llegado a ser término de caló, equivalente a estafar.

—Me has *brisoteado* mi peón —gritaban los chicos en las calles.

Había una caricatura que figuraba a Brissot robando guantes en el bolsillo del prójimo, con la siguiente nota: *Brissot poniéndose los guantes*. Otra representaba al rey en el consejo de ministros.

—Señores —decía Luis XVI—, ¿quién de vosotros me ha *brisoteado* mi caja de tabaco? Guárdela, enhorabuena; pero devuélvame el retrato de la reina que estaba pintado encima. —Oyendo lo cual el centinela que guardaba la puerta, añadía—: En adelante, según veo, será preciso hacer clavar los tapices.

Las sesiones se inauguraren con la lectura de la Constitución: todos juraron morir o vivir libres. En seguida se decretó que no se llamase al rey Señor ni Majestad, sino rey de los franceses; y que los bustos de Juan Jacobo Rousseau y de Mirabeau se

colocasen en la sala. Resolviose también que desapareciesen las tribunas privilegiadas.

Hemos hablado ya del influjo de los Jacobinos, de los progresos de su sociedad, de la red de clubs en que tenía envuelta a la Francia. Sus amenazas contra la antigua Asamblea se extendían a la nueva; y por lo mismo, luego que pasaron los primeros días, se formó un nuevo partido en la Legislativa, que por contar entre sus jefes a los diputados de la Gironda, se denominó de los Girondinos.

Este partido recogió el poder de manos de los Constitucionales: dotado de ideas más avanzadas y patrióticas, tenía también más honradez en las intenciones, más pureza. Vergniaud, Condorcet, Guadet, Gensonné y Ducos fueron el núcleo en torno del cual se agrupó aquella parte de la Asamblea, pronta a luchar con los Jacobinos.

Ningún pueblo había ofrecido a las atónitas miradas del mundo Asamblea más joven y más dispuesta a trabajar: ¡la actividad es la necesidad primera de la juventud! Muchos de sus individuos no contaban aún 26 años y pocos habían pasado de 30, exceptuando a Condorcet, Chabot, Brissot, Claudio Fauchet, Cerutti, Pastoret y Lamourette: los más eran hombres nuevos y desconocidos: invasión de jóvenes llenos de ardor y de elocuencia, que confiaban en sí mismos, valientes, decididos a morir. Se dirigieron a París, como el que va a la guerra. Aquella Gironda, que llegaba por completo en un carruaje público, era la vanguardia de Burdeos contra el enemigo.

Al echar una ojeada a la nueva Asamblea, y no ver a Mirabeau, Barnave, Sieyès, Duport, Casalès, Robespierre, Lameth, el abate Maury, autores de una Constitución, que si bien impracticable acaso en el estado en que se hallaba, podía suministrar materiales a todas las Constituciones venideras; mientras que en sus puestos, más vacíos cuanto más ocupados, se percibían rostros juveniles, de aire y miradas inquietas; juventud encantadora que la Revolución arrancaba a la poesía, al foro y a la ciencia, para impelerla hacia lo desconocido: preguntábanse los unos a los otros, qué catástrofe, y no qué triunfo preparaban aquellos nuevos pilotos a la Francia.

Lo único que tranquilizaba los ánimos era la homogeneidad que en ellos resplandecía: iguales eran en edad, en traje, casi en sentimientos; traían por misión luchar con la aristocracia y el sacerdocio. ¿Dirigiría también la Gironda sus fuegos contra el rey?

Al ocupar los escaños de sus predecesores, leyó su programa: no tratará a Luis XVI de Señor ni de Majestad; le llamará meramente poder ejecutivo. Tampoco habrá tribunas privilegiadas ¿y por qué? Porque la Asamblea saliente se había reservado dos, desde donde pudiese dominar a la entrante, a fuer de Cámara alta; y esto no acomodaba a la Legislativa, enemiga de todo freno, resuelta a no admitir en su recinto sino dos reyes; reyes del pensamiento, Juan Jacobo y Mirabeau.

¿Quién había aconsejado a Luis XVI? No se sabía: Barnave no fue, pues toda su influencia yacía en el polvo, y el monarca, ilustre mecánico, le había lanzado lejos de sí y de la reina, como una herramienta inútil.

Su reinado duró dos meses y medio, de junio a setiembre, y su efímera privanza le

costó la cabeza.

El que aconsejó al rey lo hizo tan mal, que cuando fueron a preguntarle a que hora recibiría la diputación de la nueva Asamblea, respondió, por el órgano de su ministro, que hasta dentro de tres horas no podía ser; y en seguida aplazó su presentación ante la Legislativa hasta pasados tres días. Esto fue causa de que, cuando se dirigió a ella, encontrase ya en ejecución el famoso decreto que suprimía las palabras Señor y Majestad, y en vez de trono una simple silla a la izquierda (ni siquiera a la derecha) del presidente.

Esta medida produjo una baja enorme en los fondos públicos, pues los Constitucionales eran casi todos personas ricas en bienes raíces o en rentas pagaderas por el Estado. Muchos eran también agiotistas que especulaban al mismo tiempo con los fondos públicos de la nación y los particulares del rey.

Además, los oficiales de la Guardia Nacional, jóvenes de la nobleza, que lucían charreteras nuevas y uniformes brillantes, acababan de perder a su jefe. El guapo Lafayette Blondinet, nombre que le daban la reina y Marat, se había visto obligado a renunciar junto con los que le rodeaban. Se suprimió la plaza de comandante general: cada uno de los seis jefes de división debía mandar a su turno. Lo mismo aconteció a Bailly, que era el corregidor de los Constitucionales, como Lafayette el general de los aristócratas.

Santerre sucedió a Lafayette y Petion a Bailly: dos sustituciones más elocuentes que un discurso para probar el giro que tomaba la Revolución. Aún se hizo más: Manuel fue nombrado síndico del Ayuntamiento y Danton su sustituto; Tallien y Billaud-Varennes formaron parte del Consejo-General y Robespierre desempeñó el cargo de acusador público.

La retirada de Bailly mereció las siguientes coplas, que se suponían cantadas por su mujer.

Toma tus lentes, Coco,
mira en torno de ti...
¿no oyes zumbiar el viento
y las ramas crujir?
Abandonemos todo,
y vámonos de aquí.
Con nuestro ajuar querido,
allá, en nuestro país,
viviremos felices
per sæcula sin fin.
¡Coco, mi Coco!
Atrás dejemos este mundo loco.

Voy a atar los avíos,

ve tú a atar el bolsón;
el municipio demos
al olvido, ¡mi amor!
y el tren de los lacayos
y tanta procesión.
También ¡ay! olvidemos
la banda tricolor...
Cargue el diablo con ella,
¡así lo quiere Dios!
¡Coco, mi Coco!
Atrás dejemos este mundo loco.

Sin embargo, a pesar de tan contrarios elementos, el poder de la monarquía era tan grande aun en Francia, que cuando Luis XVI entró, al cabo de tres días, en la Asamblea, unánimes aplausos le saludaron y todas las bocas repitieron el grito de ¡*Viva el Rey!*

—¡Necesito que se me ame! —dijo Luis XVI.

Y la Asamblea contestó:

—También nosotros necesitamos, *Señor*, que nos améis.

Había olvidado el acuerdo que abolía este tratamiento.

Entre tanto se preparaban fuera de Francia acontecimientos tales, que las miradas de la nueva Asamblea y las de todos se dirigieron hacia allí. La nación conocía instintivamente que se estaban elaborando en el extranjero cosas capaces de producir inmensos trastornos; y por eso, desde el año de 1789 no cesaba de reclamar armas y reunir fusiles; a falta de estos, se entretenía en forjar picas.

Una vez jurada la Constitución, instalado el rey en las Tullerías y algo restablecido el orden en lo interior de la Francia, pudo el espíritu revolucionario examinar la situación y decidir por qué sendero caminaría en lo sucesivo.

El estado complicado de los negocios resultaba principalmente de la presencia del rey en París: habiéndole dejado marchar, todo se habría aclarado. El partido realista vencido, o mejor dicho abandonado, hubiera atravesado la frontera en seguimiento del monarca; Luis XVI se hubiera reunido a *Monsieur*, al conde de Artois, al príncipe de Condé y a los emigrados, originándose de su coalición la guerra extranjera, pero no probablemente la guerra civil, que si se encrudeció, convirtiéndose en encarnizada e implacable, debióse a la presencia del rey; sin él, no tuviéramos que lamentar ni el 10 de agosto, ni el 2 y el 3 de setiembre, ni el 21 de enero.

Se conocía también, por instinto, que todos los reyes habían sido insultados en la persona de Luis XVI, pues al poner el pueblo en Varennes la mano en el monarca, la había puesto en todas las monarquías europeas. La prisión de Luis XVI era la de todos los reyes. Los pueblos gemían donde quiera en la servidumbre ¿cómo, pues, habían de permitir los monarcas que uno de entre ellos gimiese, cautivo de sus

súbditos?

Circuló una caricatura que representaba al emperador de visita en casa de su cuñado: este estaba encerrado en una jaula, con una pluma en la mano y una mesa ante sí.

—¿Qué hacéis ahí, cuñado? —le preguntaba el emperador.

—Estoy sancionando las leyes —respondía Luis XVI.

Así, al llegar la carta de M. de Bouillé, en que no solo cargaba con la responsabilidad de la fuga del rey, conducta digna de una persona leal, sino que amenazaba a la Francia, a la Asamblea, a París, jurando no dejar piedra sobre piedra, luego que se apaciguó la inextinguible risa que provocaron tales amenazas, efectuase una reacción contra el extranjero y el grito de ¡guerra! salió de todas las bocas.

—¡Guerra a la Europa!... ¡Al mundo, si es necesario!

A la lectura de aquella carta, la Francia se alzó como un solo individuo. Marsella pidió que se le permitiese mandar a París sus guerreros; se erizó de hierro el Norte y el Este, desde Grenoble hasta Givet. De diez mil hombres que había en Arcis, tres mil marcharon; en Argenteuil no quedó uno; igual entusiasmo reinaba en Burdeos, y la Gironda escribió: «¡No enviaré a nadie: iré!».

Por último, se expidió en diciembre de 1791 el decreto sobre los guardias nacionales, estableciendo una guardia anual voluntaria. «Los que antes de cumplirse el plazo abandonen su puesto, decía, *quedarán privados del honor de ser soldados por espacio de diez años*».

Se había, pues, cambiado en entusiasmo el terror que los labradores sentían hacia el servicio militar. ¿Y por qué? Porque el siervo era ya hombre y el labrador propietario; porque conocían que tenían algo, que perder; porque aquella tierra, cuyas entrañas rompían, doblándose hasta tocar el suelo, se iba a convertir para ellos de madrastra en verdadera madre.

Hemos llegado al principio del año de 1792, levantando a los ojos de los reyes y de los pueblos el velo de nuestra libertad: ¡virgen, como la Pallas de los antiguos, de mirada serena, pero de armado brazo, que se sonríe con los pueblos y amenaza a los reyes! Semejante a Minerva, brotaba del cerebro de la Francia, pues que la habían engendrado Rousseau, Voltaire, Montesquieu, y aun no se le podía echar en cara exceso alguno. Los asesinatos del 19 de julio, del 6 de octubre y del 17 de julio eran hechos aislados, en que no le cabía ninguna responsabilidad: la sangre derramada hasta entonces no había deslustrado su virginal ropaje. ¡Aún era la justicia: pronto iba a ser la venganza!

¡Cuánto hubiera ganado conservándose hasta el fin blanca y pura! ¿Qué diría entonces su hermana mayor, la revolución de Inglaterra, al arrastrar su vestidura ensangrentada?

Hermosa a los ojos de los pueblos, ofrecíase con faz terrible a los reyes. ¿Quiénes eran estos? En pocas palabras describiremos su situación, de donde resultarán sus respectivos intereses.



MARÍA ANTONIETA.

Ocupaba el trono de Inglaterra Jorge III, que acababa de experimentar sus primeros ataques de locura: habíanle humillado las victorias de las escuadras francesas en la India, y se sentía ofendido por el socorro prestado a los americanos. Además, la inteligencia de Jorge III y el espíritu de la Inglaterra se habían encarnado en un solo hombre, en Pitt, que aborrecía por instinto a la Francia, y que temía por convencimiento la Revolución; a la primera, como rival, a la segunda, como enemiga.

En efecto, la Revolución y la Francia se encaminaban juntas a destruir el equilibrio europeo, establecido por el tratado de Westfalia; oligarquía de poder, calculada de suerte que el equilibrio general resultase del contrapeso recíproco. Conveníale, pues, a la Inglaterra detener las ideas revolucionarias en Francia, o entregarle sus hijos, como a Saturno, para que los devorase.

Después de Inglaterra, nos toca pasar revista al Austria; a M. de Kaunitz después de Pitt; a Leopoldo II, después de Jorge III.

Tres siglos llevaba Francia de lucha con el Imperio perdiendo este en cada campaña, ya un condado, ya una provincia, ya hasta un reino. Quedábanle todavía, además de su corona imperial, las dos de Bohemia y de Hungría; pero, según se hallaba a la sazón, el Imperio, eje de la Confederación Alemana, era una fuerza de resistencia y no de empuje; y como, por otra parte, veía, no sin temor, el rápido engrandecimiento de dos nuevos Estados que crecían protegidos por la Inglaterra, de ahí las vacilaciones de Leopoldo, las cartas a su hermana, aconsejándole que ganase tiempo, que disimulase, que engañase a la Asamblea y a Barnave, como había engañado a Mirabeau. Por otra parte, contando ya 44 años, se iba muriendo

lentamente en medio de su serrallo italiano; y si de vez en cuando salía de aquel letargo, lo debía a los mortíferos excitantes que elaboraba por sí mismo: *digno emperador de semejante imperio*, dice Michelet.

Las dos potencias que turbaban el reposo del Austria, eran la Prusia y la Rusia. La Prusia, que apenas tenía un siglo de existencia (margraviato convertido en reino por las imprudencias del Austria) se había engrandecido, merced a Federico, a expensas de los países comarcanos. En uno de los vagidos de su infancia se tragó la Silesia; y a poco de nacer abdicó el espíritu federativo alemán y se ligó a la Inglaterra y la Rusia, siendo con sus 12.000,000 de habitantes la palanca de la primera y la vanguardia de la segunda.

La Rusia, para quien la Prusia era a modo de una espada dirigida contra el pecho de la Francia, obedecía aún el cetro de la célebre Catalina. Mesalina había envejecido, Pasifae tenía cabellos blancos, y sin embargo sus pasiones eran las mismas, quizá peores que durante su juventud. Acogiendo con sonrisa el asesinato de Pedro III y con gravedad los degüellos de Ismael y de Praga, se oscureció su faz ante la perspectiva del fraccionamiento de la Polonia, que trataba de despedazar por la tercera vez. Mujer extraordinaria, que se hacía pintar con los cabellos blancos y los pechos desnudos; que tenía doce Césares a sus órdenes y un ejército donde escogía sus amantes; que a manera de coronada loba, oprimía con sus garras la Turquía, clavaba sus dientes en la Polonia, y miraba con ojos torvos a la Francia, segura de que en esta encontraría un valladar, de que la Francia sería respecto de su despotismo lo que la orilla respecto del Océano, y de que llegaría día en que le diría con el ademán y la voz de Dios: «¡No traspasarás ese límite!».

Por eso devolvió, sin abrirla siquiera, la carta en que Luis XVI le anunciaba, como a los demás monarcas de Europa, que había aceptado la Constitución.

La Suecia, antigua aliada de la Francia, estaba a la sazón representada por su rey Gustavo III, enemigo de los franceses; pero, no era el interés de su posición lo que le desviaba del principio revolucionario, sino un sentimiento caballeresco. Habiéndose erigido en don Quijote del despotismo, la Constitución era su molino de viento: amaba las empresas arriesgadas; luchó con su pueblo y le venció; luchó en seguida con la Rusia, y si le hubieran ayudado el Austria, la Prusia y la Turquía, quizá triunfase también. Terminada la guerra con el Imperio ruso, Catalina le ofreció una escuadra para ejecutar un desembarco, ayudado de la España y la Cerdeña, en Normandía o en Bretaña, como otro Eduardo III. Abrazó apasionadamente la causa de Luis XVI, y a guisa de simple escudero aguardó a la reina en Aix para presentarle la mano al bajar del coche. El 19 de octubre se ligó con la Rusia contra la Francia, mediante un tratado formal.

Digamos una palabra de la España. La Península Ibérica acababa de experimentar los efectos de un reinado, sino grande, a lo menos largo; y los de esta última especie, cuando no consolidan un poder, constituyen su perdición. Carlos III había tratado inútilmente, durante más de medio siglo, de liberrar a su gobierno de la presión

monástica que lo ahogaba: de los tres ministros que le ayudaron en su difícil empresa, dos habían muerto ya en el destierro, cuando él expiró; a saber, Aranda y Florida-Blanca. Le sucedió Carlos IV, colocado entre una reina desleal, un favorito que le robaba, y un confesor que poseía el arte de adormecerle: toda la política española se concentró en el palacio de Aranjuez; Nápoles y las Indias habían cesado de atraer su atención. ¿Qué se dice de los amores de Godoy y de María Luisa? se preguntaban unos a otros los españoles; y del mismo modo que la Polonia debía embriagarse cuando bebía Augusto, se exigía que la España se creyese feliz con la dicha de los dos amantes.

Tal era la situación de Europa: todos sus Estados se hallaban dispuestos a marchar contra la Francia al primer llamamiento del emperador Leopoldo, para encerrarla dentro de un círculo de hierro, donde la Revolución fuese, como el escorpión dentro de un círculo de fuego, homicida de sí propia.

CAPÍTULO XXI

SUMARIO.—Los eclesiásticos, los emigrados, los reyes.—Informe de Gallois y de Gensonné.—El juramento de los eclesiásticos.—Sus efectos.—Carta del sacerdote Pontian Gillet.—Las rucas.—La circular.—Petion presenta la cuestión de los emigrados.—Decreto contra M. de Provence.—Respuesta de los emigrados.—Pasquin.—Coplas del teatro Molière.—Grito de Brissot, acogido con entusiasmo.

Tres partidos, pues, hostiles a la Revolución, y de consiguiente a la Francia, se presentaban en la palestra: en lo interior, los eclesiásticos; en lo exterior, los emigrados y los reyes. Otro enemigo, el cuarto, salió luego al palenque, como origen de todas las hostilidades: Luis XVI.

En la sesión del 5 de octubre leyeron Gallois y Gensonné el informe siguiente: «Los disturbios del departamento de la Vendée comenzaron al prestar juramento los eclesiásticos: divididos estos en juramentados y no juramentados, una verdadera escisión se ha declarado en las familias de cada parroquia, separándose diariamente las mujeres de sus maridos y los hijos de sus padres. Los ayuntamientos están desorganizados, y gran parte de los ciudadanos han renunciado al servicio de la Guardia Nacional. Es seguro que la guerra religiosa va a engendrar la civil: tras la negativa de los eclesiásticos a jurar, se ve aparecer la Vendée.

»No nos toca a nosotros decidir acerca de la oportunidad del decreto que prescribe el juramento. Somos, si, de dictamen, que la religión debe ser una virgen pura y libre de trabas, necesitando como necesita de sus dos manos para rogar: Dios se las ha dado para cruzarlas sobre el pecho o extenderlas a los pueblos».

El tal decreto consideraba a los sacerdotes que se negaban a jurar como rebeldes y convertía a los que juraban en perseguidores: ambos perdían su carácter especial convirtiéndose en personajes políticos. De manera que los que hasta entonces solo habían subido al cadalso para consolar a los moribundos, subieron a su vez, sin llevar a su lado nadie que los consolara. Ambos transformaron la religión en una cosa profana, el púlpito en tribuna y el sacramento en abnegación realista o en revolucionaria obediencia.

Entre los papeles de M. Palloy, el famoso demoleedor de la Bastilla, se halló la siguiente carta que fue publicada en la *Crónica* de París, con importante éxito:

He recibido vuestra carta, querido hermano y valiente ciudadano, y me apresuro a contestar:

Quemé, clavándola en la punta de mi sable, el domingo 6 del corriente en el sermón de la misa mayor de mi parroquia, estando el Santo Sacramento manifiesto y en presencia de todo el pueblo, la carta del exarzobispo de París, dirigida a mí desde Chambery por el correo, con fecha del 7 de febrero último; en la cual trata de sacrílegos, cismáticos, herejes, protestantes y calvinistas, a cuantos prestan en su diócesis el juramento de fidelidad a la nación, y anula de su cuenta y riesgo todas las funciones sacerdotales, los matrimonios y las absoluciones llevadas a cabo en su ausencia. He prestado el juramento cívico, sable en mano, en el sermón de la misa mayor; y no me arrepiento de haber quemado la dicha carta pastoral. Mientras ardía, gritaba con todo mi corazón: ¡Viva la nación! ¡Viva la ley! ¡Viva el rey! ¡Viva eternamente la

Constitución civil! decretada por la augusta Asamblea Nacional, dictada e inspirada por el Espíritu Santo y aceptada por el monarca.

Cuanto os he referido es la pura verdad: si dudáis, todos mis parroquianos os lo probarán como testigos. Querido hermano, he derramado mi sangre por la nación en las guerras de Hannover y Alemania; he recibido cuatro heridas en diferentes combates; y en recompensa el rey, de su peculio, me ha asignado una pensión de cincuenta francos. Diez y seis o diez y siete años han transcurrido desde que soy cura de Vauderland. He estado en Gonesse en clase de vicario mucho tiempo; por último, querido ciudadano y hermano, siempre me tendréis a vuestra disposición, sableen mano y animado de un sincero y fraternal afecto.

PONTIAN GILLET.

(Cura titular de Vauderland, pensionado por el rey).

¿Quién era mejor ciudadano de los dos: el cura constitucional quemando la carta pastoral de su arzobispo, o este emigrando y yendo en busca del enemigo?

El informe de Gallois y Gensonné, que mostraba en lo porvenir la guerra de la Vendée, estaba redactado admirablemente, con calma y sangre fría, y era más bien indulgente que severo. Dumouriez, que entonces mandaba en el Oeste, había comunicado las notas para la redacción. La discusión fue libre. Fouché pidió, como único castigo, que no se pagase a los sacerdotes que desobedeciesen la ley del Estado; Ducos, en nombre de la tolerancia, reclamó contra esta proposición.

En seguida se trató de los emigrados. Hablábase mucho de ellos: a pesar de la circular del rey intimándoles que volviesen a Francia, su número crecía extraordinariamente. Habían atravesado ya la frontera unos doscientos mil; los cuales, además de no volver a entrar, enviaban en señal de desprecio ruelas a los que permanecían en Francia. Algunos recibieron también la siguiente circular:

Se os intima de parte de *Monsieur*, regente del reino, que os dirijáis a * * * el día 30. Si os faltan los fondos necesarios para poneros en camino, os presentareis en casa de M. de * * *, quien os entregará cien francos. Os prevengo que sino os halláis dicho día 30 en el sitio que se os indica, perderéis todos los privilegios que la nobleza francesa va a adquirir.

El 20 de octubre Petion presentó la cuestión de los emigrados, como Fauché había presentado la de los eclesiásticos, tratándola bajo un punto de vista más elevado que lo que de él debía esperarse: propuso que se hiciese una distinción entre la emigración, hija del odio, y la causada por el miedo. Pidió, como Mirabeau, cuyo recuerdo trajo a cuenta, que no se cerrasen las puertas del reino, pues pecaría de tiranía impedir la salida de él a los ciudadanos que no quisiesen vivir en Francia; pero creyó conveniente suspender el pago de sus pensiones a los que habían tomado las armas contra la república: esto era lo mismo que en distinta escala había propuesto Fauché respecto de los eclesiásticos. Fue de dictamen que se ejecutase el decreto de la Constituyente, por el cual se imponía a los bienes de los emigrados una contribución triplicada, y concluyó reclamando la severidad de la Asamblea contra los emigrados que eran funcionarios públicos, contra los jefes y contra los culpados de alta categoría.

La alusión estaba clara: tratábase de MM. de Lembesc, Condé, Lorraine, del conde de Artois y de M. de Provence.

M. de Provence mereció un párrafo aparte: véase el decreto que el 30 de octubre expidió contra él la Asamblea.

Luis-José-Estanislao-Javier, príncipe francés: la Asamblea Nacional os intima, en nombre de la Constitución, tít. 3, cap. 2, sección 3, art. 2, que volváis a entrar en el reino, concediéndooos para ello el plazo de dos meses: si no lo hacéis así, perderéis vuestro derecho eventual a la regencia.

Los emigrados, en desquite, contestaron como va a continuación:

Individuos de la Asamblea francesa, que se apellida Nacional: la sana razón os intima, en virtud del tít. 1, cap. 1, sección 1, art. 1 de las leyes imprescriptibles del sentido común, que volváis en vos, para lo cual os concede el improrrogable término de dos meses, principiando a contar desde la fecha; de lo contrario, espirado que sea el término que se os señala, se entenderá que abdicáis todo derecho a la calificación de entes razonables, y seréis considerados como locos, dignos de la más rigurosa clausura.

Una mañana se encontró el siguiente pasquín fijado en todas las calles de la capital.

De orden de los príncipes de la sangre real de Francia, que residen al presente en Coblenza y en Worms, se hace saber: que indignados los referidos príncipes al ver el criminal atrevimiento de las personas que ocupan los escaños del Picadero de París, apelan a Dios, al rey y a sus espadas, del decreto expedido contra ellos el 8 del mes actual, seguros de que los buenos ciudadanos no son cómplices en semejante atentado.

Los patriotas, por su parte, ridiculizaban con sus canciones y caricaturas a los emigrados. Diariamente se pedía la repetición de las siguientes coplas que se cantaban en el teatro de Molière, durante la representación del *vaudeville* titulado *La Vuelta del padre Gerard a su granja*.

¿Qué hacen los héroes terribles
que el Rin con sus aguas brinda?
No habrá nadie que los venza,
si no dejan sus orillas.

Locura fuera dejaría,
pues los cuerdos adivinan,
que con sus tropas de esclavos
los libres acabarían.

La caricatura más notable de la época fue la peregrinación a Santiago.

Del mismo modo que Gallois y Gensonné mostraron la Vendée detrás de los eclesiásticos refractarios, Petion presentó detrás de los emigrados a la Europa. En el cuadro que bosquejó se veían la Prusia y la Rusia unidas contra la Francia; a Catalina prohibiendo al embajador francés que anduviese por las calles de Petersburgo, y enviando un ministro plenipotenciario a Coblenza, como si allí estuviese la Francia; a Inglaterra celebrando el libro de Burke; a Berna castigando a una población suiza por haber entonado los cantos de la república; al obispo de Lieja resistiéndose a admitir un embajador francés; a Venecia estrangulando a un francmason por orden del

Consejo de los Diez, y últimamente a la Inquisición española obligando a un emigrado francés a suicidarse para evitar que le quemasen vivo.

Brissot, aludiendo a los reyes que aspiraban a sofocar la república por medio de las armas, exclamó:

—¡Bien! Si se llegare a ese extremo, no hay que titubear: ¡iremos en masa a atacarlos!

Una inmensa salva de aplausos, que salió de las tribunas y de la mayoría, probó que la Francia estaba por la guerra. Los que lo dudaban aún, quedaron de ello convencidos.

Brissot no se equivocaba: remitida la aceptación de Luis XVI a todas las potencias, fue devuelta por Catalina sin abrirla; del mismo modo la devolvió Gustavo; España respondió que no tenía que contestar, y el emperador y la Prusia, amenazaron con tomar serias precauciones.

CAPITULO XXII

SUMARIO.—Asesinatos de Santo Domingo y de la Glacière.—El rey sanciona el decreto contra *Monsieur*.—Medidas contra los emigrados y los sacerdotes refractarios.—*Veto* del rey.—Invitación a los electores limítrofes para que dispersasen las tropas.—Alocución de Luis XVI.—M. de Narbonne, ministro de la guerra.—Creación de tres ejércitos.—Caída de M. de Narbonne.—Brissot acosa a Delessart.—Amenazas de Vergniaud.—Clavières, Dumouriez y Roland.—Los colores y los matices.—Roland en París.—Pormenores domésticos.—Dumouriez juzgado por una mirada.—Retrato de Roland.—¡Todo se ha perdido!—Robespierre en Arras.—Sus previsiones.—Su resolución.

Dos noticias, a cual más terribles, resonaron de improviso en la Asamblea: una había venido al través de los mares; otra era oriunda de lo interior de la Francia. Referíase la primera a los asesinatos de Santo Domingo, y la segunda a los de la Glacière.

Un mulato, llamado Ogé, diputado de los hombres de color de Santo Domingo, llevó de Francia los primeros decretos acerca de la libertad de los negros. Una vez en la Antilla, lo primero que hizo fue intimar al gobernador que pusiese en libertad a los esclavos; pero, habiendo encontrado resistencia, se refugió en la parte española de la isla, de donde fue extraído y luego enrodado.

Una noche se sublevaron 60,000 negros, degollaron a todos los blancos, quemaron 200 fábricas de azúcar, 600 de café, y destruyeron la llanura del Cabo francés, maravilla del arte y de la naturaleza, que se convirtió, por espacio de quince días, en un lago de fuego.

Veamos ahora lo que sucedió en la Glacière.

El 16 de octubre de 1791 un francés, llamado Lescuyer, que se había puesto al frente del partido formado contra los papistas, y a quien, como magistrado, se le imputaban dos delitos, el de haber principiado la venta de los bienes nacionales, y el de haber exigido a los eclesiásticos que jurasen la Constitución, fue muerto por el populacho al pie del altar. Los hombres le aplastaron el estómago a puntapiés y palos, y las mujeres le cortaron con sus tijeras los labios, a modo de festones: En consecuencia los papistas mandaron como dueños absolutos de la ciudad todo un día; pero, sobreponiéndose de nuevo a ellos los revolucionarios durante la noche, en expiación del asesinato de Lescuyer fueron degollados sesenta papistas y arrojados en la torre de la Glacière.

Esta fue la segunda mancha de sangre que deslustró el cándido ropaje de la libertad; la primera había brotado en el Campo de Marte.

El rey sancionó el decreto contra *Monsieur*, de que hemos hablado antes.

El 9 de noviembre la Asamblea decidió que si los franceses reunidos al otro lado de la frontera persistían en formar un cuerpo de ejército el 1.º de enero de 1792, se les trataría como conspiradores, serían condenados a muerte, y por contumacia a perder sus rentas en beneficio de la Nación, sin perjuicio de los derechos de sus mujeres, de

sus hijos y de sus acreedores.

El 29 del propio mes se decretó que los eclesiásticos prestasen el juramento cívico, so pena de quedar privados de sus pensiones y de incurrir en la sospecha de rebelión. Los que no quisiesen jurar serían vigilados cuidadosamente; y si en sus respectivas feligresías acaecían disturbios religiosos, se les llevaría a la capital del Departamento, constituyéndolos en prisión, en caso de resultar complicados en el motín, por haber predicado la desobediencia.

El rey, sin que le arredrase el temor de separarse de la Asamblea tan pronto y sobre todo tan imprudentemente, usó de su veto y se negó a sancionar ambas resoluciones. De donde provino, como era natural, el deseo de ver hasta donde llegaba la resistencia de Luis XVI.

La Comisión diplomática propuso se declarase al rey que la Francia le vería con satisfacción exigir de los príncipes limítrofes, especialmente de los electores de Tréveris y de Maguncia, como también del obispo de Espira, que dispersasen, dentro de las tres semanas posteriores a la invitación, las reuniones militares de los emigrados. La nota diplomática debería apoyarse con un alarde de las fuerzas necesaria para que el derecho de gentes no sufriera el más mínimo ataque.

Después de un discurso de Isnard apoyando la proposición, esta fue aprobada unánimemente; en consecuencia de lo cual, el 29 dirigió la Asamblea un mensaje al rey, con el fin de exponerle sus deseos. M. de Vaublanc habló en nombre del cuerpo Legislativo, y Luis XVI contestó que tomaría en consideración el mensaje.

En efecto, a los pocos días se presentó en persona a la Asamblea.

—Señores —dijo—, voy a declarar al elector de Tréveris y a los demás príncipes limítrofes, que si antes del 15 de enero no cesan en sus territorios las reuniones hostiles de los franceses refugiados, los consideraré como enemigos. Escribiré, además, al emperador, para inducirle, como jefe del Imperio, a que interponga su autoridad y aleje las desgracias que pudieran originarse de la obstinación de algunos miembros del cuerpo germánico. Si no fueren atendidas estas declaraciones, entonces, señores, continuó el rey, no me quedará otro arbitrio que proponeros la guerra... la guerra, que jamás decreta sin grave necesidad un pueblo que ha renunciado solemnemente a las conquistas; pero que una nación generosa y libre emprende cuando así lo exigen su seguridad y el lustre de su nombre.

El 6 de diciembre ocupó M. de Narbonne el ministerio de la guerra.

Hemos dicho ya algo acerca de este general de noble alcurnia, demasiado noble quizá, sostenido a un tiempo por el afecto de las tías del monarca y por el entusiasmo de madama de Staël. Si la rapidez de nuestro relato nos permitiese detenernos un instante, hablaríamos de la extraña influencia que tocó al bello sexo en aquella época febril: haríamos revivir los salones de madama de Condorcet, de madama de Staël, de madama Roland, y pasaríamos del gabinete en que Olimpia de Gouges dictaba sus comedias a aquel donde Theroigne de Méricourt colgaba su sable y sus pistolas. Empero, tenemos que contentarnos con indicaciones en vez de pinturas: grabamos al

agua fuerte y no al buril.

El joven ministro, sacado del club de los Fuldenses, se dirigió en el mismo instante a la frontera; se decretó una quinta de 150,000 hombres; la Asamblea votó 20.000,000 de fondos extraordinarios; se formaron, o mejor dicho, se improvisaron tres ejércitos: el mando del primero fue cometido a Lafayette, el del segundo a Rochambeau y el del tercero a Luckner. Se procesó al conde de Artois y al príncipe de Condé, como presuntos reos de conspiración contra la seguridad de la Constitución y del Estado, confiscándoles sus bienes; y por último, no habiendo vuelto a Francia *Monsieur* en el término que se le fijó, sus derechos a la regencia se declararon nulos.

El elector de Tréveris, en cuanto recibió la carta del rey, se comprometió a dispersar las reuniones de emigrados; pero sus esfuerzos se limitaron a algunas órdenes, dadas en alta voz, mientras que por lo bajo se autorizaba a aquellos a no conformarse con ellas. El elector de Tréveris obraba así contando con el apoyo del Austria, cuyo emperador había encargado al mariscal de Beuder que le defendiese en caso de ataque; comisión tanto más a propósito para tranquilizar al príncipe alemán, cuanto que el Austria tenía 50,000 hombres en los Países-Bajos, 6,000 en el Brisgau, y hacía venir 30,000 de Bohemia.

El conde de Narbonne, constitucional de buena fe, que aspiraba a que la Asamblea fuese el pedestal de la estatua de la monarquía, era el único ministro que quería con franqueza la guerra: contra él estaban Delessart y Bertrand de Molleville, esto es, la incapacidad y la intriga; en su favor, Cahier de Guerville. Los dos primeros pertenecían al partido aristocrático puro, y fueron tantos los disgustos que suscitaron a M. de Narbonne, que este se vio obligado a presentar su dimisión, a que siguió la desorganización de todo el ministerio. Ni madama de Staël, a pesar de su talento, ni el rey, a pesar de su amistad, pudieron retenerle: había alguna cosa que seguía sus huellas con el ímpetu y poder del torbellino, y era preciso dejarle desocupado el puesto: la Gironda. ¿Qué valdrían contra esta hija de la revolución los restos de la Constituyente, el club de los Fuldenses, colocado entre los Jacobinos y los Franciscanos, Bailly ni Lafayette, astros caídos del cielo de la popularidad? Nada: por lo mismo vino a tierra M. de Narbonne, derrocado por una acusación de Brissot y un discurso de Vergniaud.

Leopoldo murió de repente el 1.º de marzo, y el 18 acusó Brissot al ministro Delessart, presentando los documentos en que se fundaba, de que no había seguido las instrucciones de la Asamblea, sino al contrario pedido humilde y bajamente la paz al emperador. Semejante acusación alcanzaba más lejos, pues si Delessart había desobedecido a la Asamblea, lo había hecho por someterse a las órdenes del rey: de consiguiente, a este iba dirigido el tiro de Brissot. Vergniaud se aprovechó de la coyuntura.

—Estoy viendo desde aquí —exclamaba Mirabeau en otra época—, el balcón desde donde Carlos IX, de execrable memoria, disparó contra sus súbditos.

Acordose Vergniaud de aquel arranque oratorio, que causó tan grande efecto, y dijo:

—¡Yo también estoy mirando desde esta tribuna el palacio donde se trama la contrarrevolución, donde se dispone el plan de operaciones que debe entregarnos al Austria! Ha llegado el día de poner una valla a tanto atrevimiento, de confundir a los conspiradores: en otro tiempo el espanto y el terror han salido a menudo de ese palacio, en nombre del despotismo; que vuelvan, pues, a entrar, en nombre de la ley, penetrando los corazones, para que sus moradores sepan que la Constitución no reconoce más inviolabilidad que la del monarca. Los demás culpados, sin distinción alguna, serán juzgados por la ley, cuya cuchilla no podrá esquivar nadie.

La amenaza era directa: semejante al arquero que asestó una flecha al ojo izquierdo de Filipo, Vergniaud dirigía evidentemente su discurso al corazón de la reina; esta, por lo tanto, consintió en el nombramiento de un ministerio Girondino.

Grandes fueron, sin embargo, las dificultades con que este partido tropezó para designar las personas que debían formar parte de él. A modo de Dante que decía, tratándose de una embajada: *¿quién irá si yo me quedo; quién se quedará si yo parto?* la Gironda comprendía, que en aquella época de ataques cotidianos la tribuna era preferible al ministerio; deseaba, pues, conservar sus principales oradores para las lides parlamentarias, donde serían los atletas de los ministros que saliesen de sus filas. Después de discutir algún tiempo, se formó al cabo un ministerio misto: Clavières se encargó de la Hacienda, Dumouriez de los Negocios Extranjeros y Roland de lo Interior.

Digamos una palabra acerca de ellos; los demás, a saber, Durantón, ministro de Justicia, Grave de Guerra y Lacoste de Marina, carecen de importancia.

Clavières era ginebrino: hombre capaz, proyectista osado, no joven, y que debía los retrasos en su carrera a las preocupaciones del antiguo régimen, eficaces solo para enfrenar a aquellos cuyo genio los impelía hacia adelante.

Dumouriez, aunque contaba 56 años, parecía tener diez de menos, gracias a su actividad, a su temperamento nervioso, a la rapidez de su palabra. Intrigante perpetuo, hombre de talento más bien que de genio, creyó ver siempre en los pequeños medios recursos para evitar las grandes catástrofes. Por lo demás, su valor rayaba en temeridad; servía desde la edad de 19 años, y había sido cosido a sablazos por no querer rendirse un día que le cercaron seis jinetes enemigos. Pertenecía a aquella nobleza de provincia que con tanta dificultad lograba aproximarse a la Corte.

Había pasado la primera parte política de su vida, ya sobre las armas, ya envuelto en las sombras de la diplomacia secreta que Luis XV conservaba al lado de la pública. En el reinado de Luis XVI volvió a levantar la cabeza, consagrándose enteramente a una de las obras más nacionales que entonces se llevaron a cabo; a la construcción del puerto de Cherbourg. Por fin logró ascender; pero, una vez en la cúspide, le faltaba para mantenerse a tal altura una cualidad indispensable: conciencia.

Cortesano antes de 1789, constitucional con Mirabeau y Lafayette, girondino con Brisot y Vergniaud, había pasado al través de los colores, adoptando meramente matices; no obstante, era siempre el provenzal Dumouriez, cuyo origen meridional se descubría en su pronunciación y en sus ojos que despedían llamas.

Roland, al contrario, era el hombre antiguo. La libertad le había hallado ya formado de cuerpo y corazón. Era un anciano grave, bastante alto y de modales serios, sin estar desprovisto de pasión.

Hacía dos años que había llegado de Lyon a París, en compañía de su esposa. ¿Qué mano los guio?... La fatalidad que quería sus dos cabezas. Sonó el cañón de la Bastilla, y se precipitaron como si oyesen tocar a llamada. Fueron a alojarse en la pequeña fonda Británica de la calle de Guénégaud, cerca del Puente-Nuevo: un comedor, una sala y una alcoba componían su habitación. En la alcoba había dos camas; en la sala una mesa donde escribían los esposos, revelándose en el marido la gravedad del anciano y en la mujer el ardor de la joven: esta copiaba, traducía, anotaba para aquel, libros por el estilo de *El arte del tornero, del fabricante de lana, el Diccionario de las manufacturas*, etc.

Tarea sin descanso, sin otra distracción que los cuidados prodigados a un niño y al padre de esta criatura; pues madama Roland preparaba a menudo por sí misma la comida de su marido, sea por economía y escasez de dinero, sea porque el estómago de Roland, debilitado con el trabajo, necesitase de que una mano inteligente y amiga midiera lo que era capaz de sobrellevar.

Con la sencillez con que Rousseau hablaba de sí mismo, madama Roland, mujer activa y laboriosa, cuya virtud fue sostenida por el trabajo, decía, en el momento de morir:

—Siempre he logrado dominar mis sentidos; no ha habido quien conociese menos que yo los placeres sensuales.

Madama Roland fue una planta que no dio flores.

El 21 de marzo, por la tarde, se dirigió Brissot a casa de Roland y le propuso si quería ser ministro; este aceptó con su sencillez acostumbrada. En cuanto a su esposa, no tuvo un momento de orgullo, quizá porque no previó que aquel ministerio iba a inmortalizarla, conduciéndola al patíbulo.

El 23, a las once de la noche, volvió Brissot, trayendo consigo a Dumouriez, que salía del Consejo y venía a anunciar su nombramiento a Roland.



VERGNIAUD.

—El rey —dijo Dumouriez—, está decidido a sostener la Constitución. Roland sacudió la cabeza, con aire de incredulidad: su esposa miró a Dumouriez, con la sagacidad natural en las mujeres, y le encontró falso; oyole hablar, y le calificó de ligero; sondeó sus palabras, y comprendió que abrigaban la inmoralidad política, el peor de todos los vicios, aunque los hombres de Estado hayan tratado de convertirla en virtud.

Por su parte Dumouriez, considerando rápidamente y a hurtadillas a su futuro colega y a la esposa de este, advirtió ante todo la vejez del marido (Roland tenía diez años más que Dumouriez, pero parecía llevarle veinte) y en seguida las elegantes formas de la esposa. Madama Roland, de origen plebeyo, hija de un grabador, había trabajado cuando era niña en el taller de su padre, como trabajó luego en el gabinete de su marido: el trabajo, rudo protector, había sido la salvaguardia de la virgen y debía serlo así mismo de la esposa.

Dumouriez notó que sus manos, aunque algo gruesas, eran bonitas; que su boca, si bien un poco grande, estaba esmaltada de perlas; que su sangre despedía un brillo no común. Observó también su talle elegante, sus caderas bien proporcionadas y su garganta superior en belleza a todo encarecimiento, Dumouriez pertenecía a esa clase de hombres que no pueden ver a un marido viejo sin reírse, ni a una esposa joven sin desear: de donde resultó que disgustase al mismo tiempo a ambos.

La Corte, como decía Dumouriez, acababa de nombrar aquel ministerio; pero lo había bautizado en seguida. La reina lo apellidó el ministerio descamisado (*sans-culotte*).

Desde su inauguración cometió una imperdonable falta de etiqueta. Roland usaba

zapatos con cintas, probablemente por no tener para comprar hebillas, y sombrero redondo; y así se presentó, con Dumouriez y sus demás compañeros, en las Tullerías. El maestro de ceremonias no quería admitirle, sin que Roland adivinase la razón:

—¿En qué os fundáis —le preguntó Dumouriez—, para negar la entrada a M. Roland?

—¡Cómo, señor! ¡Si viene de sombrero redondo y no trae hebillas!

—¡Tenéis razón: estamos perdidos! —exclamó Dumouriez con la mayor sangre fría, y empujó a Roland hacia la habitación del rey.

Dumouriez, según dejamos relatado, había sido aristócrata durante el antiguo régimen, constitucional en tiempo de la Asamblea, y luego girondino; pero, desde que ascendió a ministro, vio dilatarse el horizonte y descubrió a los Jacobinos en lejanía. Por eso, a los tres días de su nombramiento, le hallamos ya en el club de estos últimos, con el gorro encarnado, y estrechando entre sus brazos a Robespierre, no obstante la repugnancia del áspero tribuno.

Robespierre era, después del rey y quizá antes, la persona a quien más hería el ministerio Girondino; porque, al dejar la Constituyente, que aplastó con sus últimas palabras, se había creído el hombre necesario a la Francia: idea que contribuyó a arraigar en su ánimo un viaje que hizo a Arras (primero y último descanso de aquel hombre infatigable, desde que empezó para él la edad de la inteligencia) y en el cual las poblaciones le habían llevado en brazos hasta la pobre casa paterna, que a la sazón estaba en ajenas manos. Convicciones, como la de Robespierre, son comunes en los hombres que forman parte de una Asamblea, ya literaria, ya legislativa: figúranse que todas las fuerzas vitales del país se han agotado para crear aquel cuerpo, y que detrás del Senado de Dioses, como decía el Galo en Roma, no hay nada.

A ser cierto lo que Robespierre creía, no existiendo ya Mirabeau y habiendo perdido su popularidad Barnave, Duport, Lameth, Cazalès y Sieyès, él debía reemplazarlos a todos.

Pero, de repente, con asombro del rey, del país y sobre todo del abogado de Arras, la inagotable Francia, apenas cogida la primera cosecha, acababa de dar de sí otra: a Mirabeau sucedía Vergniaud; a Barnave Duport, Lameth, Cazalès y Sieyès, reemplazaban Gensonné, Gaudet, Isnard, Condorcet; tras los Constitucionales venían los Girondinos, esto es, una juventud ardiente, llena de pasión, de lozanía y robustecida con una arma terrible que faltaba a sus predecesores; la convicción.

Había, por lo tanto, que segar una mies nueva.

Robespierre consideró un instante la larga y dificultosa tarea que se ofrecía a su vista; y en seguida, sintiéndose perdido sino derrocaba a sus adversarios, dijo: ¡MANOS A LA OBRA!



ALISTAMIENTOS VOLUNTARIOS.

CAPÍTULO XXIII

SUMARIO.—Declaración de guerra al Austria.—Robespierre se opone.—Los partidos en Francia.—Sus jefes.—Los suizos de Châteauevieux rehabilitados.—La fiesta de la libertad.—Principian las hostilidades.—Sálvese el que pueda.—El general Dillon es muerto en Lille.—Se decide dar un golpe de estado popular.—La guardia real.—Informe de Bazire acerca de los acontecimientos.—Joaquín Murat.—El 29 de mayo.—Servan, ministro de la guerra.—Plan de un campamento.—Robespierre, Louvet.—Lucha de la revolución y el trono.—El rey sigue obrando con doblez.

El primer acto importante del nuevo ministerio fue la declaración de guerra hecha al Austria. El 20 de abril se presentó Luis XVI a la Asamblea, acompañado de todos sus ministros.

—Vengo, señores —dijo—, a poner en conocimiento de la Asamblea uno de los asuntos más importantes que pueden ocupar su atención. Mi ministro de negocios extranjeros va a leeros su informe acerca de nuestra actual situación política.

El informe acababa proponiendo que se declarase la guerra al rey de Bohemia y de Hungría, Francisco II: el sucesor de Leopoldo no era aún emperador. La Asamblea acogió la proposición con alegría, y la Francia con entusiasmo. Se votó casi por unanimidad. En el examen del registro de cada departamento se halló que había inscritos 650,000 ciudadanos para marchar contra el enemigo.

Este fue un nuevo golpe para Robespierre, que no estaba por la guerra. La guerra propende a destruir las popularidades civiles en beneficio de la gloria militar: sábese el nombre de Aníbal, conquistador de la Italia; pero se ignoran los nombres de los senadores que le negaban los medios de terminar su conquista, diciendo:

—¡Si vence, no necesita de socorros: si es vencido, que vuelva!

¡Grande época fue la de los alistamientos voluntarios! Al marchar el hermano mayor, se veía a los otros asidos de los faldones de su frac, pidiendo ir en su compañía: la mujer decía a su marido: «¡Parte! quédese la felicidad para cuando vuelvas». Y la novia al dueño de su corazón: «¡Parte! El amor nos sonreirá después de la victoria».

En 1793 no podía considerarse a la Francia como una potencia aislada: sus principios le habían atraído la simpatía de los demás pueblos: ¡era el corazón de la Europa!

Desde este momento vamos a ver marchar los sucesos con asombrosa rapidez: estamos ya en la pendiente del 10 de agosto: cada día que pase hará más violento el empuje.

Leopoldo, como queda referido, murió el 1.º de marzo, ocupando su lugar Francisco II: el 16 fue asesinado Gustavo III en un baile, sucediéndole su hijo Gustavo IV, y el 20 de abril se declaró la guerra al Austria.

Cuatro partidos principales existían en Francia por aquel tiempo: los realistas

absolutos, los realistas constitucionales, los republicanos y los anarquistas. Los primeros no contaban en lo interior con jefes reconocidos: en lo exterior sus cabezas eran *Monsieur*, el conde de Artois, el príncipe de Condé y el duque Carlos de Lorena. Estaban al frente del segundo partido, Lafayette, Bailly, Barnave, Lameth y Duport; al frente de los republicanos figuraban Brissot, Vergniaud, Guadet, Petion, Roland, Isnard, Ducos, Condorcet y Couthon; y el anarquista reconocía por jefes a Marat, Danton, Camilo Desmoulins, Hébert, Legendre, Santerre, Fabre d'Eglantine y Collot-d'Herbois. Robespierre se había oscurecido: aguardaba mejor ocasión.

En medio de esto y como para añadir veneno al odio de los partidos, cumplió la Asamblea con un deber de justicia que iba a ocupar muchas plumas y a hacer desenvainar muchas espadas. Rehabilitó a los infelices soldados del regimiento de Châteauevieux, que se habían sublevado en Nancy, y los sacó de los presidios. En seguida vinieron a París y se presentaron a la Asamblea, que titubeó antes de decidirse a recibirlos. Un joven diputado, llamado Gouvion, se levantó, y dijo:

—Nadie puede obligarme a ver a los asesinos de mi hermano.

Su hermano, guardia nacional, había sido muerto en Nancy. Pronunciadas las anteriores palabras, salió. La Asamblea, después de dos votaciones dudosas, acordó que fuesen admitidos. Las tribunas aplaudieron estrepitosamente: el pueblo se repartió, como reliquias, los grillos que habían arrastrado, y Ganchon, el Demóstenes del arrabal que contaba por su Temístocles a Santerre, declaró que en atención a que la Asamblea había administrado tan bien la justicia, el arrabal de San Antonio la apoyaría, consagrándose a su defensa y la de las leyes las diez mil picas que allí se estaban fabricando. Decretose, en seguida, una fiesta de la libertad, cuyos héroes serían los suizos de Châteauevieux.

¿Qué decía a todo esto la Corte? Aguardaba los sucesos en la mayor ansiedad, segura de que una derrota capaz de abrir la más pequeña brecha a los emigrados por donde entrar en el territorio francés, lanzaría contra ella al motín.

Tal era el estado de las cosas, cuando principiaron las hostilidades. Ciento veinte batallones y sesenta escuadrones, formados de tropa antigua de línea, de voluntarios y de guardias nacionales, guardaban las fronteras desde Besançon a Dunkerque, en Alsacia, a orillas del Mosela y del Sambre, mandados por Luckner, Rochambeau y Lafayette. Hemos dicho ya de donde procedía la gloria de los dos últimos: en cuanto a Luckner, solo se le conocía por el daño que había hecho a la Francia, como partidario, en la guerra de los siete años.

El 28 de abril por la tarde se apoderó Biron de Quiébrain y marchó contra Mons; el 29 de madrugada se trasladó Teobaldo Dillon de Lille a Tournay; y así en Tournay, ante el enemigo, como en Mons, donde no se le vio siquiera, sonó el grito de *¡Traición! ¡Sálvese el que pueda!*

¿Quiénes lo habían lanzado? El cuerpo de Dragones, aristocrático hasta el frenesí, que huyó en seguida y atropelló a la gente de a pie. Viéndose la infantería arrollada, no por el enemigo, sino por sus mismos hermanos, emprendió la fuga, y entró furiosa

en Lille. Como era preciso descargar la ira en alguno, ya que no había podido caer sobre los contrarios cayó sobre el general Dillon, que fue degollado en una troje. Al propio tiempo se supieron en las Tullerías ambas desgracias: la derrota de Quiébrain y la muerte del general Dillon.

Este asesinato pareció tener un terrible significado político: Teobaldo era hermano del hermoso Arturo Dillon, que pasaba por amante de la reina. Cierta día, después de bailar con alguna velocidad, trató María Antonieta de colocar la mano del compañero sobre su pecho, para que sintiese como le latía el corazón; pero el rey desvió la mano de Arturo, diciendo a su esposa que bastaba con su palabra para ser creída. A Arturo, pues, se había perseguido en la persona de Teobaldo; en el desgraciado Dillon se había querido herir a la reina.

La Gironda, que había votado con entusiasmo a favor de la guerra, experimentó un contratiempo no pequeño al recibir la noticia de la derrota con que principiaba. Necesario era desquitarse de un modo tremendo y que dejase anonadada a la Corte: el rayo, por tanto tiempo depositado en manos de los Júpiter del palacio, debía pasar a los Titanes de la Asamblea. Decidióse un golpe de estado popular.

Habíase dado al rey una guardia constitucional, en cambio de los guardias de corps y de los suizos, la cual fue aumentándose gradualmente, y convirtiéndose en realista pura, a pesar del nombre que la distinguía. Entre sus individuos llegaron poco a poco a alistarse los antiguos caballeros del puñal, los *verdets* del Mediodía y la facción tan conocida en Arles con el nombre de la *chiffone*. Constaba de seis mil hombres y obedecía al monarca; de manera que en un momento dado, suponiendo a Luis XVI la energía de María Antonieta, podía aquella guardia marchar contra la Asamblea, rodear el Picadero, y prender o matar a los representantes desde el primero al último.

Mucho se alegró esta guardia con la noticia de la derrota de Quiébrain; y por lo mismo el 22 de mayo, esto es, tres semanas después que se supo, el nuevo corregidor de París, Petion, hombre de resoluciones rápidas y a veces violentas, escribió al comandante de la Guardia Nacional expresándole, sin disimulo, sus temores acerca de la partida del rey, e invitándole a *observar, vigilar y multiplicar las patrullas* en los alrededores de las Tullerías. Luis XVI se quejó de ello en una carta mandada fijar en París por el directorio del departamento.

Nada respondió Petion, contentándose con mantener sus órdenes: era el verdadero rey. Las acusaciones contra las Tullerías empezaron a menudear en la Asamblea: quemose una porción de papeles en Sèvres: el gobernador de los Inválidos, M. de Sombreuil, determinó que sus veteranos cediesen, durante la noche, sus puestos a las tropas de la Guardia Nacional *o de la guardia del rey*: el 28 de mayo propuso Carnot que se declarase en sesión permanente la Asamblea, visto el peligro público: el 29 manifestó a la misma Petion, que la tranquilidad de París se parecía al silencio que precede al rayo; por último, el propio día se hizo presentar al cuerpo Legislativo, valiéndose al efecto de Bazire, un informe lleno de hechos, a cual más alarmante: allí

se decía, que la Guardia Real repetía de voz en cuello que conspiraba; que se había alegrado con la noticia de la derrota de Quiébrain, y que al anunciar la toma de Valenciennes, había afirmado que dentro de quince días entrarían los ejércitos extranjeros en París.

El informe contenía, además, la declaración de un patriota, procedente de la referida guardia, el cual dijo que se le había querido ganar, a fuerza de dinero, para enviarle a Coblenza; propuesta que, a fuer de leal servidor de la patria, había rechazado, presentando en seguida su renuncia. «¿El nombre de ese valiente ciudadano?» gritó la Asamblea. «Joaquín Murat», respondió Bazire.

Aquella fue la primera vez que se pronunció públicamente el nombre del futuro rey de Nápoles. El hierro estaba hecho ascuas, y los Girondinos lo batieron bien. Vergniaud y Guadet se colocaron uno a cada lado del yunque Legislativo: en el mismo día fue licenciada la Guardia Constitucional, confiada a los nacionales la custodia del palacio y acusado el duque de Brissac, jefe de los modernos pretorianos. Este era el rayo de que hablaba Petion. Inmediatamente se despejó el cielo y bañó a la Gironda el sol de la popularidad.

Ya era tiempo; pues Robespierre, dos días antes, le había dirigido una estocada en el club de los Jacobinos que solo podía pararse con semejante medida. La acusó de estar en connivencia con Lafayette, Narbonne y la Corte, de abandonar la causa de los patriotas, de emplear a hombres sospechosos, y de haber mandado entregar un millón a los generales y seis millones a Dumouriez, sin pedirles cuenta de la inversión.

Pero aquella acusación se perdió en medio del ruido que hizo la jornada del 29. Sin embargo, el desastre de Flandes fue un golpe terrible para Dumouriez, que de rechazo hirió al ministro de la guerra Grave, amigo suyo: hubo necesidad de abandonarle, como una torta arrojada a Cerbero para acallar sus ladridos. Madama Roland propuso a Servan, sobre quien ejercía gran predominio y del cual se hablaba como de un amante suyo; calumnia, por supuesto; pero, tal es el modo de juzgar de los hombres: Roland era viejo y su mujer joven; esta necesitaba, pues, de un amante. ¡La virtud humilla a tantos!

Servan fue nombrado ministro; y tres días después inauguró su administración, proponiendo a la Asamblea, sin participarlo a sus colegas, la reunión de un campamento ante las murallas de París, con motivo del 14 de julio próximo: debía constar de veinte mil voluntarios. Madama Roland, el genio de la Gironda, fue quien indicó, quien escribió, quien dictó quizá la proposición de Servan.

En cuanto Dumouriez tuvo noticia de ella se puso furioso; pues semejante idea, si llegaba a realizarse, imposibilitaba las reacciones militares o realistas; y Dumouriez, aunque se había calado el gorro frigio, esperaba retroceder, si los asuntos iban mal, hasta la escarapela blanca. De aquí las disputas que se suscitaron en el primer consejo: véase lo que él mismo dice en sus memorias. Ambos ceñían espada; y sin la presencia del rey, es probable que olvidando el coronel la distancia a que estaba del

general, y permitiendo este a aquel salvarla, los aceros hubieran salido a relucir. Clavières, verdadero girondino, propuso retirar la moción, con la esperanza de que así Dumouriez, a quien no amaba ni estimaba, caería en el lazo; pero el general le vio venir.

—Retirar la moción —dijo Dumouriez—, es pretender que la Asamblea decrete un campamento de 40,000 hombres, en lugar de los 20,000.

Robespierre atacó la proposición; pues desde luego comprendió que toda aquella juventud dotada de instintos nobles y generosos se constituiría en una guardia de la Gironda; pero, también esta contaba con mantenedores que de tiempo en tiempo y en el instante menos esperado rompían una lanza en su favor. Esta vez le tocó el turno a Louvet. Dijo que las opiniones de Robespierre estaban, hacía algunos días, conformes con las de la Corte; pues que Robespierre había rechazado, como esta, la guerra, y ahora, siguiendo igual conducta, rechazaba el campamento de los 20,000 hombres. Louvet infería de esto, que Robespierre, y no la Gironda, marchaba de acuerdo con las Tullerías.

¡Este paralelo entre Robespierre y la Corte fue devuelto más adelante por Couthon a Louvet de una manera terrible!

Sin embargo, la Corte no se hallaba tan derrotada como parecía: contaba con un ejército diseminado por la capital y compuesto de 12,000 caballeros de San Luis, que solo aguardaba ocasión oportuna para erigirse en batallón sagrado; con los Fuldenses, esparcidos en la Guardia Nacional; con los ayudantes de campo de Lafayette, que insultaban a Roland, y por último con el mismo Lafayette, que respondía al ministro, quejoso de él:

—No os conozco, ni he sabido como os llamabais hasta ver vuestro nombre impreso en la gaceta. No creo una palabra de lo que me decís: aborrezco las facciones y me inspiran desprecio sus jefes.

Por la misma época anunció el juez de paz de la sección de Bondy a Petion que acababa de interceptar una carta con un pedido de 6,000 sables o puñales, hecho por los realistas.

La lucha de la Revolución y del Trono había llegado al período en que uno de los dos atletas debía caer. Permaneciendo más tiempo en semejante tensión ambas fuerzas, acabarían por neutralizarse y enervar a la Francia. La Corte esperaba una oportunidad; pero la Gironda, no teniendo tiempo que perder, trató de buscarla, lo que consiguió sin trabajo, merced al partido clerical, terrible disolvente infiltrado por la contrarrevolución en las familias y en la sociedad.

* * *

Los sacerdotes habían añadido al Credo esta frase: *¡los que paguen las contribuciones serán condenados!*

En el arrabal de San Antonio se casó un clérigo: antes de verificarlo, acudió a la

Asamblea Nacional, y esta declaró que ninguna ley se oponía a tal matrimonio; sin embargo de lo cual fue denunciado y perseguido por las autoridades eclesiásticas. Se sacó la cuenta de los sacerdotes castigados por el mero hecho de jurar la Constitución, y resultó que cincuenta habían sido degollados, además de saquearse sus casas y devastarse sus campos. Desde el mes de abril, los clérigos rebeldes eran perseguidos en cuarenta y dos departamentos: el 27 de mayo se presentó un decreto contra ellos, que fue votado en los términos siguientes:

La deportación se verificará dentro de un mes, con tal que la pidan veinte ciudadanos, que la apruebe el distrito y que la ordene el departamento: el clérigo deportado recibirá tres francos diarios, como gastos de viaje, hasta que atraviese la frontera.

Decidióse en seguida obrar respecto del rey según se condujera en la presente ocasión. Si sancionaba el decreto, la Gironda le sostendría, considerándole como el monarca constitucional apetecido por la Francia; si interponía su veto, equivaldría a confesarse jefe de los absolutistas y del clero y dejaría de merecer el nombre de rey de la nación.

Nada de subterfugios: tratábase de un acto público y no de una acción privada; de un caso de lealtad y no de conciencia. Si no había medio de que el rey y la revolución caminasen de acuerdo, aquel debería abdicar y dejar a esta que continuase sola su marcha. Pero no; el rey no había cesado de seguir las lecciones de M. de Lavauguyon, ni de ser el pupilo del Austria: su doblez no se desmentía ni un instante. Lo que deseaba sobre todo era desembarazarse de aquellos Girondinos, no contar para nada con la Asamblea, gobernar con la camarilla y los Fuldenses, con Dumouriez y Lafayette. Vamos a ver al honrado Roland suministrarle medios de conseguirlo.

CAPÍTULO XXIV

SUMARIO.—Roland y el rey.—Carta a Luis XVI.—Roland presenta su renuncia.—Dumonriez, Guadet.—El rey sanciona el decreto de los 20,000 hombres, e interpone su veto en el de los eclesiásticos.—Entrevista de Luis XVI y Dumouriez.—Escena patética.—Reflexiones.

Desde que Dumouriez se presentó en casa de Roland, conducido por Brissot, comprendió el honrado anciano que la Corte no le buscaba sin segunda intención, y exigió que un secretario especial asistiese a las deliberaciones y llevase un registro exacto, no solo de los hechos, sino hasta de las palabras: así, en caso de perfidia, habría un documento auténtico que atestiguase las obras y opiniones de cada uno.

El rey se conformó al principio; pero la medida no fue llevada a cabo, y ningún estado se redactó de las sesiones del Consejo. Roland conoció entonces que le arrastraban al precipicio. Convencido de ello, empeñó una lucha con aquella camarilla, publicando diariamente en el periódico titulado *El Termómetro* cuanto podía ver la luz tocante a las deliberaciones del Consejo de Ministros. Esto no bastaba; en consecuencia, Roland escribió al rey una carta, qué le dictó su esposa, y de la que sacó un duplicado para el público; pues no dudaba que un día tendría que apelar a este de la mala voluntad de Luis XVI con respecto a la Revolución.

Entregola el 10 de junio y aguardó dos días, sin que el rey se diese por entendido de le que contenía: visto lo cual por Roland, sacó en pleno Consejo la carta de su bolsillo y la leyó en alta voz. Como en ella están expresados perfectamente los peligros, temores y embarazos de la situación, y como trajo en pos los acontecimientos que luego veremos, pesando además de un modo terrible en la balanza donde cayó la cabeza de Luis XVI, nos ha parecido conveniente transcribirla.

Señor; el estado actual de la Francia no puede durar mucho tiempo: la crisis ha llegado a su último período y tiene que terminar por un estallido, importante para V. M., no monos que para toda la Nación. Honrado con vuestra confianza y colocado en un puesto, desde el cual cumple a mí deber deciros la verdad más sincera, nada os callaré: obligación que vos mismo me habéis prescrito. Los franceses se han dado una Constitución; y si es cierto que esta ha producido descontentos y rebeldes, también lo es que la mayoría de la nación ha jurado defenderla a costa de su sangre, saludando con entusiastas aplausos la guerra, como un medio poderoso de cimentarla bien. No obstante, la minoría, sin ceder de sus esperanzas, añade esfuerzos a esfuerzos con objeto de salir vencedora; de donde provienen las luchas intestinas, la anarquía que los buenos ciudadanos contemplan afligidos y de que se prevalen los malévolos para calumniar el nuevo orden de cosas, la división por todas partes esparcida, estimulada y nunca indiferente. El triunfo de la Constitución o su mudanza; esto es lo que se pretende: óbrase a fin de sostenerla o de alterarla. Me abstendré de examinar lo que es en sí; pues mi plan se reduce a la consideración de lo que las circunstancias exigen; y aislándome en lo posible del asunto, veré de descubrir lo que hay que esperar y lo que importa favorecer.

V. M. disfrutaba de grandes prerrogativas que creía pertenecer a la corona. Educado en medio de ellas, no ha estado en su mano vérselas arrebatar con placer, y era natural naciese de ahí el deseo de reconquistarlas: sentimientos todos en consonancia con los instintos del corazón humano y que han influido mucho en los cálculos de los enemigos de la Revolución. Estos, seguros de obtener secretas simpatías, han aguardado a que las circunstancias permitiesen una protección declarada; y como a la nación no se le han podido ocultar tales

disposiciones, su desconfianza debió despertarse inmediatamente, y V. M. se ha encontrado en la constante alternativa, o de ceder a sus primeros hábitos, a sus afecciones particulares, o de hacer sacrificios dictados por la filosofía y exigidos por la necesidad; esto es, de alentar a los rebeldes, inspirando temores a la nación, o de tranquilizar a esta, uniéndose a ella con insolubles lazos. Nada hay que no tenga su término, y a tal incertidumbre le ha llegado el suyo. ¿Puede V. M. ligarse hoy públicamente con los que aspiran a reformar la Constitución, o debe decidirse por fin a ser su más firme apoyo? Esta es la verdadera cuestión, cuya solución inmediata parece inevitable, atendido el presente estado de las cosas. En cuanto a la otra, sobrado metafísica, de si los franceses se hallan o no en estado de ser libres, no la creo oportuna; porque no se trata de juzgarlo que llegaremos a ser dentro de un siglo, sino de ver de lo que es capaz la actual generación.

¿Qué es lo que ha sucedido en medio de las agitaciones que nos rodean hace cuatro años? Se han abolido privilegios onerosos; las ideas de justicia y de igualdad se han extendido por donde quiera, penetrando en todas partes; la opinión sobre los derechos del pueblo ha justificado el sentimiento acerca de los mismos; su reconocimiento, hecho solemnemente, ha llegado a ser una doctrina sagrada; el odio a la nobleza, oriundo del feudalismo, se ha arraigado, exasperándose con la resistencia de la mayoría de los nobles a aceptar la Constitución, su enemiga. Durante el primer año de la Revolución aborrecía el pueblo a los nobles, en vista de sus privilegios; pero, semejante odio se hubiera extinguido con la destrucción de estos, si la conducta de la nobleza no robusteciese las razones que existían para temerla y combatirla. La adhesión a la ley constitucional se ha ido acrecentando: debíale el pueblo palpables beneficios y ha juzgado que le preparaba otros mayores, pues que los que le hacían cargar con todos los gravámenes siguen mostrando tan singular empeño en destruirla o a lo menos en modificarla. La declaración de los derechos es ya un evangelio político, y la Constitución francesa una religión por la cual el pueblo está pronto a sacrificarse; tanto que el celo ha llegado algunas veces hasta suplir por la ley, y cuando esta no ha sido suficiente para contener a los perturbadores, los ciudadanos se han encargado de castigarlos.

De ahí han provenido las pérdidas causadas en las propiedades de los emigrados o de sus parciales; de ahí el encrudescer tantos departamentos contra los sacerdotes proscritos por la opinión. En semejante choque de intereses, los sentimientos han adoptado el acento de la pasión. La patria no es ya una voz que la imaginación se ha complacido en herosear; es un ser por el cual se han hecho sacrificios, más querido a proporción de los cuidados que exige, creado a costa de grandísimos esfuerzos, que se eleva en medio de un sin número de temores y del que se espera mucho. Cuantos golpes se le dirijan, son otros tantos medios de inflamar el entusiasmo que por ella se siente. ¡Cálculése, pues, hasta dónde llegará ese entusiasmo hoy que las tropas enemigas, reunidas al otro lado de las fronteras, tratan de concertarse con los intrigantes de lo interior de la Francia, para asestar los golpes más terribles y funestos!

La fermentación es inmensa y estallará de un modo unánime, a menos que una Confianza razonable en las intenciones de V. M. no consiga templarla; pero, para eso no bastan protestas; se necesitan hechos positivos. La nación francesa sabe que su Constitución marchará y que el gobierno tendrá la fuerza que le es indispensable, desde que V. M., decidiéndose francamente por el triunfo de aquella, sostenga al cuerpo Legislativo con todo el poder de la ejecución, desvirtuando así los temores populares y las esperanzas de los descontentos. Por ejemplo, se han votado dos decretos, ambos importantes para la tranquilidad pública y la salud del Estado; y la demora en su sanción inspira desconfianzas: pues bien, si se prolonga esta, el descontento crecerá, y en el hervor actual de los espíritus, debo decirlo, el descontento será capaz de todo.

No es tiempo de retroceder, ni siquiera de contemporizar. La Revolución se ha efectuado ya en los entendimientos, y acabará y se cimentará con sangre, si la prudencia y el saber no se asocian para prevenir infortunios que aún pueden evitarse. No se me oculta que hay personas que creen posible contener el curso de los acontecimientos, valiéndose de la violencia en último caso; pero, una vez oprimida la Asamblea, aterrado París y esparcido el espanto y la división por los alrededores, toda la Francia se levantaría indignada, desgarrándose a sí propia y desplegando esa sombría energía, madre de las virtudes y de los crímenes, siempre fatal para sus provocadores.

La salud del Estado y la felicidad de V. M. están ligadas íntimamente; no hay poder capaz de desunirlas: crueles angustias y desgracias infalibles cercarán al trono, si no lo apoyáis en las bases de la Constitución y en la paz que el sostenimiento de esta debe al fin proporcionarnos. De manera que, la disposición de los espíritus, el curso de las cosas, las razones de la política y el interés de V. M. exigen que os unáis al cuerpo Legislativo, correspondiendo así a los votos de la nación: lo que los principios presentan como un deber, es hoy una necesidad; y ese pueblo afectuoso, usando de su natural sensibilidad, verá en vuestro modo de obrar un motivo de reconocimiento.

Se os ha engañado, Señor, inspirándoos aversión o a lo menos desconfianza hacia un pueblo, tan fácil de conmovér: lo que se ha logrado con eso es haceros emprender una conducta capaz de excitar su alarma. Llegue él a convencerse de que estáis resuelto a sostener la Constitución, áncora de sus esperanzas, y os

bendecirá.



DCMOURIEZ.

La manera de conducirse los eclesiásticos en varios puntos y los pretextos que el fanatismo suministra a los descontentos, han sido causa de que se votase una sabia ley contra los perturbadores: sanciónela V. M.: la tranquilidad pública y la salvación de los mismos sacerdotes lo reclaman: de lo contrario, los departamentos, como de costumbre, sustituirán a ella medidas violentas y el pueblo cometerá excesos.

Las tentativas de nuestros enemigos, la agitación de la capital, la suma inquietud excitada por la conducta de vuestra guardia y que aún dura, merced a los testimonios de satisfacción que le ha dado V. M. en una proclama verdaderamente impolítica en las actuales circunstancias, la situación de París, su proximidad a las fronteras, han demostrado la necesidad de que se forme un campo militar al pie de sus murallas. Esta medida, reconocida como sabia y urgente, solo aguarda la sanción de V. M. ¿Por qué las demoras la han de hacer aparecer como forzada, siendo así que la prontitud en su adopción ganaría en favor vuestro todos los corazones? Las tentativas del estado mayor de la Guardia Nacional de París contra tan patriótico decreto han despertado ya recelos de que obedece a influencias superiores; y por otra parte, las declamaciones de algunos furiosos demagogos inspiran sospechas de que están en relación con los interesados en que la ley Constitucional venga al suelo. La opinión compromete las intenciones de V. M.: una dilación más, y el pueblo contristado verá en su rey el amigo y cómplice de los conspiradores. ¡Justo cielo! ¿Habréis cegado vos los poderes de la tierra, para que nunca tengan sino consejeros que los guíen al precipicio?

Sé que el lenguaje austero de la verdad pocas veces merece buena acogida por parte del trono; sé que de ahí se origina la necesidad de las revoluciones; sé, sobre todo, que ese, y no otro, es el lenguaje en que debo hablar a V. M., no solo como ciudadano, sino también como ministro, honrado con su confianza o revestido de funciones que la suponen existente: nada conozco, pues, capaz de impedirme el cumplir un deber que mi conciencia aprueba.

Guiado del mismo espíritu, reitero a V. M. mis representaciones acerca de la obligación y utilidad de ejecutar la ley que prescribe se nombre un secretario para el Consejo de ministros. La mera existencia de la ley arguye en su favor lo suficiente para que se ponga en planta sin demora; pero, además, conviene no perdonar ningún medio de mantener la gravedad; la prudencia, la madurez indispensable en las deliberaciones: siendo responsables los ministros, se necesita que consten sus opiniones; y si el secretario del Consejo se hallase establecido, no me vería en el caso de dirigirme por escrito a V. M. La vida no es nada en concepto del hombre que coloca el cumplimiento de su deber por encima de todo; pero, una vez desempeñado este, el único bien que ejerce influjo en su corazón es el de probar que ha sido su norma la lealtad; lo cual es hasta una obligación en el hombre público.

Después de la lectura de este escrito, imposible era que Roland continuase en el Consejo; por lo mismo el rey le invitó a que presentara su dimisión. Hízolo así, y junto con él se retiraron Clavières y Servan, esto es, las personas que representaban en el ministerio a la Gironda, a la Asamblea, ¡a la Francia!

Luis XVI dio una cita secreta para aquella misma noche a Dumouriez; se quería persuadirle a que siguiese en el gobierno; pues, aunque su posición no era de las mejores, como que la Asamblea estaba ya muy recelosa de él, Luis XVI le necesitaba y se valió de ardides, celebrando con Dumouriez una especie de pacto. Si este le libraba de los Girondinos, el rey consentiría en sancionar el decreto de los 20,000 hombres y la deportación de los eclesiásticos. Dumouriez, sin abrigar grandes proyectos, abrigaba grandes esperanzas: consintió, por lo tanto, en formar el nuevo ministerio, proponiendo a Naillac para los Negocios Extranjeros, a Vergennes para Hacienda, a Mourgues para lo Interior, y reservándose el ministerio de la Guerra, esto es, la dictadura.

—Ved ahí a Cromwell —exclamó al día siguiente Guadet, respondiendo a Dumouriez, que aconsejaba a la Asamblea respetase el poder ejecutivo—: ved ahí a Cromwell, cuya confianza es ya tan grande, que se atreve a aconsejarnos.

La sesión fue borrascosa: Roland, Clavières y Servan habían ido a dar cuenta de las causas que impulsaron su salida del ministerio, y Roland leyó su famosa carta al rey. La Asamblea decretó que se imprimiese y enviase a los ochenta y tres departamentos y a las cuarenta y cuatro mil municipalidades.

En aquel momento y en medio de la salva de aplausos con que Roland bajó de la tribuna, entró Dumouriez. Subió a la tribuna con igual paso que si hubiera sido a la brecha: el peligro no era menos grande. Tuvo que aguardar a que cesasen los silbidos y murmullos, y cuando consiguió que le oyeran, dijo:

—Señores, vengo a anunciaros la muerte del general Gouvion. ¡Dichoso él, prosiguió con una sonrisa en que se reflejaba la tristeza más profunda, pues ha muerto peleando contra el enemigo, sin presenciar las discordias que nos desgarran! Envidio su muerte.

Esta melancolía, y la firmeza que mostró, le salvaron: leyó en seguida una Memoria sobre el ministerio de la Guerra, en que hacía duras inculpaciones al pobre Servan; pero, como este solo fue ministro por espacio de quince días, se comprendió desde luego que, aun suponiéndole las peores intenciones del mundo, no podía haber cometido todas las faltas que se le echaban en cara; y la Asamblea con justicia aplicó una buena parte a Grave, predecesor de Servan, y sobre todo a Narbonne.

Los diputados Fuldenses acompañaron a Dumouriez a las Tullerías; donde el ministro trató de que el rey cumpliera su promesa, y este sancionó el decreto de los 20,000 hombres, negándose a verificar lo propio con el relativo a los clérigos. Inútiles fueron las instancias y súplicas de Dumouriez; Luis XVI interpuso su veto y encargó

a los ministros que entregasen al presidente de la Asamblea una carta en que exponía los motivos que le asistían para obrar así.

Dumouriez, que esperaba la sanción de ambos decretos y se había comprometido a conseguirla, pues solo así hubiera sido absuelto de sus culpas, conoció que la conducta del rey le lanzaba del sillón ministerial, e inmediatamente presentó su dimisión: sus colegas le imitaron. Luis XVI estaba agitadoísimo: por último, con un tono sombrío, dijo:

—Acepto: y ahora ¿qué vais a hacer?

—Señor, solo me queda un puesto que ocupar: está en la frontera.

—¿Os dirigís, pues, al ejército?

—Sí, Señor; y dejaría con gusto esta ciudad horrible, sin el sentimiento de los peligros que corre V. M. Dispensad que os hable con esta franqueza: no os he de volver a ver. Tengo 56 años y alguna experiencia en los asuntos de los hombres. Están abusando de vuestra conciencia en lo relativo al decreto sobre los eclesiásticos: se os conduce a la guerra civil, y como os falta fuerza, sucumbiréis. La historia, compadeciéndoos como lo hará, os echará en cara las desgracias de vuestro pueblo.

Hallábase el rey sentado junto a una mesa, y Dumouriez permanecía en pie, con las manos juntas, en actitud suplicante. Luis XVI se las tomó.

—General —le dijo—, Dios me es testigo de que no pienso sino en la felicidad de la Francia.

—No lo dudo, Señor —exclamó Dumouriez—; pero, sois responsable para con Dios, no solo de la pureza, sino también del uso que hagáis de vuestras intenciones. Creéis salvar la religión, y la destruí. Los sacerdotes van a ser asesinados; se os arrebatará quizá vuestra corona; vos, la reina, vuestros hijos... tal vez...

Dumouriez no se atrevió a seguir, contentándose con besar la mano del rey.

—Sí, sí, murmuró este: sé bien lo que me espera y no me forjo ilusiones. aguardo la muerte, y perdono de antemano a mis enemigos. Os agradezco vuestra sensibilidad: me habéis servido fielmente... ¡Os estimo! ¡Adiós! Sed más dichoso que yo.

Internose, hablando así, en el alféizar de una ventana: Dumouriez permaneció un instante con los ojos fijos en él; y en seguida salió precipitadamente, como si desconfiase de sí mismo y temiese volver junto a aquel hombre, marcado por la fatalidad para caer en el abismo y arrastrar en pos de sí a sus parciales. Algunos días más estuvo oculto en París y luego se encaminó a Douai donde estaban los cuarteles generales de Luckner. Dos meses después salvó a la Francia en Valmy, coincidiendo su triunfo con la entrada de Luis XVI en el Temple.

* * *

Nos hemos detenido en los precedentes acontecimientos, más que de costumbre, porque a la altura revolucionaria a que nos hallamos, cada cual tiene una importancia

que le es propia; cada cual crece en dimensiones a proporción del tamaño de los que relataremos luego y que les deben su origen. Estamos ya en la cúspide de la terrible montaña. Como el pueblo que seguía a Jesús al Calvario, hemos subido con Luis XVI al Gólgota político donde le ha arrastrado, no su abnegación respecto del género humano, sino su fatal apego a los principios. Bautizado, como rey, en la religión de la monarquía, renegó tres veces de ella por pura flaqueza, cual otro San Pedro, y el destino le reservaba para morir víctima de un acendrado culto.

No se nos diga que aquel débil rey ignoraba a donde iba: desde el primer paso que tuvo que dar en el sendero de la Revolución entrevió el objeto final; y por eso luchaba contra todo el mundo. Sentía que en la tierra no había brazo capaz de prestarle ayuda, pues no bien se apoyaba en alguno, cuando este cedía y se doblaba: Calonne, Necker, Mirabeau, Barnave, Dumouriez fueron viendo deslustrarse sucesivamente su popularidad al soplo de la fatigada monarquía. Lafayette acudirá desde las orillas del Rin, para que le suceda como a sus antecesores; y cuando al fin el trono se desmorone y perezca, cansado de tan terrible lucha, todos serán compartícipes en su testamento: ¡a unos les legará el destierro, a otros el cadalso!

Al presente, inútil es decirlo: ¡cuidado, Señor, con lo que hacéis! ¡Rompiendo con los Girondinos, que si no eran los únicos amigos que os quedaban, eran sí vuestros últimos defensores, habéis roto con el trono, con la libertad, con la vida! ¿Reparáis en ese joven que entra en París por una puerta, mientras Dumouriez sale por la otra?... Es el 10 de agosto, que llega de Marsella bautizado con el nombre de Barbaroux.

Pero, antes de referir lo que pasó el 10 de agosto, narraremos los sucesos del 20 de junio: antes de hablar del golpe que atravesó el corazón de Luis XVI, lo haremos de la bofetada que recibió en el rostro.

CAPÍTULO XXV

SUMARIO.—Ministerio fuldense.—Carta de Lafayette.—Sus consejos.—Efecto que causan en la Asamblea.—Guadet.—Huracán de una hora.—Se decide la jornada del 20 de junio.—Carta de Lafayette al rey.—La municipalidad y los arrabales.—El 20 de junio, el 10 de agosto y el 2 de setiembre.—La centella eléctrica.—Palabras de Vergniaud.—Danton.—Legendre.—Santerre; sus hábitos, sus formas de lenguaje.—Retratos.—El árbol de la libertad en los Fuldenses.

Imposible era ya retroceder. Ambos ejércitos estaban colocados uno en frente de otro: el rey y la Asamblea; el toro y el toreador. Esta vez Luis XVI admitió francamente el combate: usando de su veto, había herido al adversario con toda su fuerza y poder. Formaban el nuevo ministerio: M. de Chambonne, de Negocios Extranjeros; M. Lajard, de Guerra; M. de Moncel, de lo Interior; y por último, MM. Lacoste y Duranton, de Justicia y de Marina. Era un ministerio Fuldense. No cabía duda de que la Corte se disponía; o a huir nuevamente, según los consejos de Barnave, o a dar un golpe como el de Nancy, o a hacer una calaverada, como la del Campo de Marte. Los Girondinos resolvieron anticiparse a la Corte.

Sin embargo, lo que decidió el golpe de Estado del 20 de junio, pues tal merece considerarse y no un caprichoso extravío del pueblo, fue la carta de Lafayette a la Cámara. Había sido escrita en el campamento de Maubeuge, menos con la pluma que con la espada, y se reducía a aconsejar a la Asamblea; pero, de un modo que no admitía discusión.

Es preciso, decía, que el poder permanezca intacto e independiente, porque su independencia es uno de los resortes de nuestra libertad; que se respete al monarca, como investido de la majestad nacional; que no se le embarace en su facultad de escoger un ministerio neutral; y que en caso de existir conspiradores, perezcan bajo la cuchilla de la ley y no de otra manera.

Acabad, proseguía, con el reinado de los clubs, y en su lugar estableced el de la ley: conviene que desaparezcan las usurpaciones de aquellos ante el ejercicio firme e imparcial de las autoridades constituidas; sus máximas desorganizadoras deben ceder el puesto a los verdaderos principios de la libertad; su loco furor al valor tranquilo de una nación que conoce sus derechos y que los defiende; por último, sus combinaciones individuales al interés de la patria, que en estos momentos de peligro necesita reunir en torno suyo a cuantos no consideran como objetos de un atroz goce y de una especulación infame la esclavitud y la ruina de la Francia.

Esta carta, entregada el 18 por la mañana a un ujier de la Asamblea Nacional por un criado de M. de Larochevoucauld, cayó, a modo de rayo, en medio de los representantes. Hubo un momento de silencio: pasado el cual, los doscientos cincuenta Fuldenses que se sentaban en aquellos bancos prorrumpieron en una salva de aplausos, uniéndoseles luego los moderados, o mejor dicho, los indecisos que buscan siempre una fuerza en que apoyar su debilidad. Una inmensa mayoría, desconocida *fayelista*, ordenó que se imprimiese la carta.

Preguntose, en seguida, si debía enviarse a los departamentos. La Gironda se

estremeció, considerándose perdida irremisiblemente si la respuesta era favorable, pues entonces la mayoría cambiaría de rumbo, haciéndose fuldense y constitucional. Lanzose Guadet a la tribuna.

—Habéis ordenado la impresión de esa carta —exclamó—; vais ahora a decretar que se remita a los departamentos; pero ¿estáis seguros de que sea de M. de Lafayette? En cuanto a mí, no lo creo. ¿No puede haberse escrito aquí, valiéndose de una firma en blanco del general? Notad que alude con fecha del 16 de junio a la dimisión de M. Dumouriez, acaecida el 17, y de la cual, por lo tanto, no era posible tuviese aún conocimiento.

La carta no mentaba para nada a Dumouriez; pero la observación sorprendió, empeñose una larga disputa y se entibió el entusiasmo: a esto aspiraba la Gironda. Dentro de media hora la Cámara ofrecía ya otra faz: la Gironda se hallaba de nuevo en mayoría, y se acordó que la carta pasase a la Comisión de los Doce: en lo tocante a la remisión a los departamentos, se decidió no haber lugar a deliberar.

El huracán duró apenas una hora; el relámpago cuando más un segundo...; pero, a su luz, distinguió la Gironda un abismo donde tenía que caer ella o precipitar al trono; no había medio. El 29 de junio quedó, pues, resuelto.

Lafayette escribió también al rey: transcribiremos integra su carta, para que se la compare con la de Roland; ambos hombres no venían a ser más que los secretarios de los dos principios contendientes: la Revolución dictó las palabras de Roland; la reacción las de Lafayette.

Señor:

Tengo el honor de enviar a V. M. la copia de una carta dirigida a la Asamblea Nacional, donde están expresados los sentimientos que han sido el norte de mi vida. V. M. sabe con que ardor, con que constancia me he sacrificado siempre por la causa de la libertad, por los sagrados principios de la humanidad, de la igualdad, de la justicia; sabe que he sido constantemente *enemigo de los facciosos* y de la licencia; que nunca he reconocido ningún poder que creyese ilegítimo, y que mi adhesión a vos y a vuestra *autoridad* constitucional no se han desmentido jamás. Estas, Señor, son las bases de mi carta a la Asamblea Nacional; en las que apoyaré mi conducta respecto de mi patria y de V. M., en medio de los huracanes que tantas combinaciones hostiles o *facciosas* atraen a porfía sobre nosotros.

No me incumbe, Señor, dar a mis ideas y conducta mayor importancia que la que corresponde a los actos aislados de un simple ciudadano; pero, siempre he creído un derecho expresar mis opiniones, y en la ocasión presente es además un deber. Lo hubiera llenado antes, si mi voz, en lugar de salir de un campamento, saliese del retiro, donde aún permanecería sin los peligros de mi patria: no obstante, tengo para mí que ningún cargo público ni consideración alguna personal puede dispensarme de ejercer este deber de ciudadano, este derecho de hombre libre.

Persistid, Señor, fuerte con la autoridad que la voluntad nacional os ha delegado, en la generosa resolución de defender los *principios constitucionales* contra todos sus enemigos: que semejante resolución, sostenida por los actos de vuestra vida privada, *como así mismo por un ejercicio firme y completo del poder real*, sea la prenda de armonía necesaria entre los representantes elegidos por el pueblo y el representante hereditario, cuando se acercan las grandes crisis: la gloria y la salud de la patria estriban en esa resolución. Los amigos de la libertad, los buenos franceses rodearán *vuestro trono*, para escudarlo contra los conciliábulos de los rebeldes y las intenciones de los *facciosos*. En cuanto a mí, Señor, que he encontrado en su odio la honrosa recompensa de mi perseverante oposición, continuaré mereciéndolo por mi celo en trabajar a favor de la causa a que he dedicado mi vida y por la lealtad con que cumpliré el juramento que tengo prestado a la nación, a la ley y al trono.

Tales son, Señor, los sentimientos inalterables cuyo homenaje asocio en este lugar al de mi respeto.

Si hemos de dar crédito a madama Campan, el rey necesitaba a la sazón de los estímulos de Lafayette. Desde que se votaron los dos decretos del campamento de 20,000 hombres y de la deportación de los eclesiásticos, cayó Luis XVI en un desaliento tan profundo que casi rayaba en postración física. En ocho días no dijo una palabra, ni aun en el seno de su familia, excepto las indispensables que pronunciaba, cuando, después de la comida, se entretenía con madama Isabel en jugar al chaquete. Semejante atonía asustaba a la reina más que si le hubiesen acometido crisis nerviosas, y llegó hasta arrojarse a sus pies, rogándole que no se dejase arrastrar de tan sombría desesperación.

Por aquel tiempo se anunció al Consejo Municipal que 20,000 hombres de los arrabales vendrían el 20 a plantar un árbol de la Libertad en el terrado de los Fuldenses, en memoria del Juego de pelota y del 20 de junio de 1789: el Consejo negó el permiso; pero los arrabales contestaron que se pasarían sin él.

¿Quién debía poner en movimiento todo aquel pueblo? Michelet opina que Danton y nosotros nos adherimos a su dictamen; primero, porque no vemos tan honda ni sabiamente como él en los abismos de lo pasado, y segundo, porque Michelet apoya siempre sus creencias en pruebas.

En tal caso, la aparición de Danton en la escena del mundo, fue digna de su posterior renombre: el huracán va a formarse a nuestra vista, a crecer, a estallar por último.

El 20 de junio, el 10 de agosto y el 2 de setiembre son las tres peripecias de un mismo drama. El 20 de junio fue el último aviso dado al antiguo rey, al rey de derecho divino, que no había querido hacerse nacional con Mirabeau, constitucional con Barnave ni girondino con Roland. El 10 de agosto fue la destrucción del poder anti-francés, en comunicación con el extranjero que imaginaba ya enarbolar la bandera austríaca en el palacio de las Tullerías; y por último, el 2 de setiembre fue la reacción de París, esto es, de la Francia entera, contra ese mismo extranjero, cuya marcha iba derecha al corazón del país; y que era preciso detener, aunque fuese con un río de sangre.

Se acusó al duque de Orleans de haber promovido el 20 de junio; lo que no es de extrañar, pues entonces era moda acusarle de todo por el mero hecho de ser rico: hay, sin embargo, una palanca que levanta las masas con mayor rapidez y violencia que el oro: la palabra.

También se ha hablado de Marat y de Robespierre; pero estos dos nombres se rechazan: una vez tan sola, el 30 de marzo, se pusieron en contacto; y de su choque saltó la chispa eléctrica que exterminó a la Gironda.

Vergniaud había dicho, en medio de los estrepitosos aplausos de la Asamblea y señalando las Tullerías:

—¡El terror ha salido con frecuencia de ese palacio en nombre de la monarquía:

preciso es que vuelva a entrar en nombre de la ley!

La hermosa imagen del orador iba a convertirse en un hecho material: el terror, bajando de los arrabales, se preparaba a poner el pie dentro del antiguo palacio de Catalina de Médicis. Si Danton, el poderoso mágico, fue quien lo evocó, véase como salió de la tierra y creció en dimensiones.

Danton tenía anchos brazos y manos robustas; eco de todas las vibraciones humanas, hacía experimentar lo que sentía; llegaba hasta el pueblo por medio de Hebert y hasta el trono por medio del duque de Orleans: entre el traficante en contraseñas y el príncipe real había para él un teclado, cuyas piezas correspondían a otras tantas fibras sociales, y no bien las pulsaba, cuando las obligaba a saltar, como si se tratase de una pila de Volta. ¡Diapasón inmenso y en consonancia con su poderosa voz! Hebert, Legendre, Gonchon, Fabre d'Eglantine, Camilo Desmoulins, Genlis, Sillery, el duque de Orleans... estos eran los límites que estaban a la vista: ¡quién sabe hasta dónde alcanzaba aquel poder, fuera del alcance de nuestros ojos!

Lo más extraño es que el origen de la fortuna política de Danton fue la reina. Esta se opuso a que se nombrase a Lafayette corregidor de París, porque le había cobrado antipatía, ocasionando así graves males a los intereses monárquicos: en consecuencia, hizo que seis mil realistas votasen a favor de Petion. Este obtuvo el corregimiento, y en seguida dio a Danton la plaza de sustituto del síndico.

El 14, un día después de la retirada de Roland, tres antes de la dimisión de Dumouriez, Legendre, uno de los partidarios más fanáticos de Danton, carnicero del arrabal de San Germán, que hablaba y hería al mismo tiempo, matando siempre que no lograba convencer, se abocó con el cervecero Santerre, a quien el lector conoce. En la toma de la Bastilla fue él quien propuso atacar la fortaleza con bombas hidráulicas y aceite de áspides; heredero de las charreteras de Lafayette y comandante de uno de los seis batallones de la Guardia Nacional, se paseaba por el arrabal en su gran caballo, flamenco como él, repartiendo apretones de manos a los hombres, galanterías a las jóvenes bonitas y convidando a beber a los chicos: con todo, no era, ni con mucho, un hombre malo. Véase lo que Montjoie, el panegirista de María Antonieta, dice acerca del hombre que mandó el famoso redoble de tambores.

Sus formas abultadas, el sonido ronco de su voz, sus maneras brutales y su fácil y grosera elocuencia, constituían de él el héroe del populacho: había, pues, adquirido sobre la gente más pobre del arrabal un imperio despótico. La hacía mover a su arbitrio; pero su ciencia y su poder no pasaban más allá, pues no era ni cruel ni perverso. Entraba, como un ciego, en todas las conspiraciones, sin atraerse ni atraer sobre los que le obedecían la culpa de la ejecución. Un desgraciado, a cualquier partido que perteneciera, le interesaba, y le desarmaban la aflicción y el llanto.

De este modo ha sido juzgado Santerre por un enemigo. Avocose con él Legendre, y sin duda acordarían en la entrevista el movimiento que iba a efectuarse, asociándose al intento con Saint-Huruge, Mouchet, Rolando, Verrières, Fournier el Americano y Lazouski.

Saint-Huruge era un marido del tiempo de Luis XVI, engañado por su mujer,

encarcelado por sus amantes y que trataba de vengar sus infortunios conyugales a costa de la nobleza y del trono: andaba siempre armado de un enorme bastón, amenazando herir e hiriendo realmente.

Mouchet era un hombrecillo contrahecho, cojo, patizambo y rebozado en una enorme banda tricolor que le cubría la tercera parte del cuerpo: desempeñaba los cargos de juez de paz, de concejal en el *Marais*, y qué sé yo que más.

Rolando era un italiano que chapurraba apenas el francés: intrigante, díscolo, ingiriéndose en todo, apaleado en 1791 y apaleador en 1792.

Verrières era el jorobado que el lector ha visto atravesar por París en el caballo del Apocalipsis la víspera de la matanza del Campo de Marte: vampiro grotesco, a quien en todas partes se encuentra, con tal que haya tumultos que promover, ruido que hacer y sangre que derramar.

Fournier el Americano representaba el personaje terrible en el drama en que Verrières estaba encargado del papel de bufón. El polaco Lazouski era individuo del concejo general del ayuntamiento, capitán de los artilleros de San Marcelo, hombre de nacimiento distinguido, elegante y de carácter jactancioso.

Sobraba con ellos para crear un 20 de junio. Se había convenido en plantar un árbol de la libertad en el terrado de los Fuldenses; desde donde irían a ver al rey y presentarle una petición para que retirase su veto de la ley acerca de los eclesiásticos. Esto era lo acordado: ¡también el 15 de mayo de 1848 se acordó meramente presentar a la Cámara una petición en favor de la Polonia!

CAPÍTULO XXVI

SUMARIO.—El rey ofrece recibir la petición.—Las masas.—M. Veto.—El municipal y el pueblo.—La pieza de artillería.—Precauciones de M. Bougainville.—¿Había deseos de matar al rey?—Madama Isabel.—El hijo y la madre se protegen.—La escarapela, el gorro encarnado.—La mujer del pueblo.—Los dos sablazos.—La sanción o la muerte.—La bayoneta y la pica.—¡Capeto, ponte el gorro encarnado!—El carnicero Legendre.—Respuesta de Merlin de Thionville.—El oficial de artillería.

El rey estaba advertido de todo, y contestó a los comisionados de los arrabales que recibiría la petición, presentada al efecto por veinte personas. Reinaba universal regocijo con objeto de aquella fiesta: así la llamaban. Si algunos, sobradamente tímidos, mostraban recelos de que se disparase contra ellos, otros más valientes o mejor instruidos respondían: «El corregidor no es ya Bailly, sino Petion».

Además de que, habiendo reemplazado a la guardia constitucional del palacio la nacional, y componiéndose de nacionales una tercera parte del concurso, todo se arreglaría como en familia.

En cuanto al rey ¿qué precauciones había de tomar? Ningunas, pues que carecía de medios represivos: su único recurso era aguardar, y eso hizo.

Los que solo atienden a la superficie, hubieran visto meramente, durante el tránsito de la muchedumbre, lo que es costumbre ver en las masas; a saber: una reunión de individuos ya alegres, ya tristes; parte de ellos ebrios con el vino adulterado de París y parte en ayunas, macilentos, descarnados, verdaderos programas de la miseria del pueblo, insignias vivas de la sed y del hambre. Pero, alumbraba un espléndido sol; y no obstante el proverbio de que ninguno se alimenta con aire, Dios envía siempre algunos átomos de maná en un hermoso rayo del astro del día.

La multitud desfiló por delante de la Asamblea; era, pues, consiguiente que el rey admitiese una diputación no rechazada por el cuerpo Legislativo. ¿Había de considerarse a aquel superior al presidente de la Asamblea, siendo así que cuando Luis XVI se presentaba ante los representantes, su sillón no era más elevado y estaba, además, situado a la izquierda?

Sabíase perfectamente por donde debían entrar los veinte mil hombres; pero nadie se cuidó de su salida; de ahí los atropellos, las sofocaciones al verificarlo. La muchedumbre, viendo que se estaba ahogando, obró a modo de vapor concentrado que revienta, y rompió la reja de las Tullerías; la del terrado de los Fuldenses crujió como un tejido de mimbres y el pueblo respiró al cabo, desparramándose por los jardines.

Indudablemente Luis XVI observaba todo esto desde sus ventanas. La muchedumbre siguió adelante, y al hallar cerrada la reja al otro extremo del terrado,

desfiló por delante de los guardias nacionales, alineados en frente del palacio, y salió por los malecones; pero, teniendo que volver a su arrabal, entró de nuevo por el Carrousel. Hallábanse custodiados los postigos; la multitud cansada, estropeada, jadeante, comenzó a murmurar, y aquellos se abrieron para darle paso.

La segunda parte del proyecto, el asunto principal del día, era la petición dirigida al rey suplicándole que retirase su veto. Por lo tanto, el pueblo, en vez de proseguir su camino, aguardó en la gran plaza del Carrousel. Al cabo de una hora empezó a impacientarse: al pronto ceñíase a prorrumpir en quejas; luego estas se convirtieron en amenazas.

—¡Aquí se está muy mal! ¡Nos ahogamos!

—Tengo hambre.

—Sed.

—¿Abrirán?

—No.

—Sí.

—¿Quién es M. Veto para obligar al pueblo a que haga antesala?

—Si nadie anuncia nuestra visita, dejémonos de ceremonias y entremos.

En esto bajó del palacio un municipal.

—Señores —dijo— os está vedado entrar en las Tullerías: es el domicilio del rey.

—¡Y qué nos importa que lo sea!, ¿con que el rey no quiere admitirnos, después que por él nos hemos molestado hasta venir aquí? Ya lo veremos.

—Señores —tornó a decir el municipal—, el rey está pronto a recibir vuestra petición; pero, por él intermedio de veinte diputados, según lo convenido.

—Tiene razón —exclamaron los que podían oír; mas por cada cincuenta que se hallaban en este caso, había diez mil que no oían una palabra y a quienes todo se les iba en empujar, a fin de situarse más cerca. Santerre llegó entre tanto a la puerta, seguido de Legendre, Saint-Huruge y Lazouski.



MADAMA ISABEL.

—¿Por qué no entráis? —preguntó.

—Porque la puerta está cerrada.

—¡Voto a...! Sino quieren abrirla, tenemos cañones y la derribaremos.

Inmediatamente una pieza de artillería fue colocada delante de la reja. A su vista comprendieron los municipales que toda resistencia sería inútil: levantaron, pues, el pestillo, la puerta giró sobre sus goznes y la muchedumbre se precipitó dentro del palacio, a modo de torrente, arrastrando en sus olas el cañón, que junto con ella llegó a lo alto de la escalera.

Los lacayos habían cerrado las puertas interiores; pero ¿cómo contener con vallas de madera a hombres que acababan de forzar barreras de hierro? Al instante resonaron los hachazos y las palancas se pusieron en juego... El rey mandó abrir.

MM. de Bougainville, de Hervilly, de Parois, de Aubier, Gentil y Acloque se presentaron a recibir el primer choque: estaban en el aposento de M. Septeuil, ayuda de cámara del rey, y acudían a formar con sus cuerpos un baluarte. ¡Corazones generosos, que no teniendo otra cosa que ofrecer a su rey sino la sangre que los hacía latir, se la ofrecieron sin titubear!

El río salió de madre: Luis XVI se encontraba al paso.

—Empujad a S. M. hacia el alféizar de una ventana —gritó M. de Bougainville—, y colocad delante banquetas.

Hízose así, y el rey se libertó del primer ímpetu popular. ¿Se llevaba la intención de asesinar a Luis XVI en medio del tumulto? No nos empeñaremos en negarlo.

Madama Campan asegura que Lazouski estaba a la cabeza del complot fraguado con tal fin. Es lo cierto que la punta de una espada se dirigió al pecho del rey; M. Vanot, comandante de batallón, desvió el golpe; otro, asestado con igual intención, fue parado por un granadero de Santo Tomás.

—¡No temáis nada, Señor! —le gritó de Hervilly.

—Poned la mano sobre mi corazón —respondió el rey—, y veréis si tengo miedo.

En aquel instante acudió madama Isabel al aposento de su hermano; y los amotinados, tomándola por María Antonieta, exclamaron:

—¡Muera la reina! ¡Muera madama Veto! ¡Muera la Austriaca!

—Dejadles en su error —dijo madama Isabel—; así, mientras me asesinan, la reina se pondrá en salvo.

El aspecto de la multitud era de sumo amenazador. Las banderas que llevaban no permitían dudar de sus sanguinarias intenciones: un corazón de buey, clavado en una plancha, con este mote: *corazón de M. Veto*; una horca, de la cual pendía un maniquí, y debajo escrito: *María Antonieta*; y dos cuernos de toro en la punta de una pica con una inscripción obscena... tales fueron los objetos que pudo ver madama.

Isabel al entrar en el aposento de su hermano.

Por lo que hace a la reina, no consiguió llegar hasta su esposo, pues la obligaron a detenerse en la sala del Consejo. Cuando el pueblo se precipitó, la colocaron detrás de la mesa para que le sirviese de antemural. Ante sí tenía al Delfín: ¡doble y santo apoyo! ¡La madre protegía al hijo y el hijo a la madre!... A su lado estaban las princesas de Lamballe y de Tarento, y las señoras de la Roche-Aymon, Tourzelle y Makau.

—¿Eres María Antonieta? —le preguntó un guardia nacional, acercándose.

—Sí —contestó la reina.

—Ponte, pues, esta escarapela. —Y bajando la voz, añadió—: os protegerá.

La reina se puso la escarapela. En seguida un hombre del pueblo se acercó y encajó al Delfín su gorro encarnado hasta las mismas orejas. Una Jacobina se abalanzó a la reina, exclamando:

—¡Eres una infame, una miserable, madama Veto! ¡Y día vendrá en que te ahorquemos verdaderamente, como te hemos ahorcado ya en efigie!

—¿Me habéis visto alguna vez? —preguntó la reina.

—No; pero al fin te veo, y te reconoceré.

—¿Os he hecho algún daño?

—No; pero causas la desgracia de la nación.

—¡Ay! Los que os lo han dicho, os han engañado —repuso la reina—. Esposa del rey de Francia y madre del Delfín, soy francesa: nunca volveré a ver mi país, y tanto mi felicidad como mi desventura me provendrán de la Francia. ¡Qué dichosa era cuando me amabais!

La mujer miró un momento a la reina; y advirtiendo dos grandes lágrimas que corrían por sus párpados, exclamó, ahogada por los sollozos:

—¡Ah! No os conocía: os pido perdón, pues conozco que sois buena.

Tal era, ha sido y será siempre el verdadero pueblo: en cuanto al falso, sabidos son los medios de formarlos y de dirigirlos.

Entre tanto corría el rey peligros de monta: dejamos dicho que se desviaron de su pecho dos golpes y que se le parapetó detrás de unas banquetas. El tumulto se apaciguó un instante; pero volvió a comenzar más ensoberbecido. Todos aquellos hombres desfilaron por delante de él, y así fue preciso ir tranquilizándolos individualmente. De tiempo en tiempo, como si un soplo atizase el incendio, pasaban grupos más furibundos y amenazadores; casi siempre sucedía esto cuando uno de los cabecillas iba al frente. Los gritos de: *¡la sanción o la muerte! ¡El campamento! ¡Abajo los sacerdotes! ¡Ahorcarlos!* se ensañaban cada vez más: un guardia nacional del arrabal de San Antonio salió de uno de los grupos y trató de dar un bayonetazo al rey; pero M. Joly apartó el fusil. Otro bajó su pica con igual intención, aunque con idéntico resultado, merced a M. de Canolle. Los granaderos de Santo Tomás consiguieron por último rodear a Luis XVI y alejarle de los que le atacaban: estos, sin embargo, continuaron aproximándose al grito de: *¡Viva la nación!*

—La nación no tiene mejor amigo que yo, señores —dijo el rey.

Un hombre del pueblo atravesó por en medio de la multitud y presentó su gorro encarnado al monarca:

—Pruébalo, Capeto —exclamó, poniéndote esté gorro.

—Consiento en ello —respondió el rey.

En el instante dos hombres se lo pusieron, mientras una salva de aplausos ensordecía la habitación. Aprovechase la ocasión para hacerle subir en una banqueta y colocar delante de él una mesa, según se había practicado con la reina. A la sazón entró el carnicero Legendre, que venía en busca de Luis XVI, no se sabe con que objeto, aunque puede presumirse si se atiende a las palabras que dijo a Boissy d'Anglas en época posterior, cuando le aseguró que se hubiera alegrado de matarle aquel día, esto es, él 20 de junio. Viendo al rey en medio de sus granaderos y sirvientes, le interpeló con aspereza; Luis se volvió hacia aquel nuevo interlocutor, y Legendre prosiguió diciendo:

—Oídmelo: para eso estáis ahí. Sois un pérfido, que nos habéis engañado siempre, que nos engañáis ahora...; pero ¡cuenta con lo que hacéis! porque se ha llenado la medida y el pueblo está cansado de ser vuestro juguete.

En seguida y sin cambiar de tono leyó al rey una petición en nombre del pueblo soberano.

—Caballero —contestó Luis XVI—, por más que digáis y que hagáis, soy vuestro rey, y obraré según me lo prescriben las leyes y la Constitución.

Justo es decir que durante todo aquel tiempo el rey se mantuvo admirable por su nobleza y resignación. El sacrificio de su vida estaba consumado: su convicción de que si moría, moriría mártir, era profunda; y por la mañana, temiéndolo, o mejor dicho, esperándolo, había confesado y comulgado. Lo único que desdecía en él era el

gorro de la libertad; pero, no es extraño que a la vista del tumulto, y sobre todo, del peligro que corrían sus defensores, se olvidase de que lo llevaba puesto: no lo advirtió hasta que entró en su alcoba, y entonces porque le llamaron la atención hacia él. Como quiera, es lo cierto que se conservó inflexible y que ni el 20 de junio le obligó a sancionar el decreto de deportación de los eclesiásticos.

A las 7 de la tarde se dispó la muchedumbre: a las 8 no quedaba ninguno de los amotinados dentro del palacio. La Asamblea tuvo noticia de la posición del rey desde las cinco; pero, no dio muestras de importársele mucho. Algunos diputados adictos a Luis XVI se colocaron a su lado desde que empezó la insurrección; mas la diputación oficial no llegó a las Tullerías hasta las siete. Hízoles ver la reina los efectos de aquella inundación popular; las puertas rotas, las porcelanas hechas pedazos, las cortinas desgarradas; refiriéndoles, en seguida, los peligros personales... y sobre todo, los insultos que habían llovido sobre ellos: su acento, trémulo de dolor e indignación, logró arrancar lágrimas a Merlin de Thionville.

—¡Ah! ¡Con qué lloráis, caballero! —exclamó María Antonieta—. ¡Con que lloráis al ver al rey y a la reina tratados de un modo tan cruel por un pueblo en cuya felicidad no han cesado de pensar!

—Os engañáis, señora —respondió Merlin—: lloro, es verdad; lamento los infortunios de una mujer hermosa, sensible y madre de familia; pero entended que ninguna de estas lágrimas es por el rey ni por la reina. Aborrezco la monarquía: los reyes no me inspiran otro sentimiento que el del odio: ¡en él se concentra mi religión!

Bajó María Antonieta la cabeza, y por la noche refirió la escena a madama Campan, preguntándole si acertaba a comprender semejante frenesí.

La reina había mostrado una serenidad y una resignación admirables, contentándose con levantar los ojos al cielo, e implorar en voz baja la bondad divina.

Un oficial de artillería, que contaba apenas 22 años, había estado contemplando la insurrección apoyado en un árbol del terraplén: allí permaneció más de una hora, inmóvil, unas veces pálido, otras encendido, a medida que se sucedían los ultrajes inferidos a Luis XVI.

Cuando llegó el turno al gorro encarnado, le fue imposible contenerse y dijo:

—¡Oh! ¡Si tuviese a mi disposición 1200 hombres y dos cañones, pronto libertaría a ese pobre rey de toda esa gente!

Como ambas cosas le faltaban, avergonzado de aquel espectáculo se retiró: era Napoleón Bonaparte.

CAPÍTULO XXVII

SUMARIO.—El retrato de Carlos I.—Bertrand de Molleville.—Su conversación con el rey.—Proposición de salir de París.—Madama Campan.—La enfermedad de nervios.—Temores y presentimientos de la reina.—El mozo de servicio.—Las cerradoras mudadas.—El famoso armario de hierro.—El cerrajero Gamain.—El pasillo.—El agujero.—La llave en la cajita.—Relación de Gamain.—El bollo envenenado.—Explicaciones de Madama Campan.—La cartera y su contenido.—Fatales previsiones.—*Ecce homo*.

Desde entonces el rey perdió toda esperanza de socorro así interior, como exterior. Hacía algún tiempo que, según dejamos dicho, no podía pasar por delante del retrato de Carlos I, pintado por Van Dyck, sin detenerse a contemplarlo, sombrío y meditabundo. Del retrato fue a parar a la historia, leyéndola y releyéndola sin cesar: su principal cuidado consistía en evitar cuanto pudiese servir de pretexto a proceder judicialmente contra él.

El 21 de junio, a las nueve de la noche, dejó traslucir en una conversación que tuvo con Bertrand de Molleville, lo mucho que le perseguían tales presentimientos. Felicitábale este por lo bien librado que había salido de los peligros del día anterior.

—Dios sabe —contestó Luis XVI—, que solo me inspiraba temor la reina, mi hermana y mis hijos; pues, en cuanto a mi persona...

—Sin embargo —repuso Molleville—, paréceme que contra V. M. se dirigía principalmente el complot.

—Lo sé —replicó el rey—: vi que querían asesinarme, y apenas concibo como no lo llevaron a efecto; pero, si no ha sido ahora, será en otra ocasión. Mi situación es de consiguiente la misma; y ya comprenderéis que debe importarme poco que me asesinen dos meses antes o dos meses después.

—Señor, ¿cree de veras V. M. que ha de ser asesinado?

—Estoy seguro de ello: lo espero hace tiempo y he tomado mi partido. ¿Os figuráis que tengo miedo a la muerte?

—No, Señor; pero holgara ver a V. M. menos dispuesto a aguardarla, y más a adoptar las medidas vigorosas, únicas capaces de salvar actualmente a un monarca.

—Opino como vos; pero asedian a esas medidas multitud de azares, y estoy en desgracia. ¡Oh! si no fuesen mi mujer y mis hijos, quizá consiguiera salir del apuro; mas suponed que intentase algo sin alcanzar un éxito feliz... ¿qué sería entonces de ellos?

—¿Y se persuade V. M. de que, en caso de ser asesinado, estaría más segura su familia?

—Lo creo... lo espero, a lo menos: además ¿qué puedo hacer yo?

—Paréceme que V. M. podría salir de París, hoy mejor que nunca; pues los acontecimientos de ayer han probado que la vida de V. M. corre riesgo en la capital.

—Suceda lo que quiera —exclamó el rey—, no estoy por una segunda fuga: me basta con el mal resultado de la primera.

—También yo creo que V. M. no debe pensar en huir; sobre todo en los presentes momentos. Figúraseme que la indignación general excitada por las escenas de ayer, ofrecen a V. M. la ocasión más favorable para salir de París públicamente y sin el menor obstáculo. Pido a V. M. permiso de reflexionar sobre semejante paso, y de comunicarle en seguida mis ideas en cuanto al modo y a los medios de ponerlo en ejecución.

—Enhorabuena —dijo Luis XVI—; pero es más difícil de lo que os parece.

La convicción de que querían asesinar al rey se había arraigado tanto, así en su espíritu como en el de María Antonieta, que a esta le ocurrió que Luis XVI llevase debajo del vestido una especie de coraza, la cual había de hacerse en casa de madama Campan: consistía en un chaleco y un ancho ceñidor de tafetán de Italia en quince dobleces. Probose, y se vio que resistía al puñal y aun a las balas.

El rey lo llevaba en la ceremonia del 14 de julio. Una noche, después de acostarse la reina, tiró Luis XVI del vestido a madama Campan, alejándola cuanto pudo del lecho de su esposa.

—Por darle gusto —dijo en voz baja mostrándole la coraza—, consiento en esta incomodidad. No me asesinarán, no: han mudado de plan: moriré de otra manera.

Exhalando entonces un suspiro, se levantó y salió.

A la reina no se le había escapado ninguno de los movimientos del rey, aunque sin lograr oírle; y así, luego que Luis XVI salió, preguntó a madama Campan que era lo que le había dicho. Esta titubeó.

—Hablad —exclamó la reina—; nada me ocultéis: estoy resignada con mi suerte.

Madama Campan, no creyendo deber callar más tiempo a su señora lo que anhelaba saber, se lo descubrió todo.

—¡Ah! sí —dijo la reina—: tratarán de imitar la Revolución inglesa: el rey tiene razón. Comienzo a temer que le encausen; por lo que a mi loca, como que soy extranjera me matarán. ¡Qué será entonces de mis pobres hijos!

Respaldose, hablando así, y brotaron a un tiempo las lágrimas y los sollozos de sus ojos y de su pecho. Madame Campan quiso suministrarle un antiespasmódico; pero la reina rechazó su mano.

—Las enfermedades de nervios —dijo—, son propias de las mujeres felices. Algunos he padecido en mis buenos tiempos; mas, desde que soy desgraciada, mi salud permanece inalterable.

Madama Campan, sin que ella lo supiese, le dispuso un peto como el de Luis XVI; pero no quiso usarlo, a pesar de sus súplicas.

—Si los facciosos me asesinan —dijo—, para mí será una felicidad, pues me libentarán de una existencia en extremo dolorosa.

No carecían de fundamento tales temores. En los últimos días de junio y parte de julio no se acostó madama Campan. Una noche, a las dos de la madrugada,

hallándose solas ambas mujeres, oyeron andar poco a poco en el corredor que había delante del aposento y cuyas dos extremidades estaban cerradas con llave. Inmediatamente salió madama Campan en busca del ayuda de cámara: este entró en el corredor, y a poco se oyó el ruido de dos hombres que reñían. La reina se arrojó en los brazos de madama Campan.

—¡Qué vida esta! —exclamó—: ¡ultrajes durante el día y asesinos por la noche!

—¿Qué ocurre? —preguntó madama Campan al ayuda de cámara, hombre de fuerzas atléticas.

—Un bribón a quien conozco y que tengo entre las manos —respondió el criado.

—¡Soltadle! —gritó la reina—; ¡abridle la puerta! Venía a asesinarme, y mañana le llevarán en triunfo los Jacobinos.

Habiendo reiterado María Antonieta esta orden, el ayuda de cámara obedeció. El intruso era un mozo del servicio interior del rey, que le había sacado del bolsillo la llave del corredor, y trataba indudablemente de introducirse en el aposento de la reina para asesinarla. Al día siguiente M. de Septeuil hizo mudar todas las cerraduras del cuarto del rey: otro tanto ejecutó en el de la reina madama Campan. Esta se enteró por aquel tiempo de la existencia del armario de hierro: a continuación insertamos algunos pormenores sobre tan célebre asunto.

Nuestros lectores recordarán que Luis XVI tenía por compañero en sus trabajos de cerrajería a un tal Gamain. Desde la invasión del 6 de octubre, época en que el rey dejó a Versalles, había permanecido aquel en esta última ciudad sin venir a verle a las Tullerías, por considerarle demasiado ocupado para pensar en la cerrajería. Engañábase Gamain, como vamos a verlo. El 21 de mayo de 1792, hallándose en su taller, se detuvo un hombre a caballo delante de la puerta, y le llamó: venía disfrazado de carretero; pero esto no le impidió reconocer en él a un tal Durey, ayudante de fragua del rey. Traía de este la comisión de suplicar a Gamain que se trasladase a las Tullerías, pasando por las cocinas de palacio, con objeto de que nadie le viese entrar.

Gamain era un miserable, cuyo menor defecto consistía en ser ingrato; Luis XVI estaba en desgracia; de manera que temió comprometerse y se resistió a ir. Volvió Durey con nuevas instancias, descendiendo hasta rogarle; pero Gamain se mantuvo inflexible. Al otro día se presentó aquel de nuevo: traía una esquila escrita de mano del rey, en que este suplicaba a su antiguo compañero fuese a ayudarle a concluir una obra sumamente difícil.

Esto lisonjeó el amor propio del maestro cerrajero: vistiose apresuradamente, se despidió de su mujer y de sus hijos, sin decirles adónde iba, y marchó a París, prometiéndoles que estaría de vuelta antes de la noche. Durey le condujo a las Tullerías: era difícil introducirle sin ser visto, pues el palacio estaba custodiado como una cárcel: sin embargo, la dificultad se venció y Durey dejó a Gamain en el taller del monarca, para ir a avisar a este.

Mientras venía, reparó Gamain en una puerta de hierro, acabada de construir, con una cerradura que abría a ambos lados, al parecer perfectamente trabajada, y una

cajita, toda de hierro, con un resorte oculto, que, a pesar de su habilidad, no logró descubrir a la primera ojeada. En esto entró Durey con Luis XVI.

—¿Qué tal, amigo Gamain? —dijo el rey tocando con familiaridad la espalda del cerrajero—: hace mucho que no nos vemos ¿eh?

—Si, Señor —respondió Gamain—: de veras que lo siento; pero yo debía por prudencia e interés de ambos suspender unas visitas que se interpretaban mal. Tenemos enemigos que desean nuestra perdición; y por eso vacilé ayer en obedeceros.^[3]

—¡Ah! —dijo Luis XVI—, los tiempos están muy malos, y no sé en que vendrán a parar todas estas cosas.

En seguida, recobrando su alegría y mostrando al maestro cerrajero la puerta y la cajita, añadió:

—Vamos ¿qué opinas de mi talento? Aquí tienes un trabajo concluido por mí solo en menos de diez días. Soy discípulo tuyo, Gamain.

Dióle las gracias el cerrajero y Luis clavó en él sus ojos:

—Gamain —le dijo—, he confiado siempre en ti y la prueba de ello es que no vacilo hoy en depositar en tus manos mi suerte y la de mi familia.

Mirole el cerrajero como asombrado.

—Sígueme —continuó el rey. Y sin dar lugar a que le preguntase adónde, le condujo primero a su alcoba y después a un oscuro pasillo que comunicaba con el cuarto del Delfín. Allí encendió Durey una luz y por orden del rey levantó un tablero de la ensambladura, tras el cual vio Gamain un agujero, cuya abertura tenía dos pies de diámetro.

—He hecho este escondite —dijo Luis XVI al estupefacto cerrajero—, para guardar en él algunos caudales: Durey me ayudó a abrir ese hueco. Ahora es preciso cerrar la abertura con esta puerta de hierro, y no sabiendo como concluir la operación te he enviado a buscar: ya ves lo que espero de ti.

Gamain puso manos a la obra. Repasó todas las partes de cerrajería que no estaban bien corrientes, modeló la llave en la fragua de modo que se diferenciase de las que en general se usan y encajó los goznes en la pared tan sólidamente como era posible, atendidas las precauciones indispensables para apagar el ruido del martillo. El rey le ayudaba, instándole a cada momento que diese con más suavidad y sobre todo que se despachase, por miedo de que fuesen sorprendidos: el trabajo duró hasta el anochecer. Una vez terminado, se colocó la llave en la cajita de hierro, y esta se ocultó bajo una baldosa, al extremo del corredor.

La puerta del armario quedaba cerrada con solo empujarla, en virtud de la construcción especial de los pestillos.

Oigamos ahora a Gamain: más adelante proseguiremos insertando su declaración, desde el punto en que la dejamos interrumpida esta vez.

Había trabajado sin descanso por espacio de ocho horas y el sudor bañaba mi frente. Deseando disfrutar de algún reposo, y desfallecido a causa del hambre que sentía, pues no había probado nada desde la hora del

almuerzo, me senté un minuto en el cuarto del rey, quien me ofreció una silla, excusándose de la molestia que me había ocasionado y rogándome le ayudase a contar dos millones de luisas, que depositamos en cuatro sacos de cuero. Entre tanto, reparé que Durey se ocupaba en trasportar rollos de papeles, y calculé que iría a guardarlos en el armario de hierro; de suerte que el dinero era un pretexto para distraer mi atención. Seguro estoy de que solo se ocultaron allí los papeles.

Propúsome el rey que cenase en palacio; pero yo, guiado de un sentimiento de vanidad, no quise aceptar, pues me indignaba la idea de sentarme a la mesa con criados, además de que tenía prisa por volver a ver a mi esposa e hijos. Del mismo modo rehusé la oferta de conducirme hasta Versalles: temía la librea del monarca y desconfiaba de Durey. ¿A qué ocultarme el verdadero uso del armario?

Cuando iba ya a retirarme, entró la reina por la puerta falsa que había al pie del lecho de Luis XVI. Traía en la mano un plato con un bollo y un vaso de vino: adelantose hacia mí: yo la saludé con asombro, pues el rey me había asegurado que su esposa ignoraba la construcción del armario de hierro. «Amigo Gamain, me dijo con cariñoso acento, estáis acalorado: tomad, pues, este vaso de vino y este bollo, y cobraremos ánimo para el largo camino que tenéis que andar».

Dile gracias, atónito al ver su cuidado respecto de mi humilde persona, y brindé a su salud; en seguida me puse la corbata y la levita de que me había despojado para trabajar más cómodamente, y cogiendo el bollo lo metí en el bolsillo en el momento de decirme el rey adiós y de expresarme por última vez su gratitud. «Llevaré este bollo a mis niños», murmuré en mis adentros. Eran las ocho cuando salí de las Tullerías.

Hasta aquí Gamain.

De este armario de hierro, descubierto después del 10 de agosto por denuncia del citado cerrajero, dio conocimiento Luis XVI a madama Campan a principios de julio.

«S. M. tenía aún, dice esta, sin contar el dinero de la mensualidad, 140,000 francos en oro. Quería entregármelos; pero le aconsejé que reservase en su poder mil y quinientos luisas, pues era fácil que los necesitara de un momento a otro. Tenía además una enorme cantidad de papeles, y se le ocurrió la fatal idea de hacer construir en secreto por un cerrajero que había trabajado con él más de diez años, un escondite en el corredor interior de su aposento, que, a no ser la denuncia del tal maestro, hubiera permanecido largo tiempo ignorado: en el sitio donde se hallaba el escondite aparecía la pared figurando anchas piedras de colores, y la abertura estaba disimulada por las muescas negras que formaban la parte sombreada de aquellas piedras. Antes de la denuncia supo la reina que el cerrajero había hablado del armario a algunos de sus amigos, y que el hombre en quien Luis XVI tenía tanta confianza era un Jacobino. Advirtió de ello al rey, y le invitó a que llenase con los papeles más importantes una gran cartera y me la diese a guardar; delante de mí le dijo que no dejase nada en el malhadado armario, y el rey la tranquilizó asegurándole que nada había dejado. Traté de llevarme la cartera; pero pesaba mucho. Entonces S. M. la cogió y yo le precedí para abrirle las puertas. Luego que la colocó en mi gabinete, me dijo que la reina me informaría de su contenido. Pregunté a esta, y me contestó que eran documentos que perjudicarían en extremo a S. M. si las cosas llegaban hasta el punto de encausarle; que entre ellos había el acta de un Consejo de Estado, en la cual constaba el dictamen del rey, contrario a la guerra, y que estaba firmada por todos los ministros. La reina me dijo que entregase la cartera a quien quisiese, pues yo era la única responsable; pero me encargó que no me alejase del palacio, ni aun en los meses de reposo; porque habría momentos en que se necesitase sin demora de ella».

En efecto, aquella cartera era un depósito precioso. Contenía veinte cartas de

Monsieur, diez y nueve del conde de Artois, diez y siete de madama Adelaida, diez y ocho de madama Victoria, una correspondencia completa de Mirabeau a la cual acompañaba un plan de fuga, y por último el acta mencionada.

Es triste ver hacer a aquella familia, por la noche, en medio de las personas de su íntima confianza, sus disposiciones para el caso de muerte, previendo el motín, el encausamiento, el asesinato.

Por su parte el pueblo también se preparaba; pues la jornada del 20 de junio había humillado la corona sin producir frutos beneficiosos a la nación, y esto le traía descontento. El rey era más rey después de los insultos dirigidos contra su persona, que en los días de su omnipotencia: cruzaba la vía dolorosa, como Cristo; y se le señalaba al pueblo, llamando al gorro encarnado la corona de espinas del real *Ecce homo*. Solo le faltaba ya subir al Calvario.



图 10 雨、雾和大中央铁路。

CAPÍTULO XXVIII

SUMARIO.—Seiscientos mil voluntarios.—*La Marsellesa*.—El rey de París.—Vuelta de Lafayette.—Se le conceden los honores de la sesión.—Propone un proyecto, que es en seguida desechado.—Fiesta en el Campo de Marte.—Petición de los confederados.—Situación exterior.—Luckner.—Juan Chouan.—¿Dormís, madama Campan?—Caricaturas.—La cinta tricolor.—Anécdota.—Vergniaud y Brissot en la tribuna.—La patria en peligro.—Proclama.

En tanto que luchaban dos principios en París, abandonada la Francia a uno solo, el de la Revolución, despertó, se levantó y marchó a la frontera. Había, según hemos dicho, 600,000 voluntarios alistados: faltaba únicamente pan, calzado y armas; pero en cambio, iban a tener la *Marsellesa*, que sin duda valía mucho más. Rouget de l'Isle, oficial de 22 años, estaba próximo a componerla en Estrasburgo, con objeto de que una hermosa mañana la música y la letra estallasen a la par, a modo de trueno.

Debía verificarse esto el 10 de agosto, jornada que el mismo rey se encargó de preparar: veamos como.

El 21 de junio cercaron el palacio y los jardines de manera que nadie pudiese penetrar en ellos. El 22 mandó Luis XVI llamar a Petion, y le preguntó en presencia de María Antonieta, si París estaba tranquilo.

—Señor —contestó Petion—, las noticias que tengo lo anuncian así: cuidaré de que la tranquilidad no se altere.

—Sin embargo, caballero, se me ha tratado indignamente: el palacio no ha sido respetado el miércoles último.

—Señor, los magistrados han cumplido con su deber. La multitud de ciudadanos que se había agolpado alrededor de vuestra persona para significarle sus votos, desfiló sin permitirse el menor acto de violencia.

—¡Callad!

—Señor, el silencio que me imponéis no impedirá os repita que los magistrados han cumplido con su deber, que yo he llenado el mío y que continuaré llenándolo, aunque me cueste la vida.

—Os prevengo que sois responsable de la tranquilidad de París. Retiraos.

Esto era tratar muy mal al hombre más popular de la época, es preciso convenir en ello; al hombre a quien apellidaban rey de París, rey Petion, mientras que a Luis XVI le denominaban solo M. Veto.

El 22 por la mañana apareció una proclama. En ella el monarca se expresaba como tal y según se hubiera expresado el año 1789. Prud'homme la analizó en su diario. Luis XVI deseaba saber quien había dirigido tan terrible escena; y Gonchon, el héroe del arrabal de San Antonio, se encargó de decírselo, no en voz baja y en secreto, pues tales precauciones no se usaban ya con *S. M. cristianísima*, como le

apellidaban por burla; sino alto, en el seno de la Asamblea, a la faz de la Francia; mejor dicho, de la Europa.

—Legisladores —gritó Gonchon—, se amenaza con la persecución al autor de la reunión que se verificó el miércoles. Pues bien: vengo a denunciarle y ofrecerle a la venganza cortesana: ¡he sido yo!

¡Pobre rey, que ni castigar podía, pues 20,000 hombres le desafiaban a que lo intentase! Y esto, a pesar del refuerzo que iba a llegarle y que no esperaba: el 21 por la noche se apeó Lafayette en casa de M. de Larochefoucauld. El 28 se presentó en la Asamblea. ¿Qué venía a hacer? ¿Por qué había dejado el ejército? ¿Quién le había dado permiso de dirigirse a París?

Iba a regentar la Asamblea; había dejado el ejército para invitar a esta a proceder contra los autores del 20 de junio, y el permiso que llevaba se lo debía a sí propio, porque ¿no era él tan general de derecho divino, como Luis XVI rey?

Guadet se levantó, preguntando si se había concluido la guerra, visto que un general abandonaba su puesto; y 339 votos contra 234 dieron la razón a Lafayette. Se le concedieron los honores de la sesión. ¿Qué hubiera sucedido si esta vez por lo menos la antipatía personal del rey y de la reina no se encargasen de neutralizar los buenos deseos de Lafayette?

Luego que llegó, se dirigió como siempre a la reina; era a modo de una pasión desgraciada, que ofrece sin cesar sus sacrificios y recibe cada vez nuevos desengaños. Venía con un plan realizable; a saber: reunir su ejército a los realistas y constitucionales, y conducir al rey a Ruan.

—Vale más morir que tratar con el hombre que tanto mal nos ha hecho —dijo la reina.



MADAMA ROLAND.

Desechase, pues, su apoyo; ¡el apoyo de la persona que contaba en la sesión del 28 de junio con cien votos más que la Gironda! Hubo más: Lafayette pidió una revista, donde se proponía arengar a la Guardia Nacional y disponer los espíritus a favor del trono: contaba con el influjo de sus exaltadas frases en el ánimo de los nacionales. Pues bien; la reina hizo advertir de ello secretamente a Santerre y Petion. ¿Es concebible semejante preferencia?

Quem vult perdere Jupiter dementat. Júpiter altera la razón de aquel cuya ruina tiene decretada.

No dándose Lafayette por vencido, reunió en casa de M. de Laroche-foucauld algunos oficiales influyentes de la Guardia Nacional, y les propuso marchar contra los Jacobinos. Aceptose la moción con entusiasmo, quedando acordado reunirse por la noche en número de 3,000 en los Campos Elíseos.

Apenas acudieron ciento a la cita: aplazose el golpe para el día siguiente, y los concurrentes no alcanzaron ni a treinta. Viendo esto, se puso de nuevo en camino Lafayette, de lo que se alegró mucho la Gironda.

Entre tanto, los marseleses llegaban a marchas forzadas. El 26 de junio publicó el rey de Prusia su manifiesto; el 9 de julio presentaron su dimisión todos los ministros; el 11 la Asamblea declaró la patria en peligro; el 14 se verificó la fiesta del Campo de Marte, para la cual había hecho construir especialmente su coraza Luis XVI. El héroe de ella fue Petion, a quien, tres semanas antes, había el rey impuesto silencio, echándole de las Tullerías. «¡Viva Petion! ¡Petion o la muerte!». Tal fue el continuo

grito de aquel día.

El 17 se presentaron los confederados a la Asamblea Nacional, pidiendo la suspensión del poder ejecutivo en la persona del rey y el proceso de Lafayette. Contestoles el presidente Vaublanc que no había motivo para desesperar de la salvación del Estado. El 23 volvieron a la carga, reclamando, además de lo anterior, que se convocase una Convención Nacional: se les respondió que la Asamblea aplaudía su adhesión y civismo. ¿Dónde estaban, pues, los cien votos de mayoría que obtuvo Lafayette?

El 25 vio la luz el célebre manifiesto del duque de Brunswick, digno compañero de la carta de M. de Bouillé. La patria peligraba, en efecto: en Ratisbona, el Consejo de embajadores se negó a admitir al de Francia; la Inglaterra disponía un grande armamento; los príncipes del Imperio, con sus protestas de neutralidad, recibían al enemigo en sus plazas, poniéndole así al alcance de las fronteras; el duque de Baden introdujo a los austríacos en Kehl; despertose Estrasburgo de sobresalto, pues fue descubierta una trama, cuyo objeto era entregar al enemigo el mejor, más fuerte y vigilante centinela de la Francia. La Alsacia entera pedía armas y no le enviaban ningunas; Luckner entró en Flandes al frente de 40,000 hombres y tomó a Courtray; buen principio, a que siguió la rendición de dos plazas, con lo cual había de sobra para que los defensores de la Francia saliesen a la luz pública y se comprometiesen. Empero, 200,000 hombres marcharon contra él y tuvo que retirarse, incendiando los arrabales de Courtray, cosa absolutamente inútil.

Añádase a todo esto la guerra civil que asomaba en el Mediodía y el Oeste; Dusillant, que se proclamaba teniente-general de los príncipes y gobernador del Languedoc y de las Cevenas, y que, después de armar a los labriegos, ponía sitio a Jalès; Juan Chouan, que empezaba a llamar con silbidos a sus aves nocturnas; y por último, para completar aquel terrible cuadro, el palacio de las Tullerías, donde aguardaba, con ojos inquietos y atentos oídos el hombre por quien se había armado la Inglaterra, por quien amenazaba la Prusia, marchaba el Austria, se inflamaba el Mediodía y se sublevaba el Oeste.

La reina se había trasladado desde el piso bajo, donde temía la alcanzase el motín, al principal, escogiendo por habitación un aposento situado entre el cuarto del rey y el del Delfín. Allí dispuso que no se cerrasen los postigos ni las persianas, para que no le pareciesen tan largas sus noches de insomnio. Una de estas noches, a eso de las doce, la melancólica luna alumbraba su cuarto.

—¿Dormís, madama Campan? —preguntó María Antonieta.

—No, señora.

—¡Pues bien; dentro de un mes, cuando vuelva a ver esa luna, estaré libre, y también el rey!

—¿No os forjareis una ilusión, señora?

—No: todo se pone en movimiento para librarnos. Tengo el itinerario de la marcha de los príncipes y del rey de Prusia; tal día estarán en Lille, tal en Versalles y

tal en París.

Lo que desesperaba a María Antonieta era la poca energía de su esposo.

—Y sin embargo —decía—, el rey no es cobarde; posee un admirable valor pasivo; pero le perjudica esa maldita desconfianza de sí mismo, fruto tanto de su educación como de su carácter. Yo no tendría inconveniente en montar a caballo y salir al campo; mas solo conseguiría dar armas a nuestros enemigos: el grito contra el Austria se generalizaría entonces, y mi presencia anonadaría al rey.

El pueblo, que con su maravilloso instinto lo adivina todo, y que veía moverse aquel eterno foco de conspiraciones, hacía por su parte una guerra esencialmente suya y que consistía en insultos, caricaturas, libelos, injurias ya propaladas de voz en cuello, ya trazadas en las paredes con carbón, ya en los sombreros con yeso. La reina no podía bajar al jardín porque la acosaban a silbidos, y fue preciso cerrar las Tullerías; pero la Asamblea desaprobó esta medida, pues le pertenecía parte de los jardines, el terraplén de los Fuldenses. Así este tuvo que quedar abierto, con solo la precaución de tender una cinta tricolor de un extremo al otro, a modo de frontera. Se llamó Coblenza toda la porción correspondiente al palacio, incluso este, y el que hollase aquel recinto sería reputado mal ciudadano y tratado como Foulon y Berthier.

Un joven, que no sabía la consigna, un recién llegado de las Provincias, sin duda, ignorante de que aquella cinta tricolor hacía veces de frontera, se pasó al país enemigo. Al instante se agolpó una oleada de pueblo, advirtiéndole con gritos su imprudencia y el peligro que corría. Él, entonces, se quitó los zapatos, sacó el pañuelo y sacudió el polvo de las suelas.

—¡Bravo! ¡Qué viva! —exclamaron miles de bocas; y fue llevado de allí en triunfo. Con la anterior anécdota basta para conocer el espíritu de todo un pueblo.

La Gironda, viendo el fruto ya en sazón, trató de recogerlo. Desde el 20 de junio Juan de Bry, en nombre de la Comisión de los Doce, leyó un informe relativo a las medidas que deberían tomarse si llegaba a peligrar la patria, presentando el caso de que semejante peligro emanase del poder ejecutivo. En la Constitución, tan invocada por Luis XVI, había un artículo temible por el cual, si el rey se ponía a la cabeza de un ejército, dirigiéndolo contra la nación, *o contrarrestaba con un hecho formal cualquier empresa de esta clase, ejecutada a nombre suyo, se entendería que abdicaba la corona.*

Vergniaud, como si hubiese oído a la reina desahogar en el seno de madama Campan sus esperanzas de verse libre a la siguiente luna, como si tuviese noticia de las estaciones señaladas a los ejércitos coaligados desde la frontera hasta París, dijo en la Asamblea:

—¡Oh rey! Habéis creído sin duda, siguiendo el ejemplo del tirano Lisandro, que tanto vale la verdad como la mentira, y que a los hombres se les debe entretener con juramentos, no de otro modo que a los niños con la taba; habéis fingido amar las leyes, solo para conservar el poder de despreciarlas, y la Constitución, para que no os precipitase del trono donde necesitabais permanecer a fin de acabar con ella...

¿pensáis continuar engañándonos con protestas hipócritas? ¿Pensáis hacernos olvidar nuestras desgracias con tales excusas? ¿Nos defendíais, oponiendo a los soldados extranjeros fuerzas cuya inferioridad no dejaba ni siquiera dudar acerca de su derrota; desechando cuantos proyectos llevaban por norte la fortificación de lo interior de la Francia; no reprimiendo a un general que violaba la Constitución, y encadenando el valor de los que la cumplían lealmente? ¿Os ha permitido la ley fundamental elegir los ministros para nuestra felicidad o para nuestra perdición? ¿Os ha nombrado jefe del ejército para nuestra gloria o para nuestra vergüenza? ¿Os confirió el derecho de sanción, la lista civil y tantas otras prerrogativas, para arruinar constitucionalmente el Estado?... ¡No!, ¡no! hombre en quien no ha logrado causar impresión la generosidad de los franceses y en quien solo el amor al despotismo fermenta... ¡Nada sois ya respecto de la Constitución, que tan indignamente violasteis, ni del pueblo tan indignamente vendido!

Todo esto, sin embargo, no estaba aún bastante claro, pues las palabras de Vergniaud eran hipotéticas. Oigamos ahora a Brissot:

—El peligro actual es el más extraordinario que han visto los siglos: la patria peligra, y no porque le falten valientes tropas, ni porque sus fronteras se hallen mal fortificadas, ni porque sus recursos hayan minorado; no. Peligra, porque un hombre ha formado empeño de paralizar sus fuerzas. ¿Y quién es ese hombre? El mismo que la Constitución le ha dado por jefe y que pérfidos consejeros han transformado en enemigo. Se os habla de temer a los reyes de Hungría y de Prusia; pues bien, en mi juicio, esos reyes tienen su principal apoyo en la Corte de Francia y conviene que en esta los venzamos primero. Se os ha hablado de caer sobre los sacerdotes refractarios en toda la extensión de la monarquía... pues bien, en mi dictamen, cayendo sobre la Corte de las Tullerías anonadaremos a esos sacerdotes de un golpe. Se os aconseja que persigáis a los intrigantes, facciosos y conspiradores; yo opino que estos desaparecerán con el gabinete de las Tullerías; porque allí van a parar todos los hilos, allí se fraguan todas las operaciones, de allí parten todos los impulsos. La nación es el juguete de la Corte: tal es el secreto de nuestra posición, la fuente del mal: tal es la parte donde es preciso aplicar el remedio.

El 22 de julio se declaró la patria en peligro, encargándose la proclama al Ayuntamiento, quinto poder que un día debía devorar a los otros cuatro, a saber: los Girondinos, los Jacobinos, los Franciscanos y la Corte.

Sergent, futuro cuñado de Marceau, artista mediano a quien las circunstancias engrandecieron, hizo el programa de la función, aprovechándose de las indicaciones de Danton, pues era una de las piezas del gran teclado en que se despertaban, bajo la mano del gigante, así las buenas como las malas pasiones.

El 22 de julio, a las seis de la mañana, principiaron las salvas, que se repetían de hora en hora, respondiéndoles un cañón del Arsenal. Las seis legiones de la Guardia Nacional se reunieron alrededor del Hôtel-de-Ville. Dos comitivas llevaron la proclama por las calles de París, cada una precedida de un regimiento de caballería,

con trompetas, tambores, música y seis cañones. Al frente iban cuatro ujieres, que empuñaban otras tantas banderas, entre las cuales se distribuyeron las siguientes palabras: *Libertad, Igualdad, Constitución, Patria*. Seguían doce concejales de riguroso uniforme, y detrás un guardia nacional de caballería con una gran bandera tricolor donde se leía: *¡Ciudadanos, la patria está en peligro!* Cerraban la marcha otros seis cañones, un destacamento de la Guardia Nacional y la tropa de a caballo. Si el genio mismo de la Revolución hubiese trazado este programa, no fuera más sombrío ni terrible.

Además, en cada plaza de las grandes se había elevado un anfiteatro para los alistamientos: construyéronse tiendas, cuyas flámulas tricolores mecía el viento; cuatro tablas, cubiertas con un tapete, fueron colocadas sobre tambores, y un círculo de centinelas, junto con dos piezas de artillería, protegían aquella especie de altares patrióticos; por último, ante ellos estaban sentados algunos municipales y seis notables, encargados de expedir certificados a los que iban alistándose. Esto se ejecutaba al son de cantos revolucionarios, como el *ça ira* y la Marsellesa: los alistados subían al anfiteatro y bajaban gritando: *¡Viva la nación!* ¡Espectáculo que conmovía a todos, encontrándolo grande y solemne!

CAPÍTULO XXIX

SUMARIO.—Carlos Barbaroux.—Su presentación y recibimiento en casa de madama Roland.—¡Quinientos hombres que sepan morir!—Plan de Barbaroux.—Santerre se opone.—Pendencia en los Campos Elíseos.—Carta de los Confederados.—El monte Aventino.—Directorio de insurrección.—Dificultad de un ataque contra las Tullerías.—El arrabal de San Marcelo al de San Antonio.—Se reparten cartuchos.—Nuevo proyecto de fuga.—Idea de Grangeneuve.—Chabot falta a la cita.—La víspera del 10 de agosto.—La ciudad y la Corte.—Lucila y madama Danica.—Preparativos terribles.—La noche.—La casa de los tribunos y el palacio de los reyes.—La defensa.—El primer tiro.—Los 1,000 luises.—Las 48 secciones.—Petion en las Tullerías.

¿Recuerda el lector aquel joven sobre quien llamé su atención y que entraba por una puerta de París, mientras que Dumouriez salía por la otra? era un poeta, un tribuno, un orador; hombre de cabeza y de acción: era Barbaroux, de quien principiará madama Roland por desconfiar, fundándose en su demasiada hermosura. Oigamos a la severa patriota, *que siempre supo enfrenar sus sentidos y conoció menos que nadie la voluptuosidad.*

Barbaroux es ligero; las adoraciones que inmoraes mujeres le prodigan dañan la parte seria de sus sentimientos: cuando contemplo a jóvenes, por el estilo de Barbaroux y Herault de Séchelles, demasiado prendados del efecto que producen, se me ocurre que el amor excesivo de sí mismos no les ha de dejar tiempo para amar la patria.

Engañábase la severa Palas; porque la patria fue, sino la única, a lo menos la principal amante de Barbaroux, la que adoró con mayor extremo, pues que le sacrificó su vida. Tenía a la sazón veinte y seis años. Era natural de Marsella y descendiente de una de esas familias de atrevidos navegantes, entusiastas por el comercio: diríasele, en vista de su gracia, idealismo y apostura, oriundo de alguno de los navegantes fóceos que trasportaron sus dioses de las orillas del Caico a las del Ródano.

Se había ejercitado desde muy joven en el uso de la palabra; arte, del cual constituyen los hombres del Mediodía un arma y un adorno: también se dedicó a la poesía, flor que aquellos cogen con solo inclinarse; y en sus ratos de ocio estudió la física, correspondiéndose con Saussure y Marat. En medio de la agitación que siguió a la elección de Mirabeau, fue nombrado secretario de la municipalidad de Marsella; tomó las armas en los disturbios de Arles; y comisionado para ir a París a dar cuenta a la Asamblea de los asesinatos de Aviñon, ni trató de disculpar a los verdugos ni a las víctimas, sino que dijo la verdad sencilla, terrible, cruel, como en sí era. Los Girondinos, a fuer de verdaderos artistas, fijaron en él su atención; y como apasionados de lo bello y lo grande, le atrajeron a su partido y le presentaron a madama Roland: era como presentar la imaginación a la sabiduría.

Aún era Roland ministro: pobre, más que nunca quizá, vivía en un último piso, calle de Santiago. Estaba en correspondencia con Barbaroux; de suerte que le conocía

epistolariamente antes de que le fuese presentado. Recibióle madama Roland, la cual no volvía de su asombro, comparando al hermoso joven, tan ligero en apariencia, con sus sesudas cartas.

Contrajo estrechas relaciones con mi marido, dice, y le veíamos más a menudo después de nuestra salida del ministerio. Entonces fue cuando, raciocinando acerca del mal estado de las cosas y del temor de que el despotismo triunfase en el Norte de la Francia, concebimos el proyecto de establecer una república en el Mediodía. «Ese será el último recurso, respondió sonriéndose Barbaroux; pero en llegando a París los marseleses, no tendremos que apelar a él».

Barbaroux conocía bien a sus compatriotas: los marseleses se habían puesto ya en marcha con dirección a París, emprendiendo, como si se tratase de una simple jornada, un camino de 220 leguas. Barbaroux escribió con un laconismo propio de los antiguos: «¡Enviadme quinientos hombres que sepan morir!». Rebecqui los escogió por sí mismo y se los envió. Veteranos, aunque mozos todavía, pertenecían al partido francés de Aviñon y habían peleado en Tolosa, Nimes y Arles: componíanse de erados marinos y ásperos labriegos, cuyas manos había ennegrecido la brea o encallecido el trabajo, y cuyos rostros estaban tostados por el jaloque de África o por el *mistral*. Llamábanlos salteadores; y en efecto, a medida que marchaban hacia el Norte con sus ojos que despedían llamas, sus barbas negras, sus cinturones encarnados y su extraño e incomprensible idioma, debieron aterrar. No llegaban, de seguro, como lavas ya frías, al inmenso cráter de la Revolución: mientras que París se sentía arrebatado de entusiasmo, el vértigo poseía a los marseleses. Lo que los sostenía sobre todo, durante su marcha, y los sacaba además, de quicio, era la *Marsellesa*, himno oriundo del Norte, que atravesó la Francia de un solo vuelo, deteniéndose en el Mediodía. En sus bocas la *Martellesa* había cambiado de espíritu, como las palabras de acento: compuesta en loor de la fraternidad, se convirtió en un canto de exterminio.

Barbaroux que, según dijo a madama Roland, los aguardaba, salió a recibirlos a Charenton. Tenía fundadas grandes esperanzas en aquellos quinientos hombres, pues deseaba infiltrar el entusiasmo procedente de las Bocas del Ródano en 40,000 parisienses, que irían al Hôtel-de-Ville, arrastrarían en pos de sí la Asamblea, pasarían por encima de las Tullerías, como un torbellino, como un huracán, como una hoz. Bajo sus pies habría de desaparecer la última huella del despotismo y en su lugar se establecería la República. Para la realización de este plan se contaba con Santerre, el cual ofreció, pero se guardó bien de cumplir.

Desde el día siguiente a su llegada, tropezaron los marseleses con un obstáculo; mejor diremos, con una pendencia. Dábase un festín patriótico en los Campos Elíseos: a dos pasos estaban los granaderos de las monjas de Santo Tomás, guardia realista de Luis XVI, que constantemente le había defendido y con particularidad el 20 de junio. Principiaron injuriándose y concluyeron viniendo a las manos. Los marseleses, que tenían la ventaja de ser una nación, se arrojaron como jabalíes sobre sus enemigos; estos, desde la primera carga quedaron arrollados, y se retiraron hacia

el palacio, cuyo puente postizo se bajó ante ellos y volvió a subirse ante los marseleses: los fugitivos hallaron un asilo en las habitaciones del monarca, y los heridos fueron cuidados por las blancas manos de las damas de la reina.

Los confederados, entre marseleses, bretones etc. etc. formaban un cuerpo de cinco mil hombres, importante, no tanto por su número como por el espíritu que lo animaba. En un mensaje que habían enviado el 17 de julio a la Asamblea, empleaban para con ella un lenguaje que no estaba acostumbrado a oír el cuerpo Legislativo.

—Habéis declarado la patria en peligro, y vosotros sois los que causáis este, prolongando la impunidad de los traidores. Proceded contra Lafayette, *suspended el poder ejecutivo*, destituid los directorios de departamento y renovad el poder judicial.

¡Osadía era en cinco mil hombres de las provincias dictar de este modo condiciones a la Asamblea Nacional! Esta, sin hacer caso, pasó a la orden del día. Una semana después se les dio un banquete patriótico en el solar de la Bastilla, cubierto aún de escombros, punto de reunión del pueblo de París, monte Aventino de la moderna Roma; y allí nombraron un directorio de insurrección, compuesto de Santerre, Alexandre, Fournier el Americano, Westermann y Lazowski.

Este directorio decidió apoderarse del Hôtel-de-Ville; lo que juzgó fácil, pues Petion abriría las puertas y Manuel y Danton las ventanas; de allí se dirigirían a las Tullerías, arrancarían del palacio al rey, *sin hacerle mal*, y le trasladarían a Vincennes: este plan no tuvo efecto; porque Petion, que llegó a las tres de la madrugada, dispersó a los convidados, alegando que la ocasión no era aun a propósito.

Hablábase mucho de atacar las Tullerías; pero, a la verdad, la empresa no era tan fácil como se figuraban. El 20 de junio había sido una sorpresa, un verdadero golpe de mano; mas, desde entonces estaba el palacio mejor fortificado y guarnecido. Si nuestros lectores quieren tomarse la molestia de pasar la vista por un plan topográfico de aquella época, se convencerán de la dificultad.

En lugar del inmenso patio donde hoy día se pasa revista a la Guardia Nacional, había entonces tres patios divididos de un modo casi uniforme, denominados de los Príncipes, de las Tullerías y de los Suizos, y cerrados por paredes y no por rejas. En estas paredes había claraboyas, fáciles de convertirse en troneras, que ofrecían el primer baluarte a la guarnición: una vez destruido, retirábase esta no solo a la parte de las Tullerías que hacía frente, sino también a las fábricas laterales; de forma que los patriotas se encontraban cogidos en medio de tres fuegos.

La guarnición era numerosa y aguerrida: nunca el rey había tenido tan buena guardia, por lo mismo que las prevenciones cobraban todos los días nuevo incremento. Contábase, primero, los guardias nacionales realistas, en gran número y llenos de fervor, como se ha visto en la pendencia de los Campos Elíseos; después, los restos de la guardia constitucional; en seguida, los caballeros de San Luis, la nobleza francesa, como se titulaban; y por último los suizos, milicia fiel, que vendía, es cierto, su sangre, pero que entregaba con lealtad su mercancía.

Un descalabro delante de las Tullerías equivaldría al triunfo de la corona sobre el pueblo, a la humillación de la Asamblea Nacional ante la Corte. De donde provenía que, a pesar de adelantar siempre y de proclamar la patria en peligro, la Gironda titubeaba de vez en cuando: entonces, en medio del silencio que semejantes vacilaciones producían, se oía el rumor sordo de las zapas subterráneas. El 5 de agosto dirigió el arrabal de San Marcelo a la sección de los *Quinze-Vingts*^[4] la siguiente pregunta:

—Hermanos del arrabal de San Antonio, ¿marchareis si nosotros marchamos?

—Sí —fue la contestación.

El 4 reunió Carra al directorio de insurrección en el *Cadran Bleu*, y escribió el plan según el cual debía verificarse esta. El 4 trazó otro Barbaroux en unión de sus marseleses; pero lo dejó olvidado en su chupa de verano, y la lavandera se lo llevó. Dos marseleses, una vez de formado el plan, se dirigieron al Corregimiento, donde encontraron a Sergent y Panis, patriotas exaltados, pero no tanto como ellos. Los dos jóvenes pedían pólvora y balas: Sergent y Panis principiaron negándose.

—Dadnos cartuchos, o me salto la tapa de los sesos —dijo uno de los marseleses; y en seguida sacó una pistola del bolsillo, la montó y acercó a la frente. Iba frenético a suicidarse; mas Sergent le detuvo con una mano, mientras que con la otra firmó la orden de entregar los cartuchos.

Tanto él, como Panis exponían, obrando así, sus cabezas; pero en cambio, los marseleses tenían ya municiones.

Súpose el 5 que la Corte había hecho venir de Courbevoie a los suizos y que durante la noche habían entrado en el palacio con una esquila de Petion. A la caída de la tarde circuló la noticia de un nuevo proyecto de fuga. En efecto ¿quién impedía que el rey saliese por el puente postizo con sus suizos y nobles, que montase luego a caballo y entrase en Ruan? ¿No le aguardaban en Normandía desde el 27 de junio?

Los seis mil confederados dijeron que iban a cercar el palacio. El 8 se propuso la acusación de Lafayette, y la Asamblea acordó no haber lugar; por donde se conoció que retrocedía. Entonces se le ocurrió una idea a Grangeneuve; fue a casa de Chabot y le dijo:

—Esta noche me pasearé solo en el malecón de las Tullerías: irás a encontrarme y me matarás de un pistoletazo. La Corte será acusada del hecho: el pueblo marchará contra el palacio y la Revolución se consumará, sin haber costado más sangre que la de un hombre.

Aceptó Chabot, empeñando su palabra de que iría; pero faltóle ánimo, y Grangeneuve se estuvo paseando toda la noche sin que aquel pareciese: retirese, pues, por la mañana a su habitación, desesperado de la salud de la patria.

El 9 todo se volvió dudas y vacilaciones. Marat convino con los marseleses en que, si el proyecto salía mal, le llevarían consigo disfrazado de carbonero. En cuanto a Barbaroux, su resolución era suicidarse en aquel caso, y al efecto se había provisto de veneno. Robespierre no había tomado parte en nada; pero estaba dispuesto a

aprovecharse de lo que sucediese. Pidió una entrevista a Barbaroux y a Rebecqui, y dejó caer, como al descuido, la especie de que, siendo posible que la obra fuese coronada por el buen éxito, convendría dirigir de ante mano los ojos a un hombre popular que se pusiese al frente de la Revolución. Rebecqui comprendió lo que quería dar, a entender y gritando: *¡Ni rey ni dictador!* salió en compañía de Barbaroux, dejando solo a Robespierre.

La Corte, por su parte, no se descuidaba: el 9 se cortó la galería del Louvre y públicamente se introdujeron por el puente postizo tablonces que se emplearon en poner blindajes en las ventanas. Propúsose a la familia real por última vez la fuga; pero la reina se negó abiertamente, prefiriendo correr las alternativas de un combate. Tres jefes de toda confianza mandaban las fuerzas de las Tullerías: M. Maillardoz a los suizos, M. de Hervilly a los nobles, y Mandat a los guardias nacionales. Un cuerpo de Guardia Nacional situado en el Hôtel-de-Ville y otro en el Puente-Nuevo dejarían libre el paso a los facciosos; y en seguida, mientras que los suizos los atacasen de frente, aquellos les cortarían la retirada y los destruirían completamente.

No se sabía de fijo el momento del ataque: al principio se creyó que estaba señalado el domingo, 5 de agosto; y pasado este día, se dijo que se había trasladado al domingo siguiente, 12. Sin embargo, todo lo tenían dispuesto.

El 8 volvió del campo Lucila, esposa de Camilo Desmoulins; por una carta suya se sabe en que se ocuparon la noche del 9 al 10, Camilo, Danton y Fréron, y el turbulento mar en que se agitaban aquellos grandes conspiradores, que una vez de consumada la obra, se alabaron todos de haberle dado cima.

Camilo y su mujer habían tenido convidados a comer algunos marseleses; en seguida fueron a casa de Danton, y hallaron a su joven esposa llorando, al niño atontado y a Danton resuelto. Por su parte Lucila se reía, a pesar suyo, con una risa nerviosa.

—Querida —le dijo madama Danton—, ¿es posible que riais en tales circunstancias?

—¡Ay! —respondió Lucila—, así me sucede siempre que he de llorar mucho por la noche.

Hacía un tiempo magnifico: fueron a pasearse por las calles y oyeron a algunos descamisados que gritaban: *¡Viva la nación!* En seguida pasaron junto a ellas soldados de a caballo, silenciosos y con aspecto amenazador: Lucila se asustó.

—Vámonos —dijo a madama Danton.

Esta se rio a su vez; pero acabó por participar del miedo de su compañera. Retiráronse, y al entrar dijo Lucila a la madre de Danton:

—No tardareis en oír tocar a rebato.

De vuelta en su casa, vio que todos se estaban armando. Camilo empuñaba su fusil de guardia nacional; y la pobre Lucila, viendo su profecía realizada, entró en la alcoba y aflojó las riendas a su llanto. No se atrevía a hacer inculpaciones a su marido, porque las personas que se hallaban presentes la hubieran llamado mala

patriota; pero, aprovechando un momento en que Camilo se quedó solo, le echó los brazos al cuello y le rogó que no saliese.

—Tranquilízate —le contestó Camilo—: no me separaré de Danton.

En esto se presentó Fréron.

—Las cosas —dijo—, van tan mal, que estoy cansado de vivir y decidido a que me maten.

Se trajeron entonces cartuchos, y Lucila huyó al salón, que estaba a oscuras, con objeto de no ver aquellos preparativos. Camilo Desmoulins, Danton y Fréron marcharon. Quedose sola Lucila y fue a sentarse al lado de una cama, anonadada, moribunda. En breve tornó Danton y se arrojó en aquel mismo lecho: mostrábase poco solícito, y como quien no contaba del todo con el siguiente día. Tres veces vinieron a buscarle: salía y al momento volvía a entrar; hasta que ya cerca de media noche fue al Ayuntamiento, quedándose otra vez sola Lucila, de rodillas junto a la ventana, bañada en llanto y cubierto el rostro con su pañuelo. Oíase la campana de los Franciscanos y la infeliz se balanceaba maquinalmente al compás de sus monótonas vibraciones. Danton volvió y las noticias se sucedieron, ya favorables, ya contrarias. El toque de alarma no cesaba.

Lucila comprendió entonces que se trataba de marchar contra las Tullerías y estuvo a pique de desmayarse: felizmente Camilo entró y ella se durmió, recostada la cabeza sobre sus hombros. Por su parte, madama Danton parecía disponerse para la muerte de su esposo: al oír por la mañana el sonido del cañón, despidió un agudo grito, se puso pálida y cayó desvanecida. El 2 de setiembre debía acabar de matarla.

Hemos referido lo que pasaba en casa de los tribunos: veamos ahora lo que sucedía, a cien pasos de distancia, en el palacio de los reyes. Allí también rogaban dos mujeres a Dios y vertían un copioso llanto: eran la reina y madama Isabel.

Escuchaban al balcón, y cada vibración de la fatal campana retumbaba en el fondo de su pecho; pero en las Tullerías se decía lo propio que en casa de Camilo, esto es, que la gente se iba reuniendo a duras penas y que los arrabales parecían como entorpecidos.

Tranquilizáronse algo aquellas pobres mujeres; y en tanto que los suizos se alineaban silenciosos en los patios, semejantes a murallas de carne, ellas se retiraron a descansar vestidas a un gabinete de los entresuelos. Al paso encontraron al rey: quiso la reina llevarle consigo para vestirle el peto que le había mandado hacer madama Campan; pero él se resistió.

—Ese recurso no vendría mal —dijo—, para preservarme de la bala o del puñal de un asesino en un día de ceremonia; pero en un día de combate, en que todos mis amigos van a exponerse en mi favor, sería de mi parte una cobardía no compartir sus peligros.

Dicho esto, el rey se separó de ambas mujeres, entró en su aposento y se encerró con su confesor. Acababa un oficial de Estado mayor de comunicarle el plan de defensa dispuesto por el general Viomesnil: aproximose el mismo oficial a las

camaristas de María Antonieta y dijo a madama Campan:

—Guardad en los bolsillos vuestras alhajas y el dinero con que contéis; pues son inevitables nuestros peligros y nulos nuestros medios de resistencia: el vigor del rey sería un áncora de esperanza; pero cabalmente es esa la única virtud de que carece.

Entre tanto madama Isabel se estaba quitando alguna ropa para descansar algo más cómoda en un sofá; quitose de su pañoleta un alfiler de cornerina y lo mostró a madama Campan. Era una piedra en que había grabada una mazorca de flores de lis con una inscripción.

—Leed —dijo madama Isabel.

Madama Campan se aproximó a una luz y leyó: *Olvido de las ofensas; perdón de las injurias.*

—Segura estoy —añadió la princesa—, de que esta máxima no ha de influir para nada en nuestros enemigos; pero no por eso debe sernos menos cara.

Al principio trataron ambas princesas de conciliar el sueño; mas fueles imposible lograrlo, y así llamaron a madama Campan para que las acompañase. Acababa esta de entrar y sentarse a sus pies, cuando un tiro de fusil resonó en los patios y las hizo saltar atemorizadas.

—¡Ay! —exclamó la reina levantándose—; ya ha sonado el primer tiro, que por desgracia no será el último. Subamos al cuarto del rey.

Hallábase este bastante tranquilo, lo que no dejó de admirar a la reina: diremos la causa de su serenidad en tales momentos. A principios de agosto gran número de realistas ofrecieron dinero a la familia real: M. la Ferté, intendente del bolsillo secreto, trajo por su parte mil luises; M. Augier, cuñado de madama Campan, presentó, valiéndose al efecto de su esposa, una cartera que contenía por valor de cien mil escudos; pero así estas, como otras muchas ofertas, más o menos considerables, habían sido desechadas. Sin embargo, la reina volvió a la carga con los mil luises de M. la Ferté, que Luis XVI aceptó al fin, para completar *una suma que tenía que entregar* y que fue entregada de la manera siguiente.

Madama Isabel había hallado una persona que se encargaba, según decía, de sobornar a Petion: para ello pedía solo doscientos mil francos. Una vez de sobornado Petion, vendría al palacio, y en su conversación con el rey tendría, por espacio de dos segundos cuando menos, colocado el dedo índice sobre el ojo derecho. Luis XVI había mandado llamar al corregidor y le estaba esperando. Una de dos: o Petion se había vendido, y entonces, contándole por amigo en vez de adversario, el movimiento descendía en importancia, o se conservaba fiel a la causa revolucionaria, en cuyo caso le guardarían en rehenes: de un modo u otro, la esperanza no estaba del todo perdida.

Hablase negociado también con Danton, quien, según se susurraba, tenía recibidos en cuenta cincuenta mil francos; rumor tan acreditado, que a él se atribuyó la inacción del tribuno en la noche del 10 de agosto, y de que hemos impuesto al lector, transcribiendo la escena en casa de la mujer de Camilo Desmoulins; justo es añadir que no existen pruebas ningunas en apoyo de semejante acusación.

Entre tanto llegó una noticia alarmante para el rey: la cuestión de la abolición de la monarquía había sido llevada ante las secciones; y de cuarenta y ocho que eran, las cuarenta y siete habían votado afirmativamente. Pareciéndoles además que el Ayuntamiento no poseía un patriotismo bastante ardiente, nombró cada una tres comisionados que se le reuniesen y salvarsen la patria. ¿Cómo? Esto era lo que nadie sabía. El mandato de los comisionados no reconocía límites.

Distintos espías enviados a los arrabales de San Marcelo y San Antonio, iban sucesivamente llegando con noticias. El que entró a las doce, dijo que había visto desierto y no obstante iluminado al último; y que los pocos individuos que andaban por las calles vagaban de casa en casa: evidentemente lo hacían para asegurarse por sí mismos del estado de los soldados del pueblo. Los emisarios aseguraban que el ataque se verificaría por la noche, o a más tardar, al amanecer. A las doce y media llegó Petion. Creíase arreglado el asunto de los doscientos mil francos, atendido que el corregidor había pedido la víspera veinte mil al Departamento para costear el retorno de los marseleses, vanguardia de las masas que debían atacar el palacio. Los marseleses, a pesar de todo, se hallaban aun en París.

Esta vez no se hizo aguardar a Petion; al contrario se le dijo que el rey le estaba esperando. Pero, para llegar basta él, le fue preciso atravesar por entre las filas de los nacionales, de los suizos y de los llamados caballeros del puñal; aunque, como se sabía que Luis XVI aguardaba al corregidor de París, se contentaron con llamarle traidor y Judas, mientras iba subiendo la escalera.

CAPÍTULO XXX

SUMARIO.—Quejas de Mandat a Petion.—El rey está aguardando.—Luis XVI víctima de un petardista.—Petion preso.—Palabras de un oficial suizo.—Mandat en el Hôtel-de-Ville.—Los individuos de las secciones en el Ayuntamiento.—El pistoletazo.—El Ayuntamiento quema sus naves.—Santerre es nombrado comandante de la Guardia Nacional.—El rey se presenta a sus defensores.—Ridiculez.—Mr. de Mailly.—¡Viva el rey!—¡Viva la nación!—Revista frustrada.—¡Abrid a la nobleza de Francia!—Røederer y Boissieux.—Mandat rechaza el insulto dirigido contra su padre.—Pendencia sangrienta.—Røederer ante la reina.

El aposento donde Luis XVI iba a recibir a Petion era el mismo en que, según decía, le había calentado las orejas el 21 de junio: la presente noche, otra salida por el estilo de parte del rey hubiera tenido más graves consecuencias. Mandat detuvo al corregidor a la puerta: este Mandat era comandante de la Guardia Nacional, y como dejamos dicho, fue él quien la dividió en dos grandes cuerpos que cortarían la retirada al pueblo de los arrabales, mientras que los suizos atacasen de frente.

—M. Petion —le dijo— ¿por qué los administradores de la policía de la ciudad han distribuido cartuchos a los marseleses? ¿Y por qué no he recibido yo más que tres para cada uno de mis nacionales?

Petion, de suyo calmoso, consideró a Mandat con su serenidad acostumbrada.

—Antes que prosigáis, te contestó, os diré que no se me han podido más de las Tullerías.

Así era en efecto; pues el rey, que desconfiaba mucho de los nacionales, había hecho repartir cuarenta cartuchos a cada suizo y solo tres a cada guardia nacional.

—Pero —repuso Mandat— ¿no os he mandado a pedir pólvora?

—Ciertamente; mas no os hallabais en disposición de tenerla.

—De vos dependía que me hallase —replicó Mandat—: pues la orden os tocaba a vos darla.

Felizmente para Petion, se oyó en aquel momento una voz que dijo:

—El rey está aguardando.

Abriose la puerta y entró el corregidor. Este habló con Luis XVI, sin comprender de que se trataba; pues el rey usaba el lenguaje natural respecto de una persona que había recibido 200,000 francos. Petion abría mucho los ojos; mas no llevó ni una vez a ellos el dedo índice. Luis XVI había sido, pues, víctima de un petardista, y no le quedaba otro recurso que conservar a Petion en rehenes.

El rey no se atrevió a asestar un golpe directo contra el corregidor de París; pero le condujo hasta la puerta de su gabinete y en seguida le dijo:

—No os alejéis: tendré que hablaros aún.

Esto equivalía a decir a los presentes: «Os confío a Petion: no permitáis que se vaya». Los que estaban allí comprendieron a las mil maravillas.

Por fortuna del corregidor, Mandat no se hallaba entre ellos: llamado al Hôtel-de-

Ville para dar cuenta de las medidas tomadas a fin de asegurar la tranquilidad pública, no había podido desobedecer semejante orden; pero las miradas de los que quedaron en palacio no eran para tranquilizar a Petion: además de que en aquellos aposentos había mucha gente y el calor era sofocante. El corregidor apartó a los que le rodeaban, diciéndoles:

—Dispensad, señores: imposible es estar aquí: necesito respirar.

No faltaban a los circunstantes deseos de retenerle; mas ninguno se atrevió. Bajó, pues, por la primera escalera que encontró al paso y viose dentro de poco en el jardín. Era esta una cárcel mayor y más ventilada que la primera; pero no pasaba de ser una cárcel. Habíale seguido Røederer, sindico del departamento, que le dio el brazo, y ambos comenzaron a pasearse en el terraplén que cercaba al palacio y que estaba alumbrado por una línea de lamparillas.

En esto vinieron algunos nacionales, con mala intención sin duda, y apagaron las luces, especialmente en los puntos próximos a Petion y Røederer. El primero no pudo menos de mostrarse inquieto: a su lado estaba un oficial suizo, llamado M. de Salis Lizers: este valiente de seguro tenía orden de velar por él, pues se le acercó y tocándole el brazo le dijo:

—Nada temáis, M. Petion: ¡os prometo que el que os mate, morirá en seguida a mis manos!

Petion hubiera podido responder como Triboulet: «Si es igual, os ruego que lo hagáis un momento antes. Pero la época no estaba por los chistes».

Petion guardó silencio y se trasladó a otra parte del jardín alumbrada por la luna: era la que pertenecía al terraplén de los Fuldenses, en cuyo límite no se veía, como hoy, una reja, sino una pared de ocho pies de alta, con tres puertas, dos pequeñas y una grande, no solo cerradas sino barreadas: las custodiaban particularmente los granaderos de las Monjas de Santo Tomás y de la Butte-des-Moulins.

Mientras que Petion se paseaba, sentándose de vez en cuando y hablando con igual serenidad, a lo menos en la apariencia, que si no corriese ningún riesgo, el ministro de justicia, M. Dejoly, bajó dos o tres veces a buscarle de orden del rey.

—Decidle que tendré el honor de obedecerle; respondía siempre el corregidor, sin moverse de su sitio. El aposento, *donde apenas se respiraba*, había despertado sus temores lo bastante para no atreverse a volver a él.

Sea que el encarcelamiento de Petion se presumiese fuera del palacio, sea que se le ofreciera algún medio de comunicar al Hôtel-de-Ville lo que le estaba pasando, es lo cierto que su situación llegó a oídos de la Asamblea Nacional y que los pocos representantes atraídos allí por el toque de rebato, no escogitando otro arbitrio mejor para sacarle de las Tullerías, le mandaron comparecer ante ellos. Un ujier fue a decirle que la Asamblea le estaba aguardando; y teniendo que optar entre esta y el rey, se decidió naturalmente por la Asamblea. Como iba precedido de un ujier, nadie osó detenerle.

La única autoridad popular que quedó en las Tullerías fue Røederer: Mandat,

como hemos dicho, había ido al Hôtel-de-Ville. El mismo trabajo que le costó a Petion decidirse a entrar en el palacio, le había costado a Mandat resolverse a salir de él. Ambos sabían cuanto se exponían separándose del centro que les era propio. Mandat, sin embargo, no debía librarse del peligro tan felizmente como Petion. Le asaltaban vagos presagios de muerte; los mismos que sentía sin duda su hijo, de edad de doce años, pues no quiso apartarse de su lado. Es probable que si Mandat hubiese tenido noticia de la terrible modificación verificada en el Ayuntamiento no hubiera comparecido ante él; hízolo ignorante de los nuevos socios que las secciones habían proporcionado a la Municipalidad, e impulsado, sobre todo, de su destino.

Dirigiose Mandat al Hôtel-de-Ville, tomando por los malecones y acompañado únicamente de su hijo y de un ayudante de campo. En vano preguntó en el Puente-Nuevo donde estaba su artillería; le dijeron que se había alejado de allí en virtud de una orden expedida por el sindico del Ayuntamiento, Manuel. Inmediatamente debió retroceder a las Tullerías; no obstante, un espíritu maléfico le suscitó la idea de continuar su camino, y entró en el Hôtel-de-Ville. Casi todo el antiguo ayuntamiento había desaparecido, dejando desocupado el puesto al nuevo, esto es, a los comisionados de las secciones, gente desconocida y de severo aspecto. Apenas entró Mandat empezaron a abrumarle a preguntas: la escena había cambiado; de interrogador en las Tullerías descendió a interrogado en el Hôtel-de-Ville.

—¿De orden de quién has doblado la guardia del palacio?

—De orden del corregidor.

—¿Dónde tienes esa orden?

—La dejé en las Tullerías.

—¿Por qué has puesto en movimiento la artillería?

—Porque así sucede siempre que marcha el batallón.

—¿Dónde está Petion?

—Quedaba en palacio al salir yo.

—¿Preso?

—No, sino hablando con el rey.

En aquel momento trajeron una carta; Mandat la miró y reconoció que era suya. En ella prevenía al batallón de servicio en la plaza de Grève, que atacase en flanco y por retaguardia cualquier grupo de gente que se dirigiese a las Tullerías. Desde aquel momento se consideró a Mandat como enemigo por los promovedores de un ataque que había dado orden de impedir; y el Concejo decidió que le trasladasen a la Abadía. Dícese que al notificar a Mandat este decreto hizo el presidente una de esas señales que la multitud interpreta por desgracia tan bien; como quiera que sea, al poner aquel infeliz el pie en el primer escalón de las gradas del Hôtel-de-Ville, un pistoletazo le hirió en la cabeza, acabando de matarle veinte sablazos y otros tantos bayonetazos, dados al mismo tiempo. Con esto quemó el Ayuntamiento sus naves, lanzándose a hacer lo que no osó hacer la Corte.

A Mandat sucedió Santerre: su primera orden fue mandar tocar generala. Eran las

cuatro de la madrugada cuando aquel fue asesinado: su hijo se arrojó sobre su cadáver; pero, aunque le pisaron en medio del tumulto, salió de allí ileso. El ayudante de campo, que esperaba en un extremo del malecón, partió a galope a anunciar en las Tullerías con la exactitud propia de un testigo ocular noticia tan terrible. El rey y la reina la supieron de los primeros: María Antonieta salió del aposento de Luis XVI pálida, abatida y con los ojos encendidos:

—¡Tristes nuevas! —dijo a sus parciales—: ¡M. Mandat, llamado al Hôtel-de-Ville so pretexto de comunicarle órdenes, acaba de ser asesinado; su cabeza es llevada por las calles en la punta de una pica!

Súpose en seguida el nombramiento de Santerre para comandante de la Guardia Nacional; y el toque de rebato se avivó en todos los puntos: era la fiebre universal revelada en aquella palpitación de bronce. Las anteriores noticias sorprendieron al rey en una especie de letargo, a que sin duda se entregó para cobrar algunas fuerzas que le ayudasen a soportar las fatigas y los peligros del día siguiente. Como faltaba uno de los tres jefes encargados de la defensa del palacio, se nombró en su lugar a M. de la Chesnaye. La muerte de Mandat exigía prontas resoluciones. Se llamó a sus puestos a la Guardia Nacional y a los suizos, y todos acudieron en el mayor orden. Lo interior, las escaleras y los vestíbulos se guarnecieron de tropa; repartiose esta por los patios, y se colocaron los cañones en baterías. En seguida aconsejaron al rey que se dejase ver de sus defensores.

Hay hombres desgraciados en cuanto ejecutan cuando las circunstancias son solemnes: así sucedía a Luis XVI. Aquella noche estaba vestido de morado, color de luto para los reyes, y conservaba aún el peinado de la víspera; como se acostó, según dejamos dicho, los rizos de un lado de la cabeza se le habían aplastado completamente. Si se agregan unos ojos hinchados, encendidos, casi estúpidos, y los músculos de la boca dilatados y palpitantes con movimientos involuntarios, será fácil calcular el mal efecto que produciría aquel pobre monarca.

M. de Mailly, figurándose llegado el momento de dar realce a la situación con algún incidente patético, fue a echarse a las plantas de Luis XVI, blandiendo su espada y jurando con trémula voz morir, en unión de los nobles a quienes representaba, por el nieto de Enrique IV; pero los recuerdos monárquicos no podían ser más inoportunos, pues la Guardia Nacional no acudía a defender al nieto de Enrique IV, sino al rey que había jurado la Constitución. De forma que, a las pocas voces de *¡Viva el rey!* con que fue acogida la arenga de M. de Mailly, respondió como un trueno el grito de *¡Viva la nación!*

A las cinco atravesó Luis XVI sus habitaciones excitando en los espíritus mediano entusiasmo. Hubo quienes volviesen a gritar *¡Viva el rey!* pero el efecto que causó esta salutación fue peor que si callasen, pues los nacionales y sobre todo los artilleros contestaron de nuevo: *¡Viva la nación!*

Se quiso entonces que el rey bajase; y Luis XVI, sin voluntad propia, semejante a un autómatas, obedeció: el impulso que le hacía mover procedía de la reina, siempre

fuerte a pesar de no haber pegado los ojos en toda la noche.

¡Recursos inútiles! En lugar de captarse los ánimos disidentes, pareció, al acercarse a las tropas, que deseaba mostrarles cuán poco prestigio deja la corona, una vez de caída, en la frente del hombre que había adornado, si este carece de genio y de fortaleza. Los gritos de *¡Viva el rey!* fueron ahogados inmediatamente por los de *¡Viva la nación!* E insistiendo los realistas: «¡No!, ¡no! —exclamaron los patriotas—; no reconocemos otro amo que la nación».

El rey, casi en ademan de súplica, les respondió:

—Sí, hijos míos, la nación y vuestro rey, que no componen ni compondrán nunca sino un solo individuo.

Luis XVI no podía más: aguardaba un triunfo, y experimentó una derrota anticipada o poco menos: tornó a subir sofocado, entró en su cuarto y se dejó caer en un sofá. La reina permaneció de pie, considerando a su esposo y llorando, sin duda de ira, pues las lágrimas se le secaron pronto. El monarca había sido insultado, antes de entrar, por algunos artilleros que se aproximaron a él cerrados los puños: MM. de Salvert y de Brig les salieron al encuentro: pero, según dice madama Campan, el rostro de Luis estaba pálido como el de un difunto.

—Estamos perdidos —dijo la reina a su camarista predilecta—; el rey no ha dado muestras de energía; de suerte que la revista antes ha causado mal que bien.

Vese, pues, que la cólera era lo que arrancaba lágrimas a María Antonieta. Necesitábase reanimar a la guarnición desalentada por una revista cuyas consecuencias habían sido tan fatales: M. de Hervilly se encargó de conseguir tan difícil resurrección. Hallábanse las principales personas del palacio reunidas en la sala de billar, junto al aposento donde estaba la familia real a la sazón; y M. de Hervilly exclamó de improviso:

—Ujier, abrid a la nobleza de Francia.

Los que ocupaban la sala de billar, entre quienes había muchas mujeres, se subieron sobre las banquetas para ver pasar una procesión anunciada con semejante pompa. Iba delante M. de Hervilly, valeroso noble que murió más adelante en Quiberon y que puso de su parte cuanto le fue posible para que le matasen en las Tullerías. Estaba, sin embargo, decretado que aquel día debían frustrarse todas las esperanzas de la Corte; el desfile de la nobleza fue grotesco, pues los nobles, en su mayor parte, se presentaron mal armados y de una manera ridícula. Por ejemplo, M. de Saint-Souplet, escudero del rey, había dividido con un paje los dos trozos de un par de tenazas rotas, y cada uno llevaba al hombro un pedazo con igual gravedad que si se tratase de un fusil; otro paje, que llevaba una pistola de bolsillo en la mano, descansaba la punta en la espalda del que le precedía, y este le rogaba que buscara otro punto de apoyo; los demás tenían, ora espadas, ora puñales: algunos manejaban trabucos.

La aparición de esta tropa, oculta hasta entonces, produjo pésimo efecto en la Guardia Nacional y hasta en los suizos; en estos últimos, porque armados de aquella

suerte más bien debían servir de estorbo que de auxilio; así lo dice el mismo M. Pfyffer en su historia de la Guardia Suiza del 10 de agosto; y en los nacionales, porque creyeron, después del recibimiento hecho al rey, que aquel puñado de nobles había sido llevado allí por desconfianza. El descontento cundió de manera que MM. de Røederer y Boissieux resolvieron oponerse a la deserción que empezaba a manifestarse en las filas de la Guardia Nacional, exhortándola a cumplir con lo que creían era su deber. Ciñéronse, por lo tanto, sus bandas tricolores y visitaron los puestos, leyendo allí la siguiente proclama:

Soldados, una cuadrilla de sediciosos va a presentarse, y a nosotros nos corresponde, como ministros de la ley, intimaros, y lo mismo a los nacionales, que os opongáis a los amotinados y rechacéis la fuerza con la fuerza.

Esta proclama produjo algún efecto: los guardias nacionales que aún no habían cargado sus fusiles lo verificaron entonces, imitándolos unos cuantos artilleros: no obstante, los más de estos se negaron, diciendo:

—¿Os atreveríais a mandarnos hacer fuego contra nuestros hermanos?

Un oficial suizo, el ayudante mayor Glutz, propuso apoderarse de la artillería. En efecto, pues que un cañón no ha de permanecer neutral en medio de la batalla, sino que tiene que ser amigo o enemigo, conveniente parecía desarmar a los que acaban de expresarse en tales términos. La opinión de Glutz se desechó, sin embargo, como impolítica.

Hombres tan contrarios en opinión era difícil permaneciesen impasibles, los unos en frente de los otros. Los gendarmes, los nacionales y los artilleros empezaron a provocar a los realistas, apellidándolos *granaderos reales* y diciendo que los de las Monjas de Santo Tomás estaban vendidos a la Corte: hasta añadían, ignorantes aún del asesinato de Mandat, que este no había enviado para guarnecer las Tullerías sino aristócratas. El hijo mayor del infortunado comandante (hemos visto que el menor le acompañó al Hôtel-de-Ville) que había servido en la Guardia Constitucional y se hallaba entre los realistas, no pudo oír insultar a su padre, y se abalanzó contra el que le había injuriado, lo cual produjo una pendencia, que iba quizá a igualar la suerte del hijo a la del padre, cuando Weber, ayuda de cámara de la reina, ayudado por algunos granaderos de San Roque, acudió a socorrerle y logró sacarle de manos de sus adversarios y hacerle entrar en el vestíbulo.

Esta pendencia, marcando mejor ambos partidos, ocasionó la defección de muchos nacionales y especialmente de los artilleros, que, no pudiendo llevarse consigo los cañones, trataron de inutilizarlos, introduciendo en ellos a la fuerza balas sin pólvora. Informada María Antonieta de la deserción, y sabiendo los esfuerzos de Røederer para mantener en sus puestos a los soldados, creyó con razón que debía fiarse de él y le mandó llamar. Røederer subió. La intención de la reina era hablarle a solas y en secreto: aguardábale por lo tanto en el aposento de un ayuda de cámara del rey, llamado Thurry, sentada junto a la chimenea y con la espalda vuelta a la ventana.

M. Dubouchage, ministro de Marina, entró con el síndico y permaneció a cierta distancia de los interlocutores.

CAPÍTULO XXXI

SUMARIO.—La reina prevé su caída.—Opinión de Røederer en cuanto a la seguridad de Luis XVI.—M. Dubouchage.—María Antonieta trata de los medios de defensa.—Los ministros Dejoly y Champion van en comisión a la Asamblea.—Su vuelta.—El palacio es inexpugnable.—Heroica contestación de Røederer.—Los artilleros se niegan a marchar.—Se pide la destitución del rey.—La reina hace que Luis XVI resista.—Las dos pistolas.—¡Vamos a la Asamblea!—Peligrosa detención.—¡Abajo *Veto!* ¡Abajo *la Austriaca!*—El hombre de la pértiga.—Entrada en la sala de la Asamblea.—Discurso de Luis XVI.—Óyese el ruido de la artillería y de los fusiles.—Principia el combate.

Empezaba María Antonieta a perder la exaltación y a sentir el desaliento: quizá era la primera vez que, al oír el murmullo lejano de las masas, media la fuerza del pueblo y la debilidad del trono: colocada aun en la cúspide de la columna, desde donde iba a precipitarse, comprendía lo grande de la caída. Era para ella uno de esos momentos en que se pasa del sueño, nutrido de vagas esperanzas, a la realidad, madre de las sombras y de la desesperación.

—¿Qué ocurre, caballero? —dijo cuando entró Røederer, sin señalar un objeto determinado y positivo a su pregunta.

—Me habéis hecho el honor de llamarme —respondió el síndico.

—En efecto: sois uno de los principales magistrados de la ciudad y deseaba conocer vuestro dictamen en las presentes circunstancias.

—Mi dictamen, señora, hijo del más íntimo convencimiento, es que el rey está perdido si permanece en las Tullerías.

—¿Qué queréis hacer de él? —preguntó la reina aterrorizada.

—Conducirle al único asilo, santuario de inviolabilidad en estos momentos; al seno de la Asamblea Nacional.

Entonces Dubouchage, no obstante el respeto que le inspiraba la presencia de la reina y a pesar de que no se le había dirigido la palabra, leal y con la franqueza de un marino se adelantó, y dijo:

—¡Cómo!, ¿os atrevéis a proponer que sea entregado el rey a sus enemigos?

—La Asamblea no lo es tanto como pensáis —respondió Røederer—, y la prueba es que en su última votación monárquica, a propósito de Lafayette, cuatrocientos de sus individuos estuvieron contra la acusación y únicamente doscientos en favor. Además de que no elijo entre varios recursos; sino que propongo el único que resta.

La reina vacilaba, pues su orgullo había contado con un combate en el cual saliese victoriosa la Corte.

—Pero, caballero, se aventuró a decir, reparad que todavía nos quedan defensores.

—Antes de resolveros, ¿queréis saber el número de fuerzas con que podéis contar?

—Sí.

—Llamad, pues, a M. de la Chesnaye.

Ocupaba este, según dejamos referido, el puesto del desgraciado Mandat en la defensa de las Tullerías. Entró inmediatamente.

—¿Está vuestra gente ya situada donde le corresponde? —preguntó la reina—, ¿y os creéis con fuerzas suficientes para sostener el sitio?

—Si señora; porque felizmente al palacio le defiende su misma posición contra un golpe de mano, y el *Carrousel* está bien guardado; pero, añadió con marcado mal humor, debo manifestaros que circulan por las habitaciones desconocidos que engañan al rey, y cuya presencia ofusca e irrita a la Guardia Nacional.

—Hace mal en eso la Guardia Nacional, observó la reina como picada; pues los hombres a quienes aludís son leales amigos nuestros.

—Pues bien, señora —repuso Røederer—, reservándome el instar luego por que se lleve a efecto mi primera proposición, escoged un término medio: que el rey escriba a la Asamblea y reclame su auxilio.

—¿Escribir el rey a semejante gente? ¡Jamás!

—Pues entonces, que dos de los ministros se dirían al cuerpo Legislativo, y le pidan, en nombre del rey, que envíe una comisión a palacio.

Este último partido fue el que se adoptó, y MM. Dejoly y Champion salieron en el mismo instante a cumplir su encargo. La Asamblea estaba deliberando acerca del tráfico de negros. Expusieron el objeto de su embajada, y los representantes no hacían más que bostezar; pues, no habiendo dormido la noche antes, tenían sueño: en seguida decretaron pasar a la orden del día. Eran unos sesenta.

Entre tanto crecía el peligro. MM. Champion y Dejoly tardaban en volver: Røederer y los individuos del departamento que se hallaban con él junto al monarca, resolvieron ir en persona a la Asamblea, y en el patio del Picadero encontraron a los dos ministros que volvían con el corazón destrozado. No era de esperar que Røederer y sus colegas obtuviesen más de lo que habían obtenido los ministros; por lo tanto, un solo recurso quedaba para arrancar a los diputados de su adormecimiento; la presentación del mismo rey en la Asamblea. Pero, ni este quería ir, ni la reina que fuese.

Røederer y sus colegas resolvieron tentar un nuevo esfuerzo respecto de la guarnición y bajaron a los patios que habían visitado anteriormente; mas desde el pie de la escalera principal los detuvieron los artilleros.

—Señores —dijeron a los individuos del departamento—, acabamos de recibir la orden positiva de hacer fuego: ¿contra quién?, ¿acaso contra nuestros hermanos?

—Estáis aquí —respondió Røederer—, para defender el palacio y rechazar la fuerza con la fuerza: recordad la proclama que os he leído y sabed que los que disparen contra vosotros no deben ser reputados vuestros hermanos: ningún inconveniente habrá, dado ese caso, para que les correspondáis con lo mismo.

La respuesta era sutil; de forma que los artilleros invitaron a Røederer a que la

repite a los demás guardias nacionales: deseaban ver si se conformaban con ella. Los individuos del departamento entraron, pues, en el patio de enmedio, que tenía la denominación de Real. Presentaba un aspecto formidable. Dos líneas de soldados se extendían por todo lo ancho del patio y las gradas del vestíbulo, delante del cual había cinco cañones, hasta la puerta del Carrousel, que estos amenazaban: una estaba compuesta de guardias nacionales y otra de suizos. Sostenidas ambas por la guarnición de cada uno de los pequeños edificios en que se apoyaban, debían coger a los agresores entre dos fuegos; resultando que si no se variaban tales disposiciones y si se sostenía el estado moral de las tropas, el palacio era inexpugnable.

Empero, el estado moral no correspondía, ni con mucho, al aspecto físico. En cuanto Røederer principió a exhortar a la Guardia Nacional, alejaronse los artilleros por no oírle: solo uno permaneció en su sitio; e inmediatamente que aquel concluyó de hablar le preguntó, si en el supuesto de que hiciesen fuego contra ellos, él estaría allí: Røederer contestó:

—Sí, señores; y no detrás de vuestros cañones, sino delante; para que si alguno tiene que perecer en la jornada, sea yo el primero que sucumba en defensa de la ley.

—Todos os acompañaremos —exclamaron a un tiempo los individuos del departamento.

En el mismo instante el artillero descargó su cañón, esparció la pólvora por el suelo y apagó con su pie la mecha. Hermosa fue la respuesta de Røederer; pero no lo fue menos la acción expresiva, aunque muda, del artillero. La ley rompía su arma para no herir con ella al pueblo.

A1 propio tiempo oyó Røederer golpes redoblados en la puerta del patio: adelantose y mandó abrir. Varios de los agresores, que llenaban ya el Carrousel, habían subido a la muralla, y desde allí se comunicaban con los nacionales de lo interior. Abriose la puerta, y entró un joven alto, pálido, delgado, furioso; era oficial de los artilleros insurrectos.

—¿Qué queréis? —le preguntó Røederer.

—Paso libre para mí y los míos.

—¿Con que objeto?

—Con el de bloquear la Asamblea. Tenemos doce cañones: ni uno disparará si se accede a lo que solicitamos.

—¿Y qué solicitáis?

—La destitución del rey.

—El asunto es grave —respondió Røederer—, y merece que se delibere acerca de él. Retiraos. Os comunicaré el resultado de la deliberación.

Dichas estas palabras volvió a cerrarse la puerta, dando lugar a que la muchedumbre observase por el hueco de ambas hojas los formidables preparativos con que se la aguardaba.

La hora era solemne. Unos cuantos minutos iban a decidir de los destinos del reino y quizá de la vida del monarca. Comprendiólo la reina: el Delfín y madama

Royale, despiertos y vestidos desde las seis, estaban junto a ella con madama Isabel y la princesa de Lamballe. El Delfín, como niño, parecía alegre e indiferente a los apuros de la situación; pero madama Royale, que había cumplido catorce años, derramaba entonces sus primeras lágrimas, a las que tantas otras debían seguir en lo venidero. Hallábanse con el rey en la galería de los Carraccios, cuando Røederer subió y les comunicó lo que había visto y oído. Entonces la reina recorrió con sus ojos la multitud, como si su mirada quisiese penetrar en el fondo de los corazones y buscar allí cuanto pudiera quedar en ellos de abnegación: en seguida, muda y desalentada no supo que decir; levantó al caro hijo en sus brazos, y le mostró a los oficiales de la Guardia Nacional, a los oficiales suizos y a los nobles. No era ya la reina que pedía un trono para su heredero; era la madre afligida que, en medio de los restos del navío que se iba a pique, reclamaba la vida para el hijo de sus entrañas, y que empleaba su último esfuerzo en salvarle de las olas.



LA PRINCESA DE LAMBALLE.

Gritos, no de entusiasmo, sino de dolor, resonaron por todas partes. Los que estaban a su lado se precipitaron a sus pies, besando la orla de su vestido, rogándole que bendijese sus armas y jurando morir por ella. María Antonieta se volvió hacia el rey, y le encontró impasible en medio de la agitada muchedumbre: atribuyéndolo a valor, concibió su corazón una postrera esperanza: cogió dos pistolas del cinto de M. Maillardoz, comandante de los suizos, y presentándoselas al rey, le dijo:

—¡Vamos, Señor!... ¡Es llegado el momento de triunfar o de perecer con vuestros amigos!

Este movimiento de la reina llevó la exaltación al último grado; todos, con la boca abierta y la respiración contenida, aguardaban la respuesta de Luis XVI. Un rey de buena presencia, joven, valiente, que se hubiese arrojado, con ardientes ojos y

trémulos labios, en medio de la pelea, habría dado un giro a los sucesos completamente diverso del que tuvieron. Luis XVI tomó las pistolas de manos de su esposa y las entregó a M. Maillardoz: torciéndose en seguida a M. Røederer, le dijo:

—¿Con que opináis que debo dirigirme a la Asamblea?

—Señor —respondió Røederer inclinándose—, tal es mi dictamen.

—Vamos, señores —dijo Luis XVI—: nada tenemos que hacer aquí.

Estas palabras enfriaron el entusiasmo, que se cambió en simple abnegación. Una cuestión grave se ofrecía a las mentes de todos. Aquella reina tan adorada de los realistas, era impopular, y su impopularidad crecía a medida que se alejaba del palacio. ¿Sería útil que acompañase al rey a la Asamblea? La cuestión fue zanjada por este, diciendo: *¡Vamos!* e indicando a su esposa que le siguiese. Røederer no se atrevió a desunir dos infortunios tan inmensos; pero sí se negó a llevar más personas. Viendo esto, tomó en brazos María Antonieta al Delfín y empleando su último poder para dar una orden postrera, dijo a madama de Lamballe y a madama de Tourzel: *¡Venid!* lo que equivalía a decir a las otras: *Os abandono.*

Madama Campan esperaba a la puerta del gabinete del rey, por donde su señora tenía que pasar: esta la alcanzo a ver:

—Aguardadme en mi cuarto —le dijo—; vendré a reunirme con vos, u os enviaré a buscar para ir, quien sabe a que punto.

Bajando entonces la voz, añadió las siguientes palabras que muchas veces le había repetido:

—¡Oh!, ¡si fuese a una torre, a orillas del mar!

Las mujeres, abandonadas de este modo, quedaron sumidas en el más profundo terror. Detúvose Luis XVI al pie de la escalera:

—¿Qué va a ser —dijo—, de todos los que dejamos atrás?

—Señor —respondió Røederer—, les será fácil seguirnos, pues están vestidos de paisanos y pasarán sin inconveniente al jardín.

—Cierto —dijo el rey—; pero... figúraseme que no hay mucha gente en el Carrousel.

—Señor, doce cañones y la vanguardia: dentro de una hora todo París habrá bajado.

—Vamos, repitió por segunda vez el rey.

M. de Salis Pizers formó inmediatamente un cuadro con sus tropas al rededor de la familia real, y el jardín fue atravesado diagonalmente. A la sazón cedió la puerta que daba a las Tullerías, junto al café de Flora, con la violencia de un tropel de pueblo que se precipitaba sabiendo el camino emprendido por el rey. Un hombre que iba al frente, llevaba, a guisa de bandera (¡sangriento trofeo!) la cabeza de Mandat clavada en la punta de una pica. M. de Salís mandó hacer alto y preparar las armas; pero la multitud no contaba con fuerzas bastantes y además aquella gente pertenecía a la clase de los asesinos, siempre cobardes como es notorio.

Rechazado aquel primer obstáculo, prosiguió su marcha la comitiva. Luis XVI,

por vía de precaución se despojó de su sombrero, cuyo adorno consistía en una pluma blanca, y se puso el de un Guardia Nacional. Luego que llegaron a los castaños, comenzó el rey a andar por encima de las hojas que habían caído aquel año de los árboles antes de la época ordinaria: al oír el ruido que hacían con la presión exhaló un hondo suspiro. El trono no durará hasta la caída de las hojas, había escrito Manuel; y para comprobar el pronóstico de aquel profeta del infortunio, caían las hojas de los árboles dos meses antes del tiempo acostumbrado. Sin duda se acordó el monarca de la predicción de Manuel. En cuanto al Delfín, no veía en aquellas hojas secas y amarillas sino materia de juego; arrollábalas con los pies y las impelía hacia los de su hermana, que iba detrás.

En esto, un nuevo obstáculo se presentó: multitud de hombres y mujeres, con la noticia de que el rey se dirigía a la Asamblea, aguardaban en la escalera y el terraplén que era preciso atravesar para trasladarse desde el jardín al Picadero. Allí fue imposible a los suizos mantener sus filas: el empeño era grande; pero la furia de aquella gente crecía a tal extremo, que Røederer no pudo menos de exclamar:

—¡Señores, cuidado! Vais a hacer que maten al rey.

Retuviéronse un momento y enviaron a decir a la Asamblea que el rey y su familia acudían a ella en busca de un asilo. Vino una diputación del cuerpo Legislativo; pero, a su vista, el furor de la muchedumbre redobló y de entre los grupos salían los siguientes gritos:

—¡No más engaños! ¡No más falsos juramentos! ¡No más traiciones! ¡Abajo Veto! ¡Abajo la Austriaca! ¡Destitución o muerte!

Un hombre de colosal estatura gritaba más alto que los demás:

—*¡Abajo Veto! ¡Abajo la Austriaca!* —y al mismo tiempo blandía una larga pértiga con que se esforzaba en alcanzar al rey. Røederer arengó en vano a los amotinados; en seguida, arrancando la pértiga de manos del gigante, la rompió en dos y la arrojó al jardín. El gigante, aturdido con semejante acto de vigor, selló sus labios. Era necesario salvar aquel paso: fue tal la prisa de la reina que perdió el reloj y el bolsillo: madama Campan dice que se los robaron.

Acercose otro hombre a Luis XVI, y creyendo este que quería asesinarle trató de repelerle; pero aquel, con el acento del Mediodía, exclamó:

—Nada temáis, Señor: somos buenas gentes; solo que no queremos que se nos venda más. Sed, pues, buen ciudadano y arrojad de palacio a vuestros clerizontes.

Entre tanto el Delfín, casi ahogado, lloraba y tendía sus brazos como si implorase socorro. El hombre de la pértiga se abalanzó, cogió al niño y le levantó sobre su cabeza. La reina exhaló un grito, creyendo que el gigante iba a atentar contra los días de su hijo:

—Deponed el susto —le dijo aquel hombre—: nadie le ofenderá.

Llevole, en efecto, hasta la Asamblea, y le dejó en la mesa de los secretarios, exclamando:

—Acabo de tener en brazos al hijo de mis reyes: ¡viva el Delfín!

Casi al mismo tiempo entró la familia real, protegida por los representantes, después de haber sufrido terribles apreturas en el estrecho corredor que fue preciso atravesar para llegar a la sala. La reina, que había perdido de vista a su hijo, lanzó un grito de alegría viéndole sano y salvo. Los ministros condujeron a la reina, a madama Isabel, a madama Lamballe y a madama Royale a los asientos que ellos ocupaban en la Asamblea; por lo que hace al rey, fue y se colocó en el que le estaba destinado junto al presidente.

—Señores —dijo Luis XVI antes de sentarse y dirigiendo sus indecisas miradas de las tribunas a la Asamblea—, he venido aquí para libertar a la Francia de un gran crimen, creyendo que en ninguna parte estaré más seguro con mi familia que en medio de los representantes de la nación. Me propongo pasar el día en vuestro seno.

Vergniaud presidía la sesión.

—Señor —respondió—, la Asamblea ha jurado morir sosteniendo los derechos del pueblo y las autoridades constituidas.

Levantose un diputado y dijo:

—Señores, un artículo de la Constitución prohíbe discutir en presencia del rey.

La observación era justa. El cuerpo deliberó un instante y designó al monarca, para él y su familia, la tribuna del taquígrafo, situada en la parte alta del edificio, y separada de la sala por una verja de hierro.

Luis XVI conservaba su mismo semblante, indiferente, impassible, inerte; pero como se oyese el estampido del cañón y de la fusilería a tiempo de irse a sentar, se estremeció, y un relámpago de esperanza pasó por los ojos de la reina. Todo no estaba perdido aún: el palacio obedecía a las últimas órdenes recibidas, defendiéndose, aunque no había ya dentro a quien defender.

CAPÍTULO XXXII

SUMARIO.—M. de Beaumetz.—Orden de permanecer en el palacio.—M. de Mailly, comandante.—Explicación de la palabra *marsellés*.—Ríndese la puerta del palacio.—Temeridad.—Los dos suizos.—Los suizos pescados con el anzuelo.—Un pistoletazo.—¡Fuego!—400 hombres mueren.—Los suizos se apoderan de los cañones.—Llegada del ejército por los malecones.—¡Valientes suizos, a la Asamblea!—Los dos arrabales se unen en el Puente-Nuevo.—Disposiciones para el ataque.—¡Traición!—Se toman los patios.—Sangre fría de los suizos.—Los revolucionarios prenden fuego a las barracas.—Los nobles se ponen en salvo.—Hermosa y sangrienta retirada.

Veamos lo que había pasado en la morada de los reyes después de la partida de estos, lo que pasaba a la sazón y lo que debía pasar dentro de poco.

La marcha de Luis XVI había influido de una manera decisiva en la guarnición: parte de los nacionales abandonaron el palacio y parte, entre ellos todos los granaderos de las monjas de Santo Tomás, se reunieron a los suizos. En el momento en que Røederer instaba al rey para que se dirigiese a la Asamblea, M. de Gibelus, hablando con M. de Beaumetz, que unía sus súplicas a las de Røederer, le preguntó si creía salvar los días del monarca conduciéndole a la Asamblea.

—Si creyese lo contrario —contestó M. de Beaumetz—, esto es, más seguro al rey aquí que allá, me colocaría en vuestras filas y moriría por él.

Un oficial suizo, M. de Bachman, dijo entonces, sacudiendo tristemente la cabeza:

—Si el rey va a la Asamblea, está perdido.

No obstante, Luis XVI marchó dejando atrás novecientos treinta suizos, poco más o menos, trescientos nobles y otros tantos nacionales, que se habían mantenido fieles a su bandera. Esta gente, conociendo el abandono en que había quedado, buscaba un jefe, un centro, una voz que expidiese las órdenes oportunas. El capitán Durler encontró en el último peldaño de la escalera principal al mariscal de Mailly, quien le dijo que al partir S. M. le había confiado el mando de palacio.

—Pues entonces —contestó M. Durler—, tendréis órdenes que comunicarnos: ¿cuáles son?

—*Que no cejéis.*

—Contad con ello —respondió M. Durler, y fue a comunicar a sus compañeros aquella orden, su sentencia de muerte.

El ejército de Santerre, esto es, el del nuevo Ayuntamiento, había emprendido la marcha; la vanguardia, como Røederer dijo al rey, estaba ya en la plaza del Carrousel.

En cuanto la guarnición se vio sola y abandonada, se produjeron tres distintos efectos entre los individuos, o mejor, entre los cuerpos que la componían. Los suizos se colocaron fríamente en sus puestos, a fuer de hombres que tenían un deber que cumplir: los guardias nacionales, más estrepitosos de suyo, procedieron en sus

disposiciones sin tanto orden, aunque con igual resolución; y los nobles, seguros de que para ellos aquel era un combate a muerte, atendida la resistencia, buscaron con una especie de embriaguez febril la ocasión de ponerse en inmediato contacto con el pueblo, antiguo enemigo, luchador siempre vencido y no obstante creciendo siempre, hacía ocho siglos.

Mientras M. Durler hablaba con M. de Mailly, vio al portero abrir a los marseleses y huir a todo correr.

Permítasenos decir una palabra acerca de este nombre de marseleses. El 10 de agosto se llamó así a todos los confederados, cuando realmente no había sino quinientos, a lo más, oriundos de Marsella; los mismos que Barbaroux pidió a Rebecqui, con la circunstancia de que *supiesen morir*.

Los marseleses, pues, viendo la puerta abierta, entraron como acontece a hombres cansados de aguardar y a quienes impelen manos robustas; esto es, de tropel, desordenados, con grandes gritos, provocando a los suizos, colocando sus sombreros en la punta de sus bayonetas o de sus picas, sin fijar la atención en las hileras de soldados que se extendían a izquierda y derecha, ni parar la vista en las ventanas de las barracas laterales y en las del palacio, llenas de fusiles. Llegaron hasta el vestíbulo, protegido por la línea de los cinco cañones ya mencionados: entonces se detuvieron.

El vestíbulo estaba cubierto de suizos, colocados de tres en fondo; una fila de los mismos ocupaba además cada peldaño de la escalera; de manera que seis filas podían hacer fuego a un tiempo. Ya era tarde para reflexionar. A la vista del peligro, se pusieron a reír y a chancearse con los suizos, que, por su parte, no se sentían con ganas de lo una ni de lo otro.

Antes de la irrupción, cuando los patriotas se separaron de, los realistas, invitaron a los infelices soldados, destinados de ante mano a morir, a que los imitasen. Dos suizos del Vaud abandonaron sus filas y se pasaron a las de los patriotas; pero en el mismo instante partieron de dos ventanas dos tiros, dirigidos con tal acierto que, sin tocar a nadie, alcanzaron a los dos transfugas y los derribaron en tierra, a uno muerto y al otro herido mortalmente.

Los que entraban ahora sabían todos estos pormenores: armados de algunos fusiles viejos, de algunas pistolas en mal estado y de picas, no venían dispuestos a atacar, sino como acostumbran los precursores de una revolución, que abren risueños el abismo donde debe quizá caer precipitado un trono; más aún, ¡una monarquía!

Los primeros que entraron reían, pues, y se chanceaban: la mayor parte de ellos hacía media hora que cabalgaban sobre la muralla, hablando con la Guardia Nacional, con los artilleros y con los suizos. Habían visto a muchos nacionales y casi a todos los artilleros reunírseles, y empezaron a persuadir a los suizos para que hiciesen otro tanto; estos, empero, permanecieron inmóviles, no faltándoles tal vez deseos, y sin embargo contenidos por la disciplina.

Algunos de los sublevados tuvieron entonces una idea singular: la de pescar

suizos. En efecto, uno de ellos ató un gancho en la punta de una pértiga, prendió a un suizo del uniforme y tiró hacia él; el suizo vino: ejecutó con otro la misma operación que obtuvo igual resultado; y de este modo cinco fueron arrancados sucesivamente de sus filas y pasaron a las del pueblo. Quien sabe cual habría sido el fin de semejante ardid, si los oficiales no hubiesen mandado apuntar.

Al ver moverse los fusiles con el ruido acompasado y la exactitud mecánica que siempre distinguirán de la Guardia Nacional a los verdaderos soldados, uno de los revoltosos (en tales circunstancias hay siempre un insensato que da la señal de muerte) disparó un pistoletazo a una ventana. Un sargento suizo, llamado Lendi, respondió a la provocación, gritando desde aquella ventana: *Fuego*.

Sea que esta voz se oyese desde el vestíbulo, sea que en este se diera la orden al mismo tiempo, es lo cierto que el espacio se llenó instantáneamente de ruido y de humo, y que aquella masa compacta de gente vaciló y se desplomó por su propio peso, como un surco de espigas segado por la hoz.

Quedaría con vida una tercera parte, que huyó al través del fuego que a boca de jarro hacían las dos líneas y las barracas. Cuatrocientos hombres, cuyas tres cuartas partes murieron en el acto, fueron víctimas de aquella primera descarga. Los infelices heridos, con los lamentos que exhalaban y el empeño que ponían en levantarse, comunicaban a ciertos puntos de aquel campo de cadáveres un aspecto horrible. En breve todos se hundieron en el sueño del sepulcro: apenas había uno que otro que se obstinaba en querer vivir.

Esta primera descarga fue la que el rey oyó desde la Cámara, en el momento de sentarse en la tribuna del taquígrafo. Inmediatamente se ejecutaron dos salidas: una de suizos, que limpió de gente todo el Carrousel; otra de nobles que se lanzaron desde el pabellón de Flora e impelieron a los fugitivos por las calles del Louvre y de San Honorato, donde pronto los perdieron de vista. También, aunque con escaso resultado, hicieron los sublevados su descarga, mitad de fusiles y mitad de artillería; mataron algunos granaderos de las Monjas de Santo Tomás, hirieron de muerte a M. Felipe de Glutz, teniente de suizos, y le rompieron el tobillo a M. de Castelberg, que debía ser acabado más adelante. En la salida mataron los suizos mucha gente; MM. Durler y Pfiffer cogieron cuatro cañones y M. Enrique de Salis tres. El Carrousel y el patio de en medio, llamado Real, quedaron completamente evacuados; pero no se consiguió acallar una batería aislada que desde la azotea de una casa, situada en frente del cuerpo de guardia de los suizos, hacía contra los realistas un fuego tan continuado como mortífero. Considerando estos ya vencida la insurrección, resolvieron tomar la batería, costara lo que costase; cuando de repente se oyeron hacia el lado de los malecones redobles de tambores y ruido de artillería: el verdadero ejército de París iba a llegar; no se había trabado aún la pelea sino con la vanguardia.

Hervilly lo comprendió perfectamente; pues al ver las disposiciones que se estaban dando para tomar aquella pequeña batería, se lanzó fuera de las habitaciones, destocado y con la espada desnuda, y gritó:

—No es eso lo que importa, valientes suizos: ¡a la Asamblea!, ¡a la Asamblea!

El general Viomesnil hizo lo propio, gritando con todas sus fuerzas:

—¡Sí, valientes suizos, sí! ¡Obrad como más de una vez lo han hecho vuestros antepasados: id a salvar al rey!

Según el modo de ver de los realistas, en la salvación del monarca se cifraba todo. Marchar contra la Asamblea, invadir la sala, proclamar la disolución de la Legislativa, colocar al monarca, a la reina y al Delfín en buenos caballos y salir con dirección a Ruan; tal es el plan que se hubiera seguido quizá, a no deber su origen a Lafayette. Pero, si se quería llevar a cima tan gran proyecto, era preciso aprovechar el momento supremo, que pasa con la rapidez del relámpago y que no se reproduce. M. de Mailly había recibido la orden de no dejar desamparado el palacio: esto equivalía a la pérdida de todos; pero, una vez expedido el mandato, la disciplina exigía cumplirlo. Veíase desde las ventanas altas y azoteas acercarse el terrible ejército revolucionario: los heroicos arrabales a que ninguna tropa ha podido jamás resistir. San Antonio y San Marcelo se habían reunido en el Puente-Nuevo y marchaban fraternalmente, al grito de *¡viva la nación!*

Viendo tan formidables masas, desde luego comprendió el coronel la imposibilidad de defender los patios.

—¡A palacio, valientes suizos! —gritó, y sin pérdida de tiempo se guarnecieron el vestíbulo, la escalera y las ventanas, colocándose en batería tres o cuatro cañones y teniendo que hacer abandono de seis. En el Carrousel se dejó únicamente un puesto avanzado. Los sublevados habían formado también su plan: ignoraban la salida del rey del palacio y contaban con envolverle por todas partes. Los marselleses iban a la cabeza del grueso del ejército, como habían ido a la de la vanguardia; entrarían en el Carrousel por los primeros postigos que encontrasen al paso; el arrabal de San Antonio, las secciones del Marais y las demás de la orilla derecha penetrarían por el Louvre, y el de San Marcelo se extendería por la playa de Luis XV y el malecón de las Tullerías: cada uno de los arrabales llevaba dos cañones.

Llegaron con la cabeza erguida: como los restos de la vanguardia habían sido arrojados en la calle de San Honorato, no les fue posible participar su horrible descalabro a la masa de la población: en las filas se decía que habían caído en una emboscada y sido asesinados; pero nadie hablaba más que de oídas, y así el ardor del combate y el deseo de la venganza crecían en ellos a medida que se acercaban al centro de operaciones.

Al extremo de las calles contiguas al Louvre hallaron a los heridos que carecían de fuerzas para ir más lejos: *¡traición!* gritaban con moribunda voz y mostrando abiertas sus heridas. *¡Traición!* gritaban también los defensores del palacio.

—¡Socorro, hermanos, socorro! —decían los fugitivos—; ¡los suizos son unos infames! Han hecho fuego contra nosotros, *cuando teníamos la boca pegada aún a sus mejillas!*

Así se expresaban aquellos desgraciados: calcúlese el efecto que producirían sus

palabras en una tropa que se sentía fuerte, y cuya cólera aumentaba un ardiente sol de agosto.

Los que iban delante atravesaron los postigos, penetraron en el Carrousel, marcharon directamente contra el puesto avanzado de los suizos, y allí sacaron a lucir sus dos cañones, disparándolos a boca de jarro. Los suizos huyeron sin tener tiempo para cerrar la puerta; de manera que casi de una vez fueron tomados dos patios; el de los príncipes y el del centro.

En el último encontraron la masa de cadáveres, perteneciente a la vanguardia del ejército parisiense, siendo tal el olor de la sangre que, según se explica un testigo ocular, parecía que se estaba en un matadero. Aquella vista, aquel olor, aquella sangre derramada y en la que se enterraban hasta el tobillo, exasperaron a los sublevados. Precipitáronse sobre el palacio; pero este se hallaba vigorosamente defendido: el fuego del vestíbulo se hacía con una admirable regularidad, y los suizos, esos escoceses del continente, tiraban con tanta sangre fría y exactitud como si asistiesen a una revista; además de que cada ventana, gigantesca tronera erizada de fusiles, ayudaba al vestíbulo, cráter principal, y enviaba la muerte.

El calor era grande y el humo envolvía a los combatientes, sin que ninguna brisa lo esparciese a derecha ni a izquierda: se hacían los disparos como en medio de una espesa niebla, casi con la oscuridad de la noche. No pudiendo los sublevados distinguir las ventanas, tiraban a la ventura y acribillaban a balazos las insensibles paredes; no así los defensores del palacio, que, sin necesidad de apuntar, disparaban sea contra los patios, sea contra el Carrousel, seguros de no errar golpe. Las barracas, que tanto daño habían irrogado a los revolucionarios en el primer ataque, continuaban haciendo fuego; y como este alcanzaba especialmente a los confederados, trataron de tomarlas; Pero, los que se habían encerrado allí estaban tan bien parapetados, que fue empresa imposible: los marseleses cargaron por tercera vez, y al través de las aberturas que lanzaban sobre ellos la muerte, arrojaron cartuchos de artillería con mechas, que, como si fuesen bombas, estallaron y prendieron fuego en las barracas. Entonces los suizos empezaron a retirarse peleando: a cada seis pies de terreno caía uno muerto.

Érales imposible salvarse huyendo, pues se lo estorbaban sus uniformes; pero los nobles, más dichosos que ellos, vestidos como ordinariamente, y contando para retirarse con la grande galería del Louvre y para huir con la escalera de Catalina de Médicis, no tuvieron que hacer sino tirar las armas y seguir la dirección del corredor: ya fuera, formaban parte de la multitud, pues ninguna señal revelaba que acabasen de combatir contra los patriotas: casi todos lograron salvarse.

M. Durler, antes de desocupar el puesto, colocó bajo el vestíbulo dos cañones cargados de metralla y junto a ellos dos hombres para que les prendiesen fuego con el cebo de sus fusiles: la orden se ejecutó a la letra. En el momento en que los patriotas, creyendo el vestíbulo abandonado, se precipitaban sobre él, tronaron ambos cañones y abrieron dos calles en la multitud que retrocedió.

Aprovecháronse de aquel instante de vacilación los suizos para colocar otro cañón debajo del vestíbulo: MM. de Reding, de Glutz y de Gibelin ayudaban en la operación a los soldados; a M. de Reding se le rompió un brazo. Los suizos, como se ve, defendían el terreno palmo a palmo; pero en todos los puntos tenían al fin que cejar.

Se pensó efectuar la retirada por el jardín a travesía sangrienta, pues un nutrido fuego de metralla y de mosquetería, partiendo de tres distintos puntos, llegaba hasta el centro: eran aquellos puntos la puerta del Puente-Real, la del Picadero y el terraplén de los Fuldenses.

Probose, sin embargo, pues a nadie se le había ocurrido aún la idea de rendirse. Se tocó generala, el capitán Pfiffer alineó sus soldados, como si se tratase de que hicieran el ejercicio; la retirada se cubrió, apuntando contra los revolucionarios dos cañones de que se les había despojado y que estaban cargados, y los suizos empezaron a retroceder paso a paso, devolviendo fuego contra fuego, golpe contra golpe, muerte contra muerte.

Allí perecieron varios oficiales; M. Gross, uno de los más valientes, se sintió herido en el muslo de un balazo, y no pudiendo continuar se dejó caer junto al estanque, al pie del grupo de Aria y de Peto.



JORNADA DEL 10 DE AGOSTO.

CAPÍTULO XXXIII

SUMARIO.—Lo que pasaba en la Asamblea.—¡Los suizos! ¡Se nos ataca!—Resolución digna.—M. de Durler y el rey.—Orden de Luis XVI por escrito.—El original en Zurich.—Las copas de los castaños.—El puente postizo.—Los suizos se desbandan.—Son arrojados al Sena por los gendarmes.—Las bóvedas de la calle Real.—El embajador de Venecia.—N. Desault.—Abnegación del diputado Bruat.—Episodios sublimes y repugnantes.—El paje de la reina en el ministerio de Marina.—M. Forestier de Saint-Venant y sus treinta hombres.—M. de Montmolin y su bandera.—M. de Autichamp salvado por su sangre fría.—La patrulla falsa.—Theroigne de Mericourt.—El diputado *Populus*.—Se pide la cabeza de Suleau.—El abate Bougon.—Asesinato de los doce hombres de la patrulla.—La cabeza de Suleau es rescatada a peso de oro.—Theroigne azotada públicamente.—Su terrible castigo desde 1793 a 1819.

En aquel momento pasaba en la Asamblea una de las escenas más dramáticas: habíase oído del primero al último tiro; las descargas iban aproximándose, a causa de la retirada de los suizos, y como el Picadero, edificio provisional de delgadas paredes, no disimulaba ruido alguno, se oían pasar las balas de cañón por encima del techo, y resonar las de fusil contra el muro.

Esparciose la noticia de que los suizos vencedores marchaban contra la Asamblea, y un oficial de nacionales, medio loco, entró asustado y no se detuvo hasta tocar en la barandilla, gritando:

—¡Los suizos! ¡Los suizos! ¡Se nos ataca!

Todos los ojos se dirigieron entonces hacia la tribuna del rey, enverjada como una jaula en que se encierra a los animales feroces. Más parecía Luis XVI en aquel momento rey de los suizos, que de los franceses: por lo mismo la Asamblea se levantó unánime, y extendiendo la mano los representantes del pueblo, los que ocupaban las tribunas, los guardias nacionales, los secretarios, los ujieres, todos exclamaron:

—¡Suceda lo que suceda, juramos vivir y morir libres!

Aunque el error duró poco, el movimiento no fue menos sublime. Se supo luego que los suizos habían sido derrotados, y que teniendo que abandonar el palacio, se replegaban hacia la Asamblea. Apoderose entonces otro temor del ánimo de los diputados; el de que los vencedores, en la embriaguez de su victoria, asesinasen al rey en medio de la cámara; y aquellos mismos hombres que, enemigos de la monarquía, acababan de jurar vivir y morir libres, se levantaron nuevamente y juraron, con igual arranque y unanimidad, morir defendiendo al rey.

Entre tanto, para poner coto a la mortandad, acudió a M. de Durler un diputado, mandándole, en nombre de la Asamblea, que rindiese las armas; pero, aunque cercado por todas partes y perdido irremisiblemente con los suyos, se negó a obedecer:

—El mando que ejerzo —dijo—, me ha sido confiado por el rey; a él lo entregaré y no a otro alguno.

Condujéronle a la Asamblea, negro con la pólvora y rojo con la sangre.

—Señor —dijo aquel valiente—, se quiere que rinda las armas: ¿lo manda V. M.?

—¡Sí —contestó Luis XVI—, entregadlas a la Guardia Nacional: héroes como vos no deben perecer!

M. de Durler bajó la cabeza, exhaló un suspiro y salió: un instante después mandó a decir que sin una orden por escrito nada resolvería. Entonces Luis XVI tomó un trozo de papel y escribió: «El rey ordena a los suizos que rindan las armas y se retiren a los cuarteles».

Semejante orden obró, como el rayo, en aquellos valientes: «No tenemos municiones, es verdad, decían algunos; sin embargo, aún pudiéramos defendernos con nuestras bayonetas».

Lloraron; pero obedecieron. Los soldados fueron conducidos a la iglesia de los Fuldenses y los oficiales a la sala de los inspectores. He visto en Zurich el original de la preinserta orden: la tenía la viuda de M. de Durler. La letra testifica cuán vivamente agitado estaba Luis XVI: sobre todo la firma, trazada en grandes caracteres de seis líneas, que parece festoneada a capricho.

La columna que acababa de rendir las armas se componía de doscientos hombres, poco más o menos. Aún quedaban vivos de setecientos a ochocientos suizos, los cuales, como llevamos relatado, ejecutaban la retirada al través del jardín: unos doscientos cayeron, yendo del palacio al bosque de los castaños. Hasta cosa de cincuenta pasos conservaron sus puestos; pero, al llegar al grande estanque junto a la plaza de Luis XV, perdieron la línea a impulso de una terrible descarga que les fue dirigida desde el puente postizo. Entonces se les ocurrió por primera vez la idea de fuga. Sesenta suizos y quince nobles habían sido víctimas de aquella descarga, y los restantes, considerando los claros que había en sus filas, desobedecieron la voz de sus jefes y se acogieron bajo la copa de los árboles, formándose un baluarte de cada tronco y dividiéndose en dos grupos; uno empeñado en entrar en la Asamblea, y otro decidido a abrirse paso por el puente.

El primero debió al principio creer que su elección era la más acertada, pues se le recibió y desarmó, colocándosele bajo la salvaguardia de la Asamblea, de donde salió para ir a las cárceles de París, donde lo hallaremos el 2 de setiembre. El segundo se decidió a forzar el puente, por haber visto un batallón de gendarmes, que se figuró le auxiliaría. En el momento en que los dos cañones del arrabal de San Marcelo tendían en el suelo unos treinta, la columna de gendarmes cargó sobre los demás a galope: persuadiéronse los infelices que les llegaba el apetecido socorro y corrieron a recibirlos con los brazos abiertos y la esperanza en el corazón.

M. de Villiers, que había sido mayor del arma, guiaba a sus compañeros, gritando a los gendarmes: «¡Socorro, amigos, socorro!». Un oficial, antiguo camarada suyo, le reconoció y picó en efecto hacia él; pero fue para saltarle los sesos de un pistoletazo, a boca de jarro. El hecho tuvo imitadores, y los gendarmes concluyeron por arrojar en el Sena a cuantos suizos no sucumbieron al filo de sus sables.

Apenas lograron salvarse unos pocos que encontraron almas compasivas y asilos seguros. Las bóvedas de las calles de San Florencio y Real se abrieron y tornaron a cerrarse, después de entrar en ellas unos veinte fugitivos, en cuyo número se contó M. de Viomesnil. Aún hizo más el embajador de Venecia; pues abrió las puertas de su palacio y recibió por sí mismo a los fugitivos. Tres o cuatro veces se vio expuesto a perecer; pero, ante el valor de un extranjero que se sacrificaba por salvar a personas que no conocía, la muerte retrocedió.

M. Desault, el célebre cirujano mayor del Hôtel-Dieu, recibió en las salas no solo un gran número de heridos, sino hasta de sanos, a quienes desnudó y acostó en las camas vacantes. Los perseguidores entraron y reclamaron sus víctimas; pero M. Desault les dijo:

—Amigos míos, creedme: soy demasiado patriota para prestar asilo a esos bribones de suizos. Es cierto que una media docena se han presentado en el Hôtel-Dieu; pero los he mandado arrojar por las ventanas, y si otros se presentan tendrán igual destino.

Los ayudantes de cirugía que se hallaban allí confirmaron el hecho y los revolucionarios se alejaron palmoteando.

Por la noche, un diputado, llamado Bruat, natural de uno de los departamentos franceses donde se habla alemán, fue a verse con los oficiales encerrados en la sala de los inspectores, y dirigiéndoles la palabra en aquel idioma, les prometió hacer personalmente cuanto estuviese de su parte a fin de salvarlos. Efectivamente, aquella misma noche les proporcionó vestidos de paisanos y los hizo salir de allí: después cada cual se libró del peligro como pudo.

Sería nunca acabar el querer referir tantos tormentos diversos, tantos asesinatos aislados, añadiéndoles sus episodios, ora repugnantes, ora sublimes. Consignaremos aquí los principales, abandonando los demás al olvido que los ha envuelto ya en su paño mortuario.

Cuando se verificó la carga de la gendarmería y los disparos con metralla de los dos cañones del barrio de San Marcelo, los doscientos o trescientos hombres que se empeñaron en forzar el puente postizo quedaron divididos en varios grupos. Sesenta, poco más o menos, intentaron retirarse en orden, prestándose el apoyo de una defensa mutua, bajo el mando de cuatro oficiales. Su esperanza consistía en llegar al cuartel de Courbevoie, de donde los había sacado la orden de Petion; pero arrollados por la gendarmería, se les condujo a la plaza del Hôtel-de-Ville, y allí fueron degollados desde el primero al último.

Treinta hombres, entre los cuales iba un pajecillo de la reina, ejecutaban su retirada por la calle Real. Hallaron al paso abierta la puerta del palacio de Marina, y se entraron en él, no obstante las advertencias del pajecillo, para quien el tal edificio era una cárcel. Un grupo de ocho confederados se presentó a la puerta y les intimó rendirse: aceptaron, sin estipular condiciones, y empezaron a salir, unos después de otros, arrojando las armas. En cuanto los tres primeros quedaron desarmados se les

asesinó: en el momento los que iban a salir se replegaron hacia atrás, cogieron de nuevo sus fusiles, hicieron fuego contra sus enemigos y mataron siete de ocho que eran; pero otro grupo más considerable sobrevino, arrastrando un cañón cargado de metralla. Lo dispararon al través de la puerta, y de veinte y siete soldados cayeron veinte y tres: cuatro, entre ellos el pajecillo, sobrevivieron. Mientras se disipaba el humo, tuvieron tiempo de deslizarse por un respiradero abierto en una bodega del palacio. Disipado aquel, vieron los confederados que el patio estaba sembrado de cadáveres, y creyendo que todos habían perecido se retiraron. Por la noche bajó el conserje del ministerio, les proporcionó pobres vestidos que sacó de su guardaropa y de la de sus vecinos, les cortó el pelo y el bigote y los puso uno a uno en la calle.

Otro grupo de treinta o cuarenta hombres, mandado por un joven oficial suizo que apenas había cumplido veinte y cinco años, llamado M. Forestier de Saint-Venant, se vio envuelto en la plaza de Luis XV. No había salvación posible y lo que importaba era morir como héroes: a veces la salvación depende de una resolución poderosa. Tres cargas a la bayoneta ejecutaron contra los gendarmes y artilleros que los rodeaban, consiguiendo abrirse paso, aunque para encontrar en seguida nuevas y más fuertes murallas. Al cuarto de hora se habían reducido a diez: estos diez hicieron un último y supremo esfuerzo, logrando por fin romper el anillo de hierro que los tenía sujetos. Delante de ellos estaban los Campos Elíseos: acogiéronse bajo la espesura, defendiéndose de árbol en árbol y sucumbiendo, unos tras otros. Únicamente quedaba M. Forestier: abalanzose y alcanzó con la mano la pared de un jardín. Sano y salvo milagrosamente, trepó e iba ya a saltar al otro lado, cuando un gendarme, salvando a galope el foso abierto entre la pared y el paseo, le rompió los riñones de un tiro de carabina.

M. de Montmolin, que acababa de entrar en el regimiento con el grado de subteniente y que había tenido que pedir prestado a M. Forestier su uniforme para asistir a la pelea, logró salir de las Tullerías, al frente de unos cuantos soldados, y abrirse paso hasta el pie de la estatua de la plaza Vendôme; allí, no pudiendo continuar, se detuvo, siguió peleando, mató o hirió a muchos, y al fin, herido mortalmente en la espalda, cayó en brazos de un cabo que trató de salvarle.

—Amigo —le dijo M. de Montmolin—, ¡no pienses en mi sino en la bandera! Pero, al recibirla de manos de su oficial, cayó en tierra el cabo herido también mortalmente. Entonces M. de Montmolin, llamando en su auxilio las pocas fuerzas que le quedaban, se envolvió en la bandera, cruzó los brazos sobre el pecho y espiró. Fue menester rasgar aquella para llegar hasta el cadáver.

Un noble, llamado Carlos de Autichamp, salía del palacio y se retiraba por la calle de la Escala. Iba solo: dos confederados de Brest le detuvieron. Tenía el joven dos pistolas, uña en cada mano. Descargó ambas a un tiempo y mató a sus dos enemigos; pero en el mismo instante se apoderaron de él doce hombres del pueblo que le arrastraron hasta la plaza de Grève, donde estaban ocupados en degollar a los sesenta suizos llevados allí desde la plaza de Luis XV. Un degüello de sesenta

hombres no puede verificarse sin algunos movimientos en derredor del sitio de la matanza. Una oleada de aquel océano de hombres se precipitó sobre el preso y le separó de sus conductores. Estos alargaron las manos para volverle a coger; gritaron; le denunciaron como aristócrata; se pusieron en su seguimiento; pero él, mientras huía, pudo armarse de una bayoneta. Un guardia nacional le prendió del cuello; y él le atravesó el pecho de un bayonetazo. Halló una puerta abierta; lanzose dentro; subió pollina escalera; salió por una ventana y de allí trepó al techo; bajó a otra casa; arrojó la bayoneta; metiose con la mayor tranquilidad las manos en los bolsillos; serenó su semblante, y salió de nuevo por una puerta que daba a las calles adyacentes, sin que nadie pensase en detenerle.

A las ocho de la mañana, esto es, una hora poco más o menos antes del combate, fue conducida al terraplén de los Fuldenses una patrulla falsa que acababa de ser sorprendida y se componía de once realistas armados de trabucos, entre ellos, el abate Bougon, autor dramático, y el publicista Suleau, redactor principal del periódico: *Los actos de los Apóstoles*.

Suleau era a la par hombre de cabeza y de acción, atrevido batallador de pluma y espada, amigo de las intrigas misteriosas y de los motines públicos. Lafayette refiere que en 1790 le vio una noche disfrazado, que salía del palacio del arzobispo de Burdeos. Camilo Desmoulins, camarada suyo en el colegio de Luis el Grande, le había encontrado el 9 de agosto, y previendo los peligros que iba a correr, a causa de sus opiniones, le invitó con un asilo en su casa; mas Suleau, como muchos otros realistas, esperaba que sus ideas vencerían, y anhelaba que llegase el día del combate, creyendo que sería un día de triunfo. Empero, quiso su desgracia que ni siquiera viese la tan ansiada lid; pues según dijimos, le prendieron una hora antes de venir a las manos. En cuanto le reconociesen, era seguro su fin.

Se decidió llevar la patrulla a uno de los puestos de la Guardia Nacional, situado en el patio de los Fuldenses; y una vez allí, aunque el periodista no estaba seguro, corría menos riesgo que antes.



PETION.

De improviso una mujer, vestida de amazona, con un sable al costado y pistolas en el cinto, que dirigía la palabra a un guardia francés, alzó la cabeza y lanzó un grito de alegría. Era Theroigne de Méricourt, la terrible heroína de los días 5 y 6 de octubre.

Se había eclipsado por un momento aquel sangriento meteoro de los primeros días revolucionarios. Cuando se sublevó Lieja, su patria, acudió allí; pero, detenida en el camino por la policía de Leopoldo, fue llevada a Viena y encerrada en la cárcel. Habiendo recobrado la libertad al cabo de seis meses, volvía furiosa, hirviendo en ira y amenazando con la muerte, u otra cosa peor, si era posible, a sus enemigos. Uno de ellos, y de los más encarnizados, era Suleau, quien se había propuesto ridiculizar a la formidable Bradamante en sus *Actos de los Apóstoles*, dándole por amante al diputado *Populus*, jugando con el vocablo y hallando el número en la unidad.

De ahí provino el grito de alegría de Théroigne al reconocer a Suleau. Mostrole

inmediatamente a su interlocutor, y el nombre del periodista circuló por la multitud, que le aborrecía sin conocerle. Los diarios populares de la época le habían atacado tantas veces, provocando contra él el odio de los patriotas, que bastaba pronunciar su nombre para que comenzasen estos a rugir.

Pidióse la cabeza de Suleau; pero, reflexionando aquella gente que era pedir poco, extendió su petición a todos los que estaban detenidos junto con él en el cuerpo de guardia. Había unos veinte; mas, al oír los primeros gritos alarmantes, once se escaparon por una ventana; cuando iba a huir el duodécimo, advirtió el pueblo que se quedaba sin sus víctimas a poco que se descuidase; y para evitarlo puso centinelas al pie de la ventana.

El comisario del barrio se hallaba allí: quiso salvar a los presos, alegando que debía sujetárseles a un juicio previo; pero ni la multitud ni Theroigne estaban de ese humor. Ella necesitaba a Suleau para despedazarle y matarle, después de haberle hecho sufrir hasta satisfacer su sed de venganza.

En consecuencia, arrancó al comisario del tabladillo en que peroraba y ocupó su lugar: Era hermosa, poseía la elocuencia de la ira, tenía reputación de ardiente patriota, solicitaba una cosa otorgada de antemano, a saber, la muerte de los once presos restantes, entre quienes le constaba hallarse Suleau; poco, pues, le costó conseguir que se nombrasen cinco comisionados para acompañarla a la sección y obtener que los traidores fuesen entregados al pueblo.

El presidente de la sección se llamaba Bonjour. Era oficial primero del ministerio de Marina, y no le desagradó dar una prueba pública de su patriotismo; de forma que accedió a la pretensión de los peticionarios, prohibiendo a la Guardia Nacional que se opusiese a la voluntad del pueblo.

Decidióse llamar a los presos uno por uno, y degollarlos en el patio a proporción que fuesen saliendo. Suleau comprendió que se pedía la muerte de todos solo para llegar hasta él.

—Señores —dijo a sus compañeros de infortunio—, como el golpe se dirige principalmente contra mí, dejad que me anticipe al deseo de los asesinos: quizá mi muerte os salve la vida.

En seguida abrió la ventana del cuerpo de guardia para precipitarse de cabeza en el empedrado; pero los demás le detuvieron.

Principió el fúnebre llamamiento. El primero a quien se nombró fue el abate Bougon: lanzose fuera del cuerpo de guardia como el jabalí sobre los cazadores; hombre de estatura colosal y de hercúleas fuerzas, luchó cuerpo a cuerpo con los degolladores, derribó dos o tres, y se empeñó en ahogarlos bajo su peso: estando en esta faena le mataron.

Tras él salió un antiguo soldado de la Guardia Constitucional, e inmediatamente fue degollado: otros dos sufrieron igual suerte.

Llegó a Suleau su turno. Era un hermoso y vigoroso joven, diestro, según dijimos, en toda clase de ejercicios: no tenía armas; pero sus manos estaban libres. De un salto

se plantó en medio del patio: cerca de él había un asesino armado de un sable, y en un abrir y cerrar de ojos el arma pasó de sus manos a las de Suleau. Empezó entonces un terrible duelo entre un hombre y doscientos adversarios; corta, pero sangrienta lucha. No pretendía Suleau salvarse; ansiaba morir cuanto antes. Derribado por detrás, veinte hojas de sables le atravesaron a un mismo tiempo el pecho; pero Théroigne pidió y obtuvo darle el último golpe. Suleau espiró a los pies de la sangrienta meretriz; aunque siempre con la sonrisa del sarcasmo en el rostro, con la palabra *Populus* en los labios. Cortáronle la cabeza y la clavaron en la punta de una pica con la de un tal Vigier: Wever que se había quedado a la puerta del Picadero con una partida de comensales de palacio, después que entró el rey, vio acercarse aquellas dos cabezas en medio de una oleada de gente. La de Suleau fue rescatada por la noche a peso de oro por un leal servidor, y entregada, juntamente con el cuerpo, a la joven esposa del periodista. Dos meses apenas contaba de casada.

Los crímenes que cometió Théroigne durante la Revolución, tuvieron un carácter particular; por lo mismo le reservó la providencia un castigo notable entre los castigos. Cierta día que se estaba paseando sola en el terraplén de los Fuldenses, no reparó que un grupo de hombres que la iba siguiendo formaba un círculo a su alrededor. De repente, cuando la consideraron aislada dentro del corro, los más próximos se arrojaron sobre ella, le alzaron el vestido y la azotaron crudamente, en medio de los silbidos de la multitud: era la peor injuria que podía hacerse a semejante mujer.

Se volvió loca. Desde 1795 hasta 1819 estuvo encerrada en la Salpêtrière, rugiendo detrás de los barrotes de su jaula, arrastrándose desnuda en el mayor rigor del invierno por el piso helado, desgarrándose los miembros y bebiendo la sangre de sus heridas. A los veinte y seis años de expiación murió, compadecida por sus más encarnizados enemigos.

Volvamos a nuestro relato.

CAPÍTULO XXXIV

SUMARIO.—El cervecero Santerre, general en jefe.—Westermann, de la Alsacia.—Danton desata la tempestad.—Sube el pueblo por la escalera de las Tullerías.—El lobo, la loba y el lobezno.—Se rompe y mata cuanto existe en el palacio.—La devastación no es pillaje.—¡Perdón para las mujeres!—Madama de Campan.—¿Qué hacéis ahí arriba?—La nación perdona.—¡Viva la nación!—¡Pobres criadas!—El mango del hacha.—La Asamblea vacila, el trono sucumbe.—¡La destitución!—Se delibera en medio de los cañonazos.—Vergniaud.—Decreto.—Palabras del rey.—Su almuerzo.—Los ojos de la reina.—Aspecto de la familia real.—El ángel protector.

Dejamos al rey en medio de la Asamblea, para seguir refiriendo los sucesos y ver dispersarse, anonadarse, desaparecer como un vapor de sangre el magnífico regimiento de los guardias suizos, destruido por uno de esos rayos que tienen poder de desarraigar las encinas y de hacer que salten las rocas. Sigamos sus huellas por lo interior del palacio, y veamos que pasó en él una vez abandonado de sus defensores.

Santerre, cervecero del arrabal de San Antonio, fue nombrado general en jefe de las tropas parisienses el 10 de agosto. Hoy, que todo acabó y el viento ha disipado el humo de la pólvora y del incendio espesado en torno del Louvre y las Tullerías; hoy, que las cosas y los hombres se han hecho visibles para nosotros, tiempo es de que escribamos junto al nombre de Santerre y aun delante, otro, el del hombre que dirigió todo el movimiento militar de aquella jornada; el de Westermann, natural de la Alsacia.

¿De dónde salía este hombre? ¿Quién le había hallado o adivinado quizá sus ideas? ¿Quién había comprendido que al gigante, tajado en la materia, al cual obedecía el pueblo tan resueltamente, le hacía falta un alma; que en aquella lucha en que los Titanes debían destronar al Dios, se necesitaba de Prometeo para completar a Geryon, de Westermann para completar a Santerre?... Salía de San Lázaro, donde había estado encerrado más bien como acusado que como convicto de haber impreso billetes falsos de la Caja de descuentos. Hízole salir de allí Danton, cabalmente el día y la hora en que calculó que le serían útiles sus servicios; el 9 de Agosto.

Quizá proviniese de ahí el entorpecimiento del tribuno durante las tinieblas que precedieron a la tremenda jornada. Danton era uno de esos excitadores de tempestades que saben que, una vez desatado el viento en el Océano, no hay sino dejar obrar; la tempestad se ensoberbecerá por si sola. El viento era Westermann; el Océano Santerre, gigantesca personificación del pueblo.

El 10 apenas vio alguien a Santerre; Westermann anduvo en todo; todo lo dirigió y llevó a cabo. Él ideó la reunión de ambos arrabales, San Marcelo y San Antonio, en el Puente Nuevo; él fue quien primero apareció en la plaza del Carrousel, montado en un caballo negro; él quien, como si se tratase de hacer abrir una puerta cualquiera a un pelotón de tropa después de una caminata, llamó con el puno de su sable a la

puerta principal de las Tullerías.

Hemos visto antes como esta se abrió, cuán heroicamente desempeñaron los suizos su deber, su retirada y por último su destrucción, sin lograr vencerlos. En tanto que se asesinaba en los jardines de las Tullerías, en la plaza de Luis XV, en los Campos Elíseos, en el ministerio de Marina, en los malecones y hasta al pie de las ventanas del Hôtel-de-Ville, subía el pueblo por la escalera de palacio, donde yacían codo con codo, a manera de hermanos, vencedores y vencidos, suizos y marseleses. El pueblo entraba allí, como en la guarida de una fiera, resuelto a no perdonar a nadie: creía encontrar al rey, la reina y el Delfín en las Tullerías, y exclamaba:

—¡Mueran el lobo, la loba y el lobezno!

Si hubiera hallado estas tres cabezas, tres meses antes consagradas por la Constitución, las habría derribado de un solo golpe: suerte preferible a la que les cupo. A falta de ellas, se vengaron destruyendo cuanto había allí, así personas como cosas, muebles no menos que individuos de la servidumbre: con tanta cólera se rompía una estatua o un espejo como se asesinaba a MM. Pallas y Marchais, dos ujieres de la cámara real que estaban en su puesto, esto es, a la entrada del Consejo. Las paredes inspiraban igual odio y provocaban las mismas venganzas. Hubo devastación, sí; pero, démonos prisa a consignarlo en este lugar, nada de pillaje, como tampoco lo hubo el 29 de julio, ni lo ha habido el 24 de febrero, ni ninguna de las veces que el palacio de los reyes ha estado en manos de la multitud: esta salió con las manos rojas, pero vacías.

Al lado de sus virtudes mencionaremos sus crímenes: aquel día el pueblo se complació en enrojecer sus manos. Arrojó por las ventanas algunos nobles vivos, reventó en las escaleras a suizos muertos o moribundos, cogió y oprimió entre sus dedos corazones, como si fuesen esponjas, clavó en las picas muchas cabezas, a guisa de trofeos; experimentó, en fin, todos los deleites horribles de la venganza y de la crueldad.

Sin embargo, en medio de tanto exterminio, de tanta profanación, a veces, como el león ya harto, ejecutó actos de clemencia. Las mujeres de la reina no se habían movido del aposento en que quedaron: al principio, por un instinto propio de la flaqueza, que trata de oponer obstáculos, aunque impotentes, al peligro, cerró una de ellas la puerta; pero madama de Tarento, calculando que semejante precaución haría sospechar que la reina estaba allí, la abrió, para que el furor que se estrellase contra ella no creciese con la resistencia. Iban, sin embargo, a perecer; cuando un hombre de larga barba, enviado por Petion, gritó desde el umbral:

—¡Perdonad a las mujeres: no deshonréis la nación!

Madama Campan, que ha dejado preciosas *Memorias* acerca de la corte de María Antonieta, refiere esta escena, de la que creyó ser víctima, con el estremecimiento de terror que excita el recuerdo siempre que nos traslada, no a la vista del peligro, sino de su espectro que se dibuja en las lejanas tinieblas de lo pasado. Habiéndose trastornado su cabeza y no alcanzando a ver a su hermana, que se ocultaría detrás de

alguna cortina o debajo de algún mueble, pensó hallarla en un entresuelo. Dirigióse allá, imaginando (¡ilusión de mujer!) que su mutua salvación pendía de no separarse la una de la otra; pero solo había en él dos camaristas y una especie de gigante, jeduque de la reina. Viendo a este hombre, la fugitiva, aunque loca de terror, comprendió que él y no ella peligraba.

—¡Daos prisa a huir, desventurada, le gritó: los lacayos y demás gente del servicio están ya lejos de aquí: aún tenéis tiempo!

—¡Ay! —respondió, probando a levantarse, y cayendo nuevamente en el lecho donde estaba sentado: imposible—; ¡me muero de miedo!

Al acabar de decir estas palabras, un tropel de furiosos, ebrios y ensangrentados, se presentó en el umbral y se arrojó sobre el infeliz jeduque, que en un instante sintió su cuerpo atravesado de heridas. Madama Campan se abalanzó hacia una pequeña escalera, seguida de las dos camaristas. Parte de los sublevados, advirtiendo su fuga, corrió tras ellas y las alcanzó. Las dos camaristas cayeron de rodillas, y cogieron entre sus manos la hoja de los sables. Madama Campan fue de tenida por una mano furiosa que se introdujo en su espalda para cogerla del vestido; sobre su cabeza veía brillar la hoja de un sable y medía el breve intervalo que separa la vida de la eternidad, y que, a pesar de ser corto, contiene un mundo de recuerdos; cuando, desde el pie de la escalera, una imperiosa voz gritó:

—¿Qué hacéis ahí arriba?

—¡Hum! —respondió el asesino, detenido en medio de su faena.

—A las mujeres no se mata: ¿lo oís? —repitió la misma voz.

Madama Campan estaba de rodillas: el sable amenazaba su cabeza, y ella presentía de antemano el dolor que iba a padecer.

—Levántate, buena pieza —le dijo su verdugo—; la nación te perdona.

Hízolo así, pálida y vacilante, como si saliese del sepulcro; y la única venganza que ejercieron contra las tres, fue obligarlas a subir en banquillos y gritar: *¡Viva la Nación!*

Las mujeres, que madama Campan acababa de dejar para ir en busca de su hermana, se salvaron gracias a haber abierto la puerta madama de Tarento.

—Señores —dijo una de ellas, adelantándose hacia los degolladores en lugar de huir—, ¿no os compadeceréis de las pobres criadas?

Miráronse unos a otros aquellos hombres cubiertos de sangre, y uno dijo:

—¡Por vida de...!, ¡tiene razón esta mujer: es preciso salvarla, como también a sus compañeras!

Juraron hacerlo así, y lo cumplieron.

M. Lemonnier, médico del rey, se libró de un modo parecido. Durante el ataque no salió del palacio; tomado este, ni trató de huir, ni de mudar de traje. Empujaron su puerta algunos hombres con la sangre hasta los codos y fue a abrirlas sin la menor alteración.

—¿Qué haces ahí? —le preguntaron—: ¡estás muy tranquilo!

—Lo estoy, porque conservo mi puesto y cumplo con mi deber.

—¿Y cual es tu encargo en palacio?

—Soy médico del rey.

—¿No tienes miedo?

—¿A quién?... No he hecho sino bien en mi vida. ¿Quién ha de hacerme mal?

—Vamos, vamos: eres un buen sujeto; pero no debes quedarte aquí, pues otros te confundirían con los aristócratas que estamos despachando: es preciso que salgas del palacio.

—Con mucho gusto.

—¿A dónde quieres ir?

—Al Luxemburgo.

—Ven con nosotros y nada temas.

Lleváronle al través de las hileras de picas y bayonetas, en cuyas puntas se veían clavados corazones sangrientos y cabezas.

—Camaradas —gritaron sus conductores—, dejad pasar a este hombre: es el médico del rey; un valiente, que no conoce el miedo.

Así le guiaron hasta el arrabal de San Germán, a donde llegó sano y salvo.

En aquel momento, poco más o menos, firmaba Luis XVI, sentado con su familia en la tribuna del taquígrafo, la orden para M. de Durler, ya mencionada, mandando a los suizos entregar las armas y retirarse a sus cuarteles.

La Asamblea conocía su posición: imagen de la flaqueza, aparentando robustez y protectora de un trono más débil aún que ella, había dejado echar raíces a otro poder que la aventajaba ya en bríos: el Ayuntamiento. Este se había apoderado de la insurrección, como un vigoroso obrero del mango de un hacha, y con ella había herido a un tiempo ambos poderes, el Legislativo y el Ejecutivo: la Asamblea vaciló sobre sus cimientos y el trono no existía ya.

Dos tentativas de aquella para proteger a las víctimas de tan sangrienta jornada se frustraron: por la mañana quiso salvar a Suleau en el cuerpo de guardia de los Fuldenses, y a medio día a los suizos en la plaza de Luis XV, y no obstante su protección, el periodista y los defensores de las Tullerías sucumbieron. Véase ahora amenazada: una multitud exasperada y furiosa acudía por todas partes gritando:

—¡La destitución!, ¡la destitución!

Un abismo se abría ante ella: era preciso elegir entre pararse o continuar. Dejose arrastrar del movimiento. Se reunió sin pérdida de tiempo una comisión: los Girondinos tuvieron en ella mayoría: la deliberación, como que se verificaba al ruido de los cañonazos, fue breve. Vergniaud dejó por un instante la presidencia; encargó de ella a Guadet, para que así su partido siguiese siendo dueño de la situación, tomó la pluma y redactó el acta de la suspensión provisional de la monarquía. Entró luego en la Asamblea, triste y como abatido.

—Vengo —dijo—, a presentaros, en nombre de la Comisión extraordinaria, una medida bastante rigurosa; pero que conviene aceptéis al momento, pues importa a la

salvación de la patria, y el dolor de que os sentís penetrados os lo prueba. La Asamblea Nacional, teniendo en consideración que los peligros de la Francia han llegado a su colmo; que los males que aquejan a la nación proceden especialmente de la desconfianza que inspira la conducta del jefe del poder ejecutivo en una guerra emprendida a su nombre contra la Constitución y la independencia del suelo francés; y que semejante desconfianza ha provocado el grito general que pide la destitución de Luis XVI; pero, teniendo igualmente en consideración que el cuerpo Legislativo no quiere extralimitarse, extendiendo su autoridad más allá de lo justo, y que su juramento a la Constitución y su firme propósito de salvar la libertad son inconciliables, a menos de apelar a la soberanía del pueblo, decreta lo siguiente:

Se invita al pueblo francés para que nombre una Convención Nacional.

El jefe del poder ejecutivo queda suspendido provisionalmente de sus funciones: se propondrá a la aprobación de la Asamblea en el día de hoy un decreto relativo al nombramiento de un ayo del príncipe real.

Se suspende el pago de la lista civil.

El rey y su familia habitarán en el recinto del cuerpo Legislativo hasta que la calma se restablezca en París.

El departamento preparará el Luxemburgo para que le sirva de residencia bajo la custodia de los ciudadanos.

Este decreto, que dictó la necesidad, fue adoptado por la Cámara sin discusión y oído por el rey sin asombro. Inclínose hacia el diputado Coutard, colocado junto a la tribuna del taquígrafo, que había hablado frecuentemente con él durante la sesión, y le dijo sonriéndose:

—¿Sabéis que no me parece muy constitucional el paso que acabáis de dar?

—Ciertamente, señor —contestó Coutard—; pero solo así lograremos salvar vuestra vida; si se negase la destitución, tomarían vuestra cabeza.

El rey hizo un movimiento y se sentó de nuevo en su sitio. En seguida habló entre dientes a un ujier. Muchos creyeron que era una orden dada por él, y concibieron temores: pronto se averiguó que Luis XVI lo que había hecho era pedir de almorzar, pues tenía hambre. Trajéronle pan, vino, un pollo, carnes fiambres y fruta.

El rey, como todos los príncipes de la casa de Borbon, como Enrique IV, como Luis XIV, era aficionadísimo a comer bien y mucho: la hora de sus festines, sino tan solemne como la de sus antepasados, era igualmente absoluta. En él las emociones del espíritu no influían en las necesidades corporales; y como la balanza se inclinaba hacia el lado de la materia, esta reinaba sobre Luis XVI con un imperio exclusivo.

Esta vez comió, cual si estuviese en una cacería, sin cuidarse de los que le miraban. Entre los ojos clavados en él había dos que se abrasaban, por no poder llorar: los de la reina. Había padecido extremadamente a la vuelta de Varennes, en las Tullerías, en la terrible noche del 9 al 10 de agosto; pero quizá, padeció menos que en aquel momento, viendo comer al rey. Ella, ni un vaso de agua quiso tomar. Secos sus labios parecían ascuas; pero no le importaba; pues hubiera deseado horribles dolores físicos que sirviesen de contrapeso a los morales que la consumían.

Madama Royale, con la cabeza apoyada en el seno de su madre, lloraba, sin sollozos, sin suspiros, como acostumbran llorar las personas cuyas lágrimas brotan de lo íntimo del corazón. El Delfín miraba con curiosidad en derredor: hallábase aun en la edad en que hasta el dolor de una madre es un mero espectáculo; preguntaba de tiempo en tiempo a su padre el nombre de algún diputado, y Luis XVI se lo decía con la misma calma que desde un palco le hubiera dicho el nombre de un actor.

Madama Isabel, en pie detrás del rey, parecía el ángel que se ve en los cuadros de los primeros pintores italianos, velando por la familia.

CAPÍTULO XXXV

SUMARIO.—La sesión de veinte y seis horas.—Reposición de los ministros.—Palabras de Danton.—Decretos publicados a la luz de las antorchas.—MM. Maillardoz, Aubigny y Carl son asesinados.—Las cuatro celdas de los Fuldenses.—Los veinte y cinco luses.—La Asamblea se decide por el Luxemburgo.—La municipalidad elige el Temple.—La hoguera y la guillotina.—La familia real en el Temple.—Alojamiento del rey el 13 de agosto.—Noche de dolor.—Tison y su mujer.—El arquitecto Palloy.—Empleo de los días.—Vigilancia terrible.—La espada del rey.—Clery en el Temple.—El zapador Rocher.—El cartón: *toma de Verdun*.—El excapuchino.—El abate de seis pies.—La cabeza de madama Lamballe. —La cinta tricolor contiene al pueblo.—La reina se siente destrozada con tantas emociones.

Entre tanto la sesión de la Asamblea continuaba: duro veinte y seis horas.

El diputado Chaudieu hizo que se votase, con preferencia a todo, la necesidad de un campamento en frente de París y la permanencia de la Asamblea.

Imposible era abolir la monarquía y conservar a los ministros del rey; de consiguiente, accediéndose, como parecía natural, a la proposición de Brissot, fueron repuestos en sus destinos los tres ministros dimisionarios, Roland, Clavières y Servant. En seguida Danton fue nombrado ministro de justicia, Monge de marina, Lebrun de negocios extranjeros, y a Grouvelle se le encargó la secretaría del consejo.

Ya conocemos a Danton: sobre él hemos dicho cuanto había que decir.

—He subido al ministerio a impulso de una bala de cañón —dijo a Camilo Desmoulins y Fabre d’Eglantine cuando les anunció su nombramiento—: quiero que la Revolución entre conmigo en el poder: ella constituye mi fuerza, y yo perecería si la rechazase de mi lado.

Monge era un sabio que se había distinguido anteriormente como tal, y para quien la campana de Egipto debía ser un nuevo manantial de glorias.

Lebrun era un hombre especial para la cancillería; Grouvelle tenía sus humos de literato, que la medianía de sus conocimientos y su ambición ponían más en relieve.

Danton, Monge y Lebrun fueron nombrados en votación nominal. Seguidamente se hizo un análisis de los decretos de aquel día, que fue publicado por la noche a la luz de las antorchas.

Era la una de la madrugada cuando la Asamblea levantó la sesión: catorce horas hacía que el rey y la familia real estaban en la tribuna del taquígrafo. Solo Luis XVI había comido alguna cosa.

Unos pocos amigos, mejor diremos, servidores leales, porque los reyes no consideran la amistad sino así, habían conseguido introducirse en la Asamblea; y Luis XVI comunicaba sus órdenes a estos seres privilegiados del infortunio, los cuales salían a cumplimentarlas.

Tres de los que salieron no volvieron más a entrar; a saber: M. Maillardoz, comandante de los suizos, que fue llevado a la Abadía; M. Aubigny, asesinado en la

plaza de Luis XV, al pie de la estatua que se estaba derribando, y M. Carl, comandante de la gendarmería de París, el cual, como oyese un ruido muy grande, se precipitó para averiguar la causa, y fue muerto en el mismo umbral de la puerta.

El vacío que había dejado la emigración en torno de la monarquía, lo doblaba a su vez la muerte.

Los inspectores de la sala de sesiones vinieron en busca del rey y la familia real a la una de la madrugada, para conducirlos al alojamiento provisional que les estaba señalado y se había dispuesto apresuradamente entre el palacio y la prisión. Hallábase situado en el piso más alto del antiguo monasterio de los Fuldenses, y constaba de cuatro habitaciones: en él vivía el archivero Camus.

Entresaquemos de las curiosas Memorias de madama Campan, como hemos hecho otras veces, los pormenores que el historiador menosprecia, pero que de tan grande interés son para el cronista.

Habíanse repartido estos cuatro aposentos, o más bien estas cuatro celdas, entre el rey, la reina, la familia real y las personas de la servidumbre que habían obtenido permiso de acompañar a SS. MM.

En la primera se alojaban los hombres; que eran, el príncipe de Poix, el barón de Aubier, M. de Saint-Pardon, escudero de madama Isabel, M. de Goguelas, M. de Chamilly y M. Hue.

El rey ocupaba la segunda. Le estaban despuntando el cabello cuando entró madama Campan, enviada por la reina. Entonces él tomó dos matas de pelo, y dio una a su hermana y la otra a madama Campan: ambas mostraron deseos de besar su mano; pero el rey les abrió sus brazos y las estrechó en ellos, sin pronunciar una palabra.

La tercera, forrada de un miserable papel verde, era la de la reina. María Antonieta se dejó caer sobre una pobre cama, destrozada por el dolor más vivo, que no admite comparación ni con el del reo a quien aplican el tormento: una mujerona, de fisonomía dulce y buena, la asistía, como encargada de guardar el aposento.

La cuarta habitación se destinó en un principio para el Delfín, madama Royale, madama Isabel y madama de Tourzel; pero, desde que la princesa de Lamballe se reunió con la reina, pasaron los niños a la alcoba de su madre, quedando las dos princesas y madama de Tourzel en posesión de esta última celda.

La reina escaseaba de todo. La esposa del embajador de Inglaterra le envió ropa blanca para ella y su hija; y con motivo de haber perdido el bolsillo del dinero al pasar de las Tullerías a los Fuldenses, tomó prestados veinte y cinco lises a madama Augier, hermana de madama Campan, cuyo marido había ofrecido al rey una cartera que contenía cien mil escudos. Estos veinte y cinco lises causaron por de pronto el arresto de aquella pobre mujer, y más adelante le costaron la vida.

Tres días solamente debía permanecer el rey en esta cárcel provisional: la Asamblea había decretado que se le alojase en el Luxemburgo; pero contradiciendo el Ayuntamiento, según su costumbre, los decretos de la Asamblea, que modificaba o

destruía, expresó, por conducto de Manuel, su síndico, que no respondía de la persona del monarca, si se le daba por habitación el Luxemburgo, con cuyas cuevas, según aseguraba, estaban en comunicación las catacumbas.

Es notorio que la Asamblea no tenía más voluntad que la del Ayuntamiento, y por lo mismo abandonó a este el cuidado de elegir la residencia del rey. Escogiose al efecto el Temple, antigua fortaleza, baja, reducida y sombría, resto de la suntuosa orden que llevó su nombre, torre de donde salió Santiago Molay para morir en la hoguera, y de donde debía salir Luis XVI para morir en la guillotina. Junto a esta triste fortaleza se hallaba el palacio habitado en otro tiempo por M. de Conti; pero ni siquiera se pensó en él.

Asistíanle a la Municipalidad de París sus razones para desechar el Luxemburgo y elegir el Temple; porque en el Luxemburgo Luis XVI conservaba aún las apariencias de rey, mientras que en el Temple era solo un preso.

El 15 por la noche fue conducido a su nueva residencia en compañía de la reina, de sus dos hijos, de madama Isabel, de la princesa de Lamballe, de madama de Tourzel y de dos ayudas de cámara, M. de Chamilly y M. Hue, el primero para él y el segundo para el Delfín.

La primera persona que se presentó a la vista de la familia real fue Santerre: hallábase a algunos pasos de la portezuela cuando los augustos presos salieron del carruaje. En el momento hizo con la mano una señal a los concejales, que no comprendieron el rey ni los que le acompañaban, como tampoco la contestación.

La señal de Santerre quería decir «¿Debe ser conducido en seguida el rey a la torre?». Y la de los concejales: «No es tiempo aún».

Por lo tanto, la familia real fue introducida en aquella parte del edificio que recibía el nombre de palacio, y donde el conde de Artois se alojaba ordinariamente cuando venía a París. Los municipales se mantenían junto al rey con el sombrero puesto, sin darle otro título que el de *Monsieur*.

París rebosaba en alegría, como si no se creyese demasiado grande la pérdida de dos mil ciudadanos en cambio de semejante preso. Las casas de los alrededores del Temple estaban iluminadas.

El rey sabía que el Temple debía ser su alojamiento; pero ignoraba que tendría que habitar, no en el palacio, sino en la torre. Quiso que le mostrasen todos los cuartos, y los municipales condescendieron, guardándose bien de decirle cual era la verdadera habitación que se le había señalado.

Luis XVI, engañado de este modo, se estuvo entreteniendo en distribuir la que imaginaba su futura residencia. A las diez se sirvió la cena en el comedor del palacio; durante la cual, que en verdad duró poco, se mantuvo Manuel de pie al lado del rey. Concluida la cena, pasaron al salón.

Los municipales, al paso que alimentaban con su silencio el triste error del rey, previnieron a las personas de la servidumbre que la familia real no dormiría en el palacio. En efecto, cuando dieron las once ordenó uno de los comisionados a los dos

ayudas de cámara, MM. Hue y Chamilly, que tomasen la poca ropa blanca y los vestidos que tenían y le siguiese. Precedíales un municipal con una linterna: a favor de su dudosa claridad, quería M. Hue, que iba delante, descubrir el alojamiento definitivo destinado a la familia real; cuando vio que el comisionado se paraba al pie de un cuerpo de edificio, cuya forma no podía reconocerse ni su altura medirse por la oscuridad que reinaba en rededor. No obstante M. Hue logró percibir que la parte anterior del techo estaba coronada de almenas, sobre las cuales ardían lamparillas de distancia en distancia. El semblante y los ademanes del ayuda de cámara revelaron la lucha que se verificaba en su interior: un municipal le dijo entonces:



SANTERRE.

—Tu amo ha vivido hasta ahora bajo ricos artesonados: pues bien; sígueme, y verás como se aloja a los asesinos del pueblo.

Hablando así, le condujo a una escalera de caracol. A esta siguió otra más reducida, por la cual se subía al segundo piso; y entonces no cupo ya duda a M. Hue de que el alojamiento designado era una torre.

Entraron en una habitación cuyos únicos muebles consistían en una mala cama y tres o cuatro sillas: para dar paso a la luz del día contaba solo con una ventana.

—Aquí dormiré tu amo —dijo el municipal mostrando la cama.

Los dos sirvientes se miraron contristados. Después de arrojarles una colcha y un par de sábanas, los dejaron solos.

El lecho estaba en una alcoba sin cortinas. Un tejido de mimbres, notable por su antigüedad, era indicio de precauciones que se habían tomado contra las chinches, y cuya insuficiencia se reconocía con solo examinar de cerca las paredes. Los ayudas de cámara se pusieron a asear, con el esmero que les fue posible, el cuarto y la cama.

Hallábanse ocupados en tal faena a tiempo que entró el rey: este echó una ojeada alrededor sin manifestar sorpresa ni disgusto, y viendo entre los grabados que cubrían las paredes algunos obscenos, los quitó por sí mismo.

—No quiero —dijo—, que mi hija vea tales cosas.

En seguida se acostó, y durmió tan tranquilamente como si se hallase en las Tullerías: los dos ayudas de cámara pasaron la noche sentados junto al lecho del rey. La reina quedó instalada en el piso principal.

Cinco o seis días pasaron, alojándose los desgraciados presos como mejor pudieron, y con el consuelo de vivir juntos; cuando, en la noche del 18 al 19 de agosto, estando ya acostado el rey y tendidos ambos sirvientes en el colchón que constituía su común lecho, entraron dos comisionados de la municipalidad.

—¿Sois los criados de M. Capet? —preguntaron.

—Sí —respondieron los dos ayudas de cámara.

—Pues bien; levantaos y seguidnos.

Los ojos de aquellos infelices se encontraron: un municipal había dicho aquel día delante de ellos, que la guillotina estaba en sesión permanente, y que se ocupaba en desembarazar a la república de los servidores de Luis XVI.

Bajaron, persuadidos de que iban a morir; pero en la antecámara de la reina, que era donde dormía la princesa de Lamballe, bailaron a esta y a madama de Tourzel dispuestas para partir. Los brazos de ambas mujeres se enlazaban con los de la reina, el Delfín, madama Royale y madama Isabel: doloroso grupo, del cual salían sollozos, mezclados con esas palabras vagas que expresan la agonía inmensa de un último adiós.

Habíase dado la misma orden a todas las personas de la servidumbre, sin decirles la suerte que les aguardaba. Una vez en los carruajes, algunos concejales entraron también, y la comitiva echó a andar, escoltada por una compañía de gendarmes. Solo quedaron en el Temple el rey, la reina, sus dos hijos y madama Isabel.

De cinco presos que eran, cuatro pasaron en vela toda aquella noche; a saber: el rey, a quien acompañaban dos municipales, la reina, madama Isabel y madama

Royale. El Delfín, acostado en el lecho de su madre, era la única persona que dormía.

Como el pretexto que se había dado para arrancar del lado de la reina a las mujeres de su servidumbre y a la princesa de Lamballe, era que iban a ser interrogadas, María Antonieta las esperaba de minuto en minuto; pero a las siete de la mañana se supo que no volverían, y que estaban en la Fuerza. A las nueve, con grande asombro de los presos, entró M. Hue: el Concejo general, hallándole inocente, le enviaba de nuevo al Temple.

Aquel mismo día Tison y su mujer, los dos carceleros a quienes ha dado cierta celebridad la prisión de Luis XVI, llegaron, enviados por Petion, a la torre. Un nuevo orden de cosas se estableció, con este motivo, entre los individuos de la familia real.

La reina se quedó con el Delfín, y envió a madama Royale a otro aposento, donde debía su tía acompañarla. Separábalas una especie de gabinete, guardado por un municipal y un centinela.

Estaban disponiendo para el rey otro cuarto que debía alejarle de la reina. Luis XVI hizo llamar al arquitecto.

Era este el famoso patriota Palloy, que, después de haber demolido la Bastilla, comerciaba con sus piedras, vendiéndolas cortadas de distintos modos. El rey le manifestó su deseo de permanecer en el sitio que ocupaba; pero, como Palloy no era hombre que se cuidaba de los deseos de un rey, contestó que no recibía órdenes sino del Ayuntamiento, y que obedecería ciegamente lo que este le mandase.

Diremos en que empleaban el día. La reina daba por la mañana lecciones de historia al Delfín, procurando además que aprendiese de memoria algunos versos de los mejores poetas; en seguida subían todos a la habitación de Luis XVI, donde almorzaban; terminado el almuerzo, extendía el rey un mapa sobre la mesa para enseñar la geografía al príncipe; bajaban luego al jardín, pues el Delfín necesitaba pasear; de vuelta del paseo se procedía a la lección de aritmética, y después se comía. Acostábanse temprano, por lo menos los niños, pues la reina y madama Isabel velaban a menudo, ya juntas, ya separadamente, entregándose a alguna santa lectura.

El rey acompañaba los primeros días a su hijo en los paseos por el jardín del Temple; pero tuvo que renunciar a esta distracción, a causa de los insultos de sus carceleros. El día de San Luis entonaron el *ça ira!* al pie de sus ventanas.

La mañana de aquel mismo día supo Luis XVI que M. Lafayette había tenido que dejar la Francia. Más adelante veremos como y porque puso el rey en duda la noticia, hasta que se la confirmó Manuel por la noche, trayendo a madama Isabel una carta de sus hermanas, con la fecha de Roma, que fue cabalmente la última que la familia real recibió del extranjero.

Además de no recibir ya Luis XVI el título de rey, además de no dirigírsele la palabra, llamándole Señor ni Majestad, los municipales hacían gala de humillarle, sentándose en su presencia y conservando puestos los sombreros. El preso recibía todos estos ultrajes con una resignación que rayaba en inercia. Un solo día, diremos más bien, una sola noche se sintió profundamente conmovido.

Era el 24 de agosto, entre las doce y la una. De repente muchos municipales entraron, sin anunciarse, en el cuarto del rey, y se acercaron a su lecho: el ayuda de cámara se precipitó hacia ellos:

—¿Qué queréis? —les preguntó.

—En virtud de un decreto del Ayuntamiento —dijo uno de los municipales—, venimos a registrar esta habitación, para llevarnos las armas que pueda haber en ella.

—No tengo armas —dijo el rey.

Los municipales emprendieron su escrutinio, y en efecto, nada hallaron.

—Basta con esto —repusieron; sin embargo, al entrar en el Temple traía el preso una espada—: entregádnosla.

Volvióse el rey al ayuda de cámara y le mandó que la trajese.

A la mañana siguiente Luis XVI, por lo general silencioso, manifestó cuán sensible le había sido aquel insulto, como que hasta entonces ninguno le había afectado más hondamente. En el acto hizo que se escribiese a Petion, participándole lo sucedido la anterior noche y exigiéndole que se determinase como deberían serle transmitidos los decretos de la Municipalidad. Petion no respondió.

El desarme del rey inspiró vivos temores a la familia real, ocurriéndoseles la idea de un asesinato nocturno: aquellos se aumentaron con la venida de un nuevo concejal, hombre alto, sombrío y moreno, que entró por la noche en el cuarto del monarca y le dijo, haciendo girar una especie de maza en su mano:

—Vengo a registrarlo todo: no se sabe lo que podrá suceder. Soy municipal y quiero asegurarme de que *monsieur* no cuenta con medios de evadirse.

Al decir *monsieur*, dirigía la punta de su bastón al rey, que acababa de acostarse.

El ayuda de cámara se acercó.

—Caballero —le dijo—, vuestros colegas han verificado ya ese registro anoche, y el rey se dignó permitirlo.

—¡Ya se ve! —respondió el municipal—, no tuvo otro remedio; porque, en caso de resistencia ¿quién hubiera sido el más fuerte?

—Caballero —repuso el ayuda de cámara—, obrando vos así no extrañareis que no me acueste y que permanezca junto al rey.

—Como queráis —contestó el municipal, empezando la visita.

—Acostaos, Hue —dijo el rey—: estáis fatigado.

El ayuda de cámara iba a replicar:

—Os lo mando, añadió el monarca.

Hue hizo ademán de obedecer: salió; pero dejando la puerta a medio cerrar, se tendió vestido sobre el colchón, pronto a acudir en socorro del rey, si era necesario.

Sus temores fueron inútiles: el municipal, que tan viva alarma había ocasionado al fiel sirviente, se sentó en un sillón y durmió en él a pierna suelta hasta el amanecer.

Por la mañana dijo el rey a Hue, sonriéndose:

—Terrible susto os ha causado ese hombre. He padecido al ver vuestra inquietud, sin que por eso me creyese seguro; más en la situación a que he llegado, estoy

dispuesto a todo.

El 26 de agosto, Clery, ayuda de cámara del Delfín desde su infancia, pidió y obtuvo permiso de ser encerrado en el Temple con la familia real. Se le registró, se le amonestó, diciéndole como debía conducirse, y a las ocho de la noche fue introducido en la torre. Su emoción no le dejaba pronunciar una palabra.

—¡Ah! con que sois vos —dijo la reina—: ¡Qué placer siento al veros! Serviréis a mi hijo y os pondréis de acuerdo con M. Hue en lo que nos concierne.

Clery tartamudeó unas cuantas palabras ininteligibles: respuesta del corazón, que el corazón a que se dirigía comprendió perfectamente.

La reina y las princesas, privadas de las damas de su servidumbre hacía ocho días, preguntaron a Clery, mientras cenaban, si podría peinarlas.

—¡Ah, señoras! —contestó—, haré cuanto esté en mi mano para que quedéis complacidas.

El municipal que estaba de guardia prorrumpió en una especie de rugido. Clery volvió la cabeza.

—Esto significa —dijo el municipal, conociendo que le pedían la expiración de su amenaza—, que debéis ser más circunspecto en vuestras respuestas.

Al mismo tiempo que Clery, llegó al Temple un hombre a quien el rey reconoció, por haberle visto en dos circunstancias bien marcadas; a saber, el 20 de junio y el 10 de agosto: era el zapador Rocher.

Este hombre, desde su llegada, se encargó de insultar al rey y a las princesas, ora cantando la *Carmañola* al pie de la ventana de la reina, ora echándole a Luis XVI en la cara una bocanada de humo de tabaco, a que tenía tanta repugnancia, cuando pasaba junto a él. Era preciso entrar en su cuarto para dirigirse al comedor, y Rocher se acostaba de intento, diciendo o haciendo alguna obscenidad, mientras que, a manera de tres sombras, huían ante él la reina y las dos princesas.

Un obrero mostró al rey cierto día una herramienta.

—Mira, Veto —le dijo—; es a propósito para derribar la cabeza de tu mujer.

El rey se quejó a Petion, el cual hizo arrestar a aquel hombre.

El 2 de setiembre se redoblaron las precauciones y se encrudecieron las injurias. Madama Isabel creyó haber adivinado la causa: en una ventana de en frente estaba colgado un gran cartón, donde se leía: *Toma de Verdun*.

Lo había visto por la mañana, al través de los cristales. No bien acababa de comunicar la noticia a los demás presos, cuando entró un municipal furioso: llamábase Mathieu, excapuchino. Lo primero que hizo fue prender a M. Hue, declarándole que su servicio al lado del rey había terminado: en seguida dirigió la palabra al monarca, gritándole:

—Sí, sí; bien sé que ignoráis, o que aparentáis ignorar lo que está pasando. Os lo diré. La patria se halla en el mayor peligro; el rey de Prusia marcha sobre Châlons: vos responderéis de los resultados. Seguros estamos de que nosotros, nuestras mujeres y nuestros hijos perecerán; pero el pueblo satisfará su venganza, y, os lo juro,

moriréis antes que nosotros.

Creyendo el Delfín, al oír esta arenga, que veía muerto ya a su padre, rompió a llorar y huyó a la otra alcoba, seguido de su hermana, quien logró a duras penas consolarle. El rey conservó toda su tranquilidad.

—He hecho cuanto he podido en favor del pueblo —dijo—, y nada tengo de que acusarme.

Aquella noche se cerró y selló el pequeño gabinete que ocupaba M. Hue, y este fue llevado a las cárceles del Ayuntamiento. Veinte días había permanecido en el Temple.

En todo el 2 de setiembre no cesó el tumulto que atronaba las calles de París. Ni la reina ni las princesas pudieron conciliar el sueño. Se estuvo tocando generala toda la noche: los presos ignoraban el motivo.

A la mañana siguiente vino Manuel a ver al rey, y le dijo que no se inquietase por la suerte de madama Lamballe, pues así ella, como las demás personas que habían sido llevadas del Temple, estaban en la Fuerza, sin novedad particular.

A eso de las tres se oyeron horrorosos gritos. El rey acababa de comer y se ocupaba en jugar al chaquete con la reina, menos por distracción que para tener el recurso de dirigirse mutuamente algunas palabras, sin ser oídos: de improviso el municipal que estaba de guardia cerró la puerta y corrió las cortinas de la ventana. Era un tal Danjou, que había estudiado para clérigo, y a quien llamaban, por su corpulencia, el abate de seis pies.

En el mismo momento, mientras que los esposos se esforzaban en adivinar lo que significaba aquella escena, llamaron a la puerta y fue preciso abrir. Eran oficiales de la guardia y concejales.

Los oficiales querían que el rey se asomase; pero los concejales se opusieron a ello.

—¿Qué sucede? —preguntó Luis XVI admirado.

Nadie respondió. El rey repitió la pregunta.

—¿Queréis que os lo diga? —gritó uno de los oficiales.

—Sin duda alguna —repuso el rey—: hablad, caballero.

CAPÍTULO XXXVI

SUMARIO.—Ojeada retrospectiva.—El ayuntamiento dirige los negocios públicos.—Danton ministro de Justicia.—Marat y Robespierre.—Retratos.—Paralelos.—¡Doscientos setenta y tres mil!—El pueblo quiere manejarse por sí mismo.—La Vendée y Joan Chouan.—La frontera y las potencias europeas.—Emigración de Lafayette.—Las cadenas de Olmutz.—Marcha del enemigo.—Decreto contra Longwy.—Danton llama al pueblo a las armas.—Amenaza profética.—Conspiración denunciada.—Oración en favor del rey.—Táctica del ejército de Dumouriez.—Planes de campaña.—Reflexiones.

Veamos lo que había pasado en París y en las fronteras durante los diez y nueve días que nos hemos encerrado en el Temple con el rey y la familia real.

El Ayuntamiento estaba ya organizado: habiéndose apoderado del timón en medio de la tempestad, era su firme propósito no devolverlo a la Asamblea, aunque, para conservarlo, tuviese que perpetuar la tormenta.

Be grado o por fuerza, Danton había sido el hombre del 10 de agosto; la aurora del día 11 alumbró el principio de su fortuna política: ruando despertó era ministro de Justicia.

En el mismo instante todo aquel inmenso grupo, a que servía de eje, se estrechó a su alrededor. Hasta Marat y Robespierre salieron a la luz pública, pues ambos acostumbraban ocultarse durante la pelea; Robespierre, porque aguardaba mejor ocasión; Marat, para ponerse en salvamento.

El 11, a horas de medio día, se dirigió Robespierre al Ayuntamiento, y encontró allí a sus adictos, Panis, Sergent y Huguenin.

Marat no buscaba compañía. Salió de su subterráneo, se dirigió al pueblo, este le reconoció, y mientras se pronunciaba apenas el nombre de Westermann, que era el verdadero vencedor, Marat fue coronado de laureles, se subió sobre un trascantón, y allí, empuñando un gran sable, arengó a los confederados y consiguió que le nombrasen comisionado de su sección.

En seguida llegó Tallien, charlatán, orador de encrucijadas, a quien reservaba la Providencia, en sus inescrutables juicios, uno de esos actos que inmortalizan la memoria de un hombre.

Después les tocó el turno a Chaumette y Hebert: el primero estudiante de medicina, el segundo poeta de pacotilla; dos garduñas de aguzado hocico, que iban de bracero, olfateando de antemano la sangre que debían hacer correr.

Mencionaremos también a Leonardo Bourdon, especie de Licurgo de arrabal, que en 1793 trató de fundar una pensión con las instituciones griegas del tiempo de Alejandro; a Collot-d'Herbois, actor silbado, cuya costumbre era no aprender sino la mitad de sus papeles, pues el público no se los dejaba concluir; a Billaud-Varennes, que no tenía, lo mismo que Drouet, más méritos que haber preso al rey; a Camilo Desmoulins, Fabre d'Eglantine, Osselin, Fréron, Deforge, Lenfant, Chénier,

Legendre, todos los jefes de los Jacobinos, todos los jefes de los Franciscanos, en fin todos los individuos de la futura Convención, mezcla de tigres, leones y lobos, que asombrados de verse juntos en la misma jaula, se desgarraron los unos a los otros, y casi hicieron harapos el país en el hervor de su furia.

La Guardia Nacional, habiendo perdido su popularidad desde la tarde del 10 de agosto por la fidelidad que conservaron hacia el rey los granaderos de las monjas de Santo Tomás y de la Butte-des-Moulins, abdicó. La pica había sucedido a la bayoneta y la blusa al uniforme; en lugar del elegante y perfumado Lafayette, caracoleando en su famoso caballo blanco y seguido de sus lujosos ayudantes, se paseaba el gigantesco Santerre en su pesado caballo flamenco, acompañado de dos o tres de sus cerbeceros, que procuraban imitar su aplomo, y creían mucho más militares sus charreteras aplastadas, sus vestidos raídos y sus grandes botas, que los rozagantes uniformes de todos los pisaverdes de la ex Corte del rey de Francia. El pueblo opinaba como ellos, y amaba además a Santerre, pues este lo dejaba divertirse sin turbar su tranquilidad, sin acudir al punto donde se estaba asesinando; o si acudía, no reprendía a los degolladores sino con la consideración debida al vencedor.

Danton se encargó de poner coto a la mortandad. Quizá, sabía de antemano que reservaba a los degolladores una cosa mejor que aquella de que los privaba; pero, sea de esto lo que quiera, la verdad es que fue quien primero se atrevió a hablar, sino de clemencia, a lo menos de justicia.

Se presentó a la Asamblea; y en frente de aquel mismo rey que tal vez había creído poder comprarle, como lo creyó respecto de Petion, dijo:

—Legisladores, la nación francesa, cansada del despotismo, hizo una revolución; pero demasiado generosa (y al hablar así fijó los ojos en Luis XVI) transigió con los tiranos. Convencida por la experiencia de que nada puede esperar de sus antiguos opresores, va a entrar en la plenitud de sus derechos; pero la venganza debe cesar donde principia la justicia. Ante la Asamblea Nacional me comprometo a proteger a los hombres que ocupan su recinto: marcharé a su cabeza y respondo de que irán seguros.

Amenazador con el rey, se mostró compasivo respecto de la reina: aquel oyó con aire indiferente su amenaza, esta acogió con desprecio su compasión.

El pueblo aplaudió el discurso de Danton; y mucho más la Asamblea, pues no se creía muy segura. Los suizos fueron perdonados... hasta el 2 de setiembre.

Sin embargo, el Ayuntamiento no estaba satisfecho. En su seno tenía al hombre a quien se consideraba al mismo tiempo como mártir y profeta; al hombre que hacía tres años estaba repitiendo sin cesar, con la monotonía de una campana tocando a rebato: *¡Cabezas! ¡Cabezas! ¡Cabezas!* Solo que había variado en el número según las circunstancias: su punto de partida fueron 10,000; ahora pedía 50,000; más adelante pidió 273,000. Cifra singular, que denotaba, o un loco rematado o un profundo aritmético.

Robespierre no estaba por las matanzas: quería sí un proceso rápido, pero con

formas jurídicas; bien pesado todo, tal vez este medio era el más seguro. Chabot apoyó a Robespierre, y se decretó la formación de un tribunal.

El pueblo estaba de prisa. Observando que el tribunal, constituido el 14, no funcionaba todavía el 16, envió tres diputaciones, una después de otra, al local donde se reunían los jueces.

—¡Si nada decidís —dijo la tercera—, temblad por vosotros! Aquí aguardaremos vuestra resolución.

El 17 llegaron nuevos comisionados.

—Si el pueblo no queda vengado esta noche —dijeron—, a las doce se tocará a rebato. Se necesita un tribunal criminal en las Tullerías y un juez para cada sección. Luis XVI y María Antonieta querían sangre; pues bien, que vean correr la de sus satélites.

Nadie chistaba. Choudieu y Thouriot fueron los únicos que se levantaron: el primero pertenecía a los Jacobinos y el segundo a los Franciscanos.

—Esos que gritan en este recinto —dijo Choudieu—, no son amigos, sino aduladores del pueblo. Lo que se quiere es una inquisición, y antes que llegar a tal extremo estoy resuelto a morir.

—Tened en cuenta, vosotros los que pedís sangre y nada más que sangre —dijo Thouriot—, que la Revolución no se limita a la Francia: somos responsables de ella ante la humanidad.

En seguida llegaron los diputados de las secciones, cuyo encargo era formar el jurado.

—Si antes de dos o tres horas —dijeron—, no se ha nombrado el director del jurado; si este no está pronto en disposición de obrar, terribles desgracias presenciará París.

La Asamblea, desarmada por sus anteriores flaquezas, acordó el establecimiento de un tribunal extraordinario, con la sola precaución de que la elección fuese indirecta. Cada sección del pueblo debía nombrar un elector, y estos los jueces. Como se deja ver, el pueblo quería arreglar ya por sí mismo sus negocios.

Quizá había, como sucede siempre, alguno detrás de bastidores, que le apuntaba lo que tenía que hacer; pero en el gran teatro del mundo, para que el apuntador ponga en movimiento a los actores, es preciso que abriguen estos en su pecho esa chispa eléctrica que lo conmueve todo: la pasión.

Al mismo tiempo que el horizonte aparecía sangriento en París, al Este y al Oeste sus colores se presentaban más sombríos.

Al Oeste la Vendée se negó a contribuir con su parte, tanto de hombres como de dinero, y se sublevó a la voz de sus nobles y de sus sacerdotes: ya principiaban a oírse los terribles graznidos del búho, el grito de guerra de Juan Chouan.

Al Este las plazas de Thionville, Sarrelouis y Longwy, atacadas por los prusianos, disparaban, no el cañón de guerra, sino el cañón de socorro.

Los prusianos salieron de Coblenza el 30 de julio, seguidos de noventa

escuadrones de caballería, compuestos todos de emigrados; se reunieron el 18 de agosto con el general Clairfaict y atacaron a Longwy el 20.

Las noticias de lo interior no eran menos graves.

Lafayette había levantado el estandarte del constitucionalismo, que ya no podía considerarse más que como un paño mortuario, y excitaba a sus soldados para que cooperasen con él al restablecimiento del monarca, esto es, a formar causa común con los prusianos; pero el ejército no le dio oído. Lafayette tenía fijos los ojos en Coblenza y no vio crecer la marea revolucionaria. De repente oyó su sordo rumor, y luego la sintió casi encima: apenas los pies del famoso caballo blanco lograron salvarle. Le aguardaban las cadenas de Olmutz, eterno testimonio de la rectitud de sus intenciones y de la honradez de su corazón.

Lafayette emigró el 18, justamente a tiempo que los prusianos se reunían con el general Clairfaict. La Asamblea decretó su acusación. Se confió a Dumouriez el mando del ejército del Este, y Kellermann sustituyó a Luckner.

El mismo día 18 se organizó el tribunal revolucionario.

Sigamos los pasos de la contrarrevolución que se ve venir y de la revolución que, a medida que aquella adelanta, se irgue más furiosa, más amenazadora, más tremenda.

El 20 atacó Clairfaict a Longwy.

El 21 por la noche fue ajusticiado un realista, a la luz de las antorchas, en la plaza del Carrousel.

Aquel día hubo dos cadáveres en el patíbulo: el verdugo cayó muerto al mostrar al pueblo la cabeza de la víctima.

El 22 estalló la insurrección de la Vendée, y el propio día la plaza del Carrousel presencié otro suplicio.

El 23, después de veinte y cuatro horas de bombardeo, se rindió Longwy; el 24 fue ajusticiado Laporte, inocente víctima, cuya disculpa, injustamente desechada por los jueces, consistía en estas dos palabras: *He obedecido*.

El 25 se supo que la ciudad de Longwy había sido ocupada en nombre *de S. M. el rey de Francia*; y sin dejar pasar hora, el pueblo cantó el *ça ira* al pie de las ventanas del Temple, amenazó con la muerte a Luis XVI y le quitó a Hue, su ayuda de cámara.

El viernes por la noche se promulgó el siguiente decreto:

ART. I. En el momento que la ciudad de Longwy vuelva al poder de la nación francesa, todas sus casas, a excepción de los edificios nacionales, serán arrasadas.

ART. II. Los cuerpos administrativos comparecerán ante el tribunal correccional del departamento, como reos de traición. La sentencia será inapelable. Los habitantes de Longwy quedan declarados infames por la Asamblea y privados de los derechos de ciudadanía durante diez años.

ART. III. Todo el que mande una plaza sitiada está autorizado para hacer demoler las casas de los que hablaben de rendición, como medio de evitar el bombardeo.

El 26 se expidió la ley revolucionaria expulsando del territorio francés a los clérigos no juramentados: el mismo día tuvo efecto la toma de Verdun; el 27 se celebró la

fiesta del 10 de agosto; el 28 se decretaron las visitas domiciliarias; el 29 pronunció Danton un discurso.

«Se necesita, dijo, una convulsión nacional para hacer que retrocedan los déspotas. Hasta ahora la guerra ha sido simulada: *dejemos tan miserable juego; que el pueblo corra en masa contra los enemigos, para exterminarlos de un solo golpe. Entre tanto, redúzcase a prisión a todos los conspiradores, colocándolos así en la imposibilidad de dañarnos*».

¿No siente el lector aproximarse el 2 de setiembre?

El terror era profundo. Longwy y Verdun estaban en poder del enemigo... ¿quién había de contener a los prusianos, cuando las plazas fuertes abrían sus puertas ante ellos? Cinco marchas forzadas les bastaban para llegar a París.

¿Y qué iban a hacer a París? Una carta que se había encontrado en los archivos de las Tullerías lo decía.

«Los tribunales siguen al ejército; los individuos del parlamento emigrados instruyen por el camino el proceso de la Revolución y disponen las horcas para los Jacobinos».

Entre tanto, como por vía de pasatiempo, los Hulanos, según decía el Boletín oficial de la guerra, se llevaban a los corregidores patriotas, y después de cortar las orejas a los concejales se las clavaban en la frente.

Los concejales de París apreciaban mucho sus orejas. El Ayuntamiento, cuyos diversos elementos se personificaban en tres hombres reunidos entonces por la necesidad, Danton, Marat y Robespierre, añadamos, todo París, el verdadero París, el París popular, el París del 10 de agosto estaba comprometido y corría peligro.

Además ¿no había amenazado Bouillé a la capital, en su carta del 10 de junio de 1791, con no dejar piedra sobre piedra? ¿Llegaría el caso de considerar esta carta, que tanto había dado que reír, no como una amenaza inútil, sino como una profecía sangrienta?

Inmediatamente después de la fuga de Lafayette se supo su prisión, su encarcelamiento: ¡Lafayette, el hombre de la reacción, del Campo de Marte, de la Constitución, el defensor del rey, encerrado en un calabozo!! ¿Qué suplicios aguardaban, pues, a los hombres de la Bastilla, del 5 y 6 de octubre, del 20 de junio y 10 de agosto? ¿Cuál iba a ser la suerte de cien mil ciudadanos, quizá de doscientos mil, que habían tomado parte en aquellas jornadas, no solo absueltas, sino hasta miradas como nacionales por la Francia?

La respuesta a esta pregunta se encuentra en el periódico de Prud'homme. ¡El lector creería oír el primer toque de la alarma que hizo vibrar los corazones el 2 de setiembre!

Somos meros copistas.

Uno de esos miserables, condenados a diez años de cadena, y que estuvo atado el sábado, 1.º de setiembre, al poste infamatorio, fue bastante audaz para insultar al pueblo francés, gritando: ¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva M. de Lafayette! ¡Abajo la nación!

El síndico del Ayuntamiento le oyó e hizo que le condujesen al tribunal, desde donde marchó a la guillotina. Véase la horrible conspiración que reveló antes de ser ajusticiado, queriendo vengar su muerte por medio de amenazas harto fundadas, y que se comprobaron con varias declaraciones de testigos, recibidas en las secciones.

A eso de las doce de la siguiente noche, dada cierta señal, todas las cárceles de París se abrirían a un mismo tiempo y los presos saldrían provistos de fusiles y otras armas que los aristócratas habían podido ocultar, por haberse publicado el decreto de las visitas domiciliarias con demasiada anticipación. En los calabozos de la Fuerza había preparadas municiones al efecto.

El castillo de Bicêtre, tan fatal para la libertad como las Tullerías, abriría sus puertas a la misma hora a los presos más decididos. Los sacerdotes serían puestos en libertad; y estas hordas de aristócratas, al mando de oficiales enviados a la Abadía, empezaría apoderándose de los puntos principales y de los cañones, degollando a los centinelas y las patrullas, y prendiendo fuego en cinco o seis barrios para distraer a la gente y sacar del Temple a Luis XVI y su familia. En el acto la Lamballe y la Tourzel hubieran sido devueltas a su excelente ama. Un ejército realista protegería la evasión del príncipe y su reunión, en Verdun o en Longwy, con Brunswick, Federico y Francisco. Los magistrados y legisladores más patriotas hubieran sido asesinados, estando en lo posible, y esto sin pérdida de tiempo, sin aguardar a que el pueblo despertase.

En los bolsillos, sobre el pecho, en los breviarios de los sacerdotes a quienes se prendía, se encontró la siguiente oración:

Oración a la Santísima Virgen, que diariamente deberán rezar por el rey las personas piadosas.

Divina madre de mi Salvador, que en el templo de Jerusalem habéis ofrecido a Dios su hijo Jesucristo, que lo es también vuestro; yo os ofrezco a nuestro muy amado Luis XVI, heredero de Clodoveo, de Clotilde, de Carlomagno y descendiente de la piadosa Blanca de Castilla, de San Luis, de Luis XIII, de la virtuosa María de Polonia y del religioso príncipe Luis.

Considerad, *purísima Madre, clementísima Virgen*, que este buen príncipe no se ha manchado nunca con el vicio que más detestáis; que ama la rectitud, la probidad, y que la bondad de su alma se ha resistido a verter la sangre de un solo hombre para resguardar su vida.

¡Oh María! ¿Si vos le protegéis, quién se alzaría en contra suya? Reinad como soberana en su corazón y en sus acciones; conservad sus días; hacedle feliz y sobre todo santificad sus sacrificios: que merezca por vuestra intercesión una corona más sólida y brillante que todas las coronas de la tierra.

Yo uno mis ruegos a los que os dirigen en este mismo día cuantos franceses temen al Señor, confían en vos y aman al rey. Mis débiles merecimientos, mis obras piadosas se reúnen a las tuyas para violentar santamente vuestro corazón. Madre de Dios, vos que veis la rectitud de mi alma y la pureza de mis votos, *interceded con Jesús* por el hijo de San Luis y por su pueblo. *¿Qué os ha negado él jamás?*

En tan terrible situación, lo que dio fuerza a la Francia fue, que no eran únicamente los hombres los que iban a perecer, sino además el *pensamiento*.

Este pensamiento era el de la revolución, el de la libertad, no circunscrita a su territorio, sino extendiéndose por todo el mundo. Lo llevaba en su seno hacía ocho siglos, y la sublime madre corría riesgo de abortar en el instante mismo del alumbramiento. El hierro extranjero extraería de sus entrañas los pedazos de la predestinada criatura. Véanse a continuación las promesas engañosas con que se mecía a la matrona:



THEROIGNE DE MÉRICOURT.

El enemigo se aproxima, es cierto; cien mil hombres no merecen despreciarse; pero los medios adoptados para que no sigan adelante son sencillos. El ejército de Lafayette, hoy de Dumouriez, estaba colocado hacia la parte de Sedan: Dumouriez, cuando llegó a Maulde, apenas encontró disponibles diez mil hombres; el resto se hallaba disperso, y Clairfaict podía neutralizar fácilmente esta porción de nuestras fuerzas. Mas Dumouriez previno la idea del austriaco con una maniobra digna de Turena; en 24 horas logró reunir toda su gente, apoderarse de la Argona y el Clermontés, y cerrar el paso a Brunswick: aquellas gargantas serán para el enemigo otras Termópilas y nuestros soldados valen tanto como los de Esparta.

Dumouriez tiene el más completo parque de artillería que hay en Europa. A los prusianos no les queda más recurso que el de precipitarse sobre Santa Menehould o sobre San Dizier; pero Kellermann acaba de colocarse entre San Dizier y Châlons. Biron está en Estrasburgo. Es seguro que el enemigo no penetrará más adentro.

Nuestro nuevo ejército marcha aceleradamente hacia Châlons y Reims, mandado por Labourdonnaye. Sesenta mil hombres dejan a París, entre ellos los confederados del 1.º de agosto, los valientes marseleses; dentro de ocho días el ejército de Châlons contará doscientos mil hombres, y entre la capital y el ejército habrá más de cien mil: con esto ¿quién será el cobarde que tema ver a París en poder de los austriacos?

Sin embargo, esta seguridad, lejos de hacernos aflojar en nuestra marcha, debe promover más su rapidez. Corramos a Châlons, en gran número y armados; que el espacio que separa a París de Châlons no sea sino un solo campo de batalla. En lugar de ver invernarse a los austriacos en nuestro territorio, iremos a invernar en el suyo. Esta es la conducta que tienen que observar y observarán sin duda los generales, desde que el ejército de Soissons esté bien organizado. Labourdonnaye estrechará la columna de Brunswick; Kellermann y Biron atacarán por el flanco el ejército del rey de Prusia; Dumouriez ejecutará otro tanto con el de Clairfaict; y, o evacuarán los tres la Francia o aceptarán la batalla: en este último caso, ocuparemos las alturas; y como no hay tropas que iguallen en valor a las nuestras y somos cuatro veces mayores en número, irremisiblemente venceremos. Si el enemigo se decide a retirarse, a huir, como cobarde, le picaremos las espaldas hasta que las nieves nos obliguen a acuartelarnos. Mientras dure el invierno haremos fabricar fusiles y picas; nuestras fundiciones, cuyo número doblaremos si es preciso, nos darán seis mil piezas de artillería; equiparemos nuestras escuadras, armaremos nuestra marina, poniéndola en el mismo pie que nuestras tropas terrestres, y en

una sola campaña derribaremos de sus tronos a todos los reyes de Europa y daremos la libertad a todos los pueblos del mundo.

Así hablaban los visionarios; pero Danton, que no era hombre de ilusiones, sino de realidades, al mismo tiempo de confesar el mérito del genio militar que se dio a conocer en Valmy, quería algo de positivo, algo que correspondiese a la acusación contra los nobles y contra los conspiradores, así libres como encarcelados, algo, en fin, que satisficiera, que saciara al pueblo.

Pensando en ello, organizó el 2 de setiembre.

Lejos de nosotros la idea de absolver de toda culpa aquellos sangrientos días; pero no somos ahora el fiscal que acusa, sino el presidente que resume. En los más terribles, inauditos e inhumanos crímenes se admite la embriaguez, no diré como una excusa, mas sí a lo menos como una circunstancia atenuante. Pues bien; París estaba ebrio, ebrio de cólera, de terror, de venganza; cien mil bocas repetían al mismo tiempo las tremendas palabras de Hamlet: *Ser o no ser*.

París, la Francia, la libertad se salvaron. Costó mucha sangre, es cierto; pero nosotros cogemos hoy día el fruto del árbol, cuyas raíces fueron regadas con ella.

CAPÍTULO XXXVII

SUMARIO.—De modos de considerar a Danton.—El cañón de alarma.—Vergniaud.—Visitas domiciliarias.—Se toca generala.—El pobre en la habitación del rico.—Guerra entre la asamblea y el ayuntamiento.—Los nombres fijados en la puerta de la prisión.—La asamblea depone al ayuntamiento.—División entre los poderes.—Marat, individuo del ayuntamiento.—El ladrón en la picota.—El bastón de plata y el reloj de oro.—Iniciativas sangrientas de Robespierre.—Valor de Manuel.—Su humanidad salva a Beaumarchais.—Danton disimula.—Posición y papel que representan los grandes actores del drama de setiembre.—Los asesinatos próximos a generalizarse en todo París.

A Danton se le conoce principalmente como hombre de acción: mostrémosle algún tanto como hombre de astucia.

Lo hemos dicho antes; dos poderes estaban colocados el uno en frente del otro; la Asamblea y el Ayuntamiento: aquella débil ya y tocando a su ocaso; este lleno de vida y subiendo a su apogeo: la primera debía morir el 21 de setiembre; el segundo había nacido el 10 de agosto.

El 2 de setiembre por la mañana estaba reunido el Ayuntamiento, bajo la presidencia de Huguenin. Aún no se había rendido Verdun, como prematuramente se dijo a los presos del Temple; pero aquel mismo día abría ya sus puertas. Manuel anunció el peligro que se corría, y propuso hacer formar en el Campo de Marte a los ciudadanos alistados, para que pudiesen marchar en seguida.

Se decretó además que el cañón de alarma se dispararía desde las diez de la mañana y que se tocaría a rebato. Todo estaba calculado para inspirar terror y sacar de él partido.

Dos concejales se dirigieron a la Asamblea y le participaron la *decisión* del Ayuntamiento. Vergniaud se encargó de contestar en un magnífico discurso a la parte ostensible de la comunicación:

—Me siento feliz y orgulloso al ver la energía que despliega hoy París: la capital ha correspondido a lo que de ella se esperaba. Menos palabras y más acción, señores. ¿Por qué las trincheras del campamento que se extiende a la sombra de los baluartes de esta ciudad, no están más avanzadas? ¿Dónde se han ido las palas, azadones y demás instrumentos con que se alzó el altar de la Confederación y se niveló el Campo de Marte? Grande ardor habéis manifestado por las fiestas; ¡probad que os abrasa el mismo por los combates: después de cantar, de celebrar la libertad, es preciso defenderla! No son reyes de bronce los que tenemos que derribar, sino reyes que se adelantan cercados de poderosos ejércitos. Pido que el *Ayuntamiento se ponga de acuerdo con el poder ejecutivo acerca de las medidas que piensa adoptar*: pido también que la Asamblea Nacional, a la cual debe considerarse en este momento, antes como una gran comisión militar que como un cuerpo Legislativo, envíe diariamente al campamento doce comisionados, no para exhortar a los trabajadores

con inútiles discursos, sino para manejar el azadón, El tiempo de perorar ha pasado: cavemos la fosa de nuestros enemigos en esos sitios por donde ellos no dan un paso sin ahondar la nuestra.

Como se ve, Vergniaud recelaba que el Ayuntamiento disponía algún acontecimiento tenebroso y quería disipar, las tinieblas. Había vagos presentimientos del degüello que iba a verificarse. Anunciábanla los siguientes presagios.

El 28 de agosto por la noche se presentó Danton a la Asamblea y pidió, como ministro de Justicia, que se permitiesen las visitas domiciliarias. Convenía hacer desaparecer las guaridas realistas, para evitar que saliesen repentinamente los caballeros del puñal y los nobles disfrazados con uniformes suizos, como en el 10 de agosto. Se accedió a la petición. De consiguiente, el 29 por la tarde, de acuerdo con el decreto de la víspera, se tocó generala en las calles de París y se invitó a los vecinos a entrar en sus casas, fijándose para ello las diez. Eran las cuatro.

Inmediatamente quedó desierta la ciudad, como si hubiera pasado un huracán y barrido a los que se paseaban. Podía compararse a Pompeya o a Herculano; mas, en cambio de esta soledad, de este silencio en lo exterior ¡qué confusión, qué ruido dentro de las habitaciones!

Se sabía lo que iba a suceder, aunque solo a medias. En tiempos semejantes, la parte más terrible de los proyectos que se elaboran permanece envuelta en nubes. Se había hablado de asesinatos: ¿deberían verificarse en las casas? ¡Nadie esperaba salvarse, si era así, porque las barreras estaban custodiadas y también el río!

Esta angustia mortal duró siete horas: las visitas principiaron a la una de la madrugada.

Fuertes patrullas cerraban las bocacalles: cadenas animadas, que hacían las veces de las cadenas de hierro de la edad media.

Los comisionados de las secciones visitaban las casas, una después de otra: llamaban en nombre de la ley y se les abría al momento.^[5] Dos mil fusiles fueron cogidos y se prendió a tres mil personas, de las cuales la mitad, poco más o menos, fue puesta en libertad a la mañana siguiente.

El resultado más terrible de las visitas domiciliarias fue mostrar a los pobres las habitaciones de los ricos: tanta magnificencia, tanto brillo, que pasó a manera de un sueño ante sus ojos, avivó la llama del odio y la envidia que ardía ya en sus corazones. Tal vez hasta entonces el pobre solo aborreciese al poderoso por ser aristócrata; desde aquel momento le aborreció por ser rico.

Otro resultado no menos importante fue que con las visitas comenzó la guerra abierta entre la Asamblea y el Ayuntamiento.

Hemos visto a este dejar atrás a aquella e irla sucesivamente despojando de todos los poderes.

El cuerpo Municipal suspendió al Directorio de departamento. La Asamblea sintió el golpe que se le asestaba, e inmediatamente expidió un decreto autorizando a las secciones para que nombrasen nuevos administradores. En seguida, queriendo

continuar como centro de la policía del reino, decretó que la de seguridad, perteneciente a las municipalidades, no obraría sino con autorización de los administradores del Departamento, *los cuales, para autorizar, necesitarían el consentimiento de una comisión de la Asamblea.* De este modo el cuerpo Legislativo tenía en sus manos, sino la iniciativa, A lo menos la represión.

La Asamblea, débil y moribunda, se valía de la astucia: el Ayuntamiento, joven y vigoroso, marchaba de frente y con banderas desplegadas.

Su respuesta fue sencilla, sin que le detuviese en lo más mínimo el millón mensual que los generosos diputados habían votado para el sostenimiento de la policía urbana.

—¡No queremos —contestó—, ningún poder intermedio entre nosotros y el cuerpo Legislativo: así pues, si la Asamblea nombra un Directorio de París, preciso será que el pueblo vuelva a esgrimir el acero de su venganza!

La Asamblea, para no pasar por la humillación que iba envuelta en semejante amenaza, nombró un Directorio; mas solo le encargó *la inspección de las contribuciones.*

Los Girondinos no podían tener confianza en un Ayuntamiento en que Chaumette, entre otros de sus individuos, estaba revestido de la facultad de abrir y cerrar las cárceles.

Y ya que hablamos de cárceles, mencionaremos la terrible medida que tomó el Concejo municipal de fijar carteles en las puertas con los nombres de los presos, lo cual equivalía a otras tantas sentencias de muerte. Roma escribía en la puerta del Circo los nombres de los que debían ser degollados.

El 29 la Municipalidad se sintió bastante fuerte para luchar con la prensa, con ese poder, escollo de todos los demás. Girez Dupré, girondino de la escuela de Louvet, escritor joven y satírico, fue perseguido por un artículo de periódico; y como se dijese que le había servido de refugio el ministerio de la Guerra, el Ayuntamiento introdujo sus agentes en este local.

Ya era demasiado: la Asamblea comprendió que no podía, sin degradarse, tolerar tal insulto hecho a su ministro, y citó ante ella a Huguenin, presidente del Ayuntamiento.

Huguenin se desentendió de la orden, pues lo contrario hubiera sido admitir la supremacía del cuerpo Legislativo; y la Asamblea irritada depuso al Ayuntamiento.

Este paso provocó una reacción en favor de la Asamblea: por algunos instantes la victoria permaneció indecisa. La sección de los Lombardos, presidida por Louvet, declaró que el Concejo general del Ayuntamiento era culpable de usurpación. Cambon hizo decretar que sus individuos representaban meramente los poderes que habían recibido del pueblo.

El 30, por fin, a las cinco de la tarde, decidió la Asamblea que el ciudadano Huguenin, visto que se resistía a comparecer, fuese conducido a viva fuerza, y que las secciones eligiesen otro Ayuntamiento antes de las veinte y cuatro horas. Por lo que

toca al depuesto, decretó *que había merecido bien de la patria: ornandum et tollendum*, decía Cicerón, hablando de Augusto.

Grande fue el asombro de la Municipalidad cuando supo tales votaciones. El mismo Robespierre se conmovió, hasta el punto de presentar una proposición, franca y valiente al mismo tiempo.

—Si la Asamblea no retira sus decretos —dijo, apelaremos a las armas.

Tallien hizo igual moción en las Termas, y Thuilier en la sección Mauconseil. El primero se adelantó hasta ofrecer que ejecutaría por sí lo que había propuesto. A las once de la noche se dirigió al Picadero seguido de unos mil hombres armados, y allí recordó que la Asamblea debía al Ayuntamiento el verse colocada en la categoría de los representantes de un pueblo libre.

—Por lo demás —añadió—, *dentro de pocos días* el suelo de la libertad quedará barrido de enemigos.

Tallien, al expresarse así, aludía a los sacerdotes; pero Marat repetía diariamente las mismas palabras, sin distinción de personas ni de clases.

Marat, aunque sin figurar en ningún cuerpo, se dejaba ver en todas partes; no había podido ser elegido por la circunstancia de no ser individuo del Concejo general, de los comisionados de sección, autores del 10 de agosto; pero la Municipalidad decretó que se erigiese una tribuna en la sala para que la ocupase un periodista, y este periodista fue Marat. De manera que sin ser concejal, dominaba desde su sitio, física y moralmente, al Ayuntamiento.

La mañana del 2 de setiembre este cuerpo consiguió al fin contar en su seno a Marat: diremos como.

Panis, el seide de Robespierre, el cuñado de Santerre, apoyado con este doble carácter por los Jacobinos y los arrabales, por la fuerza inteligente y la material, tuvo el encargo de elegir tres individuos que completasen la comisión inspectora.

No osó elegir a Marat: nombró a Sergent, el artista que había dispuesto el ceremonial de los funerales del 10 de agosto, como también el de la declaración de la patria en peligro, y que no atreviéndose a arreglar la manera de solemnizar el 2 de setiembre salió aquella mañana con dirección a la Champaña: en seguida de este nombró a Duplain y a Jourdeuil. Los tres se asociaron cinco personas: Deforges, Guerneur, l'Enfant, Leclere y Dufort. No contentos aún, eligieron una persona más: puede verse el acta en los archivos de la prefectura de policía. El nombre de esta sexta persona se encuentra al margen: es el de Marat.

Tallien y su cuadrilla llegaron hasta la Asamblea; pero esta, con el decoro y la energía de su posición, se alzó indignada, como un solo hombre. El orador de los insurrectos pidió con insolencia que se le admitiese, a él y a los suyos: Manuel le mandó prender.

A la siguiente mañana Huguenin se presentó. Lo que se quería era ganar tiempo, interponiendo los asesinatos entre el decreto de la Asamblea, que exoneraba a los antiguos concejales, y la elección de los nuevos: arbitrio seguro para que aquellos

fuesen reelegidos.

Huguenin tartamudeó una especie de reparación que no deslumbró a la Asamblea. Por decreto de esta, las secciones debían nombrar un nuevo Concejo general dentro de veinte y cuatro horas. La votación se había verificado el 1.º de setiembre a las cuatro de la tarde; la elección, pues, tenía que ser el 2 a la misma hora.

El Ayuntamiento estaba decidido a no llevar a cabo el decreto: dos razones le asistían para obrar así: el temor de no ser reelegido, y su convicción de que de él pendía únicamente la salvación de la Francia.

Aquel mismo día, como para hacer que el pueblo saborease de antemano la sangre, una terrible escena había pasado en la Grève. A un ladrón se le antojó gritar desde la picota: «¡Viva el rey!, ¡vivan los prusianos!, ¡viva la nación!». Decir esto, precipitarse el pueblo sobre él y disponerse a despedazarle, fue obra de un momento. Felizmente Manuel se hallaba allí: con una admirable presencia de espíritu se abalanzó a socorrerle; le arrancó de las manos de los que iban a asesinarle, y arriesgando su vida le condujo al Hôtel-de-Ville.

El Jurado condenó al ladrón a la pena de muerte.

La Asamblea llevaba un registro de todas estas novedades: a su inteligencia no se escondía que se caminaba en derechura al asesinato.

Un hombre, con solo decirse individuo del Ayuntamiento, había conseguido que le abriesen el Guardamuebles, llevándose de allí un bastón de plata maciza, regalado en otro tiempo a Luis XVI.

En contraposición de este hecho, un gendarme trajo al Ayuntamiento el 1.º de setiembre un reloj de oro que había cogido el 10 de agosto en las Tullerías, preguntando qué haría de él: Tallien le contestó que lo guardase.

La Asamblea, viendo la resistencia del Ayuntamiento y asustada con semejantes presagios, se sintió bambolear: algo de espantoso iba espesando aquella atmósfera amenazadora. En la tarde del 1.º de setiembre se leyó un decreto mandando que los individuos del Ayuntamiento justificasen los poderes que habían recibido el 10 de agosto.

El Ayuntamiento estaba en sesión y resuelto a seguir por el camino que iba derecho a la sangre, aun permaneciendo firme la Asamblea: ¿cómo no había de persistir, conociendo que la fuerza momentánea del cuerpo Legislativo flaqueaba por su base?

Todas las iniciativas sangrientas de aquel día pertenecieron ¡cosa extraña! a Robespierre; y era que temía quedarse atrás de la audacia de Danton y de la crueldad de Marat. Su popularidad se había cubierto con un velo cuando habló en contra de la guerra; y como no era ya tiempo de desgarrar aquel velo de un sablazo, resolvió hacerlo a puñaladas.

—El Concejo se halla en el caso de retirarse —dijo—, y emplear el único medio que le queda para salvar al pueblo; a saber, depositar el poder en manos de este.

Así el pueblo, dueño de la situación, mataría, degollaría, asesinaría, sin que en

ello tuviesen nada que ver los concejales, ni por consiguiente Robespierre, el cual disfrutaría de los beneficios que resultasen de la matanza, sin responsabilidad ninguna.

En aquel momento de peligro luchó Manuel con el tribuno: *declaró que los individuos del Ayuntamiento no debían abandonar sus puestos cuando la patria estaba en peligro.*

La mayoría siguió su dictamen. Robespierre tuvo por lo tanto que matar de frente: esta vez no era posible al parto herir huyendo.

—Además, añadió Manuel ¿quién sabe si esta banda tricolor de que se nos quiere despojar, no nos servirá para salvar algunos inocentes?

En efecto, gracias a ella pudo Manuel correr a la Abadía y hacer salir de allí a Beaumarchais, enemigo personal suyo. Acto de humanidad digno de colocarse junto al acto de valor ya referido: pocos son los que cuentan dos semejantes en toda su vida, Manuel los ejecutó en menos de veinte y cuatro horas.

Con su proposición de depositar el poder en manos del pueblo, Robespierre se había colocado a la altura de Marat.

Danton se aprovechó de esta circunstancia, y desde el 29 cesó de presentarse en el Hôtel-de-Ville. Porque, en efecto, era preciso decidirse: o ser un tercero en el triunvirato, o permanecer ministro de Justicia y como tal dirigir el movimiento. Esto último era tanto más seguro ahora, cuanto que, una vez principiada la mortandad, cesaba de existir la Asamblea.

Véase la lista de los actores que figuraron en aquel terrible drama.

En primer término aparecía el loco por excelencia, a quien iba a sangrar su médico cuando sus escritos tenían demasiado subido el color, y que pedía cabezas, cabezas, siempre cabezas.

A su lado estaba Robespierre, personificación de la prudencia, pero que entonces tuvo que salir del círculo que se había trazado, adelantándose por temor de quedarse atrás. Dentro de poco le veremos en casa de Saint-Just.

Completaba el primer cuadro Danton, el hombre de la audacia y de la astucia, que se reservó la libertad de rechazar su participación en las escenas de setiembre o de glorificarlas, de premiar a los degolladores o de castigarlos.

En segundo término estaba Panis, el cuñado de Santerre, el adorador de Robespierre, el que introdujo a Marat en el Ayuntamiento, exprocurador, autor de versos ridículos, incapaz pero influyente.

Sergent, artista mediano y sin embargo inspirado a veces por las circunstancias; que hacía cosas grandes, porque copiaba todo lo gigantesco que veía en su alrededor.

Collot d'Herbois, histrión de provincia, siempre silbado, siempre ebrio, que se creía en ayunas cuando solo estaba achispado, y que murió como había vivido, bebiéndose una botella de ácido nítrico, equivocándola con una de aguardiente.

Hébert, futuro redactor del *Padre Duchene*, peor poeta que Panis, si posible era, e inventor del lenguaje obsceno aplicado al periodismo.

Chaumette, pasante de procurador, garduña que no mordía la carne pero que chupaba la sangre, hocico puntiagudo con gafas.

Manuel, el síndico; Huguenin, el presidente; Tallien, el esbirro; y otros muchos que debían su celebridad al asesinato.

Tales eran los hombres que habían amamantado la hidra de la matanza, e iban a soltarla en las calles de París.

CAPÍTULO XXXVIII

SUMARIO.—El maestro y el discípulo.—Robespierre y Saint-Just.—¡Dormir en semejante noche!—Uno duerme, mientras el otro vela.—Va a correr la sangre.—Se busca un pretexto para principiar.—¡Marat salva a un hombre!—Proposición de Thuriot.—Cuatro horas perdidas.—La sección Poissonnière.—Palabras de Danton.—El ayuntamiento suspende la sesión.—Traslación de veinte y cuatro presos.—Del Hôtel-de-Ville a la Abadía.—Tablados en la calle de Bussy.—Allí comienza la carnicería.—Pariseau y La Chapelle.—Sangre fría de un presidente.—Error de Tallien.—Ausencia de Danton.

En la noche del sábado al domingo, esto es, del 1.º al 2 de setiembre, salieron del club de los Jacobinos Robespierre y Saint-Just, el maestro y el discípulo, uno ya en el apogeo de su gloria y el otro en la aurora de la que le aguardaba, ambos hechuras de Rousseau, el hombre de la naturaleza, fatigados del tumulto de ideas fatales que minuto por minuto iban y venían, como olas de un mar ensangrentado.

Vivía Saint-Just en una casa de huéspedes, calle de Santa Ana, a cuyas puertas llegaron entretenidos con la conversación acerca de los acontecimientos que debían verificarse al siguiente día. Robespierre no tenía sueño; y para no verse solo subió al cuarto de Saint-Just. La fe de este era más firme; de suerte que caminaba derecho por la senda en que su compañero no apoyaba sino pies vacilantes. Apenas entró, principió a despojarse para meterse en la cama.

—¿Qué haces? —le preguntó Robespierre.

—¿No ves? me estoy desnudando.

—¡Cómo!, ¿piensas en dormir esta noche? —exclamó el primero—: ¿no oyes la campana de alarma? ¿No sabes que esta será quizá la última noche para miles de hombres?

—Todo lo sé —respondió Saint-Just bostezando—; sé que tal vez esta noche empezará el degüello; que mañana es ya cosa segura; y desearía tener fuerza bastante para moderar las convulsiones de una sociedad que lucha entre morir o ser libre; pero no soy más que un átomo, y además las víctimas que hayan de inmolarse no son los amigos de nuestras ideas; con que, buenas noches.

Diciendo así, se durmió.

Por la mañana, al despertarse, vio Saint-Just asombrado, a un hombre de pie junto a la ventana, con la frente apoyada contra los cristales: contemplaba los albores del día y estaba oyendo los primeros murmullos de París.

Saint-Just levantó un poco la cabeza y reconoció a Robespierre.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó—: ¿por qué has vuelto tan de mañana?

—No he vuelto —dijo Robespierre frunciendo el entrecejo—; pues que no he salido de la habitación.

—¡Cómo!, ¿con que no te has acostado esta noche?

—¿Y para qué?

—Toma, para dormir.

—Dormir —murmuró Robespierre—, dormir, mientras que centenares de asesinos se disponen a degollar a miles de víctimas; ¡mientras que la sangre, pura o impura, va a correr quizá como agua por los albañales! ¡Oh!, ¡no, no, prosiguió sonriéndose con su sonrisa meramente labial, no me he acostado, he permanecido de pie, he sido débil hasta el extremo de no poder dormir!... Por lo que hace a Danton, estoy seguro de que ha dormido; seguro.

Decía bien Robespierre: los asesinos habían velado aquella noche, y la sangre iba a correr en arroyos por la calles de París:

No siéndonos dable seguir por todas partes su curso, contaremos a lo menos como y en donde se derramaron las primeras gotas.

Lo principal era esto; pues nadie se cuidaba de que el epílogo fuese bueno, sino de que lo fuese el exordio.

Hemos referido ya la escena del 1.º de setiembre en la plaza de Grève, cuando el pueblo quiso hacer trizas al ladrón que gritó: *¡viva el rey!* El día 2 murió, pero no se dio a probar su sangre a aquellos hombres sedientos: apenas fue ajusticiado, hubo su sentimiento de que el pueblo no le acuchillase; pues hubiera sido el vaso de ajeno que abriese el apetito a los verdugos.

Necesario era hallar algo con visos de espontaneidad; una de esas cóleras repentinas, que así embravecen a las multitudes como si fuesen Océanos.

Entre tanto, cada uno iba sacando de las cárceles a sus amigos o a sus recomendados: Danton salvó mucha gente; lo mismo ejecutaron Robespierre y Tallien: Marat perdonó a un solo hombre.

Algún tiempo después de las jornadas de setiembre, uno de los degolladores le confesó que había salvado a un aristócrata.

—¡Ay! —le dijo Marat—, también yo tengo una culpa de que acusarme: la de haber salvado a un eclesiástico.

El 2 la Asamblea se abrió, como de costumbre, a las 9 de la mañana; y sin pérdida de tiempo presentó Thuriot una proposición, que sin duda le había sido inspirada por Danton.

Era la de aumentar hasta trescientos los individuos del Concejo general, para que así se conservasen los elegidos del 10 de agosto y se admitiesen otros nuevos.

—Conviene —dijo Thuriot—, demostrar a la Francia entera la importancia de la capital, que, siendo el cerebro de la nación, debe tener junto con la iniciativa de los poderes la fuerza necesaria para sostenerlos.

Esta era la parte visible del proyecto: la oculta era hacer como los químicos, cuando aclaran un brebaje demasiado espeso y lo convierten de veneno en saludable medicina: cambiar el espíritu del Ayuntamiento, introduciéndole un elemento nuevo, o sea neutralizarlo, agrandando sus dimensiones.

Detrás de Thuriot todos veían asomar a Danton; y como la Asamblea creía a este el hombre del Ayuntamiento, cabalmente cuando de él se alejaba, oyó con prevención

un proyecto que no supo comprender hasta pasadas algunas horas de discusión y que no aprobó hasta la una dada. Se habían perdido cuatro horas; tiempo importante tratándose del 2 de setiembre.

Entre tanto el huracán empezaba a soplar.

En honor de las secciones debemos decir, que de cuarenta y ocho, dos únicamente votaron a favor del degüello.

Una fue la sección Poissonière. Su decreto a la letra es como sigue:

«Considerando la sección los inminentes peligros de la patria y los infernales manejos de los sacerdotes, condena a muerte a todos los clérigos y a las personas sospechosas que estén en las cárceles de París, Orleans, etc.».

A lo menos había franqueza.

A las dos entró Danton en la Asamblea: acababa Vergniaud de pronunciar el hermoso discurso de que hemos hablado antes y que impelía a todos hacia la frontera.

En lugar de un discurso, hizo Danton una proposición: cualquiera que se negase a servir personalmente o a entregar las armas, sería castigado con la pena capital.

—El toque de alarma que vais a oír —dijo—, es la señal de ataque contra los enemigos de la patria. Para vencerlos, señores, solo necesitamos audacia, audacia, siempre audacia.

Coronado de aplausos salió de allí y se encaminó al Campo de Marte a predicar la cruzada contra el enemigo: sublime y poderosa alocución hecha a cincuenta mil hombres, mientras el estallido del cañón y el tañido de las campanas atronaban el espacio.

Danton esperaba que en situación tan difícil y visto el éxito que había alcanzado en la Asamblea, esta le nombraría dictador; nombramiento que quería le viniese del cuerpo Legislativo antes que del Ayuntamiento; porque en este último caso tendría que compartir la dictadura con Robespierre y Marat, y en el primero la ejercería por sí solo.

La Asamblea cometió la grave falta de no depositar su confianza en Danton: las costumbres del hombre privado perjudicaron al hombre público. Como sucedía con Mirabeau, el Danton de vida desarreglada hería de muerte al Danton político.

Encaminose, como dijimos, al Campo de Marte; de allí probablemente pasaría a su casa, para tranquilizar a su esposa, como lo había practicado la noche del 9 al 10 de agosto; a su esposa, objeto de su adoración, y a quien debían matar de dolor las horribles jornadas de setiembre.

Quizá si Danton hubiese sido dictador, empujara hacia la frontera el torrente que se derramó por la capital.

A las dos, esto es, en el instante en que principiaban a oírse a un tiempo la campana y el cañón, suspendió el Ayuntamiento la sesión y se dispersaron sus individuos.

Solo permaneció reunida la comisión de vigilancia, y en ella Marat, Panis y tres o cuatro de los suyos.

Esta comisión dirigió el degüello. Autorizó la traslación de veinte y cuatro presos desde el Hôtel-de-Ville, donde estaba reunida, a la Abadía. Aquellos desgraciados tenían que atravesar medio París.

Se les había escogido a propósito para excitar el odio y redoblar la agitación. Entre ellos se contaban seis u ocho sacerdotes vestidos como tales: insignia que entonces equivalía casi a una sentencia de muerte.



SAINT-JUST.

A los primeros estallidos del cañón entraron los confederados en los calabozos del Hôtel-de-Ville, y anunciaron a los presos que tenían encargo de conducirlos a la Abadía.

Nada era más fácil que asesinarlos inmediatamente; pero no se quería una pequeña mortandad, interior y privada, sino un degüello inmenso, exterior y público, que se comunicase, como un reguero de pólvora, de la calle a las prisiones.

Un incidente imprevisto estuvo a pique de dar al traste con la combinación. Al salir del Hôtel-de-Ville los presos, por instinto sin duda, pidieron coches y se accedió a su solicitud.

Como se deja comprender, era menos fácil matar a personas, que iban en carruaje, que abalanzarse sobre infelices de a pie. Para asesinar, necesario es tener un pretexto; por ejemplo, una injuria de que quejarse, un insulto que echar en rostro. Pocos son los que se atreven a cometer un crimen sin causa que lo disculpe. ¿Cuáles habían de alegarse contra individuos que iban en coches, con las cortinas corridas?

Eran seis carruajes y en ellos iban veinte y cuatro presos.

Inútil parece decir que semejante comitiva, saliendo del Hôtel-de-Ville en derechura a la Abadía y escoltada de confederados, aglomeró a su alrededor al

pueblo; y que a la vista de los eclesiásticos, comenzó aquel a dejar oír sus murmullos; mas, previendo los presos la suerte que les aguardaba, soportaron en silencio las injurias, y se estrecharon y ocultaron en lo interior de los coches, como mejor pudieron.

Sin otros accidentes llegaron hasta la calle de Bussy; pero se había perdido mucho tiempo e importaba decidirse por algo, pues los sacerdotes iban a entrar pronto en la Abadía. Los degolladores tuvieron la suerte de hallar estorbos en la calle de Bussy: se habían levantado allí tablados y se hacían alistamientos voluntarios.

La multitud que cercaba los coches engrosó repentinamente la que estaba en torno de los tablados. Preciso fue detenerse.

En el mismo instante los degolladores, aprovechándose del estorbo, empezaron a romper los vidrios de los carruajes. Uno de ellos subió al estribo de un coche e introdujo varias veces el sable, a la ventura. Un preso, que llevaba un bastón, trató de defenderse, y esta fue la señal del degüello.

Un hombre solo principió: dio de puñaladas a todos los que estaban en el primer carruaje, pasó luego al segundo y continuó así su horrible obra. Viendo los más próximos correr la sangre, una especie de rabia se apoderó de ellos. Se abalanzaron a los coches, abrieron las portezuelas, arrojaron en el empedrado a los presos, y entonces comenzó la verdadera carnicería.

De esta primera hornada, como decía la Revolución en su terrible lenguaje, únicamente se salvaron cuatro: les sirvió de refugio la Junta civil de la sección que se reunía en el local vecino. Contáronse los cadáveres y se notó que faltaban cuatro; hubo quien dijese que había visto a algunos hombres huir hacia aquella parte, e inmediatamente los degolladores violentaron las puertas de la sala de sesiones: entonces el presidente, hombre enérgico, mandó sentar a los fugitivos entre los individuos de la Comisión.

—¿Dónde están los traidores, los aristócratas, los clerizontes? —gritaron los degolladores—. ¡Aquí están! ¡Entregádnoslos!

El presidente los miró sereno.

—¿Lo creéis así? —preguntó.

—¡Están aquí!, ¡entregádnoslos!

—Os engañáis —respondió el presidente—: aquí no estamos más que mis compañeros y yo.

Con esto dejaron el local aquellos hombres y los fugitivos se salvaron.

Los nombres de dos han llegado hasta nosotros: el del periodista Pariseau y el de M. de La Chapelle, oficial primero de la Casa Real.

El Concejo de vigilancia abrió su sesión a las cuatro. Como el degüello había principiado ya, pidió que se protegiese a los presos por deudas y otras causas civiles. El decreto se expidió. Proteger a estos equivalía a abandonar a los demás.

Causaba admiración el no ver a Danton en el Ayuntamiento. Cualquiera cosa que dijese o hiciese, ya se presentase ya se ausentase, Danton era el Ayuntamiento

personificado; por esta razón, no viéndole allí, le escribieron. A las cinco entró el ministro de la Guerra; pues equivocadamente le habían entregado la carta dirigida al ministro de Justicia.

Tallien tuvo la culpa, como encargado de la secretaría: zorro de la escuela de Danton, cuyo perro era Thuriot ¿había obrado diestra o descuidadamente?

Lo cierto es que Danton no fue el 2 al Hôtel-de-Ville: tan poco lo verificó el 3; y entretanto la matanza, que había principiado con visos de casual junto a la Abadía, iba extendiéndose sistemáticamente por las distintas cárceles de París.

Imposible nos es seguir los rastros de sangre que dejó: se necesitaría un tomo entero para reproducir los varios episodios de aquella inmensa carnicería, cien veces más terrible que la que tuvo efecto el día de San Bartolomé, porque, al fin, los hugonotes estaban armados, y el 24 de Agosto de 1572 fue un combate: los días 2 y 3 de setiembre fueron meramente un degüello. Nos limitaremos, pues, a un solo punto: *ab uno disce omnes*.

CAPÍTULO XXXIX

SUMARIO.—El ujier Maillard.—El 3 de setiembre.—Carta del duque de Penthièvre.—Los tres hombres y los asignados.—Terror de la princesa de Lamballe.—Los dos guardias nacionales.—Manuel salva a Madama de Staël.—Hebert y Lhuillier.—Jurad cuanto os ordene.—El gran Nicolás.—El peluquero Charlat.—La embriaguez de sangre.—Grison.—El cuerpo en el trascantón.—El hombre de la varita.

Dejamos referido como se llevó la cabeza de la princesa de Lamballe hasta debajo de las ventanas de la reina, después de permitirse a los degolladores dar con ella la vuelta a la torre.

Digamos ahora como llegó hasta el Temple esta cabeza.

La mortandad había empezado en la Abadía. Allí estaban los suizos: allí perecieron Reding y Montmorin y fueron salvados Sombreuil y Cazotte. En la Abadía fue donde Maillard, el sombrío ujier del Châtelet, para dar a los asesinatos cierto viso de legalidad, escribió en los registros manchados de sangre:

Condenado a muerte, o absuelto por el pueblo.

De la Abadía la mortandad pasó a la Conserjería, y de la Conserjería al Châtelet.

El 5 instaló sus reales en la Fuerza. Allí estaban la princesa de Lamballe, madama de Tourzel, su hija Paulina y tres mujeres de la servidumbre de la reina.

Por la mañana se había sacado de aquel funesto lugar a los presos por deudas, a las tres susodichas mujeres y a madama de Tourzel y su hija; no atreviéndose nadie a hacer lo propio con la princesa, pues estaba de antemano sentenciada a morir. Bastábale para ello ser la más íntima amiga de la reina; pero cooperó a su infortunio el que se le encontrasen tres cartas, durante su primer interrogatorio, una de ellas de María Antonieta. La maledicencia llegó hasta suponer que los celos entre la princesa de Lamballe y madama de Polignac no eran de amistad únicamente.

Tan previsto estaba su fin, que el duque de Penthièvre escribió desde su castillo de Biszy a uno de sus administradores:

Os niego, mi querido * * *, que si perece mi nuera, hagáis seguir su cadáver, dándole sepultura en el cementerio más próximo, hasta qué sea posible trasportarlo a Dreux.

¡Hay algo de terrible en esta precaución paterna que se extendía, como una mortaja, sobré un ser todavía vivo!

El administrador, en cuanto recibió el billete, mandó a buscar a uno de los dependientes del duque y le comunicó su voluntad, encargándole llevarla a cabo.

Esto acontecía el 1.º de setiembre.

En seguida mandó venir tres hombres; dos adictos al duque y el tercero a la

princesa; los vistió como hombres del pueblo, les entregó una considerable suma en asignados, y les recomendó que no dejasen nada por hacer, a trueque de lograr su intento.

Todo el día 2 estuvieron estos tres hombres paseándose por los alrededores de la Fuerza.

La princesa, según se ve en su retrato, tenía una cabeza graciosa, saboyana, infantil; la constante sonrisa de sus labios revelaba una inalterable serenidad; su cuello era largo y esbelto. La tradición nos dice que adornaban su cuerpo todos los encantos capaces de excitar el amor, añadiendo que, si amó a algún hombre, debió ser de un modo extraño, distinto de las demás mujeres.

No ignoraba cuantos odios existían contra ella; y como carecía absolutamente de valor ¡pobre niña! temblaba, encerrada en una de las habitaciones altas de la cárcel con madama de Navarro, como una hoja que azota el viento. Enferma, acostada, desmayándose a cada instante, cualquiera hubiera dicho que se estaba ensayando para morir.

En efecto, la muerte la cercaba por todas partes; recorría el patio, la calle, los aposentos inferiores: los gritos de los moribundos subían hasta ella como una nube de vapor.

Eran las cuatro: su puerta se abrió repentinamente y dos guardias nacionales, con la amenaza en los labios y la brutalidad en las maneras, le ordenaron que se levantara.

Imposible: las pocas fuerzas que le quedaban la habían abandonado. Hizo apenas un movimiento, y dijo:

—Señores, lo veis, no puedo dejar la cama: por favor, no me obliguéis a seguirus: ¡lo mismo me es morir aquí que en otra parte!

Uno de aquellos hombres se inclinó y le dijo al oído, mientras el otro custodiaba la puerta:

—Obedeced, señora; de ello pende vuestra salvación.

—Retiraos entonces para vestirme —contestó la princesa. Pudor postrero, que acompañó también a madama Isabel, otra mártir que fue al mismo tiempo un ángel, y que le hizo decir, dirigiéndose al verdugo:

—En nombre del pudor, cubridme bien con mi pañoleta.

Madama Lamballe se levantó y se vistió, ayudada por madama de Navarre: en seguida bajó, apoyándose en el brazo del guardia nacional que le había hablado.

¿Quiénes eran aquellos dos hombres? Los agentes del duque no podían ser, pues estos iban vestidos como los degolladores: más bien serían agentes del Ayuntamiento, de Manuel, el cual había salvado el día antes a madama de Staël, tan comprometida, no obstante su carácter de esposa del embajador de Suecia.

En el último escalón se encontró la princesa frente a frente con Hébert y Luhillier, individuos del Ayuntamiento. Su aspecto fatal, la vista de tanta sangre, los gritos de las víctimas, las vociferaciones de los verdugos, fueron otros tantos golpes para aquella desventurada: se puso pálida, vaciló y se desmayó en brazos de su camarera.

Cuando volvió en sí, se la interrogó: la infeliz ignoraba que entre aquellos jueces había muchos que deseaban salvarle la vida: las palabras del guardia nacional no bastaron para inspirarle confianza.

Así, nada supo que responder, excepto en lo relativo al 10 de agosto, hallando entonces algunas palabras con que defender a la Corte y defenderse a si propia; pero cuando se le exigió que jurase odio al rey, a la reina y a la monarquía, se le oprimió el corazón, sus labios se juntaron y no pudo articular ni un sonido.

Iba a perderse sin remedio.

—Jurad cuanto se os mande —le dijo uno de los jueces inclinándose hacia ella—; si no lo hacéis, sois muerta.

La desdichada se tapó la boca con la mano, para añadir de este modo al obstáculo moral otro físico: por entre sus dedos pasaron algunos sonidos sordos.

—Ha jurado —exclamaron los jueces.

El que le había hablado antes, se ladeó de nuevo a ella y le dijo:

—Salid; daos prisa; y cuando estéis fuera, gritad: *¡viva la nación!*

La sacaron de allí y comenzó a andar, apoyándose en uno de los jefes de los degolladores, llamado el gran Nicolás.

Este la condujo hacia una masa informe, palpitante, ensangrentada, especie de túmulo: era un montón de cadáveres. La princesa llevaba los ojos cerrados. Cuando iban ya a llegar, le dijo en voz baja aquel hombre:

—Gritad: *¡viva la nación!*

Iba a hacerlo así; pero abrió desgraciadamente los ojos y gritó retrocediendo:

—¡Qué horror!

El gran Nicolás, por otro nombre Truchon, le puso la mano en la boca; pero un miserable, un peluquero, un tambor, llamado Charlat, que la había oído, se dirigió a ella y con la pica hizo saltar su cofia.

Sus hermosos cabellos se esparcieron entonces por los hombros, y la sangre empezó a bañar su semblante: el hierro de la pica le había lastimado la frente.

¡Terrible cosa es la sangre! Con razón se ha dicho que su vista excita los deseos de verterla. La sangre produce una embriaguez semejante a la del vino; con la diferencia que es mortal.

Viendo aquella sangre, se tomó a la princesa por una víctima devuelta al pueblo. Un tal Grison, que iba armado de un garrote y que, hallándose a alguna distancia, no podía verla, se lo arrojó por detrás, alcanzándole en la cabeza: la princesa cayó al suelo.

En el momento se vio cubierta de heridas: un sentimiento, más bien obsceno que feroz, dirigía a aquellos caribes: sus ojos como que querían de antemano penetrar al través del vestido de la sin ventura, para devorar aquel hermoso cuerpo que las doncellas de Lesbos hubieran adorado, mientras disfrutó de vida.

Todo desapareció: pañoleta, traje, enaguas, camisa; y una vez desnudo el cadáver, lo extendieron sobre un trascantón.

Cuatro hombres quedaron junto a él de guardia. Aquel cadáver les pertenecía y lo necesitaban aun para algo.

Toda la trailla de asesinos acudió a contemplarlo, a ultrajarlo, como hubiera acontecido quizá con el de Safo, a haberle hallado en las olas que se estrellaban contra la roca de Léucada.

Un hombre con una varita en la mano lo mostraba a los curiosos.



MUERTE DE LA PRINCESA LAMBALLE.

CAPÍTULO XL

SUMARIO.—Últimas mutilaciones de la princesa de Lamballe.—Clávase su corazón en la punta de una pica.—La cabeza en el mostrador.—Paradas al dirigirse al Temple.—La cinta tricolor contiene el motín.—Reflexiones de Prud'homme.—La casa de la Tombe-Issoire.—Sepultura común para los muertos.—Se llevan la cabeza.—Desaparece el cuerpo.—El dependiente del duque de Penthièvre salva a sus emisarios.—Terror de madama de Buffon.—Miedo general.—Tres días de degüello.—¿En qué pasar el tiempo?—El diamante del regente.—Mil novecientos sesenta y seis asesinatos.—Charlat acuchillado por sus camaradas.—Discurso de Neufchâteau.—El cañón de Balmy.—Demouriez y Danton.

Cansáronse al fin de aquel curso de historia privada que consta en todos los folletos contemporáneos, y se principió la mutilación por la cabeza.

El que la cortó se llamaba Grison. ¡La historia, terrible en su justicia, recoge a veces una pluma empapada en sangre, escribe con ella una palabra, un nombre, y este nombre no se borra jamás!

Otro continuó la operación, ensañándose en otra parte del cuerpo. Muy aborrecida debía estar la reina, pues por ella y por su causa se mutilaba así a la infeliz madama Lamballe.

Nos olvidábamos de decir que un tercero le abrió el pecho y le arrancó el corazón, para regalárselo también a la reina: la pica en que fue clavado la tenía otro de los degolladores. Estos dos últimos se llamaban Mamin y Rodi.

Los demás, cuyos nombres han permanecido ignorados, se apoderaron del cadáver, y la comitiva se puso en marcha.

Habiéndose detenido en una taberna, se colocó la cabeza sobre el mostrador, entre los vasos y las botellas, y se bebió a la salud de la nación. En seguida, tomaron todos el camino del Temple.

Los tres agentes del duque de Penthièvre iban confundidos con ellos.

De improviso mudaron de parecer. Ya no querían ir en derechura al Temple: juzgaron oportuno hacer antes algunos descansos.

El palacio de Tolosa se designó como primer punto de parada. Los agentes corrieron a dar aviso a los empleados del duque de Penthièvre, quienes no se atrevieron a oponer resistencia. Abrieron las puertas y galerías, y aguardaron trémulos.

La comitiva estaba ya en la calle de Clery, cuando uno de los dos emisarios se aproximó a Charlat, que era el que llevaba la cabeza.

—¿Dónde vas, ciudadano? —le preguntó.

—¡No lo ves! al palacio de Tolosa. Es menester que la prostituta bese por última vez sus hermosos muebles.

—Te engañas: no era esa su habitación, sino el palacio Louvois o las Tullerías.

Dirigiéronse a este último punto; pero habiéndose expedido órdenes preventivas,

no pudieron los degolladores lograr que les abriesen las puertas. Volvieron entonces al arrabal de San Antonio y entraron en una taberna, situada en el rincón de la calle de los Bailes, en frente de un notario.

Los agentes del duque, con los ojos siempre fijos en el destrozado cadáver de la princesa, creyeron poderlo quitar allí a los verdugos. Imposible: estaba decretado que lo llevarían hasta el Temple; este había sido el blanco de sus aspiraciones, cuando perpetraron el crimen, y por fin alcanzaron sus miras. Según dijimos anteriormente, al llegar allí hubo temores de nuevos asesinatos; pero Danjou, el abate de seis pies, de quien habla madama Royale en sus Memorias, tuvo la feliz idea de contener al pueblo con una cinta tricolor en la que estaban escritas estas palabras:

CIUDADANOS:

Vosotros que unís al deseo de la venganza el amor al orden, respetad esta barrera: en ella se simbolizan nuestras garantías y nuestra responsabilidad.

Véase lo que decía Prud'homme en su periódico, hablando del asunto que nos ocupa.

La cabeza de la Lamballe ha sido paseada alrededor del Temple, y sin una cinta que sirvió de valla a la multitud, quizá penetrase hasta el pie de las ventanas del comedor del *Ogro* y su familia. *Nada más natural y razonable* que el haber llegado hasta allí: saludable advertencia que hubiera producido excelentes resultados. Suponiendo que las almas de los Borbones y de las princesas austríacas fuesen capaces de sentir remordimientos, habrían leído en aquella cabeza estas palabras, escritas con sangre: «¡Familia perversa! igual castigo os está aguardando, si no conseguís desarmar con una solemne confesión de todas vuestras maldades el brazo justiciero del pueblo, y rechazar vuestra connivencia con los doscientos mil bandidos pagados que acuden en vuestro socorro».

Concluía de esta manera:

Aún queda por desocupar una prisión.

Habíase de antemano cavado la sepultura que debía abrigar tantos cadáveres. A tiro y medio de fusil de la barrera de Santiago, había una casa de pobre apariencia conocida con el nombre de Tombe-Issoire: distante de ella como unos quinientos pasos se ahondó una fosa, capaz por su profundidad de comunicar con las catacumbas, empleándose en este trabajo cuatro días, sin que nadie supiese su objeto, hasta que el quinto por la noche llegaron los primeros carros: un rastro de sangre marcaba el camino que habían seguido. Luego que estuvieron junto al abismo, dejose ver su fúnebre carga, y solo entonces comprendieron los obreros con que fin habían trabajado aquellos cuatro días.

Por lo que respecta a la infeliz princesa de Lamballe, no se contentaron con llevar su cadáver hasta las puertas del Temple, con obtener para su cabeza los honores de entrar en esta prisión, con lograr que *Luis XVI* y *último*, no obstante las precauciones

de los concejales, alzase la extremidad de una celosía y viese aquella cabeza; el sangriento paseo continuó aún durante dos horas. Entonces, rendidos ya de fatiga los degolladores, abandonaron el cuerpo sobre un montón de cadáveres con que se tropezaba en la plaza del Châtelet.

Los emisarios del duque de Penthièvre aguardaron a la noche para cumplir con su encargo; y siguieron a los que llevaban la cabeza. Queriendo que esta volviese a *contemplar* el sitio en donde se la había separado del cuerpo, retrocedió la comitiva hacia la Fuerza. Aún pendían de ella sus largos y hermosos cabellos; pero, en el instante en que el que la llevaba la bajó para que pasase por la puerta, un peluquero (achaques del oficio) se abalanzó y de un solo golpe cortó toda la madeja.

Lamentable fue esta pérdida para los agentes del duque; pues sabían cuanto hubiera apreciado este el poseer la cabeza con todo su pelo. Como el calor debía ser la consecuencia de semejante paseo, dos de ellos instigaron a Charlat a que entrase a beber, dejando fuera la pica donde aquellos preciosos restos estaban aún clavados. Quedose atrás el tercero, y aprovechándose de la oportunidad, arrancó del palo el hierro que atravesaba la cabeza, puso ambas cosas en un paño de que se había provisto anticipadamente, y avisó a sus camaradas. Estos dejaron a Charlat hecho una uva, y todos juntos se dirigieron a la sección Popincourt: allí declararon que en aquel envoltorio traían una cabeza, y suplicaron que se les permitiese depositarla en el cementerio de los Trescientos; añadiendo que volverían a buscarla al día siguiente y darían cien escudos para los pobres de la sección.

En seguida fueron a dar cuenta de sus operaciones al dependiente del duque, y este les recomendó, que apenas clarease el día se encaminasen a la sección Popincourt. Él, entretanto, dio sus disposiciones para hacerse con el cuerpo. Los cadáveres de la plaza del Châtelet se pusieron en una casa medio demolida, y allí fue preciso buscar el de la desgraciada princesa, fácil de reconocer por tantas mutilaciones como había sufrido. Ni diligencia ni dinero se escasearon con tal objeto; se registró hasta debajo de los escombros; pero todo fue inútil.

Principiaba el dependiente del duque a poner en duda la fidelidad de sus emisarios, cuando vinieron a decirle que tres hombres, acusados de haber asesinado a madama Lamballe y profanado sus restos, estaban en la cárcel. Esto significaba que el Ayuntamiento quería alejar de sí la responsabilidad de tan horrendo crimen.

Sin perder tiempo, corrió el empleado del duque a la sección y reclamó a sus agentes, encareciendo la adhesión que había motivado aquel engaño, tanto y con tan eficaces palabras, que logró disipar enteramente las dudas de los comisionados. Los presos fueron puestos en libertad, y se les permitió sacar la cabeza de la princesa del sitio donde la tenían depositada.

Provisto del permiso, se dirigió el dependiente al cementerio de los Trescientos, acompañado de un plomero, hizo colocar los restos de madama Lamballe en una caja de plomo y la remitió a Dreux, donde ocupó la misma bóveda que iba dentro de poco a recibir al duque de Penthièvre.

Para concluir con esta cabeza, diremos, que en el largo paseo que dejamos referido, no se pasó por alto el Palacio Real. Pareció oportuno que el duque de Orleans la viese, como que él pagaba cien mil escudos de viudedad a la princesa y era además enemigo particular de la reina. De donde resulta que aquella multitud, al mostrar al príncipe la cabeza de madama Lamballe, no quería satisfacer una venganza y sí pagar un tributo.

Estaba sentado a la mesa con madama de Buffon, cuando sonó en la calle el vocerío de los degolladores. Presentose en el balcón, y después de saludar a los que le ofrecían gratis tal espectáculo, volvió a entrar sombrío y meditabundo. Madama de Buffon le esperaba casi loca de espanto.

—¡Dios mío! —exclamó—: pronto llevarán también mi cabeza por las calles.

Esta terrible visión no se borró jamás de la memoria del príncipe.

Los asesinatos de setiembre dieron por resultado, además del hecho físico, atroz, inaudito, monstruoso, el hecho moral, esto es, la desorganización.

Un horrible vértigo agitó los espíritus durante aquellos tres días. La Asamblea tuvo miedo del Ayuntamiento; el Ayuntamiento de sí mismo; Robespierre de Danton; Danton de Marat; quizá solo este último, con su ansia de derribar cabezas, no tuvo miedo de nadie y consumió, impasible, su fatal tarea.

En aquellos tres días el corazón del inmenso cuerpo, que se llama París, latió de miedo, hinchose de terror, se heló de espanto: ¡un aneurisma lo amenazaba con la muerte!

Pasada la mortandad, mientras que los espíritus procuraban volver de su asombro y una pobre vieja de la calle de Montmartre reemplazaba a su Dios, en quien no creía, figurando con dos pequeños bustos de yeso a Manuel y Petion, los dos únicos representantes de la humanidad, observose una señal grave, deplorable, funesta: la miseria cundía en la capital de la Francia, y sin embargo los hombres del pueblo se resistían a trabajar.

Les sobraba razón: ¿para qué habían de trabajar, después de haber intervenido como actores o como espectadores en el terrible drama?

Alzábase un campamento en Montmartre, y a pesar de ofrecer el Ayuntamiento dos francos por cabeza, que equivalían a tres de los que hoy se usan, nadie se presentaba; recurrió a los obreros en ejercicio, asignándoles una tercera parte más de su jornal ordinario, y ninguno aceptó; de suerte que tuvo que apelar por último al trabajo obligatorio, turnando este entre las diversas secciones.

La Guardia Nacional, sin estar disuelta, casi no existía ya, pues no había quien se alistase; el Guardamuebles, abandonado por los que lo custodiaban, fue presa de ladrones; estos se introdujeron en él por la noche, y se llevaron la mayor parte de los diamantes de la corona, entre otros el del Regente, que fue escondido por de pronto bajo una viga de una casa de *la Cité*.

La mortandad había cesado; me equivoco, hubiera debido cesar, porque todavía quedaban unos cincuenta degolladores, que continuaban en tan beneficiosa

ocupación. Marat, sin saciarse aún, seguía pidiendo diariamente, como único remedio de los males públicos, la muerte de los traidores, de los realistas, de los partidarios de Brunswick, de la Asamblea.

El 18 por la noche comprendió al fin el Ayuntamiento que era tiempo ya de satisfacer las exigencias de la opinión pública, contra cuya justa venganza los degolladores eran impotentes; y echando toda la culpa a la Junta de Vigilancia, depuso a sus individuos.

Un año después, la reacción contra las terribles jornadas de setiembre se había completado: aquellos mismos que habían sido sus autores o consentido en que otros lo fuesen, las deploraban, no atreviéndose aun a renegar de ellas.

Marat las calificó de *acontecimiento desastroso*, en el duodécimo número de su periódico, correspondiente al mes de octubre de 1792.

—Días sangrientos que han arrancado gemidos a todos los buenos ciudadanos — dijo Danton el 9 de marzo de 1793.

—Recuerdo doloroso —exclamó Tallien, al hacer la apología de sí propio, en noviembre de 1792.

En honor de la población de París nos cumple manifestar, que el número de los degolladores no pasó de cuatrocientos: entre ellos ni siquiera diez militares.

El número de las víctimas, según Michelet, ascendió a mil novecientas sesenta y seis.

El infame Charlat, que tanto se paseó con la cabeza de madama Lamballe en la punta de su pica, recibió al cabo su merecido: como los demás degolladores que sentaron plaza en el ejército, excitó el horror de sus camaradas, los cuales le acuchillaron al oírle celebrar su crimen.

El 21 de setiembre de 1792 se cerró la Asamblea Legislativa. Francisco de Neuf-Château, al entregar los poderes del Cuerpo que iba a desaparecer al que debía sucederle, con el nombre de Convención Nacional, dijo:

—Vuestros esfuerzos se dirigirán a dar a los franceses: LA LIBERTAD, LAS LEYES Y LA PAZ. *La Libertad* sin la cual no les es posible vivir: *las leyes* que son el más firme fundamento de la libertad: *la paz*, único objeto de la guerra. LA LIBERTAD, LAS LEYES Y LA PAZ; tres palabras que fueron grabadas por los griegos en la puerta del templo de Delfos y que vosotros grabareis en el territorio de la Francia.

El sentido de estas palabras hubiera estado completo añadiendo:

—Y de la Europa.

En efecto, la víspera, el cañón de Valmy había empezado la gran serie de conquistas militares, que debía ser precursora de la conquista de los entendimientos.

El 20 de setiembre salvó Dumouriez la Francia, derrotando a los prusianos en Valmy: el 21 se expidió el decreto estableciendo la República.

Es sabido como se retiraron los prusianos: entre Dumouriez, Danton y el rey de Prusia se celebró un tratado para que no se inquietase a aquellos en su retirada: ignóranse los millones que recibirían Danton y Dumouriez; pero, lo que es notorio es

que este pagó su parte con treinta años de destierro y aquel la suya con la cabeza. Si hemos de creer a Danton, el más desgraciado de los dos fue Dumouriez.

—No se lleva la patria en la suela de los zapatos —respondió Danton suspirando al amigo que le aconsejaba expatriarse. Y el tribuno se quedó en Francia, dispuesto a morir, si la Revolución le conducía al cadalso, antes que abandonar el país que le había visto nacer.

CAPÍTULO XLI

SUMARIO.—La Convención en el salón del teatro de las Tullerías.—Primera sesión.—Manuel y Tallien.—Cambon y Danton.—La abolición de la monarquía.—El sello del Estado.—Robos del guardamueble.—La pena de muerte contra los emigrados.—Ciudadano y ciudadana.—Supresión de la cruz de San Luis.—La Convención decreta que se juzgue a Luis XVI.—Recibo del rey.—Su situación en el Temple.—El portero Rocher.—El zapatero Simon.—La tabla de multiplicar.—Los respaldos de silla bordados.—Los dos centinelas.

El 21 de setiembre, a las nueve de la mañana, dijo el presidente a la Asamblea Legislativa que doce comisionados iban a entrar, con el anuncio de que la Convención se bailaba ya constituida.

Gregoire, natural de Blois, tenía la palabra. La nueva Asamblea estaba reunida en el salón del teatro de las Tullerías.

La primera sesión fue borrascosa y como el indicio de lo que serían las demás: la disposición del local era a propósito para el combate.

Nunca se había visto encerrada en espacio tan pequeño una Asamblea tan animada por el odio y encendida por las pasiones: frente a frente estaban Robespierre y sus Jacobinos, Danton y sus Franciscanos, Marat y su Ayuntamiento, Vergniaud y sus Girondinos: ya no existían partidos neutrales; y sí cuatro ejércitos prontos, a llegar a las manos, reuniéndose con el objeto solo de destruirse en seguida.

Desde el primer día comenzaron las provocaciones. Manuel pidió que el presidente habitase en el palacio de las Tullerías, llevando junto a sí los atributos de la ley y de la fuerza, y que siempre que abriese la sesión se levantaran todos los ciudadanos. Obraba en esto como aquel romano de Shakespeare que, para recompensar a Bruto por la muerte de César, quería que ocupase el puesto de este.

Tallien se encargó de ridiculizar tan singular proposición.

—No puede ponerse en duda —dijo—, que mientras no funcione el presidente es un ciudadano como otro cualquiera. Si hay que hablarle, se le buscará en el tercero, cuarto o quinto piso, que es donde se aloja la virtud. En lugar de vanos ceremoniales, pido que la Asamblea jure no apartarse nunca de las bases de la libertad y la igualdad: ¡los perjuros serán entregados a la justa venganza del pueblo!

Couthon propuso el siguiente juramento: Soberanía Nacional, odio a la monarquía, a la dictadura, al triunvirato, y a todo poder individual.

Bazire pidió más; pidió hechos, fundándose en que los juramentos, después de haber sido tantas veces violados, nada significaban.

Danton quiso que declarase la Convención:

1.º Que no habría otra Constitución que la consentida por las asambleas primarias del pueblo: medio, según él, seguro de acabar con todos los vanos fantasmas de dictadura, con todas las ideas extravagantes de triunvirato.

2.º Eterna conservación de las propiedades territorial, industrial e individual, para desterrar toda exageración y acallar los temores.

Se nos olvidaba decir, que Danton había empezado su discurso declarando que renunciaba el ministerio de Justicia.

Cambon aprobó la proposición primera de Danton, pero no así la segunda; pues, en su sentir, no podía la Convención decretar la conservación de la propiedad: ya le veremos ministro de Hacienda, con sus ideas de expropiación.

Lasource, al contrario, dijo que la seguridad de las personas y de las propiedades debía ponerse bajo la salvaguardia de la nación: que se conservasen cuantas leyes no se hubiesen derogado, cuantos poderes no se hallasen revocados o suspendidos; que las contribuciones existentes se percibiesen como en los tiempos anteriores.

Durante la discusión había hablado Manuel de abolir la monarquía. Collot-d'Herbois renovó luego la proposición, y la Asamblea y las tribunas le coronaron de aplausos. Parecía como si la nación entera hubiese emitido aquel voto por boca de los dos representantes.

Quinette sostuvo, al revés, que los convencionales no eran los jueces de la monarquía; que su misión se limitaba a dar un buen gobierno a la Francia; asunto del cual debía tratarse con preferencia; y que después se decidiría si habría o no rey.

—Nadie —dijo Gregoire—, osará proponer que se conserve en Francia la funesta familia de los reyes; las dinastías han sido siempre razas devoradoras que han vivido de carne humana; preciso es, por consiguiente, tranquilizar a los amigos de la libertad, destruyendo ese talismán cuya fuerza mágica propende a embrutecer a los hombres. Pido que se consagre la abolición de la monarquía por medio de una ley solemne.

Al oír estas palabras, la Asamblea se levantó entusiasmada y declaró que quedaba abolida la monarquía en Francia.

Bazire, como una rémora del movimiento ondulatorio, expresó que aquello no era cosa de resolverse por mera aclamación, y si digna de ser discutida y resuelta, después de maduras reflexiones.

Gregoire, oyendo esto, subió de nuevo a la tribuna y dijo:

—¿Para qué discutir? En el orden moral son los reyes lo que en el físico los monstruos; la Corte es el taller de los crímenes y la guarida de los tiranos. La historia de los reyes es el martirologio de las naciones. Pido que se vote mi proposición, haciéndola preceder de un considerando digno de la solemnidad del decreto.

Ducos acudió en ayuda de Gregoire.

—Los crímenes de Luis XVI —dijo—, son el mejor considerando para la abolición de la monarquía. La jornada del 10 de agosto basta para ilustrar a los franceses sobre lo que deben hacer.

Cerrose con esto la discusión, y la proposición de Gregoire fue adoptada por unanimidad y en medio de estrepitosos aplausos. En seguida se decretó, que en adelante todos los actos públicos llevasen la fecha del año 1.º de la República, y que

el sello del Estado tuviese un haz y encima un gorro de la libertad con estas palabras: *República francesa*.

Así, en el corto tiempo de media hora, cambiaron la faz de la Francia un cómico de la legua y un cura de lugar.

La Asamblea Legislativa que nos legaba una guerra con dos grandes potencias del Norte, otra civil en la Vendée, colonias devastadas, una hacienda en esqueleto y la tradición de los degüellos sancionados en Aviñon y en París por la autoridad, decretó antes de disolverse:

1.º Que todos los ciudadanos se proveyesen en su sección respectiva de una licencia cívica, la cual exhibirían siempre que los requiriese a ello algún empleado civil o militar.

2.º Que se renovasen la Municipalidad y el Concejo general del Ayuntamiento.

3.º Que no se podría dar orden para tocar a rebato ni disparar el cañón de alarma, sino en virtud de un decreto del cuerpo Legislativo.

4.º y último. Que no se volverían a hacer visitas domiciliarias, quedando los ciudadanos en libertad de oponerse a ellas por todos los medios que estuviesen a su alcance.

La votación de este último artículo se declaró urgente, y como tal se votó, para poner término a los robos que se cometían durante aquellas visitas. Los que las hacían buscaban cualquier pretexto a fin de apropiarse las alhajas, la plata labrada, las medallas, los relojes: estos, porque las puntas de las agujas concluían casi siempre en flores de lis; las medallas, porque tenían grabada la imagen de un rey o de un emperador; la vajilla de plata, porque era una rareza que no tuviese alguna corona heráldica o de pura fantasía. De este modo, sobre la ruina de los demás se fundaron escandalosas fortunas.

Ya hemos hablado del robo del guardamueble. Era una cosa semejante. Gracias a la vigilancia del ministro Roland, algunos de los ladrones fueron cogidos, y a dos de ellos, quizá agentes subalternos de hombres poderosos, se les condenó a muerte. Suplicaron que se les perdonase la vida, ofreciendo hacer en cambio interesantes revelaciones.

En la sesión del 24 de setiembre, el tribunal criminal del departamento de París solicitó que se expidiese un decreto para suspender la ejecución de la sentencia; sin embargo, el presidente no quiso comprometerse. Solo prometió interponer su mediación, si los condenados declaraban la verdad.

En efecto, después de oírlos, se dirigió con uno de los coacusados, no juzgado todavía, a los Campos Elíseos, y allí encontró un depósito de objetos preciosos. Se sobreseyó en la causa; pero todo se limitó al descubrimiento de parte de lo robado: los verdaderos, los grandes ladrones, los jefes no pudieron ser habidos.

Mientras tanto, nuestros ejércitos, electrizados con el ruido del cañón de Valmy, avanzaban, atravesaban la frontera y comenzaba la guerra invasora de los veinte años. El 23 de setiembre ocupó el general Montesquieu a Chambery; el 28 ejecutó lo

propio respecto de Niza el general Anselme.

El 8 de octubre se levantó el sitio de Lila, después de haber arrojado cien mil bombas, destruido setecientas casas y de haberse defendido heroicamente sus habitantes.

El 9 se decretó la última pena contra los emigrados que se cogiesen con las armas en la mano. Garat, el nuevo ministro de Justicia, autor de la ley, obtuvo doscientos veinte y un sufragios de trescientos cuarenta y cuatro que eran.

A los nombres de *monsieur* y *madame*, se sustituyeron el 10 los de *ciudadano* y *ciudadana*, y el 15 se suprimió la cruz de San Luis.

El 21 entró en Maguncia el general Custine.



COLLOT-D'HERBOIS.

El 22 evacuaron los prusianos a Longwy, último punto que poseía el enemigo en el territorio francés, pues Verdun había sido evacuado desde el día 14.

El 23 ocuparon los ejércitos de la República a Francfort-Sur-Mein, y en el mismo día se expidió la ley de destierro perpetuo contra los emigrados, condenando a muerte a los que volviesen a entrar en Francia, sin distinción de edad ni de sexo.

El 24 se crearon cuatrocientos millones de asignados, subiendo así la circulación a mil novecientos millones.

El 6 de noviembre derrotó Dumouriez a los austriacos en Jemmapes, como había hecho con los prusianos en Valmy: la fortuna concedió a este hombre el privilegio de

asociar su nombre a las dos primeras victorias de la Francia revolucionaria.

Por último, el mismo 6 de noviembre, Valazé, diputado del Orne, presentó a la Convención un informe referente a las pruebas halladas en los papeles que el Ayuntamiento de París había recogido; y el 7, a consecuencia de otro informe de Maille, diputado del Alto-Garona, se decretó que Luis XVI podía ser juzgado y que lo sería por la Convención Nacional, la cual fijaría el día en que el exrey compareciese ante ella. Este se defendería por sí o por medio de sus abogados, de palabra o por escrito; y la sentencia se daría en votación nominal.

Naturalmente nos conduce este acuerdo a hablar del rey, de la reina y de la familia real.

Dejamos a Luis XVI en el acto de recibir dinero del secretario de Petion. La Asamblea había decretado que se le pagasen anualmente quinientos mil francos; aunque nunca recibió en realidad sino dos mil.

Cuando se puso en camino con dirección al Temple, tenía Luis XVI muy poco dinero. Hue, su ayuda de cámara, entregó a Manuel la nota de los diferentes objetos que el rey necesitaba. Aquel los remitió, con una cuenta adjunta que subía a quinientos veinte y seis francos; pero el rey, pasando la vista por la nota, dijo:

—No me encuentro en estado de pagar semejante deuda.

M. Hue tenía algún dinero y ofreció al monarca que satisfaría el importe a Manuel. Luis XVI aceptó la oferta.

Al traer Petion la mencionada suma de dos mil francos, pidió el rey quinientos veinte y seis más. Se accedió a su petición, y Luis XVI extendió el siguiente recibo:

El rey confiesa haber percibido de M. Petion la cantidad de dos mil quinientos seis francos, incluso los quinientos veinte y seis que los comisionados del Ayuntamiento se han encargado de entregar a M. Hue, quien los adelantó por servir a su Señor.

París, a 9 de setiembre de 1792.

Luis.

No había género de humillaciones que los municipales no hiciesen pasar al monarca. Cierta día un tal James, profesor de inglés, entró con él en su gabinete de lectura y se sentó a su lado. Viendo esto, le dijo Luis XVI con su acostumbrada dulzura:

—Caballero, regularmente se me deja solo, pues estando la puerta abierta, me hallo bajo vuestra vigilancia; la habitación es demasiado pequeña para que quepan en ella dos personas.

James no se movió y el rey tuvo que ceder. Aquel día renunció a la lectura y entró en su alcoba, donde el municipal siguió espiándole.

Otro día, al levantarse, creyó el rey que el comisionado de guardia era el mismo de la víspera, y le dijo que sentía no le hubiesen mudado.

—Vengo —respondió aquel hombre—, a examinar vuestra conducta y no a que examinéis la mía.

Se acercó en seguida al rey con el sombrero puesto y añadió:

—Nadie, y vos menos, tiene derecho para mezclarse en lo que a mi toca.

Llamábase Meunier.

—¿Cuál es vuestro barrio? —preguntó un día la reina a uno de los hombres que la acompañaban a la hora de comer.

—La patria —respondió este.

Los que más atormentaban a los presos eran Rocher y Simon.

Rocher había ascendido de guarnicionero, primero a oficial de las tropas de Santerre, y luego a portero de la torre. Ordinariamente se vestía de zapador, ostentando grandes bigotes, gorra de pelo negro, ancha espada al costado y un cinturón, del cual colgaba un enorme manojito de llaves. Cuando el rey quería salir, le hacía aguardar bastante tiempo antes de abrirle, agitaba las llaves, tiraba de los cerrojos, y en seguida bajaba precipitadamente, colocándose junto a la última puerta, donde saludaba con una bocanada de humo de su larga pipa a cada uno de los individuos de la familia real, especialmente a las mujeres. Los guardias nacionales, lejos de oponerse a tales infamias, se reían a más no poder; y había entre ellos algunos que se sentaban en corro a disfrutar cómodamente del espectáculo, celebrando las insolencias de Rocher con chistes pocos decorosos. Esto le envalentonaba, e iba repitiendo por todas partes:

—María Antonieta tenía unos humos que... pero al fin he logrado amansarla. Su hija e Isabel me saludan, aunque les cueste; pues es tan bajo el postigo, que para pasar inclinan la cabeza ante mí. Todos los días le echo a Isabel una bocanada de humo. Nuestros comisionados la han oído decir: «¿Por qué Rocher está siempre fumando?». Y han contestado: «Toma; porque le gustará».

Simon, a la par concejal y zapatero, se aprovechaba de su encargo de inspeccionar los trabajos del Temple, para no separarse nunca de la torre. Al principio rivalizaba en insolencia con Rocher; más adelante fue su maestro de crueldad. Cuando subía a la habitación de los presos y estos le pedían alguna cosa, decía, volviéndose a Clery:

—Clery, pregúntale a Capeto si quiere algo más, para no tener que subir otra vez.

Clery escribió una tabla de multiplicación para el uso del Delfín; pero un municipal, so pretexto de que la reina instruía de este modo a su hijo en el arte de hablar por cifra, la rompió.

Igual suerte cupo a los tapices que bordaban las princesas. Luego que algunos estuvieron acabados, la reina encargó a Clery que los llevase a la duquesa de Serent; pero los municipales no lo permitieron, alegando que aquellos dibujos representaban jeroglíficos, por cuyo medio trataban de corresponderse con las personas de afuera; en consecuencia, se prohibió sacar del Temple ningún trabajo de esta clase.

Cierto día, cuando pasaba la familia real, dijo un municipal en voz alta:

—Si el verdugo no guillotínase a esta sacra familia, lo haría yo.

Otra vez un centinela escribió por dentro en la puerta de la habitación del rey.

«La guillotina está en sesión permanentemente, y aguarda al tirano Luis XVI».

Su ejemplo fue a manera de contagio, y en breve aparecieron todas las paredes del

Temple, particularmente la de la escalera por donde subía y bajaba la familia real, llenas de inscripciones de la clase de las siguientes:

«Madama Veto bailará la carmañola. Pondremos a dieta al cerdo gordo. ¡Abajo el cordón encarnado! Conviene estrangular a los lobeznos».

Había dibujos que figuraban, ya un hombre ahorcado, y debajo estas palabras:

«Luis, tomando un baño de aire».

Ya otro próximo a morir en la guillotina, con el mote:

«Luis escupiendo en el saco».

De modo que el paseo se convertía en suplicio, y el rey hubiera preferido no salir; mas ni esto se le permitía, obligándole a bajar y pasearse, pues así se justificaba su identidad.

En cambio de tantos insultos, recibía el rey algunas pruebas de adhesión y simpatía.

Gran número de personas amigas se asomaban a sus ventanas a la hora del paseo, con objeto de ver pasar al rey.

Un habitante de los arrabales, vestido groseramente aunque con aseo, estaba cierto día de guardia a la puerta de la reina: Clery se hallaba solo en el aposento. El centinela le miraba con profunda atención. Dentro de un instante se levantó Clery y quiso salir; pero el centinela se lo impidió, diciéndole en voz baja y trémula.

—No podéis pasar.

—¿Por qué? —preguntó Clery.

—Porque mi consigna me ordena no apartar de vos los ojos.

—¡De mí! os engañáis.

—¿No sois el rey? —preguntó el centinela.

—¡Con qué no le conocéis! —dijo Clery.

—Nunca le he visto, caballero; y en caso de verle, desearía que fuese en otro lugar y no aquí.

—Hablad bajo —contestó Clery—; voy a entrar en esa habitación y veréis al rey. Está sentado junto a la ventana y se ocupa en leer.

Clery entró y contó al rey su conversación con el centinela. Entonces Luis XVI se levantó y se estuvo paseando de un lado al otro de la estancia para que aquel buen hombre le contemplase a su placer. Conociendo la intención del monarca, dijo el centinela a Clery:

—¡Ah, caballero! ¡Qué excelente es el rey y cuanto quiere a sus hijos! Por mi parte, no puedo creer que nos haya hecho el daño de que se le acusa.

Otro centinela, de gentil talante, que estaba de guardia en el extremo del paseo, indicó un día a la familia real deseos de comunicarle algunas noticias. Nadie pareció comprender sus señales al dar la primera vuelta; pero, durante la segunda, madama Isabel se acercó, y el centinela, sea por respeto o por miedo, permaneció mudo: dos lágrimas cayeron de sus ojos, y dirigió el brazo hacia un montón de escombros, donde probablemente había ocultado una carta. Entonces Clery, so color de buscar

tejos para el Delfín, trató de remover los escombros; pero los municipales hicieron que se retirase; previniéndole que en adelante se abstuviese de aproximarse a donde estaban los centinelas.

CAPÍTULO XLII

SUMARIO.—En qué empleaban los días la familia real.—Proclama del 21 de setiembre.—Fórmula para las peticiones.—Separación de la familia.—Rigor del ayuntamiento.—Traslación a la torre grande.—El desayuno olvidado.—Una comida de familia.—Simon y Clery.—El Delfín y el rey.—Descripción de la torre del Temple.—Curiosos pormenores.

Diremos ahora como pasaban el tiempo los presos durante la primera parte de su cautividad.

Levantábase el rey a las siete y oraba hasta las ocho. En seguida él y el Delfín se disponían para bajar a almorzar con la reina, verificándolo a las nueve: concluido el desayuno daba el rey lección al Delfín, operación que duraba hasta las once. El príncipe jugaba hasta las doce, hora señalada para el paseo diario de los presos: paseo obligatorio, y que el infeliz monarca tenía que emprender a pesar de la mala temperatura, porque la guardia saliente quería asegurarse de su presencia en la torre. Paseaban hasta las dos; entonces comían; después jugaban al chaquete el rey y la reina, no tanto, como hemos dicho antes, por el recreo que podía proporcionarles, cuanto por tener ocasión de dirigirse algunas frases en voz baja: a las cuatro dormía Luis XVI la siesta; a las seis daba otra vez lección a su hijo y este se entregaba a diversiones propias de su edad hasta la hora de cenar; a las nueve le acostaban. Hecho esto, subían a la habitación del rey; entreteniéndose la reina en labores de tapicería, mientras llegaba la hora de las once y se recogía Luis XVI. Madama Isabel oraba, o leía en voz alta, por indicación de la reina, algunos libros de religión.

El 21 de setiembre, a las cuatro de la tarde, un municipal llamado Lubin, de voz gruesa, y escogido sin duda por esta circunstancia, llegó rodeado de gendarmes a caballo y de un numeroso pueblo, y proclamó al pie de la torre la abolición de la monarquía y el establecimiento de la República. Aquel día estaban de guardia, junto a la familia real, Hébert, a quien ya conocemos, y Destournelles, después ministro de Hacienda; hallábanse ambos sentados a la puerta y fijaron su vista en el rey para ver el efecto que le producía la noticia.

Leía a la sazón Luis XVI, y continuó su lectura, sin que su rostro diese la más mínima señal de alteración. No le dejó atrás la reina en firmeza: ni un solo movimiento se le escapó que pudiese revelar el misterio de dolor o de cólera hirviente en el fondo de su alma.

Terminada la proclama, sonaron de nuevo las trompetas. Asomose Clery a la ventana, y tomándole el pueblo por el rey, prorrumpió en gritos de imprecación: los gendarmes le amenazaron con sus sables.

Aquella misma tarde dijo Clery al rey, que ya se empezaba a sentir el frío y que el Delfín necesitaba abrigarse. Luis XVI envió al fiel criado a reclamar las piezas

indispensables al efecto, y él firmó la petición. Clery se sirvió de sus expresiones habituales: *El rey pide para su hijo*; mas al leer Destournelles estas palabras, le dijo, que era un atrevimiento emplear un título abolido por la voluntad popular y cabalmente cuando la República acababa de proclamarse.

—Confieso —respondió Clery—, que he oído una proclama; pero ignoro cuál ha sido su objeto.

—La abolición de la monarquía —dijo Destournelles—: podéis invitar a vuestro amo a que abandone un título no reconocido ya por el pueblo.

—No está en mi mano —observó Clery—, cambiar la redacción de este escrito, una vez de firmado; porque el rey me preguntaría la razón y no me incumbe decírsela.

—Perfectamente —replicó Destournelles—, haced lo que os plazca; pero yo no certificaré esa petición.

Al día siguiente preguntó Clery a madama Isabel, de que manera escribiría en adelante, y se adoptó la siguiente fórmula: «Se necesita para el servicio de Luis XVI, María Antonieta, Luis Carlos, María Teresa, María Isabel tal o cual cosa...».

De lo que más escaseaban era de ropa blanca: como queda referido, la esposa del embajador inglés había enviado una provisión de ella a la reina, cuando entró en los Fuldenses. Las princesas zurcían diariamente la suya, y a fin de hacer lo mismo con la del rey, tenía madama Isabel que aguardar muchas veces a que se acostase.

El 26 de setiembre supo Clery, por conducto de un municipal, que se había resuelto separar al rey de su familia, y que la habitación destinada para él en la torre grande, estaría pronto dispuesta. El leal sirviente tomó todas las precauciones posibles a fin de anunciárselo al infortunado Luis XVI. El despojo se iba consumando poco a poco: después de quitarle el cetro le querían arrancar las entrañas: su resignación, empero, rayaba en impasibilidad.

—Clery —le dijo el rey—, obrando así me dais la mayor prueba de vuestra adhesión. Exijo de vuestro celo que no me ocultéis nada: estoy preparado a todo. Procurad solamente saber de antemano el día y la ora de tan penosa separación.

El 29, a las diez, entraron cinco o seis municipales en el aposento de la reina, donde se hallaba reunida la familia, y uno de ellos, llamado Charbonnier, leyó al rey un decreto del Concejo municipal, por el cual se disponía recoger el papel blanco, la tinta, las plumas, los lápices, y hasta el papel escrito que llevasen consigo los presos o que se encontrase en sus habitaciones. En la medida iban comprendidos los ayudas de cámara y demás personas de la servidumbre. Cuando los presos necesitasen algo, Clery lo pediría, previa la oportuna toma de razón en el registro del Concejo.

Las princesas entregaron sus tijeras, pero lograron ocultar sus lápices.

Mientras se hacía está indagación, supo Clery por un municipal, que aquella misma noche sería el rey trasladado a la torre grande; y se lo comunicó por conducto de madama Isabel.

La noticia era exacta: por la noche, al retirarse el rey después de cenar, le dijo un

municipal que esperase, pues el Concejo tenía que hacerle una comunicación. Pasados diez minutos, entraron los seis municipales que se habían llevado por la mañana los papeles, y leyeron al rey la orden del Ayuntamiento según la cual debía trasladársele a la torre grande.

Terrible noticia, que alteró la impasibilidad de Luis XVI, aunque prevenido de antemano para oírla. Toda la familia como que ansiaba leer en los ojos del rey y de los municipales a donde le conduciría aquel paso, dado en un sendero más horrible y sombrío que los demás; camino misterioso, desconocido, cargado de nubes, en cuyo horizonte alboreaba el 21 de enero.

Clery acompañó al rey a su nueva cárcel.

Por efecto de tantas emociones enfermó Luis XVI, y a duras penas se le proveyó de médico y boticario, pues creían que el mal era fingido. MM. Lemonnier y Robert le asistieron, y el Ayuntamiento exigió que se le remitiese un parte diario del estado de su salud.

Era tal la prisa por separar a Luis XVI de los suyos, que ni siquiera aguardaron a que se acabase de componer la habitación; no había en ella sino una sola cama y ningunos muebles; y como aún trabajaban allí los pintores y empapeladores, el olor era insoportable.

Clery pasó la noche en una silla junto al lecho del rey. Quisieron separarlos; pero tan grandes fueron las instancias de Luis XVI, que se autorizó a Clery para que permaneciese a su lado.

Luego que se hubo levantado el rey, trató Clery de dirigirse a la torre pequeña, para emplearse en el servicio del Delfín; pero los municipales se lo impidieron, y un tal Véron le dijo:

—No os volveréis a comunicar con los demás presos, ni tampoco vuestro amo: ¡este no verá más a sus hijos!

A las nueve mostró el rey deseos de ver a su familia, pues Clery se había guardado bien de repetirle las palabras del municipal; pero los que le custodiaban le contestaron brutalmente:

—No tenemos órdenes para ello.

Dentro de un cuarto de hora entraron dos municipales, seguidos de un mozo de café con un pedazo de pan y una botella de limonada para el desayuno del rey. Luis XVI dijo a aquellos hombres que quería comer con su familia.

—Lo participaremos al Ayuntamiento —respondieron.

—Pero, insistió el monarca, a lo menos que se permita bajar a mi ayuda de cámara: él cuidaba de mi hijo, y no creo haya dificultad para que continúe haciéndolo.

—Eso no depende de nosotros —dijeron los comisionados, retirándose en seguida.

Clery, sentado en un rincón del aposento, sollozaba teniendo la cabeza cogida entre las manos. Mirole el rey un instante, sin desplegar los labios; dirigióse luego a

donde estaba, y le dijo, presentándole la mitad del pan que le habían traído para su desayuno:

—A lo que parece, se han olvidado de vos, Clery; tomad: me basta con el sobrante.

Resistiose Clery al principio; pero como le instase el rey cogió, anegado en llanto, el pan que Luis XVI le alargaba. Este, no obstante su impasibilidad, derramó también algunas lágrimas.

A las diez entraron más municipales, y con ellos los obreros que debían seguir trabajando en la habitación. Uno de ellos se acercó al rey y le dijo, que acababa de presenciar el almuerzo de su familia, la cual continuaba sin novedad: Luis XVI le dio gracias, y encontrándole algo benévolo le preguntó, si le sería permitido hacer venir unos cuantos libros que había dejado en la estancia de la reina, pues no tenía nada que leer.

El municipal contestó afirmativamente, y el rey le indicó los libros que quería; pero como aquel no sabía leer, propuso a Clery que le acompañase. Este, contentísimo con aquella ocasión que se le presentaba para dar a la familia real noticias del monarca, fue con el municipal y halló a la reina en su aposento, en medio de sus hijos y al lado de madama Isabel. Los infelices presos lloraban, y su llanto se redobló al ver a Clery. María Antonieta, haciendo acallar su orgullo y quebrantada por tan inmenso dolor, suplicó ardientemente a los municipales que se le permitiese estar junto a su esposo, a lo menos a la hora de comer, unos cuantos minutos cada día: súplica que principió por una queja, por lágrimas, y que se convirtió al fin en un prolongado y doloroso grito, al cual no pudieron resistir los municipales.

—¡Tanto peor! —dijo uno de ellos—; hoy comerán juntos; pero como nuestra conducta está subordinada a la voluntad del Ayuntamiento, mañana ejecutaremos lo que este nos prescriba.

Todos consintieron en la reunión de la familia.

¡Día de gozo para aquellos desgraciados! La reina cogía en brazos a sus hijos, madama Isabel daba gracias a Dios por la dicha inesperada que les concedía, los municipales lloraban, y hasta Simon no pudo menos de exclamar:

—Tengo para mí que estas bribonas de mujeres me harán llorar.

En seguida, dirigiéndose a la reina, añadió:

—Seguro que no llorabais cuando el 10 de agosto hacíais asesinar al pueblo.

Clery tomó los libros pedidos por el rey y se los llevó: los municipales que entraron detrás de él, anunciaron al monarca que vería a su familia. Clery se aprovechó del buen aire que soplaba, para suplicar que se le permitiese servir al rey y al Delfín; y como aquel era un día bendecido, se accedió a su solicitud.

La comida se verificó en la habitación del rey, y a continuación mostraron a la reina el cuarto que se estaba preparando para ella, encima del de su esposo. Desgraciadamente había mucho que trabajar todavía; y aunque ella instó repetidas veces a los obreros para que se diesen prisa, estos manifestaron que no estaría todo

concluido hasta dentro de tres semanas.

En efecto, pasadas estas, ocupó María Antonieta su nueva habitación; pero un gran dolor señaló aquel día con tanta impaciencia aguardado, pues se arrancó de su lado al Delfín, que fue a vivir con el rey.

Importante es que demos conocimiento de la torre grande a nuestros lectores, para la mejor inteligencia de los acontecimientos que en ella van a suceder. Esta descripción la tomamos de las Memorias de Clery.

Tenía ciento cincuenta pies de altura poco más o menos y constaba de cuatro pisos, embovedados y sostenidos por una columna que llegaba desde la base hasta la cúspide. Lo interior contaría unos treinta pies cuadrados.

El segundo y tercer piso, destinados a la familia real, de una sola pieza como todos, fueron divididos en cuatro aposentos por medio de un tabique de madera. El cuarto bajo era para los municipales; el principal servía de cuerpo de guardia; en el segundo se alojaba Luis XVI.

La primera pieza de su habitación era una antecámara con tres puertas, cada una perteneciente a un aposento. En frente de la puerta para los que venían de afuera, estaba la alcoba del rey, donde se colocó además una cama para el Delfín. A la izquierda estaba la de Clery y también el comedor, separado de la antecámara por un tabique de cristales. En el aposento del rey había una chimenea: una grande estufa, colocada en la antecámara, calentaba las demás piezas. Todas ellas tenían su ventana; pero los barrotes de hierro y los tragaluces que se les habían puesto por la parte de afuera, impedían la circulación del aire: los alféizares de las ventanas contaban nueve pies de profundidad.

Esta torre comunicaba por cada uno de los pisos con cuatro torrecillas situadas en los ángulos. En una de estas torrecillas estaba la escalera que conducía a las almenas, y la alumbraban siete ventanillos o postigos, colocados de distancia en distancia. De esta escalera se pasaba al piso correspondiente, salvando antes dos puertas; una de madera de encina, muy gruesa y guarnecida de clavos, y otra de hierro.

Otra torrecilla daba a la habitación del rey, formando una especie de gabinete. La tercera se había reservado para guardaropa; y en la cuarta estaba la leña, y además, durante el día, las camas portátiles de los municipales que custodiaban a Luis XVI.

Las cuatro piezas de la habitación de este tenían un cielo raso de lienzo y los tabiques estaban forrados de papel de color. El de la antecámara figuraba lo interior de una cárcel, y en uno de los tableros se leía en grandes caracteres: *La declaración de los derechos del hombre*, con una orla tricolor.

Una cómoda, un pequeño escritorio, cuatro sillas de tapicería, un sillón, algunas sillas de paja y un lecho con colchones de damasco verde, eran todos sus muebles: se habían traído, como los de las demás habitaciones, del palacio del Temple. La cama del rey era la que había ocupado el capitán de guardias del conde de Artois.

María Antonieta habitaba en el tercer piso, cuya distribución era casi idéntica a la del segundo. La alcoba de la reina y de madama Royale estaba encima de la del rey;

la torrecilla le servía de gabinete. Madama Isabel ocupaba el aposento construido sobre el de Clery. Los municipales pasaban el día y la noche en la antecámara; y se señaló por alojamiento a Tison y su mujer la alcoba debajo de la cual tenía su comedor el rey.

El cuarto piso se hallaba desocupado. En lo interior de las almenas había una galería, que servía a veces de paseo; y para que la familia real no viese ni fuese vista, se colaron allí celosías.

La reunión de los presos en la torre grande no alteró las horas de lectura ni las del paseo.

CAPÍTULO XLIII

SUMARIO.—Se quitan al rey las insignias de sus órdenes.—Duras condiciones a que se somete Clery.—Concesión y negativa de los periódicos.—Toulan y la reina.—El albañil y el Delfín.—Se recogen los cuchillos, las tijeras y los cortaplumas.—Noticias que se dan o Clery.—Confidencias hechas al rey.—Temores de este.—El número 16 es desgraciado.—Separación de Luis y de su hijo.—El rey es conducido a la Convención.

El 7 de octubre, a las seis de la tarde, tuvo orden Clery de bajar a la sala del Consejo, donde le esperaban unos veinte municipales, presididos por Manuel: era para ordenarle que procediese desde luego a quitar de los vestidos del monarca las insignias de las órdenes con que aún estaba condecorado; tales como las de San Luis y del Toison: la primera Asamblea había suprimido la del Espíritu Santo, y desde entonces no la llevaba el rey.

Clery se resistió a comunicar a Luis XVI aquel mandato, y entonces Manuel fue con los comisionados a hacerlo por sí mismo. Encontraron al rey leyendo. Manuel se acercó a él.

—¿Cómo os va? —le preguntó—, ¿tenéis todo lo que necesitáis?

—Me contento con lo que tengo —respondió el monarca.

—Sin duda —continuó Manuel—, ¿estaréis informado de las victorias de nuestros ejércitos, de la toma de Espira, de la de Niza, de la conquista de Saboya?

—Hace días he oído hablar del asunto a uno de esos señores que leía el diario de la tarde.

—¡Cómo!, ¿no tenéis a mano los periódicos, ahora que son tan interesantes?

—No recibo ninguno.

—Señores —dijo Manuel dirigiéndose a los municipales—, desde hoy es precisó facilitarle todos los periódicos, para que se instruya de nuestros triunfos.

Y continuó, volviéndose al rey.

—Los principios democráticos se propagan: ¿sabéis que el pueblo ha abolido la monarquía y proclamado en su lugar la República?

—Lo he oído; y ruego a Dios que los franceses encuentren en su nueva forma de gobierno la felicidad que yo he deseado proporcionarles.

—También sabréis que la Asamblea ha suprimido todas las Órdenes de Caballería. Ya os debieran haber advertido que os quitaseis las insignias, como los demás ciudadanos, cuyo igual sois al presente. ¿Necesitáis alguna cosa?

—Gracias; nada necesito.

Volvió en seguida a su lectura y la diputación se retiró. Manuel había creído hallar la desesperación en la desgracia, y solo encontró una conformidad estóica.

Uno de los municipales previno a Clery que le siguiese; y cuando llegaron a la sala del Consejo, le dijo Manuel:

—Obrareis con acierto en remitir a la Convención las cruces y cintas del preso. Os debo así mismo advertir, que su cautividad podrá durar mucho, y que si no es vuestra intención permanecer aquí, haréis bien en decirlo. Para que la vigilancia sea más cómoda, se trata de disminuir el número de las personas empleadas en la torre; y si decidís quedaros al lado del exrey, estaréis completamente solo, aumentándose en consecuencia las fatigas de vuestro servicio: el agua y la leña os las traerán semanalmente; pero a vos tocará la limpieza de la habitación y los demás trabajos.

—Me someto a todo —respondió Clery, determinado como estaba a no abandonar al rey.

Se le condujo entonces al cuarto del monarca, quien le dijo al verle:

—Ya habéis oído, Clery: esta tarde quitareis de mis vestidos todas las condecoraciones.

De acuerdo con la indicación de Manuel, llevaron al rey los periódicos el 9 de octubre; pero al cabo de cuatro o cinco días, un municipal, llamado Miguel, perfumista, hizo acordar de nuevo la prohibición de la entrada de los papeles públicos en la torre.

Sin embargo, cuando algún periódico contenía acusaciones infames contra la reina o atroces injurias contra el rey, se suspendía la prohibición: por ejemplo, a un diario en que un artillero pedía la cabeza del tirano Luis XVI, para cargar con ella su cañón y enviarla al enemigo, se le abrieron de par en par las puertas.

Pero, como en medio de una nebulosa noche brilla alguna estrella perdida u olvidada en la inmensidad, así en medio de todo aquel cúmulo de insultos y padecimientos inauditos, brillaban casos singulares de adhesión o algún testimonio de tierna sensibilidad.

Un joven llamado Toulan, se acercó un día a Clery, y estrechándole la mano, le dijo misteriosamente:

—No puedo hablar ahora a la reina, porque me lo estorban mis camaradas; pero advertidle que su encargo está hecho y que dentro de unos días estaré de servicio y le traeré la respuesta.

Clery, creyéndole enemigo de la reina, le expresó su extrañeza de que se dirigiese a él con tales comisiones.

—No os asustéis; os conozco —repuso Toulan, estrechándole con más fuerza la mano: en seguida se retiró.

Clery contó a la reina esta conversación, y María Antonieta le dijo que se fiara de Toulan.

Complicado este joven en el proceso de la reina, con nueve concejales más, fue a su tiempo condenado y guillotinado.

Ocupábase otro día un picapedrero en agujerear la pared de la antecámara para la colocación de enormes cerrojos. Mientras el obrero almorzaba, se divertía el Delfín con las herramientas, y el monarca tomó el martillo y el escoplo, enseñándole a servirse de ambos. Esto produjo un extraño efecto en el picapedrero: levantose, y

acercándose a Luis XVI, le dijo:

—Cuando salgáis de aquí, podréis alabaros de haber trabajado en; vuestra misma cárcel.

—¡Ah! —respondió el infeliz monarca, exhalando un suspiro—, ¡cuándo y cómo saldré yo de esta torre!...

Echoso a llorar el Delfín; el obrero apartó el rostro para enjugarse una lágrima, y el rey, dejando caer el martillo y el escoplo, entró en su alcoba y se estuvo paseando allí largo tiempo.

El 7 de diciembre fue un municipal al Temple, seguido de una diputación del Ayuntamiento, y pasó a la habitación de Luis XVI, para leerle un decreto por el cual se mandaba quitar a los presos los cuchillos, navajas de barba, tijeras, cortaplumas y cualesquiera otros instrumentos cortantes de que se acostumbra despojar a los delinquentes. Mientras leía, se le notaba al municipal cierta alteración en la voz.

El rey oyó con su impasibilidad habitual; sacando de su bolsillo una navaja y un pequeño *necesar*, extrajo de este último las tijeras y el cortaplumas: los municipales registraron después escrupulosamente todo el cuarto y se trasladaron al de la reina con igual objeto.

Por lo visto, la resolución de enjuiciar al rey y de llevarle a la barandilla, se aproximaba.

La reina, madama Isabel y hasta el monarca, como se ha visto por su respuesta al picapedrero, tenían los presentimientos más tristes; y estaban ansiosos de adquirir noticias, por lo mismo que las esperaban fatales.

La esposa de Clery vino a ver a este con una amiga suya; Clery bajó, como de costumbre, a la sala del Consejo, y mientras que la primera le hablaba en voz alta de sus asuntos domésticos, la segunda le decía sigilosamente:

—M. Clery, el martes próximo será conducido el rey a la Convención. Va a principiar su causa; S. M. podrá nombrar un abogado defensor: no Gabe duda en todo esto; lo sabemos de buena tinta.

Tal era la terrible nueva que aguardaban los presos: él rey no debía salir de su prisión sino para someterse a un juicio, cuyo desenlace sería la guillotina.

Como Luis XVI había recomendado a Clery que nada le ocultase, este le repitió palabra por palabra, mientras le desnudaba, la amarga revelación de su esposa.

El rey comprendió que se le iba a separar de su mujer y de sus hijos, y que apenas le quedaban tres o cuatro días para concertarse con ellos acerca del modo de mantener una correspondencia. Clery prometió aventurarlo todo para ver de conseguirlo.

Luis XVI subió la mañana siguiente al cuarto de las princesas para almorzar con ellas y estuvo hablando mucho tiempo con la reina. Entre tanto, logró Clery decir unas cuantas palabras a madama Isabel: le afligía la idea de haber dado tan triste noticia al rey; pero madama Isabel le tranquilizó.

—Serenaos, Clery —le dijo—; el rey agradece el afecto que le mostráis; lo que

más le tiene disgustado es el temor de que le separen de nosotras.

Luis XVI confirmó por la noche a Clery lo que le había manifestado su hermana.

—Continuad averiguando lo que podáis sobre mi destino futuro, y no temáis disgustarme: para no comprometeros, hemos convenido aparentar que lo ignoramos todo.

El 11 de diciembre se tocó generala en todo París. Las puertas del Temple se abrieron con estrépito: dos cañones y algunos soldados de a caballo entraron en el jardín. Los presos fingieron ignorar el motivo; pidieron espiraciones a los comisionados, y estos, sin contestarles, quedaron convencidos de que el rey no tenía idea de nada.

A las nueve subieron Luis XVI y el Delfín a almorzar con las princesas. Aún pasaron juntos una hora; pero inspeccionados por los municipales con más rigor que otras veces. Pasada la hora, fue preciso separarse; y como aparentaban ignorarlo todo, no hubo más remedio que devorar en secreto la inmensa angustia de tal situación.

El Delfín, que en realidad nada sabía, insistió con el rey en jugar su acostumbrada partida de *siam*, prefiriéndola a la de volante con que su hermana le brindaba: Luis XVI convino en ello; pero el Delfín, sea desgracia o torpeza, perdió siempre, y no pudo pasar del número 16.

—Cada vez que tengo el número 16 —dijo—, estoy seguro de perder la partida: este número es desgraciado para mí.

El rey no respondió; pero la frase le hirió en el corazón, como si fuese un presentimiento.

A las once, cuando el monarca daba lección de leer al Delfín, se presentaron dos municipales, anunciando que venían a buscar al príncipe para llevarle a la habitación de su madre. El rey preguntó por qué se hacía aquella traslación.

—El Ayuntamiento lo ordena —respondieron los comisionados.

El rey abrazó tiernamente a su hijo y encargó a Clery que le condujese al cuarto de su madre, lo que el fiel ayuda de cámara ejecutó al momento.

Uno de los comisionados avisó entonces al rey que el nuevo corregidor de París, Chambon, estaba en el Consejo y quería hablarle.

—¿Qué tiene que decirme? —preguntó. El municipal se encogió de hombros.

Paseose al principio Luis XVI y luego se sentó en un sillón, al lado de su cama. La puerta estaba a medio cerrar: el municipal y Clery ocupaban la primera pieza de la habitación. En la alcoba del rey no se oía el menor ruido, ni siquiera el de sus pisadas; con lo que se asustó el municipal y entró a ver en que consistía tal silencio. El preso tenía la cabeza entre sus dos manos:

—¿Qué me queréis? —dijo impaciente, levantándola.

—Temía que os sintieseis malo —respondió el municipal.

—Os doy gracias —repuso el rey—, pero debéis haceros cargo que el modo como se me arrebató a mi hijo, es para destrozarme el corazón.



BARBAROUX.

El municipal no contestó nada, y se retiró, andando hacia atrás.

A. la una se presentó el corregidor. Venía acompañado de Chaumette síndico del Ayuntamiento, de Coulombeau, secretario, de Santerre, comandante de la Guardia Nacional, y de muchos concejales.

—Vengo a buscaros —dijo el corregidor a Luis XVI—, para conducirlos a la Convención, en virtud del decreto que se os va a leer.

El secretario Coulombeau abrió un pliego y leyó lo siguiente:

«Luis Capeto comparecerá ante la Convención Nacional...».

El rey le interrumpió.

—Capeto no es mi nombre —dijo—; quien se llamó así fue uno de mis antepasados. Hubiera deseado, señores, que los comisionados me dejaran a mi hijo durante las dos horas que he estado aguardándoos; aunque tal tratamiento es consiguiente al que sufro aquí cuatro meses hace. Os seguiré, no por obedecer a la Convención, sino porque mis enemigos son dueños de la fuerza.

En seguida extendió el brazo y Clery le presentó la levita y el sombrero: el corregidor salió delante, detrás el rey, y Chaumette, Coulombeau y los concejales cerraron la marcha.

Luego que llegaron a la puerta entró el rey en el coche del corregidor, cuyos cristales estaban bajados, para satisfacer así la curiosidad de los transeúntes; el ruido de las ruedas hirió al mismo tiempo los oídos y el corazón de las princesas, advirtiéndoles que el monarca salía de la torre: unos aleros de encina les impedían verle partir.

Arrodilláronse junto a la ventana: la reina, apoyando su cabeza contra la pared,

buscaba en ella el sostén que su quebrantado cuerpo requería; y las dos princesas, una fuerte con su religión y otra con su juventud, oraban a su lado.

A la hora de comer estaban aun orando en el mismo sitio; y aunque querían continuar así, tuvieron que bajar por fuerza a la habitación del rey, donde comían ordinariamente. Se les aseguró que les permitirían aguardar allí al monarca; pero, en cuanto acababan de comer, tuvieron que subir de nuevo; entonces prosiguieron en sus oraciones, que duraron hasta que el ruido del coche les anunció la vuelta de Luis XVI. Eran las seis de la tarde.

Veamos lo que había pasado durante esta primera ausencia del preso.

CAPÍTULO XLIV

SUMARIO.—El rey y su escolta.—Su impasibilidad.—Su aspecto innoble.—Camino que siguió la comitiva.—Santerre introduce al prisionero.—Silencio de la Asamblea.—Interrogatorio del rey.

Cuando el rey llegó a la puerta de la calle, se encontró con una escolta, o más bien un ejército compuesto de caballería, infantería y artillería; al frente estaba un escuadrón de gendarmería nacional; luego seguían tres cañones con su movimiento sordo y fúnebre; el coche del rey iba después, llevando a sus costados dos hileras de infantería, y detrás un escuadrón de caballería: cerraban la marcha algunos cañones más.

Todo se hallaba dispuesto para hacer fuego en caso necesario; los carros estaban atestados de cartuchos, y cada fusilero llevaba diez y seis.

En los árboles de los *Boulevards*, en los paseos, y en las puertas y ventanas de las casas se veía multitud de cabezas, cuyas miradas llenas de curiosidad o de ternura, buscaban al rey.

Por desgracia Luis XVI se mostraba lo que siempre, esto es, no un rey fuerte, melancólico y digno como Carlos I, sino un hombre grueso, con la vista miope y apagada, la barba rubia y clara, los movimientos pesados, tímidos y sin majestad. Sucedió aquel día lo mismo que en el viaje de Varennos y el 10 de agosto; la gente que acudía a compadecerse de él, no lo hacía, los indiferentes se burlaban, los burlones silbaban y se oía decir a muchos:

—Lo veis, ya no es un rey el que pasa, sino el espectro del trono.

La comitiva cruzó el *Boulevard*, tomó por la calle de Capuchinos y la plaza Vendôme y llegó al fin a la Convención. Durante todo el camino sacaba el rey la cabeza por la ventanilla, no para conmover al pueblo, sino para reconocer los lugares, y nombrar cada calle, cada monumento.

Al pasar por delante de las puertas de San Martín y San Dionisio, las miró como si fuese aquella la primera vez que las veía, y preguntó volviéndose hacia el corregidor:

—¿Cuál de estas dos puertas es la que debe ser demolida de orden de la Convención?

Cuando llegaron al patio se apeó Santerre del caballo, cogió al preso por el brazo y le condujo a la barandilla de la Asamblea.

Al verle todos callaron.

El presidente le dijo:

—Luis, la nación francesa os acusa, y la Convención Nacional ha señalado el día de hoy, 3 de diciembre, para que seáis oído. Se va a proceder a la lectura de los antecedentes. Sentaos.

Hízolo así el rey, y un secretario leyó el acta comprensiva de los hechos.

Concluida la lectura, dijo el Presidente:

—El pueblo francés os acusa de haber cometido multitud de crímenes, para restablecer vuestra tiranía, destruyendo su libertad.

El 20 de junio de 1789, habéis atentado contra la soberanía popular, suspendiendo las asambleas de sus representantes, y arrojando a estos violentamente del lugar donde celebraban las sesiones. La prueba existe en la sumaria que se instruyó en el Juego de pelota de Versalles por los individuos de la Asamblea Constituyente. ¿Qué tenéis que responder a este cargo?

Luis: En aquel tiempo no existía ley alguna que tratase del particular.

El Presidente: Habéis querido dictar leyes a la nación el 23 de junio. Cercasteis de tropas a los diputados, les presentasteis dos declaraciones reales contra la libertad y disteis orden para que se dispersaran. La sumaria evidencia tales atentados. ¿Qué respondéis?

Luis: Lo mismo que he dicho antes.

El Presidente: Habéis enviado un ejército contra los ciudadanos de París; vuestros satélites han hecho correr la sangre del pueblo, no envainando las espadas hasta que se supo la toma de la Bastilla, la insurrección general y la victoria de los libres. Los discursos que dirigisteis a las diferentes diputaciones de la Asamblea en los días 9, 12 y 14 de julio, dieron a conocer vuestras intenciones, atestiguando estas, además, los asesinatos de las Tullerías. ¿Qué respondéis?

Luis: En ese tiempo era dueño de disponer de las tropas a mi arbitrio; pero nunca fue mi intención que se derramara sangre.

El Presidente: Después de aquellos acontecimientos, y a pesar de las promesas que hicisteis el 15 en la Asamblea y el 17 en el Hôtel-de-Ville, habéis persistido en vuestros proyectos liberticidas, eludiendo por mucho tiempo la ejecución de los decretos del 11 de agosto, concernientes a la abolición de la servidumbre personal, del régimen feudal y del diezmo; negándoos a sancionar la declaración de los derechos del hombre, aumentando el número de vuestros guardias de corps, llamando a Versalles el regimiento de Flandes, permitiendo que en las orgías palaciegas se pisase la escarapela nacional y se enarbolase la blanca; y por último, provocando una nueva insurrección que causó la muerte de muchos ciudadanos. Solo cambiasteis de tono al ver derrotados a vuestros satélites; y entonces renovasteis vuestras pérfidas promesas. Las pruebas de estos hechos se hallan consignadas en vuestras propias observaciones del 18 de setiembre, en los decretos del 11 de agosto, en la sumaria de la Asamblea Constituyente, en los acontecimientos de Versalles del 5 y 6 de octubre, y en el discurso que pronunciasteis el mismo día ante una diputación de la enunciada Asamblea, cuando dijisteis que pensabais ilustraros siempre con los consejos de los representantes de la nación. ¿Qué respondéis?

Luis: Hice las observaciones que creí justas y necesarias acerca de los decretos que me fueron presentados; cuanto se ha dicho con respecto a la escarapela es falso.

El Presidente: No habéis cumplido el juramento que prestasteis a la Confederación del 14 de julio. Al poco tiempo intentasteis corromper el sentimiento público, ayudado de *Talon*, que al efecto trabajaba en París, y de *Mirabeau*, que debía imprimir en las provincias un movimiento contrarrevolucionario. Para llevar a cabo semejante corrupción, habéis esparcido muchos millones, sirviéndoos de la popularidad como de un instrumento para esclavizar al pueblo. Estos hechos resultan de una memoria de *Talon*, anotada de vuestro puño y letra, y de una carta que os escribió *Laporte* el 19 de abril, en la que refiriendo su conversación con *Rivarol*, os decía, que los millones gastados habían sido infructuosos. ¿Qué tenéis que responder?

Luis: No recuerdo precisamente lo que sucedió en ese tiempo; pero de todos modos, pasó antes de que aceptase la Constitución.

El Presidente: ¿No anduvisteis, a consecuencia de un proyecto de *Talon*, derramando dinero entre los obreros del arrabal de San Antonio?

Luis: Mi mayor placer consistía en socorrer a los que lo necesitaban, pero lo hacía sin objeto alguno político.

El Presidente: ¿No os fingisteis enfermo, para conocer así la opinión pública acerca de vuestro viaje a Saint-Cloud o a Rambouillet, pretextando que ibais a restablecer vuestra salud?

Luis: Semejante acusación es absurda.

El Presidente: Hacía tiempo que teníais premeditado un proyecto de evasión. El 23 de febrero os fue remitida una memoria indicándoos los medios de realizarlo, y vos mismo la anotasteis. El 28 una multitud de nobles y militares ocuparon los salones de las Tullerías. El 18 de abril quisisteis marcharos de París con dirección a Saint-Cloud; pero la resistencia del pueblo os dio a conocer cuán grande era su desconfianza. Tratasteis de disiparlas, comunicando a la Asamblea Constituyente una carta que dirigíais a los agentes de la Francia en cierta corte extranjera, anunciándoles que habíais aceptado libremente los artículos constitucionales. Mandasteis a los ministros que no firmaran acto alguno que emanase de la Asamblea Nacional, y prohibisteis al de Justicia que entregara los sellos del Estado. El dinero del pueblo se prodigaba para asegurar el éxito de la conspiración liberticida, debiendo proteger a esta la fuerza pública a las órdenes de Bouillé, encargado de dirigir poco antes los asesinatos de Nancy, y a quien escribisteis *que cuidase de conservar su popularidad porque podía ser muy útil*. Estos hechos se justifican con la memoria del 23 de febrero anotada de vuestro puño, con la declaración del 20 de junio que escribisteis vos mismo; con la manifestación del 4 de setiembre de 1790 que enviasteis a Bouillé, y con una nota de este último en que os daba cuenta del uso que había hecho de los 993,000 francos entregados por vos a él, cuya mayor parte la distribuyó entre la tropa que debía escoltaros, con objeto de corromperla. ¿Qué respondéis?

Luis: No tengo conocimiento de la memoria del 23 de febrero. En lo que concierne al viaje que hice a Varennes, me refiero a las respuestas que di a la Asamblea Constituyente.

El Presidente: Después de vuestra prisión en Varennes, se os privó, aunque por poco tiempo, del ejercicio del poder ejecutivo, y sin embargo conspirasteis. El 17 de julio se derramó en el Campo de Marte la sangre del pueblo. Una carta escrita de vuestro puño y letra a Lafayette, en 1790, prueba que existía entre ambos una correspondencia criminal, siendo sabedor de ella Mirabeau. Bajo auspicios tan fatales comenzó la revisión. Empleasteis todos los medios imaginables para corromper, pagando libelos, folletos y periódicos a fin de extraviar la opinión pública, y defender la causa de los emigrados. En los registros de setiembre constan las enormes sumas empleadas en tales manejos contra la libertad. Aparentasteis aceptar la Constitución el 14 de setiembre, anunciando en todos vuestros discursos que tratabais de sostenerla; y antes de concluirse estabais ya trabajando parra destruirla.

Luis: Lo que pasó el 17 de julio no me concierne de modo alguno. Ignoro lo demás.

El Presidente: El 14 de julio se celebró un convenio en Pilnitz, entre Leopoldo de Austria y Guillermo de Brandeburgo, para restablecer la monarquía absoluta en Francia, y nada dijisteis de él hasta que lo supo toda Europa. ¿Qué tenéis que responder?

Luis: Tan luego como llegó a mi noticia, lo comuniqué a la Asamblea; por lo demás, según la Constitución, ese negocio pertenecía a los ministros.

El Presidente: Así que Arles hubo enarbolado el estandarte de la rebelión, tratasteis de protegerla, enviando tres comisionados civiles que se ocuparon, no en comprimir los elementos revolucionarios, sino en justificar sus atentados. ¿Qué respondéis?

Luis: Las instrucciones que recibieron los comisionados probarán cual era su misión. A ninguno de ellos conocía cuando me los presentaron los ministros.

El Presidente: Habiéndose reunido Aviñon y el condado Venaissin a la Francia, no pusisteis en ejecución el decreto que lo disponía hasta un mes después, dando motivo con la demora a que la guerra civil haya desolado aquel país. Los comisionados que enviasteis sucesivamente concluyeron de devastarlo. ¿Qué respondéis?

Luis: Ese hecho no me concierne personalmente. Ignoro el tiempo que se tardó en ejecutar el decreto; respondan de la demora los que estaban encargados de cumplimentarlo.

El Presidente: Desde los primeros días de la libertad se notó grande agitación en Nimes, Montalban, Mende y Jales; pero, a pesar de las noticias que de allí recibíais, nada hicisteis para ahogar ese germen revolucionario hasta el momento en que estalló la conspiración de Soissons. ¿Qué respondéis?

Luis: En el particular di cuantas órdenes me propusieron los ministros.

El Presidente: ¿No enviasteis veinte y dos batallones contra los marseleses que marchaban a Arles a destruir la contrarrevolución?

Luis: Sería necesario tener a la vista los documentos, para responder con exactitud

a ese cargo.

El Presidente: Entregasteis el mando del ejército del Mediodía a Wigenstein, que en 21 de abril de 1792, después de revocarse su destierro, escribía: a Faltó poco para volver a rodear el trono de millares de franceses, dignos de los votos que hace V. M. por su felicidad. ¿Qué respondéis?

Luis: Esa carta debe ser posterior a su retorno; desde entonces no se le ha vuelto a emplear. No me acuerdo de semejante carta.

El Presidente: Habéis pagado en Coblenza sus asignaciones a vuestros exguardias de corps, como lo demuestran los registros de Septeuil; y muchas órdenes que firmasteis patentizan las sumas considerables que enviabais a Bouillé, Rochefort, Vauguyon, Choiseul-Beaupré y a las señoras de Hamilton y de Polignac. ¿Qué respondéis?

Luis: En cuanto supe que se estaba formando un cuerpo de guardias de corps al otro lado del Rin, prohibí que recibiesen ningún sueldo. Todo lo demás lo ignoro.

El Presidente: Vuestros hermanos, enemigos de la nación, han alistado a los emigrados bajo su bandera, formando regimientos y celebrando tratados de alianza en nombre vuestro; actos que solo habéis reprobado, cuando estabais ya seguro de que en nada podíais perjudicar a sus proyectos. La prueba de que obrabais de acuerdo, existe en una esquila escrita por Luis Estanislao Javier y firmada por vuestros hermanos, que decía: «Os hemos escrito anteriormente; pero como era por el correo, nada pudimos deciros. Somos aquí dos cuerpos y un alma; pues que profesamos idénticos principios, participamos de iguales sentimientos y tenemos el mismo ardiente deseo de servirlos. Guardamos el más profundo silencio; porque, si hablásemos antes de tiempo fuera fácil comprometeros; pero, luego que contemos con el apoyo de la nación, lo que no está lejos, nos oirán. Si alguien viniere a hablarnos de parte de esa gente, no le oiremos; si viniere de la vuestra, entonces sí; mas siguiendo siempre la senda que nos hemos trazado. En esta inteligencia, si os obligaren a decirnos algo, obrad sin temor; vivid seguro de que nuestra existencia os pertenece y de que trabajamos en vuestro favor con buen éxito. Nuestros enemigos tienen sobrado interés en conservaros, para cometer con vos un crimen inútil y que acabaría de perderlos. Adiós. L. E. Javier y Carlos Felipe».

»¿Qué respondéis?».

Luis: No bien supe lo que mis hermanos hacían, lo desaprobé, según prescribía la Constitución. Respecto a la esquila, no me acuerdo de ella.

El Presidente: El ejército de línea solo constaba de cien mil hombres a últimos de diciembre, de manera que no tomasteis medida alguna para atender a la seguridad del Estado. Narbonne, que era vuestro agente, había pedido una quinta de cincuenta mil hombres; pero decretó que no se reclutasen más que veinte y seis mil, asegurando falsamente que todo estaba preparado al efecto. Poco tiempo después, Servan propuso la formación de un campamento de veinte mil hombres en las inmediaciones de París; la Asamblea lo decretó y negasteis vuestra sanción. El entusiasmo patriótico hizo que

saliesen de todos los puntos de la Francia miles de ciudadanos con dirección a París; y para detenerlos en el camino, disteis una proclama. Sin embargo, escaseaban los soldados en nuestros ejércitos; y Dumouriez, que sucedió a Servan, declaró que la nación carecía de armas, de municiones y de víveres, y que las plazas de guerra se hallaban indefensas. ¿Qué respondéis?

Luis: He dado cuantas órdenes he creído convenientes al aumento del ejército; los estados han sido remitidos a la Asamblea; si no están exactos, no es mía la culpa.

CAPÍTULO XLV

SUMARIO.—Continuación del interrogatorio.—Nota de los documentos en que se fundó la acusación.—Sale el rey de la Asamblea.—El pedazo de pan.—Incomunicación del rey.—Sus reclamaciones son inútiles.—La reina pide los periódicos.—El concejo general desecha la petición.—Alternativa respecto al Delfín.—El rey se consagra exclusivamente a su proceso.

El Presidente: Encargasteis a los comandantes de las tropas que desorganizasen el ejército, incitando a regimientos enteros a pasar el Rin y ponerse a las órdenes de vuestros hermanos y de Leopoldo de Austria. Está probado este hecho con la carta de Toulangeon, comandante general del Franco-Condado. ¿Qué respondéis?

Luis: Esa acusación es falsa.

El Presidente: Encargasteis a vuestros agentes diplomáticos que favoreciesen la coalición de las potencias extranjeras contra la Francia; y muy particularmente que cimentasen la paz entre la Turquía y el Austria, a fin de que esta última pudiese disponer de las tropas fronterizas, y aumentar con ellas el ejército que debía marchar contra nosotros. Este hecho está probado por la carta de Choiseul-Gouffier, antiguo embajador en Constantinopla. ¿Qué respondéis?

Luis: M. de Choiseul no ha dicho la verdad.

El Presidente: Para proponer, por medio de un mensaje, el alistamiento de cuarenta y dos batallones, habéis esperado a que se requiriese al ministro Sajard, exigiéndole que indicase los medios con que contaba para atender a la seguridad de la nación. Los prusianos avanzaban entre tanto hacia nuestras fronteras; y cuando el 8 de julio se interpeló a vuestro ministro sobre el estado de nuestras relaciones con la Prusia, respondisteis, que cincuenta mil prusianos venían contra nosotros, y que dabais aviso al cuerpo Legislativo, según lo prevenía la Constitución, de que pronto empezarían las hostilidades. ¿Qué respondéis?

Luis: Hasta entonces no tuve conocimiento de los hechos; toda la correspondencia diplomática pasaba por las manos de los ministros.

El Presidente: Habéis confiado el despacho de la guerra a d'Abancourt, sobrino de Calonne; siendo tal el buen éxito de vuestra conspiración, que las plazas de Longwy y de Verdun se rindieron, apenas se presentó el enemigo. ¿Qué respondéis?

Luis: Ignoraba que d'Abancourt fuese sobrino de Calonne; en cuanto a lo demás, no he sido yo quien ha dejado desguarnecidas esas plazas: nunca lo hubiera hecho.

El Presidente: ¿Quién ha desguarnecido, pues, a Longwy y a Verdun?

Luis: Lo ignoro.

El Presidente: Habéis destruido nuestra marina. Muchos oficiales del cuerpo estaban emigrados; tanto, que apenas quedaba el número suficiente para el servicio de los puertos. Sin embargo, Bertrand concedía pasaportes a todo el mundo; y cuando el

cuerpo Legislativo os expuso el 8 de marzo su criminal conducta, disteis por respuesta que estabais satisfecho de sus servicios. ¿Qué respondéis?

Luis: Hice cuanto pude para que no emigrasen los oficiales. La Asamblea Nacional no alegaba contra Bertrand queja alguna que legitimase su acusación; y yo creí que podía continuar en su puesto.

El Presidente: Habéis protegido en las colonias el mantenimiento del poder absoluto. La coincidencia de fomentar allí vuestros agentes los motines y la contrarrevolución, en la misma época en que debía efectuarse esta en Francia, es una prueba de que dirigíais toda esa trama. ¿Qué respondéis?

Luis: Si ha habido personas que se llamasen mis agentes, no han dicho la verdad. Nunca he mandado nada de cuanto decís.

El Presidente: Os habéis declarado protector de los fanáticos que agitaban lo interior del Estado, manifestando la intención evidente de recobrar por tal medio vuestro antiguo poder. ¿Qué respondéis?

Luis: Nada; pues ignoraba completamente el proyecto a que aludís.

El Presidente: El cuerpo Legislativo expidió un decreto contra los eclesiásticos revoltosos, y no lo pusisteis en ejecución. ¿Qué respondéis?

Luis: La Constitución me dejaba la libre sanción de los decretos.

El Presidente: Los desórdenes iban creciendo. El ministro declaró, que no conocía en las leyes existentes medio alguno para castigar a los culpados. El cuerpo Legislativo dio un nuevo decreto que tampoco ejecutasteis. ¿Qué respondéis?

Luis: Lo mismo que a la pregunta anterior.

El Presidente: La mala conducta de la guardia que la Constitución os había concedido, ocasionó su despedimiento. A la mañana siguiente escribisteis una carta a sus individuos, diciéndoles que estabais satisfecho de su modo de portarse; y continuasteis pagándoles sus sueldos. Este hecho se comprueba con las cuentas de la tesorería de la lista civil. ¿Qué tenéis que responder?

Luis: Tan pronto como se creó la nueva guardia, de que hablaba el decreto, dejé de pagar a la antigua.

El Presidente: Habéis conservado los guardias suizos, a pesar de que la Constitución os lo prohibía, y de que un decreto de la Asamblea Legislativa disponía su extinción.

Luis: Me he ceñido estrictamente al decreto sobre la materia.

El Presidente: Formasteis en París compañías particulares, con el encargo de promover desórdenes y utilizarlos en favor de vuestro plan contrarrevolucionario. Dangremont y Gilíes eran dos de vuestros agentes, pagados por la lista civil. Los recibos de Gilles, encargado de organizar una compañía de sesenta hombres, se os presentarán a su tiempo. ¿Qué tenéis que responder?

Luis: Carezco de noticias acerca de los proyectos que se me imputan, como que jamás me ha ocurrido la idea de una contrarrevolución.

El Presidente: Quisisteis sobornar a muchos individuos de las Asambleas

Constituyente y Legislativa, empleando al efecto sumas considerables. A su tiempo se os presentarán las cartas de Dufresne, Saint-Leon y otros. ¿Qué respondéis?

Luis: Hubo muchas personas que me presentaron algunos de los proyectos a que aludís; pero siempre los rechacé.

El Presidente: ¿Quiénes fueron los individuos de las Asambleas Constituyente y Legislativa que se dejaron sobornar?

Luis: Como que no intenté semejante cosa, no conozco ninguno.

El Presidente: ¿Quiénes fueron las personas que os presentaron los proyectos de que acabáis de hacer mención?

Luis: Como eran cosas vagas, no me acuerdo.

El Presidente: ¿A quién habéis prometido dinero?

Luis: A nadie.

El Presidente: Habéis permitido la deshonra de la nación francesa en Alemania, Italia y España, pues que no exististeis la pronta reparación de los insultos sufridos por los franceses en aquellos países. ¿Qué respondéis?

Luis: De la correspondencia diplomática debe aparecer lo contrario. Fuera de que eso incumbe a los ministros.

El Presidente: El 10 de agosto pasasteis revista a los suizos a las cinco de la mañana, y ellos fueron los primeros que dispararon contra los ciudadanos. ¿Qué respondéis?

Luis: Ese día pasé revista a todas las tropas que rodeaban el palacio; allí se encontraban las autoridades constituidas, las del distrito y el corregidor de París. Pedí a la Asamblea que me enviara una diputación de su seno para que me aconsejase en aquellas difíciles circunstancias, y me arrojé, por último, en sus brazos, viniendo a este sitio con toda mi familia.

El Presidente: ¿Por qué reforzasteis la guardia de los suizos en los primeros días del mes de agosto?

Luis: Porque el palacio iba a ser atacado. Todas las autoridades constituidas lo supieron, y yo, como autoridad constituida, debía defenderlo.

El Presidente: ¿Por qué mandasteis llamar al corregidor de París en la noche del 9 al 10 de agosto?

Luis: Porque circulaban rumores alarmantes.

El Presidente: Habéis ocasionado el derramamiento de sangre francesa. ¿Qué respondéis?

Luis: Que rechazo esa acusación.

El Presidente: ¿No autorizasteis a Septeuil para comerciar con granos, azúcares y cafés en Hamburgo y otras ciudades? las cartas de Septeuil prueban este hecho.

Luis: Ignoro lo que me decís.

El Presidente: ¿Por qué os opusisteis al decreto que disponía la formación de un ejército en las inmediaciones de París?

Luis: La ley fundamental me dejaba la libertad de hacerlo.

El Presidente: Luis ¿tenéis algo más que añadir?

Luis: Pido que se me dé copia de la acusación, que se me comuniquen los documentos, y que se me permita nombrar un abogado que entienda en mi defensa.

El Presidente: Luis, se os van a mostrar los documentos en que está fundada la acusación.

En seguida presentaron al rey una memoria de Talon anotada.

El Presidente le preguntó si reconocía como suya la letra de las notas: y contestó que no.

Declaró también que no reconocía una memoria de Laporte que le fue comunicada.

Le enseñaron una carta escrita de su puño y letra, y contestó que le parecía suya, reservándose explicar el contenido. Después que se leyó, dijo que aquello no había pasado de proyecto, que no la envió a su destino, y que ninguna relación tenía con la contrarrevolución.

Después le pusieron de manifiesto una carta de Laporte, cuya fecha era de su puño, y dijo que no conocía ni la carta ni la fecha, declarando lo propio respecto a otra del mismo individuo con fecha 3 de marzo de 1791 y dos más de 3 de abril, todas anotadas por su mano.

Le mostraron un proyecto de Constitución firmado por Lafayette, con nueve renglones a continuación de letra del rey, y respondió que, si tales cosas habían existido, la Constitución las había hecho desaparecer; no reconoció ni el documento ni la nota.

Tampoco reconoció dos cartas de Laporte con notas, una del 19 de abril y la otra del 23 de febrero de 1791.

Al llegar a un documento sin firma, que contenía una cuenta de gastos, dirigió el Presidente al rey la siguiente pregunta:

El Presidente: ¿Habéis mandado construir en una pared del palacio de las Tullerías un armario con una puerta de hierro y encerrado en él papeles?

Luis: Ignoro completamente lo que me decís; no conozco el documento sin firma.

Igual declaración dio sobre otro de la misma naturaleza anotado por él, por Talon y Sainte-Foi. No cupo mejor suerte a un tercer documento de la especie de los anteriores.

Reconoció un registro o diario, escrito por él, con el título de *pensiones o gratificaciones concedidas por el bolsillo secreto*, diciendo que eran limosnas que hacía.

También reconoció un estado de la compañía escocesa de guardias de corps, declarando que era anterior a la extinción de aquel cuerpo, y que no recibían la paga los que se habían ausentado; otro con la firma suya y de Laporte, correspondiente a la compañía de Noailles; otro relativo a la compañía de Grammont; y un estado referente a la compañía de Luxemburgo.

El Presidente: ¿Dónde depositasteis todos estos documentos?

Luis: Debieron encontrarse en poder de mi tesorero.

Declaró no tener conocimiento de un documento relativo a los Cien suizos; de una memoria firmada por Conway, de una copia certificada, cuyo original se hallaba depositado en el distrito de Ardèche, con la fecha de 14 de julio de 1792; de una carta referente al ejército de Jales; de otra copia de un documento depositado también en el distrito de Ardèche; de otra carta, sin sobre, alusiva al ejército de Jales; de otra copia de un original depositado igualmente en el distrito de Ardèche; de una copia de los poderes concedidos a Saillant; de otra que contenía las instrucciones y poderes conferidos a Conway por los hermanos del rey; de una carta en que Bouillé le daba cuenta de novecientos mil francos que él había entregado; de un legajo de cinco documentos encontrado en la cartera de Septeuil, dos de los cuales contenían vales firmados por Luis y recibidos de Bonnières; los otros eran esquelas. Tampoco reconoció otro legajo con ocho documentos, que equivalían a otros tantos poderes firmados por Luis en favor de Rochefort; una esquela de Laporte sin firma; un tercer legajo con dos documentos, concernientes a un donativo que hizo Luis a madama Polignac y a M. La Vauguyon; una esquela firmada por sus hermanos; una carta de Toulangeon dirigida a los mismos; un cuarto legajo relativo a Choiseul-Gouffier; una carta de Luis al obispo de Clermont; una copia, con la firma de Desniès; una factura de las pagas dadas a su guardia; otra de las sumas satisfechas a Gilbert; un documento relativo a las pensiones; una carta de Dufresne-Saint-Leon; y por último un impreso contra los Jacobinos.

Concluida la lectura dijo el presidente:

Luis: La Convención Nacional permite que os retiréis.

Al oír esto salió el rey de la Asamblea y entró en la sala Llamada de las diputaciones. Allí, sintiéndose excitado por el indómito apetito, que era una de las principales necesidades de su organización, pidió un pedazo de pan, que le trajeron al instante. El 10 de agosto se le envió una comida; el 11 de diciembre solo le presentaron un poco de pan.

La Convención mandó en seguida, que el comandante de la Guardia Nacional de París condujese de nuevo, sin demora, a Luis Capeto al Temple.



BILLAUD-VARENNES.

Llegó a eso de las seis. Durante su ausencia, como es fácil de concebir, fue grande la inquietud de los demás presos. La reina hizo cuanto pudo a fin de averiguar de los municipales el paradero del rey. Era la primera vez que se dignaba preguntar a los que la custodiaban; pero, a pesar de sus repetidas instancias, nada consiguió: aquellos hombres o lo ignoraban todo o no querían decir lo que sabían. Así que entró el rey en el Temple, su primer cuidado fue suplicar que le llevaran con su familia; pero le respondieron que no tenían tales órdenes. Insistió para que a lo menos anunciaran a la reina su vuelta, lo cual le fue prometido. Pidió que le trajesen de cenar a las ocho y media, y se puso a leer, como de costumbre, sin hacer caso de los cuatro municipales que le custodiaban.

Esperaba cenar con su familia; mas dieron las ocho y esta no pareció. Volvió entonces a insistir, pero tan inútilmente como antes.

—¿No permitiréis a lo menos que mi hijo pase la noche en mi cuarto, pues que tiene aquí su ropa? —preguntó Luis XVI.

Los municipales nada respondieron; y como Clery vio que estaban resueltos a negarlo todo, facilitó lo necesario para que el príncipe pudiera acostarse.

Mientras que el fiel ayuda de cámara desnudaba al rey, le dijo este:

—¡Ah, Clery, no esperaba que me hiciesen tantas y tales preguntas!

En seguida se acostó y durmió o aparentó dormir con la mayor tranquilidad.

No sucedió lo mismo a las princesas. Una separación tan rigurosa se parecía mucho a la estrecha incomunicación que sufren los que están condenados a pena capital o se espera que lo estén pronto. Como el Delfín no tenía cama, la reina le dio la suya, y pasó toda la noche sentada a la cabecera, velando el sueño de su hijo, con un dolor tan profundo que madama Isabel y la princesa no querían separarse de su lado; pero los municipales intervinieron en el asunto, obligándolas a acostarse.

A la mañana siguiente renovó la reina sus instancias: dos cosas pedía; continuar viendo al rey, y que le facilitasen periódicos para ponerse al corriente del proceso.

Esta petición se remitió al Concejo general; el cual negó lo de los periódicos, autorizando al príncipe y a la princesa para que viesen a su padre, pero con la condición de separarse enteramente de la reina.

Al rey le tocaba decidir en este asunto; comunicáronle el decreto del Concejo general, y dijo con su resignación acostumbrada:

—Aunque siento sumo placer cuando veo a mis hijos, es tanto lo que me ocupa el proceso, que me impediría consagrarles el tiempo que necesitan. Se quedarán con su madre.

En efecto, se mandó subir la cama del príncipe al cuarto de la reina, no separándose esta de sus hijos hasta el día en que fue condenada a muerte por el tribunal revolucionario, como el rey lo fue por la Convención.

CAPÍTULO XLVI

SUMARIO.—El armario de hierro.—Su descubrimiento.—Relación de Gamain.—Su ida a Versalles.—Su malestar.—Cae en el camino.—Un inglés extravagante.—Gamain se cree envenenado.—El elixir del inglés le salva la vida.—Vuelve a Versalles.—Los médicos.—Revelación de Gamain a Roland.—La Convención se apodera de los papeles.—Se descubre lo que fue Mirabeau.—Rompen el busto y el rótulo de la calle que llevaba su nombre.—El cuerpo de Mirabeau es sacado del panteón y en su lugar se coloca allí el de Marat.—El sepulturero de Santa Catalina.—Clamart.—Aspecto del rey en la Asamblea.—Situación de Luis XVI respecto de sus hermanos.

—No esperaba que me hiciesen tantas preguntas —dijo el rey a Clery.

Ya se ve, como que la mayor parte de los documentos que se le presentaron y cuya pertenencia negó, no obstante estar escritos de su puño y letra, a saber las memorias de Laporte y de Talon, la carta de sus hermanos, y la de Bouillé, con la cuenta de la inversión de fondos, se hallaban en el armario de hierro, descubierto sin saberlo el monarca, y del cual afirmó no tener conocimiento, cuando se le habló de su existencia.

Aquel armario, tan oculto, sellado tan perfectamente, había sido descubierto en virtud de uno de esos misterios tenebrosos que se ciernen sobre los tronos próximos a hundirse.

Hemos visto antes, del modo que fue Gamain a las Tullerías: él mismo nos ha contado cómo se le introdujo en la habitación del rey; cómo trabajó en concluir el famoso armario; cómo la reina se presentó, trayendo en una bandeja vino que él bebió, y un bollo que guardó para comérselo luego; y por último, como salió del palacio de noche cerrada.

Oigámosle ahora contarnos lo que le pasó después.

Era tal mi prisa por llegar a Versalles, por abrazar a mi mujer y a mis hijos y disipar sus temores, que no tuve valor para entrar en ningún café a comer algo, sin embargo de que lo necesitaba. Figurábaseme que el vino, debido a la política que había usado conmigo la reina, sería capaz de sostenerme durante una caminata de cuatro leguas. Atravesaba, pues, a buen paso los Campos Elíseos, siguiendo el borde de la calzada, y sin tropezar con coches ni viajeros; porque, desde que el rey había dejado a Versalles, y después de la emigración de la nobleza, la distancia entre Versalles y las Tullerías parecía haberse agrandado considerablemente. Las comunicaciones eran cada vez más raras.

Pensando estaba en la soledad del momento comparada con el ruido de otras veces, en aquellos faroles apagados, como inútiles; cuando de improviso sentí un mal estar general que al pronto no me impidió seguir andando, al que sucedieron terribles dolores en el estómago, espasmos nerviosos y ardores en los intestinos. No se me ocurrió que clase de enfermedad podría ser aquella; pero era lo cierto que padecía horriblemente: al fin caí sin aliento al pie de un árbol.

Creíme perdido, atribuyendo todo aquello a una apoplejía. No veía ya; estaba casi sordo; un calor intolerable circulaba por todo mi cuerpo; atroces cólicos principiaron a desgarrarme las entrañas; no pude volver a ponerme de pie. A lo lejos vi pasar algunos coches, algunas personas; pero, a pesar de llamarlas con voz doliente, nadie me socorrió: me fui entonces arrastrando por el lodo, a fin de acercarme al río, pues tenía una sed devoradora.

Los esfuerzos que hice para salir del pantano en que me había metido, produjeron una favorable crisis: los

vómitos que parecían deber causar mi muerte, por los tormentos interiores de que venían acompañados, me proporcionaron algún alivio. Temía arrojar la sangre a borbotones; y para contener aquella supuesta hemorragia, formé con el pañuelo una especie de mordaza, que un nuevo vómito, más doloroso que los anteriores, lanzó lejos de sí. Padeecía horriblemente, como si me arrancasen el corazón. Exhalaba de tiempo en tiempo agudos gritos. Una hora, que me pareció un siglo de infierno, me duró aquella espantosa angustia.

En un intervalo de calma oí el ruido de un carruaje, y empecé a arrastrarme con manos y rodillas hasta ponerme en medio de la calzada: quería ser aplastado o socorrido. Me asustaba el pensar que aquel coche cambiase de dirección; pues entonces hubiera pasado allí toda la noche y amanecido muerto: por lo mismo, para llamar la atención e interesar a los transeúntes, me quejé con cuanta fuerza me fue posible. No lo hice en balde; al oír mis reiterados lamentos, sacó un hombre la cabeza por la portezuela, y observando algo que se movía, se figuró que era un borracho y mandó detener los caballos.

En el momento saltó aquel hombre del carruaje, y se acercó a preguntarme, con un acento que me sorprendió, si estaba herido: no pude contestarle una palabra, y me desmayé en sus brazos; tales eran los dolores que sentía.

El desconocido supuso que me habían asesinado, y como no hablaba nada, me creyó ya muerto; pero los latidos de mi pulso, aunque muy débiles, le tranquilizaron; y a la luz del farol, traído por el cochero, conoció el estado en que me hallaba. Él mismo me ha referido estos pormenores. En cuanto me examinó un poco, se acordó de haberme visto en Versalles, en la época en que daba lecciones de cerrajería a Luis XVI. De manera que la casualidad hizo que tropezase con una persona a quien había servido, y que se interesó por mí. Era un inglés rico, de carácter raro pero de corazón generoso, como lo prueba su comportamiento conmigo. En una de las veces que había estado en Francia, antes de la revolución, se dirigió a mí para que le mostrase el taller de Luis XVI, pues deseaba ver una cerradura inventada por mi discípulo, y de cuyo ingenioso mecanismo se hacían particulares elogios. Condescendí gustoso con su pretensión y hasta le regalé un cerrojo trabajado por el rey. Para tener el gusto de presenciar el alumbramiento de una gran revolución, se había establecido en París, no obstante los peligros que diariamente corría.

Luego que abrí los ojos se me dio a conocer, informándose en seguida con afectuosa solicitud del accidente que me había reducido a tan penosa situación. Le conté lo de los vómitos: el inglés reflexionó un instante, me tomó nuevamente el pulso, examinó mi rostro lívido, tocó mi inflamado pecho, y me preguntó con frialdad si me habrían envenenado. Una repentina luz me iluminó, descubriéndome la probabilidad del hecho a trueque de deshacerse de mí, como poseedor de un secreto de Estado. Desde que esta idea me vino a las mientes, no se apartó más de mí; sin embargo, tuve la discreción de no comunicársela al inglés. Padeecía menos, sin que por eso dejase de sentir cual se extendía por mi estómago, abrasándolo, una dolorosa llaga. Seguro de los efectos del veneno, lloraba al pensar que no experimentaría ni el triste consuelo de despedirme de mi mujer y de mis hijos.

Condújome el inglés a su carruaje y ordenó al cochero que corriese a galope, hasta hallar una botica; y aunque traté de oponerme, pidiendo por favor que me llevasen a Versalles, mi libertador no se cuidó de mis ruegos. El coche se detuvo delante de una botica, en la calle de la Barca (*du Bac*). Permanecí solo mientras que me preparaban un contraveneno. En cuanto lo bebí, acabé de arrojar las sustancias ponzoñosas que no pudieron salir con mis primeros vómitos. Tardando una hora más, mi muerte era segura.

Principió a oír y a ver; el frío que circulaba por mis venas se fue disipando gradualmente y entonces opinó el inglés que podía trasladarme ya a Versalles: él mismo se prestó a ello, sin considerar cuán peligroso era salir de París durante la noche. Como hablaba bien francés y su sangre fría le captaba el respecto de cuantas personas iba encontrando, ningún obstáculo se le opuso.

Llegamos a mi casa a las dos de la madrugada: mi mujer me aguardaba sumida en una profunda angustia; y se aumentó esta cuando me vio entrar envuelto en una hopalanda, como si fuese un paño mortuorio, y poco menos que cadáver. El inglés refirió las circunstancias de su encuentro conmigo.

Llamose al médico M. de Lameiran, y al cirujano M. Voisin, quienes de acuerdo declararon que los síntomas eran de un verdadero envenenamiento. Me hicieron sobre ello preguntas, a que no quise responder. Mi libertador no se separó de mi lado, hasta llevar la seguridad de que no moriría, por lo menos inmediatamente. Aquel hombre benéfico fue a verme con frecuencia mientras duró la cura.

MM. de Lameiran y Voisin pasaron la noche a mi lado; siendo tales y tan efectivos sus remedios, que al cabo de tres días de fiebre, de delirio y de inconcebibles dolores, triunfé del veneno, aunque quedando sujeto a sus terribles consecuencias. Me acometió una parálisis en casi todo el cuerpo, que jamás he logrado desterrar enteramente; los nervios de mi cabeza se sintieron afectados, y una inflamación general abrasa desde entonces mis órganos digestivos.

Además de ocultar que había estado en las Tullerías el día 22 de mayo, supliqué al inglés que no divulgase nuestro encuentro nocturno en los Campos Elíseos, e intimé al médico y al cirujano que se abstuviesen de

cualquier palabra indiscreta sobre la naturaleza de mi enfermedad. No supe nada de Luis XVI, y a pesar del resentimiento que fermentaba en mi corazón contra los presuntos autores de tan atroz alevosía, no dije a mi mujer que había sido envenenado.

Pero la verdad se descubrió al fin, no obstante mi silencio. Pasado algún tiempo, encontró mi criada en los bolsillos del vestido que llevaba el día de la catástrofe, un pañuelo surcado de manchas negruzcas y un bollo aplastado ya y tan duro como una piedra. Mordió un pedazo y lo arrojó en seguida: un perro que devoró aquella pasta, murió; y la criada, que no había hecho más que tener una partícula en la boca, cayó peligrosamente enferma. M. Voisin hizo la autopsia del perro y vio que estaba envenenado: el bollo por sí contenía bastante sublimado corrosivo para matar a diez personas.

Estando ya seguro del hecho, ansiaba vengarme y temía morirme antes de conseguirlo. Estuve cinco meses baldado. Hasta el 19 de noviembre no pude ir a París: me dirigí a casa del ministro Roland, le anuncié la revelación de un secreto importante y me concedió audiencia: en seguida le descubrí la existencia del *armario de hierro*, sin admitir las recompensas que se me ofrecieron en nombre de la Convención: ¡tenía bastante con mi venganza! Al día siguiente se abrió aquel, y los papeles que contenía fueron depositados en la secretaría de la Convención: un año después, Luis XVI y María Antonieta subieron al cadalso.

En el armario de hierro se encontraron, además de los documentos que agravaban los delitos atribuidos por la revolución al rey, los que hirieron de muerte la reputación de Mirabeau.

Hacía tiempo que circulaban rumores vagos sobre sus relaciones con la Corte; pero el descubrimiento del armario convirtió aquellas sospechas en certidumbre. La reacción contra él igualó entonces a la admiración que había excitado su talento; la infamia de que se cubrió, estuvo al nivel de los honores que se le habían tributado anteriormente.

Tenemos a la vista un grabada que representa el esqueleto de Mirabeau, sentado sobre el Libro rojo. La cabeza conserva toda su carne, y de consiguiente la semejanza; con una de sus manos toma un bolsillo lleno de oro y apoya la otra en la corona de Francia.

Quitose su busto de la sala de sesiones y se arrancó el rótulo de la calle donde había vivido, el cual, sustituyendo al primitivo, decía: *calle del patriota Mirabeau*. Por último, el 25 de noviembre de 1793, profundamente afectada la Convención Nacional con el asesinato de Marat, expidió el siguiente decreto:

El cadáver de Honorato Riquetti de Mirabeau, será extraído del Panteón francés, ocupando su puesto el de Marat.

El mismo día en que se expidió el anterior decreto, recibió el sepulturero del cementerio de Santa Catalina la orden anónima, aunque oficial, de cavar una fosa en el ángulo de la izquierda. Ejecutado esto, un extranjero que presenciaba la operación dio orden al sepulturero de encontrarse allí a la mañana siguiente. Aquel obedeció. Al amanecer se detuvo a la puerta del cementerio un coche: de él se extrajo un ataúd, que fue bajado a la fosa y cubierto con tierra inmediatamente.

Cuatro personas fueron las únicas que asistieron a aquel entierro: una de ellas dijo, al retirarse:

—¡Pobre Mirabeau!, ¡quién hubiera creído, hace un año, que Clamart sería tu Panteón!

No hay más probabilidades que estas, respecto al lugar donde descansen los restos mortales de aquel Encélado que sacudió el trono hasta su base.

Volvamos a hablar del rey.

Habíase mostrado ante la Asamblea, como siempre, descolorido, flojo, vacilante; y eso, que sus acusadores, si exceptuamos las revelaciones debidas al armario de hierro, estaban mal instruidos. Las principales culpas que hubieran podido echársele en rostro, no han sido conocidas del público hasta 1815; esto es, cuando los Borbones lograron entrar en París, a la cabeza de los ejércitos aliados que Luis XVI llamó en su socorro y que no respondieron sino al cabo de 22 años a aquel llamamiento: entonces se apresuraron los cómplices a alegar como otros tantos méritos sus crímenes, tejiéndose una corona con sus traiciones.

La acusación giró principalmente sobre cosas que debían considerarse ya perdonadas; sobre Nancy, el Campo de Marte y Varennes: Luis XVI había jurado la Constitución de setiembre, y este acto anulaba tales inculpaciones.

Sus noticias eran tan poco exactas, ignoraban tantas cosas, que ni siquiera sabían la verdadera posición del monarca con respecto a los emigrados, y sobre todo a sus hermanos.

Los emigrados no podían perdonarle, a pesar de sus protestas y de sus cartas, las concesiones que diariamente hacía al espíritu revolucionario: Luis XVI había abdicado desde que se puso el gorro de la libertad.

Sus hermanos, MM. Artois y Provence, aborrecían a la reina. Luis XVI lo sabía, como también que deseaban entrar para deshonorarla y tratarle a él como uno de aquellos reyes holgazanes, ramas del viejo trono carlovingio, a quienes se vestía de frailes y se les sepultaba en un convento. La noticia de su muerte causó grata sensación en Coblenza, y se celebró con un baile.

CAPÍTULO XLVII

SUMARIO.—Opinión de los diarios de la época sobre el proceso del rey.—Luis pide que se le permita elegir abogado.—La Convención se lo concede.—Nombra a Target, y este no admite.—Preséntase Malesherbes y el rey acepta sus servicios.—Carta de Tronchet.—Carta de Malesherbes.—Abnegación de Olimpia de Gouge.—Odiosa conducta del Ayuntamiento.—Desèze.—Entrevista del rey y de Malesherbes.—Los ciento y siete documentos.—Su lectura se verifica en el espacio de ocho horas.—Cena de los individuos de la Convención.—Cincuenta documentos más.—El dolor de muelas.

De dos cosas que Luis XVI debió hacer, no hizo ninguna. Pudo negarse a responder a la Convención; o ejecutarlo, a fuer de caballero, con la nobleza y arrogancia que lo había verificado Carlos I de Inglaterra, sin callar cosa alguna; pero al mismo tiempo, jactándose de haber trabado la lucha y combatiendo siempre. Entonces, aunque parezca extraño, los periódicos más revolucionarios hubieran aplaudido su conducta.

Véase lo que decía Prud'homme, cuyo fanatismo hemos consignado en otro lugar, y que no hablaba de él sino denominándole ogro, tirano, monstruo:

No cabe duda en que si Luis hubiera tenido el talento y la sagacidad de Carlos, o imaginara que se le iba a someter a un proceso criminal, habría respondido a la Convención lo que sigue:

—No podéis juzgarme conforme a la Constitución ni con arreglo al derecho natural: conforme a la primera, porque se necesitaría para ello de un Tribunal Supremo Nacional, que no veo en este sitio; con arreglo al segundo, porque no os es dado representar al país, haciendo al mismo tiempo de jueces y de legisladores. Los mismos hombres no pueden formar y aplicar las leyes; de consiguiente, os recuso.

Continúa diciendo:

Mailhe, encargado de comunicar a Luis Capeto los documentos, desempeñaba su cometido con un aire de desprecio e inhumanidad repugnantes en un juez. Colocado en frente del preso, le entregaba los papeles por encima del hombro, sin volverse, ni mirarle siquiera; y cuando Luis negaba la autenticidad de algún documento, Mailhe le decía irónicamente: ¡Ah! ¡Ah! exclamaciones que no se oyeron, durante el proceso del rey de Inglaterra, sino al mismo Carlos. Pero, así como *debe ser permitido todo al acusado*, los jueces tienen obligación de mantenerse dentro de los límites de la circunspección, guardándose de insultar al reo.

La mayor parte de las respuestas del exrey han sido, como no podía menos, insignificantes; es de lamentar que ciertos periódicos acreditados no las hayan referido exactamente. La opinión vuela en alas de esas ligerísimas hojas, y cuesta trabajo obligarla a retroceder. Etifenillant y Audoin ponen en boca del Presidente esta pregunta: ¿Por qué mandasteis hacer fuego contra el pueblo? A la que contestó el acusado: Porque amenazaban el palacio; y siendo yo una autoridad constituida, debía defenderme.

No ha habido tal pregunta ni tal respuesta; y es inconcebible que se encuentren periodistas capaces de poner en boca de un acusado tan perentorias confesiones, *cuando no han salido de sus labios*. Si Luis hubiese pronunciado esas palabras, era inútil seguir adelante: se hubiera él mismo condenado a muerte. Pero cabalmente ha sentado lo contrario en todas sus contestaciones.

Es inexacto también que le haya preguntado el Presidente, *por qué había usado la escarapela blanca*: el caso no se ha contado nunca de este modo; y equivale a envilecer a la nación, hacerla patrocinar lo falso, a trueque de saber lo verdadero; es dar lugar a que Luis Capeto nos desmienta.

Sea de esto lo que quiera, Luis iba decidido a arrostrarlo todo; pues conservando hasta el fin su carácter, cuantas contestaciones vagas dio, resultaron otras tantas mentiras. ¿Hay cosa más fácil que reconocer la escritura de un exrey de Francia? Pues, no obstante, Luis se ha atrevido a rechazar, como falsa, su firma, negando hechos de que todos estamos convencidos. Dijo, imitando a Carlos Estuardo, que no ha atentado

nunca contra la libertad de la nación, ni sido causa de que se derramase sangre.

Por lo demás, la lectura del interrogatorio prueba cuán mala causa es la de los reyes y su inutilidad. Cuando Luis ha mostrado más sensatez es al disculparse con los consejos de los ministros; al decir que proveyó los empleos en las personas que estos le designaron. ¿Por qué no añadió que había elegido ministros contrarrevolucionarios? En otro lugar, para defenderse de las diversas imputaciones que se le echaban en rostro, dijo que aquello pertenecía al ministerio: así, por confesión de los mismos reyes, los ministros lo hacen todo; ellos nada.

El acto de comparecer Luis Capeto ante la Asamblea, es más humillante para el trono que lo que lo sería su muerte, pues que ha respondido como un acusado, sin desconocer el poder supremo de la nación, sin defenderse sino por medio de mal zurcidas y palpables mentiras, confesando además cuán inútiles son los reyes. La causa de estos está ya juzgada, antes de estarlo el mismo Luis. El crimen y no la muerte es lo que imprime el sello de la vergüenza.

Luis ha concluido por donde debió principiar; a saber, por pedir un abogado. Cuatro meses que lleva de cárcel no le han bastado para reflexionar y prepararse: sus respuestas carecen absolutamente de exactitud y están desnudas de todo concepto ingenioso.

La reclamación de un abogado por parte del rey, introdujo el mayor desorden en la Asamblea; y cuando marchó Luis XVI se trató de ello, en medio del tumulto que excitaron muchos representantes, oponiéndose a que se le otorgase tal gracia, mejor diremos, tal justicia. Con este motivo dice Prud'homme, *que aquellos hombres tenían sin duda entrañas* La sesión fue borrascosa; como para desquitarse del largo silencio que había reinado durante el interrogatorio, hubo gritos e injurias, basta obligar al presidente a cubrirse: costó gran trabajo para que se concediese a Luis XVI un derecho que la ley concede al peor de los asesinos.

Otorgada la petición del abogado, nombró la Asamblea los representantes que debían ir a preguntar al rey cual había elegido. Luis contestó que a Target. Era este un antiguo individuo de la Constituyente, que contribuyó más que nadie a la redacción de la Carta Constitucional.

Target se negó cobardemente a encargarse de la defensa: ¡se puso pálido de miedo ante su época, para enrojecer luego de vergüenza ante la posteridad!

En su lugar, se presentaron voluntariamente tres abogados: Lamoignon de Malesherbes, Ducet y Jourdat. Luis aceptó la oferta del primero.

En cuanto supo la negativa de Target, designó a Tronchet, que por hallarse en el campo no recibió el aviso hasta dentro de dos días: a su llegada a París, ya estaba elegido Malesherbes. Tronchet sin embargo había admitido y escribió al ministro la carta que vamos a copiar: título de nobleza que no abolirá ninguna revolución.

Ciudadano ministro:

Extraño a la Corte, y sin haber nunca tenido con ella la menor relación directa ni indirecta, estaba lejos de esperar que se me arrancase de mi casa de campo, de mi retiro, para encargarme de la defensa de Luis Capeto.

Si solo atendiese a mi gusto personal y a mi carácter, rehusaría sin vacilar una comisión cuya delicadeza y peligros no se me ocultan.

No obstante, creo al público demasiado justo para que deje de conocer que semejante encargo está reducido a ser el órgano pasivo del acusado, y que es obligatoria; porque la negativa equivaldría a pronunciar la persona llamada, primero que nadie, una sentencia temeraria antes del examen minucioso de todos los documentos justificativos, y bárbara aún después de examinados estos.

Como quiera que sea, acepto el deber que la humanidad me inspira; pues mi cualidad de hombre no me permite rehusar mi socorro a otro hombre sobre cuya cabeza está pendiente la cuchilla de la ley. No me ha sido posible acusaros más pronto el recibo de vuestro pliego, el cual llegó a las cuatro de la tarde a mi quinta,

de donde salí inmediatamente con dirección a París. Finalmente, os suplico que recibáis el juramento que bago en vuestras manos y que desearía se divulgase, de no aceptar de nadie, suceda lo que suceda, testimonio alguno de reconocimiento.

Soy etc.

TRONCHET.

Dos cartas vinieron en pos de esta; una de Lamoignon de Malesherbes, y otra de Jourdat de Troyes: ambos pedían a la Convención que se les permitiese defender al rey.

La de Malesherbes decía así:

Ciudadano presidente:

Ignoro si la Convención piensa conceder a Luis XVI un abogado que le defienda y si le deja libertad para elegir; en este último caso, deseo sepa Luis XVI que, si tiene a bien elegirme, estoy pronto a sacrificarme en su obsequio. No os pido que comunicéis mi ofrecimiento a la Convención, porque no me creo persona bastante elevada para que mi nombre se pronuncie ante ella; pero, habiendo sido consultado dos veces por el que fue mi rey, en el tiempo en que todos ambicionaban tal honor, me hallo en el deber de prestarle mis servicios, ahora que otros juzgan esto peligroso. Si supiese como participarle mi voluntad, no me tomaría la franqueza de escribiros. Lo he hecho, seguro de que en el puesto que ocupáis, podéis mejor que nadie dejar cumplidos mis deseos.

Soy etc.

MALESHERBES.



MALESHERBES.

Consignemos aquí otro acto de heroísmo, tanto más notable cuanto que lo ejecutó una mujer. Olimpia de Gouge, de quien ya hemos hablado, la misma que al reclamar para su sexo los privilegios de la diputación decía, que las mujeres tenían derecho de

subirá la tribuna, pues que no se les negaba el de subir al cadalso, escribió adhiriéndose al ofrecimiento de Malesherbes. Ambos pagaron con su cabeza, el uno la defensa que hizo, la otra su intención de llevarla a cabo.

¡Pobre Olimpia!... El mundo ha sido sobrado injusto con ella: para Malesherbes, los elogios, los honores, las estatuas; para Olimpia, nada: pocos son los que tienen noticias de aquel sacrificio, que tan caro le costó. A veces la posteridad iguala en justicia a los contemporáneos.

La discusión originada con motivo del abogado pedido por el rey, indicaba de antemano la parcialidad del proceso. Diariamente se añadían nuevos documentos en pro o en contra; y aunque lo legal hubiera sido comunicarlos al rey, no se verificó así, porque observó un representante que de ese modo ni en seis meses acabarían.

El Ayuntamiento se hacía cada vez más odioso. No habiendo tenido suficiente valor para degollar a Luis XVI, como un preso cualquiera, quería a lo menos que no se librase de la sentencia pronunciada de antemano en contra suya; al efecto trató de imposibilitar su defensa, desalentando a los defensores. El 12 de diciembre decretó, que los abogados de Luis serían registrados con la mayor escrupulosidad, *sin omitir los sitios más recónditos*; y que una vez desnudos, vestirían nuevas ropas. Decretó, además, que no podrían hablar con el exrey sino delante de las personas que le custodiaban; aunque esta disposición no tuvo efecto en virtud de otra de la Asamblea, que permitía al acusado comunicarse libremente con sus defensores.

Malesherbes y Tronchet fueron, pues, aceptados por la Convención y por Luis XVI como abogados defensores; pero, como el tiempo era breve y el trabajo mucho, se asociaron con el abogado Desèze.

Hecho todo esto, la Asamblea dispuso que se oiría definitivamente a Luis Capeto el 26 de diciembre, y en contraposición del Concejo municipal, acordó que el preso vería a sus hijos, pero sin que estos pudiesen comunicarse con su madre ni con su tía después de aquella entrevista, hasta el último interrogatorio de Luis.

El 14 de diciembre se permitió al preso hablar con sus defensores. Los que cercaban a Luis XVI se sintieron conmovidos, quizá por la primera vez, al ver a Malesherbes, aquel anciano de sesenta y ocho años que se presentaba ante el que había sido su rey, en el momento en que todos renegaban de la monarquía y del monarca, ofreciéndole el sacrificio de los pocos días que le quedaban que vivir. Luis XVI, anegado en lágrimas, le tendió sus brazos, que como brazos de rey se habían abierto hasta entonces con tanta dificultad, merced al orgullo y la etiqueta de la corte; y exclamó, ahogado por los sollozos:

—Mi querido Malesherbes, se entre quienes me hallo y de consiguiente la suerte que me espera: estoy dispuesto a morir; y no dejaré de admiraros el que os diga que también mi familia está preparada a tan triste catástrofe. Tenéis la prueba de ello en mi tranquilidad: con la misma caminaré al suplicio.

El rey y sus abogados hablaban tan alto que desde el aposento vecino se oía toda su conversación. Como Luis XVI tenía permiso para que esta fuese confidencial,

Clery cerró la puerta; pero un municipal, a pesar del decreto de la Convención, le ordenó que la abriese, previniéndole se guardase de volverla a cerrar: fue preciso obedecer. El rey, que sin duda había observado lo mismo que Clery, se trasladó a la torrecilla que le servía de gabinete.

El 16 se dirigió al Temple una diputación de la Asamblea, compuesta de Valazé, Cochon, Grandpré y Duprat, individuos de la comisión de los Veinte y uno, encargada de examinar el proceso del rey. Traían el escrito de acusación y los documentos relativos a la causa: casi todos procedían del armario de hierro; su número llegaba a ciento siete.

La lectura de los documentos duró desde las cuatro de la tarde hasta media noche. De todos ellos se sacaron copias, y estas y los originales fueron rubricados por el rey; quien, sin oír leer más que los segundos, tuvo las primeras por exactas.

Luis XVI estaba sentado junto a una gran mesa, con Tronchet a su lado. El secretario leía, y al fin de cada documento preguntaba Valazé al rey, si tenía noticia de su contenido: Luis, sin más explicación, respondía sí o no.

Interrumpió aquella sesión la oferta de tomar alguna cosa que hizo el rey a los representantes: estos aceptaron y Clery les sirvió carne de ave fiambre. Tronchet no quiso nada y prefirió quedarse con el rey.

Después de la cena, continuaron trabajando.

Entre los documentos que en tan rápida reseña oyó leer Luis XVI, se contó un registro de la policía, donde vio consignadas las denuncias de sus servidores. Terrible efecto debió producirle semejante lectura; pero nadie se lo conoció en el rostro.

Luego que partió la diputación, tomó el rey algún alimento y se acostó. Parecía insensible a la fatiga de la sesión; su única inquietud era que se hubiese retardado la cena de su familia, como había acontecido con la suya. Para saberlo se informó de Clery, y este disipó sus temores.

—Tanto mejor —dijo—; la demora las hubiera asustado.

Algunos días después volvieron los mismos diputados y leyeron al rey cincuenta y un documentos nuevos, que firmó y rubricó como los precedentes: total, ciento cincuenta y ocho.

Por entonces se sintió Luis XVI atacado de dolor de muelas; y como esto dificultaba su trabajo con los defensores, que frecuentemente se prolongaba hasta bien entrada la noche, pidió que se le trajese un dentista; pero el Ayuntamiento pasó a la orden del día, y uno de sus individuos envió al rey la respuesta siguiente:

—Absténgase Capeto de beber agua clara y no le dolerán las muelas.

CAPITULO XLVIII

SUMARIO.—Trabajo del rey con sus abogados.—Se comunica por medio de cartas con su familia.—Recuerdos del rey.—Aniversario del nacimiento de su hija.—Los navajas de barba.—Gratitud del rey hacia sus defensores.—Respuesta de Malesherbes.—Concluye Luis su testamento.—Reflexiones críticas sobre algunas de sus frases.—Razón de Estado, salud del Estado.—Situación rara en que se encuentran los reyes para con sus pueblos.

Luis XVI y sus abogados trabajaron con toda libertad desde el 14 al 26 de diciembre. Cuando no se presentaba algún incidente extraordinario, venían los defensores a las cinco de la tarde y se retiraban a las nueve de la noche. Además, Malesherbes traía todas las mañanas al rey los diarios y los impresos en que constaba la opinión de la Junta de los Veinte y uno sobre su causa. Regularmente permanecía con él una o dos horas.

Entre tanto, la familia restante estaba sumida en la desolación: la reina no veía a su esposo, ni madama Isabel a su hermana, ni los dos niños a su padre. Un día encontró casualmente Clery a un sirviente de las princesas, llamado Turgy, y por su conducto les envió noticias del augusto preso. A la siguiente mañana dijo Turgy a Clery, que madama Isabel, al entregarle la servilleta, después de comer, le había metido en la mano un papel escrito con la punta de un alfiler. La princesa rogaba al rey que les pusiera a su vez unas cuantas letras; y este, que, con motivo del proceso, tenía plumas, papel y tinta, escribió inmediatamente y dio la carta a Clery, diciéndole:

—Leed: me parece que aun cuando os la hallasen encima, no os comprometería.

Clery se negó respetuosamente a leer la carta del rey, y se la entregó a Turgy.

Este, al pasar junto a la habitación de su compañero, arrojó un ovillo de hilo debajo de su cama, que contenía la respuesta de madama Isabel. El rey adoptó igual medio: Clery envolvía algodón alrededor del papel escrito, colocaba este ovillo en el armario donde estaban los platos, Turgy lo cogía y depositaba allí mismo la contestación.

De tiempo en tiempo decía Luis XVI, meneando la cabeza:

—¡Cuidado, amigos míos! Os exponéis demasiado.

Clery inventó otro modo de comunicarse. Los comisionados le entregaban las velas para alumbrarse el rey, en paquetes liados: Clery guardaba los hilos, y cuando tuvo bastantes, anunció a su amo que había un medio de activar la correspondencia entablada, haciendo pasar el cordón a madama Isabel; pues, como esta se alojaba en la alcoba que estaba encima de la suya, y su ventana correspondía perpendicularmente con la de un pequeño corredor que comunicaba con el aposento de Clery, era fácil subir y bajar las cartas. Además de que, atándose al hilo conductor papel, pluma y tintero, las princesas cesarían de valerse de alfileres y se economizaría

mucho tiempo y trabajo.

Después de haber oído a Clery, le dijo el rey sonriéndose:

—Está bien; si nos falta el recurso de ahora, acudiremos al que habéis imaginado. En efecto, hubo necesidad de emplearlo dentro de poco y salió a pedir de boca.

El miércoles 19 se sirvió a Luis XVI el desayuno de costumbre, sin cuidarse de las Témporas; Clery lo presentó al rey; pero el devoto discípulo de M. de Lavauguyon era incapaz de olvidar tal solemnidad.

—Hoy es día de ayuno —dijo—; y Clery volvió a llevarse el almuerzo.

A la hora de la comida, que verificaba siempre en presencia de tres o cuatro municipales, dijo:

—Catorce años hace, Clery, que fuisteis más madrugador que hoy.

—¿Catorce años, señor? —preguntó el leal sirviente.

—Tal es el tiempo que ha pasado desde que mi hija nació —contestó el rey—; hoy es su cumpleaños... ¡y no puedo verla, Dios mío!

Dos grandes lágrimas brotaron de sus ojos.

Estaba señalado el día 26 para que Luis XVI compareciese de nuevo ante la Convención. Tenía la barba desaliñada, sucia; y como esto debía naturalmente perjudicarle, pidió sus navajas de afeitar, las que se le entregaron, bajo condición de no usarlas sino delante de los municipales.

Los días 23, 24 y 25 escribió más que de costumbre; pues sabiendo que se quería, aunque esta intención fue modificada después, tenerle veinte y cuatro o cuarenta y ocho horas en los Fuldenses, para sentenciarle sin levantar mano, estaba disponiéndose a pasar del tribunal de los hombres al de Dios.

El 25 concluyeron los abogados su tarea. Luis quedó a solas con Malesherbes, y el primero se hundió en una profunda meditación: como esto no era común en él, Malesherbes se le acercó, preguntándole los motivos de tan triste silencio. El rey alzó la cabeza:

—Me preguntáis en que pienso —dijo—: pienso en lo mucho que debo a MM. Tronchet y Desèze, y en la imposibilidad en que se me ha colocado de mostrarles mi gratitud. Dadme un consejo: ¿qué haré para que no me crean desagradecido?

—Señor —respondió Malesherbes—, expresarles cuán reconocido está V. M. a sus atenciones: esto bastará.

En aquel momento entraron Desèze y Tronchet. Es notoria la timidez de Luis XVI: a la vista de las personas, a quienes no sabía cómo expresar su reconocimiento, enmudeció. Malesherbes, viendo su turbación, le dijo:

—Señor, aquí tenéis a MM. Desèze y Tronchet. V. M. acaba de manifestarme que deseaba darles a conocer su gratitud.

Entonces Luis XVI se arrojó sollozando en brazos de aquellos dos hombres: ¿qué discurso podía equivaler a tan expansivo movimiento? El augusto preso no estaba tan desprovisto como decía; porque ¿no le quedaba la gratitud; tesoro suficiente para recompensar la abnegación de los nobles corazones que se habían sacrificado en su

servicio?

Cuando Malesherbes dio a Luis XVI el tratamiento de *Majestad*, Treillard se aproximó a él y le dijo:

—¿Quién os ha autorizado para pronunciar en este sitio un título proscrito por la nación?

—El desprecio de la vida —contestó Malesherbes, y siguió hablando en el mismo tono que antes.

Profundamente conmovido el rey con esta escena, quiso estar solo: creía cercana su muerte e iba a disponerse para morir.

Sus defensores se alejaron. Luis se puso a escribir su testamento, terminándolo a las once de la noche. Aunque es de todos conocido, como nos dará lugar a algunas reflexiones sobre el monarca y la monarquía, lo copiaremos aquí.

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; hoy veinte y cinco de diciembre de mil setecientos noventa y dos, yo Luis XVI de este nombre, rey de Francia, encerrado hace más de cuatro meses en la torre del Temple en París por los que eran mis súbditos, y privado de toda clase de comunicaciones con mi familia desde el diez del corriente; implicado además en un proceso, cuyo desenlace no es dado prever, vistas las pasiones de los hombres y atendido que no ha habido pretexto ni medio en las leyes vigentes para formarlo; teniendo a Dios solo por testigo de mis pensamientos; declaro ante él mi última voluntad y mis sentimientos, de la manera que va a continuación.

Dejo mi alma a Dios, que es mi Criador, y le suplico la reciba en su misericordia, no juzgándola según sus méritos, sino según los de nuestro señor Jesucristo, que se ofreció en sacrificio a Dios, su padre, por nosotros, aunque indignos, yo el primero.

Muero en la congregación de nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica y romana, cuyos poderes le vienen por una sucesión no interrumpida desde San Pedro, que los recibió de Jesucristo.

Creo firmemente en todo lo que contiene el símbolo y los mandamientos de Dios y de la Iglesia, los sacramentos y los misterios, tales como la Iglesia católica los enseña y ha enseñado siempre. Nunca he gustado de dar mi opinión sobre los diversos modos de explicar los dogmas que destruyen la Iglesia de Jesucristo, ateniéndome meramente, lo que haré también en lo porvenir, si Dios me alargare la vida, a las decisiones que los superiores eclesiásticos, en unión de la santa Iglesia católica, han pronunciado y pronunciaren, de acuerdo con la disciplina adoptada desde el tiempo de Jesucristo.

Compadezco de todo corazón a aquellos de mis hermanos que están sumidos en el error, aunque sin pretender juzgarlos, ni amarlos menos por eso en Jesucristo, como nos lo enseña la caridad cristiana.

Ruego a Dios que me perdone todos mis pecados. He tratado de conocerlos con la mayor escrupulosidad, detestándolos y humillándome en presencia de mi Criador. Privado del ministerio de un sacerdote católico, le suplico que acepte la confesión que de ellos le tengo hecha, y sobre todo mi profundo arrepentimiento por haber suscrito (si bien lo hice forzado) actos contrarios a la disciplina y a la creencia de la Iglesia católica, de la que nunca me he segregado con el corazón.

Ruego a Dios que admita mi firme resolución de acudir, si viviere, tan pronto como me sea posible, al ministerio de un sacerdote católico, para acusarme de todos mis pecados y recibir el sacramento de la penitencia.

Ruego a todos aquellos a quienes pueda haber ofendido inadvertidamente (porque de propósito no recuerdo haber irrogado ofensa a nadie) como también a aquellos a quienes haya dado malos ejemplos, que me perdonen. A todas las almas caritativas les suplico que unan sus oraciones a las mías para ayudarme a alcanzar de Dios el perdón de mis pecados.

Perdono de todo corazón a los que se han declarado enemigos míos, sin darles causa para ello, y ruego a Dios que los perdone, lo mismo que o todos los que me han hecho daño, excitados por un falso o mal entendido celo.

Recomiendo a Dios mi esposa e hijos, mi hermana, mis tías, mis hermanos y todos los que están unidos a mí por los lazos de la sangre o de alguna otra manera; particularmente le suplico que mire con ojos misericordiosos a mi esposa, hijos y hermana, que tanto tiempo hace sufren conmigo, sosteniéndolos con su divina gracia, si llegare el caso de perderme, mientras que crucen por este frágil mundo.

Recomiendo mis hijos a mi esposa, de cuya ternura materna jamás he dudado; sobre todo, quiero que haga de ellos buenos cristianos, no mostrándoles las grandezas de la tierra (si están condenados a experimentarlas) sino como peligrosos y perecederos bienes, y haciendo que dirijan sus miradas hacia la única gloria sólida y duradera; la de la eternidad. Ruego a mi hermana que continúe prodigando sus ternezas a mis hijos y que les sirva de madre si tuvieran la desgracia de verse privados de la suya.

Suplico a mi esposa que me perdone cuantos males padece por mí causa, y los disgustos que haya podido ocasionarle durante nuestra unión; así como ella debe estar segura de que no conservo ningún resentimiento en su contra, si creyere haberme ofendido de algún modo.

Recomiendo encarecidamente a mis hijos, después de lo que deben a Dios, que es antes que nada, el permanecer unidos entre sí, sumisos y obedientes a su madre, sin olvidar los cuidados que les prodiga y las molestias que se toma en favor de ellos y como memoria mía; ruégoles que miren a mi hermana como una segunda madre.

Recomiendo a mi hijo, que si tiene la desgracia de llegar a ser rey, piense que es su obligación sacrificarse en beneficio de sus conciudadanos, olvidando cualquier odio o resentimiento, especialmente si proviniera de las desgracias y de los disgustos que me abruma actualmente. Le recomiendo se acuerde siempre de que no es posible hacer dichosos a los pueblos, sino reinando con sujeción a las leyes; pero que para conseguir un rey que estas sean respetadas y poder practicar el bien que abriga en su corazón, es preciso que esté revestido de la necesaria autoridad; pues de otro modo, ligado en sus operaciones y sin inspirar respeto, su institución es más perjudicial que provechosa.

Recomiendo también a mi hijo, que cuide de todos los que me han servido y acompañado con lealtad, hasta el grado que las circunstancias en que se encontrare envuelto se lo permitan; no echando en olvido que esta es una deuda sagrada, contraída con los hijos y demás parientes de las personas que han perecido por mi causa, o que son actualmente desgraciados por servirme.

Se muy bien que muchos de mis antiguos dependientes no se han conducido conmigo como era su deber, mostrándose hasta ingratos; pero los perdono (¡es tan común perder uno el señorío de sí mismo en los momentos de turbación y efervescencia!) y ruego a mi hijo que no piense sino en que son desgraciados.

No se como manifestar aquí cuanto reconocimiento abrigo para con los que me han probado un afecto verdadero y sin mezcla de mezquino interés. Si, por una parte, la ingratitud y deslealtad de aquellos a quienes no había dispensado sino bondades me han herido hondamente, por la otra he sentido un gran consuelo con la abnegación de personas que nada me debían, y a las que suplico acepten mis más expresivas gracias. En la situación actual de los negocios públicos, temería comprometerlas si fuese más explícito; pero recomiendo muy particularmente a mi hijo que trate de buscar a esas personas.

En cuanto a MM. Chamilly y Hue, creería calumniar los sentimientos de la nación, sino se los recomendase a mi hijo explícitamente, diciéndole que su verdadero afecto hacia mí los indujo a encerrarse conmigo en esta triste morada, faltando poco para ser víctimas de su adhesión. También le recomiendo a Clery, de quien no encuentro que hacer sino alabanzas. Como él es el que me ha acompañado hasta los últimos momentos, suplico a los señores individuos del Ayuntamiento que le entreguen toda mi ropa, mis libros, mi reloj, mi bolsillo y las demás menudencias depositadas en el Concejo municipal.

Perdono con placer de mi corazón los malos tratamientos y las molestias que mis carceleros han creído deber proporcionarme. Entre ellos ha habido algunos de almas sensibles y benévolas: gocen estos de la tranquilidad que debe ser el premio de su manera de conducirse.

Ruego a MM. de Malesherbes, Tronchet y Desèze, que reciban la sincera expresión de mi agradecimiento, en cambio de los desvelos que por mí se han tomado.

Concluyo declarando, próximo a comparecer ante Dios, que no me acuso de ninguno de los crímenes que se me han atribuido.

Por duplicado, en la torre del Temple, a veinte y cinco de diciembre de mil setecientos noventa y dos.

Firmado: Luis.

Y ahora preguntaremos nosotros: ¿cómo Luis XVI, tantas veces perjuro; como Luis XVI, que huyó a Varennes dejando tras de sí una protesta contra sus juramentos; como Luis XVI, que había solicitado la intervención de los ejércitos extranjeros, después de examinar y anotar los planes de Lafayette y Mirabeau; como Luis XVI, próximo a comparecer ante Dios, que debía a su turno juzgarle, se atrevía a decir: *no me acuso de ninguno de los crímenes que se me han atribuido?*

El doble sentido que encierran estas palabras, lo explica todo.

No me acuso de ninguno de los crímenes que se me han atribuido, no quiere decir: *estoy inocente*; sino meramente: *no me acuso de ellos*.

Porque los reyes, gracias al centro donde se les educa, al supuesto sagrado de la legitimidad, a la absurda infalibilidad de derecho divino, no consideran los crímenes, y sobre todo, los políticos, del mismo modo que los demás hombres.

Así, no filé un crimen en sentir de Luis XI sublevarse contra su padre; y aquella impía guerra se denominó: *del bien público*.

Tampoco miró como tal Carlos IX la matanza de hugonotes, que tuvo efecto el día de San Bartolomé: medida aconsejada *por la salud pública*.

Ni a los ojos de Luis XIV pareció criminal la revocación del edicto de Nantes, que se consagró con la frase favorita de *razón de Estado*.

Como ejemplo, citaremos lo que pasó a aquel mismo Malesherbes, que acudía entonces a sostener y consolar a su rey en la senda dolorosa del cadalso, cuando trató, siendo ministro, de rehabilitar a los protestantes. Luis XVI se negó rotundamente a devolver su fuerza y vigor al famoso edicto de Enrique IV, cuya revocación había ensangrentado los últimos años del reinado de Luis XIV, y arruinado la Francia.

—No, decía el monarca al ministro, no; es una ley del Estado, una ley de Luis XIV: no quitemos los antiguos límites. Es preciso desconfiar de los consejos de una ciega filantropía.

—Pero señor —respondía Malesherbes—, lo que Luis XIV creía útil a fines del siglo décimo séptimo, puede muy bien ser perjudicial a fines del décimo octavo. Por otra parte, añadía el ministro con la lógica de la humanidad, la política no prescribe que se conserve lo que es contrario a la justicia.

—¿Y de dónde colegís que la revocación del edicto de Nantes sea contraria a la justicia? ¿No la aconsejó *salud del Estado*?

Michelet, el gran filósofo, ha visto antes que ninguno y nos ha mostrado como un rey se aísla en medio de sus súbditos, gobernándolos sin fundirse, digámoslo así, con ellos ni por sus relaciones, ni por sus alianzas.

Luis XVI, al propio tiempo que estaba aislado en medio del pueblo francés, se unía por los lazos de la sangre o del común interés con los soberanos de las naciones extranjeras: los Borbones de Nápoles, España e Italia eran ramas del mismo tronco que el Borbon de Francia; el embajador de Austria era su cuñado y los príncipes de Saboya sus amigos. Así, cuando la nación francesa quería imponer a Luis XVI condiciones, inaceptables en su concepto ¿a quién había de acudir pidiendo socorro, sino a sus primos, a sus cuñados, a sus amigos? Según él los españoles y los austríacos no eran enemigos de la Francia y sí soldados de sus muy amados parientes, que iban a defender la causa santa de la monarquía.

Por eso Luis XVI *no se acusaba de los crímenes que se le habían atribuido*.

Ahora bien, bajo el mismo punto de vista y en nombre de su omnipotencia, verdadera emanación de Dios, fue como el pueblo se levantó y llevó a efecto las

jornadas del 14 de julio, del 5 y 6 de octubre, del 20 de junio y del 10 de agosto.

El largo proceso entre los pueblos y los reyes ha sido sentenciado por último en favor de los primeros.

CAPÍTULO XLIX

SUMARIO.—El 26 de diciembre.—Atenciones de Cleriy hacia la reina.—La llave del ayuda de cámara.—Infidente.—Entrada de Luis XVI en la Asamblea.—Defensa de Desèze.—Hermosa defensa que se pudo hacer y no se hizo.—Palabras elocuentes del abogado.—Su peroración.—El rey toma la palabra.—Notas y llaves presentadas por el presidente al rey.—Luis se retira a la sala de conferencias.—Tumulto en la Asamblea.—Propuesta de Petion.—Rasgo oratorio de Lanjuinais.—Couthon.—Vacilación de la Asamblea.—Horacio y Curiacio.—Competencia de la Convención.—La Montaña y la Gironda.—Robespierre y Vergniaud.

Llegó por último el día 26 y halló al rey preparado para todo lo que pudiese sobrevenirle, hasta para la muerte.

Clery había avisado a la reina desde por la mañana, con objeto de que no la asustasen, como la vez primera, el ruido del tambor y el movimiento de las tropas: Luis XVI marchó, a las diez, acompañado por Santerre, Chambon y Chaumette.

Después de llegar, esperó el rey una hora: había descendido la monarquía hasta el extremo de hacer tan larga antecámara en los salones de la nación: ¡novecientos años había aguardado esta en los salones de aquella!

La causa de tal demora, era una discusión que concernía al rey: un individuo de la Convención acababa de anunciar a esta que una llave entregada por el acusado a Clery, el 12 de agosto, y de la cual había negado tener conocimiento, era cabalmente la que servía para abrir el armario de hierro de las Tullerías.

La llave que Luis XVI no quería reconocer, tal vez la hubiese trabajado por sí mismo. Otras cuatro, no tan importantes, pero que pertenecían a gavetas donde se habían hallado distintos documentos unidos a la causa, acompañaban a la primera.

Terminada la discusión, anunció el presidente que Luis y sus defensores iban a comparecer ante la Asamblea.

Luis entró, seguido de Malesherbes, Tronchet, Desèze, Chambon y Santerre. Apaciguado el tumulto, consiguiente a tal aparición, reinó un silencio profundo en toda la Asamblea.

—Luis —dijo el presidente—, la Convención ha decidido que se os oiga hoy definitivamente.

—Mi abogado va a leeros mi defensa —respondió el rey.

M. Desèze tomó entonces la palabra. Su discurso fue un verdadero discurso de abogado: ergotista, cuando hubiera debido ser elocuente; lógico, cuando convenía mostrarse poeta; porque un trono no se defiende como una pared medianera, con títulos, documentos y certificados; sino excitando sentimientos generosos, con la fe, con el entusiasmo, con la religión. La monarquía no es, a la verdad, una diosa; pero sí es un ídolo; y hay pueblos que permiten les pase por encima el carro donde va el objeto de su idolatría.

¡Hermosa era la defensa a que se prestaba un rey, responsable ante sus súbditos, no solo de sus crímenes, sino también de los de su raza, de las prodigalidades de Luis XV, de las flaquezas de Luis XIV y de las vacilaciones de Luis XIII! Enrique IV y San Luis hubieran sido sus verdaderos defensores. Por necesidad era preciso falsear más de una vez la historia, y emplear el sofisma en lugar del raciocinio; pero ¿dónde estaban entonces los hombres suficientemente instruidos en la filosofía de la historia para negar o desmentir los hechos?

En suma Desèze se dirigió al entendimiento, debiendo dirigirse al corazón: su único arranque algo elevado fue el siguiente:

«Busco entre vosotros jueces y no hallo más que acusadores».

Después continuó:

«Vais a fallar sobre la suerte de Luis, y vosotros sois los que le acusáis.

»Vais a fallar sobre la suerte de Luis, y ya habéis emitido vuestros votos.

»Vais a fallar sobre la suerte de Luis, y vuestras opiniones circulan ya por la Europa.

»Luis será, de consiguiente, el único francés para quien no exista ni ley ni forma.

»Se le ha acusado hasta de haber puesto tropas en su palacio: pues que ¿debía dejarse atropellar por la multitud?, ¿no estaba en sus manos la autoridad que había recibido de la Constitución? Ciudadanos, si en este momento os dijese que la muchedumbre armada venía a atacaros y arrojaros de este santuario, sin respetar vuestro sagrado carácter de legisladores ¿qué haríais?

»Se han imputado a Luis proyectos de funesta agresión; pero ¿quién ignora hoy, que mucho antes del 10 de agosto estaba ya dispuesta aquella jornada; que se pensaba en ella, como un medio revolucionario indispensable contra Luis, y que la insurrección tenía sus agentes, sus motores, su despacho privado, su directorio? ¿Quién ignora que se habían combinado planes, formado alianzas y suscrito tratados, conduciéndolo, arreglándolo y ejecutándolo todo, como cumplía al gran proyecto de crear para la Francia los destinos de que actualmente goza?

»Irrecusables son estos hechos, legisladores; han resonado por toda la Francia, han pasado en medio de vosotros; en esta misma sala se ha disputado sobre la gloria de aquella jornada. No es mi intento negársela a los que se la han adjudicado: digo meramente que, pues que la insurrección es anterior, con mucho, al 10 de agosto, y que nadie la pone en duda, está demostrado que Luis no ha sido el agresor.

»¡Y sin embargo le acusáis! ¡Le echáis en rostro la sangre que se ha vertido, pretendiendo que aquella sangre pide venganza contra él!... ¡Contra él, que se echó en brazos de la Asamblea Nacional, para no permitir que se derramase ni una gota! ¡Contra él, de cuyos labios jamás ha salido una orden sangrienta! ¡Contra él, que se decidió a volver cautivo desde Varennes, más bien que causar la muerte de un solo hombre! ¡Contra él, que rehusó el 10 de junio cuantos socorros le fueron ofrecidos, permaneciendo en medio de su pueblo!... ¡Y le imputáis la sangre derramada!

»Oíd de antemano lo que dirá la historia a la fama de los venideros tiempos:

»Luis subió al trono contando veinte años, y fue en él un dechado de buenas costumbres, no deslustrando el brillo de su corona con culpables flaquezas ni corruptoras pasiones: fue económico, justo y severo. Amigo constante del pueblo, si este deseó la destrucción de algún impuesto desastroso, él se apresuró a destruirlo; si reclamó contra la servidumbre, él principió por abolirla en sus señoríos; si solicitó reformas en la jurisdicción criminal para endulzar la suerte de los acusados, él las llevó a efecto; si quiso que millares de franceses, a quienes el rigor de nuestras costumbres había privado hasta entonces de los derechos de ciudadano, adquiriesen o recobrasen estos derechos, él dictó leyes disponiéndolo así y hasta se anticipó a los deseos del pueblo con sus sacrificios.

»Y sin embargo, en nombre de ese mismo pueblo se pretende hoy... Ciudadanos, no concluyo la frase: ¡me detengo ante la historia! Pensad que ella juzgará la sentencia que dictéis, y que su fallo será el de los siglos».

Tal fue la peroración, según nosotros algo débil, de un discurso, que trataba una de las más importantes cuestiones que ha ocupado a la razón humana.

Calló Desèze y levantose Luis XVI.

De sus labios era de esperar que brotase alguna palabra elocuente: como hombre, tenía que defender los fueros de la humanidad; como rey, la monarquía; como ungido de Dios, el derecho divino. Oigámosle:

«Acaban de exponeros mis medios de defensa, y no quiero molestaros repitiéndolos la última vez quizá que os dirijo la palabra: me limito a declararos, que *mi conciencia no me reprende nada*, y que mis abogados os han dicho la verdad.

»Nunca he sentido que se examinase públicamente mi conducta; pero destroza mi corazón el que se me impute haber influido para que se derramase la sangre del pueblo, y sobre todo, el que se me atribuyan las desgracias del 10 de agosto.

»Confieso que creía suficientes pruebas de mi abnegación en favor del pueblo, las multiplicadas de mi amor que le he dado en todas ocasiones, y el modo como me he conducido siempre: tengo harto demostrado que no me arredran los peligros, si arrostrándolos impido el derramamiento de sangre, y esto debió alejar de mi semejante acusación.»

Luis cesó de hablar. ¡Ay de la monarquía, a quien faltaban cosas, sino mejores, a lo menos más elevadas que exponer!

—La Convención Nacional —dijo el presidente a Luis—, ha decretado que se os haga ver esta nota.

Entonces uno de los secretarios presentó al rey la inscripción escrita de su puño en la cubierta de las llaves encontradas en casa de Clery.

—¿Conocéis esta nota?

—No —respondió Luis.

—También ha decretado la Convención, continuó el presidente, que se os muestren estas llaves. ¿Las reconocéis?

—Recuerdo —contestó el rey—, haber entregado a Clery, cuando entré en los

Fuldenses, algunas llaves que ya no necesitaba.

—¿Reconocéis esta?

Diciendo así presentó el presidente al rey la del armario de hierro.

—Como ha pasado tanto tiempo, no me es fácil reconocer ninguna; tampoco las notas. Me acuerdo de haber visto muchas.

—¿No tenéis nada más que añadir en vuestra defensa?

—No.

—Podéis retiraros.

El rey se levantó y entró en la sala de conferencias, donde debía aguardar a que la Asamblea decidiese. Desde allí pudo oír Luis XVI el tumulto que se había suscitado entre los representantes, después de su salida. No dejaba de ser grande: todos querían una resolución inmediata, sin prolongar por más tiempo aquella situación. El punto que iba a resolverse era para el pueblo no solo un juicio, sino también un espectáculo. Estaba en vísperas de representarse una gran tragedia, y él ansiaba ser contado entre los actores, aunque su papel fuese de simple comparsa.

Sin embargo, Desèze había tocado en su discurso una cuerda sensible, haciéndola estremecer y vibrar; a saber: el derecho de la Convención para juzgar a Luis XVI.

En tal conflicto, Petion y Lanjuinais presentaron esta extraña proposición:

«Pedimos que la Convención declare que *no va a juzgar a Luis sino a decidir de su suerte, como medida de seguridad*».

Reclamaban además, que se señalasen tres días para el examen de la defensa.

Lanjuinais fue el primero que se atrevió a hablar: gladiador de la legalidad, descendió sin miedo a aquella arena. Todo el partido extremo, los Duhem, los Duquesnois, los Billaud, se levantaron contra él, gritando que se le enviase a la cárcel como conspirador realista. Pero la voz de Lanjuinais dominó a todas las demás, logrando hacerse oír y pidiendo se abriese la discusión sobre el *impredictado e insensato* decreto (dos terribles epítetos en tales circunstancias) por el cual la Asamblea se había declarado en un minuto juez de Luis XVI. El tumulto creció con esto; y Lanjuinais, aferrándose a la tribuna, de donde querían desasirle, exclamó:

—¡No! no podéis juzgar al hombre desarmado, del cual muchos habéis sido enemigos directos y personales. No podéis ser jueces, aplicadores de la ley, acusadores, jurados, pues que todos habéis hecho conocer vuestras opiniones y algunos con una ferocidad escandalosa. Tomemos como norma la ley sencilla, natural, imprescriptible, positiva, que dispone que el acusado disfrute de las ventajas que le asegura la legislación del país. ¡Muchos de mis colegas, y yo entre ellos, moriremos antes que condenar a muerte, con violación de las formas, ni aun al tirano más abominable!

Petion siguió a Lanjuinais: un año antes era aún el ídolo de los parisienses; le llamaban el rey de París; pero la decoración había cambiado respecto de él: aquel día fue chiflado, vilipendiado, escarnecido, y tuvo que bajar de la tribuna, esconderse y callarse.

Couthon se hizo conducir entonces a ella, pues apenas caminaba ya, y era preciso llevarle. Sentó como base que la Convención había sido elegida para juzgar a Luis XVI, y consiguió que continuase la discusión; pero aunque parezca extraño, es lo cierto que se volvió a la idea suscitada por Petion y Lanjuinais. De manera que, después de haber insultado al primero y escarnecido al segundo, la Asamblea dijo que no trataba de prejuzgar *si se iba a juzgar a Luis XVI, o a fallar sobre su suerte como medida de seguridad*. Se ve por esto que la Convención vacilaba, dudaba, temblaba ante su tremendo cometido.

En aquella sesión midieron sus fuerzas la Montaña y la Gironda; gran combate de Alba y de Roma, en el que Robespierre hizo de Horacio y Vergniaud de Curiacio: uno perseverante, apasionado, terrible; otro elocuente, patético, espléndido.

No se trataba, entiéndase bien, de la culpabilidad de Luis: a los ojos de todos, aun a los de Lanjuinais y de Petion, era culpado: tratábase de la competencia de la Asamblea. Los Montañeses querían que la Convención decidiese de la suerte del rey; pero los Girondinos preferían que fallase el pueblo, fundándose en que siendo el pueblo quien había de revisar la Constitución, era quien debía decidir como juez en el importante acto que iba a verificarse.

Habíase colocado Robespierre en un terreno resbaladizo, por donde le era fácil descender al abismo: tenía que hablar contra la Soberanía Nacional. Intercalaba a menudo en sus discursos una o mejor dos citas, sacadas ya de la historia griega, ya de la latina; modo seguro de influir sobre las masas que, sin comprender, admiraban. Aquella vez escogió como texto el derecho, y sobre todo la razón que se encuentra casi siempre en las minorías.

—¡La virtud —dijo—, está siempre en minoría, y por eso se ve la tierra poblada de esclavos y tiranos! Sydney pertenecía a la minoría y murió en el patíbulo; Anito y Cricias eran de la mayoría, y como no sucedía lo mismo a Sócrates, por eso bebió la cicuta. Catón, como de los menos, tuvo que traspasarse las entrañas: ¡en este recinto hay hombres que se sacrificarán por la libertad, si es preciso, como Sydney, como Sócrates y como Catón!

Recurso oratorio que se contó, dentro de dos años, entre las profecías de la época.

Vergniaud se levantó, claro en el decir, copioso en palabras, rápido como un río.

—Ciudadanos —dijo, atacando de frente a Robespierre— Catilina estuvo en minoría en el Senado romano y si hubiese prevalecido; adiós Roma, adiós Senado, adiós libertad. En la Asamblea Constituyente, Maury y Cazalès estuvieron en minoría, y si hubieran triunfado, no existiríais vosotros. Los reyes también están en minoría en la tierra, y para encadenar a los pueblos dicen que la virtud está en la minoría y aseguran que la mayoría de los pueblos se compone de intrigantes, a quienes es fuerza imponer silencio por el terror, si se desea preservar a los imperios de un trastorno general.

En seguida volvió contra sus adversarios el cargo que estos habían hecho a los Girondinos, de provocar la guerra civil.

—Quieren la guerra civil, los que predicando el asesinato contra los partidarios de la tiranía, aplican este nombre a todas las víctimas que su rabia pretende sacrificar; los que aguzan los puñales contra los representantes del pueblo y piden la disolución del gobierno y de la Convención; los que aspiran a que la minoría se sobreponga a la mayoría, a que pueda legitimar sus juicios con insurrecciones, y a que los Catilinas vengan a dominar en el Senado. Quieren la guerra civil los que predicán esas máximas en todos los sitios públicos y pervierten al pueblo, acusando a la razón de Fuldense, a la justicia de pusilánime, a la humanidad de conspiradora.

«¡La guerra civil, por haber invocado la soberanía del pueblo!... ¡Más modestos erais en julio de 1791, pues entonces no pretendíais paralizarla a fin de reinar en su lugar! Al contrario, redactabais una petición para que se consultase al pueblo sobre la sentencia que se había de dar contra Luis a su vuelta de Varennes. Entonces queríais la soberanía del pueblo, y no os ocurría la idea de que el invocarla excitase la guerra civil. ¿Sería que en aquel tiempo favoreciese vuestras miras, y hoy les sirva de obstáculo?».

Habló luego el orador del valor con que se pretendía debía llevar a cabo la Asamblea su juicio, sin apelar al pueblo.

—¿Valor, decís? ¡El valor se necesitaba para atacar a Luis XVI en el lleno de su poder! Pero ¿creéis en conciencia que se necesita para enviarle al suplicio, vencido y desarmado? Un soldado cimbrío entró en la prisión de Mario con intención de degollarle, y asustado al aspecto de su víctima, echó a correr sin atreverse a herirle. Si aquel hombre hubiera formado parte de una asamblea ¿creéis que vacilara en votar la muerte del tirano? ¿Y qué valor encontraríais en ejercer un acto de que sería capaz cualquier cobarde?

Después habló de otro género de valor, cual es el que se debe desplegar contra las potencias extranjeras.

—Estimo demasiado la gloria de mi país —exclamó—, para proponerle que en ocasión tan solemne se pare a considerar lo que harán o lo que no harán las potencias extranjeras. Sin embargo, a fuerza de oír decir que obramos ahora como poder político, he pensado que no agraviaría ni vuestra dignidad ni vuestra razón hablando de política unos breves instantes. En mi sentir, suponiendo que la sentencia de Luis XVI no sea la causa de una nueva declaración de guerra, su muerte será a lo menos un pretexto para fundarla. Doy que venzáis, como lo creo, al enemigo; pero ¿qué gratitud os deberá la patria por haber hecho correr olas de sangre y ejercido, en nombre suyo, un acto de venganza, origen de tan inmensas calamidades? ¿Os atreveréis a elogiarle vuestra victoria? No quiero pensar siquiera en los reveses: pero, también las prosperidades matan. Cuenta con que en medio de sus triunfos no se asemeje la Francia a esos famosos monumentos del Egipto: quédase asombrado de su grandeza el caminante; pero ¿qué halla en su interior, si osa penetrar en él? cenizas inanimadas y el silencio de los sepulcros.

Después, descendiendo de la poesía a la realidad, continuó:

—¿No oís diariamente, aquí y fuera de aquí, gritar a hombres furiosos, que si el pan está caro, que si escasea el dinero, que si nuestros ejércitos están mal abastecidos, que si el desorden y la miseria cunden en el público, la culpa de todo la tiene el Temple?

»Y sin embargo, los que así hablan, saben muy bien que semejantes males dependen de otras causas.

»¿Quién me asegura, pues, que esos mismos hombres no gritarán con más violencia todavía, una vez de muerto Luis XVI, que la carestía del pan, la escasez del numerario, la falta de recursos en vuestros ejércitos, el aumento de las calamidades públicas, encrudecidas con la declaración de guerra de Inglaterra y España, han consistido en haberse precipitado por la Convención la sentencia de Luis XVI? ¿Quién me asegurará que al bramar la nueva tormenta, en que salgan otra vez de sus guaridas los asesinos de setiembre, no os mostrarán teñido en sangre al defensor, al jefe, cuya necesidad tanto se exagera? ¡Un jefe! ¡Ah, si tal fuese la osadía de los perversos, su decantado defensor no se presentaría sino para caer herido de mil golpes! Pero ¿y el horror en que se vería sumido París? ¿Cómo vivir en una ciudad, donde no se contemplase más que muerte y desolación? Ciudadanos industrioses, cuya riqueza es el trabajo ¿qué sería entonces de vuestros recursos?, ¿quién socorrería a vuestras desesperadas familias? ¿Acudiríais a los falsos amigos, a los adúladores pérfidos que os hubiesen precipitado en el abismo? ¡Ah! huid de ellos, temed su respuesta. Id, os dirían, a disputaros los jirones sangrientos de las víctimas que hemos degollado. ¿Queréis sangre? tomad, ahí tenéis sangre y cadáveres: no podemos ofrecer os otro alimento.

»¿Os estremecéis?, ¿no es verdad, ciudadanos? ¡Oh patria mía! Yo a mi vez reclamo el derecho de salvarte de tan deplorable crisis.



EL DUQUE DE ORLEANS.

CAPÍTULO L

SUMARIO.—Saint-Just en la tribuna.—Decreto de Camilo Desmoulins.—Cartas de los comisionados a los ejércitos.—Táctica de Robespierre.—Ataque de Gasparin.—Carta de Gensoneé a Roze.—Vuelta de Danton.—Su lista de preguntas.—La desconfianza de la Gironda pierde al rey.—Las tres preguntas de Fonfrède.—El jabalí herido.—Última discusión.—Votación nominal.—Dura doce horas.—El ministro de España.—La muerte.—Los defensores del rey.—La capital iluminada.—Saint-Fargeau es asesinado por Pâris.—Fuga del asesino.—Se le encuentra.—Se salta la tapa de los sesos.—Su *diploma honorífico*.

Al día siguiente comenzó de nuevo la discusión. Saint-Just subió a la tribuna, y su discurso, acerado como el corte de un hacha, hizo trozos la defensa: él fue el único que trató sin embozo la cuestión del *derecho que tiene un pueblo para juzgar a su rey*.

—Si el rey está inocente —dijo—, el pueblo es culpado. ¡Y vosotros, que habéis proclamado la ley marcial contra los tiranos del mundo, perdonaríais al vuestro! La revolución comienza donde concluye la tiranía.

Lanzose Lequinio a la tribuna.

—Si con esta mano —exclamó—, pudiese asesinar a todos los tiranos de un solo golpe, en el momento la descargaría sobre sus cabezas.

—Mi proyecto de decreto —dijo Camilo Desmoulins—, es el siguiente: un cadalso se dispondrá en la plaza del Carrousel, a donde Luis será conducido con un cartelón que lleve escrito por delante, traidor y perjuro a la nación, y por detrás, rey. La Convención decreta además que las bóvedas fúnebres de San Dionisio sean en lo porvenir la sepultura de los bandidos, de los asesinos y de los traidores.

Mientras esto pasaba en París, escribían los comisionados militares desde las fronteras:

—Estamos cercados de heridos y muertos: en nombre de Luis Capeto degüellan los déspotas a nuestros hermanos, y sin embargo, Luis Capeto aún vive.

La discusión siguió, como un combate de cuyas resultas debían quedar en el campo de batalla muchos cadáveres.

—¡Oh! —dijo Couthon—, es cosa que desespera ver el desorden en que la Asamblea nos ha sumido. Hemos perdido tres horas tratando de un rey. ¿Y somos republicanos? No; somos esclavos miserables de la tiranía.

A pesar de todo, aún subsistía la impresión causada por el discurso de Vergniaud. La Gironda, imitando a los caballeros mantenedores del torneo en la edad media, recibía todos los golpes en su escudo; pero uno asestado por la mano débil y desconocida de un tal Gasparin, la derribó en tierra.

—Ciudadanos —dijo subiendo a la tribuna—, no es extraño que la Gironda defienda con tanta convicción a Luis XVI. El año último vivía yo en casa de Roze, pintor del exrey, y me habló de una memoria escrita, a petición de palacio, por los

Girondinos, y firmada por Guadet, Gensonné y Vergniaud. ¿No os parece oportuno preguntar a los señores que acabo de nombrar, que piensan de la tal memoria?

Robespierre, sin duda, había disparado aquel tiro: lo reservaba desde junio para una buena ocasión que se le presentase, y Gensonné, atacándole directamente, a fuer de rudo atleta, acababa de excitar sus deseos de venganza.

—Tranquilizaos, le había dicho Gensonné, ni seréis degollado ni degollareis a nadie: ese es el mayor de vuestros sentimientos.

Entonces Robespierre hizo una señal a Gasparin y este subió a la tribuna. La Gironda no negó el hecho: en la época en que fue redactada aquella memoria, esto es, seis meses antes, todos las escribían con objeto de salvar la institución real, aun en pie, pero próxima a deslizarse por la horrible pendiente, a cuyo extremo la aguardaba el abismo.

Gensonné declaró sin dificultad, que rogándole sus compañeros y el mismo Roze que indicase un medio para remediar la catástrofe próxima de la monarquía, había escrito, no al rey, sino al pintor una carta, que firmaron, junto con él, Guadet y Vergniaud.

Roze fue llamado y declaró, como había afirmado Gensonné, que la carta se dirigía a él y no a Luis XVI; pero, por inocente que fuese su contenido, la Gironda y el monarca estaban heridos en el corazón.

Cuando menos lo aguardaban, un sostenedor vino en su auxilio, a quien el rey y la Gironda rechazaron: este sostenedor era Danton.

Enviado a Bélgica, había tratado inútilmente de reconciliar a Dumouriez con la Revolución y venía a ver si ponía de acuerdo a la Gironda con el exmonarca. Llamado por medio de un decreto, debía encontrar a la Convención muy cambiada, exasperados los ánimos, enfermos los cuerpos: durante su ausencia, la Asamblea había caminado al vapor.

El grande espectáculo que Danton había visto en Bélgica dio nuevo temple a su alma: el pueblo liejense, tan francés de corazón, después de haber conquistado su libertad, se la había visto arrancar por una coalición de reyes.

Redimido de nuevo por la Francia, forjaba espadas con sus cadenas y acuñaba sus campanas e imágenes para adquirir dinero.

Danton llegó a París justamente cuando todos se preguntaban: ¿cuál será la pena de Luis XVI?

De una ojeada, con que abarcó toda la Francia, se impuso de la situación.

Considerábase ya a los presos del Temple como unos santos; las iglesias estaban llenas de mujeres y de niños que rogaban a Dios en contra de la Revolución, esto es, en contra de sus padres, hermanos y maridos; los hermanos Chouan excitaban a la guerra civil en el Oeste, imitando el graznido del búho, y una pequeñísima minoría era la que deseaba seriamente la muerte del rey; pena que, en sentir del tribuno, si buena tal vez de votar, era seguramente mala de llevar a efecto.

Entonces volvió a presentarse en la escena Danton, el jurisconsulto, tanto más

político cuanto que parecía envolverse más en argucias judiciales. Hizo demostración de una lista de preguntas, divididas y en contradicción más con otras y que se destruían mutuamente. De antemano había aplazado la ejecución de la sentencia, lo que equivalía a un perdón.

—Cualquiera que sea el castigo, había dicho Danton ¿deberá aplazarse para después de terminada la guerra?

Tendía, por lo visto, una mano a Vergniaud; echaba un puente salvador sobre el abismo revolucionario, por donde podía pasar, sino la monarquía, a lo menos el rey.

La Gironda, sea desconfianza, sea horror, no quiso aceptar la mano del hombre de setiembre, y retrocedió ante aquella puerta que se abría para salvación de todos: como no pasó ella, impidió que lo verificase el centro.

La Montaña se quedó atónita: a los ojos de aquellos hombres, en quienes estaba encarnada la Revolución, Danton se perdía sin motivo visible, sin razón lógica de ninguna especie.

Solo un jurisconsulto comprendió la obra de aquel otro terrible jurisconsulto, que distribuía tan bien las partes de un todo, y que tan mal sabía recomponer este: Cambacérès.

En tan críticos momentos, salió Fonfrède de las filas de la Gironda, subió a la tribuna y redujo todas las preguntas a estas tres:

- 1.º ¿Luis es culpado?
- 2.º ¿Se apelará al pueblo de la sentencia de la Convención?
- 3.º ¿Cuál será la pena?

Estas tres preguntas fueron adoptadas por la Asamblea, y se procedió a la votación.

Fonfrède acababa de contradecir a Vergniaud, hiriendo de muerte al rey, a quien el último había querido salvar; con esto se dividió la Gironda y su ruina no tardó en realizarse.

Se procedió a la votación, como decíamos. A la primera pregunta: *¿Luis es culpado?* respondieron seiscientos ochenta y tres individuos.

—Sí.

Lacaude, representante del Meurthe, Baraillon del Creuse, Lafond del Corrèze, Homond de Calvados, Enrique Larivière, Isarn Valady, Noel de los Vosges, Maurisson de la Vendée, Vaudelincourt del Alto-Marne y Rouzet del Alto-Garona, se abstuvieron de votar, alegando su incompetencia y la incompatibilidad de las funciones de legisladores y de jueces.

A la segunda pregunta: *¿se apelará al pueblo de la sentencia de la Convención?* respondieron en pro doscientos ochenta y un individuos y en contra cuatrocientos veinte y tres.

Como la tercera pregunta *¿Cuál será la pena?* era la más grave, se suscitó una gran lucha.

Danton, que se veía rechazado por la Montaña, la Gironda y los realistas, había

montado en cólera, como el jabalí herido, y necesitaba clavar las puntas de sus colmillos en alguno. Discutiábase sobre una orden de cerrar los teatros, expedida por el poder ejecutivo. Danton pidió la palabra:

—Confieso, ciudadanos, que creía hubiese en estos momentos cosas más importantes en que ocuparnos.

—Se trata de la libertad —exclamaron cinco o seis voces.

—Se trata de la tragedia cuyo espectáculo vais a dar al mundo —gritó Danton, volviendo a sus funciones de septembrista—; se trata de que caiga bajo la cuchilla de la ley la cabeza del tirano: pido que se decida, sin levantar mano, de la suerte de Luis.

Votose y se adoptó la proposición de Danton. Entonces propuso Lanjuinais que la votación de la pena fuese por los dos tercios y no por la mayoría absoluta de sufragios.

Danton se volvió a levantar, deseando sin duda rehabilitarse.

—Hay quien pretende —dijo—, que la importancia del asunto exige para su decisión formas extraordinarias, y yo pregunto: ¿por qué, cuando se ha fallado acerca del destino de toda una nación por una simple mayoría de votos, sin siquiera ponerse en duda que así debía ser, tratándose ahora de abolir la monarquía y de sentenciar a un conspirador, a un solo individuo, se reclaman trámites más escrupulosos y solemnes? Nos asiste el derecho de soberanía para decidir, como representantes; y pregunto de nuevo: ¿no habéis votado por mayoría absoluta el establecimiento de la República y la declaración de guerra?, ¿se ha recurrido al pueblo para que ratificase la pena impuesta a los cómplices de Luis XVI? No; y entonces ¿por qué se quiere establecer una excepción en favor del que ha sido el alma de tales conspiraciones?

Estrepitosos aplausos acogieron este ataque de Danton: Lanjuinais, empero, persistió en su principio:

—Cuidado, señores: habéis desechado cuantas formas reclamaban la justicia y hasta la humanidad, entre otras la recusación y el escrutinio secreto, antemural este último de la libertad de las conciencias y de los sufragios. Al parecer, deliberamos en una Convención libre; pero nos cercan los puñales y cañones de los revoltosos.

La Asamblea, sin hacer caso de Lanjuinais, se declaró permanente, según había propuesto Danton, hasta pronunciar la sentencia del rey.

Llegó su turno a la tercera votación nominal para responder a la pregunta *¿Cuál será la pena?*

Lúgubre y lenta, como los dobles de una campana, empezó aquella a las ocho de la noche, y aún continuaba cuando amaneció el siguiente día teñido por los colores pálidos del invierno y velado el sol por las brumas. Duró doce horas.

Concluida la votación, pero aun sin saberse el resultado, trajeron una carta del embajador de España.

Este funcionario, por si y sin poderes para ello de su gobierno, se presentó como mediador en aquella gran disputa de la vida y la muerte.

Ver la carta y ponerse Danton de un salto en la tribuna, fue obra de un momento:

al notar que se apoderaba de la palabra sin pedirla, gritole Louvet:

—¡Danton! ¡Danton! ¿Ya te imaginas rey?

Pero el tribuno continuó hablando, sin cuidarse de la exclamación de Louvet, sin volver la cabeza siquiera.

—¡Me asombra —dijo—, que una potencia extranjera se mezcle y trate de influir en vuestras deliberaciones! ¡Cómo!, ¡no reconocen la República, y son audaces hasta el punto de querer dictarle leyes, imponerle condiciones y tomar parte en sus juicios! ... Por lo que hace a mí, votaría una declaración de guerra a la España. ¡Respondedle, presidente, que los vencedores de Jemmapes no retrocederán en el sendero que se han marcado, y que cuentan con las mismas fuerzas desplegadas allí, para exterminar a todos los reyes!

La Gironda pudo alcanzar que se pasase a la orden del día.

Leyose una carta de los defensores del rey, pidiendo ser oídos antes de verificarse el escrutinio de los votos. Danton consintió en ello; pero se opuso Robespierre.

Trescientos ochenta y siete individuos se decidieron por la muerte; y trescientos treinta y cuatro por la prisión, o muerte condicional. La mayoría fue de cincuenta y tres votos.

Levantose entonces Vergniaud y dijo con voz profundamente conmovida:

—¡Declaro, en nombre de la Convención, que la pena pronunciada contra Luis Capeto es la de muerte!

En seguida entraron los defensores del rey y leyeron una carta de este, en la que protestaba hallarse inocente y apelaba a la nación de la sentencia de la Asamblea.

Malesherbes, sobrecogido con el resultado del escrutinio, se turbó, tartamudeó apenas unas cuantas palabras, y concluyó suplicando que se le oyese al siguiente día, por ser tal su conmoción, que necesitaba de algunas horas de descanso para cobrar aliento.

Tronchet y Desèze, menos conmovidos, hicieron a la Asamblea la observación de que aquella mayoría de cincuenta y tres votos, sobrado débil tratándose de tan grave acontecimiento, se limitaba realmente a siete, pues cuarenta y seis pedían una prórroga.

La Convención no atendió a nada; se persistió en la pena de muerte, sin prórroga ni apelación, y habiéndose levantado la sesión a las once de la noche, se decretó, como medida de seguridad pública, una iluminación general.

El que entrando en París aquella noche, sin saber lo que pasaba, hubiese visto tantas ventanas iluminadas y el gentío que corría difundiendo la terrible nueva por las calles, de seguro hubiera preguntado qué fiesta era la que se celebraba. Era la fiesta de la muerte.

Al otro día, Lepelletier de Saint-Fargeau, uno de los que se habían decidido por la tremenda pena, fue a comer a una fonda del Palacio Real. En el momento de pagar, se acercó a él un joven.

—¿Sois Saint-Fargeau? —le preguntó.

—El mismo —respondió Lepelletier.
—Parecís, no obstante, un hombre honrado.
—Creo serlo.
—¿Pues no habéis votado por la muerte?
—Mi conciencia me lo dictó así.
—Toma; ahí tienes el premio.

Y diciendo y haciendo, le atravesó el pecho de un sablazo.

Era un exguardia de corps, llamado Pâris.

No había ido allí a matar a Lepelletier, sino al duque de Orleans. Formaba parte de una asociación de quinientos realistas que habían jurado salvar al rey. Encontrándose solo en una cita a que todos debieron concurrir, perdió aquella esperanza y determinó obrar por su cuenta, protestando contra la muerte de Luis XVI con la sangre de un regicida. Vínosele a las manos Lepelletier de Saint-Fargeau y le inmoló, como hubiera inmolado a cualquiera otro en su lugar.

Logrado esto, y siendo su principal designio asesinar al duque de Orleans, permaneció en París ocho días esperando una coyuntura, hasta que al fin salió el 26 de enero.

Ya fuera de la capital, se puso en marcha a pie, disfrazado de guardia nacional, y con el pelo cortado según lo usaban los Jacobinos. El domingo por la noche durmió en Gisors, partiendo de allí al despuntar el alba. Una vez en Gournais, no continuó por el camino real, sino que tomó el de Forges-les-Eaux, casi impracticable para quien no fuese un fugitivo.

El lunes 31 de enero, llegó a Forges-les-Eaux y se alojó en una pequeña posada, donde nadie le hubiera conocido sin sus frases contrarrevolucionarias y el alarde que hizo de las armas que llevaba ocultas, entre otras un puñal, cuya vaina era un bastón. Bebió mucho al tiempo de la comida y después se retiró a su alcoba. Los dueños de la posada le sintieron pasearse, y lo extrañaron; porque al entrar parecía fatigado. Subieron entonces algunos curiosos, miraron por el agujero de la cerradura y le vieron de rodillas, besando y volviendo a besar su mano derecha.

Al día siguiente se presentó *el ciudadano Augusto*, como le llama Prud'homme, a denunciar a Pâris ante el Ayuntamiento de Forges-les-Eaux; y esto así por casualidad, como Pâris había obrado con Saint-Fargeau, pues las señas del asesino no habían llegado aun a aquel pueblo, y solo se tenía conocimiento del hecho por los periódicos.

En el acto los concejales destacaron a tres gendarmes para que, yendo a la posada del Gran-Ciervo, invitasen a Pâris a presentarse en la secretaría del Ayuntamiento. Los gendarmes entraron en la alcoba del fugitivo e inquirieron de este, a la sazón acostado, el punto de donde venía, aquel a donde se dirigía y si llevaba pasaporte o licencia.

Respondió que venía de Dieppe, que iba a París, y que no tenía ni había acostumbrado nunca llevar pasaporte. Los gendarmes, hecha esta interpelación, le intimaron que los acompañase al Ayuntamiento. Consintió, se torció hacia el lado

derecho, cogió una pistola de dos tiros que tenía debajo de la almohada, y se saltó la tapa de los sesos. Los gendarmes acudieron al oír la explosión; pero era ya tarde.

Le hallaron una cartera con mil doscientos ocho francos en asignados, una flor de lis plateada, y sobre el pecho dos papeles manchados de sangre. Uno era la partida de bautismo de Pâris, dada por la parroquia de San Roque el 18 de setiembre del año anterior; de la cual resultaba que había nacido el 12 de noviembre de 1763 y que de consiguiente contaba treinta años de edad.

El otro era su retiro de teniente de guardias, concedido el 1.º de junio de 1792: se leía a su espalda lo siguiente:

—*¡Mi diploma honorífico!* A nadie se moleste, pues no he tenido cómplices en la muerte del perverso Saint-Fargeau. Si no hubiera tropezado con él mi acción sería más meritoria, pues purgara a la Francia del regicida, patricida y parricida d'Orleans. A nadie se moleste por mi causa: los franceses son todos unos cobardes, de quienes me despido con los siguientes versos:

Pueblo, cuyos delitos el espanto
siembran, yo dejo con placer la vida;
¡la sangre real nos imprimió una infamia,
que el que no muere como yo, no evita!

La Asamblea acordó pagar por una vez al ciudadano Augusto, denunciador de Pâris, mil doscientos francos.

CAPÍTULO LI

SUMARIO.—El rey es insultado al entrar en el Temple.—La corbata y los guantes.—El 1.º de enero.—La opinión pública.—*El enemigo de las leyes*.—M. Brunier.—Un decreto del ayuntamiento.—Sentencia del rey el 17.—Su impasibilidad.—*El Mercurio de Francia* y el taquígrafo.—Esperanza de una prórroga.—Los tres rollos de luis.—La escuela del rey en el ayuntamiento.—El consejo ejecutivo.—Lectura de la sentencia.—Decreto de la Convención.—Carta del rey a la Asamblea.—Última comida de Luis XVI.—Nada de cuchillo.

Veamos lo que había pasado en el Temple durante el curso de aquella larga contienda que principió el 26 de diciembre y tuvo fin el 17 de enero.

El rey había entrado en la torre, de vuelta de la Convención, con las mismas precauciones que la primera vez; pero esto no estorbó que le insultasen.

Entregó a Clery un ejemplar de su defensa e hizo llegar otro a manos de la reina, por conducto del comisionado Vicente, contratista de obras, quien, al encargarse de esta comisión, suplicó al rey que le diese, como reliquia, algo suyo.

Desatose Luis XVI su corbata y se la regaló: al día siguiente, otro municipal le hizo una petición análoga, y el rey le entregó sus guantes.

Dijimos que los presos del Temple eran considerados ya como unos santos; coincidiendo con lo mismo, vemos ahora que los objetos pertenecientes al rey pasaban al estado de reliquias.

El 1.º de enero se acercó Clery a la cama de Luis XVI y rogó por él en voz baja.

—Acepto vuestra súplica —le dijo Luis XVI; y le tendió la mano, que Clery besó inundado de lágrimas.

Luego que se levantó, suplicó el rey a un municipal que fuese de su parte a saber de su familia y a transmitirle su felicitación por el año nuevo. Era tan doloroso el tono de su voz, que otro de los municipales no pudo menos de decir a Clery:

—¿Por qué el rey no pide que se le permita ver a su familia? Terminados como están ya los interrogatorios, no habrá dificultad en ello.

Pasado un instante, volvió a entrar el municipal que había ido al cuarto de la reina, y dijo a Luis que su esposa le daba gracias por su felicitación y se la devolvía.

—¡Qué día de año nuevo! —exclamó el rey, dirigiendo al cielo los ojos.

Aquella misma noche le comunicó Clery las palabras del municipal sobre el permiso de ver a su familia. Luis XVI reflexionó un momento, y luego dijo:

—Dentro de algunos días es seguro que no me lo negarán: aguardemos.

Las noticias que el rey había recibido de París no dejaban de tener algo de consoladoras. Un valiente, con sus puntas de talento, llamado Zaya, había compuesto una comedia titulada: *El amigo de las leyes*, que aunque en extremo republicana, propendía a la reacción en aquellos momentos. Ahora bien: el hemistiquio, *des lois el non du sangs* (leyes y no sangre) era aplaudido con furor.

Por otra parte, se había representado en Versalles *La casta Susana*, y cuando esta decía a los que eran a la par acusadores y jueces: ¿Cómo podéis a un tiempo acusarme y condenarme? El público pedía tres veces la repetición del pasaje, saludando a la actriz con una salva de aplausos.

Clery entregó al rey un ejemplar de *El amigo de las leyes*; y trató de hacerle concebir la esperanza de que su pena se limitaría a la deportación o a la clausura; así se lo figuraba, porque sabía los distintos pareceres de la Convención.

—Con tal de que usen esa moderación con mi familia —respondió Luis XVI a su ayuda de cámara—, me contento; pues solo por ella temo.

Clery tenía aviso de que los realistas habían depositado una suma considerable de dinero en casa de M. de Pariseau, redactor de *La Feuille du jour* (hoja diaria) la cual estaba a disposición del rey. Cuando lo participó a este, contestó, que les diese gracias; pero que no podía aceptar sus ofertas, pues haciéndolo, los comprometería.

La correspondencia del monarca con su familia seguía adelante, valiéndose ya del ovillo de algodón, ya de la ventana. Por este medio supo que madama Royale había enfermado, lo que le inquietó durante algunos días; pero se tranquilizó un poco con la noticia de que M. Brunier, exmédico de cámara, la asistía, merced a los repetidos empeños de la reina.

El martes, 15 de enero, fueron MM. Desèze y Tronchet, como de costumbre, a visitar al rey; escusándose por no poder acompañarle al siguiente día.

El miércoles, 16, permaneció M. de Malesherbes cosa de dos horas a su lado y le dijo, al tiempo de salir, que volvería a darle cuenta del resultado de la votación, tan pronto como lo supiese.

Hemos visto que esta se prolongó hasta horas muy avanzadas de la noche y que la sentencia se pronunció el 17 por la mañana.

La víspera, a las seis de la tarde, entraron cuatro municipales en la habitación de Luis XVI y le leyeron un decreto del Ayuntamiento disponiendo que le custodiasen de día y noche, y que dos de ellos velasen junto a su cama en las horas de descanso.

El jueves, 17 de enero, llegó al Temple M. de Malesherbes, entre nueve y diez de la mañana. Clery se precipitó hacia él:

—¿Qué hay? —le preguntó.

—Todo se ha perdido —respondió M. de Malesherbes—: el rey está condenado a muerte.

Cuando entró en la estancia de Luis, halló a este vuelto de espaldas a una lámpara colocada en la chimenea, con los codos sobre la mesa y cogida la frente con ambas manos. El ruido que hizo M. de Malesherbes al entrar, sacó de su meditación al rey; levantose y dijo:

—Dos días hace que me ocupo en averiguar si he podido merecer, durante mi reinado, la menor reprensión por parte de mis súbditos. Pues bien, M. de Malesherbes, os juro con toda la sinceridad de mi corazón, como el que va a comparecer ante Dios, que constantemente he aspirado a promover la felicidad de mi

pueblo, sin formar nunca un solo voto en contra suya.

Viéndole predispuesto de tal manera, el leal anciano aprovechó la coyuntura y le anunció su sentencia de muerte. Luis XVI no hizo el menor movimiento de sorpresa ni de conmoción.

Antes de irse, quiso M. de Malesherbes hablar a solas con el rey. Este le condujo a su gabinete, cerró la puerta y permaneció con él por espacio de una hora. Terminada la conferencia, le acompañó el monarca hasta el umbral, y en seguida dijo a Clery:

—El dolor de ese buen anciano me ha conmovido en extremo.

Hasta horas de comer se ocupó en leer o en pasearse. Por la noche, viéndole Clery dirigirse al gabinete, se acercó a él y le preguntó si le necesitaba. Detúvose entonces.

—¿Habéis oído el relato de mi sentencia? —preguntó a su sirviente.

—¡Ah, señor! —respondió Clery, esperad un aplazamiento: M. de Malesherbes no desconfía de lograrlo.

—Nada espero —repuso el rey—; pero, a la verdad, me aflige el pensar que mi pariente M. d'Orleans ha votado mi muerte. Ved la lista donde consta.

—El público —dijo Clery—, murmura en voz bastante alta. Dumouriez se halla en París, y cuentan que trae un mensaje de su ejército, contrario al proceso de V. M. También se susurra que los ministros de Negocios Extranjeros tratan de reunirse para ir a la Asamblea; y por último, hay quien asegura que los individuos de la Convención temen un levantamiento popular.

—¡Ay —dijo el rey—, lo sentiría, pues habría nuevas víctimas! La muerte, por lo que a mi respecta, no me asusta; asústame, sí, y me hace estremecer la consideración del destino que aguarda a mi familia, a mi esposa y mis desventurados hijos, a los leales servidores que no me han abandonado nunca, a los infelices ancianos, cuyos únicos medios de subsistir consistían en las módicas pensiones que les tenía señaladas. Sin mí ¿quién los socorrerá?

Después de un corto silencio, continuó:

—¡Dios mío!, ¿era este el premio que merecían tantos sacrificios?, ¿no había hecho cuanto estaba en mi mano por asegurar la felicidad de los franceses?

M. de Malesherbes, a quien esperaba el rey aquella noche, no pareció; como tampoco la siguiente mañana. Un Mercurio de Francia, ya viejo, cayó en poder de Luis XVI: en él había una charada, que este dio a Clery para que acertase su significado. Como no fue posible al ayuda de cámara conseguirlo, dijo el rey:

—Pues la palabra es de circunstancias.

—¿Qué palabra? —preguntó Clery.

—*Sacrificio* —contestó Luis.

El sábado 19, a las nueve de la mañana, entró un municipal, llamado Gobeau, con un papel en la mano: acompañábale el conserje de la torre con recado de escribir. Ambos procedieron al inventario de los muebles y efectos del rey.

En una gaveta había tres rollos de papel: el municipal quiso examinarlos.

—Inútil —dijo Luis XVI—: son tres rollos de luses, con mil francos cada uno.

Pertenecen a M. de Malesherbes, como que encima de ellos está escrito su nombre.

Pasó el día sin ver el rey a ninguno de sus abogados. Entonces comprendió que se había resuelto así, y suplicó a los comisionados que le obtuviesen el permiso de avistarse con M. de Malesherbes. Uno de ellos le confesó que les estaba prohibido dar parte al Concejo general de sus pretensiones, no firmándolas él mismo.

—¿Y por qué no me lo han dicho antes? —preguntó el rey.

Escribió en seguida un billete que entregó a los municipales; pero, hasta el otro día no lo llevaron al Ayuntamiento. Quejábase en él Luis XVI del decreto que le privaba de sus abogados, rogando que le permitiesen verlos con toda libertad; y sobre todo, que se le dejase algunos momentos a solas.

Fácil es comprender, decía al Ayuntamiento, que en mi posición debe serme penoso no poder estar solo, y carecer de la tranquilidad necesaria para abstraerme de cuanto se roza con este mundo.

El domingo 20, se informó el rey del resultado de su petición: le aseguraron que había sido entregada; pero Clery, que entró a las diez en la alcoba del monarca, le dijo que aún nada estaba resuelto acerca de ella.

—M. de Malesherbes no viene —dijo Luis XVI.

—Señor —contestó Clery—, acabo de saber que se ha presentado en la torre varias veces; pero que siempre le han prohibido entrar.

—Probablemente —dijo el rey—, hoy sabré la causa de tal prohibición.

Hablando así, comenzó a pasearse en todas direcciones. A las dos se abrió de improviso la puerta y aparecieron doce o quince personas: era el Consejo ejecutivo, compuesto de Garat, ministro de Justicia, Lebrun, ministro de Negocios Extranjeros, Grouvelle, secretario, Chambon, corregidor, Chaumette, síndico del Ayuntamiento, y Santerre, comandante de la Guardia Nacional.

Venían a notificar al rey la sentencia. Luis XVI oyó de pie la lectura; y levantando la cabeza, próxima a caer bajo el filo de la guillotina, pareció dirigir a Dios la apelación que le habían negado los hombres.

Garat, sin descubrirse, tomó la palabra y dijo:

—Luis, la Convención Nacional ha encargado al Consejo ejecutivo provisional que os notifique sus decretos de 15, 16, 17, 19 y 20 de enero. Los va a leer el secretario.

En efecto, Grouvelle, con voz débil y trémula, leyó lo que sigue:

—Decretos de la Convención Nacional de los días 15, 16, 17, 19 y 20 de enero.

ART. I.

La Convención Nacional declara a Luis Capeto, último rey de los franceses, culpado de conspiración contra la libertad de la patria y de haber atentado contra la seguridad general de la República.

ART. II.

La Convención Nacional declara que Luis Capeto sufrirá la pena de muerte.

ART. III.

La Convención declara nulo el acto de Luis Capeto, por el cual parece apelar a la nación de la sentencia pronunciada por la Asamblea; y prohíbe a quien quiera que sea darle curso, bajo pena de perseguirle y castigarle, como culpado de atentar contra la seguridad general del Estado.

ART. IV.

El Consejo ejecutivo provisional notificará el presente decreto a Luis Capeto, y tomará cuantas medidas estime necesarias para que se lleve a efecto dentro de veinte y cuatro horas después de hecha la notificación, dando en seguida cuenta de todo a la Convención Nacional.

En el rostro del rey no se reveló la menor emoción mientras oyó leer los precedentes artículos. Tan solo se vio asomar a sus labios una amarga sonrisa, cuando el secretario leyó aquello de *haber conspirado*; pero, al leer luego *sufrirá la pena de muerte*, desapareció la sonrisa, cediendo el puesto a la más completa serenidad.

Concluida la lectura, se acercó Luis XVI a Grouvelle, tomó de sus manos el decreto, lo dobló, sacó su cartera y lo colocó en ella; en seguida, con una voz en que iba unido al acento de la súplica el de la dignidad real, dijo al ministro Garat, presentándole un papel:

—Señor ministro de Justicia, os ruego que entreguéis inmediatamente a la Convención Nacional esta carta.

El ministro no sabía si tomarla.

—Voy a leéros la —dijo el rey.

Pido tres días de plazo para disponerme a comparecer ante Dios. Al efecto, espero poder comunicarme libremente con la persona que indicaré a los comisionados del Ayuntamiento, y la cual deberá estar al abrigo de cualquier temor o inquietud, por lo tocante al acto de caridad cristiana que desempeñe conmigo.

Pido que cese la perpetua vigilancia con que el Consejo General me asedia hace algunos días.

Pido que se me permita ver a mi familia, a solas y cuando sea mi voluntad, durante este intervalo de tiempo. Desearía que la Convención se ocupase, sin perder momentos, en decidir acerca de la suerte futura de mi esposa, hijos y hermana, permitiéndoles retirarse a donde lo estimen oportuno.

Recomiendo a la beneficencia nacional a todas las personas que me fueron adictas: habiendo algunas empleado todos sus bienes para comprar un empleo, deben hallarse muy necesitadas. Entre ellas hay muchos ancianos y pobres que solo contaban para vivir con la pensión que les tenía señalada.

Torre del Temple, 20 de enero de 1795.

Firmado, Luis.

Garat recibió de manos del rey esta carta y prometió entregarla inmediatamente a la Convención. Cuando iba a salir le detuvo Luis XVI; y abriendo de nuevo su cartera, sacó una tarjeta y dijo al ministro.

—Caballero, si la Convención accede a mi solicitud, esta es la dirección de la persona que deseo me asista en mis últimos momentos.

El augusto preso puso la tarjeta en manos de un municipal; llevaba escrito encima: M. Edgeworth de Firmont, 43, calle de la Barca (*du Bac*).

Luis XVI dio en seguida un paso hacia atrás, como acostumbran los reyes cuando ha terminado la audiencia. Con esto se retiró el ministro, y los que le acompañaban

salieron tras él.

Paseose el monarca un instante en su alcoba, y después, acercándose a Clery, que se había quedado en pie y casi sin conocimiento junto a la pared, le dijo:

—Clery, haced que me traigan la comida.

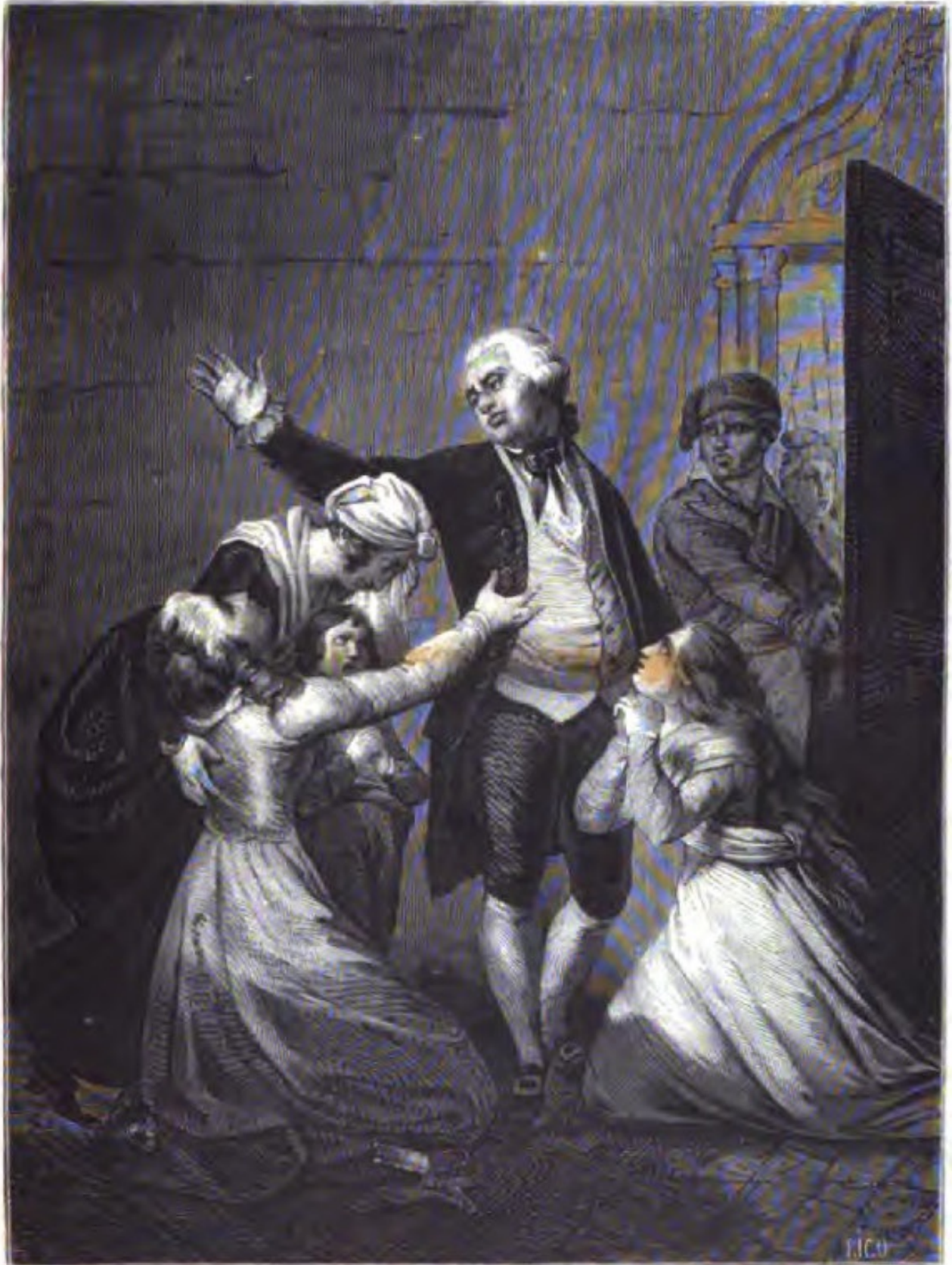
Clery iba a cumplir la orden de su amo, pero los dos municipales que estaban de guardia le leyeron un decreto por el cual se disponía que Luis XVI no comiese en adelante con cuchillo ni tenedor, y que su ayuda de cámara le cortase el pan y la carne, en presencia de dos comisionados.

Clery no quiso participar aquel nuevo rigor al rey; de manera que este, al sentarse a la mesa, no pudo menos de observar que le faltaba el cuchillo. Entonces el municipal Ménier se acercó y le hizo saber el decreto del Ayuntamiento.

Respaldose el monarca en su silla y exclamó mirándole:

—¡Se me cree tan cobarde que vaya a atentar a mi vida! No; aunque acusado de haber cometido crímenes, estoy inocente, y moriré sin miedo. ¡Ojalá que mi muerte labre la dicha de la Francia, y aparte de sus hijos las desgracias que preveo!

Nadie respondió. Comió apenas, trinchó la carne con la cuchara y rompió el pan con los dedos. La comida no duró más que unos cuantos minutos.



ULTIMO ADIOS DE LUIS XVI A SU FAMILIA.

CAPÍTULO LII

SUMARIO.—Garat y Santerre.—Se niega el plazo.—Se dispone todo para la ejecución.—El ayuntamiento, y el concejo general.—Llegada del confesor Edgeworth.—El comedor.—Tierna conmoción del rey.—Dolorosa entrevista de la familia real.—Los siete enanos de hora.—¡Mañana a las siete!—La cena.—Los ornamentos de iglesia.—Pasan a prisa las horas.—La misa.—Las seis.—¡Oh rey mío!—Últimos regalos de Luis XVI.—El sello, los cabellos.—Las tijeras.—Indignación del rey.—«A Capeto le basta con el verdugo».

Garat volvió a las diez de la noche. Clery fue a avisar de ello al rey, y Santerre que le precedía, dijo con el aire más jovial del mundo:

—Luis, aquí tienes al Consejo ejecutivo.

El ministro se adelantó.

—Luis —dijo—, condescendiendo con vuestro deseo he llevado a la Convención vuestra carta, y se me ha encargado que os notifique la siguiente respuesta:

Se permite a Luis Capeto llamar al eclesiástico que mejor le acomode y ver a su familia libremente y sin testigos. La nación, siempre grande y justa, se ocupará en decidir acerca del porvenir de su familia. Los acreedores contra su casa serán indemnizados. Pero, tocante al plazo pedido, la Convención ha determinado pasar a la orden del día.

Deseando el rey saber como se le ajusticiaría, le entregaron el siguiente decreto:

El Consejo ejecutivo provisional, deliberando sobre las medidas que es preciso tomar para el cumplimiento de los decretos expedidos por la Convención Nacional en los días 15, 17, 19 y 20 de enero de 1793, ordena:

1.º Que la ejecución de la sentencia de Luis Capeto se verifique el lunes 21.

2.º Que el sitio del suplicio sea *la plaza de la Revolución*, antes de Luis XV, entre el pedestal y los Campos Elíseos.

3.º Que Luis Capeto salga del Temple a las ocho, de manera que la ejecución pueda tener lugar a medio día.

4.º Que asistan al acto, comisionados del Departamento de París y del Ayuntamiento y dos individuos del Tribunal criminal, extendiendo la oportuna diligencia el secretario de este último y viniendo, concluido que aquel sea, los referidos comisionados e individuos del Tribunal a dar cuenta al Consejo, que estará en sesión permanente todo el día.

Antes que se notificase esta orden al Concejo general, había él ya acordado:

1.º Que el comandante general colocase el lunes 21 por la mañana, a las siete, en las barreras una fuerza suficiente para impedir la entrada y salida de París a todo grupo de gente.

2.º Que las secciones pusiesen sobre las armas a todos los ciudadanos, excepto los funcionarios públicos y empleados de la Administración.

3.º Que se invitase a los ciudadanos a velar porque los enemigos de la libertad y la igualdad no pudiesen atentar contra estos sagrados derechos.

4.º Que el presente decreto se enviase en seguida al Ayuntamiento de París, para que este lo hiciese ejecutar, imprimiéndolo y fijándolo.

5.º Que se entregase al Consejo ejecutivo la sentencia de muerte de Luis XVI, para que en el mismo día la notificase a este y la pusiese en ejecución a las veinte y cuatro horas de notificada, tomando al efecto las

medidas que creyese necesarias y cuidando de que los restos de Luis se conservasen intactos. De sus diligencias daría cuenta a la Convención Nacional.

6.º Que se mandase a los alcaldes y demás concejales de París, dejar a Luis en libertad de comunicarse con su familia y de llamar a su lado a los eclesiásticos que quisiese.

Comunicado el anterior decreto, los comisionados tomaron a parte a Garat, y le preguntaron, de que modo se ejecutaría, y sobre todo, como debería el rey ver a su familia.

—Como mejor le plazca —respondió Garat—: tal es el sentir de la Convención.

Entonces los municipales le comunicaron el decreto del Ayuntamiento que les prevenía no perder de vista a Luis XVI de día ni de noche; y se convino entre los comisionados y el ministro, para conciliar tan opuestas decisiones, que el rey recibiría a su familia en el comedor; pues así podrían verle al través del tabique de cristales, cerrando Luis XVI la puerta para no ser oído de afuera.

Dentro de poco se anunció al preso que el confesor, cuya dirección había entregado al ministro de Justicia, aguardaba en la sala del Consejo: Luis suplicó que se le permitiese subir, y pasados cinco minutos estaba ya el eclesiástico a su lado.

Le hizo entrar en el torreoncillo y se encerró con él. A las ocho salió de su gabinete, y pidió a los tres municipales de guardia que le llevasen con su familia.

—Imposible —contestaron estos—; pero si queréis, bajará.

—Está bien —dijo el rey—; y espero que me dejarán solo con ella en mi alcoba.

—Tampoco eso puede ser, volvieron a contestar los municipales: hemos convenido con el ministro en que la entrevista será en el comedor.

—¿Pues no habéis oído —exclamó Luis—, el decreto de la Convención, permitiéndome ver a mi familia sin testigos?

—En efecto, estaréis a solas con ella, pues se cerrará la puerta; pero os vigilaremos al través de los cristales.

—Haced que baje mi familia —dijo el rey.

Partió el comisionado, y Luis XVI entró en el comedor, para que le hallasen donde debía estar. Clery arreglaba la mesa y arrimaba las sillas contra la pared, con el objeto de dar más espacio a la escena que iba a representarse allí.

—Traed un poco de agua y un vaso —dijo Luis XVI.

Sobre la mesa había una botella de agua de nieve; y así Clery se contentó con traer el vaso.

—Traed también agua del tiempo, Clery, repitió el monarca; porque si la reina bebiese de esa, tal vez le haría daño.

Y volviéndole a llamar, añadió:

—Suplicad a M. de Firmont que no salga de mi gabinete: su vista afligiría mucho a mi familia.

Como tardaba el comisionado, entró el rey en el torreoncillo y continuó conversando con M. de Firmont. De tiempo en tiempo se asomaba a la puerta, y era fácil percibir en su semblante, impasible por lo general, las señales del más vivo

sentimiento.

A las ocho y media se abrió por fin la puerta, y entró primero la reina, teniendo a su hijo de la mano; detrás iban madama Royale y madama Isabel. Hacía cerca de un mes que no se veían los presos: se hallaban entre dos eternidades, la de lo pasado y la de lo porvenir.

Precipitáronse todos en brazos del monarca: se formó un grupo doloroso, de donde salían gemidos, y en el cual no se veían sino brazos extendidos y cuerpos palpitantes con la desesperación. Las cabezas buscaban el pecho del rey y se sepultaban en él, como para ocultar las lágrimas y sollozos que interrumpían aquel solemne y angustioso silencio.

La reina hizo ademán de conducir al rey a su alcoba, pero este la detuvo.

—No —dijo—; quedémonos aquí: aquí es donde me es permitido veros.

Sentose Luis XVI, ocupando la reina su izquierda y madama Isabel su derecha; casi en frente se colocó madama Royale, y el Delfín permaneció de pie, junto a su corazón: el rey era como un centro de dolor, hacia el cual todos aquellos infelices se inclinaban.

Siete cuartos de hora duró la terrible, profunda y desgarradora escena. Los que miraban al través de los cristales (porque, ¡cosa terrible!, se había negado a Luis XVI, según dijimos, la soledad, esa religión del dolor) los que miraban, sin oír las palabras que se dirigían aquellos desgraciados, veían tan solo que, después de cada una de las frases que articulaba el rey, los sollozos de las princesas eran mayores, prolongándose por algunos minutos: conocíase que él mismo las instruía de su sentencia.

La reina mostró ardientes deseos de pasar la noche junto a su esposo; y se hubiera accedido a su súplica, sin la oposición del rey, que le manifestó cuánta tranquilidad necesitaba en semejantes momentos. Entonces María Antonieta le pidió permiso para venir a verle por la mañana, en lo que él consintió. Sin embargo, cuando todos salieron, dijo a los que le custodiaban que no les permitieran volver a bajar, pues su presencia le destrozaba el corazón.

A las diez se separaron. Luis fue el primero que se levantó, imitándole los demás. Clery abrió la puerta. La reina tenía cogido al infeliz monarca del brazo derecho, y ambos alargaban una mano al Delfín, que iba delante; en tanto que madama Royale, a la izquierda, abrazaba a su padre por la mitad del cuerpo y madama Isabel estrechaba el otro brazo del rey.

De esta manera caminaron sumidos en el más profundo abatimiento.

—¡Valor! ¡Valor! —dijo Luis—: prometo veros mañana a las ocho.

—¿Nos lo prometéis? —exclamaron todos a un tiempo.

—¡Sí, os lo prometo!

—¿Y por qué no a las siete? —preguntó la reina.

—Pues bien, a las siete —contestó el rey—. ¡Adiós!

Pronunció estas palabras con tanta ternura en el alma, tan vivo dolor en el corazón, que los sollozos de su familia redoblaron y madama Royale cayó desmayada

a su pies.

Clery la levantó, y ayudó a madama Isabel a socorrerla. Las fuerzas de Luis XVI estaban agotadas.

—¡Adiós! ¡Adiós! —exclamó, y se entró en su cuarto.

Hemos visto que dio orden a los que le custodiaban de no permitir a su familia, a pesar de la promesa que les había hecho, que penetrasen hasta él.

Las princesas subieron a su habitación. Clery quería continuar socorriendo a madama Royale; pero los municipales le detuvieron en el segundo peldaño de la escalera. Hasta muy entrada la noche se siguieron oyendo los gritos de aquella esposa, de aquella hija, de aquella hermana.

¡Miserable Ayuntamiento, fue su obra convertir a un hombre culpado en un mártir!

Media hora después salió el rey de su gabinete y entró en el comedor. Clery le sirvió de cenar, y aunque comió poco, lo hizo con buen apetito. Tal es la extraña enfermedad de la raza borbónica: ¡poner la vida material al frente de todas las necesidades!

Después de cenar, volvió Luis XVI al torreoncillo; y dentro de breves instantes salió de él M. de Firmont, y suplicó a los comisionados que le condujesen a la sala del Consejo. Quería ver si le facilitaban los ornamentos indispensables para decir misa por la mañana en la prisión.

Grave era la petición en semejante época; así le costó mucho conseguir que se accediese a ella; si bien, por último, se consintió en enviar por los ornamentos a la iglesia de capuchinos, que estaba cerca del palacio Soubise.

Satisfecho de su adquisición, que proporcionaba un postrer consuelo al rey, entró de nuevo M. de Firmont en el gabinete y allí estuvo con el augusto sentenciado hasta las doce y media de la noche.

Clery desnudó entonces al rey, y viendo este que aquel se disponía a rizarle el pelo, le dijo que no valía la pena, y se acostó inmediatamente, encargando al ayuda de cámara que le despertase a las cinco.

Pasados cuatro o seis minutos se durmió profundamente. El sueño era, como la comida, una necesidad de que no podía prescindir, ni por poco tiempo.

M. de Firmont, invitado por el rey a descansar, se recostó en la cama de Clery, donde durmió indudablemente menos bien que aquel a quien acababa de disponer para morir y que hacía un ensayo de la muerte, entregándose así al reposo.

Clery se quedó en una silla de la alcoba de Luis XVI, rogando a Dios que le conservase fuerte y animoso. Oyó las cinco, más pronto de lo que creía; pues las horas es precipitan cuando son impelidas por la muerte, y encendió la lumbre. El ruido que hizo despertó el rey, y preguntó, tirando de la cortina, si habían dado las cinco.

—Señor —respondió Clery—, han dado en muchos relojes; pero no en el de péndola.

Admirable respuesta por el sentimiento que contenía: ¡el leal sirviente robaba a la eternidad unos cuantos minutos para alargar con ellos el tiempo!

Después de encender la lumbre, se aproximó a la cama del rey.

—He dormido bien —dijo este—, y lo necesitaba; pues el día de ayer me tenía muy fatigado. ¿Dónde está M. de Firmont?

—En mi cama —respondió Clery.

—¿Y dónde habéis pasado la noche? —preguntó Luis XVI.

—En esta silla.

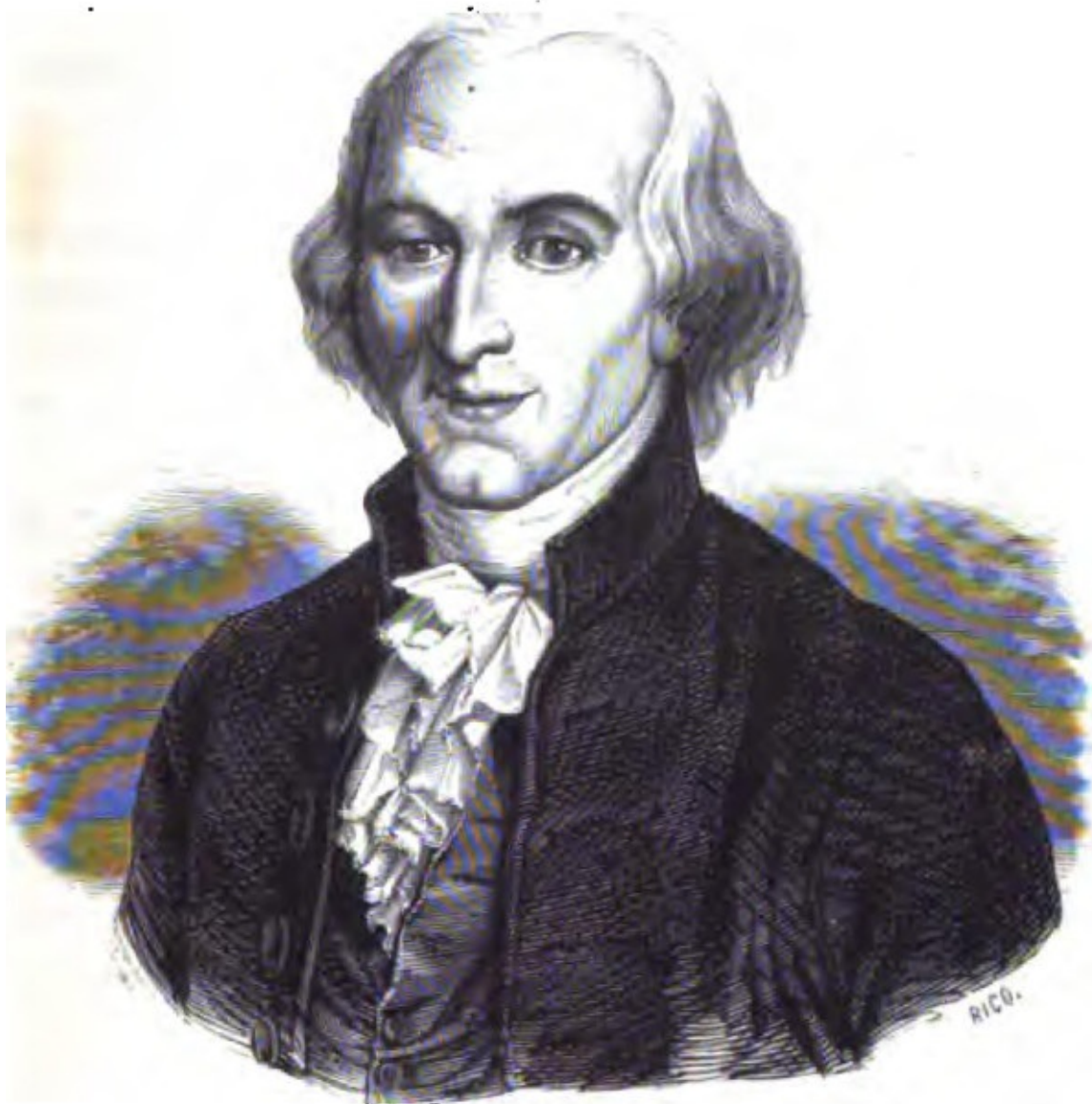
—Lo siento.

—¡Ah, señor!, ¿puedo pensar en mi ahora?

El rey le tendió una de sus manos, que Clery besó inundado en lágrimas.

En seguida principió a vestirle y le peinó. Entre tanto quitó Luis XVI un sello de su reloj, lo guardó en el bolsillo de la chupa, y colocó aquel sobre la chimenea; hecho esto, se sacó del dedo un anillo que estuvo contemplando mucho tiempo, y guardó en el mismo bolsillo que el sello: después se mudó de camisa, se puso la chupa blanca que llevaba la víspera y sacó de la cartera su lente, su caja de tabaco y algunos otros objetos que colocó también sobre la chimenea. Todo esto lo hizo sin hablar palabra, como que los municipales le miraban y oían cuanto decía.

Concluida esta operación, fue Clery de orden suya a advertir a M. de Firmont que estaba pronto. El venerable eclesiástico se había levantado ya y entró con el rey en el torreoncillo.



ROLAND.

Clery colocó una cómoda en medio del cuarto, para que hiciese de altar; desde las dos de la madrugada habían traído todo lo necesario para celebrar el sacrificio de la misa. Cuando lo hubo dispuesto todo, fue Clery y avisó al rey.

—¿Podéis ayudar a misa? —le preguntó Luis XVI.

—Sí, señor —contestó Clery—; pero no se de memoria las respuestas.

El rey tenía en la mano un libro; lo abrió, buscó el modo de ayudar a misa, y tomando él otro libro, entregó aquel a Clery. Mientras tanto se vestía M. de Firmont.

Delante del altar había colocado Clery un sillón, y en el suelo un almohadón para arrodillarse el rey; pero este prefirió otro más pequeño de que se servía ordinariamente en sus oraciones; y él mismo lo fue a buscar a su alcoba, mandando quitar el mayor.

En el momento de entrar M. de Firmont vestido para celebrar los divinos oficios,

se retiraron los municipales a la antecámara, Clery cerró una de las hojas de la puerta y principió el acto. Eran las seis.

Durante la ceremonia reinó el silencio más profundo, y Luis XVI oyó la misa con ejemplar devoción. En seguida comulgó, y después pasó al gabinete. M. de Firmont lo verificó al cuarto de Clery para despojarse de sus vestiduras pontificales.

Viendo el fiel ayuda de cámara que el rey estaba solo, aprovechó la ocasión y entró en el torreoncillo. Luis XVI le tomó las dos manos y le dijo con profundo enternecimiento:

—Clery, estoy contento de vuestros cuidados conmigo.

—¡Oh, señor! —exclamó Clery precipitándose a sus pies—, ¡que no pudiera yo desarmar con mi muerte a vuestros verdugos, conservando así una vida tan preciosa para los buenos franceses! ¡Esperad, Señor, esperad todavía!

—¿Y qué quieres que espere, pobre Clery?

—No se atreverán a heriros.

—¡Qué equivocado estáis! —dijo el rey—; la muerte no me asusta; no os esponzáis, os lo suplico. Voy a solicitar que permanezcáis al lado de mi hijo; ¡cuidadle esmeradamente en esta horrible mansión! ¡Contadle cuanto sufro pensando en su suerte! ¡Quizá llegue día en que él pueda recompensaros!

—¡Oh, amo mío! ¡Oh, rey mío! —exclamó Clery—; ¡si mi abnegación, si mi celo os han sido gratos, la única recompensa que deseo es la bendición de V. M.! ¡No la neguéis, Señor, al último francés que ha estado a vuestro lado sirviéndoos!

El rey tendió las manos, bendijo a Clery, le levantó y le estrechó contra su corazón. Después le dijo, rechazándole:

—¡Entrad!, ¡entrad! exponéis vuestra vida obrando así.

Volvió a llamar y añadió:

—Tomad; aquí tenéis una carta que me escribió Petion, inmediatamente después de vuestra entrada en el Temple: os será útil para permanecer aquí.

Clery tomó por segunda vez la mano de Luis XVI, imprimió en ella sus labios y salió.

—¡Adiós! —le gritó el monarca—: ¡adiós!

A las siete salió de su gabinete, le llamó de nuevo, y le dijo llevándole al alféizar de una ventana.

—Clery, entregareis este sello a mi hijo y este anillo a la reina. Decidle que me separo de ella con un profundo dolor. En este paquetito hay pelo de toda mi familia: se lo entregareis también. Decid a la reina, a mis queridos hijos y a mi hermana, que aunque les prometí verlos hoy, he querido ahorrarles la terrible angustia de tan cruel separación. ¡Ay! ¡Cuánto me cuesta partir, sin recibir sus últimos abrazos!

Después de enjugarse las lágrimas, exclamó, con el dolor más intenso:

—¡Os encargo que les llevéis mis adioses!

Diciendo así entró de nuevo en el gabinete.

Una viva discusión se movió entonces entre los municipales: unos querían

despojar a Clery de los objetos que el rey acababa de entregarle; otros proponían dejárselos en depósito. Acordose esto último.

Habíase terminado apenas la disputa, cuando el rey asomó la cabeza y dijo:

—Clery, preguntad si hay medio de facilitarme unas tijeras.

—Señores —dijo Clery dirigiéndose a los municipales—, ya habéis oído: ¿hay medio de facilitar al rey unas tijeras?

—¿Sabéis para que las quiere?

—No.

—Pues es preciso preguntárselo.

Clery llamó a la puerta del gabinete. Luis XVI salió.

—Habéis pedido unas tijeras —dijo un municipal que había seguido a Clery—: es necesario saber qué queréis hacer con ellas.

—Que Clery me corte el pelo —respondió el rey.

El municipal bajó al Consejo y expuso la pretensión del monarca, que le fue negada después de media hora de deliberación.

Luis exhaló un suspiro. Un tormento tan prolongado iba más allá, no solo de las fuerzas humanas, sino hasta de la cristiana resignación.

—Ni siquiera hubiera tocado las tijeras —dijo el rey—. Clery me cortaría el pelo en presencia vuestra. Id y ved si, anunciándolo así, el Consejo persiste en su decisión.

El Consejo se mantuvo inflexible.

Prevínose entonces a Clery que se dispusiese para acompañar al rey hasta el patíbulo: el leal servidor, aterrado al principio, comenzaba ya a reponerse, cuando otro municipal le dijo:

—Es inútil que te prepares, porque no saldrás de aquí: basta con el verdugo para Capeto.

CAPÍTULO LIII

SUMARIO.—Se toca generala a las cinco de la madrugada.—¿Venís por mí?—El testamento.—¡A mi esposa!—El conserje Mathey.—El coche y los gendarmes.—Orden del ayuntamiento.—Gritos de perdón que no encuentran eco.—Batz, Devaux y sus amigos.—Tentativa inútil.—La plaza de la Revolución.—El cadalso y las picas.—Luis recomienda a los gendarmes que cuidan de M. de Firmont.—Últimos ultrajes.—Lucha interior del rey.—Las gradas resbaladizas.—¡Callad!—Últimas palabras.—Se enseña al pueblo la cabeza.—La canasta de mimbre.—Conmoción.—Carta a la Convención.—Sangre del tirano.—Imprecación terrible.—Los trajes de luto.—El sello.—Reflexiones.

Se estaba tocando generala desde el amanecer: el suelo de la gran ciudad se estremecía con el tránsito de los cañones y el pisar de los caballos. A las nueve se concentró el ruido hacia el Temple, cuyas puertas se abrieron de par en par, dando paso a Santerre, que entró en el patio acompañado de siete u ocho municipales y seguido de diez gendarmes, a los cuales colocó en dos filas.

El rey, al oír el ruido, salió de su cuarto y se encontró con Santerre.

—¿Venís por mí? —le preguntó.

—Sí.

—Os suplico aguardéis un momento.

Volvió a entrar, y al cabo de un minuto ya estaba otra vez fuera; seguía su confesor. En la mano llevaba su testamento: dirigióse a un municipal, llamado Santiago Roux, antiguo clérigo juramentado, y le dijo:

—Caballero, hacedme el favor de entregar este pliego a la reina... —E inmediatamente añadió, como corriéndose y con dignidad, aunque enternecido—: ¡a mi esposa!

—Eso no es de mi incumbencia —respondió el eclesiástico—. Estoy aquí para conducirlos al cadalso y nada más.

Entonces Luis XVI se dirigió a otro municipal, llamado Gobeau:

—Os suplico que entreguéis este pliego a mi esposa. Podéis leerlo: hay en él disposiciones que deseo conozca el Ayuntamiento.

Detrás del rey y junto a la chimenea estaba Clery. Luis XVI le buscó con los ojos, y viéndole acercarse con la levita de abrigo, le dijo:

—Gracias; no la necesito: dadme el sombrero únicamente.

Hízolo así el leal servidor. Encontráronse sus manos, y la igualdad del sepulcro las unió en una postrera, solemne y dolorosa presión.

—Señores —dijo Luis a los municipales—, desearía que Clery permaneciese al lado de mi hijo, pues el inocente está acostumbrado a sus cuidados: espero que el Ayuntamiento acogerá mi súplica. —En seguida volviéndose a Santerre y mirándole de frente exclamó—: ¡Partamos!

Bajó con una dignidad desusada; con la dignidad de que se sienten revestidos los

hombres, cuando el momento en que se les va a revelar el gran misterio de la muerte está próximo. Santerre y sus municipales parecían ir detrás de él, más bien que conducirlo. Al pie de la escalera estaba el conserje. La víspera este, al tiempo de acercarse el rey a la chimenea, se había puesto con insolencia delante, y Luis XVI (cosa en el extraña) se dejó arrastrar de un movimiento de cólera. Recordó la escena en cuanto le vio, y dijo al conserje con la humildad del cristiano:

—Amigo mío, ayer me excedí algo con vos: ¡os pido perdón!

Mathey no contestó y volvió la espalda al rey, que pedía le perdonase, cuando a él era a quien le incumbía hacerlo.

Luis XVI llevaba frac oscuro, calzones negros, medias blancas y chaleco de muletón; el coche en que montó era verde y le aguardaba a la entrada del segundo patio. Había dos gendarmes en la portezuela: uno subió primero y se sentó delante; después subió el rey e hizo que su confesor se sentase a su izquierda; el otro gendarme subió también, se colocó cerca de su compañero y cerró la portezuela. Uno era un teniente y el otro un habilitado de gendarmería: llamábase el primero Leblanc.

El coche empezó a andar: leía el rey las oraciones de los agonizantes y los salmos de David. París se asemejaba a un desierto, pues el Ayuntamiento había expedido una orden prohibiendo a todas las personas que no formasen parte de la milicia armada, atravesar por las calles que desembocaban en el *Boulevard* o asomarse a las ventanas cuando pasase la comitiva. Por lo mismo, bajo la cúpula de aquel brumoso cielo y en medio de la sombría atmósfera donde las picas abundaban, no se oía más ruido que los redobles de sesenta tambores, el pisar de los caballos y la marcha de los confederados. Veíase de tiempo en tiempo el brillo como de una centella: era un artillero que estaba con la mecha encendida junto a su cañón.

El ruido que se hacía en torno del rey no le permitía oír las exhortaciones de su confesor; pero el sacerdote oraba a su lado. También Luis XVI oraba incesantemente: su tranquilidad rayaba en heroísmo. Caminaba al suplicio, sino con la cabeza elevada, como un caballero, a lo menos con las manos juntas, como un cristiano. Oyéronse pocas voces durante su tránsito: del Temple salieron algunos gritos, que se desvanecieron sin encontrar eco.

Al llegar a aquel punto del *Boulevard*, situado entre la calle de San Martín y la de San Dionisio y en frente de la de Beauregard, hubo un pequeño tumulto que obligó a la comitiva a detenerse y al rey a levantar la cabeza. Diez o doce jóvenes se presentaron, de tres mil que se habían comprometido, conducidos por el barón de Batz y su secretario Devaux. Acababan de romper el círculo y de precipitarse al coche, exclamando:

—¡Que nos sigan los que quieran salvar al rey! Pero este grito quedó sin respuesta, como los precedentes. Rechazados por los gendarmes, se esparcieron en las calles vecinas: dos o tres fueron cogidos y ajusticiados.

El fúnebre acompañamiento volvió a emprender su marcha, sin que nada turbase de nuevo el silencio y la inmovilidad de la población. En el punto en que hoy está la

Magdalena, y cuando el rey, con solo alzar los ojos, podía ver la máquina fatal, se deslizó un pálido rayo de sol de invierno, no al través de las nubes, sino infiltrándose en la bruma y dorando el cadalso, las picas y los millares de cabezas, suelo movable que se extendía a todas partes, tan lejos como podía alcanzar la vista.

Eran las diez y cinco minutos: todo estaba preparado y se aguardaba ya al paciente. Bajo las columnas del ministerio de Marina estaban los comisionados del Ayuntamiento, a fin de escribir el acta de la ejecución; alrededor del cadalso había un grande espacio vacío, protegido por cañones; más allá tropas, y en seguida los espectadores: estos, pues, se hallaban apenas al alcance de la voz. Detúvose el coche al pie del cadalso: la travesía había durado dos horas. La guillotina se hallaba colocada en frente del gran paseo de las Tullerías, para que el reo pudiese ver desde la plataforma del patíbulo aquel palacio, su antigua residencia.

Sobre los parapetos, azoteas, techos de casas, árboles negros y despojados de hojas, se habían reunido todos los curiosos que formaban el resto de aquel París abandonado. A la manera que, recibido un golpe en el corazón, la sangre parece precipitarse hacia allí, pasando por todas las arterias, agolpábase la población parisiense hacia la plaza de la Revolución, centro del sistema arterial de aquel gran cuerpo. Sintiendo detenerse el coche, alzó el rey la cabeza, o más bien descansó en sus rodillas las manos y el libro: en seguida dijo a su confesor:

—Creo que hemos llegado ya.

M. de Firmont le respondió con una simple indicación de cabeza.

Uno de los tres hijos del verdugo de París abrió la portezuela; pero Luis XVI volvió a cerrarla, y con tono de autoridad, casi regio, colocando en señal de protección la mano sobre las rodillas de su confesor, dijo a los dos gendarmes:

—Os recomiendo al señor: cuidado de que después de mi muerte no se le dirija ningún insulto.

Nadie contestó; quiso el rey insistir; pero el verdugo apareció en la portezuela.

—Sí, sí —dijo a Luis XVI—; puedes estar tranquilo: déjale por nuestra cuenta, que le cuidaremos bien.

Bajó el rey y en el momento le rodearon los ayudantes del verdugo. Luis los rechazó; se quitó por sí mismo el frac, desató su corbata y se quedó cubierto con el chaleco de muletón blanco. Faltaba cortarle el pelo y atarle las manos. ¿Fue la dignidad real la que se rebeló contra estos ultrajes, o la flaqueza humana meramente? Solo Dios lo sabe. Es lo cierto que Luis, no bien sintió que los verdugos le tocaban las manos, mostró una violenta resistencia.

—No, no —dijo—; desempeñad vuestro oficio; pero no me atéis las manos: no lo consentiré.

Iba a trabarse una lucha al pie del patíbulo, en la cual así la fuerza del hombre como la dignidad del rey hubieran sucumbido, cuando intervino el confesor:

—Señor —dijo a Luis XVI, sobrellevad este postrer insulto—: será una semejanza más entre vos y ese Dios que va a servirnos de recompensa.

Entonces, tendiendo las manos a los verdugos, dijo:

—Haced lo que queráis: beberé hasta las heces el cáliz de la amargura.

Ligáronle las manos, no con un cordel, sino con un pañuelo.

Las gradas del patíbulo estaban pendientes y resbaladizas: Luis subió, apoyado en el brazo del sacerdote y experimentó cierto abatimiento físico, que apenas le duró un instante. Habiendo llegado al último escalón, cobró ánimo su pecho e irguió la cabeza. Dejó entonces a su confesor, y corriendo hacia el lado izquierdo del cadalso, se puso a oír, o mejor dicho, a ver si los tambores continuaban su redoble, y con la voz terrible en que el hombre que va a morir emplea sus últimas fuerzas gritó:

—¡Callad!

Pero los tambores seguían siempre.

—¡Oh! —dijo, al ver su pertinacia—; ¡estoy perdido!

Impacientábase entre tanto el público; el espectáculo se demoraba: algunas voces gritaron a los verdugos: «¡Ea, despachad!».

Los verdugos, así excitados, se arrojaron sobre el rey y le pusieron los cordeles: él gritó:

—Muerdo inocente; perdono a mis enemigos: ¡deseo que mi sangre sea útil a los franceses y que calme la cólera de Dios!

Estas fueron sus últimas palabras: una sola voz, la del eclesiástico, respondió:

—¡Hijo de San Luis, subid al cielo!

La báscula se movió, el cuchillo resbaló en la muesca, y aquella cabeza que la corona había herido el día de la consagración, cayó en la fatal cesta. El verdugo la cogió entonces por los cabellos y la mostró a los espectadores.

Así murió Luis XVI, el 21 de enero de 1793, a las diez y diez minutos de la mañana, de edad de treinta y nueve años, cinco meses y tres días. Reinó diez y ocho anualidades, y estuvo preso cinco meses y ocho días. La Convención no había sido más que su juez: el Ayuntamiento fue su atormentador y su verdugo. A pesar de cuanto han dicho los periodistas revolucionarios, se dieron pocos vivas a la República: la conmoción era grande, profunda; pues no se decapitaba allí solamente un hombre, sino un principio.

Los restos del rey fueron depositados en una canasta de mimbre, preparada al efecto, y que él pudo ver cuando subió: en seguida fueron conducidos en una carreta al cementerio de la Magdalena y colocados en un foso entre dos capas de cal viva. Una guardia los custodió por espacio de dos días.

En París se experimentó una terrible angustia. Un antiguo militar condecorado con la cruz de San Luis, murió de dolor en cuanto supo la ejecución del rey; una mujer se arrojó al Sena; un librero, dependiente del Bolsillo secreto en tiempos anteriores, se volvió loco; un peluquero se degolló con su navaja de barba; en fin, al día siguiente, cuando se abrió la sesión, recibió la Convención una carta en que un desconocido suplicaba le fuese entregado el cuerpo del rey para darle sepultura junto a lo que tenía de más sagrado; esto es, junto al cuerpo de su padre. Iba firmada y

llevaba las señas de la casa del suplicante.

Alrededor del patíbulo se manifestó un furor de distinta especie: muchos espectadores, ciudadanos confederados y soldados, se lanzaron al tabladillo y empaparon en sangre sus pañuelos: los oficiales del batallón mar selles fijaron el pañuelo ensangrentado en las puntas de sus espadas, y recorrieron las calles haciendo flotar aquella fúnebre bandera y gritando:

—¡Sangre del tirano!

Pasó una cosa aún más terrible: hubo un hombre que empapó en la sangre del rey, no su pañuelo, sino su brazo, y reuniendo en la mano cuanta pudo esta contener, la esparció por la cabeza de los espectadores, diciendo:

—¡Hermanos, se nos ha amenazado con que la sangre de Luis Capeto caería sobre nuestras cabezas! ¡Pues bien, sea así! ¡Republicanos, la sangre de un rey engendra la felicidad!

Por la mañana María Antonieta quiso bajar como estaba convenido; pero, habiendo el rey dispuesto otra cosa, la entrevista no se verificó. Entonces la pobre reina, ya medio viuda, lo oyó todo; vociferaciones de pueblo, redobles de los tambores, partida del coche; y recomendó a sus hijos, privados de su padre y que se abrazaban a ella, buscando en el calor de su corazón un abrigo que pronto les debía ser arrebatado, que imitasen el valor del autor de sus días y que no pensasen en vengar su muerte. No almorzó; pero, para que no triunfase de ella la debilidad, tuvo que tomar algo a eso de la una. El mismo día supo el suplicio con todos sus pormenores, oyendo el relato con tristeza y dignidad: en seguida pidió ropa de luto para ella y sus hijos. El Ayuntamiento se dignó concedérsela.

Recordarán nuestros lectores que el rey encargó se entregase un sello suyo al Delfín: ahora bien, el tal sello pareció sospechoso al Ayuntamiento. Su forma, en efecto, era poco vulgar: contenía tres partes, cada una con su cara correspondiente. En una estaba su cifra; en otra la cabeza de un niño con un casco; y en la tercera, que era sin duda la más importante a los ojos de Luis XVI, el escudo de Francia, esto es, el símbolo de la monarquía. El Ayuntamiento lo confiscó.

Grandes fueron los infortunios de Luis XVI en el Temple, pues sobre él pesó el tormento incesante de la Municipalidad; pero, en recompensa, le dispensó Dios una infinita merced. María Antonieta, la reina orgullosa, la esposa quizá culpada, se convirtió allí en modelo de mujer y de madre; agobiando tales sucesos el erguido cuello de la hija de María Teresa, se concentraron los buenos sentimientos en lo íntimo de su corazón; y Luis XVI logró sentir en el Temple, rodeado del amor de sus hijos, que no le faltó nunca, y del de su esposa, que le había sido devuelto, algunas alegrías de las que tan pocas veces dan ensanche al corazón de los reyes. Mucho, indudablemente, debe haber perdonado Dios a la mujer que, si se alejó de su marido durante los años de felicidad, se acercó tanto a él en los días de infortunio.

Esta conducta de la reina tiene una explicación, si bien las cosas en que entra el sentimiento no la necesitan. En el trono ¿qué veía María Antonieta en el rey? un

hombre de rostro y modales vulgares, dedicado a ocupaciones groseras, según su modo de pensar, que trabajaba como cerrajero, que estudiaba geografía, escatimaba sus mesadas, ponía a discusión sus placeres, no excediéndose jamás, es cierto, pero riñendo siempre: en cuanto a grandes miras políticas, semejantes a las de María Teresa, a las de Luis XVI, nada. ¡Calcúlese qué impresión causaría aquel hombre en una reina joven y de imaginación novelesca, que, como decía M. de Brissac, veía doscientos mil apasionados a su alrededor, y entre ellos personas como Dillon, Coigny, Vaudreuil y Fersen! Pero, cuando sonó la hora de la desgracia, todo mudó de faz. A la pálida luz del cautiverio, encerrado en las paredes del Temple y reducido a un solo servidor y al afecto de su familia, Luis XVI se presentó a los ojos de su esposa, cual era en realidad, a saber, como un hombre excelente, buen padre, buen marido, con una pretensión no más; la de amar y ser amado: ¡entonces su frialdad desapareció, ablandose su corazón, y lo que la aureola del solio no pudo alcanzar, lo alcanzó la aureola del martirio! Por primera vez en el Temple, próxima a separarse de él para siempre, amó María Antonieta a su esposo. Este fue el gran consuelo que dispensó la Providencia al preso: el Ayuntamiento lo comprendió; y tanto que, sin la menor necesidad y solo para añadir tormento a tormento, separó a los dos cónyuges.

En los últimos instantes el amor de la esposa llegó casi hasta la admiración. Había creído María Antonieta al rey desprovisto de valor cuando se verificó el viaje de Varennes y después, el 10 de agosto: joven y hermosa, educada en medio de los caballeros del Sacro Imperio alemán, el valor, según ella, consistía en cruzar la espada con la del enemigo, en mirar a este con serenidad desentendiéndose de sus proyectiles inflamados, en espolear al brioso corcel al través de los batallones y de las refriegas; cualidad de que carecía totalmente Luis XVI. Pero en el Temple, amenazado de un peligro mucho mayor que los que acabamos de mencionar, de una muerte distinta de la que aguarda a los héroes, el hombre vulgar se poetizó gradualmente a los ojos de la mujer novelesca, por su bondad, su paciencia y su resignación. En los días verdaderamente lúgubres, al sonar las horas que precedieron a la separación eterna, vio la esposa de improviso al cristiano despojarse de sus proporciones humanas y trasformarse, subiendo sereno al Gólgota político que le estaba reservado. Por eso en la última entrevista le tocó a ella, reina de tanto aliento, llorar, y a Luis, rey tan débil, ser el paño de sus lágrimas.



MUERTE DE LUIS XVI.

CAPÍTULO LIV

SUMARIO.—La familia real.—La antorcha y la estrella.—El libro de rezo.—Cada segundo es un dolor.—La reina pide que le envíen a Clery.—Le niegan esta gracia.—Quince camisas.—Clery es puesto en libertad.—Dolor de la reina.—Vigilancia más estrecha.—Cbaumette.—Robo del paquete sellado.—El caballero de Rougeville.—Inútil juramento.—Es fusilado en 1823.—Decreto del ayuntamiento expedido el 1.º de abril de 1793. —Tison y Pache.—Visitas nocturnas.—El zapatero Volf.—Enfermedad del Delfín.—Thierry, médico de las cárceles.—La mujer de Tison se vuelve loca.—El caldo.—Violenta separación de la reina y de su hijo.—El Delfín es entregado a Simon.—Crueldades de este.—Noble respuesta del príncipe.

Sigamos a la familia de Luis XVI hasta la muerte de María Antonieta, de madama Isabel y del Delfín, terminando nuestra tarea con la libertad concedida a madama Royale; porque tal es el privilegio de los infortunios que hieren las altas clases; atraer a si las miradas del historiador, y absorberle en la contemplación de tan inmensa angustia, con detrimento de los dolores particulares. Una vida que se extingue es sin duda cara siempre, tanto al que la pierde como al que llora la falta de la persona de que se contempla privado, ora muera esta bajo un dosel de púrpura y sedas, ora bajo el techo pajizo de una miserable cabaña; pero acontece con esto lo que con la antorcha que se apaga en la tierra y la estrella que desaparece en el cielo; la atención de todos se dirige hacia la estrella; la curiosidad, la simpatía, hasta la compasión es excitada por lo que cae de un elevado puesto.

Volvamos al terrible día de la ejecución de Luis, para ver como lo pasó la reina. Apenas tuvo fuerzas la víspera, al volver de la habitación del rey, para desnudar y acostar al Delfín; arrojose vestida en su cama, donde madama Isabel y madama Royale la oyeron temblar de dolor toda la noche. A las seis y cuarto sintieron abrir la puerta; como esperaban ver al rey, se les figuró que venían a buscarlas; pero, por lo que preguntaban era por un libro de rezo para decir la misa. Volviose a cerrar la puerta sin que la reina supiese que no había de ver más a su esposo ni madama Isabel a su hermano, ni los dos niños a su padre; así aguardaron hasta las ocho, trémulas de esperanza a cada ruido que sentían: lo que pasó queda ya relatado.

El dolor de Luis no duró más que un segundo; para su esposa, su hermana y sus hijos, ignorantes de la hora en que debía verificarse el suplicio, cada segundo fue un dolor. ¡Cuántas veces en aquel tiempo llevarían la mano al cuello, pareciéndoles sentir en sus vértebras el frío glacial del acero!

En fin, a eso de medio día, ya la reina no pudo sufrir más, y por mucho que le repugnase pedir nada a sus carceleros, les suplicó que le enviasen a Clery. Informada de que este había acompañado al rey en los últimos momentos, creía que tendría alguna comisión que comunicarle; y así era en efecto, pues Luis XVI había entregado a Clery su anillo de boda, diciéndole que solo con la muerte se separaba de él. De consiguiente, todos deseaban ver al leal servidor: en el estado nervioso en que se

hallaba María Antonieta, cualquier sacudimiento que le arrancase lágrimas la salvaría de una sofocación.

Pero, ni aun le contestaron: en la misma carta pedía ropa de luto, que le fue concedida. Véase el texto de la respuesta:

Sesión del 23 de enero de 1795.

El Concejo general oyó la lectura de un decreto de la Comisión del Temple sobre dos pretensiones de Antonieta, relativa la primera a ropa de luto para ella, su hermana y sus hijos.

El Concejo accede a esta solicitud.

Poco tiempo después pidió la reina camisas para el Delfín: la pretensión pareció sin duda exorbitante, pues no le contestaron hasta pasados ocho días.

Sesión del 7 de Febrero de 1793.

El Concejo general oyó la lectura de un decreto de la Comisión del Temple sobre la petición de quince camisas hecha por María Antonieta para su hijo.

El Concejo accede a esta solicitud.

Una vez ajusticiado el rey, creíase en el Temple que la reina y sus hijos serían puestos en libertad: Clery había salido de allí, a consecuencia del siguiente informe:

Considerando el Concejo que han cesado las razones que existían para retener más tiempo en el Temple al ciudadano Clery, cuya prisión fue efecto de una medida general; considerando, además, que dicho ciudadano no ha conservado en su poder ningún depósito por donde haya de despertar sospechas en contra suya, que ha desempeñado sus funciones cerca de Luis Capeto sin desmentir un instante su escrupulosa fidelidad para con la República, y que ni siquiera ha reclamado ni recibido el don que le ha hecho Capeto en premio de sus servicios; decreta, que se invite a la Comisión de Seguridad general para que ponga en libertad al ciudadano Clery.

La reina y sus hijos obtuvieron algo más de largura, pero el dolor había convertido a María Antonieta en una mujer distinta de lo que era antes, y habiendo muerto el rey, poco le importaba vivir o morir, estar presa o libre. A veces contemplaba a sus hijos con una lástima que los hacía estremecer; de resultas cayó enferma madama Royale, y se pudo conseguir que MM. Brunier y Lacare, antiguos médicos de la Corte, entrasen en el Temple para curar a la princesa: la reina no quiso tomar nada de lo que a ella en particular le recetaron; sin embargo, así la presencia de los facultativos, como la de las personas que le traían la ropa de luto de sus hijos, le causaron alguna distracción, fuente de nuevas y por ley providencial consoladoras lágrimas. Su dolor era tan vivo y profundo que, desde que el rey dejó el Temple para dirigirse al cadalso, no quiso volver a bajar al jardín, pues tenía que pasar por delante de la habitación que había ocupado Luis XVI; temiendo, no obstante, que la falta de aire perjudicase demasiado a sus hijos, pidió y obtuvo, a fines de febrero, permiso para subir a la torre.

En breve se desvaneció el error de los presos acerca de las intenciones de la Convención. A consecuencia de haberse pasado Dumouriez al enemigo, se les encerró más vigorosamente; construyose un muro de separación en el jardín, se

pusieron celosías en lo alto de la torre y se taparon todas las claraboyas con sumo cuidado. El estado de languidez en que iba cayendo gradualmente la reina había enternecido a cuantos la rodeaban: hasta Chaumette se sintió afectado. En una visita que le hizo, le preguntó que era lo que deseaba: María Antonieta respondió que se alegraría de que se abriese una puerta de comunicación entre su aposento y el de madama Isabel, y aunque los municipales se oponían, Chaumette transmitió la solicitud al Ayuntamiento; fue negada.

Entre tanto, se notó en la habitación de los municipales que el paquete en que estaba el sello del rey, su anillo y otros diversos objetos dejados por él a su familia, había desaparecido: como los efectos eran de oro, se atribuyó su desaparición a un ladrón; pero más adelante se supo que Toulan lo había sustraído, enviando a *Monsieur* el anillo y el sello. Si un ladrón había tenido ocasión de introducirse en el aposento de los municipales ¿por qué a un conspirador, a un amigo de la reina no había de presentársele también igual coyuntura? Hablábase mucho de un caballero de Rougeville oculto en París y adicto a María Antonieta, como reina y como mujer; decíase que había jurado morir o sacar del Temple a los presos. Ni una cosa ni otra logró cumplir por entonces: en 1823 fue fusilado en España, como realista.

Semejantes rumores provocaron nuevas medidas de rigor. Idea de ellas suministra el siguiente decreto de la Municipalidad.

Sesión del 1.º de abril de 1793.

A petición del síndico, el Concejo decreta:

1.º Que nadie, mientras esté de guardia en el Temple, pueda dibujar cosa alguna; el contraventor será inmediatamente preso y conducido al Concejo general, que para este caso desempeñará las funciones de Gobernador.

2.º Los comisionados del Temple no entablarán ninguna conversación familiar con los detenidos, ni se encargarán de comisiones para ellos.

3.º Se abstendrán igualmente de alterar o de innovar lo más mínimo en los antiguos reglamentos para la policía interior del Temple.

4.º Ningún empleado, al servicio del Temple, podrá formar parte del tribunal.

5.º Habrá siempre dos comisionados cerca de los presos.

6.º Tison y su mujer no saldrán de la torre ni se comunicarán con nadie de fuera.

7.º Ningún comisionado del Temple podrá enviar cartas, sin antes leerse en el Concejo.

8.º Mientras los presos se paseen en la plataforma de la torre, tres comisionados y el comandante del puesto los acompañará y vigilará.

9.º Los individuos del Concejo, designados para el servicio del Temple, pasarán a la censura del Concejo general, no admitiéndoseles, con solo reclamar uno de los Concejales, aunque no funde su reclamación.

10 y último. El departamento de las obras públicas hará ejecutar en todo el día de mañana, las mencionadas en su decreto del 26 de marzo de 1793; a saber: *la limpieza de los alrededores de la antigua capilla y la unión de las almenas de la parte alta de la torre.*

Esta prohibición que se hacía a Tison le separaba de su hija; con lo que se puso furioso. Cierta día que un extranjero llevó efectos a madama Isabel y penetró hasta su cuarto, montó en cólera Tison, viendo que a su hija no le era permitido hacer lo que a aquel. Pache oyó sus injuriosos clamores, le mandó bajar y le preguntó porque gritaba así.



EL DELFIN.

—Por no poder ver a mi hija —respondió—; y daré mayores escándalos sino se me concede ese permiso.

—Pero, observó Pache, considerad que se os ha comprendido en una medida general y que no tenéis así de que quejaros.

—¡En una medida general! —exclamó Tison—. Y entonces ¿cómo es que hay extranjeros, traidores, que hablan con los presos; y yo, solo yo estoy privado de hablar con mi hija?

Pache le preguntó a quien aludía y Tison denunció a Turgy. Efectivamente, en uno de los cuartos del tercer piso de la torre había una estufa; y sea por medio de sus cañones, sea valiéndose de la canasta de la basura, Turgy hacía llegar a hurtadillas una esquila de aviso, o las noticias de los diarios a manos de las princesas: estas, por su parte, colocaban en los mismos sitios sus esquelas, escritas, a falta de tinta, ora con jugo de sidra, que se aclaraba al calor del fuego, ora con extracto de agallas. Como el lugar en que se hacía el depósito variaba sin cesar, una señal indicaba el elegido. M. Hue se hallaba en el secreto. Veíase con Turgy ya en un punto, ya en otro del término de la ciudad, y allí le decía de viva voz o le entregaba por escrito lo que deseaba que la reina supiese. El principal objeto de tal correspondencia era participar a María Antonieta el estado de la opinión pública, tanto en París como en las provincias, y ponerla al corriente de los acontecimientos de la guerra intestina y de la de Europa.

La denuncia se extendió a toda la familia real. Un día, dijo Tison, sacó la reina su

pañuelo y dejó caer un lápiz; otro encontró en el cuarto de madama Isabel, dentro de una caja, plumas y obleas; la mujer de Tison repitió lo mismo y denunció a Turgy, a un municipal y al doctor Brunier, que asistía a madama Royale. Después lo firmó todo, y al día siguiente vio a su hija: tal era el premio de la denuncia. Aquel día (20 de abril) a eso de las diez y media de la noche, acababan las princesas de acostarse, cuando oyeron abrir la puerta. Se levantaron precipitadamente.

Era Hébert, seguido de varios municipales. Leyeron a las princesas un decreto del Ayuntamiento que mandaba registrarlo todo a discreción. Así se hizo, inspeccionando hasta el fondo de los colchones. Hébert mandó quitar al Delfín de la cama en que dormía y ponerle en una silla, de donde la reina le cogió transido de frío. Todo el éxito de la pesquisa se redujo a quitar a María Antonieta las señas de la casa de un mercader, a madama Isabel una barra de lacre y a madama Royale un sagrado corazón de Jesús y una oración por la felicidad de la Francia. Terminose la visita a las cuatro de la madrugada. Extendiose acta de todo y se obligó a la reina y a madama Isabel a que la firmasen, amenazándolas con llevarse al Delfín si se resistían.

Tales rigores anunciaban otros. En la sesión del 30 de abril expidió el Ayuntamiento el decreto que copiamos a continuación.

Diose por el secretario lectura de una comunicación de la Comisión del Temple, anunciando que el ciudadano Volf, zapatero, se había presentado con seis pares de zapatos destinados a los presos, y que juzgándolos sospechosos estaban detenidos. El Concejo general nombra a Canon y Simon para que se trasladen al Temple, inspeccionen los seis pares de zapatos y vean si en ellos existe algo que dé lugar a sospechar: en seguida decreta:

1.º Que en adelante, siempre que los presos del Temple necesiten efectos de vestir, se encargará a comisionados *ad hoc* de buscarlos en los almacenes, y si fuere preciso trabajar, lo harán ciudadanos de confianza, que ni siquiera sepan para quien trabajan.

2.º Que las provisiones de todas clases con destino a los susodichos presos se reduzcan siempre a lo indispensable.

Tres días después volvieron los municipales; la visita era relativa especialmente a madama Isabel. Habían encontrado un sombrero de hombre en su cuarto y deseaban saber a quien pertenecía, desde cuando estaba en su poder y porque lo conservaba con tanto cuidado. Pertenecía al rey. Madama Isabel dio cuantas explicaciones se le exigieron: dijo que lo retenía por amor hacia su hermano; y pareciendo a los municipales sospechoso aquel cariño fraternal, se llevaron el sombrero; madama Isabel tuvo que firmar su respuesta.

El encierro y la falta de aire libre fueron poco a poco destruyendo la salud del Delfín: hacía tiempo se quejaba de un dolor en el costado que no le permitía respirar. El 6 de mayo le acometió una violenta calentura. Le acostaron; pero no podía estar así, pues se ahogaba. La reina, asustada, pidió a los municipales que le trajesen un médico; y como estos veían conspiraciones donde quiera, le contestaron que no tenía razón en inquietarse, pues la enfermedad no presentaba ningún síntoma grave. Sin embargo, cediendo al fin a las maternas súplicas, capaces de doblegar los más duros corazones, solicitaron del Concejo que M. Brunier pudiese visitar nuevamente a los

presos. M. Brunier había despertado sospechas; y así, no solo negaron su asistencia, sino que, como Hébert había visto por la mañana al Delfín a horas en que era menor la calentura, se dudó de su enfermedad; con lo que el mal tuvo tiempo de desarrollarse y la liebre cobró fuerza. Temiendo entonces madama Isabel que esta fuese contagiosa, cambió de cuarto con madama Royale. Cada vez los accesos eran más violentos: no pudo haber duda de la verdad; y un domingo, el médico de las cárceles, llamado Thierry, fue al Temple. Thierry desengañó a los municipales, y el Ayuntamiento le encargó de la cura, según se ve por el decreto siguiente:

Sesión del 9 de mayo de 1793.

El Concejo general, deliberando acerca de la enfermedad del hijo del difunto Capeto y de la pretensión de María Antonieta, relativa a la asistencia de un facultativo, resuelve oír mañana sobre el particular a los comisionados que han estado hoy de servicio en el Temple.

Oída la lectura de una carta de los susodichos comisionados, de la cual resulta que el niño Capeto está malo, decreta el Concejo general que el médico ordinario de las cárceles se encargue de su cura; pues enviarle otro sería un ataque a la igualdad.

La salud del Delfín se mejoró; mas no llegó a curarse radicalmente; y el pobre niño, flotando sin cesar en medio de los sacudimientos, de las zozobras, de los terrores y de las lágrimas, caminó poco a poco hacia la tumba, de donde después quisieron arrancarle los Matturin Bruneau y los condes de Normandía.

Llegó el 31 de mayo: no nos es dable referir los pormenores de aquella terrible jornada, que acabó con la Gironda, para después acabar con los Girondinos. Más adelante trataremos de la materia; por ahora nos encerraremos con los presos del Temple, no saliendo de esta torre y luego de la Conserjería, sino para acompañarlos al cadalso.

Por aquel tiempo perdió el juicio la mujer de Tison; pues la conciencia le remordía desde que pronunció la falsa denuncia que aumentó los rigores ejercidos con la reina: subió al cuarto de esta, y allí, en presencia de los municipales, se arrojó a sus pies y exclamó:

—Señora, pido perdón a V. M.: yo soy la causa de vuestra muerte y de la de madama Isabel: os he denunciado, porque vi una gota de cera en una arandela. ¡Perdonadme! ¡Perdonadme!

Lleváronla de allí a viva fuerza; pero, desde aquel momento, su locura fue creciendo rápidamente: hablaba en voz alta de sus denuncias, de prisión, de cadalso; considerábase indigna de volver a presentarse ante la reina; figurábase que las personas a quienes había denunciado eran ya cadáveres. Esperaba ver por la mañana a los municipales que acusó; y no viéndolos, se acostaba nuevamente triste. Por la noche se sentía acometida de horribles ensueños que le hacían lanzar tremendos gritos; por último, compadecidos de ella los municipales, le permitieron abrazar a su hija. Al efecto, vino esta a cosa de las diez de la noche y se mandó a la mujer de Tison que bajase. Costó trabajo reducirla, pues la infeliz tenía miedo; y al bajar se encogía toda, diciendo a su marido:

—¡No vayamos allá! ¡No, se nos quiere llevar a la cárcel!

Llegó adonde la aguardaba su hija; pero la locura la había despojado hasta del instinto materno, de forma que no pudo reconocerla, y únicamente la ocupaba la idea de que la iban a encerrar. Creyeron tranquilizarla, diciéndole que subiese a su cuarto: inmediatamente se abalanzó a la escalera; mas, en cuanto llegó a la última grada, no quiso ni subir ni bajar; fue necesario llevarla de allí y acostarla por fuerza. Entonces prorrumpió en gritos y en sollozos: cuando el médico la vio al siguiente día, declaró que no tenía cura, y que era indispensable conducirla al hospital. Por el pronto la trasladaron al palacio del Temple; pero, yendo en aumento su locura, la trasladaron al Hôtel-Dieu (hospital general) donde una mujer estaba siempre a su lado, para anotar cuantas palabras se le escapasen.

La reina, a pesar de los motivos de queja que de ella tenía, se interesó por su salud y a menudo se informaba de su situación. Una vez que se sintió indispuesta pidió un caldo; pero, al irle a tomar, se acordó de la mujer de Tison, y volviéndose hacia Turgy, le dijo:

—Ella lo necesita más que yo: id y llevadle este caldo.

Turgy obedeció y pidió otro para la reina, que le fue negado. El 3 de julio llegó, y con él uno de los dolores más terribles que pudiera experimentar María Antonieta. Los municipales entraron en el cuarto de las princesas y les leyeron un decreto, por el cual se disponía que el Delfín fuese separado de su madre y alojado en el aposento más seguro de la torre.

No bien hubo el niño oído la lectura de tan horrible resolución, cuando se arrojó asustado en brazos de la reina; sus gritos para que no le arrancasen de allí partían el alma. Al pronto María Antonieta se quedó anonadada; pero, cuando volvió en sí, colocó a su hijo en su lecho, y situándose delante, se dispuso a defenderle. Los municipales tuvieron miedo a aquella mujer, a aquella madre, a aquella leona que les decía:

—¡Matadme! pero ¡mientras aliente no me arrancareis a mi hijo!

Una hora pasó entre resistencia e injurias, entre llantos y amenazas. Los municipales declararon por último, que matarían al Delfín y a madama Royale si la reina no cedía; esta, entonces, se sintió desfallecer, extendió los brazos y se dejó caer junto a la cama.

Inmediatamente madama Royale y madama Isabel se pusieron a vestir al Delfín, pues las fuerzas de la reina se habían agotado. No obstante, después de vestido, ella fue quien le cogió y entregó a los municipales. El inocente abrazó con efusión a las tres mujeres, que prorrumpían en sollozos, y salió, hecho un mar de lágrimas, en medio de los municipales. La reina detuvo a los dos últimos y les suplicó, casi de rodillas, que pidiesen, en su nombre, permiso al Concejo general para ver a su hijo, aunque no fuese sino a las horas de comer: ellos se lo prometieron; pero, consistiese en olvido o en impotencia, es lo cierto que la madre y el hijo no volvieron a verse en este mundo.

Al día siguiente aguardaba a la reina un nuevo dolor, cual fue el de saber que habían puesto al Delfín bajo la custodia del zapatero Simon. ¡Pobre niño, que tanto necesitaba de los cuidados maternos! Por su parte, el inocente estuvo dos días enteros llorando y pidiendo sin cesar que le dejaran ir con su madre.

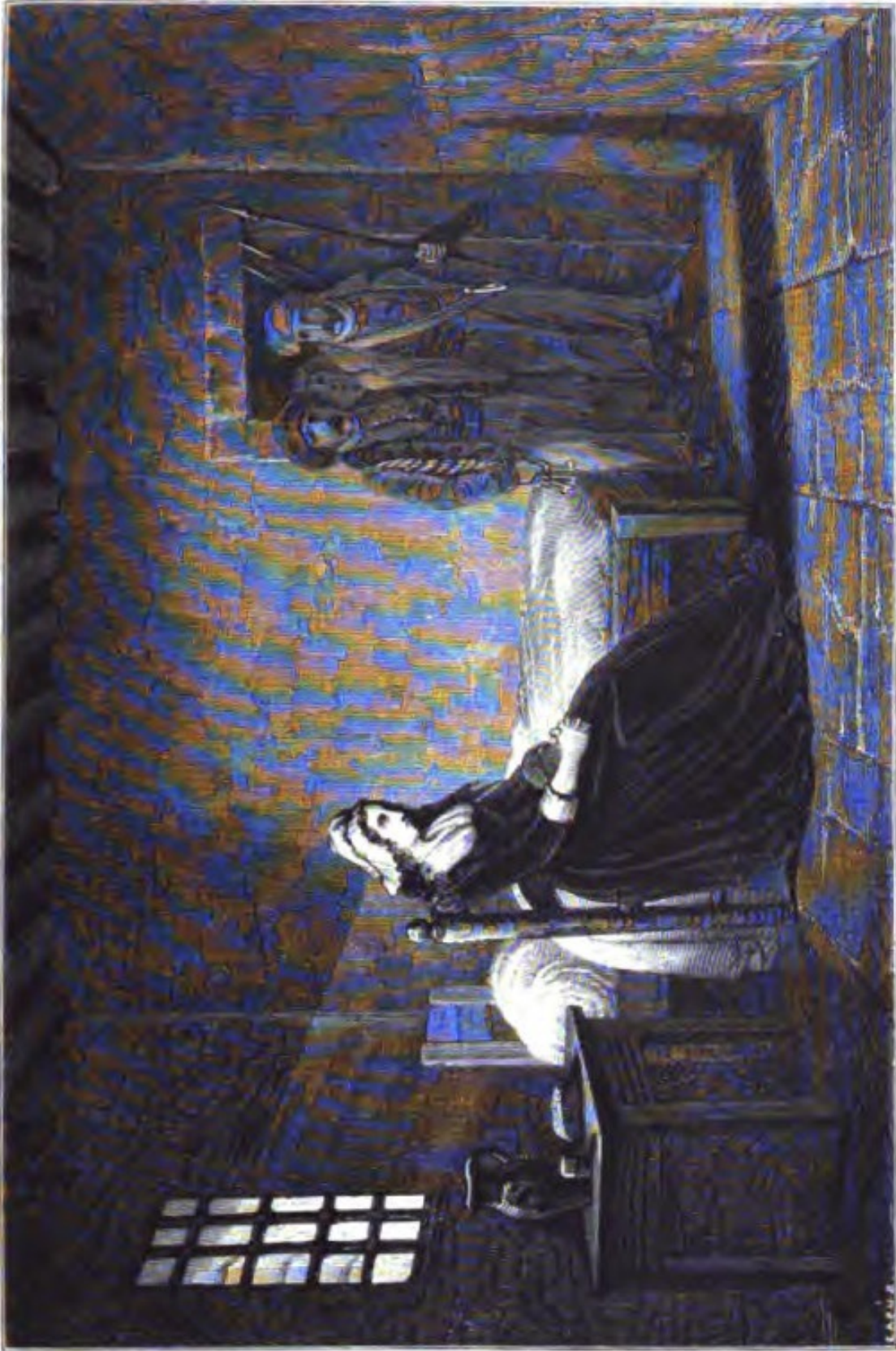
La reina ganó a lo menos algo en tan terrible lucha; pues, cansados los municipales de sus ruegos, dejaron de permanecer en la habitación; y si bien se las tuvo encerradas de día y de noche, preferían esto a la presencia de sus carceleros. Hasta los guardias, que antes, con el menor pretexto, mandaban abrir las puertas, no vinieron ya sino tres veces al día para traer la comida y pasar revista a las ventanas. Carecían, a la verdad, de quien las sirviese; pero así estaban mejor. Madama Royale y madama Isabel hacían las camas y servían a la reina. De tiempo en tiempo subían a la torre, para ver desde allí, al través de una tronera, pasearse al Delfín en la plataforma. La pobre madre aguardaba horas enteras para disfrutar de una dicha, rápida como el relámpago: ¡aquella era su sola ocupación, su única esperanza! Solía tener también noticias del inocente, que le traían, ya los municipales, ya Tison; este, como si quisiese enmendar su pasada conducta, procuraba ver a Simon y hablarle del Delfín.

Callábanle, sin embargo, a la desdichada madre el modo como trataba Simon a aquel niño. Siempre que le encontraba llorando le molía a golpes, de modo que el Delfín, bebiendo sus lágrimas, permanecía a veces horas enteras en la inmovilidad del idiotismo. Nada le libraba de las brutalidades de aquel hombre, ni su edad, ni su bondad, ni su angelical figura. Simon le había convertido en su criado, obligándole a servirle a la mesa. Un día, descontento del servicio, le azotó el rostro con la servilleta tan fuertemente, que estuvo a pique de saltarle un ojo. Otra vez, en un acceso de cólera, después de golpearle sin compasión, viendo que el inocente no gritaba, cogió un morillo de la chimenea con intención de descargarlo sobre su cabeza: el inocente no se movió y Simon arrojó lejos de sí el hierro. Aquel mismo día llegó a París la noticia de una victoria ganada por los realistas de la Vendée:

—¿Qué harías, Capeto —preguntó Simon a su víctima—, si los Chouanes te libertasen?

El niño le miró con sus hermosos ojos azules, en que brillaba una bondad angelical y contestó:

—Os perdonaría.



MARIA ANTONIETA EN LA PRISION.

CAPÍTULO LV

SUMARIO.—Anuncian a la reina su proceso.—La sacan del Temple a las dos de la madrugada.—«Nada me hace ya daño».—Objetos cogidos y sellados.—La cárcel y el calabozo.—Historia de la Conserjería.—Aspecto del calabozo.—Simpatías por la reina.—La querida del municipal.—M. de Hougeville.—El ramo y la carta.—Anécdota sobre el caballero de Maison-Rouge.

Hasta aquí había llegado la reina en la vía dolorosa de su martirio, cuando el 2 de agosto se la despertó para leerle el decreto de la Convención, por el cual se disponía, a petición del síndico del Ayuntamiento, que se la condujese a la Conserjería para ser juzgada. Esta vez, como no se tenía que defender sino a sí misma, permaneció inmóvil, impasible: oyó el decreto de cruz a fecha sin quejarse, sin manifestar asombro siquiera. Madama Isabel y madama Royale pidieron que se les permitiese acompañar a su hermana y su madre; pero ni un instante les duró semejante esperanza, pues al cabo de un minuto les fue negada su pretensión. El cumplimiento de la orden no sufría retardo: eran las dos de la madrugada, la reina estaba acostada, y suplicó a los municipales que la dejaran sola a fin de levantarse; ellos, no obstante, siguieron en sus puestos, y María Antonieta se vio en la necesidad de salir de su cama y vestirse en su presencia. Exigiéronle los bolsillos, los registraron y tomaron cuanto había dentro, a pesar de que ningún objeto de importancia contenían. Formaron en seguida un paquete, diciendo que iban a enviarlo al tribunal revolucionario, donde se abriría ante ella. De todo lo que deseó llevar la sin ventura, le concedieron únicamente un pañuelo para enjugar sus lágrimas y un pomito por si se desazonase.

Llegó la hora de la separación. La reina abrazó tiernamente a madama Royale, y con el acento desesperado de una persona cuyo dolor es más intenso por lo mismo que aconseja la esperanza, le ordenó que cuidase mucho a su tía y la obedeciese como a su segunda madre: arrojose luego en brazos de madama Isabel y le recomendó a sus hijos. Madama Royale no respondió; tan grande era su terror al pensar que veía a su madre quizá por la última vez: madama Isabel le dijo unas cuantas palabras en voz baja; y María Antonieta, sin volver a mirarlas, temiendo sin duda que su firmeza la abandonase, salió. Al pie de la torre se detuvo un instante, para que los municipales extendiesen el acta de su salida del Temple, y como se olvidase de bajar la cabeza al tiempo de pasar por el postigo, se dio un fuerte golpe. Brotó la sangre; preguntáronle si se había hecho daño; y respondió:

—No; nada puede hacerme ya daño.

Subió al coche con un municipal y dos gendarmes: cuando llegó a la Conserjería, la colocaron en el cuarto más húmedo y malsano de toda la cárcel, encargando su custodia a un gendarme que no la dejaba de día ni de noche. Los objetos que le quitaron y que fueron remitidos, después de empaquetados y sellados, al tribunal, eran una cartera, un espejo de bolsillo, una sortija de oro con trenza de pelo, un papel en que estaban grabados en oro dos corazones con iniciales, un retrato de la princesa

de Lamballe, otros dos retratos de mujer, memoria de dos amigas de la infancia, y un signo simbólico, piadosa superstición de madama Isabel que se había desprendido, en favor de su hermana, de aquel talismán, precioso preservativo, según ella, contra el infortunio. ¡Ay! ¡Aquellas infelices mujeres, viendo que la Providencia no las salvaba del precipicio, habían apelado a la superstición!

El Temple era sombrío; pero mucho más lo era la Conserjería: aquel podía considerarse como una cárcel; esta como un calabozo. Se llamaba así, porque en otro tiempo había servido de habitación al conserje del palacio, convirtiéndose después en cárcel. Se hace mención de ella por la primera vez el 23 de diciembre de 1392, con motivo de varios habitantes de Nevers encerrados allí por haberse rebelado contra su obispo. Desde los siglos décimo cuarto y quinto constaba su insalubridad; y en el mes de agosto de 1548 una especie de tifus diezmó a los presos y el Parlamento expidió una orden mandando reformar los calabozos.

La Conserjería es la cárcel histórica de Francia, por excelencia: Gabriel de Lorges, conde de Montgomery, estuvo encerrado en ella por los años de 1574; Ravaillac la ocupó a su vez; en seguida Cartouche, y luego Damiens: extraños predecesores de María Antonieta, que debía preceder a madama Isabel, a Bailly, Malesherbes, madama Roland, Camilo Desmoulins, Danton, Andres Chénier, Fabre d'Eglantine, los Girondinos, Bories y los sargentos de la Rochela, Louvet, Fieschi, Alibaud y Meunier.

En otro tiempo, el suelo donde está la Conserjería era diez pies más bajo: la tierra, que lo trastorna todo, sube, sepultando monumentos, ¡como sepulta hombres! De consiguiente, lo que hoy está cubierto, no lo estaba antes: las bóvedas sombrías forman postigos, puertas y antecámaras; hacia un lado grandes corredores dan paso, por medio de arcos, a oscuros patios, y hacia el otro, bajando algunos escalones, a celdillas húmedas y negras. El malecón, calzada que se debe al tiempo, separa la Conserjería del Sena, el cual, resumándose, comunica cierto brillo a las paredes de los corredores y calabozos, en que se advierten de vez en cuando manchas causadas por las putrefacciones blancas o por musgos verdosos.

Existe otra comunicación de la Conserjería con el Sena: la que guiaba desde los famosos calabozos del palacio hasta el río, a cuya orilla se ve aún la reja por donde se sacaba el cuerpo para arrojarlo al mar o para enterrarlo: el arquitecto M. Peyre ha transformado después los calabozos en un acueducto. A la derecha, siguiendo el plano inclinado que se ve desde el malecón, se encuentra el postigo exterior de la cárcel, separado como vara y media de una reja que guía a una pequeña escalera: esta conduce a una gran sala negra y ahumada, que denominan la anteescrbanía o el locutorio.

Eran las cuatro de la madrugada cuando María Antonieta atravesó este postigo y entró en los arcos del claustro, que preceden al patio en que se pasean los presos. Cuando hubo llegado a la segunda puerta, se la obligó a bajar tres escalones y se vio en un aposento subterráneo, que recibía la luz de un patio cercado de altas paredes,

semejante a una cisterna vacía: a la izquierda, una puerta todavía más baja que la anterior, pero de la cual se habían quitado los cerrojos, guiaba a una especie de bóveda mortuoria, cuyas paredes, ennegrecidas con el humo de las antorchas y corroídas a causa de la humedad, parecían *sudar* la muerte; una ventana, más estrecha y con más rejas que la primera, permitía el paso, aun en los días más hermosos del estío, a una luz dudosa, semejante a la del crepúsculo. En el fondo, frente a la ventana, un miserable lecho, húmedo, sin cortinas, con un cobertor de hospital, aguardaba a la hija de los Césares, ¡a la esposa de un Borbon! Los demás muebles se reducían a una mesa de pino, un cofre de madera y dos sillas de paja. Alumbraba todo esto una vela de sebo, cuya pálida luz se reflejaba en el sable de dos gendarmes que estaban de centinela en el primer cuarto, con la consigna de no perder nunca de vista a la reina, ni aun durante la noche.

Pero allí, lo mismo que en el Temple, penetró un rayo de humanidad: Dios ha permitido que suceda así donde quiera que existen criaturas humanas, para que nunca se dude de él. La mano, colocada allí con objeto de atormentar a la reina, sirvió de apoyo a la mujer: María Antonieta, que logró atraerse al cabo de seis meses las simpatías de Tison y su esposa, conmovió desde la primera vista a sus nuevos carceleros. La historia ha conservado sus nombres: llamábanse Richard. La mujer era realista, y sentía por lo tanto tener que servir de carcelera a su reina; así, desde el día siguiente al encarcelamiento de María Antonieta en la Conserjería, hizo llevar a su calabozo ropa blanca y algunos muebles; además, so pretexto de ganar algo, se encargó de prepararle el alimento, pues le era posible así entrar en el calabozo, decir a hurtadillas una palabra de estímulo, de consuelo a la reina, darle alguna noticia del Temple, eco de una cárcel que venía a desvanecerse en otra cárcel. Encargose de pedir a madama Royale y madama Isabel las labores de agujas que había dejado María Antonieta en el Temple; enviaron aquellas a la reina lo que pudieron reunir, consistente en tapicerías principiadas, algodón, hilo, agujas y broches; pero los municipales, diciendo que con la lana y el algodón le era fácil tejer un cordel y que con las agujas podría suicidarse, no permitieron pasar nada hasta ella.

Tales eran las simpatías de la reina en la prisión: tampoco fuera le faltaban. Algunas páginas antes hemos nombrado al caballero de Rougeville, y hecho mención de su adhesión a María Antonieta: digamos ahora lo que ejecutó o lo que trató de ejecutar. Proponíase como objeto la fuga de la reina; y para conseguirlo trabó amistad con una mujer, querida de un municipal, la cual entró en el complot. Un día convidó esta a comer a su amante y le presentó a Rougeville, como un joven de su país que venía a pasar algún tiempo en la capital, llamado de sus intereses. Mientras comieron, la conversación, ya familiar, rodó sobre política: los acontecimientos del día eran demasiado importantes para no hablar de ellos: la muerte de Luis XVI y la cautividad de María Antonieta fueron otros tantos asuntos que suministraron materia a las preguntas de Rougeville.

—Por vida de... —dijo el caballero—, que debe ser raro espectáculo el de una

reina de Francia encerrada en un calabozo de la Conserjería.



FOUQUIER-THINVILLE.

—¿No la conocéis? —preguntó el municipal.

—No —contestó indiferentemente Rongeville.

—¿Queréis verla? —volvió a preguntarle el municipal—: yo puedo conducirlos a su cárcel.

Rongeville no se dio prisa a aceptar; pero la mujer insistió tanto, que al fin pareció ceder por mera complacencia: fijose la hora para aquel mismo día. Entre tanto, con la disculpa de que eran los días de la señora de la casa, envió el caballero a buscar un ramo y se lo ofreció; aquella desató con galantería un clavel y lo dio a Rongeville, quien se ausentó un instante y colocó en el cáliz de la flor un papel rollado, con estas palabras escritas: «Tengo a vuestra disposición hombres y dinero».

A las seis de la tarde partieron a la Conserjería: menudeaban tanto las visitas de los municipales, que la reina, sentada junto a la ventana, con el codo apoyado en la mesa y la cabeza en la mano, ni siquiera advertía en ellas; tal era su honda contemplación. Sin embargo, al ruido afectado que hizo Rongeville, se volvió y reconoció en él a uno de sus defensores en las Tullerías, el 10 de agosto. El municipal

deseaba presentarle; y notando el silencio de Rougeville, le dijo:

—Habladle, pues; no hay inconveniente.

—¿Y qué diablos queréis que le diga?

—Lo que os acomode.

—¿Me será permitido ofrecerle una flor?

—¡Pues no!

Esto era cuanto deseaba Rougeville: sacó inmediatamente el clavel del ojal y lo presentó a la reina, advirtiéndole con una mirada que buscarse el contenido. Luego que se retiraron, fue María Antonieta a sentarse en un rincón del calabozo, deshojó la flor, halló la esquila y la leyó. Trémula al considerar el peligro a que se exponía su defensor, se ocupaba en trazar con un alfiler en la misma esquila una contestación negativa, cuando uno de los gendarmes que estaban de centinela a la puerta del calabozo, entró bruscamente y se apoderó del papel. De aquí resultaron rumores alarmantes; pues el gendarme procuró atribuirse grande importancia, dándosela al complot; y en el momento lo denunció a la Municipalidad. Madama Richard y su marido fueron presos y se pregonó la cabeza de Rougeville: felizmente este logró salvarse.

Los que hayan leído la novela titulada *El Caballero de Maison-Rouge*, comprenderán sin duda que la intriga está tomada del hecho anterior; pero lo que nadie sabe es la anécdota que ruego al lector me dispense de consignar aquí.

La novela *El Caballero de Maison-Rouge*, se titulaba al principio *El Caballero de Rougeville*: así se anunció en la *Democracia pacífica*, periódico donde debía publicarse. Cierta mañana recibió el autor una carta concebida en los términos siguientes:

Mi padre ha dejado rastros tan fugaces y misteriosos en la Revolución francesa, que no veo, os lo confieso sin temor, conociendo vuestros principios republicanos, figurar su nombre al frente de una novela en cuatro tomos. ¿Con qué incidentes habéis podido asociar el hecho que se enlaza con su existencia? Tal es la pregunta que me tomo la franqueza de dirigiros, no sin desasosiego, aunque por otra parte me consta vuestro respeto hacia las grandezas que han fenecido, y las simpatías que sentís por todo noble sacrificio.

Dignaos tranquilizarme con unas cuantas palabras: espero impaciente vuestra contestación. Entre tanto, etc.

Marques de ROUGEVILLE.

El autor respondió lo que sigue:

Ignoraba que existiese aun en Francia un hombre que se honrase con el nombre de *Marqués de Rougeville*. Vos me lo participáis y a la par me imponéis de las obligaciones que se derivan para mí del hecho de su existencia; por lo tanto, aunque mi novela está escrita toda en honor de vuestro padre, cesa desde este momento de llamarse *El Caballero de Rougeville* para recibir el título de *El Caballero de Maison-Rouge*.

Dignaos etc.

Al cabo de un mes recibí esta segunda carta:

Denominad vuestra novela como mejor os acomode: soy el último vástago de la familia; y dentro de una hora

me salto la tapa de los sesos.

ROUGEVILLE.
Callejuela Madame, núm. 3.

Abrí el cajón de mi escritorio, busqué en él la primera carta, comparé ambas formas de letra y me convencí de su identidad. La escritura no revelaba la menor conmoción en la persona que la había trazado. Costome trabajo creer en la realidad de semejante decisión; llamé a uno de mis secretarios y le envié a que me trajese noticias de M. de Rougeville, valiéndome al efecto de la dirección que contenía la precedente carta. Acababa en efecto de tirarse un pistoletazo: no estaba muerto y los médicos, aunque sin responder de su vida, esperaban curarle. Di orden a mi secretario de que fuese diariamente a preguntar por él, y los dos primeros días la mejoría fue rápida; mas al tercero me anunció que M. de Rougeville se había arrancado la anterior noche el vendaje de la herida, expirando por la mañana del tétano.

Pero, volvamos a la reina.

CAPÍTULO LVI

SUMARIO.—Bault reemplaza a Richard.—Las flores y las frutas.—Las reliquias.—Los cabellos de la reina.—El cobertor de algodón.—El bucle.—La liga.—Fonquier-Thinville.—Chaveau-Lagarde y Tronchon-Ducoudray.—La reina ante el tribunal revolucionario.—Los jueces y el presidente.—La acusación y el interrogatorio.—Indignación de María Antonieta.—Las cuatro preguntas.—Sentencia de muerte.—Carta de la reina.—Los tres confesores rechazados.—Insistencia del último.—Esperanza de la reina.—Se viste de blanco para ir al patíbulo.—Su valor.—Gritos del pueblo.—La carreta.—La Asunción.—Bendición clandestina.—El cadalso.—Últimas palabras de María Antonieta.—El 16 de octubre de 1793.

Dijimos que Richard y su mujer, considerados como cómplices de Rougeville, habían perdido su empleo: buscábase a quien encargar misión tan importante; y ya se pensaba en Simon, cuando dos antiguos conserjes de la Fuerza, madama Bault y su marido, solicitaron y obtuvieron el reemplazar a los esposos Richard. La reina los había protegido en otro tiempo; y estaba llorando a los pobres protectores que acababa de perder, cuando vio presentarse de repente, sin atreverse a dar crédito a sus ojos, semblantes amigos.

El Ayuntamiento había ordenado que se tratase a la reina como a los demás presos; esto es, que se le diese de comer pan moreno y de beber agua del Sena, que le hacía daño: María Antonieta había pedido inútilmente agua de Arceuil, que era la que acostumbraba beber. Madama Bault hizo traer ocultamente agua de Arceuil, y le preparó ella misma los alimentos. Tras de lo necesario vino el lujo: las floristas y fruterías del mercado, que en otro tiempo proveían las casas reales, traían a la Conserjería melones, uvas, alberchigos y hasta ramos de flores, que el conserje, con peligro de su vida, pasaba a manos de la reina.

El atrevimiento era grande, y un día estuvo a pique de costarles caro. Los administradores de policía notaron que, para interceptar la humedad, se había tendido una alfombra vieja entre la cama y la pared: esto, según ellos, tenía visos de adulación cortesana. Bault respondió que lo había hecho para que las quejas de la reina no se oyesen por los demás presos, y la respuesta los satisfizo.

María Antonieta no tenía más que dos vestidos, uno blanco y otro negro, que la humedad iba convirtiendo en harapos: las tres únicas camisas que poseía, así como las medias y los zapatos impregnados de agua, estaban ya inservibles. La hija de madama Bault proveyó a la reina de medias, camisas y zapatos, distribuyendo como reliquias las ropas que dejó. Pero lo que no admitía sustitución eran sus hermosos cabellos rubios, ya a medio encanecer en Varennes y que se le seguían poniendo blancos y cayendo, semejantes a las hojas que se marchitan y desprenden cuando la muerte del árbol se aproxima.

Gracias a una inspección menos activa, a cierta relajación de la severidad primitiva de los dos gendarmes, la reina tenía otra distracción; la de escribir con una

aguja en la pared ahumada. Consuela, como es sabido, a los presos, dejar en las paredes de la cárcel la huella de su dolor o de su resignación. María Antonieta dejaba a los que la sucediesen en aquel calabozo, algunos pasajes de los Salmos y del Evangelio y unos cuantos versos melancólicos de poetas alemanes e italianos.

Cierto día que un comisionado enternecido trató de copiar aquellos trozos, sus colegas dieron al momento un baño de cal a la pared. De este modo el último gemido debía extinguirse con el aliento, y el eco morir con la voz.

Los groseros cobertores de la cárcel impedían dormir a la reina: de consiguiente, pidió uno más ligero de algodón. Bault cometió la imprudencia de transmitir su petición al síndico del Ayuntamiento.

—¿Qué osas reclamar? —contestó—; ¿un cobertor de algodón para la viuda de Capeto? Merecerías la guillotina.

La reina estaba profundamente reconocida a los cuidados de sus carceleros. Un día quiso introducir en la mano de Bault un bucle de sus cabellos, dentro de un par de guantes; pero los gendarmes advirtieron su ademan, y apoderándose de ambas cosas las enviaron a Fouquier-Thinville. María Antonieta destinaba aquellos objetos a sus hijos. La cosa más insignificante que viniese de sus manos le hubiera parecido tan preciosa, que deseaba causarles, remitiéndoles algo, igual placer que sentiría ella en caso de ser la que recibiese. Al efecto empezó una de esas tareas que solo los presos tienen la paciencia de ejecutar; deshilo la alfombra vieja, tendida delante de su cama, y con ayuda de dos mondadientes de marfil, hizo una liga que dejó caer a sus pies, en cuanto estuvo acabada. Bault dejó también caer, como por descuido, el pañuelo, y al ir a tomarlo cogió la liga.

El 13 de octubre se presentó Fouquier-Thinville en la cárcel. Iba a anunciar a María Antonieta su acusación, que la reina oyó con gravedad y desdén: colocada ante la muerte, rivalizaba en fortaleza con sus verdugos.

Dos abogados solicitaron el honor de defenderla: jóvenes ambos y dotados de generosos sentimientos, aspiraban a unir su nombre, su vida y quizá su muerte al proceso de la reina: llamábanse MM. Chauveau-Lagarde y Tronchon-Ducoudray.

La reina, cuando quedó sola, escribió algunas palabras contestando a la acusación de Thionville, no porque esperase salvar su vida, sino porque quería refutar ciertas imputaciones. Al día siguiente se le anunció que iba a comparecer ante el tribunal revolucionario. Hubiera podido ir vestida de harapos y hacer avergonzarse a la República, a la Francia y a los franceses de la miseria en que tenían sumida a la que había sido su reina. Sin embargo, fue digna hasta el punto de desechar semejante venganza. Vistiose, al contrario, lo mejor que pudo; hizo que la hija de Bault la peinase; y al cabo de diez minutos dijo que estaba pronta.

Abrieron, las puertas: dos hileras de gendarmes se extendían desde el calabozo al pretorio: detrás se agrupaba el pueblo, brillando en sus ojos el ardor de la venganza que siente aproximarse el momento en que va a quedar satisfecha.

Entró en la sala con dignidad y firmeza. Componían el tribunal Hermann,

Foucault, Sellier, Coffinhal, Déliege, Ragmay, Maire, Denisot y Masson: Hermann presidía. Se dio tiempo a la muchedumbre para que contemplase tan hondo infortunio, tan grande humillación; y en seguida principió el interrogatorio.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el presidente.

—María Antonieta de Lorena de Austria —respondió la reina.

—¿Cuál es vuestro estado?

—Viuda de Luis, exrey de los franceses.

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta y siete años.

El secretario leyó la acusación, demasiado larga para insertarse aquí. Contenía al mismo tiempo crímenes que pudieran imputarse a Catalina de Médicis y a Margarita de Borgoña. La reina oyó semejante relato sin asombro, sin emoción, como una mujer acostumbrada a tales insultos: sea resignación, sea indiferencia, sea que su alma hubiese abandonado ya con el pensamiento este miserable mundo, lo cierto es que, aunque parecía oír, su aire era de no entender lo que decían. Todo el tiempo que duró la lectura del acta se entretuvo tocando con los dedos en la barandilla del sillón de hierro, como pudiera ejecutarlo un pianista en las teclas de un clave.

Terminada aquella, se pasó a la presentación de testigos: algunos de estos casi estaban ya en la categoría de acusados. Manuel y Bailly se condujeron como era de esperar: por su parte, María Antonieta se mostró admirable en todo lo relativo a olvido y abnegación: a nadie acusó; sus respuestas se ceñían a las frases: «No sé; no conozco a esta o aquella persona».

Solo perdía el color y se humedecían sus párpados, cuando sus acusadores pronunciaban los nombres de madama Polignac o de la princesa de Lamballe. De repente un grito salió de lo íntimo de su corazón: fue al leerle las inculpaciones proferidas contra ella por su hijo, cuando se la acusó de haber cometido con el Delfín el crimen que Suetonio dice cometió Agripina con Nerón. Estremeciose todo su cuerpo y se levantó pálida, casi amenazadora:

—¡Oh! —exclamó, dirigiéndose a las mujeres que asistían a la audiencia—; ¡apelo a todas las madres!

Un grito de horror, lanzado por los circunstantes, respondió a la odiosa acusación de Hébert. No necesitamos añadir que la condenaron a muerte. A continuación trasladamos las cuestiones formuladas por el tribunal.

1.^a ¿Consta que han existido manejos y acuerdos con los monarcas extranjeros y demás enemigos exteriores de la República, cuyo objeto principal era suministrarles socorros pecuniarios, dejarles libre la entrada en el territorio francés y coadyuvar al feliz éxito de sus armas?

2.^a ¿Está convencida María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, de haber cooperado a tales manejos y tenido parte en semejantes tratos?

3.^a ¿Consta que ha existido un complot y una conspiración con tendencias marcadas a encender la guerra civil en lo interior de la República?

4.^a ¿Está convicta María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capeto, de haber tomado parte en el complot, y en la conspiración?

Los jurados, después de una hora de discusión, volvieron a entrar y contestaron afirmativamente a todas las preguntas. Entonces el presidente, dirigiéndose al auditorio, dijo:

—«Si los ciudadanos que me oyen no fuesen hombres libres y capaces, por lo mismo, de sentir toda la dignidad de su ser, debería quizá recordarles, que cuando la justicia nacional va a pronunciar su fallo, les imponen la mayor serenidad así la ley, como la razón, como la moralidad; que toda señal de aprobación está prohibida, y que cualquier delincuente, una vez en manos de la ley, sea el que quiera el crimen que haya cometido, no pertenece sino a la desgracia y a la humanidad».

La reina, que había sido conducida fuera de la sala, entró de nuevo a oír su sentencia, concebida en los siguientes términos:

El tribunal, conforme con la declaración unánime del Jurado, y accediendo a lo pedido por el acusador público, condena a María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capelo, a la pena de muerte; declara, según lo prevenido en la ley de 10 de marzo último, que sus bienes, si algunos posee en el territorio francés, pertenecen desde hoy a la República, y ordena que el presente decreto sea ejecutado en la plaza de la Revolución, e impreso y fijado en toda la extensión de la República.

La reina oyó su sentencia, tranquila, casi insensible, sin pronunciar una sola palabra, sin alzar los ojos al cielo, sin bajarlos siquiera. Preguntóle el presidente si tenía alguna observación que hacer contra la pena que se le había aplicado; y su contestación fue sacudir la cabeza y dar unos cuantos pasos, como impaciente por subir al patíbulo.

En efecto, entre ella y el cadalso no quedaba ya sino la corta parada que hacían los condenados a muerte en aquella especie de antecámara de la plaza de la Revolución, llamada sala de los muertos. Cuando llegó, escribió a la luz del crepúsculo de su último día, que empezaba a filtrar por entre una espesa niebla de octubre, la siguiente carta, que no fue entregada a la persona a quien iba dirigida, sino a Fouquier-Thionville, el cual la pasó a manos de Couthon. Encontróse en los papeles de este, cuando él y Thionville experimentaron, a su turno, la suerte de su víctima.

13 de octubre, a las cuatro y media de la mañana.

A vos, hermana mía, escribo por la última vez. Acaban de condenarme, no a una muerte vergonzosa (la vergüenza es solo para los criminales) sino a ir a reunirme con vuestro hermano. Espero igualarle en firmeza. Siento mucho abandonar a mis hijos: os consta que únicamente existía para ellos y para vos. Vuestra amistad os ha hecho sacrificarlo todo por acompañarnos: ¡en qué posición os dejo! Por los alegatos del proceso he sabido que han separado de vos a mi hija. ¡Pobre niña! No me atrevo a escribirle; pues es seguro que no recibiría mi carta; tampoco sé si esta llegará a vuestras manos. ¡Os envié mi bendición para mis dos ángeles! Me lisonjeo que algún día se reunirán a vos y disfrutarán en libertad de vuestros tiernos cuidados. Que ambos piensen siempre en lo que no he cesado de inspirarles; que su amistad y mutua confianza constituyan su felicidad; que mi hija conozca que, a su edad, le corresponde ayudar a su hermano con los consejos, fruto de su mayor experiencia y de su cariño; ¡y por último, que ambos sientan la necesidad de permanecer unidos, si estiman en algo la dicha, sea cual fuere la posición que ocupen! Nosotras podemos servirles de modelo. ¡Cuántas veces ha aliviado nuestra amistad los terribles golpes del destino! La felicidad es doble, disfrutando de ella en compañía de un amigo. ¿Y dónde hallarlos más tiernos, más queridos que en el seno de la familia?

Haced que mi hijo no olvide las últimas palabras de su padre; palabras que le repito aquí: *¡Que no trate nunca de vengar nuestra muerte!*

Tengo que hablaros de una cosa que me destroza el alma. Sé cuanto debe haberos hecho sufrir ese niño; pero perdonadle, hermana mía, en atención a su tierna edad y a lo fácil que es obligar a decir a un niño lo que se quiere, aunque sean cosas incomprensibles para él. Día vendrá, así lo creo, en que sienta todo el precio de vuestra bondad y de vuestro cariño hacia ambos.

Réstame confíares mis últimos pensamientos. Hubiera deseado escribirlos desde que principié mi proceso; pero, además de que no se me permitía, la rapidez de su marcha no me hubiera dejado tiempo. Muero en la religión católica, apostólica y romana; en la religión de mis hermanos, bajo cuya égida se me educó y que he profesado constantemente.

No espero ningún consuelo espiritual, pues ignoro si existen aún sacerdotes del culto católico; y aunque existiesen, el venir hasta mí los expondría demasiado. Pido a Dios un sincero perdón de todos los pecados que haya podido cometer en el curso de mi vida: confío en que acogerá mi alma con su inagotable misericordia e infinita bondad. Perdono a todos mis enemigos el mal que me han causado, y ruego hagan lo propio conmigo cuantos me conocen: ¡perdonadme, querida hermana, las penas que involuntariamente os hubiere ocasionado!

Me despido de mis tías y de mis hermanos y hermanas. En cuanto a mis amigos, sepan que la idea de separarme de ellos para siempre y el pensamiento de sus disgustos, es una de las mayores angustias que llevo a la tierra: decidles que hasta mis postreros instantes los he tenido en la memoria. ¡Adiós, buena y cariñosa hermana; haga el cielo que esta carta llegue a vuestras manos! Pensad siempre en mí. Os abrazo de todo corazón, como también a mis pobres y queridos niños. ¡Santo Dios! ¡Qué trance desgarrador es el de dejarlos por toda una eternidad!... ¡Adiós! ¡Adiós!... Solo debo ocuparme ya en mis deberes espirituales: como no se me deja libertad para nada, me enviarán quizá un clérigo juramentado; pero protesto aquí, que ni una palabra le dirigiré y que le trataré como a un ser totalmente extraño.

Bault estaba aguardando por esta carta: la reina, luego que la concluyó, besó todas sus páginas, la dobló, sin ponerle oblea, y en seguida la puso en manos de aquel buen hombre. Sin embargo, según ya dijimos, Bault tuvo que entregarla a Fouquier-Thinville.

Resuelta la reina a no admitir ningún clérigo juramentado, rechazó sucesivamente a tres que le envió Gobel, obispo de París: uno era el cura constitucional de San-Landry, llamado Girard; otro el abate Lambert, vicario del citado obispo; y el tercero, un sacerdote, entre alemán y francés, llamado Lothringer. El primero que se presentó fue el abate Girard: la reina le acogió fríamente.

—Gracias —le dijo—; pero mi religión me prohíbe recibir el perdón del Señor por conducto de un eclesiástico que no pertenezca a la comunión romana. Necesitaría, sin embargo, de alguno —añadió hablando consigo misma—, pues soy muy pecadora; pero felizmente, voy a recibir un gran sacramento.

—Sí, el del martirio —dijo el cura a inedia voz o inclinándose.

Como el abate Lambert vio lo que le había sucedido a Girard, ni siquiera dirigió la palabra a la reina; mas, por lo que respecta al abate Lothringer, fue tal su obstinación, que contribuyó casi a turbar los últimos momentos de María Antonieta. Por más que esta se negó a admitir sus cuidados espirituales, él permaneció inmóvil: la reina le dijo que deseaba consolarse a sí misma, y Lothringer se empeñó en que había de consolarla a pesar suyo. Fundábase la firmeza de María Antonieta en una esperanza que le había sido inspirada por madama Isabel: esta le había indicado el número y piso de una casa, en la calle de San Honorato, por donde pasaban los sentenciados para ir a la plaza de la Revolución; allí estaría el día del suplicio un sacerdote, que en el momento de pasar ella, le concedería la absolución *in extremis*.

Despojose del vestido negro, propio de su viudez, y se vistió de blanco, ayudándola en esta tarea femenil la hija de Bault, que le puso la mejor de sus tres camisas, que estaba adornada de encajes, la peinó, recogiendo sus cabellos blancos en un sombrero del mismo color atado con una cinta negra, y cubrió sus enflaquecidos hombros con una pañoleta, también blanca.

A las once entraron los gendarmes y los verdugos en la sala de los muertos, sin que la reina mudase de color al verlos: se había extinguido en ella todo sentimiento de miedo y parecía desear más bien que temer el patíbulo. Levantose, abrazó a la hija del conserje, se cortó el pelo, se dejó atar las manos sin prorrumpir en quejas ni murmullos, y siguió con paso firme a sus terribles conductores.

Cuando, al trasladarse de la escalera al patio y mirando alrededor, vio que le aguardaba la carreta de los sentenciados, se detuvo e hizo ademán de retroceder: cierta expresión de asombro, mejor dicho, de horror, se dibujó en su fisonomía. Había creído hasta entonces que la conducirían al cadalso en un carruaje cerrado, como al rey; pero la igualdad ante la muerte fue llevada respecto de ella, como se ve, hasta el extremo. No bien se presentó, cuando todo aquel pueblo, amontonado en los malecones y puentes, onduló como un mar; e inmediatamente, de aquellos pechos enemigos, henchidos de recriminaciones y de hiel, brotaron los gritos de: *¡Abajo la Austriaca! ¡Muera la viuda de Capeto! ¡Muera madama Veto! ¡Muera la tiranía!*

Se creyó por un instante, al ver agolparse la muchedumbre, que la carreta no podría pasar; pero el actor Granmont se colocó al frente de la comitiva, y separó, blandiendo su sable, aquel gentío con el pecho de su caballo.

En breve se acallaron todos los clamores ante la fría y sombría mirada de la reina: por diez minutos estuvo luchando consigo misma; sus mejillas, primero de color de púrpura y luego pálidas, revelaban el combate interior: venciose por fin, y venció también a los espectadores.

No ha habido fisonomía que impusiese mayor respeto. En aquel momento María Antonieta se mostró más reina que nunca, o indiferente a las exhortaciones del abate Girard, que la había acompañado contra su voluntad, no oscilaba su frente ni a derecha ni a izquierda: el pensamiento, vivo en el fondo de su cerebro, parecía tan inmutable como su mirada. Hasta el movimiento de la carreta sobre el desigual empedrado hacía resaltar más con su violencia la rigidez de su aspecto: se la hubiera tomado por una de esas estatuas de mármol, destinadas a adornar un sepulcro y que se llevan en un carricoche. Solo que esta vez la estatua tenía los ojos brillantes, y sus cabellos, agitados por el viento, le azotaban las mejillas.

Sin embargo, al llegar a la altura de la iglesia de la Asunción se desvaneció aquella rigidez. Alzáronse los ojos de la reina, como si buscasen con inquietud un objeto desconocido. Los espectadores, que ignoraban el punto a donde se dirigían, creyeron que la distraían un momento las banderas y cortinas que adornaban casi todas las ventanas de la calle de San Honorato; pero solo Dios, María Antonieta y un hombre, colocado en la ventana de un tercer piso, sabían que sus ojos buscaban el

número de la casa indicada por madama Isabel y al sacerdote que debía pronunciar a su paso las palabras de la absolución. Halló por fin el número, y a una señal inteligible no más que para ella, reconoció al eclesiástico; cerró entonces los ojos, bajó la frente y oro. Levantola después, rodeada de una aureola de alegría, que admiró a los que habían observado su transformación e ignoraban el motivo.

La carreta continuaba su lenta marcha. Al llegar a la plaza de la Revolución, se detuvo justamente delante del gran paseo que está entre el puente postizo y las Tullerías. Al ver su antiguo palacio, se le desprendieron de los ojos algunas lágrimas, si bien no había entrado en él sino para sufrir. En cuanto le advirtieron que era necesario subir al patíbulo, bajó, aunque con precaución, los tres escalones del banquillo, sosteniéndola el verdugo que, en cumplimiento de su cargo, le manifestó hasta el postrer momento las mayores atenciones. Pocos pasos tenía que dar para ir de la carreta al cadalso; y los dio sin precipitación ni lentitud, andando como de costumbre. Subió con majestad las fúnebres gradas que veía ante sí. En la plataforma continuó el abate Girard hablándola, sin ella oírle; y mientras un ayudante del verdugo la empujaba suavemente, desatábale otro la pañoleta que cubría sus hombros. Sintió María Antonieta la mano infame que rozaba su cuello, y con el movimiento brusco que hizo para volverse hubo de pisar al verdugo, que se ocupaba en disponer, sin que ella lo notase, la fatal báscula.

—Perdón —le dijo—; no lo he hecho adrede.

En seguida, dirigiendo la vista hacia el lado del Temple, añadió:

—¡Por la última vez, adiós, hijos míos! Voy a reunirme con vuestro padre.

Tales fueron las postreras palabras que pronunció María Antonieta. Las doce y cuarto sonaban en el reloj de las Tullerías cuando cayó el hacha y separó la cabeza del cuerpo. El ayudante del verdugo la cogió y enseñó al pueblo, dando vuelta alrededor del cadalso.

Así murió el 16 de octubre de 1793, María. Antonieta Juana Josefa de Lorena, hija de un emperador y viuda de un rey. Tenía treinta y siete años y once meses, y había vivido veinte y tres años en Francia. El ataúd en que fueron depositados sus restos costó siete francos, según aparece de los registros de la Magdalena.

CAPÍTULO LVII

SUMARIO.—Los últimos huéspedes del Temple.—El registro de cuatro horas.—Persecuciones pueriles.—Extractos de las deliberaciones del Consejo General.—El dedal de oro.—La cura negada.—El sumo de yerbas.—Dos caldos.—La moneda falsa.—El chaquete.—La abstinencia de Isabel.—Separación de esta y de madama Royale.—El 10 de mayo de 1794.—Interrogatorio de madama Isabel por Fouquier-Thinville.—El 10 de agosto, los diamantes, correspondencia, etc.

Ya que, dejando a parte los acontecimientos que pasaban fuera del Temple, hemos seguido las catástrofes monárquicas desde Luis XVI hasta María Antonieta, no salgamos de tan sombría cárcel hasta concluir con todos los presos.

Una vez conducida la reina a la Conserjería y de allí al cadalso, quedaban solo madama Isabel, madama Royale y el Delfín. Las dos primeras habitaban juntas: el príncipe gemía bajo la férula de Simon.

Madama Isabel y madama Royale ignoraban la catástrofe del 16 de octubre. Algunas palabras sueltas, algunos vagos rumores bastaron para desengañar a madama Isabel, que, próxima a sufrir también el martirio, quizá tenía ya la intuición de una santa. Ocultó la verdad a su sobrina cuanto pudo: la única noticia positiva que les llegó de lo exterior en todo el invierno, fue la de la muerte del duque de Orleans, que les fue anunciada por los gritos de los pregoneros.

Mas ni la muerte del rey ni la de la reina aliviaron en nada la situación de ambas princesas y del Delfín. Sucediáanse las visitas de los municipales y los registros eran cada vez más brutales y rigurosos. Se hacían tres al día, y uno, ejecutado por municipales ebrios, duró desde las cuatro de la tarde hasta las ocho y media de la noche. En todo este tiempo las dos princesas, una todavía hermosa, y otra que ya lo era, tuvieron que sufrir los más groseros chistes, las acciones más obscenas. Aquella larga y severa tarea no dio otro resultado que el hallazgo de unos naipes con figuras de reyes y reinas (cosa muy criminal, sin duda) y el de un tomo con escudos de armas por fuera. Si se quiere conocer hasta donde llegaba la puerilidad en las persecuciones empleadas respecto de aquellas infelices mujeres, no hay más que pasar la vista por los siguientes extractos del registro de las deliberaciones del Concejo general.

Sesión de 24 de pluvioso, año II.

Un administrador de policía que estuvo ayer de servicio, deposita en la mesa de despacho un dedal de oro que le entregó Isabel, para obtener en cambio otro a gusto del Concejo, pues el que deja está inservible. El Concejo da recibo al ciudadano administrador y decreta que se facilite a Isabel un dedal de cobre o de marfil, vendiéndose el de oro en beneficio de los pobres.

Sesión de 8 de germinal, año II.

El secretario anuncia al Concejo que, según lo prevenido en el anterior decreto, ha comprado dos dedales de marfil para las personas encerradas en el Temple, y añade que mañana llevará a la casa de la Moneda el dedal de oro, a fin de distribuir su valor entre los pobres etc., etc.

Tres años hacía que madama Isabel tenía abierta una fuente en un brazo; y a pesar de sus reclamaciones y de los certificados del médico, en que manifestaba que el cauterio era indispensable a su salud, se le negó por mucho tiempo lo que necesitaba para cuidarlo: al fin, un día indignado un municipal de semejante conducta, envió a buscar, como si fuesen para él y de su cuenta, los objetos que exigía aquella cura. En cuanto a madama Royale, tuvo que abstenerse de tomar zumo de yerbas por la mañana, costumbre que había contraído, pues se consideró un *gasto* inútil.

Aún hubo más: madama Royale tomaba dos caldos al día; muy bien pudo dejársele este postrer lujo; pero en la sesión de 19 de pluvioso, año II, se decretó lo siguiente:

El Consejo del Temple participa que el ciudadano Langlois ha sido portador de una botella de medio cuartillo, poco más o menos, con un sello de muchas letras medio borradas, y en cuya botella se leía esta inscripción: *Caldos para María Teresa*. Interpelado Langlois, a fin de que dijese de orden de quien llevaba tales caldos, contestó que hacía cuatro o cinco meses los estaba llevando sin que nadie se lo estorbara. El Consejo del Temple, considerando que ninguna persona autorizada al efecto, había recetado los referidos caldos y que, por otra parte la hija de Capeto y su tía gozaban de cabal salud; considerando, además, que solo por hábito y no por necesidad se había conservado semejante uso y que incumbía a los magistrados de la República corregir cualquier exceso que se cometiese; decretó: que desde aquel día se suspendería todo remedio, hasta dar aviso al Concejo general del Ayuntamiento, quien determinaría lo que tuviese por conveniente.

El Concejo adopta el anterior decreto en todas sus partes.

Uno de los grandes dolores de las princesas era no poder cumplir exactamente con los mandamientos de la Iglesia: no hubo género de injurias y groserías que no arrostrasen para conseguir comer de vigilia en los días de penitencia. Se les respondió, que desde la proclamación de la igualdad universal no había diferencia en los días, fuera de que las semanas estaban suprimidas, sucediéndoles las décadas. A pesar de todo, un viernes insistió madama Isabel en que quería huevos y pescado.

—¿Y con qué objeto? —preguntó el municipal.

—Con el de observar la vigilia —respondió la princesa.

—¿Por qué te empeñas en eso? —repuso el primero.

—Porque es uno de los mandamientos de nuestra Santa Iglesia —replicó madama Isabel.

—Pero, ciudadana —exclamó con acento de profunda lástima el municipal, como quien se dolía de la ignorancia y superstición de la princesa—, tú no sabes lo que pasa: ¡los tontos son los únicos que creen tales cuentos!

Madama Isabel se resignó por último y cesó de pedir cosa alguna. Entraron un día en el cuarto de las princesas personas encargadas de llevar a cabo un registro más severo que cuantos se habían verificado hasta entonces. Simon las acusó de fabricar moneda falsa, asegurando que había oído el ruido del volante: esta acusación costó a las princesas la pérdida de su chaquete; esto es, de la última distracción que les restaba. Simon tomó el ruido de los dados por el del volante.

El 19 de enero de 1794 oyeron la tía y la sobrina mucha bulla en el aposento del Delfín, y se persuadieron de que le sacaban del Temple. Miraron por el ojo de la llave

y vieron trasladar paquetes: entonces no les quedó duda de la partida del pobre niño; pero se engañaban, pues solo había mudado de carcelero. Simon fue quien dejó el Temple: obligado a optar entre el cargo de municipal y el de custodio del príncipe, se decidió por el primero.

Aunque privada de alimentos a propósito, madama Isabel observó la cuaresma; se abstuvo de almorzar; a la hora de comer tomaba una escudilla de café con leche y por la noche un pedazo de pan seco. En cuanto a madama Royale, como aún no tenía la edad en que es obligatoria para el cristiano la abstinencia, comía, de orden de su tía y contra su gusto, lo que le daban. Siendo más apremiantes las circunstancias pecuniarias de la República desde que principió la primavera, se suprimió en el Temple la luz, y las princesas tuvieron que acostarse al anochecer. Hasta el 9 de mayo no hubo nada de notable en su destino. Aquel día, al ir a acostarse, se abrieron los cerrojos y sintieron llamar a la puerta. Como titubeaban si debían o no responder, redoblaron los golpes.

—Tened un poco de paciencia —dijo madama Isabel—: me estoy vistiendo.

—¡Diantre! —contestó una voz áspera—; ¿tanto cuesta ponerse un vestido?

Y los golpes menudearon, hasta figurarse ambas que iban a derribar la puerta. Madama Isabel fue a abrir.

—¡Al cabo...! —dijo la misma voz, oyendo girar la llave en la cerradura—; no es poca suerte.

—¿Qué se os ofrece, señores? —preguntó la princesa a tres hombres que estaban aguardando.

—¡Ciudadana! —respondió uno de ellos—: es preciso que bajas.

—¿Y mi sobrina?

—Luego se pensará en ella.

Madama Royale se abrazó con su tía y exhaló algunos gritos; madama Isabel le suplicó que se tranquilizase, y le dijo, aunque no lo esperaba, que volvería a subir en breve.

—No, ciudadana, no; observó el hombre que había hablado antes, sacudiendo la cabeza: no volverás a subir: con que toma tu sombrero y baja.

Madama Isabel buscó su sombrero, y pareciéndoles que tardaba mucho en encontrarlo, la llenaron de injurias. Era necesario obedecer: madama Isabel abrazó de nuevo a su sobrina.

—¡Valor y confianza en Dios, hija mía —le dijo—: ten siempre presentes los principios de religión que has recibido, y no olvides jamás las últimas recomendaciones de tus padres!

En seguida salió. Cuando llegó abajo, le pidieron sus bolsillos, donde nada había. ¡Pobre mujer! Un mes hacía que se los registraban diariamente tres veces. Los municipales extendieron un acta, descargándose de su persona. Después de oírse insultar de mil maneras, subió en un carruaje con el ujier del tribunal y llegó a la Conserjería, donde pasó la noche.

Al día siguiente debía comparecer ante el tribunal. Cuando se condenó al rey y aun a la reina, así la Convención como el tribunal revolucionario se dignaron juzgarlos y sentenciarlos separadamente; pero la marea había ascendido tanto (estamos a 10 de mayo de 1794) que no había tiempo que perder en dispensar favores semejantes. Así pues, junto con madama Isabel se interrogó a veinte y una personas.

Insertaremos todo el interrogatorio de la princesa: es una justificación de inocencia legada a la historia por una mártir y una santa. Madama Isabel fue conducida al tribunal a eso de las diez; presidia Fouquier-Thinville.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó.

—María Felipa Isabel Elena.

—¿Cuál es vuestro estado?

Isabel pareció vacilar.

—Os pregunto, ¿qué erais?

—Hija del Delfín y hermana del rey.

—¿Dónde os hallabais en los días 12, 13 y 14, esto es, en la época de las primeras conspiraciones de la Corte contra el pueblo?

—Me hallaba en el seno de mi familia: no he tenido noticia de ninguna de esas conspiraciones de que habíais; y estaba lejos de prever ni segundar tales acontecimientos.

—¿No habéis acompañado al tirano en su fuga a Varennes?

—Debía seguir a mi hermano, en esa como en cualquiera otra ocasión.

—¿No habéis figurado en la infame y escandalosa orgía de los guardias de corps, haciendo repetir en unión de María Antonieta a los convidados el horrible juramento de exterminar a todos los patriotas, único medio de ahogar la libertad en su cuna y de afirmar el vacilante trono?

—Ignoro que haya habido tal orgía; pero en todo caso, declaro que no se me instruyó de ella, ni pude, por lo tanto, tomar parte en ese juramento.

—No decís la verdad; pero la negativa no os aprovechará; pues, además de desmentiros la fama pública, depone contra vos la inverosimilitud de que estando tan íntimamente unida a María Antonieta, así por los vínculos de la sangre como por los de la amistad, dejaseis de cooperar al logro de sus tramas. Resulta, pues, que de acuerdo con la esposa del tirano, habéis provocado el abominable juramento prestado por los satélites de la Corte y los sangrientos ultrajes inferidos a las preciosas insignias de la libertad, holladas por vuestros cómplices.

—He dicho que ignoro todos esos hechos.

—¿Dónde estabais el día 10 de agosto de 1792?

—En el palacio, mi ordinaria residencia.

—¿No habéis pasado la noche del 9 al 10 en el aposento de vuestro hermano, y tenido allí con él secretas conferencias que os pusieron al corriente del objeto y la causa de los movimientos y preparativos que se hacían a vuestra vista?

—Pasé con mi hermano la noche de que habíais; pues nunca le abandonaba. Tenía

mucha confianza en mí; y sin embargo, ni en su conducta, ni en sus discursos observé nada que me anunciase lo que después ocurrió.

—Vuestra respuesta ofende al mismo tiempo la verdad y la verosimilitud; y una mujer que en todo el curso de la Revolución ha manifestado tal oposición al nuevo orden de cosas, no merece crédito cuando se empeña en persuadir que ignoraba los motivos de las reuniones de todas clases que se verificaban en el palacio la víspera del 10 de agosto. ¿Por qué no os acostasteis esa noche?

—Porque fueron a avisar a mi hermano de la agitación en que se hallaba París y de los peligros que podrían resultar.

—Disimuláis en vano; sobre todo, después de las declaraciones de la mujer de Capeto, que ha dicho asististeis a la orgía de los guardias de corps y que el 10 de agosto fomentasteis sus temores y alarmas. Es infructuosa vuestra negativa de la parte que os tocó en la acción empeñada entre los patriotas y los satélites del tirano; a saber, vuestro ardoroso celo en servir a los enemigos de la libertad *suministrándoles balas, que os tomabais antes la molestia de mascar*, como destinadas a segar, cual mies, al pueblo; y los votos que formabais contra el bien público, estimulando por todos los medios posibles a los asesinos de la patria. ¿Qué respondéis?

—Que esos hechos son otras tantas infamias con que estoy lejos de haberme contaminado.

—En el viaje a Varennes ¿no habéis sustraído, antes de la vergonzosa evasión del tirano, los diamantes llamados de la corona, que entonces pertenecían a la nación, remitiéndolos a vuestro hermano d'Artois?

—Los diamantes que decís no han sido remitidos a d'Artois: los deposité en manos de una persona de confianza.

—¿Queréis indicarnos el depositario de esos diamantes, o nombrarle?

—M. de Choiseul.

—¿Qué se ha hecho de ellos?

—Lo ignoro; pues no he vuelto a ver a M. de Choiseul.

—No cesáis de responder con falsedad a cuantas preguntas se os dirigen; y eso, existiendo como existe un acta del 12 de diciembre de 1792, redactada por los representantes del pueblo, cuando se instruyó el expediente relativo al robo de dichos diamantes, de la cual resulta probado que se remitieron a d'Artois.

La acusada guardó silencio.

—¿No habéis estado en correspondencia con vuestro hermano el ex *Monsieur*?

—No recuerdo haberle escrito; sobre todo, después de estar prohibido hacerlo.

—¿No habéis socorrido y curado las seis heridas de los asesinos que envió vuestro hermano a los Campos Elíseos contra los valientes marselleses?

—No tengo entendido que mi hermano enviase asesinos contra nadie; y si he prestado socorro a algunos heridos, la humanidad ha sido mi guía. No me he informado de la causa de sus males para buscarles el consuelo. No creo esto un mérito; pero no conceptúo tampoco que se pueda calificar de crimen.

—Difícil es conciliar los sentimientos de humanidad de que habíais con la alegría feroz que mostrasteis, viendo correr olas de sangre el 10 de agosto. Autorízanos todo a creer que vuestra humanidad se reserva para los asesinos del pueblo, convirtiéndoos en fiera respecto de los defensores de la libertad. Lejos de socorrer a estos, provocabais su degüello con vuestros aplausos; lejos de desarmar a los asesinos, les prodigabais a manos llenas los instrumentos de muerte, con cuyo auxilio creíais, vos y los vuestros, restablecer el despotismo de la tiranía. Así es como los dominadores de las naciones han sacrificado en todos tiempos millones de hombres a su ambición o a su codicia. ¿A lo menos tendrá la acusada Isabel, cuyo plan de defensa es negarlo todo, la buena fe de convenir en que ha infundido al hijo de Capeto la esperanza de suceder en el trono a su padre, provocando de este modo la vuelta del régimen monárquico?

—Hablaba familiarmente en la cárcel con ese desgraciado niño que tan querido me era, y le administraba, en consecuencia, los consuelos que más propios me parecían, a fin de indemnizarle de la pérdida de los autores de sus días.

—Eso es convenir, en otros términos, en que nutríais de proyectos de venganza al hijo de Capeto; proyectos que vos y vuestros cómplices no habéis cesado de formar contra la libertad, lisonjeándoos de poder reconstruir un trono hecho pedazos e inundarle con la sangre de los patriotas.

CAPÍTULO LVIII

SUMARIO.—Fouquier-Thinville se decide por la pena de muerte.—Palabras del acusador público.—Negativa de la asistencia de un sacerdote no juramentado.—Aureola de juventud.—Elogio de la hermana del rey.—Respuesta a M. de Saint-Pardoux.—A todas partes sigue a su hermano.—El último beso.—Virtudes de madama Isabel.

Concluido el interrogatorio, se decidió Fouquier-Thinville por la muerte, y los jurados, a quienes interpeló, declararon que la princesa merecía la pena capital. El mismo día fue condenada toda la familia de los Lomenie de Brienne, y también la viuda y el hijo de Montmorin, asesinado el 2 de setiembre.

Rodeaban a la princesa, además de las familias de Brienne y de Montmorin, las señoras de Senozan, Montmorency, Canisy y el conde de Sourdeval, antiguo cortesano: reparando en ello, dijo el acusador público, con sus puntas de chistoso:

—A fe que no tiene de que quejarse; pues se ve al pie de la guillotina cercada de su nobleza: le parecerá que está en Versalles.

Tenía razón: las damas de la nobleza acompañaron a madama Isabel en la plaza de Luis XV, como en otro tiempo los caballeros al rey Juan, en Poitiers, y a Felipe de Valois, en Crecy. Madama Isabel, lejos de quejarse, perdonaba a sus verdugos y dirigía súplicas al cielo por sus compañeros.

Oyó su sentencia con la sonrisa en los labios; y solo inclinó tristemente la cabeza, cuando le negaron un sacerdote no juramentado que la asistiera en sus últimos momentos. Iban a conducirla de nuevo a la Conserjería; pero solicitó entrar desde luego en la sala común, que merecía llamarse de la igualdad, y recibió no obstante la denominación más significativa de sala de los muertos. Allí, en medio de las víctimas agobiadas unas con el sentimiento de dejar la vida y otras con el dolor de una separación eterna, permaneció de pie, yendo de un lado a otro, semejante a los ángeles que bajaban al Circo para animar y sostener a los primeros cristianos: su último acto fue sublime por el pudor. Una mujer andaba buscando un pañuelo con que cubrir su pecho; y madama Isabel rasgó su pañoleta y le dio la mitad.

Cuando le llegó el turno, el verdugo cortó sus largos cabellos rubios, que cayeron alrededor como una aureola de juventud, cediendo el puesto a otra aureola; la de la eternidad. Inmediatamente sus compañeros se precipitaron a cogerlos: le ligaron las manos, sin que la más ligera nube alterase la serenidad de su rostro, sin que exhalase una queja, ni siquiera un suspiro. Fue la última que subió a la carreta: ¡veinte y dos cabezas debían caer antes que la suya!

El pueblo, por lo común tan insultante con los condenados, calló esta vez: todos dirigían su vista a la mártir, y se sorprendió a algunas mujeres del pueblo, que creían todavía en Dios, persignándose. Consistía en que ni las dilapidaciones de la reina, ni

los desórdenes de la Corte, ni las mentiras políticas del rey habían impreso la menor nota en la conducta de la princesa. Mientras duraron a Luis XVI sus riquezas y su poder, en una palabra, mientras ciñó la corona, se la vio desaparecer, sin que supiesen existía más que los infelices a quienes auxiliaba en silencio y como recatándose. En los momentos de amargura, en los días 5 y 6 de octubre, 20 de junio y 10 de agosto fue cuando se presentó, hermosa y casta, como Minerva, para escudar con su inocencia a los reyes. El 20 de junio, tomándola los sublevados por María Antonieta, amenazaban sepultarle en el corazón sus puñales; pero M. de Saint-Pardoux se arrojó en medio, gritando:

—¿Qué vais a hacer? No es la reina; es la hermana del rey.

—¿Por qué desengañarlos? —contestó Isabel, con su voz angelical—; tal vez callando les librarais de cometer un crimen mucho mayor.

El 10 de agosto, cuando nadie pensaba en ella y hubiera podido salir de las Tullerías, de París, de Francia, ni siquiera se le ocurrió: siguió al rey a la Asamblea, a la tribuna de los periodistas, al Temple; y con igual abnegación le hubiera acompañado al cadalso, sin preguntar adónde la llevaban; tan natural le parecía compartir la suerte de su hermano, así en la vida como en la muerte; pero la detuvieron allí.

—¿Dónde vais? —le preguntó el verdugo.

—¡A morir!

—No os ha llegado aún vuestra vez.

Y aguardó, para ser el ángel consolador de la reina hasta que se fue a buscar a esta: instó entonces por morir; pero María Antonieta le dijo:



MADAMA ROYALE.

—¡Permaneced aún en el mundo, para que sirváis de madre a mis hijos!

Así sucedió, en efecto, hasta que fueron a buscarla también a ella. Un remordimiento secreto atormentaba todos los corazones al pasar la princesa; pues se la veía olvidarse de sí propia y exhortar a los demás. Las mujeres que debían morir con ella, envanecidas de acompañar a la mártir de la tierra próxima a convertirse en ángel del cielo, pasaron sucesivamente ante ella para ir de la carreta al patíbulo, inclinándose y recibiendo cada una a su vez una bendición y un beso. Los verdugos, que habían negado a Camilo Desmoulins y a Danton el supremo bien de estrechar sus corazones al pie del patíbulo, tristes ahora y respetuosos, no interrumpieron los abrazos y ósculos de aquellas mujeres.

Tocole ir a la princesa. Cuantas personas habían rogado, llorado y vivido, hacía un instante, en torno de ella, yacían presente mudas, frías e insensibles. Antes de llegar a la plataforma ensangrentada, contó veinte y dos cadáveres: ¡en la canasta que debía recoger su cabeza, vio veinte y dos amontonadas! Y la suya, que era la más pura y casi la más hermosa, cayó también... ¡Inmenso crimen, que la libertad reprenderá largo tiempo a la revolución, su hermana!

María Felipa Isabel Elena, hermana de Luis XVI, pereció de este modo el 10 de mayo de 1794, contando treinta años de edad. Modelo de abnegación, de pureza, de caridad desde los quince años; esto es, desde el día en que hubiera podido dedicarse

al amor de los hombres, ¡y prefirió el de Dios!

«Desde 1790, que fue cuando me hallé en estado de apreciarla en lo que valía (así escribía durante su destierro madama Royale) no vi en ella sino religión, amor a Dios, horror al pecado, dulzura, piedad, modestia y un entrañable afecto a su familia, por quien se sacrificó; pues nunca quiso separarse del rey ni de la reina. Fue una princesa digna de la sangre que corría por sus venas. Todo cuanto diga es poco en elogio de las bondades que me dispensó, y a las cuales solo la muerte puso término. Me miró y cuidó como a una hija, y yo la honré como a una segunda madre, dedicándole todos mis sentimientos. Decíase que nos parecíamos: lo que sé es que mi carácter tiene algo del suyo. ¡Ojalá que la iguale en virtudes, para reunirme con ella y con mis padres un día, en el seno de Dios!».

CAPÍTULO LIX

SUMARIO.—El Delito.—Se le entrega a Simon, que quiere convertirle en un zapatero.—El lobezno.—Resistencia del Delfín.—Le embriagan para pervertirle.—El Delfín queda abandonado a sí mismo.—Sus tormentos.—Su decadencia moral y física.—Carta de madama Royale.—El 9 de termidor se trata de desterrar a ambos hermanos.—Oposición de Cambacérès.—Harmand de la Meuse.—El antiguo ayuda de cámara.—Simon guillotinado.—Descripción de la cárcel del Delfín.—Larga y penosa visita.—El cirujano Desault.—Decreto del ayuntamiento.—Enfermedad del Delfín.—Muere el 9 de junio de 1793.

Pasemos ahora a hablar del Delfín Luis Francisco José Javier, que nació el 27 de marzo de 1785, y que había recibido, al salir del seno materno, el título de duque de Normandía.

Hemos dicho ya que el 3 de julio de 1793, seis meses después de la muerte de su padre, había sido separado de su madre, de su hermana y de su tía, para entregarle a Simon. La historia ha juzgado a este hombre: es el Hudson-Love de la legitimidad. ¡Extraño juicio de la Providencia (íbamos casi a blasfemar y decir del acaso) que en Santa Elena puso a Napoleón en manos del coronel Hudson-Love, y en el Temple a Luis Javier en las del zapatero Simon!

Este, so pretexto de que Rousseau había dicho que un príncipe no era más que un hombre y que todo hombre debe aprender un oficio, trató de enseñar al nieto de Luis XIV, al descendiente de Enrique IV, al vástago de San Luis, el de zapatero: ocupación, como se comprenderá, demasiado triste para un niño que hasta entonces había estudiado la Historia Sagrada con su madre y su tía, y el cálculo y la geografía con su padre: por lo mismo, al principio se resistió. Pero el Ayuntamiento había conferido a Simon amplios poderes sobre el príncipe, mejor diremos, sobre el lobezno, que era como le denominaban entonces.

Simon empezó por hacerle declarar contra su madre: infame testimonio, que dio origen al sublime movimiento de la reina, cuando exclamó:

—¡Oh, apelo a todas las madres!

Después le obligó a firmar una declaración, en que decía que, aunque separado del rey y de su familia, no por eso habían dejado de comunicar con él la reina, madama Isabel y madama Royale.

El pobre inocente se resistió cuanto pudo a estas sugerencias de Simon, dejando atónitos a sus verdugos con el poder de voluntad que desplegaba a la edad de ocho años. No esperando quebrantarle, intentaron embrutecerle: esto fue más fácil, pues se valieron del vino y de los licores, con cuyo auxilio rindieron su firmeza. Le emborrachaban enseñándole entonces canciones contra su madre, juramentos groseros y palabras soeces; más de una vez tuvo la reina el dolor de oír cantar a su mismo hijo el *ça ira!* o *¡madama Veto!* Pasaba, pues, la existencia del pobre niño entre la embriaguez y las persecuciones. Estas, como no eran motivadas, no tenían

término; principiaban por la mañana y continuaban durante todo el día: a la noche, Simon mostraba al Delfín el jergón que le estaba destinado en un rincón del aposento, y el Delfín iba, como un perro obediente, a acostarse. Al cabo de una hora, cuando el niño dormía ya con ese profundo sueño que tan necesario es a la juventud, Simon, engrosando lo más que podía la voz, le gritaba desde su cama: «¿Duermes, Capeto?». A la segunda o tercera pregunta se despertaba el niño y respondía:

—Sí, ciudadano Simon.

—¿Estas ahí?

—Sí, ciudadano Simon.

—Levántate, para que te vea. —Y como el Delfín titubease, repetía—: ¡Vamos, vamos! arriba y de prisa.

El niño saltaba entonces de la cama con los pies desnudos, caminando por las frías baldosas y diciendo:

—Aquí estoy, ciudadano Simon.

—¿Dónde?

—Aquí.

—No te veo: acércate. —El Delfín se acercaba trémulo.

—Más aún... más... junto a mi cama.

Y entonces (parece increíble y sin embargo no cabe duda de ello) sacaba la pierna, y con un puntapié aplicado en el estómago, en el vientre, donde quiera, enviaba al pobre mártir rodando a diez pasos de allí.

—Basta —decía entonces—; vuélvete a acostar, lobezno.

Esta horrible escena se repetía cada vez que Simon despertaba. Llegó por fin el famoso 10 de enero, día en que, según llevamos dicho, las princesas, oyendo ruido en el cuarto del príncipe, creyeron que le sacaban del Temple, cuando quien se iba era Simon, obligado a escoger entre su título de municipal y su oficio de verdugo, y que había optado por el primero. Sin embargo, la situación del huérfano no mejoró, pues, en vez de un verdugo, tuvo dos. Si se quiere saber en que estado se hallaba el infeliz príncipe, oigamos a madama Royale.

Se había tenido la crueldad de dejar a mi pobre hermano solo; inaudita barbarie, sin ejemplo en la historia, tratándose de un niño de ocho años, ¡y además enfermo! Estaba encerrado, sin más auxilio que el de una mala campanilla de que no tiró jamás, pues era tal el miedo con que miraba a sus carceleros, que prefería carecer de todo a pedirles alguna cosa. Hacía más de seis meses que no se tocaba su cama: las pulgas y las chinches abundaban en ella, así como en su ropa y su persona; en todo el año no le habían mudado de camisa ni de medias, durante cuyo tiempo nadie sacó las inmundicias de su habitación; y como, además, nunca se abría la ventana, era imposible permanecer allí, a causa de la hediondez. Es cierto que mi hermano se había abandonado; pues hubiera debido a lo menos lavarse, sirviéndose del cántaro de agua que le suministraban; pero el pobre niño estaba muerto de miedo y no se atrevía a pedir nada. Pasaba el día ocioso; no le daban luz: su moral y su físico se resentían de semejante situación, y no debe admirar que cayese en tal marasmo. Su buena constitución está probada con solo considerar el tiempo que se conservó saludable y las crueldades que pudo resistir.

¿Recuerda el lector nuestra descripción de los padecimientos de Latude en el calabozo? Aún no habían transcurrido veinte años, y el nieto de Luis XV

experimentaba a su turno los tormentos que su abuelo había hecho padecer. Pero ¿por qué el inocente pagaba por el culpado?... ¡Dios mío!, ¿este sin duda es uno de los misterios de tu sabiduría, pues que no puede serlo de tu justicia!

Andaba el tiempo, y el suplicio del Delfín crecía diariamente: por un agujero abierto en la prisión le pasaban, sin que viese siquiera la mano que le servía, lo sumamente precisó para resistir el hambre. Llegó, por último, el 9 de termidor y se pensó al principio en mandarle fuera de Francia; pero, el 22 de enero de 1795, dos años justos después de la muerte de Luis XVI, presentó Cambacérès un informe probando la necesidad de retener presos a ambos niños: el príncipe y la princesa quedaron, pues, en el Temple.

La salud de Luis Javier iba debilitándose progresivamente. Solo, en aquel cuarto sin ventilación, el niño sucumbía a ojos vistas; se habló tanto sobre el particular, que el gobierno se decidió a enviar a la prisión comisionados, y en consecuencia del informe de estos, se encargó de la cura del príncipe al célebre cirujano Desault. Harmand de la Meuse fue uno de aquellos y el que dirigió la palabra al Delfín. Sigamos en todos sus pormenores el relato de lo que pasó en la entrevista; la cual tuvo efecto a principios de marzo de 1795. Harmand de la Meuse dice que no recuerda la fecha exacta de la visita.

Llegaron los comisionados; y como se les esperaba hacía dos o tres días y se sabía el objeto de su visita, se había vestido al niño con ropa nueva y aseado el aposento, dándole, además, una baraja para que jugase. Los presos estaban en la torre del Oeste, que fue adonde se condujo a los comisionados. Apenas habían subido algunos escalones, cuando oyeron una voz lastimosa que salía de un ventanillo colocado debajo de la escalera: se detuvieron. Parecía que allí estaría encerrado únicamente algún animal inmundo, y se miraron con asombro: entonces el guía les dijo que el que llamaba del fondo de aquel calabazo era un antiguo ayuda de cámara del rey. Preguntaron su nombre y nadie lo sabía, pues lo habían olvidado ya. Mandaron sacarle de allí; y una vez encima de la escalera, expuso el preso su queja y pidió la libertad. Las facultades de los comisionados no alcanzaban a tanto; pero sí le mudaron de calabozo.

Subieron diez o doce escalones más y se encontraron a la puerta del cuarto en que estaba encerrado el Delfín. Entraron en una pequeña antecámara, sin más mueble que una estufa que comunicaba con el aposento vecino por una abertura hecha en el tabique: solo se podía encender por la antecámara, precaución tomada para evitar un incendio. El aposento con que comunicaba la estufa, era el del niño: allí tenía la cama. Estaba cerrado por fuera, y no costó poco abrirlo. Hallaron al príncipe sentado delante de una mesita cuadrada en la cual había muchos naipes esparcidos, ora doblados en forma de cajas, ora figurando castillos. En esto se ocupaba al entrar los comisionados, y continuó sin cuidarse de su venida.

Estaba vestido a lo marinero, con una tela de color de pizarra, y tenía la cabeza descubierta. Habían aseado el aposento, lo mismo que la antecámara; la cama se

componía de un catre de madera sin cortinas, y las sábanas y los colchones eran nuevos. A los comisionados les pareció todo bien: la cama estaba a la izquierda, detrás de la puerta por donde se entraba. Más lejos se veía otro catre, donde dormía Simon, antes de ir a desempeñar el cargo de municipal.

Consignemos aquí, que el cruel zapatero había sido guillotinado el 9 de termidor.

Ni los movimientos de los comisionados, ni las preguntas que dirigieron al carcelero, causaron impresión en el niño; cuando sintió abrir la puerta, apenas volvió la cabeza. Acercose a él Harmand de la Meuse.

—El gobierno —le dijo—, instruido, aunque tarde, del mal estado de vuestra salud y de la resistencia que oponéis a hacer ejercicio y contestar a las preguntas que se os dirigen, como también a las proposiciones de tomar algunos remedios y recibir la visita de un facultativo, nos envía, con objeto de que nos cerciorem de lo que pasa: estamos autorizados para proporcionaros los medios de alargar vuestros paseos y tendréis las distracciones que queráis. Guardamos vuestra contestación.

Según se deja ver, el orador traía preparado su discurso: pero se quedó atónito, cuando vio que el príncipe, después de mirarle un momento sin pestañear ni chistar, siguió en la misma posición, fabricando sus castillos de naipes. Creyendo Harmand que no había oído, empezó de nuevo:

—Quizá me haya explicado mal —dijo—, o no me hayáis comprendido. Tengo el honor de preguntaros, si necesitáis un caballo, un perro, pájaros, juguetes de todas clases, uno o muchos niños de vuestra edad etc., etc. Por ejemplo ¿queréis bajar ahora al jardín o subir a las torres? ¿Deseáis dulces, pastelillos... alguna cosa, en fin?

Volvióse de nuevo el príncipe; miró a Harmand con una fijeza casi espantosa, y no respondió palabra. Entonces Harmand, cambiando de tono, con cierta resolución y no poca severidad, dijo:

—Semejante obstinación a vuestros años es un defecto imperdonable, y tanto más extraña, cuanto que nuestra visita solo tiene por objeto dulcificar vuestro presente estado y proporcionaros socorros y consuelos. ¿Cómo conseguirlo, si os negáis a responder? ¿Hay otra manera de proponérselo? Decidlo y nos conformaremos a emplearlo.

El mismo silencio e igual mirada por parte del Delfín: Harmand prosiguió incansable:

—Si vuestra resistencia os comprometiese a vos solo, entonces, aunque con disgusto, aguardaríamos resignados a que os pluguiese romper tan obstinado silencio; pues debemos suponer que estáis contento con una situación de la que no deseáis salir. Pero, como no os pertenecéis, y responden de vos y de vuestro estado cuantos os rodean, vais a comprometerlos y también a nosotros; porque ¿qué respuesta hemos de dar al gobierno, cuyos órganos somos? Contestad, pues, os lo suplico; sino, os lo ordenaremos.

El príncipe no articuló una sola palabra. Harmand estaba desesperado: aquella mirada fija, dice en su informe, revelaba la resignación e indiferencia de una persona

que responde a todo:

—¿Qué me importa? Acabad con vuestra víctima.

Semejante espectáculo, la vista de aquel inocente e infeliz niño afectó extraordinariamente a Harmand; y lejos de poder mandarle con imperio, sintió que las lágrimas le brotaban y estuvo a pique de prorrumpir en sollozos. Dio unos cuantos pasos en el cuarto para reponerse; y volviendo adonde estaba el príncipe, con una voz que procuró revestir de cierta autoridad, dijo:

—Hacedme el favor de darme vuestra mano.

El niño se la presentó al instante. Harmand la tocó, prolongando el movimiento hasta el sobaco, y reconoció que había un tumor en el puño y otro en el codo. No eran, sin embargo, dolorosos; pues el comisionado los apretó, sin que el príncipe diese muestras de que padecía. Harmand le pidió el otro brazo, el cual estaba sano; y en seguida ejecutó igual examen en las piernas y las rodillas: hacia la corva encontró los mismos tumores que en el brazo. «Colocado de pie ante mí (dice Harmand) se descubrían en el príncipe señales de raquitis y un defecto de conformación; sus piernas y muslos eran largos y delgados; lo propio acontecía a los brazos; el resto del cuerpo muy pequeño, el pecho levantado, los hombros altos y encogidos, la cabeza hermosa, hermosísima en todos sus pormenores, la tez trasparente, pero pálida, los cabellos bien conservados y de color castaño claro».

Le dijo que anduviese y el Delfín obedeció, dirigiéndose a la puerta que separaba ambas camas; pero inmediatamente volvió a ocupar su asiento. Entonces Harmand hizo la última tentativa.

—¿Creéis que sea bastante ejercicio ese? ¿No conocéis que la apatía es la causa del mal que padecéis y de los que os amenazan? Dad oído a nuestra experiencia y a nuestro celo: en otro caso, vuestra salud no se restablecerá. Os enviaremos un médico: a él esperamos que le responderéis.

Hubo un instante de silencio, durante el cual los comisionados aguardaron inútilmente la contestación exigida. Harmand le dijo que anduviese algo más; pero el príncipe no se movió y permaneció con los codos apoyados en la mesa. No se advirtió en su cara la menor alteración, ni el más ligero asombro en sus miradas: parecía que ni estaban allí los comisionados, ni habían hablado una sílaba. Harmand fue el único de ellos que tomó la palabra; los demás, como si se sintieran aterrados con tan doloroso espectáculo, no abrieron la boca una sola vez. Se miraban unos a otros tristemente, y ya iban a reunirse para indicarse sus impresiones, cuando se abrió la puerta y entró un carcelero con la comida del Delfín.

«Consistía, dice Harmand, en una escudilla de barro colorado, con una sopa negra en que sobrenadaban algunas lentejas; una fuente de lo mismo con un trozo pequeño de carne, también negra; otra, cuyo fondo se veía cubierto de lentejas, y por último, una con seis castañas quemadas. ¡Tal era la comida del hijo de Luis XVI, del heredero de sesenta y seis monarcas!».

Los comisionados salieron: ¿qué más necesitaban ver? Por otra parte, el preso

parecía más resuelto que nunca a no desplegar los labios.

En la antecámara mandaron que aquel horrible trato de que el príncipe había sido víctima hasta entonces, cambiase completamente en lo porvenir: dispusieron que desde aquel momento mismo se añadiesen a su comida algunos dulces y sobre todo frutas. En seguida volvieron a entrar: el niño había devorado ya su miserable alimento. Harmand le preguntó si tenía bastante; pero no pudo arrancarle una palabra; y quedó persuadido de que era una resolución incontrastable y que cualquier empeño se estrellaría en la firme voluntad del príncipe. Acercose, sin embargo, a él, pues no quería llevar consigo ningún escozor.

—Nos retiramos —le dijo—, con el sentimiento de que no hayáis tenido a bien contestarnos: lo sentimos doblemente, porque parece que os hemos desagradado. De consiguiente, propondremos al gobierno que os envíe comisionados más de vuestro gusto.

El Delfín le miró tan fijamente como antes, y con cierta penetración, si es que no era más bien señal de indiferencia o de idiotismo.

—¿Queréis que nos retiremos? —le preguntó Harmand; pero el príncipe no le respondió.

Los comisionados le saludaron y salieron. Después de cerrar la primera puerta, permanecieron un cuarto de hora en la antecámara, dirigiéndose preguntas sobre lo que acababan de presenciar y comunicándose sus mutuas reflexiones acerca del aspecto moral y físico de aquel niño. Trataron de averiguar en que consistía tan obstinado y antinatural silencio, y supieron que desde que Simon le había obligado por la fuerza a firmar contra su madre la odiosa declaración que se unió al proceso, no había vuelto a pronunciar una palabra. Cuando el Delfín tomó semejante resolución tenía ocho años y medio, y en la época en que le vio Harmand iba a cumplir diez.

Al salir de la antecámara, convinieron Harmand y sus colegas en que por honor de la Francia, que ignoraba todo, de la Convención, cuyo deber era estar instruida de ello, y de la Municipalidad de París que lo sabía y era la causa principal de tales sucesos, se limitarían a disponer medidas provisionales (lo que se ejecutó inmediatamente) no dando a lo acaecido publicidad. Desde el cuarto del príncipe se dirigieron al de la princesa, donde luego los encontraremos.

Algunos días después fue el célebre cirujano Desault al Temple a visitar al Delfín; pero, en cuanto le vio, dijo que era demasiado tarde. Le examinó, sin embargo, y antes de irse le dejó recetados algunos medicamentos. Al cabo de tres días el doctor, cuando se preparaba a escribir una Memoria sobre el estado del príncipe, se sintió atacado de una calentura atáxica que le llevó al sepulcro en el término de veinte y cuatro horas sus contemporáneos dijeron que le habían envenenado. Le sucedieron junto al príncipe Dumaugain y Pelletan.

La crueldad de aquel Ayuntamiento que los comisionados temían deshonor publicando un informe, excedió de lo imaginable. Un guardia que se atrevió a hablar

del mal tratamiento que se daba al Delfín, fue preso al siguiente día, y un individuo del Concejo, a quien se acusó de igual crimen, expulsado. Por si se dudase de este hecho insertamos el decreto.

Sesión del 6 de germinal, año II.

Un individuo del Concejo dirigió gravísimas inculpaciones a Crescent, de la sección de la Fraternidad, encargado de visitar el Temple, fundándose en que *ha manifestado compadecerse de la suerte del niño Capeto*. Discutido el punto, y a propuesta de varios miembros, el Concejo decreta la expulsión del ciudadano Crescent, y que se le envíe a la policía con los documentos justificativos: sus papeles serán sellados.

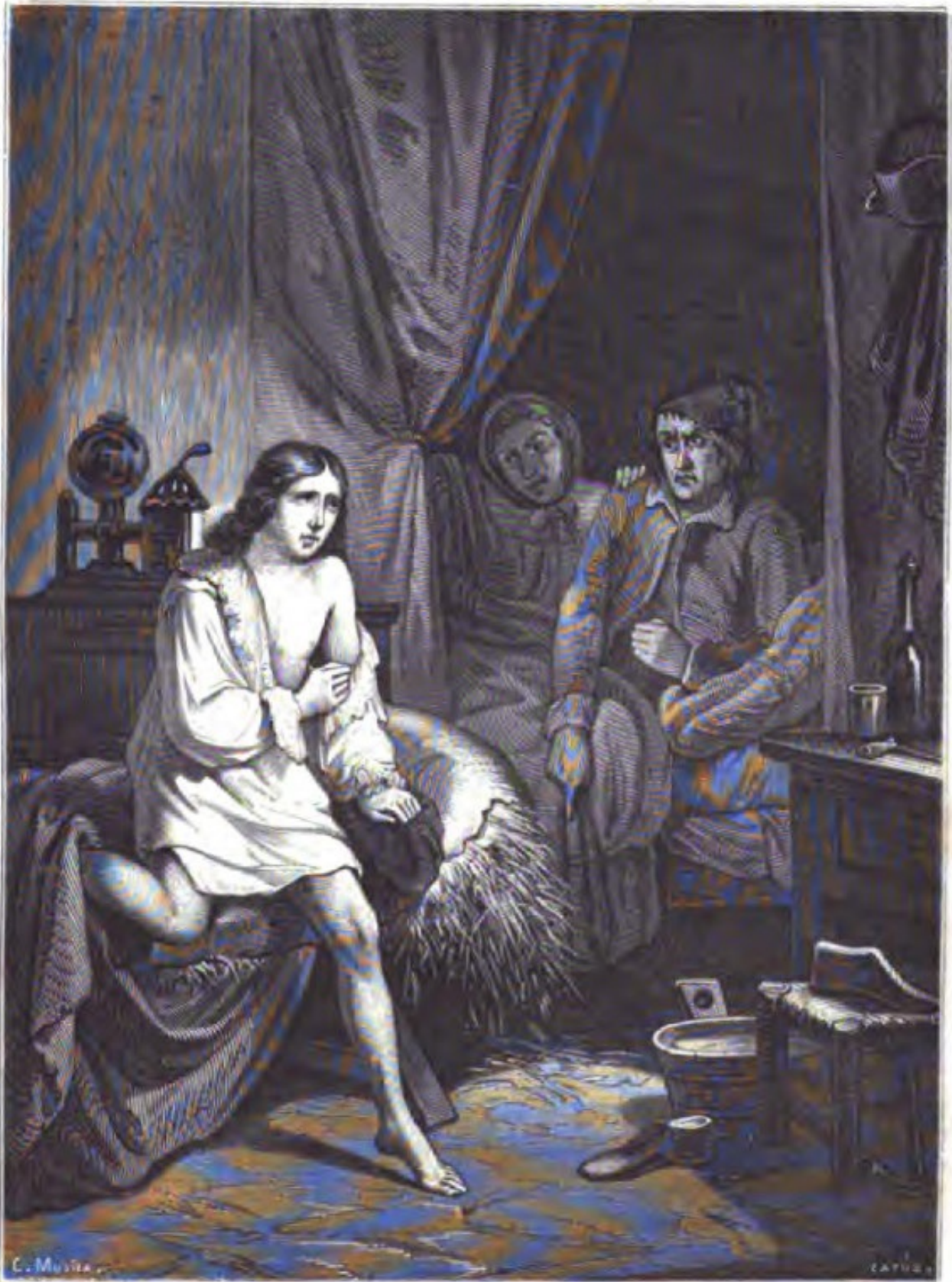
Sin embargo, según dejamos ya referido, desde el 9 de termidor se había mejorado algo la situación del príncipe. En los primeros días de noviembre de 1794, se establecieron las visitas de los comisionados civiles; esto es, un hombre de cada sección que iba a pasar veinte y cuatro horas en el Temple para certificar si vivía el Delfín. Uno, llamado Laurent, se dedicó a cuidar de la princesa; y otro, cuyo nombre era Gomier, hizo lo mismo respecto del príncipe. Aquellos excelentes ciudadanos pusieron todo su esmero en aliviar la suerte del pobre niño: principiaron mandando limpiar y ventilar el cuarto y proporcionándole juguetes. Consiguieron que tuviese luz por la noche. Notando que los puños y las rodillas del príncipe iban hinchándose, pidieron que se le permitiese bajar al jardín para hacer algún ejercicio, lo que les fue otorgado. Entonces, con objeto de no fatigarle, le llevaron al salón, lo que agradó mucho al inocente, contento, como todos los niños, en mudar de sitio, con mayoría de razón no teniendo su cuarto nada de alegre. La enfermedad, a pesar de esto, progresaba rápidamente; y el 19 de diciembre se trasladó al Temple la Comisión General, para extender acta de ella.

Durante el invierno padeció el Delfín algunos ataques de fiebre: no había quien le separase del fuego; Laurent y Gomier le instaban a que subiese a la torre para respirar el aire libre; pero, apenas llegaba arriba, manifestaba deseos de bajar; generalmente se resistía a andar y sobre todo a subir.

Por este tiempo, es decir, en los primeros meses de 1795, fue cuando Harmand de la Meuse y sus colegas hicieron al príncipe la visita que hemos relatado.

Los facultativos que reemplazaron a Sault auguraron tan mal como este acerca del desgraciado niño: tuvieron, sin embargo, la prudencia de reservar su opinión y no anunciar ninguna Memoria sobre la enfermedad del preso.

El Delfín siguió cada vez peor; le costaba mucho tragar los medicamentos; ya no subía a la torre ni bajaba al salón, y por último se negó absolutamente a salir de su cuarto: felizmente, la enfermedad, aunque mortal, no le hacía padecer, pues consistía más bien en decaimiento y consunción que en vivos dolores. Al fin, después de varias crisis, la calentura se apoderó de él para no volverlo a abandonar, y disminuyéndose diariamente sus fuerzas, espiró el 9 de junio de 1795, a las tres de la tarde, de edad de diez años y dos meses. Se le hizo la autopsia y no se hallaron en el cadáver señales ningunas de veneno.



EL ZAPATERO SIMÓN Y EL DELFIN.



CAPÍTULO LX

SUMARIO.—Madama Royale sola en el Temple.—Ignora la suerte de su tía y de su madre.—Los cuchillos y el eslabón.—Robespierre.—El 10 de termidor.—El comisionado Laurent.—Visita de Harmand.—Descripción.—«No me dan leña».—El piano.—La cama.—Los libros.—Pueden ya comunicarse los dos hermanos.—Madama Royale sale de la prisión.—Canje de madama Royale por ocho prisioneros.—El emperador de Austria trata de casarla con el príncipe Carlos.—Se casa con el duque de Angulema.

El 9 de junio de 1795 no quedaba, de toda la familia real que entró en el Temple el 13 de agosto de 1792, sino madama Royale. El cadalso había devorado al rey, la reina y madama Isabel, y el trato horrible de la prisión acabó con el Delfín Luis Javier, demasiado tierno aun para subir al patíbulo. Réstanos, pues, poner término a esta dolorosa galería, siguiendo los pasos a madama Royale, desde el día en que le arrebataron a madama Isabel, hasta el día en que se la declaró libre.

La cruel separación tuvo efecto el 9 de mayo de 1794, y al día siguiente, a las cuatro de la tarde, ya madama Isabel había cesado de existir. Madama Royale se vio sumida en la soledad y en la desolación; pues, aunque ignoraba la suerte que había cabido a su tía, la presentía, en atención a la que cupo al rey y a la que calculaba hubiese tocado a la reina: el no saber nada de positivo respecto de esta alimentó en ella un resto de esperanza, que debía disiparse pronto. Lo primero que le ocurrió fue que habían venido a buscar a madama Isabel para conducirla fuera de Francia; y sin embargo, recapacitando en el modo como se apoderaron de su persona y la arrancaron de su habitación, se le agolpaba al corazón un tropel de tristes presentimientos. Por la mañana preguntó a los municipales que era de madama Isabel.

—Ha ido a tomar el aire —respondieron estos.

—Pero, ya que me habéis separado de mi tía, reunidme a mi madre: ¡ved que no puedo permanecer así sola en esta cárcel!

—Hablaremos de eso a quien tiene derecho para remediarlo —respondieron los municipales, retirándose en seguida.

Trajeron a la augusta huérfana la llave del armario donde estaba la ropa de su tía.

—Permitid —dijo madama Royale—, que le envíe parte de ella, pues le hará falta.

—No puede ser —le contestaron.

Madama Isabel había dicho frecuentemente a su sobrina, que en el caso de quedarse sola en la cárcel, hiciese lo posible para conseguir de los municipales que le concediesen la compañía de una mujer: habiendo llegado aquel caso y notando que, cuando suplicaba la reuniesen a su madre y su tía, obtenía por única respuesta que no podía ser, a pesar del convencimiento en que estaba de la negativa, o sino, de que

enviarían alguna criatura horrible, como la mujer de Tison, para que la acompañase, el sentimiento piadoso de la obediencia la incitó a pedirlo así a los municipales.

—¿Y para qué diablos quieres esa mujer? —le preguntaron estos, admirados de semejante solicitud.

—Para que esté conmigo —dijo madama Royale.

—Vaya —repusieron los municipales—, como si no tuvieses edad suficiente para servirte por ti sola.

Madama Royale contaba a la sazón diez y seis años, y cuanto más avanzaba el tiempo, más crecía la severidad respecto de ella. Un día entraron los municipales en su cuarto a hora desusada.

—Ciudadana —le dijeron—, ¿cómo es que usas cuchillos, habiéndotelos quitado?

—Porque me han sido devueltos —respondió la princesa.

—¿Tienes muchos?

—Solo dos: aquí están.

—¿No hay ninguno en tu tocador?

—No.

—¿Y tijeras?

—Tampoco.

Otra vez se dirigió uno de ellos a la estufa y la halló caliente.

—¿Quién ha encendido la lumbre? —preguntó.

—Yo —dijo madama Royale—: ¿he hecho mal?

—¿Y para que la has encendido?

—Para darme un baño de pies.

—¿Con qué la encendiste?

—Con un eslabón.

—¿Quién te lo facilitó?

—No sé: aquí lo he encontrado y me he servido de él.

—Provisionalmente vamos a privarte de ese eslabón. No te aflijas, pues es por tu bien; así estás expuesta a dormirte y a morir abrasada. ¿Nada más tienes?

—Nada más.

Y se llevaron el eslabón, dejando a madama Royale en la imposibilidad de volver a encender la lumbre, por mucho frío que hiciese.

Madama Royale no hablaba, sino en caso de que le preguntasen. Cierta día vino a verla un individuo, cuya visita no fue anunciada y que entró, no obstante, sin dificultad y cercado de atenciones. Dirigióse a la princesa, la miró y después sus libros, no leyendo más que los títulos, y en seguida salió con los municipales. Madama Royale preguntó en vano quién era aquel hombre; más adelante, uno de sus carceleros le nombró, con el mayor secreto, a Robespierre.

Entre tanto llegó el 9 de termidor. La emoción de la princesa fue grande, pues aquel día empezó como las jornadas de setiembre. Desde por la mañana oyó tocar generala; pero los municipales que se hallaban de guardia en el Temple no se

movieron: madama Royale no se atrevió a preguntar que sucedía.

Por fin, a eso de las seis de la mañana siguiente, oyó un gran ruido en la prisión: la guardia gritó a las armas, abrieron las puertas y se volvieron a cerrar con estruendo. Madama Royale se arrojó fuera de la cama y se vistió: en seguida entraron varios individuos de la Convención, con Barras a la cabeza.

Todos estaban de grande uniforme, cosa que asustó a madama Royale, poco acostumbrada a verlos de aquel modo. Dirigióse a ella Barras, la llamó por su nombre, le preguntó porque se había vestido tan temprano, y algo turbado le hizo, una después de otra, distintas preguntas, sin aguardar a que le contestase: después salió.

La joven los oyó arengar a la guardia, recomendándole que permaneciese fiel a la Convención Nacional: en el momento se oyeron mil gritos, repitiendo: *¡Viva la República! ¡Viva la Convención!*

Doblose la guardia, y los tres municipales que estaban en el Temple permanecieron allí por espacio de dos días. Al tercero, y a la hora de las nueve y media de la noche, hallándose madama Royale acostada, a oscuras y sin dormir, esto último por miedo, sintió abrir la puerta. Sentose en la cama: la persona que entraba era M. Laurent, comisionado de la Convención, encargado de velar en adelante sobre ella y el príncipe, su hermano. Le acompañaban dos municipales.

Al día siguiente, a eso de las diez de la mañana, volvió Laurent, y sin tutear, como hacían los otros, a la princesa, le preguntó con política si necesitaba de algo. Admiróse la infeliz, no acostumbrada ya a tales cumplimientos, y auguró bien de semejante cambio.

Laurent entraba en su aposento tres veces al día y siempre guardando las mismas consideraciones, circunstancia de que se aprovechó madama Royale para recomendarle su hermano. Por el mismo tiempo envió la Convención comisionados que se informasen del estado del pobre príncipe: de la manera que le hallaron y lo que se resolvió en su consecuencia, queda ya expuesto en el capítulo anterior. Laurent mandó bajar la cama de madama Isabel al cuarto del Delfín, pues la del inocente niño estaba llena de pulgas y de chinches. Luego le dispuso baños y vistió, como una madre haría con su hijo. Viendo madama Royale tales bondades por parte de Laurent, se aventuró a pedirle noticias de su madre, insistiendo en que la reuniese con ella y también con su tía: Laurent le respondió muy contristado, que *eso no le incumbía a él*.

Al siguiente día llegaron otras personas con banda ceñida. Madama Royale ignoraba su clase; sin embargo, por los miramientos que se tenía con ellos, coligió que debían ser autoridades: les suplicó, pues, lo mismo que había suplicado a Laurent la víspera. Ellos le contestaron de la propia manera, extrañando su deseo de dejar el Temple, donde tan bien parecía hallarse.

—No digo yo que esté mal —contestó la joven—, pero es horrible estar separada un año de su madre, sin saber nada de ella.

—¿Os sentís indispuesta? —preguntó uno de aquellos hombres.

—No, señor; pero la enfermedad más cruel es la del corazón.

—Os repito que nada podemos hacer en el particular —repuso el mismo hombre.

—¿Qué me aconsejáis entonces, caballero?

—Tener paciencia y esperar en la justicia y la bondad de los franceses.

Dicho esto, se retiraron.

Madama Royale dedujo de las reformas que se verificaban en torno de ella y de su hermano, que debían haberse efectuado grandes cambios políticos. Laurent continuaba cada vez más fino con ella. Por aquel tiempo fue cuando subieron a su cuarto los comisionados que habían venido a informarse de la situación del Delfín. Harmand de la Meuse contó los escalones que conducían a la habitación de la princesa: eran ochenta y dos.

Previnieron los carceleros a Harmand que no se admirase si madama Royale se abstenía de contestarles, pues consistía, según ellos, en su excesivo orgullo. Lo primero que sorprendió a Harmand fue una chimenea grande con una lumbre muy reducida, que estaba en frente de la puerta: a la izquierda había una cama, y al pie de esta otra puerta que comunicaba con un segundo cuarto. El frío se dejaba sentir bastante; el techo era elevado y las paredes muy gruesas. A los comisionados les pareció todo húmedo y glacial, pero aseado. Madama Royale barría por sí misma su habitación y hacía su cama.

Cuando entraron los comisionados, se hallaba sentada en un sillón, junto a una ventana muy alta y cerrada por medio de enormes rejas. Un rayo de luz, quebrado por la banasta de madera colocada en la puerta exterior y a medio interceptar por las rejas, bajaba perpendicularmente y casi sin proyección al pie de la ventana: su efecto, dice Harmand, era poco más o menos, el que produciría en un sitio oscuro el reflejo de un espejo con la cara vuelta al sol, y madama Royale, bajo aquel luminoso disco, parecía cercada de una aureola de gloria.

Estaba vestida con un traje pardo de algodón sin rayas ni dibujos, y encogida, como el que trata de aumentar el calor de su cuerpo y carece de ropa suficiente. Tenía puesto un sombrero muy usado y zapatos que corrían con él parejas. Ocupábase en hacer media, trabajo que, como lo dice ella misma, la molestaba mucho. Sus manos estaban moradas a causa del frío y llenas de sabañones, costándole bastante aquel ejercicio.

Harmand entró solo en el cuarto: sus colegas permanecieron en el umbral, situados de manera que viesan y oyesen todo. Los comisionados del Ayuntamiento se quedaron en una oficina que estaba en un piso más bajo. Viendo a Harmand, volvió madama Royale ligeramente la cabeza; no le conocía, y cada recién llegado aumentaba la zozobra de los presos.

Había preparado de antemano Harmand un discurso, suplicando a la princesa humildemente que le respondiese; pero, viéndola tan pobremente vestida, tiritando y con las manos rajadas del frío, olvidó sus elocuentes frases y se acercó vivamente a ella:

—Por Dios, señora —le dijo— ¿cómo os habéis alejado de la lumbre con el frío que hace?

—Es que junto a la chimenea no veo bien —respondió madama Royale.

—Haced una lumbre mayor; y así la habitación se calentará y experimentareis menos frío al pie de esta ventana.

—No me dan leña —dijo la princesa.

Esta dolorosa exclamación se ha atribuido también a Enriqueta de Inglaterra, quien, lo mismo que madama Royale, carecía de leña y tenía las manos rajadas por el frío.

La lumbre no podía esta vez ser más reducida: se componía de tres trozos de leña menuda, cruzados y que humeaban colocados sobre un montón de cenizas. Harmand, prevenido en contra del supuesto orgullo de madama Royale, no esperaba respuestas tan dulces y resignadas. La princesa, además de contestar, había dejado su trabajo y miraba con cierta benevolencia al que acababa de dirigirle aquellas preguntas. Harmand, recobrando su aplomo, continuó diciéndole:

—Señora, el gobierno, instruido desde ayer no más, de los indignos pormenores que hoy presenciamos, nos ha enviado para cerciorarnos de ellos y recibir en seguida vuestras órdenes relativas a los cambios que os sean agradables y permitan las circunstancias.

Era este lenguaje tan nuevo para madama Royale, que pareció causarle más bien admiración que otra cosa, contentándose, todavía desconfiada y sin querer dar crédito a semejante variación, en seguir con los ojos al que le hablaba tan rendidamente.

Harmand examinó ambas habitaciones con respetuosa curiosidad: aún se traslucía en sus muebles un resto de lujo y de grandeza. En la segunda había un hermoso piano de cola; y queriendo Harmand hacer hablar a la princesa, tocó el teclado y dijo, aunque sin entender palabra de música:

—Figúraseme, señora, que está desafinado. ¿Queréis que os envíe alguien que os lo afine?

—Gracias, caballero: ese piano es de la reina y no mío. Yo no lo he tocado, ni tocaré.

Harmand se sintió extraordinariamente afectado con esta respuesta tan nutrida de amor filial. Entró de nuevo en la primera pieza, y al pasar junto a la cama, perfectamente hecha por cierto, quiso asegurarse del estado de la armazón y la tocó. Madama Royale se estremeció: Harmand acababa de perder a sus ojos parte de la buena opinión que había adquirido, pues creyó que era uno de los que iban a registrar su cuarto: advirtió el comisionado la falta cometida y se empeñó en repararla.

—¿Estáis contenta con vuestra cama? —preguntó a la princesa.

—Sí —respondió esta secamente.

Era visto, pues, que la pregunta no había destruido el mal efecto causado por la acción. Harmand quería rehabilitarse a cualquier costa en el espíritu de madama Royale: dirigiose, de consiguiente, al rincón del aposento, donde había de diez a doce

volúmenes; y abrió uno, que era una *Imitación de Jesucristo*. Los demás se reducían a devocionarios:

—Paréceme, señora, que estos libros son poco aptos para proporcionaros las distracciones y los recreos que vuestra situación debe haceros desear. ¿Leeríais con gusto otros?

—No, señor —respondió la princesa—: cabalmente son los que convienen a mi situación.

Harmand inclinó la cabeza.

—Señora, prosiguió diciendo, sabéis ya el objeto de nuestra visita: es el de que se cambie, en vista de nuestro informe, el orden observado actualmente en el Temple. ¿Cuáles son los primeros cuidados que para vos pedís, y que queréis se os tributen hoy mismo?

—Leña y después...

—Dignaos seguir —dijo Harmand, viendo que la princesa se había detenido, como vacilando entre hablar y no hablar.

—Desearía tener noticias de mi hermano, añadió madama Royale.

No se había ocurrido a los comisionados la idea de que se estorbase a los dos hermanos verse.

—Señora —dijo—, hemos tenido el honor de visitarle antes de subir.

—¿Me sería permitido verle? —preguntó la joven con timidez, en atención a que esta solicitud le había sido tantas veces negada.

—Si, señora.

—¿Dónde está?

—Debajo de vuestra habitación. Haremos de modo que podáis verle y comunicar con él cuando os acomode.

Diciendo así se retiró y mandó, de orden del gobierno, que los dos ilustres presos fuesen en adelante tratados con más consideraciones.

Hemos referido la muerte del Delfín. Madama Royale quedó sola, y permaneció cinco meses más en el Temple. Al cabo de este tiempo, se le abrieron las puertas de la prisión: su encarcelamiento había durado tres años y cuatro meses.

¿A qué circunstancia debió su salvación aquel último vástago de la familia? No se sabe; aunque se supone (sin que de ello existan pruebas) que Robespierre, movido de su ambición, reservaba a la augusta huérfana para casarse con ella el día en que le nombrasen dictador, calculando atraerse con semejante medida todo el partido realista. Aquí viene bien aquello de *credo quia absurdum*. ¡Lo más raro es que mademoiselle Robespierre, hermana de Maximiliano, fanática por este, y que ni en la época del Imperio ni en la de la Restauración abandonó el traje de la República, recibía del gobierno de Luis XVIII una pensión de tres mil francos!

El canje de la princesa se verificó como sigue. Cuando tuvo efecto la reacción del 9 de termidor, el emperador Francisco reclamó al gobierno francés su sobrina. Este contestó que estaba pronto a entregarla, con tal que, en cambio, el emperador de

Austria diese libertad: 1.º A los convencionales Camus, Quinette, Lamarque Bancal y al exministro de la Guerra Beurnonville, a quien Dumouriez puso en sus manos el 1.º de abril de 1793: 2.º A Maret y Semonville, exenviados diplomáticos de la Convención, presos por los austríacos en julio de 1793; y 3.º A Drouet, exconvencional y maestro de postas de Sainte-Menehould, cogido prisionero en octubre de 1792.

El emperador aceptó, y en consecuencia madama Royale salió del Temple el 19 de noviembre de 1795 y fue conducida a Riehen cerca de Basilea, donde en nombre del emperador la recibió el príncipe de Grèves. El canje se verificó sin ninguna ceremonia y como si se tratase de simples particulares. En seguida partió la princesa para Viena. Inmediatamente que llegó, se ocupó el emperador en buscarle una alianza digna de su clase; recayendo la elección en el príncipe Carlos, enemigo pasado y futuro de la Francia, que debía luchar hasta el fin con ella, y que envanecido aún con la derrota de Nerwinde y las campañas del Rin, debía perder en Italia, peleando contra un general joven, conocido solo por la jornada del 13 de vendimiario, parte de su aureola: ante él, los demás aspirantes retrocedieron. Pero Luis XVI, antes de morir, había exigido un juramento a su hija. Con ese conocimiento de lo futuro, que a veces tienen los moribundos, había previsto el rey que la muerte de su hijo seguiría en breve a la suya, y en tal concepto exigió de su hija que, si sucedía así, no se casaría con nadie sino con el hijo del conde de Artois, a quien, por muerte del Delfín, debía corresponder un día la corona, dado caso que se restableciese la monarquía en Francia. Fiel, pues, madama Royale al juramento prestado, declaró que no se uniría con otro hombre que con el hijo del conde de Artois.

Por eso llegó a ser duquesa de Angulema: con este título y a pesar de las previsiones de su padre, vio huir de sus manos la corona de Francia, cuya sombra, a falla de la realidad, colocó ella misma en la cabeza de su sobrino Enrique V.

FIN

NOTAS

[1] Camilo Desmoulins. <<

[*] Este libro digital fue maquetado a partir de una digitalización de una edición de 1856; por tanto tiene tres partes ilegibles que se marcan con tres puntos entre corchetes en este mismo párrafo. En total faltan alrededor de quince palabras. Para el lector interesado los datos del libro en cuestión son: Alejandro Dumas, *El drama de 1793*, 2.ª ed., trad. J. P. S., Madrid, Imprenta de Fernando Gaspar, 1856. Este libro forma parte de una narración histórica más extensa del autor: *Louis XVI et la Révolution*, publicada entre 1850 y 1851. En esta obra, Dumas abarca el reinado de Luis XVI desde 1774 hasta su asesinato en 1793. Se cuentan varios sucesos de la Revolución, la convocatoria de los Estados Generales, la toma de la Bastilla, el asalto al palacio de Versalles, etc. En el presente libro solo se trata a partir del 6 de octubre de 1789. [Nota del editor digital.] <<

[2] PRUD'HOMME. *Revolución.* <<

[3] Copiamos a la letra de la relación de Gamain. <<

[4] Hospicio de París para ciegos, fundación de San Luis. <<

[5] Este trabajo analítico de las escenas de setiembre, es debido a M. Michelet. Todos los que antes de él han escrito en el particular han compulsado el Monitor, que es una mentira, o a Prud'homme, en quien se ve la pasión, o a Peltier, en quien se refleja el miedo. <<